

«Si eres fan de Joe Hill, la espera habrá merecido la pena. Si no lo eres, este es el libro que te hará serlo». *Kirkus*

JOE HILL



Traducción de
Pilar Ramírez Tello

TIEMPO EXTRAÑO

 NOCTURNA
EDICIONES

TIEMPO EXTRAÑO

JOE HILL

JOE HILL

**TIEMPO
EXTRAÑO**

Traducción del inglés
Pilar Ramírez Tello

 **NOCTURNA**
EDICIONES

Título original: *Strange Weather*

© de la obra: STRANGE WEATHER © Joe Hill, 2017

Publicado por acuerdo con William Morrow, un sello de HarperCollins Publishers.

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2017

© de las guardas: arborelza, royaltystockphoto, Sabphoto, ifoung, Andrey_Kuzmin, Krasovski Dmitri (Shutterstock)

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.ºC, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com


www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: febrero de 2019

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-16858-00-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



*Para el señor Cielo Azul:
Aidan Sawyer King.
Te quiero, chaval.*



INSTANTÁNEA

1

Shelly Beukes se encontraba al pie del camino y miraba hacia nuestro bungalow de arenisca rosa con los ojos entornados, como si nunca antes lo hubiera visto. Llevaba una gabardina digna de Humphrey Bogart y un enorme bolso de tela con estampado de piñas y flores tropicales. Cabría pensar que estaba de camino al supermercado de haber tenido un supermercado al que se llegase a pie, pero no lo había. Hasta el segundo vistazo no me percaté de lo que no encajaba en la imagen: se le había olvidado calzarse y sus pies estaban asquerosos, casi negros de porquería.

Yo pasaba el rato en mi garaje, dedicado a mi ciencia, que era como mi padre llamaba a lo que hacía cada vez que decidía destrozar una aspiradora o un mando a distancia a los que no les pasaba nada. Rompía más que fabricaba, aunque había conseguido conectar un *joystick* de Atari a una radio para poder saltar de una emisora a otra al darle al botón de disparo, un truco en esencia estúpido que, a pesar de ello, impresionó a los jueces de la feria de las ciencias de octavo, donde me concedieron el primer premio por mi creatividad.

La mañana que Shelly apareció al pie del camino, yo estaba trabajando en mi pistola de fiesta. Parecía una pistola de rayos letales sacada de una novela de ciencia ficción pulp, un gran cuerno de latón abollado con la culata y el gatillo de una Luger (en realidad había soldado una trompeta y una pistola de juguete para crear el armazón). Sin embargo, cuando apretabas el gatillo sonaba una sirena, se encendían unas bombillas de *flash*, y escupía una tormenta de confeti y serpentinas. Mi idea era que, si salía bien, mi padre y yo se la ofreciéramos a los fabricantes de juguetes o quizá le vendiéramos la idea a una cadena de artículos de fiesta del estilo de Spencer Gifts. Como casi todos los ingenieros en ciernes, perfeccionaba mi arte con una serie de artículos de broma pueriles. No hay ni un solo tío en Google que no haya al menos fantaseado con diseñar unas gafas de rayos x para ver a través de las faldas de las chicas.

Apuntaba con el cañón de la pistola de fiesta a la calle cuando vi a Shelly,

justo allí, en mi punto de mira. Dejé mi trabuco de pega y entorné los ojos para observarla. La veía, pero ella a mí no. Para Shelly, mirar hacia el garaje habría sido como contemplar la impenetrable oscuridad de la entrada al pozo de una mina.

Iba a llamarla cuando le vi los pies y se me atascó el aire en la garganta. No hice ruido alguno, me limité a observarla un momento: movía los labios, susurraba para sí.

Eché la vista atrás, hacia el camino por el que venía, como si temiera que alguien la atacara por sorpresa. Pero estaba sola en la carretera, en un mundo húmedo y todavía bajo un cielo cubierto. Recuerdo que todos los vecinos habían sacado ya la basura, que los camiones llegaban tarde y la avenida apestaba.

Casi desde el primer momento comprendí que no debía hacer nada que la asustara. La verdad es que no existía ningún motivo obvio para ser precavido, pero nuestras mejores ideas suelen originarse muy por debajo del pensamiento consciente y no tienen nada que ver con la racionalidad. Nuestro cerebro de simios absorbe una gran cantidad de información a través de pistas sutiles de las que ni siquiera nos percatamos.

Así que cuando bajé por la cuesta de nuestro camino llevaba los pulgares enganchados en los bolsillos y ni siquiera la miraba a ella, sino que escudriñaba el horizonte como si contemplara el vuelo de un avión lejano. Me acerqué igual que si se tratara de un perro callejero renqueante que quizá me recibiera lamiéndome la mano con esperanzado cariño o abalanzándose sobre mí con los dientes fuera. No dije nada hasta estar casi a su lado.

—Ah, hola, señora Beukes —la saludé, fingiendo que acababa de reparar en su presencia—. ¿Se encuentra bien?

Ella volvió la cabeza hacia mí, y su rostro regordete adoptó una expresión de plácida benevolencia.

—Bueno, ¡me he hecho un lío! ¡He llegado hasta aquí, pero no sé por qué! ¡Si hoy no me toca limpiar!

Eso no me lo había visto venir.

Tiempo atrás, Shelly nos había barrido, fregado y ordenado la casa cuatro horas todos los martes y viernes por la tarde. Ya era vieja por aquel entonces, aunque tenía el dinámico vigor musculoso de una jugadora olímpica de curling. Los viernes nos dejaba una bandeja de galletas blandas rellenas de

dátiles protegidas con un film transparente. Tío, qué buenas estaban. Ya no se encuentran galletas como aquellas, y ni el crème brûlée del Four Seasons sabía tan bien con una taza de té.

No obstante, en agosto de 1988 yo tenía trece años y estaba a pocas semanas de empezar en el instituto, así que hacía media vida (mía) que Shelly no nos limpiaba. Había dejado de trabajar después de su triple *bypass* de 1982, cuando el médico le dijo que debía tomarse algo de tiempo libre para descansar. Llevaba descansando desde entonces. Yo nunca le había dado demasiadas vueltas, pero, de haberlo hecho, me habría preguntado por qué había aceptado aquel trabajo. Porque dinero no le faltaba.

—¿Shelly? ¿Le ha pedido mi padre que viniera a ayudar a Marie?

Marie era la mujer que la había sustituido, una veinteañera recia y poco avispada que se reía con ganas, tenía una lata con forma de corazón y protagonizaba todas mis fantasías cuando me cascaba la salchicha. No se me ocurría ninguna razón para que mi padre pensara que Marie necesitaba ayuda. Por lo que sabía, no esperábamos visita; ni siquiera estoy seguro de que nos visitara alguien alguna vez.

Su sonrisa vaciló un instante. Después lanzó una de aquellas miradas ansiosas atrás, hacia la carretera. Cuando se giró hacia mí, sólo quedaba un levísimo rastro de buen humor en su cara y se le notaba el susto en los ojos.

—No lo sé, chavea... ¡Dímelo tú! ¿Se suponía que tenía que limpiar la bañera? Sé que no me dio tiempo la semana pasada, y está bastante sucia. — Shelly Beukes se puso a rebuscar en su bolso de tela mientras mascullaba para sí. A continuación levantó la vista con los labios fruncidos de frustración—. Me cago en todo. Se me ha olvidado coger el puto Ajax antes de salir de casa.

Di un respingo, no me habría sorprendido más de haberse abierto la gabardina para enseñarme que no llevaba nada debajo. Shelly Beukes no era lo que se dice una anciana estirada (recordaba que una vez nos había limpiado la casa vestida con una camiseta de John Belushi), pero jamás la había oído usar la palabra «puto». Incluso «me cago en todo» era un poco fuerte para su repertorio habitual.

Shelly no se percató de mi sorpresa, sino que se limitó a añadir:

—Dile a tu padre que me encargaré de la bañera mañana. Con diez minutos tengo para que brille como si nadie hubiera metido nunca el culo dentro.

Entonces se le abrió el bolso, miré dentro y vi que había un gnomo de jardín sucio y hecho polvo, varias latas de refresco vacías y una zapatilla vieja desaparejada.

—Será mejor que me vaya a casa —dijo de repente, casi como un robot—. El afrikáner se estará preguntando dónde me he metido.

El afrikáner era su marido, Lawrence Beukes, que había emigrado de Cape Town antes de que yo naciera. A los setenta años, Larry era uno de los hombres más musculosos que conocía, un antiguo levantador de pesas con brazos esculpidos y el típico cuello surcado de venas de los forzudos de los circos. Ser enorme era su principal responsabilidad profesional: se ganaba la vida con una cadena de gimnasios que había abierto en los setenta, justo cuando la impresionante masa aceitosa de Arnold Schwarzenegger se abría paso a empujones por nuestra consciencia colectiva. Larry y Arnie habían aparecido una vez en el mismo calendario: Larry era febrero y, ataviado con tan sólo una apretada hamaca negra para las pelotas, enseñaba sus músculos entre la nieve; Arnie era junio y brillaba bajo el sol de la playa, con una chica en bikini enganchada a cada uno de sus gigantescos brazos.

Shelly echó un último vistazo atrás y se marchó arrastrando los pies en una dirección que la habría alejado aún más de su casa. En cuanto me quitó los ojos de encima, me olvidó. Lo noté en la pérdida de expresión de su rostro. Los labios empezaron a moverse mientras se susurraba preguntas en voz baja.

—¡Shelly! Eh, iba a preguntarle a su marido si..., que... —Me costaba pensar en un tema sobre el que Larry Beukes y yo tuviéramos que hablar—. ¡Si había pensado en contratar a alguien para cortar el césped! Tiene cosas mejores que hacer, ¿verdad? ¿Le importa que la acompañe a casa?

Fui a cogerla del codo y la pillé antes de que se alejara demasiado.

Dio un bote al verme (como si me hubiera acercado con sigilo para asustarla) y después me ofreció aquella sonrisa suya, valiente y desafiante.

—No sé cuántas veces le he dicho ya a ese viejo que tenemos que contratar a alguien para cortar el..., el... —Se le oscureció la mirada. No recordaba lo que había que cortar. Al final meneó un poco la cabeza y siguió hablando—: ... eso. Ven conmigo, sí. —Me cogió una mano—. ¡Creo que me quedan unas cuantas galletas de esas que tanto te gustan!

Me guiñó un ojo y, por un segundo, supe que no sólo sabía quién era yo,

sino también quién era ella. Shelly Beukes recuperó la claridad mental y después la perdió de nuevo. Veía que se le escapaba la conciencia de sí misma como una luz con un regulador de intensidad que va apagándose.

Así que la acompañé a casa. Me sentía mal por sus pies descalzos sobre la calzada caliente. Había humedad y mosquitos por todas partes. Al cabo de un rato, me di cuenta de que se había puesto roja y el sudor le perlaba los bigotes de anciana, así que se me ocurrió que debía quitarse la gabardina. Aunque reconozco que, llegados a ese punto, empezaba a pensar que de verdad de la buena estaba desnuda bajo el abrigo. Dada su desorientación, no me pareció sensato descartarlo. Reprimí la incomodidad y le pregunté si podía llevarle la gabardina. Ella negó con la cabeza muy deprisa.

—No quiero que me reconozca.

Fue una respuesta tan maravillosamente chiflada que, por un momento, me olvidé de la situación y respondí como si Shelly fuese todavía ella misma: una persona sensata a la que le encantaba *Jeopardy!* y limpiaba hornos con una determinación casi brutal.

—¿Quién? —pregunté.

Ella se inclinó hacia mí y, con una voz que era poco más que un susurro, respondió:

—El Hombre de la Polaroid. Esa puta comadreja escurridiza que va en descapotable. Me ha estado haciendo fotos cuando el afrikáner no estaba. No sé cuánto me ha quitado ya con la cámara, pero no puede llevarse más. —Me agarró por la muñeca. Su cuerpo seguía siendo fuerte y de generosos senos, aunque aquella mano era huesuda y ganchuda como las de las brujas de los cuentos—. No dejes que te haga una foto. No dejes que empiece a quitarte cosas.

—Estaré pendiente. En serio, Shelly, se va a derretir con ese abrigo. Deje que lo lleve yo, y los dos vigilaremos juntos por si aparece. Se lo puede poner en un segundo si lo ve venir.

Eché la cabeza atrás y entornó los ojos para examinarme, igual que quien examina la letra pequeña al final de un contrato dudoso. Finalmente se sorbió los mocos y se quitó la gabardina para dármela. No estaba desnuda debajo, sino que llevaba unos pantalones cortos deportivos y una camiseta puesta del revés y al revés, de modo que la etiqueta le revoloteaba bajo la barbilla. Tenía las piernas huesudas y de un blanco pasmoso, con las pantorrillas repletas de

varices. Le doblé el abrigo, que estaba sudado y arrugado, me lo eché a un brazo, le di la mano y seguimos adelante.

Las carreteras de Golden Orchards, nuestra pequeña urbanización al norte de Cupertino, estaban trazadas como rollos de cuerda superpuestos: no había una sola línea recta en todo el lugar. A primera vista, las casas parecían pertenecer a una aleatoria variedad de estilos: un estucado español por aquí, unos ladrillos coloniales por allá. Aun así, si te pasabas el tiempo suficiente dando vueltas por el barrio, acababas por comprender que todas eran la misma casa, más o menos (misma distribución interior, mismo número de baños, mismo estilo de ventanas), salvo que con distintos disfraces.

La casa de los Beukes era de un falso estilo victoriano, aunque con una especie de toque playero: conchas marinas empotradas en el sendero de hormigón que conducía al porche, una estrella de mar blanqueada colgada de la puerta principal... ¿Se llamarían los gimnasios del señor Beukes En Forma Con Neptuno? ¿Deportes Atlantis? ¿Se trataría de una broma por las máquinas Nautilus que usaban en las instalaciones? Ya no me acuerdo. Gran parte de aquel día (el 15 de agosto de 1988) se me ha quedado grabada en la memoria, pero quizá ni siquiera entonces conociera ese detalle en concreto.

La conduje hasta la puerta y llamé; después toqué el timbre. Podría haberla metido dentro sin más (al fin y al cabo, era su casa), pero me dio la impresión de que no era lo correcto dado el caso. Creí que debía contarle a Larry Beukes adónde había ido su mujer y encontrar un modo no demasiado incómodo de explicarle lo desorientada que estaba.

Shelly no daba signos de reconocer su propia casa. Se quedó al pie de los escalones de la entrada mientras miraba a su alrededor muy serena, esperando pacientemente. Hacía un momento había parecido astuta e incluso algo amenazadora. Ahora era como una abuela aburrida que iba de puerta en puerta con su nieto *boy scout* para hacerle compañía mientras vendía suscripciones a revistas.

Los abejorros hurgaban en agitadas flores blancas. Por primera vez me di cuenta de que quizá Larry Beukes necesitara de verdad contratar a alguien para que le cortara el césped. El patio estaba descuidado y repleto de malas hierbas, con el césped salpicado de dientes de león. La fachada en sí necesitaba una limpieza a presión, ya que tenía manchas de moho bajo los aleros. Hacía bastante tiempo que no me acercaba por allí, y a saber cuándo

había sido la última vez que le había prestado verdadera atención a la casa, en lugar de limitarme a pasear la vista por encima.

Larry Beukes siempre había mantenido su propiedad con la diligencia y energía de un mariscal de campo prusiano. Salía al patio dos días a la semana, vestido con una camiseta sin mangas, para empujar su cortacésped manual mientras lucía sus bronceados deltoides con la barbilla bien alta (tenía un hoyuelo en ella, además de un porte envidiable). El césped de los demás estaba verde y cuidado. El suyo era simplemente meticuloso.

Por supuesto, cuando sucedió todo esto yo sólo tenía trece años, y ahora comprendo lo que no entendía entonces: Lawrence Beukes estaba perdiendo las riendas. Su habilidad para gestionar, para seguirle el ritmo a las exigencias de la vida suburbana, por simples que fueran, empezaba a erosionarse poco a poco por el esfuerzo de cuidar de una mujer que ya no era capaz de cuidarse sola. Supongo que lo único que le permitía seguir adelante eran su inherente optimismo y su preparación (su sentido del entrenamiento personal, por así decirlo), y así se engañaba y se decía que podía con todo.

Empezaba a pensar que iba a tener que volver con Shelly a mi casa y esperar allí cuando su Town Car burdeos de diez años giró hacia el camino de entrada a la casa. El señor Beukes lo conducía como un criminal que huyera de Starsky y Hutch, y golpeó uno de los neumáticos contra la acera. Salió del vehículo sudando, y estuvo a punto de tropezar y caer al salir al patio.

—¡Por Dios, aquí estás! ¡Te he buscado por todas partes! Casi me provocas un ataque al corazón.

El acento de Larry te hacía pensar en apartheid, tortura y dictadores sentados en tronos de oro dentro de palacios de mármol con salamandras correteando por las paredes. Lo que era una pena, porque había ganado su dinero cargando pesas, no diamantes de sangre. Tenía sus defectos (había votado a Reagan, creía que Carl Weathers era un gran actor dramático y se emocionaba mucho con Abba), pero reverenciaba y adoraba a su mujer y, comparado con eso, sus imperfecciones no importaban en absoluto. Siguió hablando:

—¿Qué has hecho? Me acerco ahí al lado para preguntarle al señor Bannerman si tiene detergente, vuelvo ¡y has desaparecido como un truco de David Copperfield!

La agarró por los brazos como si estuviera a punto de sacudirla, aunque lo

que hizo al final fue abrazarla. Miró por encima del hombro de Shelly, hacia mí, con los ojos relucientes de lágrimas.

—No pasa nada, señor Beukes. Está bien. Sólo un poco... perdida.

—No estaba perdida —respondió ella, y le dedicó una sonrisita cómplice—. Estaba escondiéndome del Hombre de la Polaroid.

Él sacudió la cabeza.

—Chiss. Calla, mujer, vamos a ponerte a cubierto del sol y... Ay, Dios mío, tus pies. Deberías quitártelos antes de entrar en casa. Vas a dejar porquería por todas partes.

Suena un poco salvaje y cruel, pero tenía los ojos húmedos y hablaba con un afecto brusco y herido; podría ser alguien hablando con un gato viejo y muy querido que se ha metido en una pelea y ha llegado a casa sin una oreja.

Pasó junto a mí, escalones arriba, y se metió en la casa. Estaba a punto de marcharme, creyendo que me habían olvidado, cuando regresó y agitó un dedo tembloroso delante de mi nariz.

—Tengo una cosa para ti —dijo—. No te vayas volando, Michael Figlione.

Y cerró de un portazo.

2

En cierto modo, su elección de palabras casi podría haberse considerado graciosa: no había peligro alguno de que me alejara volando. Ni siquiera he tocado todavía el tema más gordo, y es que, a los trece años, yo era lo más gordo que se podía ver a un kilómetro a la redonda. Estaba gordo. No era «de hueso ancho» ni «robusto». Ni meramente «fornido». Cuando recorría la cocina, los vasos temblaban dentro del armario. Cuando estaba con los otros críos de mi clase de octavo, era como un búfalo deambulando entre los perros de las praderas.

En esta era moderna de redes sociales y preocupación por el acoso escolar, si llamas a alguien culo gordo es probable que acaben por insultarte a ti por tu falta de conciencia social. Pero en 1988 *twitter* era un verbo inglés

que únicamente servía para describir la cháchara entre los gorriones y sus demás colegas alados. Yo estaba gordo y me sentía solo; en aquellos días, si eras lo primero, lo segundo venía detrás. Tenía tiempo de sobra para acompañar a ancianitas a su casa. No estaba desatendiendo a mis amigos porque no los tenía. Al menos, ninguno de mi edad. Mi padre a veces me llevaba a la bahía para asistir a las reuniones mensuales de un club llamado RUER S.F. (Reunión de Usuarios y Entusiastas de la Robótica de San Francisco), aunque la mayoría de los que acudían a aquellas quedadas eran mucho mayores que yo. Mayores y ya estereotipos. Ni siquiera hace falta que los describa porque seguro que ya os los imagináis: el cutis destrozado, las gafas de culo de vaso, las braguetas abiertas. Cuando pasaba el rato con esa tropa, no sólo aprendía sobre placas base, sino que creía estar contemplando mi futuro: una vida célibe y deprimentes discusiones a altas horas de la noche sobre *Star Trek*.

Tampoco ayudaba que me apellidara Figlione, lo que traducido al idioma de los colegios de los ochenta se convertía en Gordinflone, Tostone o, simplemente, Maricone, apodos que se me pegaron como chicle a la zapatilla hasta que alcancé la veintena. Incluso mi querido profesor de ciencias de quinto, el señor Kent, me llamó Tostone una vez, para regocijo general. Al menos, él tuvo la decencia de ruborizarse, palidecer y disculparse, por ese orden.

Mi existencia podría haber sido mucho peor. Iba limpio y bien vestido, y como nunca estudiaba francés conseguí evitar el cuadro de honor: aquella lista de sabelotodos engreídos y ojitos derechos de los profesores que parecían ir pidiendo una colleja. Lo peor que tuve que sufrir fue alguna que otra humillación de bajo nivel y, cuando ocurría, siempre sonreía con benevolencia, como si se tratara de la broma de un buen amigo. Shelly Beukes no era capaz de recordar lo sucedido el día anterior; por norma general, yo prefería no hacerlo.

La puerta volvió a abrirse de golpe, y Larry Beukes salió de nuevo. Me giré y vi que se limpiaba la mejilla húmeda con el enorme dorso de su callosa mano. Sentí vergüenza y aparté la mirada para dirigirla a la calle. No tenía experiencia con llantos de adultos. Mi padre no era un hombre especialmente emotivo, y dudo que mi madre fuera muy dada a las lágrimas, aunque no sabría decirlo con certeza. La veía dos o tres meses al año. Larry Beukes había

venido de África, mientras que mi madre había viajado hasta allí para un estudio antropológico y, en cierto sentido, jamás había regresado. Incluso cuando estaba en casa, parte de ella seguía a diez mil kilómetros de distancia, fuera de mi alcance. Por aquel entonces no era algo que me cabreara, puesto que, para los niños, el enfado requiere proximidad. Eso cambia con los años.

—He recorrido en coche todo el barrio buscando a la puñetera vieja. Es la tercera vez. ¡Creía que la había pillado un coche! Esa puñetera... Gracias por traérmela. Que Dios te bendiga, Michael Figlione. Bendito seas.

Entonces le dio la vuelta a un bolsillo y el dinero voló por todas partes: billetes arrugados y monedas sueltas que se esparcieron por el camino y por la hierba. Me di cuenta, no sin algo de susto, de que pretendía darme una recompensa.

—Ay, no, señor Beukes, no pasa nada. No es necesario. Me alegro de haber ayudado. No quiero... Me sentiría tonto...

Él entornó un ojo y me lanzó una mirada asesina con el otro.

—Esto es más que una recompensa; es un anticipo. —Se agachó para recoger un billete de diez dólares y me lo ofreció—. Venga, cógelo. —Como no lo hacía, me lo metió en el bolsillo de la pechera de mi camisa hawaiana—. Michael, si tengo que salir a alguna parte, ¿te puedo llamar para que la cuides? Me paso el día entero en casa, lo único que hago es cuidar de esta loca, pero a veces tengo que comprar comida o acercarme a uno de los gimnasios para apagar un fuego. Siempre hay un fuego. Todos los musculitos que trabajan para mí son capaces de levantar ciento ochenta kilos de pesas, pero ni uno de ellos sabe contar más de diez. Se pierden en cuanto se quedan sin dedos. —Le dio unas palmaditas al dinero de mi camisa y me quitó el abrigo de su mujer, que yo llevaba todavía colgado del antebrazo, como el paño de un camarero, olvidado—. Bueno, ¿trato?

—Claro, señor Beukes. Ella era mi niñera. Supongo que puedo..., que puedo...

—Sí, ser su niñera. Ha llegado a su segunda infancia, que Dios nos ayude a los dos. Necesita que alguien se asegure de que no salga por ahí. A buscarlo.

—Al Hombre de la Polaroid.

—¿Te lo ha contado?

Asentí con la cabeza.

Él negó con la suya y se pasó una mano por el ralo cabello engominado.

—Me preocupa que un día vea a alguien por la calle, decida que es él y le clave un cuchillo de cocina. Ay, Señor, ¿y qué haría yo?

No era muy inteligente por su parte decirle eso al chaval al que intentas contratar para que cuide de tu anciana esposa, a la que se le desintegra la mente. Era imposible no considerar la posibilidad de que la mujer creyera que yo era el Hombre de la Polaroid y decidiera clavarme un cuchillo de trinchar. Sin embargo, el pobre estaba distraído y angustiado, y hablaba sin pensar. Daba igual. Shelly Beukes no me asustaba. Me daba la impresión de que, por mucho que se olvidara de mí y de ella, su esencia no cambiaría: era una persona cariñosa, eficiente e incapaz de hacer nada malo.

Larry Beukes me miró a los ojos; los suyos estaban inyectados en sangre y llenos de tristeza.

—Michael, algún día serás rico. Seguro que amasas una fortuna inventando el futuro. ¿Harás una cosa por mí? ¿Por tu viejo amigo Larry Beukes, que se pasó sus últimos años muerto de preocupación por la tonta de su mujer y sus sesos hechos papilla? ¿Por la mujer que le dio más felicidad de la que se merecía?

Estaba llorando otra vez. Yo quería esconderme, pero asentí.

—Claro, señor Beukes. Claro.

—Inventa el modo de no envejecer. Es una broma de muy mal gusto. Envejecer no es forma de dejar de ser joven.

3

Caminaba sin rumbo, apenas consciente de que me movía y mucho menos de adónde iba. Tenía calor, estaba mareado y llevaba diez dólares aplastados dentro del bolsillo de la camisa, dinero que no quería. Para librarme de él, mis mugrientas Adidas Run DMC me llevaron hasta el lugar adecuado más cercano.

Había una gran estación de Mobil al otro lado de la autopista, frente a la entrada de Golden Orchards: una docena de surtidores y una tienda con un delicioso aire acondicionado en la que podías encontrar cecina, Funyuns y, si

eras lo bastante mayor, revistas guarras. Aquel verano me había aficionado a beber mi propio brebaje granizado: un vaso de litro de Coca-Cola de vainilla aderezada con un chorro de algo llamado Artic Blu. Artic Blu era del color del líquido que escupían los limpiaparabrisas y sabía un poco a cereza con un toque de sandía. Aquel potingue me volvía loco, aunque es probable que, de encontrármelo hoy en día, no quisiera probarlo. Creo que a mi paladar de cuarenta años le sabría a tristeza adolescente.

Estaba empeñado en un granizado especial de Coca-Cola con Artic Blu, aunque no lo supe hasta que vi el Pegaso rojo que rotaba en su poste de doce metros sobre la estación de Mobil. Habían alquitranado hacía poco el aparcamiento, y el suelo se veía negro y grueso como una tarta. Emitía calor, lo que hacía que todo el lugar temblara un poco, el espejismo de un oasis atisbado por un hombre que se muere de sed. No me fijé en el Cadillac blanco del surtidor número diez ni en el tipo que estaba de pie a su lado hasta que este me habló.

—Eh —me dijo, y como no reaccioné por culpa de mi ensoñadora insolación, lo repitió con menos amabilidad—: ¡Eh, zampabollos!

Esta vez sí que lo oí. Mi radar estaba ajustado para detectar cualquier señal que avisara de la amenaza de un matón, así que sonó al oír el «zampabollos» y el tono de desdén jocosos de aquel hombre.

Tampoco es que fuera el más indicado para meterse con el aspecto de los demás. Iba bastante bien vestido, aunque su ropa parecía fuera de lugar: con aquella pinta debería haber estado en la puerta de un pub de San Francisco, no al lado de un surtidor de Mobil en un insignificante barrio periférico de California. Vestía una camisa de manga corta de seda negra con relucientes botones rojos, pantalones largos negros con la raya planchada hasta afilarla, y botas negras de vaquero con bordados en rojo y blanco.

No obstante, era feo hasta decir basta, con la barbilla prácticamente hundida en el largo cuello y las mejillas carcomidas de viejas cicatrices de acné. Los antebrazos, muy morenos, estaban cubiertos de tatuajes negros, líneas de escritura cursiva que los recorrían en largas espirales de serpiente hasta las muñecas. Llevaba una corbata de bolo (muy populares en los ochenta) con un alfiler de metacrilato en cuyo interior se veía un escorpión amarillento enroscado.

—¿Sí, señor?

—¿Vas a entrar? ¿A por un donut o algo? —Metió la boquilla de la manguera en el depósito de su enorme barco blanco.

—Sí, señor —respondí mientras pensaba: «Cómeme el donut, gilipollas».

Se metió la mano en el bolsillo delantero y tiró de un fajo de billetes sucios y amarillentos. Sacó uno de veinte.

—Pues si entras con esto y les dices que enciendan el surtidor número diez... Eh, Snickers, que estoy hablando contigo. Escucha.

Por un momento me había despistado al ver el objeto que descansaba en el asiento trasero de su Cadillac: una cámara instantánea Polaroid.

Es probable que sepáis qué aspecto tiene una Polaroid, incluso si sois demasiado jóvenes para haberlas usado o haberlas visto usar. La Polaroid original es tan reconocible y representa un avance tecnológico tan brutal que se convirtió en icono de su era. Es algo que... pertenece a los ochenta, como el Comecocos o Reagan.

Ahora todo el mundo lleva una cámara en el bolsillo, por lo que la idea de sacar una fotografía y poder examinarla de inmediato a nadie le parece espectacular. Pero en el verano de 1988 la Polaroid era uno de los pocos dispositivos capaces de hacer una foto y revelarla más o menos al instante. La cámara escupía un grueso cuadrado blanco con un rectángulo de película gris en el centro y, al cabo de un par de minutos (o menos, si agitabas el cuadrado adelante y atrás para activar el agente revelador dentro de su sobre químico), una imagen brotaba de la oscuridad y cobraba forma en una fotografía. Por aquel entonces, era tecnología punta.

Cuando vi la cámara, supe que era él, el Hombre de la Polaroid del que se escondía la señora Beukes. Aquella comadreja tan acicalada, con su Cadillac blanco de capota y asientos rojos. Al muy cabrón le gustaba lo de llevarlo todo a juego.

Evidentemente, sabía que lo que creyera Shelly sobre aquel tío no tenía base real alguna, que se trataba del fallo de un motor que ya estaba ahogado y moribundo. Sin embargo, se me había quedado grabada una de sus frases: «No dejes que te haga una foto». Al unirlo todo (al darme cuenta de que el Hombre de la Polaroid no era una fantasía senil, sino un tipo de verdad que tenía justo delante), un escalofrío me puso de punta el vello de la espalda y de los brazos.

—Eh... Sí, señor, siga, que le escucho.

—Toma. Coge este billete de veinte y diles que enciendan el surtidor. Mi

Caddy tiene sed, pero si hay cambio, para ti, chaval. Cómprate un libro para adelgazar.

Ni siquiera me ruboricé. Era un golpe bajo, pero yo estaba tan distraído que apenas rozó mi consciencia.

Al echar un segundo vistazo, me percaté de que no era una Polaroid. No del todo. Conocía bastante bien la cámara (había desmontado una) y veía que era sutilmente distinta. Para empezar, era negra con el frontal rojo, a juego con el coche y la ropa. Pero también era... diferente. Más pulida. Estaba detrás, al alcance de la mano del señor Acicalado, y un poco girada, así que no veía bien la marca. ¿Una Konica? Lo que más me llamó la atención en un primer momento fue que la Polaroid tenía delante un cajón con bisagras que se abría para introducir el cartucho de película instantánea. No veía cómo se cargaba esta. El dispositivo parecía fabricado con una única pieza sin fisuras.

Entonces se dio cuenta de que miraba la cámara e hizo algo muy curioso: puso una mano protectora sobre ella, como una anciana que se agarra el bolso con más fuerza cuando pasea por las calles menos recomendables. Después me alargó el billete sucio con la otra mano.

Rodeé el parachoques trasero y fui a coger el dinero. Mi mirada se posó en la escritura que le recorría el antebrazo; no reconocía el alfabeto, aunque me recordaba al hebreo.

—Qué tatu más chulo —dije—. ¿Qué idioma es?

—Fenicio.

—¿Y qué dice?

—Dice: «No me des por culo». Más o menos.

Me metí el billete en el bolsillo de la camisa y me alejé arrastrando los pies, marcha atrás. Aquel hombre me asustaba tanto que no quería darle la espalda.

Como no miraba por dónde iba, me desvié, me golpeé contra el guardabarros trasero y estuve a punto de caerme. Apoyé la mano en el maletero para no perder el equilibrio, eché un vistazo, y fue entonces cuando vi los álbumes de fotos.

Puede que hubiera una docena de ellos apilados en el asiento de atrás. Uno estaba abierto, y vi instantáneas en fundas de plástico transparente, cuatro en cada hoja. Las fotos en sí no tenían nada de especial: un primer plano con demasiada luz de un anciano soplando las velas de una tarta de cumpleaños; un

perro galés empapado de lluvia que miraba a la cámara con ojos trágicos, hambrientos; un tipo musculoso con un hilarante top de tirantes naranja sentado en el capó de un Trans Am directamente sacado de *El coche fantástico*.

La última foto me llamó la atención. Me daba la impresión de conocer al joven del top. Me pregunté si lo habría visto en la tele, si sería un luchador de lucha libre que había subido al cuadrilátero para enfrentarse unos cuantos asaltos al Hulkster.

—Tiene muchas fotos —comenté.

—Es lo que hago. Soy un localizador.

—¿Localizador?

—Para las películas. Si veo un lugar interesante, le saco una foto. Si veo una cara interesante, le saco una foto. —Esbozó una media sonrisa que dejó al aire un diente torcido—. ¿Por qué? ¿Quieres ser actor, chaval? ¿Quieres que te saque una foto? Oye, nunca se sabe. Puede que a algún agente de *casting* le guste tu cara y, en menos que canta un gallo, zas, Hollywood, nena.

Estaba tocando la cámara de un modo que no me gustaba, con una especie de ansiedad nerviosa.

Incluso a finales de los ochenta, una época, en teoría, más inocente, no estaba dispuesto a posar para que me hiciera fotografías un tío que parecía comprarse la ropa en Pedófilos “R” Us. Y, además, estaba la frase de Shelly: «No dejes que te haga una foto». La advertencia era como una araña venenosa de patas peludas que se me paseaba por la espalda.

—Creo que no —respondí—. No creo que consiguieran meterme en una sola toma.

Hice un gesto con ambas manos para señalarme la tripa, que me tensaba la camisa.

Por un segundo se le salieron los ojos de las órbitas, pero después se rio, un sonido brusco y relinchante que era en parte incredulidad y en parte hilaridad real. Me señaló con un dedo y dobló el pulgar como si fuera el percutor de una pistola.

—No estás mal, chico, me caes bien. Procura no perderte de camino a la caja registradora.

Me alejé de él con las piernas temblorosas, y no sólo porque estuviera escapando de un tío raro con una boca fea y una cara más fea todavía. Yo era un crío racional. Leía a Isaac Asimov, Carl Sagan era mi ídolo y sentía cierta

afinidad espiritual por el Matlock de Andy Griffith. Sabía que las ideas de Shelly Beukes sobre el Hombre de la Polaroid (al que mentalmente yo ya llamaba «el fenicio») no eran más que las fantasías confusas de una mente que se desmoronaba. No debería haberle dado mayor importancia a sus advertencias..., pero lo hacía. De hecho, en los últimos momentos habían adquirido un poder casi profético y me preocupaban tanto como haber descubierto que tenía el asiento número 13 del vuelo 1313 de un viernes 13 (a pesar de que el número trece es un número bastante chulo, puesto que no sólo es un primo y un Fibonacci, sino también un omirp, lo que significa que sigue siendo primo si le das la vuelta a sus dígitos y lo conviertes en treinta y uno).

Entré en el minisupermercado, saqué el dinero del bolsillo de la camisa y lo dejé sobre el mostrador.

—De parte del simpático del Cadillac, en el surtidor diez —le dije a la señora Matsuzaka, que estaba detrás de la caja junto a su hijo, Yoshi.

Salvo que nadie lo llamaba nunca Yoshi, excepto ella; lo conocíamos como Mat, con una te. Mat llevaba la cabeza rapada y tenía unos brazos largos y nervudos, además de una estudiada relajación surfera muy lacónica. Me llevaba cinco años y se marchaba a Berkeley al final del verano. Quería inventar un coche que no necesitara gasolina y dejar a sus padres sin trabajo.

—Eh, Maricone —me saludó con un gesto de cabeza, lo que me animó un poco.

Sí, vale, me había llamado Maricone, pero no me lo tomaba como algo personal. Para muchos chavales, no era más que mi nombre. Quizás hoy en día suene de una homofobia brutal (¡y es cierto!), pero en 1988, la era del SIDA y Eddy Murphy, llamar a alguien marica o maricón era considerado el colmo del ingenio. Comparado con la norma de la época, Mat era todo un ejemplo de delicadeza. Leía *Popular Mechanics* fielmente, de principio a fin, y a veces, cuando me veía entrar en el supermercado del Mobil, me daba uno de sus números antiguos porque había visto algo que creía que me iba a gustar: un prototipo de mochila cohete o un submarino unipersonal. No quiero representarlo de la forma equivocada. No éramos amigos. Él tenía diecisiete años y era guay. Yo tenía trece y era lo menos guay del mundo. Una amistad entre nosotros era tan probable como que yo consiguiera una cita con Tawny Kitaen. Aun así, creo que sentía por mí una mezcla de cariño y pena, y el vago deseo de cuidar de mí, quizá porque los dos teníamos alma de científico loco.

En aquellos tiempos, yo agradecía cualquier muestra de amabilidad de los otros chavales.

Fui a por un vaso extragrande de mi granizado especial de Coca-Cola con Arctic Blu. Lo necesitaba más que nunca. Tenía el estómago inquieto y borboteante, y quería algo con unas cuantas burbujas para asentarlo.

Apenas había terminado de añadir el último chorro neón de Blu cuando el fenicio empujó la puerta con el antebrazo como si tuviera algo personal contra ella. La puerta abierta le tapaba el dispensador de refrescos, y por eso no se fijó en mí mientras le echaba un malhumorado vistazo a la habitación. Sin perder un segundo, se acercó con aire amenazante a la señora Matsuzaka.

—¿Qué tiene uno que hacer en este antro para que le llenen el puto depósito? ¿Por qué ha apagado el surtidor?

La señora Matsuzaka medía poco más de metro y medio y tenía una constitución delicada, además de dominar a la perfección la cara de perplejidad habitual en los inmigrantes de primera generación, que comprendían el idioma sin problemas pero a los que de vez en cuando les resultaba más sencillo fingir desconcierto. Se encogió de hombros sin mucha energía y dejó que Mat hablara por ella.

—Tío, si pagas diez dólares, pues te damos diez dólares de gasolina —repuso desde su taburete, detrás del mostrador, bajo las estanterías de cajetillas de tabaco.

—¿Alguno de los dos sabe contar en inglés? —preguntó el fenicio—. Envié al chico con un puto billete de veinte.

Fue como si me hubiera bebido de golpe todo mi granizado especial de Coca-Cola y Arctic Blu. La conmoción me heló la sangre. Me di una palmada en el bolsillo de la camisa, horrorizado, y supe al instante lo que había hecho: había metido allí la mano, había palpado el dinero y lo había dejado en el mostrador sin mirarlo. Pero se trataba del billete de diez dólares que me había obligado a aceptar Larry Beukes, no del de veinte que me había entregado el fenicio en el aparcamiento.

Lo único que se me ocurrió fue humillarme lo más rápido y profundamente posible. Estaba a punto de llorar, y eso que el fenicio ni siquiera me había gritado todavía. Avancé tambaleante hacia la parte delantera de la tienda y golpeé con la cadera un estante lleno de patatas fritas. Las bolsas de Lays se desparramaron por todas partes. Pesqué el billete de veinte de mi bolsillo.

—Oh, mierda, mierda, cuánto lo siento. La he cagado bien. Lo siento, lo siento mucho. Ni siquiera he mirado el dinero antes de dejarlo en el mostrador, señor, y debo de haber sacado mi billete de diez en vez del suyo de veinte. Le juro, le juro por Dios que no...

—Cuando te dije que podías quedarte con el puto cambio para comprarte unas pastillas para perder peso, no quería decir que me birlaras diez dólares.

Levantó una mano como si pretendiera darme un manotazo en la cabeza.

Había entrado con su cámara (la llevaba agarrada en la otra mano) y, a pesar de lo nervioso que estaba yo, me pareció raro que no la hubiera dejado en el coche.

—No, en serio, yo jamás... Le juro por Dios que...

Estaba balbuceando y notaba un cosquilleo peligroso en los ojos, que amenazaban con derramar sus lágrimas. Dejé a toda prisa mi enorme vaso de litro de granizado en el borde del mostrador y, en cuanto lo solté, una mala situación se transformó en otra mucho, muchísimo peor: el vaso se volcó, cayó al suelo y estalló en una vibrante lluvia de hielo azul. Unas brillantes esquirlas del mismo color salpicaron los pantalones, tan bien planchados, del fenicio, le mojaron la entrepierna y se depositaron como gotitas de zafiro en su cámara.

—¡Pero qué coño! —gritó mientras retrocedía de puntillas sobre sus botas de vaquero—. ¿Es que eres un puto retrasado, gordo de mierda?

—¡Oiga! —exclamó la madre de Mat mientras lo apuntaba con un dedo—. Oiga, oiga, nada de pelear en la tienda, ¡que llamo a policía!

El fenicio se miró la ropa salpicada de Blu y después me volvió a mirar a mí. Se le oscureció el rostro. Dejó la Polaroid-que-no-lo-era en el mostrador y dio un paso hacia mí. No sé lo que pretendía hacer, pero él también estaba inquieto, tanto que el pie izquierdo le patinó en el creciente charco de granizado de Cola con Blu. Las botas tenían altos tacones cubanos que, a pesar de su buen aspecto, debían de ser tan traicioneros como unos tacones de aguja de quince centímetros. Estuvo a punto de caer sobre una rodilla.

—¡Yo lo limpio! —exclamé—. Ay, Dios, lo siento mucho, lo limpiaré todo, y, Dios mío, créame, nunca le he robado dinero a nadie, soy una persona muy sincera; si me tiro un *peo*, siempre lo confieso, incluso si es en el autobús del instituto, se lo juro por Dios, le juro que...

—Sí, tío, tranqui —intervino Mat mientras se levantaba de su taburete. Era fibroso y alto, y con sus ojos oscuros y su cabeza afeitada no necesitaba decir

nada amenazante para que te sintieras amenazado—. Tómeselo con calma, que Maricone es legal. Le garantizo que no estaba intentando timarlo.

—Tú no te metas en esto, coño —repuso el fenicio—. O presta más atención cuando escojas bando. El crío me estafa diez pavos, me echa encima su bebida y por su culpa casi me rompo el cuello en este charco de mierda...

—No te pongas las botas si no sabes andar con ellas, colega —lo interrumpió Mat sin mirarlo—. A ver si un día te vas a hacer daño.

Después me pasó un gran rollo de papel de cocina por encima del mostrador y, cuando lo cogí, me guiñó un ojo con tal sutileza que estuve a punto de no percatarme. Casi temblaba de la gratitud, de lo aliviado que estaba de tener a Mat de mi lado.

Arranqué un puñado de toallas de papel y me arrodillé a toda prisa en el granizado a medio derretir para limpiarle los pantalones al fenicio. Habría sido perfectamente comprensible que alguien pensara que estaba a punto de hacerle una mamada a modo de disculpa.

—Ay, tío, siempre he sido torpe, siempre, ni siquiera sé patinar...

Se apartó como pudo (a punto de resbalar otra vez) y se agachó para quitarme el fajo de papel mojado.

—¡Eh! ¡Eh, no me toques! Te has arrodillado ahí como si tuvieras mucha práctica en el tema. Ni te acerques a mi polla, gracias. Yo me encargo.

Me echó una mirada que decía que había cruzado la línea que separaba a alguien que necesitaba una patada en el culo de alguien a quien no quería ni ver cerca de él. Se restregó los pantalones y la camisa mientras murmuraba con rencor para sí.

Pero yo todavía tenía el rollo de papel, así que pisé el charco de aguanieve y le cogí la cámara para limpiarla.

En aquel momento, yo ya estaba tan nervioso y me sentía tan mal que me movía de forma espasmódica y, cuando agarré la cámara, mi mano apretó el gran botón rojo que sacaba las fotos. La lente apuntaba al otro lado del mostrador, a la cara de Mat, cuando la Polaroid se disparó con un relámpago de luz blanca y un agudo chirrido mecánico.

La instantánea no salió sin más, sino que la cámara lanzó el cuadrado de plástico desde su ranura como un cohete en dirección al otro lado de la caja. Mat echó la cabeza atrás como si hubiera recibido un golpe y parpadeó deprisa, quizá cegado por el *flash*.

Yo también estaba un poco cegado, veía unos extraños gusanos de luz cobriza arrastrándose ante mis ojos. Sacudí la cabeza y me quedé mirando con cara de estúpido la cámara que tenía en la mano derecha. La marca era «Solarid», una empresa de la que no había oído hablar nunca y, por lo que sé, no ha existido nunca, ni en este país ni en ningún otro.

—Deja eso —ordenó el fenicio en un tono de voz distinto.

Creía que ya había sido testigo de su reacción más aterradora cuando me chilló, pero aquello era mucho peor: era el ruido del tambor al girar en un revólver, el chasquido del percutor al tirar de él hacia atrás.

—Sólo quería... —empecé a decir, con la lengua dormida dentro de la boca.

—Lo que quieres es acabar mal. Y estás a punto de conseguirlo.

Alargó una mano y le devolví la Solarid. De haber dejado caer la cámara (de haberseme caído de la mano, que estaba sudada y temblaba), creo que me habría matado. Que me habría agarrado por el pescuezo y habría apretado. Lo creía entonces y lo creo ahora. Sus ojos grises me miraron con una furia helada, y su rostro picado estaba tan inexpresivo como una máscara de goma.

Me quitó la cámara de un tirón y el momento pasó. Después miró al joven y a la anciana que estaban detrás del mostrador.

—La fotografía. Deme la fotografía —dijo.

Mat seguía atontado por el *flash* de la cámara. Me miró. Miró a su madre. Era como si hubiera perdido el hilo de la conversación entera.

El fenicio, sin prestarle atención, se concentró en la señora Matsuzaka y alargó la mano de nuevo.

—La foto es mía y la quiero. Mi cámara, mi carrete, mi foto.

Ella recorrió con la mirada el suelo, después levantó la vista y se encogió de hombros.

—Salió de la cámara y cayó en su lado de la caja —dijo el fenicio despacio, en voz muy alta, lo habitual cuando alguien está muy cabreado con un extranjero. Como si el volumen ayudara en la traducción—. Todos lo hemos visto. Búsquela. Mire alrededor de sus pies.

Mat se restregó los ojos con las manos, las dejó caer y bostezó.

—¿Qué pasa?

Tenía el aspecto de quien se quita las sábanas de encima, sale de su

dormitorio y se encuentra en medio de una discusión.

Su madre le dijo algo en japonés muy deprisa, inquieta. Él se quedó mirándola con ojos envueltos en una bruma de aturdimiento, aunque después alzó la barbilla y miró al fenicio.

—¿Algún problema, tío?

—La fotografía. La fotografía que te ha sacado el crío gordo. La quiero.

—¿Qué más da? Si la encuentro, ¿quieres que te escriba un autógrafo?

El fenicio estaba harto de hablar. Se fue dando grandes zancadas hasta la puerta que le llegaba a la cintura y que daba al otro lado del mostrador y la caja registradora. La madre de Mat, que estaba examinando de nuevo el suelo sin mucho entusiasmo, levantó la cabeza de golpe y colocó la mano en el interior de la puerta batiente antes de que el hombre pudiera entrar. Puso cara de intensísima desaprobación.

—¡No! ¡Clientes al otro lado! ¡No, no!

—Quiero mi puta foto.

—¡Eh, tío! —Si a Mat le duraba la conmoción, se le pasó en ese preciso instante. Se colocó entre su madre y el fenicio, y, de repente, el chico parecía muy grande—. Ya la has oído, retrocede. Es política de empresa: no se permite la entrada a este lado del mostrador a nadie que no trabaje aquí. ¿No te gusta? Cómprate una postal y envíale una queja a Mobil. Se mueren por saber de ti.

—¿Podemos acelerar un poco? Que tengo a un bebé esperando en el coche —se quejó la mujer que estaba detrás de mí, cargada con un montón de latas de comida para gatos.

¿Qué? ¿Creíais que durante todo ese tiempo habíamos estado los cuatro solos en el Mobil? Mientras yo tiraba mi especial Arctic Blu al fenicio, y él me insultaba y amenazaba, la gente seguía entrando, cogiendo sus patatas fritas, sus bebidas y sus bocadillos envueltos en film transparente, y haciendo cola detrás de mí. La fila llegaba ya a la mitad de la tienda.

Mat se colocó detrás de la caja.

—El siguiente.

La madre de las latas rodeó con cuidado el charco de *cienciafictionero* color azul chillón, y Mat empezó a marcar precios.

El fenicio lo observaba, incrédulo. Que el chico pasara de él de aquella

manera era un atropello a la altura de mi agresión con el Blu helado.

—¿Sabes qué te digo? A la mierda. Que os jodan a todos, a esta tienda, a este gordo inútil y a ti, chino. Tengo gasolina de sobra para salir de este antro de mierda. No gastaré ni un penique más de lo absolutamente necesario en esta letrina.

—Uno con ochenta y nueve —le dijo Mat a la mujer de la comida de gato—. El entretenimiento de la tarde se lo ofrecemos gratis.

El fenicio llegó a la puerta, pero se detuvo allí, con medio cuerpo fuera para lanzarme una mirada asesina.

—No me olvidaré de ti, niño. Mira a ambos lados antes de cruzar la calle, ¿me entiendes?

Yo estaba demasiado muerto de miedo para responder nada. Cerró de un portazo. Unos segundos después, su Caddy salió escopeteado de los surtidores camino de la autopista de dos carriles, acompañado del agudo chirrido de los neumáticos.

Usé el resto de las toallas de papel para secar el charco del suelo. Arrodillarme fue un alivio porque así me encontraba por debajo del campo visual de los demás, donde podía llorar casi en privado. Joder, sólo tenía trece años. Los clientes me esquivaban, pagaban sus cosas y se marchaban fingiendo con mucha consideración que no oían mis sollozos ahogados y mis mocos.

Cuando terminé de limpiar la porquería (el suelo estaba pegajoso pero seco), llevé la gran masa de papeles empapados al otro lado del mostrador. La señora Matsuzaka estaba junto a su hijo, con la mirada perdida en el horizonte y los labios fruncidos, pero cuando me vio con mi carga salió de su ensimismamiento y cogió la enorme papelera industrial que guardaban allí detrás. La empujó para que rodara hasta mí, y entonces la vi: la instantánea en el suelo, bocabajo, en la esquina; se había deslizado bajo la papelera y por eso no la habían encontrado.

La señora Matsuzaka también la vio y fue a recogerla mientras yo tiraba el amasijo de papel a la basura. Se quedó mirando la foto con cara de no entender nada. Después me miró... y la sostuvo en alto para que le echara un vistazo.

Debería haber sido un primer plano de Mat. Le había puesto el objetivo casi en la cara.

Sin embargo, era una fotografía mía.

Salvo que no era una foto mía de hacía unos minutos, sino de hacía unas semanas. En la imagen se me veía sentado en una silla de plástico junto a la máquina de refrescos, leyendo *Popular Mechanics* mientras bebía de un vaso gigante lleno de refresco. En la Polaroid (¿Solarid?) vestía una camiseta blanca de Huey Lewis y unas bermudas vaqueras. El día del encuentro con el fenicio en el Mobil llevaba pantalones caquis y una camisa hawaiana con bolsillos. El fotógrafo tenía que haberse encontrado detrás del mostrador.

No tenía ningún sentido, y me quedé observando la imagen completamente pasmado, intentando averiguar de dónde había salido. No podía ser la misma foto que había sacado por accidente, aunque tampoco entendía cómo podía ser una fotografía de hacía unas semanas. No recordaba que Mat ni su madre me la hubieran tomado mientras leía una de las revistas de Mat. Tampoco se me ocurría ninguna razón por la que hubieran querido hacerla, y nunca los había visto con una cámara Polaroid.

Tragué saliva y dije:

—¿Me la puedo quedar?

La señora Matsuzaka le echó otro vistazo desconcertado a la imagen, frunció los labios y la dejó sobre el mostrador. Después la empujó hacia mí y, cuando retiró la mano, se restregó las puntas de los dedos, como si le hubiera dejado una mancha desagradable en la piel.

La examiné durante unos segundos más, afectado por una extraña sensación de malestar detrás del esternón, una especie de ansiedad tensa que no era del todo debida a la ira y las amenazas del fenicio. Me guardé la foto en el bolsillo de la camisa y me acerqué a la caja. Dejé el billete de veinte allí encima mientras pensaba, con un escalofrío: «Es su dinero, ¿qué hará cuando se dé cuenta de que no se lo devolviste? Será mejor que mires a ambos lados antes de cruzar la calle. Será mejor que mires a los dos putos lados, Maricone». Ya veis, incluso yo me insultaba.

—Siento el estropicio —le dije a Mat—. Esto es por el refresco de litro.

—Da igual, tío. No te voy a cobrar por eso. Sólo es un poco de azúcar derramado —me aseguró él mientras me devolvía el billete.

—Vale. Bueno. Te debo una por no dejar que me pegara una paliza. Me has salvado la vida, Mat. De verdad.

—Tranquilo, tranquilo —respondió, aunque entornó los ojos y me miró

algo perplejo, como si no estuviera muy seguro de qué le estaba contando. Me examinó durante unos segundos más y después sacudió la cabeza—. Oye, ¿te importa que te pregunte una cosa?

—Claro, ¿qué, Mat?

—Me hablas como si nos conociéramos. ¿Nos habíamos visto antes?

4

Salí de allí con los nervios de punta y un cosquilleo desagradable en la cabeza. Para cuando me marché, estaba bastante seguro de que Mat no tenía ni puta idea de quién era yo, ni recordaba haberme visto antes, y eso que iba al Mobil todos los días y me había pasado más de un año leyendo sus ejemplares viejos de la *Popular Mechanics*. Ya no me conocía, sin más; y esa idea me afectó mucho.

Me dije que no lo entendía, que era una locura, que no tenía sentido, aunque no era cierto. A pesar de no ser del todo consciente de ello, empezaba a hacerme una idea sobre el origen del repentino olvido de Mat. Lo sabía como cuando sabes que hay una rata correteando por el interior de las paredes: oyes los ruidos furtivos de sus patas, los golpes del torso contra el yeso, y sabes que está ahí, salvo que no la has visto. Mi idea sobre Mat y la Solarid era tan horrible, tan de película de terror (tan imposible a nivel Steven Spielberg) que no era capaz de pararme a meditarla con calma. Al menos, todavía.

Regresé a casa presa de un pánico persistente, aunque no demasiado intenso. Tardé diez minutos en cubrir la distancia que separaba el Mobil de mi casa de la calle Plum. En mi cabeza, morí siete veces por el camino.

Dos veces oí el chirrido de los neumáticos del fenicio sobre el alquitrán y me giré para ver la reluciente rejilla cromada justo medio segundo antes de que me atropellara el Cadillac.

Una vez, el fenicio se detuvo delante de mí, salió del coche con una llave de ruedas, me persiguió hasta el bosque y me mató a golpes entre la maleza.

Me atropelló cuando intentaba huir por el patio delantero de la familia

Thatcher y me ahogó en su piscinita morada hinchable. Lo último que vi fue un G. I. Joe sin cabeza hundido en el fondo.

El fenicio pasó junto a mí en su coche, despacio, sacó el brazo izquierdo por encima de la ventanilla, armado con una pistola, y me metió dos tiros, uno en el cuello y otro en la mejilla.

Pasó junto a mí en su coche, despacio, y me decapitó con un machete oxidado: zas.

Pasó junto a mí en su coche, despacio, y me dijo: «Eh, chaval, ¿cómo va eso?». Y mi débil corazón se paró en mi gordo pecho y caí muerto, víctima de un infarto fulminante a los trece años de edad, tan joven, tan prometedor.

La instantánea seguía en el bolsillo de mi camisa. La notaba allí como si fuera un cuadrado de cálido material radiactivo, algo que pudiera provocarme cáncer. No me habría incomodado más ni siendo porno con niños. Poseerla me hacía sentir como un criminal, como si se tratara de una prueba..., aunque no podría decirnos de qué delito.

Crucé el patio de hierba y entré en la casa. Oí un zumbido mecánico y lo seguí hasta la cocina: mi padre ya se había levantado y estaba usando la batidora eléctrica con un cuenco lleno de nata montada de color naranja. Algo se cocía en el horno, y el aire estaba impregnado del cálido olor a la salsa de carne, un aroma que se asemejaba bastante al de una lata de comida para perros recién abierta.

—Huelo a cena. ¿Qué hay en el horno?

—La Batalla de Stalingrado.

—¿Qué es eso naranja que estás batiendo?

—La cobertura para la Emoción de Panamá.

Abrí el frigorífico en busca del Tang y encontré la Emoción de Panamá: una escultura montañosa de gelatina con unas cerezas flotando dentro de su temblorosa masa. Mi padre sólo sabía cocinar unas cuantas cosas: gelatina, platos de pasta con ternera picada y pollo con salsas preparadas con sopa de lata Campbell's. Su verdadero don en la cocina era el de bautizar las comidas. Una noche tocaba Batalla de Stalingrado, la siguiente era la Matanza de Texas (que consistía en una extraña mezcla de alubias blancas y carne en una salsa rojo sangre), el Puro de Fidel para mediodía (una tortilla mexicana marrón rellena de tiras de cerdo y trozos de piña) y Pizza del Granjero para desayunar (una tortilla francesa sobre la que apilaba queso y restos aleatorios de otras

comidas). No era un gordinflón como yo, pero gracias a nuestra dieta tampoco estaba muy en forma, que digamos. Si nos cruzábamos por el pasillo, los dos teníamos que ponernos de lado.

Me serví el Tang, me bebí el vaso entero de cuatro tragos. No era suficiente. Me serví otro.

—Ya casi está —me dijo.

Dejé escapar un murmullo de aceptación. La Batalla de Stalingrado era puré de patatas coronado por un filete muy fino y salsa industrial de carne y champiñones. Comérsela era, más o menos, como consumir un cubo de cemento líquido. Yo estaba acalorado después de mi paseo de ida y vuelta al Mobil, y el olor a comida para perros de la cena me estaba revolviendo el estómago.

—No pareces muy entusiasmado —comentó mi padre.

—Todo lo contrario, me puede el ansia.

—Siento que no sea la tarta de manzana de mamá, pero la verdad es que, aunque estuviera aquí, no creo que supiera hacer tarta de manzana.

—¿Tengo pinta de necesitar tarta de manzana?

Me echó un vistazo de soslayo y respondió:

—Tienes pinta de necesitar sal de frutas. ¿Estás bien?

—Me voy a sentar un rato a oscuras para refrescarme. No pasaba tanto calor desde que luché contra el Cong a las afueras de Khe Sanh.

—No hablemos de eso. Si empiezo a pensar en los muchachos que dejamos atrás, me echaré a llorar sobre la nata montada.

Me puse a silbar *Goodnight Saigon*. Mi padre y yo manteníamos diálogos improvisados sobre nuestra época en el ejército: sobre cuando luchamos contra los norvietnamitas, sobre las armas que habíamos llevado a los contras o sobre aquella misión para salvar a los rehenes en Irán de la que habíamos salido vivos por los pelos. Lo cierto era que ninguno de los dos había salido nunca de California, salvo para un viaje a Hawai cuando todavía éramos una familia en el sentido tradicional. Mi madre era la que vivía aventuras en lugares lejanos.

Técnicamente, mis padres seguían casados, pero mi madre pasaba el año entero con las tribus de la costa del sudoeste africano y sólo se quedaba con nosotros un mes de vez en cuando. Cuando venía, me hacía sentir incómodo.

No manteníamos conversaciones... Hablar con mi madre era más como pasar por una serie de exámenes orales sobre temas que iban desde el feminismo al socialismo, pasando por lo que yo sentía sobre mi identidad sexual. A veces me pedía que me sentara en el sofá con ella para leerme un artículo del *National Geographic* sobre la mutilación genital. Otras veces afirmaba que la práctica de afeitarse las axilas era una muestra del control patriarcal sobre las mujeres y después me observaba con una especie de fascinación hostil, como si esperase que le mirara mal la mata de pelo gris que le crecía bajo los brazos. En una ocasión le pregunté a mi padre por qué no vivían juntos, y me respondió que porque ella era un genio.

Y lo era, creo. He leído sus libros y, aunque no sean lo que se dice trepidantes, admiro su capacidad para integrar unas cuantas observaciones en apariencia insignificantes y, de pronto, presentártelas abiertas como un abanico para revelar un único y asombroso descubrimiento. Su curiosidad se apoderaba de ella por completo, la paralizaba. Creo que no le quedaba sitio en la cabeza para preocuparse por su marido y su hijo.

Me estiré en el sofá, bajo el ventanal, en la penumbra del salón. Me pasé más o menos medio minuto recorriendo con el pulgar el borde de la foto que guardaba en el bolsillo de la camisa antes de ser consciente de lo que hacía. Parte de mí no quería mirarla ni entonces ni nunca, lo que era una sensación muy peculiar. Al fin y al cabo, no era más que una fotografía en la que salía yo sentado al lado de una máquina de refrescos, leyendo una revista. No tenía nada de malo, siempre que no supieras que la habían sacado hacía un rato, pero mostraba algo que había sucedido días o incluso semanas antes.

Parte de mí no quería mirarla..., mientras que otra parte de mí no pudo resistirse.

La saqué del bolsillo y la ladeé para examinarla a la extraña luz de la tormenta de la tarde. De tener color los fantasmas, sería el de una tormenta de agosto a punto de estallar. El gris del cielo era exactamente igual al de una Polaroid que acaba de empezar a revelarse.

En la fotografía estaba inclinado (gordo y feo) sobre aquel número arrugado de *Popular Mechanics*. Las luces fluorescentes de arriba me aportaban el tinte azulado de los muertos vivientes que salían en las películas de George Romero.

«No dejes que te haga una foto —me había dicho Shelly Beukes—. No

dejes que empiece a quitarte cosas».

No obstante, la foto no me la había sacado a mí. Yo salía en ella, pero la cámara no me apuntaba a mí cuando se pulsó el botón. De hecho, él ni siquiera había sacado la foto: había sido yo; yo había apuntado a Mat con la Solarid.

Solté la foto con una especie de asco, como si de repente me hubiera dado cuenta de que era un gusano vivo.

Me pasé un rato tirado al fresco de las sombras, intentando no pensar, porque todo lo que tenía dentro de la cabeza era horrible y extraño. ¿Alguna vez habéis intentado no pensar? Es como intentar no respirar: nadie lo consigue durante demasiado tiempo.

La madurez no es algo que suceda de golpe. No es una frontera entre dos países en la que, una vez cruzada la línea invisible, estás en el nuevo terreno de la madurez, hablando la lengua extranjera de los adultos. Es más bien una retransmisión lejana, y tú conduces hacia ella y, a veces, apenas se distingue a través del susurro de la estática, mientras que otras veces la recepción es nítida durante un momento y logras captar la señal con una claridad perfecta.

Creo que en aquel momento estaba escuchando Radio Madurez; me había quedado completamente inmóvil con la esperanza de captar una transmisión con noticias útiles e instrucciones de emergencia. La verdad es que no recibí nada..., aunque en esos minutos de quietud forzosa mi mirada dio por casualidad con la pequeña colección de álbumes de fotos familiares que mi padre había colocado en el estante superior de la estantería de la esquina. A él le gustaba tenerlo todo en orden. Llevaba un cinturón de herramientas al trabajo, y todo estaba siempre en el sitio preciso: los alicates en una funda, el pelacables colgado del ojal diseñado a tal efecto.

Elegí un álbum al azar, me volví a tirar en el sofá y empecé a hojearlo. Las fotografías más antiguas eran brillantes rectángulos en (agarraos fuerte, chicos, que no me lo invento) blanco y negro. En las primeras se veía a mis padres juntos en los días anteriores a su matrimonio. Ambos eran demasiado viejos y demasiado anticuados para ser *hippies*, y tampoco estoy seguro de poder describirlos como una pareja atractiva. La única concesión de mi padre a su época fueron unas patillas pobladas y unas gafas de sol de cristales polarizados. Mi madre, la gran antropóloga africana, llevaba pantalones cortos caquis subidos por encima del ombligo y pesadas botas de senderismo, incluso en las reuniones familiares. Sonreía como si le doliera. No había ni

una imagen de los dos abrazándose o besándose, ni siquiera mirándose.

Lo que sí había eran unas cuantas fotos en las que se turnaban para cogerme en brazos. En una estaba mi madre en el suelo, agitando unas enormes llaves de goma por encima de un bebé rollizo tumbado bocarriba que intentaba agarrarlas con sus gordos deditos. En otra se veía a mi padre metido hasta la cintura en una piscina elevada, en el jardín de alguien, agarrado a un niño desnudo. Yo ya era una bola de grasa.

Pero mi acompañante más habitual en aquellas fotos no era ni mi madre ni mi padre, sino... Shelly Beukes. La verdad es que fue una sorpresa. Al jubilarse cinco años antes, yo no había sentido nada especial, sino la misma indiferencia que me habría producido ver que mi padre reemplazaba una mesita auxiliar. ¿Os asombra oír que un niño privilegiado de siete años del Valle no valoraba en su justa medida a la ayuda de casa? Mi padre no me contó entonces lo de la cirugía a corazón abierto; sólo me dijo que la mujer era un poco mayor y que la gente mayor tiene que descansar más. Vivía en el barrio y podría verla cuando quisiera.

¿Lo hice? Bueno, me dejaba caer por allí muy de vez en cuando a tomar té con galletas de dátiles; nos sentábamos delante de la tele para ver *Se ha escrito un crimen*, y ella me preguntaba cómo me iba. Procuraba ser educado y después me comía las galletas a toda prisa para poder largarme. Cuando eres un crío, pasarte la tarde en una sala de estar recalentada con una anciana viendo la tele es como ganar un billete para ir a Guantánamo. El amor no entraba en la ecuación. Nunca pensé ni en lo que yo pudiera deberle ni en lo que significara para ella.

Pero allí estaba, foto tras foto.

Agarrados a las barras de una celda de Alcatraz, los dos fingiendo cara de horror.

Yo sentado sobre sus hombros para arrancar un melocotón de las ramas de un melocotonero... y aplastándole con la mano libre el ala del sombrero de paja, de modo que le tapaba la cara.

De nuevo yo, soplando las velas mientras ella permanecía detrás de mí, con las manos en alto, lista para aplaudir. Y sí, llegados a este punto todas las fotografías eran Polaroids. Por supuesto que teníamos una. Todos la tenían. Como todos tenían un vídeo, un microondas y una camiseta que preguntaba «*Where's the beef?*», el eslogan del anuncio de las hamburgueserías Wendy's

que había llegado a convertirse en frase hecha.

La mujer de las fotos era vieja, aunque tenía ojos relucientes, casi juveniles, y una sonrisa traviesa a juego. En una de las instantáneas llevaba el pelo del mismo color rojo que los neones de los bares. En otra era del cómico tono de las zanahorias, y tenía las uñas pintadas del mismo color. En todas las imágenes estaba agarrada a mí, alborotándome el pelo, o conmigo sentado en su regazo mientras me comía una de sus galletas rellenas de dátiles: un niño regordete con ropa interior de Spider-Man y la barbilla manchada de zumo de uva.

Cuando llevaba unos dos tercios del álbum, di con la foto de una barbacoa en el patio trasero, una fiesta que no recordaba. El pelo de Shelly era del color del Arctic Blu, y Larry estaba con ella; el afrikáner vestía unos pantalones color arena demasiado ajustados y una camisa blanca remangada para enseñar sus antebrazos de Popeye. Yo tenía a uno en cada mano, y me habían convertido en un manchurrón de movimiento que se balanceaba adelante y atrás a la escasa luz del anochecer. Habían retratado a Shelly en el momento de vitorearme. Unos adultos nos miraban con cara de guasa y vasos de plástico llenos de vino blanco.

De repente, la idea de que le hubieran robado aquellos días me pareció nauseabunda. Era como tragarse un sorbo de leche agria. Una indecencia.

La pérdida de sus recuerdos y de su entendimiento no tenía justificación alguna, el universo no tenía forma de defender la corrupción de su mente. Ella me había querido, aunque yo fuera demasiado imbécil para saberlo o valorarlo. Cualquiera que viera aquellas fotos se habría dado cuenta de que me quería, de que, por algún motivo, estaba encantada conmigo a pesar de mis gordas mejillas, mi mirada perdida y mi tendencia a comer dejándome guarreadas aquellas camisetas tan feas. A pesar de mi poca consideración al creer que me merecía su atención y su cariño, sin más ni más. Y ahora todo se perdía, todas las fiestas de cumpleaños, todas las barbacoas, todos los melocotones maduros arrancados del árbol. Aquel cáncer que se alimentaba no de su carne, sino de su vida interior, de su almacén privado de felicidad, la estaba borrando poco a poco. La idea hizo que me entraran ganas de estrellar el álbum de fotos contra la pared. Hizo que me entraran ganas de llorar.

En lugar de eso, me sequé las lágrimas de los ojos, pasé la página... y vi algo que me hizo ahogar un grito de sorpresa.

Al mirar en la parte de atrás del coche del fenicio había visto la foto de un culturista, un joven de piel bronceada con una camiseta naranja sin mangas encaramado al capó de un Trans Am. En algún rinconcito de mi mente lo había reconocido, sabía que lo había visto antes, aunque no lograra ubicarlo ni averiguar dónde se habían cruzado nuestros caminos. Y allí estaba de nuevo, en mi propio álbum de fotos.

Sostenía un par de sillas de respaldo alto sobre la cabeza, una en cada mano, agarradas por una de las patas de madera. Yo estaba sentado en una de ellas y aullaba de terror, encantado. Llevaba puesto un bañador mojado, y unos diamantes de agua me iluminaban las tetas de niño gordo. Shelly Beukes estaba sentada en la otra silla, agarrada a ella con ambas manos, y se reía con la cabeza echada un poco hacia atrás. En esa foto, el tipo grandote no vestía camiseta sin mangas, sino un uniforme blanco de la marina. Esbozaba una sonrisa voraz bajo su bigote de Tom Selleck. Y, mira, incluso estaba el Trans Am: se veía un pedacito de la zona de atrás, aparcado en la entrada, visible al otro lado de la esquina de la casa de Shelly.

—¿Quién coño eres? —susurré.

Estaba hablando solo y no esperaba respuesta, pero mi padre dijo:

—¿Quién?

Se hallaba en la entrada de la cocina, con una sola manopla de horno puesta. A saber cuánto tiempo llevaba allí, observándome.

—El tío de los músculos —respondí mientras señalaba una fotografía que él no podía ver desde la otra punta de la habitación.

Se acercó y estiró el cuello para echar un vistazo.

—Ah, ese imbécil. Es el hijo de Shelly. ¿Sinbad? ¿Achilles? Algo así. Eso es el día antes de que embarcara rumbo al mar Rojo. Shelly organizó una barbacoa de despedida en su casa. Preparó una tarta que parecía un acorazado y era casi igual de grande. Nos trajimos las sobras a casa, y tú y yo estuvimos comiendo acorazado para desayunar toda la semana.

Recordaba aquella tarta: un portaaviones (no un acorazado) en tres dimensiones que levantaba olas de cobertura blanco azulado. También recordaba vagamente que Shelly me había dicho que era una fiesta de graduación... ¡para mí! Acababa de terminar el tercer curso. Era algo muy propio de Shelly Beukes: asegurarle a un niño solitario que la fiesta era en su honor cuando, en realidad, no tenía nada que ver con él.

—No parece tan malo —comenté.

Me molestaba que mi padre lo hubiera tachado de imbécil. Parecía una crítica descortés con Shelly, y yo no estaba de humor.

—Ah, bueno, tú lo adorabas. Era la viva imagen de Larry: participaba en competiciones de culturismo y le gustaba fardar de sus músculos. Levantar el extremo de un coche con la chorra y cosas por el estilo. Tú creías que era el Increíble Hulk. Recuerdo ese truco: os levantaba a los dos a la vez y se paseaba por ahí con vosotros subidos a las sillas. A mí me daba miedo que Shelly se le cayera de cabeza y tuviera que buscarme una niñera nueva. O que te dejara caer a ti y tuviera que buscarme a un niño nuevo para que se comiera mi Emoción de Panamá. Venga. La comida ya está. Vamos a zampar.

Nos sentamos en diagonal el uno respecto al otro en la mesa del comedor, con la Batalla de Stalingrado en los platos. Yo no tenía hambre, así que me sorprendió acabar usando un bollito para rebañar los restos de salsa. Movía el pan por todo el plato, mojándolo en el jugo, mientras pensaba en todos aquellos álbumes de fotos del asiento de atrás del coche del fenicio; en la foto que llevaba en el bolsillo de la camisa, en la que se veía algo que no debería verse. Empezaba a desarrollarse una idea, a revelarse como una instantánea que emergía despacio, inevitable, hasta alcanzar la claridad.

Con una voz distante, tranquila en apariencia, dije:

—Hoy he visto a Shelly Beukes.

—¿Ah, sí? —Mi padre me echó un vistazo pensativo y después preguntó en un tono tan artificial como el mío—: ¿Qué tal estaba?

—Perdida. La acompañé a casa.

—Me alegro. No habría esperado otra cosa de ti.

Le conté que me la había encontrado en la calle y que ella creía que tenía que venir a trabajar a casa y que no decía mi nombre porque no lo recordaba. Le conté que Larry Beukes había entrado en el camino de su casa derrapando con el coche, presa del pánico, y que le aterraba que la hubiera pillado un coche o que se hubiera perdido para siempre.

—Me dio dinero por haberla acompañado. No quería aceptarlo, pero me obligó.

Creía que a mi padre no le gustaría aquello y parte de mí suponía (o quizás incluso esperaba) que se sintiera avergonzado. Sin embargo, se levantó para ir a por la Emoción de Panamá y, volviendo la vista atrás, respondió:

—Bien.

—¿Sí?

Dejó en la mesa la gelatina, que temblaba bajo diez centímetros de nata montada de color sorbete, y empezó a servir pegotes de aquello en unos cuencos.

—Claro. Para los hombres como Lawrence Beukes, pagarte es sentir que vuelven a tenerlo todo bajo control. No es un hombre al que se le ha perdido su mujer senil porque es demasiado viejo para cuidar de ella, sino un hombre que sabe pagar a alguien para resolver un problema.

—Me preguntó si podía ayudarlo de vez en cuando. Si, ya sabes..., si podía ir a acompañarla cuando él tuviera que salir. A comprar o lo que sea.

Mi padre se detuvo con una cucharada de Emoción de Panamá a medio camino de los labios.

—Me alegro. Se te da bien ayudar. Sé que querías mucho a esa señora.

Gracioso, ¿eh? Mi padre sabía que yo quería a Shelly Beukes, algo de lo que yo mismo no había sido consciente hasta hacía unos minutos.

—¿Ha ocurrido algo más esta mañana? —preguntó.

Mi pulgar se arrastró hasta el bolsillo de la camisa y recorrió el filo de la Polaroid (¿Solarid?). Desde que llegara a casa no había dejado de tocarlo de vez en cuando, como un tic nervioso, inquieto, sin poder evitarlo. Consideré la posibilidad de decir algo sobre el fenicio y el enfrentamiento en el supermercado del Mobil, pero no sabía cómo sacar un tema semejante sin sonar como un chiquillo asustado.

Además, una idea me daba vueltas por el extrarradio de mi conciencia, un pensamiento que estaba procurando evitar por todos los medios. No quería acercarme a esa idea ni con un palo y, si empezaba a hablar del fenicio, no sería capaz de silenciarla.

Así que no dije nada sobre el encuentro en la gasolinera, sino:

—Ya casi he terminado la pistola de fiesta.

—Fantástico. Será muy fácil celebrarlo cuando acabes. Sólo tienes que apretar el gatillo. —Se levantó y llevó los platos al fregadero—. ¿Mike?

—¿Sí?

—No te desanimes mucho si Shelly no te reconoce o dice cosas que no tienen sentido.

—No.

—Es como... una casa después de que se trasladen sus dueños. El edificio sigue estando ahí, pero no todas sus pertenencias. Alguien se llevó los muebles y enrolló las alfombras. Los de la mudanza metieron en cajas todas las piezas de Shelly Beukes y las enviaron a otra parte. No queda mucho de ella, salvo la casa vacía. —Eché los restos de Stalingrado en el triturador de basura—. Eso y fotos viejas.

5

—¿Vas a estar bien? —me preguntó mi padre de camino a la puerta. Tenía un pie en el escalón de la entrada y el otro en nuestra alfombra de pelo color verde guisante. Los relámpagos iluminaban con su silencioso parpadeo las sofocantes nubes bajas que tenía detrás.

—Hace tiempo que no necesito a Shelly Beukes para taparme —le respondí.

—Sí, es verdad. No sé si debería ser así, pero así es, ¿eh?

Era un comentario tan poco característico de mi padre (el insinuar, aunque sólo fuera un poco, que nuestra vida no era del todo ideal) que abrí la boca para responder y descubrí que no encontraba respuesta.

Él miró hacia el turbulento crepúsculo tormentoso.

—Odio trabajar por la noche. Cuando Al vuelva a entrar en la rotación, me pediré el turno de día.

Mi padre llevaba todo el verano encargándose de los turnos de noche en la empresa eléctrica. Tenían un problema de personal: su mejor amigo, Al Murdoch, no iba a trabajar porque estaba con el tratamiento para su linfoma. Encima, a uno de los ingenieros eléctricos lo habían detenido recientemente por agredir a su exmujer. Piper Wilson se había ido para tener un bebé. De repente, mi padre era el técnico electricista con más antigüedad de la empresa y trabajaba sesenta horas a la semana, la mayoría cuando yo ya me había acostado.

Al principio me gustaba. Estaba bien quedarse hasta tarde cuando se

suponía que debía dormir para ver porno blando en Cinemax (aunque en aquellos días lo llamábamos Guarrimax). Pero a mediados de julio, la situación había perdido toda la gracia y ya no me gustaba quedarme solo en casa por la noche. Tenía una imaginación muy viva, y a finales de julio cometí el error de leer *Zodiac*. Después de eso, el vacío de la casa empezó a acojonarme vivo. Me tumbaba en la cama con la boca seca a las dos de la mañana y me quedaba escuchando el silencio mientras esperaba oír el crujido de la ventana que rompería mi viejo colega del zodiaco al forzarla con una palanca. Después usaría uno de los cuchillos de la cocina para grabarme signos astrológicos en el barrigón..., y no lo haría después, sino antes de matarme, para poder disfrutar de mis gritos.

Jamás hablé de esto con mi padre porque lo único peor que mis ataques de ansiedad nocturnos era que decidiera contratar a una niñera para cuidar de mí. El Asesino del Zodiaco sólo podía torturarme y matarme. Si mi padre contrataba a alguna chica del Valle para meterme en la cama a las nueve y media, después pasar toda la noche pegada al teléfono con sus amigos, yo habría querido morirme de verdad. La indignidad habría aplastado mi frágil ego de chaval de trece años.

Después de mi discusión con el fenicio, temía más que nunca quedarme solo aquella noche. Además, estaban las nubes de tormenta y la sensación de electricidad en el aire, una energía cosquilleante que notaba en el fino vello de los antebrazos. Los truenos habían estado preparándose toda la tarde, y estaba claro que pronto se descargarían... y rugirían.

—¿Vas a seguir trabajando en la pistola de fiesta?

—Es probable porque...

Lo que me interrumpió no fue un trueno melodramático, como los de las pelis de miedo, sino más bien un lanzamiento de misil de ciencia-ficción que partió el mundo por la mitad, un único cañonazo destructor. Era un ruido de tal volumen que me dejó sin aire.

Mi padre se iba a pasar la noche subido a una grúa de hierro, como una ofrenda para aquel cielo, reparando líneas telefónicas; la idea era como una piedra en el estómago si me permitía pensar en ella. Él sólo parecía disgustado y un poco cansado, como si los truenos no fuesen más que una irritación tediosa, como el follón que montan los niños cuando se pelean en el asiento de atrás. Se puso una mano detrás de la oreja derecha para indicarme

que no me había oído.

—Estaba a punto de terminarla cuando apareció Shelly esta tarde. Si acabo, te la enseño mañana.

—Eso está bien. Tienes que darte prisa para ganar tu primer millón de pavos, que quiero retirarme y dedicarme a lo que de verdad me gusta: preparar cosas originales con gelatina. —Bajó unos cuantos escalones, camino de su furgoneta, y se volvió para mirarme con el ceño fruncido—. Quiero que me llames si...

Se oyó otro cañonazo de truenos. Mi padre siguió hablando, aunque no oí palabra. Era típico de él: tenía un don inigualable para desconectarse del ruido de fondo que no le interesaba. Si estaba en su grúa reparando un transformador, daba igual que aparecieran las animadoras de los Dallas Cowboys desnudas agitando los pompones, que seguro que ni siquiera miraría hacia ellas.

Asentí como si lo hubiera oído. Supongo que me estaba largando su advertencia habitual: que llamara a la oficina y les pidiera que lo avisaran por radio si sucedía cualquier cosa. Después se despidió con la mano y me dio la espalda. Una luz azul se encendió en lo más alto de las nubes, el *flash* de la cámara más grande del mundo. Di un respingo («No dejes que te haga una foto») y entorné la puerta principal.

Los faros de la furgoneta parpadearon justo a la par que la tarde. No eran más que las seis y cuarto de mediados de agosto, así que el sol no se pondría hasta dentro de otras tres horas, pero el día ya se había perdido en una oscuridad asfixiante. La furgoneta retrocedió. Cerré la puerta.

6

No sé cuánto tiempo pasaría en el vestíbulo, pendiente del latido de mi pulso en los oídos. El tenso silencio expectante de la tarde me mantenía allí parado. En cierto momento me percaté de que tenía la mano sobre el corazón, como si fuera un niño a punto de jurar lealtad.

No, no sobre el corazón: sobre la Polaroid.

Sentí el fuerte impulso de librarme de ella, de lanzarla lejos. Llevarla allí, en el bolsillo, me provocaba una sensación horrible, horrible y peligrosa, como ir por ahí con una ampolla de sangre infectada. Incluso entré en la cocina y abrí el armario de debajo del fregadero con la intención de tirarla a la basura.

Pero al sacarla del bolsillo me quedé mirándola: mirando al chico gordo de rostro colorado embutido en una camiseta de Huey Lewis e inclinado sobre su *Popular Mechanics*.

«¿Nos habíamos visto antes?», me había preguntado Mat con una sonrisa de disculpa.

Fuera sonó un trueno, y yo di un salto hacia atrás y dejé caer la foto. Cuando levanté la vista, vi por un instante al fenicio justo al otro lado de la ventana de la cocina... Y no dejes que te haga una foto, Dios mío, no le dejes...

Pero no era el fenicio con el *flash* de su Solarid, sino otro relámpago azul. La cara que había visto en la ventana era la mía, un tenue reflejo suspendido en el cristal.

Cuando se oyó el siguiente trueno, yo estaba en el garaje. Dejé con cuidado la instantánea bocabajo, alineada con el borde de mi mesa. Después encendí mi flexo y giré su brazo articulado para aplastar la foto con su círculo caliente de luz blanca. Al final, con una especie de placer desagradable, le clavé una chincheta en la parte de arriba para sujetarla en su sitio. Entonces me sentí mejor. Ahora estaba en mi quirófano, amarrada a la mesa de autopsias. Allí era donde desmontaba cacharros para obligarlos a contármelo todo, todos sus poderes y vulnerabilidades.

Para sentirme más seguro y al mando, me desabroché los pantalones, los dejé caer al suelo y me los quité. Hacía tiempo había descubierto que nada libera tanto la mente como quitarse los pantalones. Probadlo, si no me creéis. En mi opinión, la productividad estadounidense se duplicaría si todo el mundo pudiera trabajar sin pantalones.

Para demostrarle a la foto quién mandaba allí, procuré no hacerle caso y ponerme a trabajar en la pistola de fiesta. Apreté el gatillo y oí el débil zumbido dentro de la carcasa. Después desatornillé el lateral y extraje la placa base para toquetearla. Al principio estaba distraído. No dejaba de mirar la fotografía que no tenía derecho a existir, de modo que al girarme hacia mi

nuevo juguete no recordaba lo que estaba haciendo. Sin embargo, al cabo de un rato me envolví en mi cápsula de concentración, y el fenicio, Shelly Beukes, la Solarid..., todo se volvió gris, justo como si se tratara de una Polaroid revelándose al revés hasta regresar a los productos químicos sin mezclar.

Soldé y cableé. En el garaje hacía calor y me llegaba ese aroma que todavía adoro: a goma fundida, cobre caliente y aceite. Tenía lubricante en una de las manos, un poco de WD-40, así que me lo limpié con un trapo hasta que sólo quedó piel rosada debajo. Examiné el trapo, vi que la mancha de tinta se extendía y se filtraba en la tela. Que la absorbía como una esponja.

Le había sacado una foto al Mat de la gasolinera Mobil, Yoshi Matsuzaka, pero lo que había captado la Solarid era algo de su... cabeza, una imagen que guardaba en su mente; una imagen de mí. La había absorbido como el trapo que tenía en el puño había absorbido el lubricante.

Otro relámpago azul iluminó el exterior.

No estaba asustado. Cuando surgió la idea, no me sorprendió. Supongo que, en el fondo, por debajo de mi mente consciente, ya lo sabía. Creo que nuestro subconsciente a menudo termina las ideas por nosotros horas, días, semanas o incluso años antes de decidir presentárselas a los niveles superiores del cerebro. Y, al fin y al cabo, Shelly ya me lo había explicado todo: «No dejes que te haga una foto. No dejes que empiece a quitarte cosas».

Curiosamente, una vez que lo supe (que lo comprendí) no me asusté más. No me brotó sudor frío ni empecé a temblar, ni tampoco traté de convencerme de que era una locura. En lugar de eso, gané serenidad. Recuerdo que le di la espalda a la foto con mucha calma y me agaché para seguir trabajando en la pistola de fiesta, que procedí a atornillar de nuevo; después metí un paquete de purpurina en el cañón y la cargué como si fuera un mosquete. Me comporté como si hubiera resuelto un problema de matemáticas sin mayor importancia.

La última parte de la pistola era el *flash*, que podía colocarse arriba, donde un francotirador habría instalado la mira. De hecho, había birlado el *flash* desechable de nuestra Polaroid. Con el aparato en la mano, como si lo sopesara, pensé en la cámara al dispararse en la cara de Mat, en aquella descarga de luz blanca y caliente, y en que el chico había dado unos pasos atrás, tambaleante, mientras parpadeaba muy deprisa.

Pensé en que Shelly Beukes contemplaba con desconcierto el barrio en el

que había vivido durante al menos dos décadas, como si a ella también la hubieran deslumbrado con un *flash*. Pensé en los álbumes de fotos negros de la parte trasera del Caddy del fenicio. Pensé en la fotografía que había visto en uno de ellos, una foto que casi seguro que era del hijo de Shelly.

De repente, el garaje pareció estremecerse con un enorme trueno, después del cual el aire vibró de un modo extraño. Entonces me percaté de que el que se estremecía era yo, y me levanté de golpe, medio mareado. Apagué el flexo y respiré a oscuras el aire con olor a cobre. Temí vomitar.

El zumbido en los oídos no paró, y por fin me di cuenta de que no se trataba del temblor producido por el trueno, sino del timbre de la puerta.

Me daba miedo abrir. Según la lógica de un chaval de trece años, tenía que ser el fenicio, que de algún modo sabía que yo había resuelto el enigma de su Solarid y había ido a cerrarme la boca para siempre. Miré a mi alrededor en busca de algo que pudiera usar como arma, me planteé el destornillador, pero al final me decidí por la pistola de fiesta. Tenía la loca idea de que, en las sombras del vestíbulo, quizá pareciera una pistola de verdad.

Al acercarme a la puerta principal, las nubes de tormenta lanzaron una nueva andanada de truenos ensordecedores, y oí una palabrota por lo bajo en un fuerte acento sudafricano. Me relajé al instante, lo que me dejó las piernas temblequeando y la cabeza algo atontada.

Abrí una rendija la puerta y lo saludé:

—Hola, señor Beukes.

Sus rasgos de Rock Hudson estaban macilentos, surcados de profundas arrugas, y tenía los labios pálidos, como si llevara mucho rato pasando frío. Debía de haber envejecido diez años desde aquella mañana.

A pesar del ruido y las luces, todavía no llovía. No obstante, el viento le azotaba la gabardina, que daba aleteos frenéticos contra su impresionante torso y sus estrechas caderas. Era el mismo abrigo que llevaba Shelly antes, aunque a él le quedaba mejor. El vendaval le lanzaba el pelo plateado sobre la frente, despejada y curtida.

—Michael, no esperaba necesitarte tan pronto ni en una noche como esta. Lo siento mucho. Es que... Ay, Dios mío, menudo día. Seguro que estás ocupado, haciendo algo con tus amigos. Odio tener que..., sin avisar antes...

En otras circunstancias, habría sonado como el principio de un chiste. Más que un animal social, yo era una mofeta social. Pese a ello, en la acelerada

oscuridad de una tormenta que se negaba a descargar del todo, apenas me fijé en su comentario sobre mis amigos.

La tormenta, la electricidad en el aire, el aliento entrecortado del señor Beukes y las rarezas de aquel día me tenían nervioso, casi temblando de la tensión. No obstante, no me sorprendía verlo en el umbral. Parte de mí llevaba esperándolo toda la tarde... Esperaba el comienzo del tercer acto de la representación, la conclusión del drama absurdo en el que yo era tanto el protagonista como el público.

—¿Qué ocurre, señor Beukes? ¿Está bien Shelly?

—¿Que si está...? Sí. No. —Dejó escapar una risa poco alegre—. Ya sabes cómo está. Ahora mismo duerme. Tengo que salir. Ha pasado algo. Hoy soy un hombre en un barco que se hunde, intentando achicar el agua con una cuchara.

Tardé un momento en descifrar sus palabras.

—¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas lo que te conté sobre mis gimnasios, que siempre hay algún fuego que apagar? —Se rio sin ganas de nuevo—. Pues debería tener cuidado con mis metáforas, porque... ¿Conoces mi gimnasio, el de al lado del Microcenter? Pues hay fuego de verdad, un incendio. No hay heridos, gracias a Dios. Estaba cerrado. Los bomberos lo han extinguido, pero tengo que ir a inspeccionar los daños.

—¿Qué clase de incendio?

Como el hombre no se esperaba la pregunta, tardó un momento en procesarla. No lo culpo por su sorpresa. Yo también estaba sorprendido. No sabía que iba a preguntárselo hasta que me salieron las palabras de la boca.

—Creo... que habrán sido los rayos. No me lo han dicho. Espero que sean los rayos y no el cableado, que es demasiado viejo. La compañía de seguros me colgaría por las pasas arrugadas que tengo por huevos.

Me reí a carcajadas de aquella mención a sus pelotas. Ningún adulto (y menos un anciano como el señor Lawrence Beukes) me había hablado antes así: con una sinceridad soez y desesperada, con aquella mezcla de humor negro y vulnerabilidad sin disimulo. Fue una experiencia impresionante. Y, a la vez, se me ocurrió otra cosa, dos palabras muy sencillas pero terribles que me provocaron una ligera sensación de vértigo: «Es él».

Mis pensamientos volaban a toda velocidad, como cartas entrevistas

mientras el repartidor baraja los naipes.

«Dile que no vaya», pensé. Aun así, si se había producido un incendio, tenía que ir y no contaba con ninguna razón que tuviera sentido para que se quedara en casa. Si le decía que un hombre con una cámara perseguía a su mujer para robarle los pensamientos, jamás dejaría que me acercara a Shelly. En ese caso, quizá se quedara en casa... para protegerla de mí.

«Él se irá, y yo llamaré a la policía y les avisaré de que su mujer está en peligro». De nuevo me pregunté: «¿En peligro de qué? ¿De quién? ¿De un hombre con una Polaroid?». Tenía trece años, no treinta, y mi miedo y mis preocupaciones no servirían de nada ante la policía. Les sonaría a crío histérico.

Además, un cuadrante de mi cerebro todavía albergaba la esperanza de que estuviera asustándome yo solo con una demencial historia de fantasmas, resultado de leer demasiados cómics y ver demasiados episodios de *Hombres del mañana* durante la infancia. La explicación racional se me presentó bajo la forma de una serie de puntos contundentes e inequívocos. Shelly Beukes no sufría una maldición infligida por una imitación de Polaroid, sino que era víctima del Alzheimer; no hacía falta ninguna interpretación mágica. En cuanto a la instantánea en la que se me veía leyendo la *Popular Mechanics*, ¿qué más daba? Alguien debía de habérmela sacado hacía semanas y en aquel momento no me había dado cuenta. Era decepcionante que las explicaciones más simples tendieran a ser las mejores.

Salvo que la explicación racional era una mierda como la copa de un pino, y yo lo sabía. Lo sabía. Lo que pasaba era que no quería saberlo.

Todo aquello me pasó por la cabeza en un segundo. El viento empujaba una lata que tintineaba carretera abajo, y el señor Beukes se volvió para verla marchar; después le echó un vistazo distraído y preocupado a su Town Car, que lo esperaba con el motor en marcha.

—Yo te llevo. Con este tiempo... Si no hubiera ocurrido lo de esta mañana, quizá me arriesgara a dejarla sola por la noche. Ya se ha tomado la pastilla para la artritis y tiene un sueño muy profundo, a veces duerme diez horas seguidas. Pero esta noche están los truenos. ¿Y si se despierta y se asusta? Debes de pensar que soy una mala persona por haberla dejado sola un minuto.

Todavía no había cumplido los trece años y no estaba preparado

emocionalmente para reaccionar ante un anciano angustiado que se fustigaba por sus supuestos errores. Mascullé algunas palabras elocuentes de consuelo, algo así como:

—Eh, no, claro que no.

—Intenté llamarte, pero como no respondías supuse que estabas en el garaje y no oías el teléfono. Le di un beso de despedida con mucho cuidado para no despertarla y me vine directo para acá. —Esbozó una sonrisa que casi llegaba a mueca—. Cuando está dormida parece la de antes. A veces creo que en sueños lo recuerda todo. El camino hacia su antigua personalidad está lleno de maleza, perdido entre las zarzas, pero su mente dormida... ¿Crees que la mente dormida tiene sus propios caminos, Michael? ¿Senderos que el cerebro despierto nunca ha recorrido?

—No lo sé, señor Beukes.

Descartó su propia pregunta con un gesto cansado.

—Venga, te llevaré. Deberías coger un libro y no sé qué más. —Después bajó la vista y se percató de que iba en calzoncillos y calcetines. Arqueó una de sus cejas blancas y maravillosamente peludas—. Pantalones, quizá.

—No necesito que me lleve en coche a la vuelta de la esquina. Vaya a ver si su gimnasio está bien. Y no se preocupe por Shelly. Estaré en cinco minutos.

Los truenos gruñían a sus espaldas. Lanzó otra mirada de preocupación al cielo, se inclinó a través de la puerta y me cogió ambas manos entre las suyas.

—Eres un gran chico —afirmó—. Shelly siempre me lo ha dicho, ¿sabes? Cada vez que llegaba a casa: «Es un gran chico, Larry. Con todas esas cosas tan graciosas que quiere fabricar. Ten cuidado, afrikáner, que le voy a pedir que me fabrique un marido nuevo que no se afeite en la ducha para que no parezca que ha estallado dentro un hurón». —Sonrió al recordarlo mientras se le arrugaba el resto de la cara, y por un horrible momento creí que iba a llorar otra vez. Pero al final levantó la mano y me la apoyó en la nuca—. Un gran chico, decía. Siempre sabía cuando alguien llevaba dentro la grandeza. No perdía el tiempo con gente de segunda, nunca. Sólo con la mejor. Siempre.

—¿Siempre? —pregunté.

—Se casó conmigo, ¿no? —respondió después de encogerse de hombros. Y me guiñó un ojo.

7

De camino a por mis pantalones, me desvié hacia la cocina y marqué el número de NorWes Utility. Me sabía de memoria el número directo a la centralita y creía que podrían conectarme con la radio de mi padre. Quería que supiera dónde iba a estar, puesto que suponía que era bastante razonable pensar que quizá acabara durmiendo en el sofá de los Beukes. Pero no respondió nadie porque el teléfono no sonaba, sólo se oía un largo silbido muerto. Colgué y estaba a punto de llamar de nuevo cuando me di cuenta de que no había señal.

De repente me percaté de que la cocina estaba muy oscura. Probé a encender la luz. La habitación no perdió ni un ápice de oscuridad.

Me acerqué a la ventana del salón y miré hacia la calle vacía; ni una luz en las ventanas, a pesar de lo negro del día. Los Amberson, que vivían enfrente, siempre tenían puesta la tele al llegar la media tarde, pero aquella noche no se veía el parpadeo del azul espectral en las ventanas de su sala de estar. En algún momento mientras el señor Beukes y yo hablábamos, una línea había caído en alguna parte y le había cortado la luz a todo el barrio.

«No, ha sido él», pensé.

Se me revolvió el estómago. De pronto necesitaba sentarme. Todavía notaba el regusto de la Emoción de Panamá en la boca, un sabor como a bilis dulce.

La casa se combaba con el viento, crujía y chasqueaba. Era probable que a lo largo de la noche cayera más de una línea. Hasta cierto punto, resultaba muy creíble imaginarse que el incendio del gimnasio tenía algo que ver con la tormenta... Un incendio que dejaba a Shelly completamente sola, sin forma alguna de dar la alarma si tenía problemas, porque, aunque recordara cómo llamar a la policía, su teléfono estaría tan muerto como el mío.

Me planteé la opción de cruzar la calle corriendo y aporrear la puerta del señor Amberson para gritar pidiendo ayuda y...

Y después ¿qué? ¿Qué le iba a contar? ¿Que temía que un hombre cruel con muchos tatuajes hubiera provocado un incendio y cortado la luz para poder sacarle Polaroids a una anciana senil? Permitid que os explique qué pinta habría tenido eso: un crío gordo con la cabeza llena de pelis de terror que se pone histérico por culpa de un par de rayitos.

Consideré la opción de quedarme en casa y ya está. No me gusta reconocerlo, pero se me pasó por la cabeza que, en realidad, el señor Beukes no se enteraría si no iba a cuidar de su mujer. Sí, claro, dos horas después volvería del gimnasio y no me encontraría allí, pero podía mentirle y decir que sólo había ido un minuto a mi casa a por la almohada y que pensaba regresar enseguida.

La bochornosa idea me alivió durante un segundo. Me quedaría en casa, y si el fenicio le hacía algo a Shelly (algo horrible), yo no estaría en medio y no me enteraría. No tenía nada más que trece años, y nadie esperaría de mí que intentara proteger a una mujer con la mente deteriorada por un monstruo sádico con kilómetros de tinta en el cuerpo.

Aunque me daba miedo ir, al final me daba aún más miedo quedarme. Veía al señor Beukes llegando a casa para encontrarse a Shelly tirada en la cama, con el cuello roto y la cabeza girada para mirarse entre los omóplatos. Cuando cerraba los ojos, lo veía: sus labios arrugados en una mueca de terror y angustia, su cadáver cada vez más rígido rodeado de cientos de instantáneas Polaroid. Si el fenicio la visitaba mientras yo me escondía en casa, quizá lograra librarme mintiéndole al señor Beukes. Sin embargo, no podría librarme de mí del mismo modo. La culpa me superaría. Me pudriría las entrañas y echaría a perder todo lo bueno de mi vida. Y lo peor de todo, seguro que mi padre intuía que había sido un cobarde y jamás sería capaz de volver a mirarlo a los ojos. Sabría que en realidad no había ido a vigilar a la señora Beukes. Nunca se me había dado bien mentirle, no cuando se trataba de algo importante.

Una idea fue lo que por fin me impulsó a ponerme los pantalones y salir por la puerta: se me ocurrió que podía acercarme con sigilo a la casa y asomarme a las ventanas. Si la señora Beukes estaba sola y dormida en su cama (si estaba todo despejado), me instalaría en la cocina con un cuchillo en una mano y la pistola de fiesta en la otra, al lado de la puerta trasera, listo para salir corriendo y gritar como un poseso si alguien intentaba entrar a la fuerza en la casa. Seguía pensando que, en la penumbra de última hora de la tarde, la pistola podría hacer dudar a quien la viera. Y si no engañaba a nadie, se la tiraría a la cara.

Antes de marcharme, me senté en la cocina para escribirle una nota a mi padre. Quería poner todas las cosas que quizá nunca tuviera la oportunidad de

decirle si aparecía el fenicio. Quería que supiera lo mucho que lo quería y que mi paso por la tierra había sido genial hasta que me trincharon como a un pavo.

Por otro lado, tampoco deseaba acabar llorando al escribirlo. Ni garabatear algo que me matara de vergüenza si al final me pasaba la noche rellenando crucigramas en la mesa de la cocina de la señora Beukes y no ocurría nada. Al final, escribí:

«Estoy bien. El señor Beukes me ha pedido que vaya a acompañar a Shelly. Ha habido un incendio en su gimnasio. Vaya, él sí que ha tenido un día de pena. Te quiero. La Emoción de Panamá estaba genial».

8

Cuando abrí la puerta, el viento me recibió con un empujón, como un invitado que me apartaba a un lado para entrar en la casa dando bandazos de borracho. Tuve que salir como pude, encorvado para protegerme del vendaval.

Pero al doblar la esquina en dirección a la casa de los Beukes me puse a favor del viento. Las ráfagas de aire me golpeaban la espalda y convertían mi ligero impermeable en una vela que me llevaba al trote. La casa de la esquina estaba en venta y, al pasar junto a ella, el cartel metálico de la inmobiliaria, que se bamboleaba adelante y atrás, se soltó y salió disparado por los aires seis metros antes de clavarse como un cuchillo de carnicero (¡paf!) en la tierra blanda del patio delantero de otra casa. Más que ir a casa de Shelly, era como si me llevaran volando hasta allí.

Una gran gota de agua tibia me salpicó la cara, como un escupitajo. El viento arreció, y un chaparrón de apenas una docena de gotas cayó sobre el asfalto que tenía delante dejando ese olor que es uno de los mejores del mundo: la fragancia que despide el alquitrán caliente en una lluvia de verano.

Un sonido empezó a formarse detrás de mí, un traqueteo ensordecedor que se notaba en los dientes. Era el ruido de un aguacero torrencial que se estrellaba contra los árboles, los tejados de tela asfáltica y los coches

aparcados: un rugido continuo y mecánico.

Aceleré, pero no podía ir más deprisa que lo que se avecinaba, y en cuestión de tres pasos me alcanzó. Caía con tanta fuerza que la lluvia rebotaba en la carretera y creaba una temblorosa nube de agua que llegaba hasta la rodilla. El aguacero inundaba los desagües con un líquido marrón espumoso. Era sorprendente lo rápido que había ocurrido. Creo que antes de dar diez pasos más ya estaba metido hasta los tobillos. Un flamenco de plástico rosa pasó a toda prisa junto a mí, llevado por la marea.

Con el siguiente relámpago, el mundo se transformó en una fotografía de rayos equis de sí mismo.

Se me olvidó el plan. ¿Acaso tenía uno? En una tormenta como aquella no se podía pensar.

Corrí a toda velocidad a través del bombardeo del agua y crucé por el patio de la casa frente a la de Shelly, pero el césped se estaba derritiendo. Se rompía bajo mis talones, y los largos tallos de hierba se pelaban, lo que dejaba al descubierto la tierra anegada de abajo. Me caí, acabé con una rodilla hincada en el suelo y las manos frenando la caída, y me puse perdido además de mojado.

Seguí avanzando, tambaleante, hasta el camino de entrada de los Beukes, que era amplio y ya parecía un canal poco profundo, y rodeé la casa para llegar a la parte de atrás. Forcejeé con la puerta de rejilla y salté al interior como si me persiguieran perros salvajes. El portazo estuvo casi a la altura de un trueno, y entonces fue cuando recordé que pretendía ser sigiloso.

Tanto la pistola de fiesta como yo estábamos chorreando. Tenía la ropa empapada.

La cocina estaba en silencio y a oscuras. Me había sentado allí infinidad de veces en el pasado para comerme las galletas de dátiles de Shelly Beukes mientras me tomaba un té, y siempre había sido para mí un lugar de olores agradables y con un orden que me resultaba reconfortante. No obstante, en aquel momento había platos sucios en el fregadero. La basura estaba hasta arriba, y las moscas se arrastraban sobre las servilletas de papel y las botellas de plástico.

Agucé el oído sin lograr distinguir nada más que el estrépito de la lluvia sobre el tejado. Era como un tren en marcha.

La puerta de rejilla se abrió detrás de mí y volvió a cerrarse, y tuve que

reprimir un grito. Me giré, dispuesto a arrodillarme y suplicar clemencia, pero allí no había nadie. Sólo el viento. Tiré con fuerza de la puerta... y casi de inmediato otra ráfaga de aire superó la resistencia del viejo pestillo y la abrió de nuevo, con a continuación otro portazo. No me molesté en echarlo otra vez.

Se me encogieron las entrañas al pensar en adentrarme en la casa. Tenía la poderosa impresión de que el fenicio ya estaba allí, que había oído mi entrada y me esperaba con paciencia escondido entre las sombras, en el pasillo, al doblar la esquina. Abrí la boca para gritar «hola», pero me arrepentí.

Lo que por fin me puso en marcha no fue el valor, sino los buenos modales: se estaba formando un charco a mis pies. Agarré un paño de cocina y lo sequé. Eso me ofreció la oportunidad de retrasar el momento de pasar al interior de la casa. Me gustaba aquel sitio, al lado de la puerta trasera, donde podía salir en dos pasos.

Por fin terminé de secar el suelo, pero yo seguía mojado y necesitaba una toalla. Me acerqué con cuidado al umbral y asomé la cabeza por él. Al otro lado había un pasillo solitario y en penumbra.

Avancé por él. Usé el cañón de la pistola de fiesta para abrir cada puerta junto a la que pasaba, y el fenicio estaba detrás de todas ellas. Estaba en el diminuto despacho, inmóvil en una esquina. Lo vi por el rabillo del ojo, y el pulso me bailó la polca hasta que miré de nuevo y vi que no era más que un perchero. También estaba en el dormitorio de invitados. Bueno, a primera vista el lugar parecía vacío. Podría haber sido una de las habitaciones de un motel de carretera, con su cama de matrimonio tan bien hecha, su empapelado de rayas y su modesto televisor. Pero la puerta del armario estaba entreabierta y, al mirarla, me pareció que se movía un poco, como si alguien acabara de cerrarla. Es que incluso percibía que había alguien dentro, conteniendo la respiración. Necesité toda mi fuerza de voluntad para dar los tres pasos que me separaban del armario. Cuando abrí la puerta de golpe, estaba listo para morir. El mueblecito de dentro contenía una colección de disfraces curiosos (un mono rosa con cuello de piel, seda blanca como la que usaba Elvis Presley en los setenta), pero ningún psicópata.

Al final sólo me quedaba la puerta del dormitorio principal. Giré el pomo con precaución y empujé con cuidado. La puerta de rejilla de la cocina eligió ese preciso instante para volver a cerrarse de golpe y sonó como un disparo.

Miré atrás y esperé. Entonces caí en que estaba atrapado allí, al final del

pasillo. La única forma de salir de la casa (sin saltar por una ventana) era regresar sobre mis pasos. Me volví, listo para encontrarme al fenicio en el pasillo bloqueándome la salida. Un segundo se convirtió en otro.

No apareció nadie. No se movió nada. La lluvia seguía martilleando el tejado.

Me asomé al dormitorio. Shelly estaba dormida de lado bajo un mullido edredón blanco, así que nada se veía de ella, salvo la nube de dientes de león que formaba su pelo. Sus ronquidos eran suaves zumbidos rasposos, apenas audibles por encima del constante retumbar del aguacero.

Me metí en el dormitorio muy despacio, con pasos diminutos, inquieto y débil, aunque menos inquieto y débil que al entrar en la casa. Usé la pistola de fiesta para apartar las cortinas. No había nadie detrás. Tampoco en el armario.

Todavía tenía los nervios de punta, aunque ya no me daba miedo la casa. De todos modos, no veía razón alguna para que un tío como el fenicio se agazapara en un armario. ¿Qué clase de depredador se escondía de un chico gordo de trece años armado con una gran pistola de plástico que parecía tan amenazadora como un megáfono?

La señal de Radio Madurez ya empezaba a ganar fuerza para hacerse oír a través de la habitual estática de la adolescencia. El presentador leía el informativo de la noche en un tono jocosos y sarcástico. Me recordó a la máxima de Carl Sagan: las afirmaciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias. Comentó que en una ocasión yo había pensado que el asesino del Zodiaco quizás entrara en mi casa para matarme simplemente porque había leído un libro sobre él. Recordó a sus oyentes que, de hecho, Michael Figliore, a los doce años, había ahorrado su paga durante seis meses para comprar un detector de metales porque creía que existía la clara posibilidad de encontrar doblones españoles enterrados en su patio trasero. Radio Madurez quería que su audiencia supiera que mi actual teoría (que el fenicio poseía una cámara capaz de robar pensamientos) se basaba en la irrefutable prueba de los desvaríos de una anciana demente y en una instantánea arañada encontrada debajo de un cubo de basura.

Pero, pero, pero... ¿y el fuego del gimnasio? Sí, reconoció Radio Madurez, se había producido un incendio espantoso en el gimnasio del señor Beukes. Teniendo en cuenta la tormenta que acababa de llegar, el cuerpo de bomberos de Cupertino iba a tener que apagar más de uno durante la noche.

¿Acaso creía que la tormenta también era obra del fenicio? ¿Era otro de sus «superpoderes»? Tenía una cámara que destrozaba mentes; ¿también contaba con un paraguas que escupía tormentas al cielo? Pues qué suerte que no hubiera usado su brujería para que llovieran clavos.

Con eso tenía pullas de Radio Madurez más que de sobra para todo el día. Estaba mojado, aterido y a salvo, y con eso me bastaba. Pero quizá la sintonizara después (sí, después) para escuchar el resto del programa. Quizá parte de mí estuviera deseando hacerme trizas, darle un buen zarpazo a mi saturada imaginación de *En los límites de la realidad*.

Estaba harto de la ropa empapada, así que me metí en el cuarto de baño principal. Había un gran albornoz blanco con ribetes dorados colgado de un gancho junto a la ducha, la clase de albornoz que uno espera encontrarse en los hoteles de cinco estrellas. Parecía la mejor opción, justo por debajo de acurrucarse en una cama cualquiera.

Sequé un poco la pistola, la solté al lado del lavabo y me quité la camisa mojada. Dejé abierta la puerta que daba al dormitorio, pero me quedé escondido detrás de ella para que, si Shelly Beukes se despertaba, no se asustara al ver mi sebo rosa al aire.

La lluvia ya empezaba a amainar, había aflojado hasta quedarse en el arrullo de su crepitar en el tejado. Mientras me secaba las tetas de chico y la espalda, sentí que me aflojaba con ella. Mi idea era sentarme en la cocina, al lado de la puerta trasera, listo para salir corriendo a la primera señal de un psicópata, pero ahora empezaba a permitirme fantasías de chocolate caliente y galletas de las Girl Scouts.

La lluvia estaba parando, aunque los rayos seguían a toda pasilla. Uno cayó tan cerca que iluminó el cuarto de baño con un resplandor plateado casi cegador. Me quité los pantalones empapados como pude y también los calcetines inundados. Otro relámpago, el más brillante hasta el momento. Me arrebuqué en el albornoz, que era más suave y mullido de lo que me había imaginado. Era como llevar puesto un ewok.

Después me sequé con una toalla el pelo mojado y el cuello, y vi un tercer relámpago, al que Shelly respondió con un gemido grave de tristeza. Entonces lo entendí todo y me dieron ganas de gemir a mí también: a pesar de todos los relámpagos, no había oído ni un trueno.

El miedo me infló como un globo, como algo que se me dilatava en el

vientre y apartaba los órganos de su camino. El resplandor blanco apareció de nuevo, y no procedía del exterior, sino del dormitorio.

En el baño sólo había una ventana por la que no se podía escapar: era de ladrillos de cristal, estaba empotrada dentro de la ducha y no se abría. La única forma de salir era pasando junto a... él. Cogí la pistola de fiesta con manos temblorosas. Pensé que podría lanzársela a la cara y correr.

Asomé la cabeza con mucho sigilo. El corazón se me aceleró. El *flash* seguía saltando.

El fenicio estaba al lado de la cama, inclinado con su cámara sobre Shelly, mirando por el visor. Había retirado por completo el edredón, y la mujer estaba acurrucada de lado, con una mano sobre la cara para protegerla; mientras los observaba, el fenicio la agarró por la muñeca y la obligó a bajar el brazo.

—De eso nada —dijo—. Deja que te vea.

El *flash* saltó otra vez y la cámara zumbó. La Solarid escupió una foto en el suelo.

Shelly dejó escapar un patético gemido de protesta, un ruido que era casi un «no», aunque sin llegar a serlo.

Una pila de instantáneas rodeaba las caras botas de tacones cubanos. Una vez más sonó el *flash* y otra foto cayó a la pila.

Di un pasito hacia el dormitorio. Incluso eso era demasiada coordinación que pedirle a un vago desastroso como yo, así que golpeé la pistola contra el marco de la puerta. El ruido me dio ganas de llorar, pero el fenicio no miró hacia mí porque estaba muy concentrado en su trabajo.

La cámara zumbó y sacó otra foto. Shelly intentó levantar la mano para protegerse de nuevo la cara.

—No, zorra —le espetó él mientras le sujetaba la muñeca y le bajaba la mano—. ¿Qué te he dicho? No te cubras.

—Para —le ordené.

Me salió antes de saber que iba a hablar. Fue por el modo en que no dejaba de bajarle la mano. Me ofendía. ¿Tiene eso sentido? Lo que más deseaba era salir corriendo, pero no podía porque no soportaba la idea de que la tocara así. Era indecente.

Volvió la vista atrás sin demasiada sorpresa. Después desvió la mirada

hacia la pistola de fiesta y dejó escapar un bufido de desdén: mi creación no engañaba a nadie.

—Ah, mira, si es el gordinflón. Suponía que el viejo cabrón enviaría a alguien para vigilarla. De entre todas las personas del mundo, de haber podido elegir yo mismo, te habría elegido a ti, gordinflón. Voy a recordar los próximos minutos con sumo placer durante el resto de mi vida..., pero tú no.

Se giró hacia mí con la cámara. Levanté la pistola de golpe. Estoy seguro de que mi intención era lanzársela, aunque lo que sucedió es que mi dedo dio con el gatillo.

La bocina sonó. El confeti estalló en una lluvia de purpurina. La bombilla del *flash* saltó con un ¡pum! El fenicio retrocedió como si alguien lo hubiera golpeado en el pecho. El tacón alto del pie derecho pisó el montoncito de fotos (esos lisos cuadrados plasticosos) y resbaló. La cara posterior de sus piernas dio con una mesita. La lámpara se volcó, cayó al suelo y la bombilla estalló con un fuerte chasquido. Dio un salto adelante, y Shelly alargó una mano, le cogió la pernera del pantalón y tiró de ella. El fenicio se tambaleó con los ojos cerrados... directo hacia mí.

Dejó escapar un ruido entre rugido y gruñido. La purpurina le salpicaba las mejillas y las pestañas. Incluso tenía en la boca unos relucientes copos dorados sobre la lengua. Llevaba la cámara pegada al pecho como una madre con su bebé, e intentó agarrarme con la mano libre. En ese momento descubrí en mi interior una elegancia decisiva de la que nunca antes había sido consciente y que nunca jamás volvería a ver.

Fui hacia él sabiendo que no podía verme, que el *flash* lo había cegado. Cuando chocamos, la Solarid se resbaló un poco. Le propiné un rodillazo en la entrepierna, no uno de los fuertes, sino un débil empujón que lo impulsó a cerrar las rodillas por instinto. Se le escapó la cámara, y yo se la quité de la mano. El hombre ahogó un grito e intentó recuperarla, pero lo que le di fue la pistola de fiesta. La agarró por el gatillo, y el arma se disparó con otro fuerte graznido. Seguí avanzando, lo dejé atrás en dos pasos y después me coloqué detrás, al lado de la cama.

Él fue trastabillando hasta la puerta del dormitorio antes de darse cuenta de lo sucedido. Levantó la mano libre y se apoyó en el marco. Después parpadeó deprisa y contempló la pistola de fiesta completamente desconcertado. No la soltó, sino que la lanzó contra el suelo y la alejó de una

patada.

Una mano acarició la cara exterior de mi pierna y me dio una palmadita amable en la rodilla. Shelly. Se había relajado y me miraba con un afecto distraído.

Los pálidos gusanos que le hacían las veces de labios al fenicio se flexionaron en una expresión de ira que disfrazaba de humor.

—Ni te imaginas lo que voy a hacer contigo. No voy a matarte. Ni siquiera voy a hacerte daño. Cualquiera de las dos cosas supondría demostrarte un respeto que no te mereces. Voy a borrararte, cabrón. —Sus ojos oscuros repararon en la cámara que yo tenía en la mano y después regresaron a mi rostro—. Deja eso, gordo de mierda. No tienes ni idea de lo que hace.

—Sí —respondí con voz temblorosa, y me llevé el visor al ojo—. Sí que lo sé. Di: «Patata».

9

Hay mucho que no entiendo de aquella noche.

Le saqué una foto tras otra. Las instantáneas de la Solarid cayeron al suelo hasta formar una pila a mis pies. El cartucho estándar de una Polaroid daba para doce fotos. Los extragrandes te permitían sacar dieciocho. Aun así, no hacía falta recargar la Solarid y nunca se gastaba.

El fenicio no me atacó. La primera foto lo dejó aturdido, igual que a Mat. Lo clavó en el sitio, dentro de sus tacones altos, con la mirada perdida en un paisaje lejano que no volvería a ver. Se quedó donde estaba como un ordenador intentando reiniciarse. Pero no lo lograría porque la cámara no paraba de disparar.

Después de la primera docena de fotos por fin se movió, aunque no para cargar contra mí. Lo que hizo fue cruzar los tobillos con cuidado, casi con delicadeza, y sentarse en el suelo como un discípulo que medita en un ashram. Al cabo de otras veinte instantáneas empezó a inclinarse hacia un lado. Diez fotos después estaba en posición fetal en el suelo. Durante todo ese tiempo no dejó de esbozar una sonrisita astuta, aunque en cierto momento empezó a

babear por la comisura de los labios.

Shelly salió un instante de la bruma narcótica creada por la Solarid y fue capaz de sentarse y parpadear, medio dormida. El cabello le flotaba en azulados enredos alrededor de su arrugado rostro de uva pasa.

—¿Quién es ese? —preguntó, mirando al fenicio.

—No lo sé —respondí, y le saqué otra foto.

—¿Es Alamagüselum? Mi padre dice que Alamagüselum vive en las paredes y bebe lágrimas.

—No, pero quizá sean parientes.

No creo que aquel tipo bebiera lágrimas, aunque sí que disfrutaba bastante viéndolas en los demás.

Al cabo de unas cincuenta fotos, el fenicio entornó los párpados y sus ojos se volvieron para dejar a la vista el blanco; luego empezó a temblar. Respiraba en ráfagas entrecortadas y bruscas. Bajé la cámara, temiendo que sufriera un ataque. Lo observé con atención y, tras unos minutos, los temblores cesaron. Se quedó inmóvil como una muñeca de trapo, con una expresión de desolada imbecilidad en el rostro.

Quizá fuera como la terapia de electroshock: sólo podías freír el cerebro durante cierto tiempo si no querías arriesgarte a sobrecargar el sistema y detener el corazón. Decidí darle una oportunidad de recuperar el aliento. Me agaché y recogí un puñado de fotos del suelo. Sabía que mirarlas era un error, pero lo hice de todos modos. Vi:

- Un hombre cincuentón entrado en carnes llorando de rodillas en un camino de gravilla, desnudo, mientras ofrecía unas llaves de coche, desesperado. Tenía cortes por todas partes, infinidad de finas líneas rojas que goteaban sangre. El gran Cadillac blanco (el que conducía el fenicio) se veía de fondo, aparcado bajo un sauce, tan reluciente y limpio que parecía recién salido del anuncio de una revista de los años cincuenta.

- Una instantánea de un reflejo en el espejo retrovisor del Caddy: las nubes de polvo en una carretera de tierra que ocultaban en parte a un hombre desnudo bocabajo en el camino, con algo que parecía una pala de jardinero en la parte baja de la espalda. La textura de la luz de finales de primavera. Una sensación de huida, de movimiento fluido.

- Una niña con un gorro de invierno con orejeras que sostenía una piruleta enorme. Miraba con una sonrisa vacilante al fotógrafo. De un brazo le asomaba el oso Paddington que llevaba abrazado al costado.

- La misma niña en un ataúd, con las manos regordetas cruzadas sobre el canesú de terciopelo de su vestido, y el rostro suave y sin sueños que lo perturbaran. Le habían enrollado con cariño en el cuello un pañuelo de un intenso color burdeos. El oso Paddington estaba bajo el mismo brazo y asomaba del mismo modo. Una mano demacrada se metía en el enfoque, como si fuera a apartar uno de los mechones de pelo rubio de la frente de la niña.

- Un sótano. De fondo había una pared de viejo ladrillo enlucido con una estrecha ventana cubierta de telarañas a unos dos metros del suelo. Alguien había dibujado unas toscas marcas negras en lo que estoy seguro de que era escritura fenicia justo debajo de la ventana. También habían dibujado en el suelo de cemento tres anillos de ceniza que se solapaban un poco. En el que estaba más a la izquierda había un círculo de cristales rotos. En el que estaba más a la derecha, un oso Paddington. En el círculo central había una cámara Polaroid.

- Ancianos y más ancianos. Al menos una docena. Un viejo escuálido con un tubo de oxígeno en la nariz. Un ojeroso hobbit con la nariz pelada por el exceso de sol. Una mujer gorda con cara de embobada y la comisura de los labios torcida con la mueca de quien acaba de sufrir una apoplejía grave.

- Y, finalmente, yo, Michael Figlione, de pie junto a la cama de Shelly con el terror pintado en mi cara de luna, la Solarid en la mano y el *flash* en pleno disparo. Era lo último que había visto el fenicio antes de que empezara a sacarle las fotos.

Reuní los resbaladizos cuadrados en un taco y me los metí en los profundos bolsillos del mullido albornoz blanco.

El fenicio se había tumbado de lado. A sus ojos había regresado una chispa de claridad, y me observaba con una ridícula fascinación. Se había meado encima; una mancha oscura le empapaba la entrepierna y le bajaba por los muslos. Creo que no se había dado cuenta.

—¿Te puedes levantar? —le pregunté.

—¿Por qué?

—Porque es hora de irse.

—Ah.

No se movió hasta que me agaché, lo cogí del hombro y le dije que lo hiciera. Y me obedeció, dócil y desorientado.

—Creo que me he perdido —dijo—. ¿Nos... conocemos?

Hablaba con pausas entre las palabras, lo que me daba a entender que le costaba encontrar las adecuadas.

—No —respondí con decisión—. Venga.

Lo conduje por el pasillo hasta la puerta principal.

Creía que había absorbido todas las sacudidas que aquella noche tenía que ofrecerme, pero me quedaba otra más. Al llegar al escalón de la entrada, me paré en seco.

El patio y la calle estaban cubiertos de pájaros muertos. Gorriones, creo. Debía de haber al menos mil, negros trapitos rígidos de plumas, patas y perdigones por ojos. Y la hierba estaba llena de delicados guijarros de cristal que crujían al pisarlos escalones abajo. Granizo. Hinqué una rodilla en el suelo (tenía las piernas débiles) y examiné uno de los pájaros muertos. Lo pinché con un dedo, nervioso, y descubrí que se había helado al instante, que estaba tan tieso y frío como si lo acabara de sacar de un congelador. Me levanté de nuevo y miré calle abajo: había muertos emplumados hasta donde alcanzaba la vista.

El fenicio se mecía sobre los talones mientras contemplaba la carnicería con cara de tonto. Shelly estaba detrás de él, en el umbral, con una expresión mucho más serena en el rostro.

—¿Dónde has aparcado tu coche? —le pregunté al fenicio.

—¿Aparcado? —Había dejado caer la mano sobre la parte delantera de los pantalones—. Estoy mojado. —No lo dijo como si le molestara.

El viento se había llevado los yunques cumuliformes al este y los dividía en islas montañosas. El cielo del oeste era de un dorado ardiente que se oscurecía hasta adoptar un rojo intenso a lo largo de la línea del horizonte: un tono horrible, del color del corazón humano. Era una hora horrible.

Lo dejé en el patio y fui a buscar su coche. ¿Os sorprende? ¿Que dejara al fenicio solo en el patio con Shelly Beukes y me alejara de ambos? Ni se me

pasó por la cabeza que fuera peligroso. Ya entendía que el efecto aturridor de la exposición a la Solarid se multiplicaba cada vez que se disparaba la cámara. Después de fotografiarlo más de cincuenta veces, prácticamente lo había lobotomizado, al menos durante un tiempo. Incluso ahora, parte de mí cree que le destrocé tanto la cabeza que se quedó impedido para siempre.

Lo que está claro es que Shelly nunca se recuperó. Ya lo sabíais, ¿no? Si esperabais que, de algún modo, aquella anciana tan cariñosa y valiente fuera a recordarlo todo al final, esta historia os va a decepcionar. Ni uno de los pájaros se descongeló y alzó el vuelo, y ni uno solo de los recuerdos de Shelly volvió a su sitio.

Me eché a llorar en cuanto empecé a caminar por la calle. No eran sollozos de los que te estremecen entero, sino un débil y lamentable goteo de lágrimas con el aliento entrecortado. Al principio intenté no pisar los pájaros muertos, pero al cabo de unos cincuenta metros me rendí. Había demasiados. Oía sus crujidos amortiguados bajo los pies.

Aunque la temperatura había descendido mientras estaba dentro, en aquel momento volvía a subir, y cuando encontré el Cadillac del fenicio ya empezaba a brotar el vapor del asfalto mojado que lo rodeaba. No había aparcado lejos, justo al doblar la esquina, donde la urbanización todavía no se había urbanizado. Había bungalós a lo largo de un lado de la carretera, con bastante espacio entre ellos, y una tupida pared de bosque y maleza al otro lado. Un buen lugar para dejar el coche un rato si no querías que nadie se fijara en él.

Cuando regresé a la casa de los Beukes, el fenicio se había sentado en la acera. Sujetaba un pájaro muerto por una de sus escamosas patas y lo examinaba con atención. Shelly había encontrado una escoba y estaba barriendo el patio en vano para intentar recoger los pequeños cadáveres.

—Venga, vamos —le dije al hombre.

El fenicio se metió el pájaro muerto en el bolsillo de la camisa y se levantó, obediente.

Lo acompañé por el camino, calle arriba, y doblamos la esquina. No me di cuenta de que Shelly nos seguía con la escoba hasta que casi habíamos llegado al gran Caddy.

Abrí la puerta del coche y, después de un momento mirando sin ver el asiento delantero, el fenicio se colocó detrás del volante. Después me miró,

esperanzado, esperando a que le dijera qué hacer a continuación.

¿Recordaría cómo conducir? Me incliné sobre el coche para tantearle los bolsillos del pantalón en busca de las llaves, y entonces fue cuando me llegó el irritante hedor a gasolina. Miré hacia la parte de atrás y vi una lata roja de combustible en los asientos, al lado del montón de álbumes de fotos. Entonces supe lo que los investigadores de incendios tardarían tres semanas en determinar: que el incendio del gimnasio Cupertino, del señor Beukes, no era obra de un rayo, sino de un delincuente.

Por otro lado, el corte de luz del barrio sí que fue un efecto secundario de la tormenta. Menos seguro estoy de que dicha tormenta fuera un fenómeno del todo natural. Una hora antes había contemplado la posibilidad de que el fenicio tuviera una influencia oculta sobre el tiempo, pero había rechazado la idea y me había burlado de mí. Aunque la noción parecía menos absurda al mirar el terreno repleto de pájaros muertos. ¿Habría tenido algo que ver con la tormenta, al fin y al cabo? Quizá... O quizá no. Ya he dicho que sigo sin comprender mucho de lo que ocurrió aquella noche.

Me imaginaba metiendo la mano en la parte de atrás del Caddy y rociando lo que quedara de la lata sobre el fenicio para después dejarle caer en el regazo del mechero del coche. Pero no iba a hacerlo, claro. Si pisar un gorrión muerto me ponía malo, ni me imaginaba asesinar a un hombre. Dejé la lata donde estaba, aunque siguiendo un impulso agarré el álbum de fotos que estaba en lo alto de la pila y me lo metí bajo el brazo. Descubrí las llaves en el cenicero del salpicadero y arranqué el Cadillac.

El fenicio se me quedó mirando con devoción.

—Ya puedes irte.

—¿Adónde?

—Me da igual, siempre que sea lejos de aquí.

Él asintió despacio, y entonces su cara de leproso se relajó en una dulce sonrisa.

—La ginebra española te deja jodido, ¿eh? ¿Debería haber parado después de la primera! Me da la impresión de que no voy a recordar nada de esto por la mañana.

—Pues debería hacerte una foto —dijo Shelly detrás de mí—. Para que no se te olvide.

—Eh, qué buena idea —respondió el fenicio.

—A ver esa sonrisa, chavea —le pidió Shelly; el otro sonrió, y entonces ella le estrelló el palo de la escoba contra la dentadura.

Se oyó un porrazo huesudo, y la cabeza del fenicio se giró a un lado. Shelly se carcajeó. Cuando el hombre levantó la vista, tenía una mano sobre la boca, aunque la sangre le chorreaba entre los dedos. Parecía un niño asustado.

—¡Aleja de mí a esa vieja loca! —gritó—. ¡Oye, zorra! Será mejor que tengas cuidado, que conozco a una gente muy peligrosa.

—Ya no —respondí, y le cerré la puerta del coche en la cara.

Él echó el pestillo y nos miró con terror mudo. Al apartar la mano de la boca, le vimos sangre en los dientes y que esbozaba una dolorosa sonrisa burlona con el labio inferior hinchado.

No quería quedarme a verlo marchar, así que agarré a Shelly por el hombro, la giré y nos fuimos hacia su casa. Casi habíamos llegado al patio cuando pasó conduciendo por la calle. Al final no se le había olvidado manejar su gran Caddy, y ahora que vuelvo la vista atrás, desde una perspectiva de adulto más informado, no me sorprende. La memoria motriz está compartimentalizada, apartada de otros procesos de pensamiento. Mucha gente perdida en la blanca niebla cegadora de la senilidad todavía es capaz de tocar a la perfección algunas piezas de piano que aprendieron de pequeños.

El fenicio ni nos miró: estaba inclinado sobre el volante, mirando a un lado y a otro, con los ojos brillantes de ansiedad. Había visto aquella misma expresión en la cara de Shelly hacía pocas horas, cuando examinaba desesperada el barrio en busca de algo, lo que fuera, que le resultara familiar.

Al final de la calle encendió el intermitente, giró a la derecha en dirección a la autopista y desapareció de mi vida.

10

Cuando la tapé con el edredón, Shelly esbozó una sonrisa soñolienta y me cogió la mano.

—¿Sabes cuántas veces te arrojé yo a ti, Michael? El principio y el fin siempre están conectados, sólo hay que fijarse para verlo, chavea.

Me incliné para besarle la frente, que tenía la suave textura empolvada de la vitela antigua. No volvió a decir mi nombre, aunque algunos días estaba convencido de que me recordaba. Los más, no, pero de vez en cuando los ojos se le iluminaban con una chispa de comprensión.

Y estoy seguro de que me reconoció antes de morir. No me cabe la menor duda.

11

El señor Beukes no llegó a casa hasta las dos de la mañana, tiempo de sobra para que me recuperara y metiera la ropa en la secadora. Tiempo de sobra para recoger los pájaros muertos del patio. Tiempo de sobra para servirme un vaso de Quik de fresa (al señor Beukes le gustaba usarlo como ingrediente de sus batidos de proteínas, y a mí como ingrediente de mi culo gordo) y estudiar la situación.

Tiempo de sobra para hojear el álbum de fotos robado; el que tenía escrito «S. BEUKES» con rotulador negro en la cubierta interior.

Podría haber sido la colección de recuerdos de cualquiera, aunque las Polaroids más antiguas mostraban escenas que habían ocurrido mucho antes de que la fotografía en color estuviera a disposición del gran público. Y muchas de las instantáneas mostraban imágenes que nadie habría fotografiado.

En una había un caballo de madera sobre ruedas del mismo material, con una cuerda ensartada en un agujero de la cabeza, del que alguien tiraba por una acera de hormigón.

En otra se veía un soleado cielo azul con una única nube, una nube con forma de gato con el rabo enroscado como una interrogación. Las manos regordetas de un niño pequeño aparecían por el borde inferior de la foto, alzadas como si intentaran cogerla.

En la siguiente, una mujer fornida de dientes torcidos pelaba una patata en el fregadero y se veía una reluciente radio de carcasa de nogal al fondo, sobre la encimera. Por el parecido, supuse que se trataba de la madre de Shelly y que debían de ser los años cuarenta.

Después encontré a un bombón de veinte años con el cuerpo de una nadadora olímpica y ropa interior blanca, que cruzaba los brazos sobre el pecho desnudo ataviada con un sombrero de fieltro. Se examinaba en un espejo de cuerpo entero. Un hombretón completamente desnudo se veía también en el reflejo, sentado al borde de un colchón. La examinaba con sonrisa voraz y sincera admiración. Tuve que examinar la imagen durante medio minuto para caer en la cuenta de que la chica era Shelly y de que el hombre que tenía detrás era su futuro marido.

A la mitad del libro di con una serie de cuatro Polaroids que me sorprendieron de un modo muy desagradable, cuatro instantáneas que no puedo explicar. Era la niña de nuevo, la del oso Paddington. La niña muerta que había visto en las fotografías de la mente del fenicio (*¿mentegrafías?*). Los dos tenían que haberla conocido.

Esas imágenes estaban tomadas a finales de los sesenta o principios de los setenta. En una, la niña estaba sentada en la encimera de una cocina, y tenía las mejillas surcadas de lágrimas y un arañazo en la rodilla. Apretaba su oso contra el pecho con valentía mientras las grandes manos pecosas de Shelly entraban en cuadro con una tiritita. En otra Polaroid, los fuertes dedos de Shelly movían con seguridad una aguja de coser para volver a unir el sombrero del oso Paddington a su cabeza mientras la niña la observaba con ojos oscuros y serios. En la tercera, la niña dormía en una cama de niña rica, rodeada de animales de peluche. Pero era a Paddington al que abrazaba en sueños.

En la última fotografía, la niña estaba muerta al pie de las escaleras de piedra más empinadas del mundo, bocabajo en un charco de sangre y con un brazo estirado como si intentara alcanzar a Paddington, que había acabado en mitad de las escaleras.

No sé quién era. No se trataba de la hija de los Beukes. ¿Habría cuidado de ella Shelly cuando era más joven, quizás un primer trabajo de niñera? Aquellas escaleras de piedra empinadas no parecían de Cupertino; más bien de San Francisco, por ejemplo.

No sé bien cuál era la relación entre Shelly y el fenicio (ya he dicho que hay mucho que no entiendo), pero tengo mis teorías. Creo que el fenicio intentaba... borrarse. Que visitaba a la gente que lo conocía o que quizá lo había conocido en algún momento, antes de ser el fenicio. Creo que todos los álbumes de fotos de su coche pertenecían a personas que quizás hubieran sido

capaces de recordar al hombre o al niño antes de que su cuerpo se convirtiera en un manuscrito profano escrito en una lengua ya olvidada, puede que con motivo. En cuanto a por qué necesitaba borrar esa versión anterior de sí mismo de la memoria de los vivos, no me atrevo a conjeturar nada.

Las últimas páginas del álbum de recuerdos de Shelly fueron las más difíciles de repasar. Ya sabéis lo que había en ellas.

Allí estaba yo, sentado en un escalón de hormigón, tan tranquilo, mientras Shelly me ataba los cordones de los zapatos con sus manos ajadas y pecosas, manos que eran mucho mayores que las manos que aparecían en las fotos del oso Paddington. Yo sentado en su regazo mientras me leía *Alexander y el día terrible, horrible, espantoso, horroroso*. Mi versión regordeta de siete años, con el flequillo hecho una maraña, que le enseñaba con ojos esperanzados una rana verde y dorada pequeñita como una moneda para que ella la inspeccionara y aprobara.

Deberían haber sido los brazos de mi madre los que me rodearan y mi padre el que me leyera, pero no. Era Shelly. Una y otra vez era Shelly Beukes queriendo (adorando) a un solitario niño gordo que necesitaba desesperadamente que alguien se fijara en él. A mi madre no le interesaba el trabajo y mi padre no sabía cómo hacerlo, así que le tocó a Shelly. Y ella me idolatraba con el entusiasmo de una mujer que acaba de ganar un coche nuevo en *El precio justo*. Como si ella fuera la afortunada: por estar conmigo, por disfrutar de la oportunidad de prepararme galletas, doblarme la ropa interior, soportar mis pataletas de primaria y besar mis pupas. Cuando, en realidad, el afortunado era yo y ni siquiera me daba cuenta.

12

Durante el año y medio siguiente, Shelly tuvo dos tipos de días: malos y peores. El señor Beukes y yo intentamos cuidar de ella. Se le olvidaba usar el cuchillo y teníamos que cortarle la comida. Se le olvidaba usar el váter y teníamos que cambiarle los pañales. Se le olvidaba quién era Larry y a veces se asustaba cuando su marido entraba en el cuarto. Nunca se asustó de mí, aunque a menudo no me reconocía. Por otro lado, quizá le quedaran los restos

de un recuerdo en la cabeza, porque muchas veces, cuando iba a verla, gritaba: «¡Papá! ¡Ha venido el técnico a arreglar la tele!».

A veces, si Larry no estaba, me sentaba con ella para ver el álbum de recuerdos robados del fenicio e intentar así que se interesara en aquellas mentegrafías, con sus colores pardos y su mala iluminación. Pero ella se enfurruñaba, apartaba la cabeza para no tener que verlas y respondía algo como: «¿Por qué me enseñas eso? Ve a arreglar la tele, que empieza *El club de Mickey Mouse*. No quiero perderme nada».

Sólo una vez la vi reaccionar a una imagen del álbum. Una tarde se quedó mirando la imagen de la niña muerta al pie de las escaleras con una fascinación repentina e infantil.

Apoyó el pulgar en la foto y dijo:

—Empujón.

—¿Sí, Shelly? ¿La empujaron? ¿Viste quién lo hizo?

—Desapareció —respondió ella, y extendió los dedos en un gesto teatral de ¡puf!—. Como un fantasma. ¿Vas a arreglar la tele?

—Claro que sí —le prometí—. Que ya empieza *El club de Mickey Mouse*.

El otoño de mi segundo año en el instituto, Larry Beukes se quedó dormido delante de la tele y Shelly salió de la casa. No la encontraron hasta las cuatro de la mañana siguiente. Dos polis la vieron a cinco kilómetros de su casa, buscando comida en un cubo de basura detrás del Dairy Queen. Tenía los pies negros de porquería, desgarrados y ensangrentados, y las uñas rotas, como si se hubiese caído en una zanja y hubiese tenido que trepar para salir. Alguien le había robado los anillos de matrimonio y de compromiso. No reconoció a Larry cuando fue a buscarla. No respondía a su propio nombre. No sabía decir adónde había ido y no le importaba adónde ir siempre que hubiera una tele.

Me pasé a verla al día siguiente, por la tarde, y Larry me abrió vestido con una camiseta holgada que ponía «MEXICO!» y calzoncillos; llevaba el pelo plateado de punta por un lado de la cabeza. Cuando le pregunté si podía ayudarlo con Shelly, se le arrugó el rostro y empezó a temblarle la barbilla.

—¡Se la ha llevado Hector! ¡Se la ha llevado mientras estaba dormido!

—¡Papá! —gritó una voz desde el interior de la casa—. Papá, ¿con quién hablas?

Larry no le hizo caso, bajó el escalón y salió a la luz del día.

—Ay, ¿qué vas a pensar de mí? He dejado que Hector se la lleve. Firmé todos los papeles. Hice lo que me decía porque estaba cansado y ella da muchos problemas. ¡Ella nunca me habría abandonado!

Y entonces me abrazó y se echó a llorar.

—¡Papá! —gritó de nuevo Hector, que apareció en la puerta.

Allí estaba: el culturista y chico de la marina, el orgulloso propietario de un Trans Am del 82 en perfectas condiciones, como recién salido de *El coche fantástico*, el hijo que a menudo olvidaba que Shelly y Larry habían tenido. El chaval que amenizó una fiesta levantando con una mano la silla en la que estaba sentada su madre.

Le había crecido una rueda de grasa extra, y la tinta de su tatuaje de Sailor Jerry había empezado a desdibujarse. Su sentido de la moda no había madurado en los años vividos fuera de casa y podría describirse como elegante a lo Richard Simmons. Llevaba una banda elástica rojo chillón para que no le cayera el encrespado pelo sobre los ojos y una camiseta de tirantes con un pirata pintado. Y parecía avergonzarse.

—Dios, papá, venga ya. Vas a dejar hecho polvo al crío. Que no la has enviado a la perrera. La puedes ver todos los días. ¡Podemos verla los dos! Era lo mejor para ella. Vas a palmarla si sigues persiguiéndola. ¿Crees que eso es lo que quiere ella? Vamos. Venga, vamos. —Le echó un enorme brazo por encima del hombro y apartó a Larry de mí con mucho cariño. Al girar a su padre hacia el interior de la casa, me sonrió, algo desazonado, y me dijo—: Entra, chavea, acabo de preparar galletas de dátiles.

Cuando me llamó chavea, me estremecí.

A Shelly la habían ingresado en un lugar llamado Belliver House. Hector la había llevado por la mañana, mientras su padre siesteaba. No era el Ritz, pero le darían las pastillas cuando tocaba y no acabaría rebuscando comida en los cubos de basura de un Dairy Queen. Hector me dijo que su padre no había parado de llorar desde entonces. Me lo dijo después de que Larry Beukes volviera arrastrando los pies a la cama, donde se había pasado casi todo el día. Para entonces, su hijo y yo ya estábamos sentados frente a *Tribunal Popular* con té y galletas de dátiles calientes, dulces y pegajosas por dentro, con trocitos de nueces para que crujieran un poco.

Hector se inclinó sobre su plato para hablarme en un tono confidencial que no era en absoluto necesario, puesto que estábamos solos.

—Antes te tenía celos, ¿sabes? Por la forma en que mi madre hablaba de ti. Por la forma en que lo hacías todo. Buenas notas. Obediente. Llamaba a mi madre desde Tokio para decirle que acababa de comer sushi con un pariente del emperador, y ella respondía: «Genial. Por cierto, el chava acaba de inventar un reactor nuclear funcional con piezas de Lego y gomas elásticas».

—Sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa bajo su bigote de Tom Selleck—. Pero tenía razón contigo: eres tan especial como ella decía. De no ser por ti, no sé cómo se las habría apañado mi padre este último año y medio. Y mi madre... Antes de que lo olvidara todo, le diste una razón por la que levantarse cada mañana. La hacías reír. Supongo que la hiciste más feliz de lo que yo fui capaz.

Me dejó muerto de vergüenza. No sabía qué responder. Clavé la mirada en la tele y, con la boca llena, dije:

—Las galletas están buenísimas. Iguales que las de tu madre.

Él asintió con gesto cansado.

—Sí, encontré la receta en uno de sus cuadernos. ¿Sabes cómo las llamaba?

—¿Galletas de dátiles?

—Las Favoritas de Mike.

13

Fui a verla unas cuantas veces a lo largo de los dos años siguientes. Al principio, iba con Larry o con Hector, cuando este se mudó a San Francisco para estar más cerca de sus padres. Después, conduciendo mi coche.

El primer año o así siempre se alegraba de verme, aunque pensara que era el técnico del televisor. Sin embargo, cuando llegué al último año de instituto, ya no me prestaba atención cuando la visitaba; ni a mí ni a nadie. Se sentaba frente a la tele en la abarrotada sala común, un espacio soleado que olía a orina, ancianos y polvo, un sitio con sucios suelos de baldosas y muebles raídos de segunda mano. La cabeza se le caía hacia delante y los pliegues de la mandíbula se le hundían en el pecho. A veces susurraba para sí: «Cambia de

canal, cambia, cambia, ¡cambia!»). Se emocionaba mucho cuando alguien lo hacía, daba botes en su asiento durante unos segundos antes de volver a dejarse caer.

Más o menos un mes antes de marcharme al MIT fui a San Francisco para reunirme con los aficionados caseros a la informática y, a la vuelta, me desvié de la interestatal dos salidas antes para pasarme por Belliver y comprobar cómo iba Shelly. No estaba en su dormitorio, y la enfermera del mostrador no sabía dónde podía haberse metido, aparte de delante de la tele. Al final la encontré sentada en una silla de ruedas junto a unas máquinas expendedoras de un vestíbulo perdido, al final del pasillo de su dormitorio, desatendida y olvidada.

Hacía tiempo que Shelly no parecía percatarse de mi presencia y mucho menos me reconocía. Pero, cuando me arrodillé a su lado, se encendió una chispita de entendimiento en aquellos ojos verdes suyos que se habían vuelto tan apagados y desteñidos como el vidrio marino.

—Chavea —me susurró. Apartó la mirada y después volvió a concentrarla en mí—. Odio esto. Ojalá. Olvidar. Cómo se respira. —Y de nuevo esa chispa tenue, casi guasona, le iluminó los ojos—. Eh, ¿qué hiciste con esa cámara? ¿Por qué no me sacas una foto? ¿Algo con lo que recordar a tu mejor amiga?

Un escalofrío me recorrió la espalda, como si alguien me hubiese tirado encima un cubo de agua helada. Me aparté de un salto, me puse detrás de ella, agarré el manillar de la silla de ruedas, la empujé hasta salir del pasillo y la llevé rápidamente hasta la entrada. No quería comprender lo que me había pedido. No quería pensar en ello.

Arrinconé a la enfermera detrás del mostrador y me puse muy duro con ella. Le dije que quería saber quién había dejado a mi madre junto a una puta máquina expendedora, cuánto tiempo llevaba allí y cuánto tiempo habría seguido allí de no haberme pasado a visitarla por casualidad. Cuando hablé de ella como mi madre, no sentí que fuera mentira. Y sentaba bien enfadarse. No tanto como que te quisieran, pero mejor que nada.

Chillé hasta que la enfermera se ruborizó, afectada y avergonzada. Me satisfizo ver que se secaba los ojos con un pañuelo, ver que le temblaban las manos al levantar el auricular del teléfono para llamar a su supervisora. Y mientras descargaba en ella mi ira, Shelly seguía sentada en la silla de ruedas con la cabeza sobre el pecho, tan olvidada e invisible como junto a las

máquinas expendedoras.

Qué fácil nos resulta olvidar.

14

Aquella noche, un viento caliente (era como el que sale de un horno abierto) recorrió Cupertino, y los truenos retumbaron en el cielo, aunque no llovió. Cuando salí a por mi coche a la mañana siguiente, encontré un pájaro muerto en el capó. La ventisca había lanzado con tanta fuerza a un gorrión contra el parabrisas que le había roto el cuello.

15

Mi padre me preguntó si pensaba visitar a Shelly antes de irme a Massachusetts.

Respondí que sí.

16

La Solarid estaba metida en una caja dentro del armario de mi dormitorio, junto con el álbum de fotos con los pensamientos de Shelly y un sobre de papel manila con los recuerdos del fenicio. ¿Qué? ¿Creíais que lo había tirado todo? ¿Que... podía tirarlo?

En una ocasión, unas cuantas semanas después de ver al fenicio por última vez, bajé su no-cámara del estante superior de mi armario y la llevé al garaje. El mero hecho de tocarla me ponía nervioso. Recordé que, cuando Frodo se colocó el Anillo, el infectado ojo rojo de Sauron pudo verlo, y temí que entrar

en contacto con la Solarid sirviera como reclamo para traerlo de regreso. «Eh, gordinflón, ¿te acuerdas de mí? ¿Sí? ¿Te acuerdas? Pues no por mucho tiempo».

Pero al final, después de toquetearla bastante, la devolví al armario. Nunca hice nada con ella. No la desmonté. No sabía cómo. No tenía juntas, no se veían las uniones de los distintos pedazos. Aunque pareciera imposible, era una única pieza. Quizá si hubiera sacado una foto habría averiguado algo más, pero no me atrevía. No, la metí de nuevo en el armario y la escondí detrás de una caja de cables y placas madre. Al cabo de un par de meses, incluso era capaz de pasarme quince minutos seguidos sin pensar en ella.

El fin de semana antes de marcharme a Boston (mi padre y yo iríamos juntos en avión) abrí el armario y la busqué. Parte de mí no esperaba encontrarla allí, casi había conseguido creermelo que el fenicio era una criatura con la que había soñado un día de fiebre y desazón emocional, años antes. Pero allí estaba la Solarid, igual que la recordaba. Su ojo de cristal ciego me miraba desde el estante de arriba como un cíclope mecánico.

La dejé con delicadeza en el asiento de atrás de mi Honda Civic para no tener que mirarla mientras conducía en dirección a Belliver House. Hasta mirarla me parecía peligroso. Como si de repente fuera a activarse y vengarse de mí borrándome la mente para castigarme por dejarla acumular polvo durante cuatro años.

Shelly estaba en su dormitorio, un compartimento poco más grande que una celda. Sabía que Hector y Larry habían ido a verla unas pocas horas antes, puesto que siempre se pasaban los sábados por la mañana. Yo había sincronizado mi visita con eso en mente, para que tuvieran la oportunidad de estar con ella por última vez.

La encontré en su silla de ruedas, de cara a la ventana. Cómo me habría gustado que pudiera contemplar un bonito paisaje, un parque verde salpicado de robles, un lugar con una fuente, bancos y niños. Sin embargo, su cuarto daba a un aparcamiento abrasado por el sol y a un par de cubos de basura.

Tenía su Walkman en el regazo y le habían puesto los auriculares. Hector siempre lo hacía antes de irse para que pudiera escuchar la banda sonora de *Cuenta conmigo*: las canciones con las que Larry y ella bailaban cuando él era nuevo en el país y ella acababa de salir del instituto.

Pero la música se había terminado hacía tiempo, y ella estaba allí sentada,

con un pañal sucio. Lo olía. Ah, la dignidad de los años dorados.

Le quité los cascos y giré la silla para que mirara a la cama. Me senté en el colchón, frente a ella, de modo que nuestras rodillas casi se tocaran.

—Cumpleaños —dijo Shelly. Me miró un segundo y apartó la vista—. Cumpleaños. ¿De quién?

—El tuyo —respondí—. Es tu cumpleaños, Shelly. ¿Puedo sacarte una foto? ¿Puedo sacarle unas fotos a la chica del cumpleaños? Y después..., después soplaremos las velas. Pediremos juntos un deseo y las apagaremos.

Volvió a mirarme, y de repente le percibí un interés casi rapaz en los ojos.

—¿Foto? Ah. Vale. Chavea.

Le saqué una foto. El *flash* se encendió una vez. Y otra.

Y otra. Y otra.

Las instantáneas caían al suelo y se revelaban: la abuela de Shelly agachada para sacar una bandeja de galletas de dátiles del horno, con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios; un televisor en blanco y negro, y niños con orejas de Mickey Mouse; el apellido Beukes escrito con borrosa tinta negra en una mano de palma rosada, por encima de un número de teléfono; un bebé gordo con los puños alzados en el aire y mermelada en la barbilla (el pelo de Hector ya era un enredo de rizos encrespados).

Hice algo más de treinta fotos, aunque las tres últimas no se revelaron, y así supe que había terminado. Eran de color gris, tóxicos cuadrados vacíos del color de los yunques cumuliformes.

Cuando me levanté, lloraba en silencio y con furia, y notaba un sabor cobrizo en la boca. Shelly se había dejado caer hacia delante y tenía los ojos abiertos, aunque no veía nada. Tenía la respiración entrecortada, alterada. Los labios fruncidos... como si estuviera a punto de soplar las velas de su tarta de cumpleaños.

Le besé la frente y respiré hondo la fragancia del dormitorio en el que se había pasado los últimos años de su vida: polvo, heces, óxido, negligencia. Si en aquel momento me embargaba la pena no era por haber usado la cámara, sino por haber esperado tanto para hacerlo.

17

Hector me llamó al día siguiente para informarme de que había fallecido a las dos de la mañana. Me daba igual cuál fuera la causa de la muerte y no la pregunté, aunque él me lo dijo de todos modos:

—Sus pulmones dejaron de funcionar. Como si todo su cuerpo olvidara de golpe cómo se respira.

18

Después de colgar, me senté en la cocina a escuchar el tictac del reloj. Era un día muy tranquilo, hacía mucho calor. Mi padre había salido, tenía el turno de mañana.

Entré en mi dormitorio y saqué la Solarid. Ya no me daba miedo cogerla. La llevé fuera y la dejé en el suelo, detrás del lado del conductor de mi Civic.

Cuando la atropellé y la aplasté, oí un crujido de plástico. Dejé el coche automático en P y salí a echar un vistazo.

No obstante, al verla el corazón empezó a latirme como un pájaro atrapado en una ventisca y lanzado, impotente, contra el duro muro de mis costillas. La carcasa había quedado reducida a grandes astillas relucientes, pero no había maquinaria en su interior. Ni engranajes ni cintas ni ningún tipo de dispositivo electrónico. Lo que sí había era una sustancia que parecía alquitrán, una espesa sopa negra... con un ojo dentro, un enorme ojo amarillo con una pupila vertical en el centro. Un gran pegote de Emoción de Panamá de color mora con un globo ocular dentro. Mientras aquella mierda alquitranada se encharcaba en nuestro camino de entrada, juro que el ojo se giró para mirarme. Me entraron ganas de gritar. De haberme quedado aire en los pulmones, lo habría hecho.

Pero el líquido negro empezó a endurecerse y no tardó en transformarse en algo plateado y pálido. Se ponía rígido por los bordes, se arrugaba y fosilizaba. Esa rigidez reluciente se extendía hacia el interior hasta llegar, por último, al ojo amarillo y solidificarlo.

Cuando lo recogí, el charco negro se había transformado en una masa de

acero mate y ligero, algo más pequeña que la tapa de una alcantarilla, y del grosor aproximado de un plato llano. Olía a relámpagos, a granizo, a pájaros muertos.

La sostuve en mis manos un segundo. No aguanté más. Nada más recogerla, la cabeza se me llenó de silbidos, estática y susurros demenciales. Mi cráneo se convirtió en un sintonizador de AM que captaba una cadena lejana: no Radio Madurez, sino Radio Locura. Una voz que ya era antigua cuando Ciro II el Grande aplastó a los fenicios me susurró: «Michael, oh, Michael, fúndeme y fabrica. Fabrica una de vuestras máquinas de pensar. Fabrica un ordenador, Michael, y te enseñaré todo lo que quieras saber. Responderé todas tus preguntas, Michael, resolveré todos los acertijos, te haré rico, conseguiré que las mujeres quieran follarte, te...».

Lo lancé lejos, asqueado.

La siguiente vez que lo cogí, lo hice con unas tenazas y lo metí en una bolsa de basura.

Esa misma tarde conduje hasta el mar y lancé aquella mierda al agua.

19

Ja, ja. Sí, claaaro.

20

Sí que usé unas tenazas para manejarlo y sí que lo metí en una bolsa de basura, pero no lo lancé al mar, sino al fondo de mi armario, donde había guardado la Solarid durante tantos años.

Aquel otoño, mi madre voló a los Estados Unidos para reunirse con mi padre y conmigo en Cambridge y ayudar a instalarme en el MIT. Llevaba más de un año sin verla, y me sorprendió descubrir que su pelo pardo ya era del todo blanco y que usaba bifocales de montura al aire. Fuimos en familia al Mr.

Bartley's Gourmet Burgers de Mass Avenue, una de las únicas veces que recuerdo haber comido todos juntos. Mi madre pidió unos aros de cebolla finitos y se limitó a picotearlos.

—¿Qué es lo que más ilusión te hace? —me preguntó mi padre.

Mi madre respondió por mí:

—Supongo que se alegrará de no tener que seguir escondiéndolo.

—¿Esconder el qué? —pregunté.

Ella apartó los aros de cebolla.

—Lo que puedes hacer. Cuando llegas a un lugar que te permite ser quien eres en realidad... Bueno, ya no quieres marcharte.

Creo que nunca me dijo que me quería, aunque sí sé que me dio un rígido abrazo en el cuello al llegar al aeropuerto y que me recordó que los anticonceptivos eran responsabilidad mía, no de mis futuras parejas. La mataron en junio de 1993 los miembros del Ejército de Resistencia del Señor, en una carretera de montaña de la frontera noroccidental del Congo. Murió con su amante francés, el hombre con el que resultó que llevaba viviendo casi una década. Su muerte salió en el *New York Times*.

Mi padre recibió la noticia como cuando ocurrió el desastre del *Challenger*: con tristeza, aunque sin grandes muestras de sentirse afectado. No estoy seguro de que alguna vez se amaran ni tampoco sé por qué decidieron tener un hijo juntos. Es un misterio mucho mayor que todo lo que rodeaba a Shelly Beukes y el fenicio. Sí que diré que, por lo que sé, mi padre no salió con ninguna otra mujer durante los años que no estuvieron juntos, ni cuando lo que los separaba era África ni cuando lo que los separaba era la muerte.

Y leyó sus libros. Todos. Los guardaba en el estante que había justo debajo de los álbumes de fotos.

Mi padre vivió lo suficiente para asistir a mi graduación del MIT y verme regresar a la Costa Oeste para mi máster (y después mi doctorado) en Caltech. Murió la semana anterior a mi vigésimo segundo cumpleaños. Un cable eléctrico conectado se soltó una noche de viento y lluvia, y le acertó en la espalda cuando estaba junto a la furgoneta de reparaciones, recogiendo sus herramientas. Le descargó 138 kilovoltios.

Entré en el siglo XXI yo solo, un huérfano enfadado que se cabreaba cuando la gente de mi edad se quejaba de sus padres («Mi madre se ha mosqueado porque no quiero estudiar Derecho»), «Mi padre se quedó dormido

en mi graduación», bla, bla, bla). Aunque también me fastidiaba la gente que no se quejaba de sus padres, sino que hablaba de ellos con afecto («Mi madre me ha dicho que le da igual lo que haga con tal de que sea feliz», «Mi padre sigue llamándome campeón», bla, bla, bla).

No existe sistema de medida capaz de expresar adecuadamente la cantidad de resentimiento que llevaba en el corazón cuando era un joven solitario. Mi tristeza me comió como si fuera un cáncer, me vació por dentro, me dejó demacrado y exangüe. Cuando me fui al MIT con dieciocho años, pesaba ciento cincuenta kilos. Seis años después, pesaba setenta y siete. No era el ejercicio. Era la furia. El resentimiento es una forma de morir de inanición. El resentimiento es la huelga de hambre del alma.

Me pasé buena parte de unas húmedas y anquilosantes vacaciones de abril vaciando la casa de Cupertino, metiendo la ropa y la vajilla desportillada en cajas para beneficencia, llevando los libros a la biblioteca. Aquella primavera había mucho polen: cubría las ventanas de una bruma amarillo chillón. De haber entrado alguien en la casa, me habría encontrado con las lágrimas chorreándome de la nariz y habría supuesto que era de pena, cuando en realidad era la alergia. La tarea de despejar la casa en la que había vivido toda mi infancia resultó ser un trabajo muy frío. Con nuestros muebles genéricos y nuestro inofensivo papel pintado, apenas habíamos dejado marca en la vivienda.

Lo cierto es que me había olvidado de la extraña placa de acero guardada en el armario hasta que metí la mano dentro y la toqué. Seguía en su bolsa de basura, aunque ahora notaba los bultos y planos del metal a través del plástico. La levanté y sostuve el paquete en ambas manos un buen rato, envuelto en un silencio denso e intrigante, la clase de silencio que se apodera del mundo justo antes de que estalle una fuerte tormenta de verano.

Aquel hierro susurrante no volvió a hablarme; al menos, no estando despierto. Pero a veces me hablaba en sueños, lo veía como había sido cuando se derramó de la Solarid aplastada: un líquido alquitranado con un ojo dentro, un extraño protoplasma pensante que no pertenecía a nuestra realidad.

En una ocasión soñé que estaba sentado a la mesa de la cocina, frente a mi padre. Se había vestido para trabajar y miraba un cuenco de Emoción de Panamá de color morado, y la gelatina temblaba en su plato, nerviosa.

«¿No vas a probar el postre?», le pregunté.

Él levantó la vista, y sus ojos eran amarillos y tenían pupilas de gato. Con una voz triste y fatigada, respondió: «No puedo. Creo que voy a vomitar». Y entonces abrió la boca y empezó a devolver sobre la mesa aquella pringue negra en un chorro lento y pegajoso. Acompañada por un silbido de estática y un barboteo demencial.

Durante mis últimos años en Caltech, empecé a desarrollar la arquitectura de un nuevo tipo de sistema de memoria, para el que creé una placa de circuito integrado del tamaño de una tarjeta de crédito. Mi prototipo dependía de los componentes fabricados con aquel metal grotesco e imposible, y alcanzó efectos computacionales que seguro que nadie ha logrado nunca en ningún laboratorio de ninguna parte. Aquella primera placa fue mi África, fue para mí lo que el Congo para mi madre: un espléndido país desconocido donde los colores brillaban más y cada nuevo día de estudio prometía otra revelación emocionante. Viví muchos años allí. No quería regresar. No tenía nada a lo que regresar. No por aquel entonces.

Entonces terminé mi trabajo. Al final descubrí que podía obtener resultados impresionantes, aunque no tan notables, si empleaba otros metales terráqueos poco comunes: iterbio, sobre todo, y cerio. No era comparable a lo que podía hacer con el hierro susurrante, pero seguía representando un avance importante en el campo. Una empresa cuyo nombre hacía referencia a una fruta crujiente y jugosa se fijó en mí, y firmé un contrato que me hizo millonario de golpe. Si guardáis tres mil canciones y mil fotos en el móvil, es probable que llevéis parte de mi trabajo en el bolsillo.

Soy la razón por la que vuestro ordenador recuerda todo lo que no recordáis vosotros.

Nadie tiene que olvidar nada nunca más. Me aseguré de ello.

21

Shelly falleció hace ya más de un cuarto de siglo. Los perdí a ella, a mi madre y a mi padre antes de cumplir los veinticinco años. Ninguno de ellos asistió a mi boda. Ninguno tuvo la oportunidad de conocer a mis dos hijos. Todos los años dono tanto dinero como ganó mi padre en toda su vida, y aun así soy

mucho más rico de lo que debería ser posible. Disfruto de una cuota de felicidad indecente, aunque confieso que casi toda la logré cuando dejé de ser capaz, mentalmente hablando, de seguirle el ritmo a los últimos descubrimientos tecnológicos. Soy profesor emérito en la empresa que me contrató al salir de Caltech, que es una bonita forma de decir que les gusta tenerme cerca por nostalgia. No he realizado ninguna contribución importante a mi campo desde hace más de una década. Aquella aleación extraña, imposible, ya se ha agotado. Lo mismo podría decirse de mí.

Belliver House se demolió en el año 2005. En su lugar han construido un campo de fútbol. La tierra de más allá la han acicalado y plantado, y los paisajistas profesionales la han convertido en un parque de prados, sinuosos caminitos de piedras blancas, un estanque artificial y una enorme zona de juegos infantiles. Yo lo pagué casi todo. Ojalá Shelly hubiera estado viva para verlo. Su muerte con vistas al aparcamiento y la basura me atormenta tanto como mis recuerdos del fenicio. No me gusta pensar en sus últimos días en aquel deprimente cuartito, aunque no borraría esos recuerdos ni pudiendo hacerlo. A pesar de ser terribles, forman parte de mí, y yo estaría menos completo sin ellos.

Todos bajamos al parque para la gran inauguración: mi mujer y nuestros dos hijos. Era agosto, y había truenos en el aire (enormes cañonazos tormentosos), pero por la tarde el cielo se despejó, muy azul, y no se podía haber pedido un día mejor. La ciudad montó un buen espectáculo. Una banda de viento de treinta músicos tocó *swing* de los viejos tiempos en un quiosco de música. Había talleres gratuitos para maquillar a los niños, uno de esos tíos que hacen animales con globos y mi antiguo instituto llevó a su grupo de animadoras para que dieran unos cuantos saltos, volteretas y vítores con pompones.

Lo que más les gustó a mis chicos fue un mago ambulante, un tipo con el pelo peinado hacia atrás y el bigote encerado. Llevaba un esmoquin morado y una blusa verde con volantes, y su gran truco consistía en conseguir que desaparecieran cosas. Hacía malabares con antorchas encendidas y, no sé cómo, cada vez que una iba a caer desaparecía como si nunca hubiese existido. Se ponía un huevo en una mano, lo aplastaba con el puño y el huevo desaparecía, con cáscara y todo. Cuando abría el puño, un pajarito aparecía piando en su palma. Se sentaba en una silla de respaldo recto, y de repente la

silla desaparecía y el hombre caía al suelo. Mis hijos, que tenían seis y cuatro años, estaban arrodillados en el césped con varias docenas más de críos, todos embobados.

Por mi parte, sobre todo me fijé en los gorriones. Había una bandada en la colinita por encima del estanque, y se dedicaban a picotear con satisfacción. Mi mujer sacó fotos... con su móvil, no con una Polaroid. Tubas y trombones berreaban a lo lejos. Cuando cerré los ojos, el pasado parecía muy cerca, una única membrana finísima separaba el ayer del hoy.

Estaba a punto de dormirme cuando uno de mis hijos, Boone, el menor, me tiró de los pantalones cortos. El mago se había escondido detrás de un árbol y se había desvanecido. El espectáculo había terminado.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Boone, maravillado—. Te lo has perdido.

—Me lo puedes contar tú, que seguro que me lo paso igual de bien.

El mayor, Neville, dejó escapar una risa burlona.

—No, qué va. Deberías haberlo visto.

—Es el truco mágico de papá: puedo cerrar los ojos y conseguir que el mundo entero desaparezca —respondí—. ¿Alguien quiere ver si consigo hacer desaparecer un helado? Creo que hay un puesto al otro lado del estanque.

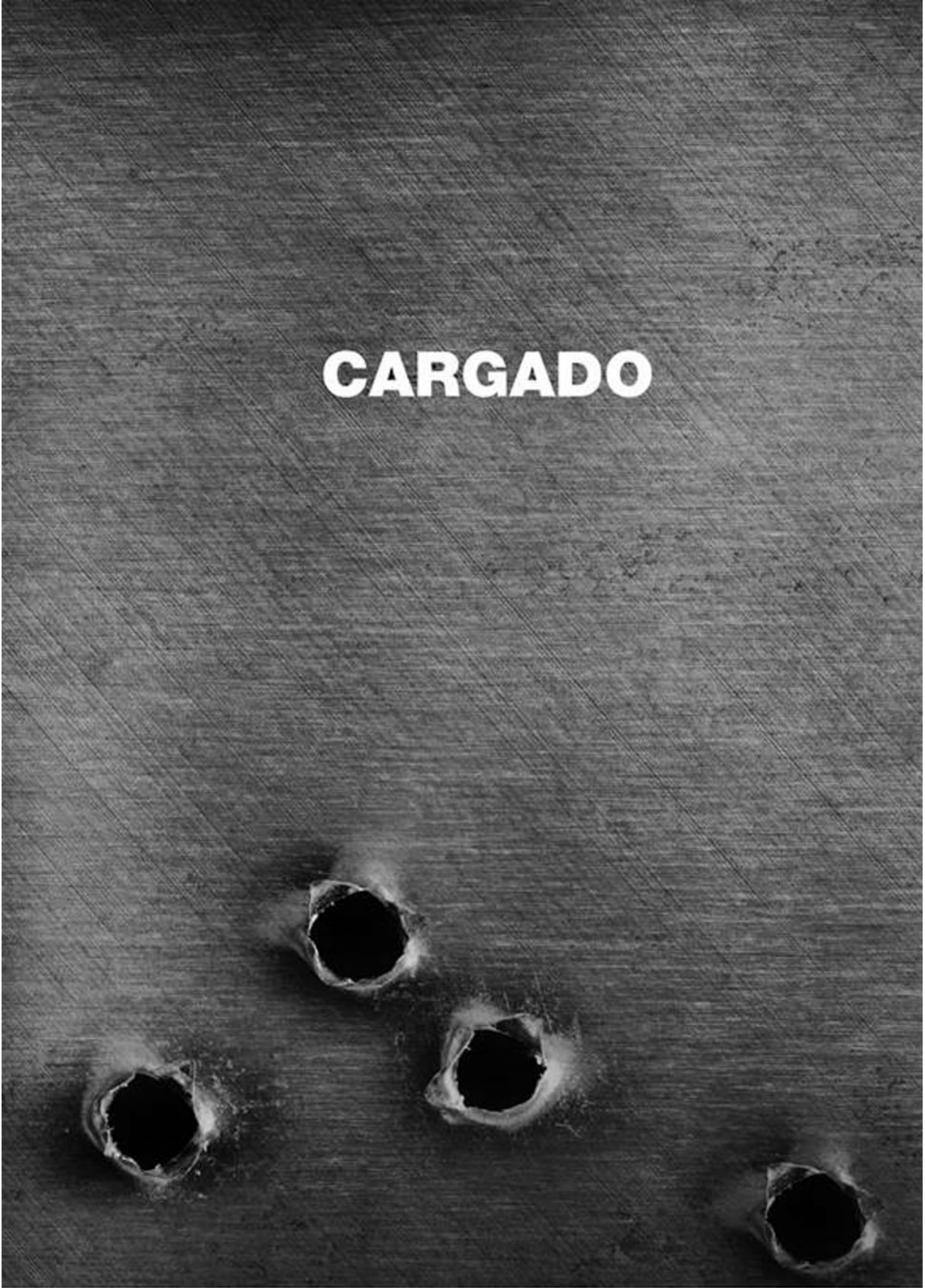
Me levanté y le di la mano a Neville. Mi mujer tomó la de Boone. Empezamos a caminar por el césped y asustamos a los gorriones, que salieron volando muy alborotados.

—Papá —dijo Boone—, ¿crees que recordaremos este día para siempre? No quiero olvidar la magia.

—Ni yo —respondí.

Y todavía no lo he hecho.

CARGADO



14 de octubre de 1993

Aisha lo consideraba su hermano, aunque no fueran de la misma sangre.

Su verdadero nombre era Colson, por mucho que sus amigos lo llamaran Romeo porque había interpretado ese papel en el parque el verano anterior y se había propasado con una Julieta de dientes tan blancos que se merecía protagonizar un anuncio de chicles.

Aisha lo había visto actuar una calurosa noche de julio, cuando el crepúsculo parecía durar horas convertido en una luminosa línea roja en el horizonte, mientras las nubes mutaban en virutas doradas contra el cielo oscuro. La chica tenía diez años y no había entendido ni la mitad de lo que decía Colson en el escenario, vestido de terciopelo morado como si fuera Prince. No seguía las palabras, pero no le costaba interpretar el modo en que lo miraba Julieta. Tampoco le costaba imaginar por qué el primo de Julieta odiaba a Romeo. Teobaldo no quería que un zalamero crío negro se acercase a una chica blanca, y menos a alguien de su familia.

Ahora era otoño, y Aisha estaba preparándose para su propia interpretación, el *Holiday Vogue*, lo que significaba asistir a clases de baile moderno dos veces a la semana después del colegio. El martes las prácticas se alargaron hasta las seis y media, y su madre no estaba allí para recogerla a esa hora. Colson apareció veinte minutos más tarde, después de que todas las demás chicas se hubieran ido. Aisha se había quedado sola, esperando en los escalones de piedra. Él estaba guapo con su chaqueta vaquera negra y sus pantalones de camuflaje cuando salió del camino a oscuras dando largas zancadas.

—Eh, Pies Ligeros, vamos a bailar —la saludó.

—Ya he bailado.

Él le dio un golpecito con el puño en la cabeza y recogió su mochila por una correa. Ella tenía la otra y no la soltaba, así que fue tirando de ella hacia la oscuridad, que olía a hierba, a asfalto al sol y, a lo lejos, al mar.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Aisha.

—Trabajando.

—¿Por qué está trabajando? Se supone que sale a las cuatro.

—No lo sé. Porque Dick Clark odia a los negros, supongo —respondió.

La madre de la chica trabajaba en la parrilla de un restaurante de la cadena de Dick Clark's Bandstand, a una hora en autobús al sur de Daytona Beach. Los fines de semana pasaba la aspiradora en el Hilton Bayfront de St. Augustine, a una hora en autobús al norte.

—¿Y por qué no me ha recogido papá?

—Esta noche está limpiando la porquería de los borrachos.

El padre de la chica era celador en una clínica de rehabilitación para alcohólicos de clase baja, trabajo que compaginaba los placeres de la labor de conserje (siempre había vómitos que fregar) con el revigorizante ejercicio de forcejear con yonquis histéricos en pleno mono. A menudo llegaba a casa con marcas de mordiscos en los brazos.

Colson vivía con el padre de Aisha y la madrastra de Aisha, Paula. La madre de Colson era la hermana de Paula, pero la hermana de Paula no podía cuidar de sí misma, y menos de otra persona. A la chica nunca le habían explicado bien por qué no podía cuidar de sí misma, y la verdad es que no le importaba demasiado. Si Colson Withers tenía una Coca-Cola y a ella le apetecía un trago, se lo daba sin vacilar. Si estaban por ahí, ella quería jugar a un videojuego y él llevaba un cuarto de dólar en el bolsillo, era para ella. Y aunque Colson no le hacía caso cuando ella le contaba una larga historia inconexa sobre alguna estupidez que había dicho Sheryl Portis en la clase de baile, tampoco le pedía que se callara.

Trotaron por Copper Street hacia Mission Avenue. Las calles que iban del este al oeste en aquella zona de la ciudad eran todas de colores: cobre, oro, rosa. No había ninguna calle azul ni negra (aunque sí una avenida Negroponte, de cuyo racismo sospechaba Aisha), pero el barrio entero se había llamado siempre el Negro y Azul. Igual que a la chica nunca se le había ocurrido preguntarle a nadie por qué Colson no vivía con su propia madre, tampoco se le había ocurrido nunca preguntar por qué vivía en una zona de la ciudad que sonaba a paliza en vez de a barrio.

Mission Avenue tenía cuatro carriles cuando se cruzaba con Copper Street, la calle de color cobre. El Coastal Mercantile, un gran centro comercial descubierto, abarcaba unas cuantas manzanas al otro lado de la calle. El

aparcamiento estaba vacío, salvo por unos cuantos coches solitarios.

La noche era cálida, casi calurosa, y la perfumaban los tubos de escape del tráfico. Un coche patrulla pasó volando y se saltó un semáforo en ámbar justo cuando se ponía rojo, mientras la oscuridad parpadeaba con el cegador resplandor azul.

—... y yo le dije que en Inglaterra «calzones» son «calzoncillos», y Sheryl dijo que los ingleses deberían usar las palabras correctas para cada cosa, y yo le dije que si usaban las palabras equivocadas, ¿por qué en el colegio estudiábamos inglés y no estadounidense?

Aisha estaba especialmente orgullosa de aquella réplica porque consideraba que había puesto a Sheryl Portis en su sitio después de una larga y agotadora discusión sobre si los acentos británicos eran reales o si los fingían para las películas.

—Ajá —dijo Colson mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde para los peatones. En cierto momento le había quitado la mochila y ahora la llevaba al hombro.

—¡Ah! ¡Ah! Eso me recuerda una cosa. ¿Cole?

—¿Hmmm?

—¿Cuánto tiempo vas a pasar en Inglaterra?

Aisha tenía aquel país metido en la cabeza, llevaba pensando en él toda la semana, desde que había oído que Colson había enviado una solicitud de admisión a la Academia de Música y Arte Dramático de Londres. Todavía no sabía nada (no recibiría noticias hasta la primavera), pero no se había molestado en enviar solicitudes a ninguna otra parte, actuaba como si ya lo hubieran aceptado o, al menos, no le preocupaba que lo rechazaran.

—No lo sé. Todo lo que tarde en conocer a Jane Seymour.

—¿Quién es Jane Seymour?

—La doctora Quinn. Va a ser mi primera esposa. La primera de muchas.

—¿No vive en el Oeste? Es donde sucede la serie.

—Qué va. Es de Londres.

—¿Y qué vas a hacer si no quiere casarse contigo?

—Volcar mi tristeza en mi arte. Será difícil aceptar que no me quiere, pero usaré todo ese dolor para ofrecer el mejor Hamlet que haya pasado por los escenarios.

—¿Hamlet es negro?

—Lo es si lo interpreto yo. Venga, vamos a correr. Creo que el semáforo está roto.

Esperaron a un hueco entre los coches y cruzaron pitando Mission, de la mano. Cuando frenaron y subieron a la acera del otro lado, oyeron el feo chillido de una sirena de policía, y otro coche patrulla pasó a toda velocidad. Aisha empezó a cantar la canción *reg-gae* que sonaba con cada episodio de *Cops*, apenas consciente de que lo hacía. No era raro que la policía montara escándalo a aquellas horas de la noche, que recorriera las calles con sus luces de discoteca y sus sirenas para matar de miedo a todo el mundo. Nunca se enteraban del porqué y ni siquiera se lo preguntaban. Era como el zumbido de los grillos: otro sonido nocturno.

Al parecer, los policías peinaban el Negro y Azul en busca de un Miata robado. Cuarenta minutos antes, en el borde norte de St. Possenti (donde había mansiones con paredes de estuco y tejas rojas españolas), un hombre con ropa de combate y una media de mujer en la cabeza había seguido a una pareja hasta su casa. William Berry había recibido dos puñaladas en el vientre. Su mujer, diecinueve en la espalda al tratar de huir. Después, el agresor, con mucha calma, les había robado su bolso morado de Hermès, las joyas del dormitorio, el reproductor de DVD y algunos DVD de contenido pornográfico. El hombre del cuchillo silbaba mientras lo recogía todo y, de vez en cuando, charlaba con Bill Berry, mientras el banquero de inversión, de cuarenta y dos años, yacía en el sueño, gruñendo. Luego los felicitó por su decoración de interiores y, sobre todo, por las cortinas; les prometió que rezaría por la pronta recuperación de ambos. Cathy Berry no se recuperó, pero los médicos creían que Bill Berry sí lo haría, aunque se encontraba en cuidados intensivos con el intestino grueso perforado. Bill había estado lo bastante despierto para informar de que el asesino «sonaba a negro» y olía a alcohol. Un guarda de cruce escolar había visto el Miata entrando en el Negro y Azul apenas veinte minutos antes.

El aparcamiento que rodeaba el Coastal Mercantile estaba picado y agrietado, las fisuras mal selladas con pegotes de alquitrán. El centro comercial tenía un negocio de cobro de cheques (abierto), una licorería (abierta), un estanco (abierto), un dentista (cerrado), una iglesia baptista llamada la Sagrada Experiencia Renovadora (cerrada), una oficina de empleo

llamada Trabaja Ahora (cerrada con carácter permanente) y una lavandería de monedas que estaba abierta, seguiría abierta a las tres de la mañana y seguro que continuaba abierta ofreciendo el uso de sus lavadoras y secadoras caras y malas hasta el día de la segunda venida de Cristo.

Colson frenó al lado de una furgoneta Econoline con una escena del desierto pintada en la carrocería y tiró de la manilla del lado del conductor. Cerrada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Aisha.

—Es la típica furgoneta que usan los secuestradores. Quiero asegurarme de que no haya una chica atada en la parte de atrás.

Aisha se puso las manos a ambos lados de la cara y apretó la nariz contra la ventana redonda de cristal tintado. No vio a nadie atado.

Una vez convencidos de que la furgoneta estaba cerrada con llave y vacía, se alejaron. No tardarían en rodear el edificio, bajar por un lateral del Mercantile, saltar una valla y llegar a la Maraña: casi dos hectáreas de sicómoros, palmas de abanico, hormigueros y botellas de cerveza.

Colson frenó de nuevo al pasar junto a un Miata azul, demasiado bonito para el Coastal Mercantile: interior de cuero negro, reluciente salpicadero de madera de cerezo. Tiró de la puerta.

—¿Por qué haces eso?

—Tenía que asegurarme de que la señora ha cerrado las puertas. Si alguien aparca un coche así en el Negro y Azul, es que no sabe cómo cuidar de sus cosas.

Aisha deseó que Colson dejara de tirar de las puertas de los coches. Como a él no le preocupaba meterse en líos, ella tenía que preocuparse por él.

—¿Cómo sabes que es de una señora?

—Porque los Miata parecen más pintalabios que coches. Ni siquiera te venden un coche como este si eres un tío, a no ser que primero les entregues tus pelotas.

Siguieron caminando.

—Entonces, después de casarte con Jane Seymour, ¿cuándo volveréis a Florida para que pueda conocerla?

—Tú vendrás a verme a mí. A Londres. Puedes estudiar baile en el mismo sitio al que yo voy a estudiar cómo hacerme famoso.

—Estás estudiando interpretación.

—Es lo mismo.

—¿Y vas a hablar con acento británico cuando estés allí?

—Pues claro. Compraré uno en la tienda de regalos del Palacio de Buckingham en cuanto llegue —respondió, aunque en un tono distante, sin interés.

Estaban pasando junto a un Alfa Romeo destrozado con la puerta del conductor pintada de un negro ceniza mate, aunque el resto del coche era del amarillo, demasiado chillón, del Gatorade. Había CD desparramados por el salpicadero y una colección de Frisbees de plata reflectante. Cuando Colson probó la puerta del conductor, esta se abrió de golpe: un Romeo que daba la bienvenida a otro Romeo.

—Anda, mira —dijo—. Alguien que no vela por la seguridad.

Aisha siguió caminando mientras deseaba con mucha fuerza que Colson la alcanzara. Al cabo de cinco pasos, se atrevió a mirar atrás. El chico seguía al lado del Alfa Romeo y se había agachado para mirar dentro; Aisha tuvo un mal presentimiento.

—¿Colson? —preguntó.

Pretendía gritarlo, que sonara a regañina (tenía buena voz para eso), pero le salió una voz temblorosa y triste.

Él se enderezó y la miró sin verla. Tenía la mochila morada de la chica en equilibrio sobre una rodilla, medio desabrochada, y estaba revolviendo en su interior.

—Venga, Colson —insistió Aisha.

—Un momento. —Sacó un cuaderno de espiral de la mochila y buscó un lápiz. Arrancó una hoja, la colocó sobre el techo del coche y empezó a escribir—. Tenemos que realizar un importante servicio público.

Aisha echó un vistazo al centro comercial al aire libre. Estaban en paralelo a la lavandería, el escaparate más iluminado de toda la fila. Habían colocado un bloque para que no se cerrara la puerta, y se encontraban tan cerca que oía el ruido de las secadoras dando vueltas. Estaba convencida de que en algún momento aparecería alguien en la puerta y les chillaría.

Se acercó a Colson con sigilo. Quería agarrarlo de la mano y tirar de él, pero cuando se acercó lo bastante para cogerle la manga, él se zafó y siguió

escribiendo.

Mientras lo hacía, empezó a leer en voz alta:

—«Querido señor: Nos hemos percatado de que esta noche ha olvidado cerrar con llave las puertas de su Alfa Romeo en perfectas condiciones. Nos hemos tomado la libertad de hacerlo por usted. Tenga en cuenta que este barrio está repleto de vagabundos malolientes y desaseados que podrían usar su vehículo de retrete. Si en estos momentos no está sentado en un charco de apestosos meados de vino, agrádecaselo al equipo de los Promotores de la Estandarización de la Orina. ¡Apoye a su patrulla de los PEO!».

Aisha se rio sin poder evitarlo. Colson pasó de una escena digna de obra de teatro a otra con una calma serena y soñolienta rayana en la indiferencia.

Plegó la carta y la colocó en el salpicadero. Al echar el brazo hacia atrás, la manga de la chaqueta vaquera se enganchó en un CD y lo tiró al suelo. Lo recogió, lo examinó y lo dejó en el techo del coche. Después sacó la nota y se puso de nuevo a escribir.

—«Posdata: Hemos tomado la medida adicional de afanar su copia de *Pocket Full of Kryptonite* para protegerlo de los Spin Doctors...».

—¡Colson! —gritó Aisha, que se moría por largarse.

—«... puesto que pueden resultar perjudiciales para su audición. Por favor, sustitúyalos por Public Enemy y regálese unas cuantas dosis diarias de estos últimos hasta que se le pase un poco la gilipollez».

—¡Colson! —gritó de nuevo, casi a voces de verdad. Ya no tenía gracia. En realidad, nunca había tenido gracia, a pesar de que le hubiera arrancado una risita.

El chico cerró la puerta y se alejó, todavía con la mochila de Ai-sha al hombro. Había metido el dedo en el agujero del centro del CD, y los arcoíris se deslizaban por la superficie metalizada. Recorrió unos tres metros y se detuvo para mirar atrás con algo de impaciencia.

—¿Vamos o no? No me chilles para que me dé prisa si después piensas quedarte ahí plantada como si ya no supieras mover los pies.

Cuando echó a correr detrás de él, Colson se volvió y siguió caminando.

Aisha lo alcanzó, lo agarró por la muñeca, clavó los talones en el suelo y tiró de él.

—Devuélvelo.

El chico se detuvo, miró el CD que llevaba en el dedo y después la mano de Aisha en su muñeca.

—Nah.

Siguió caminando, casi arrastrándola.

—¡Que lo devuelvas!

—No puedo. Es mi buena obra del día. Acabo de rescatar unos oídos.

—¡Que! ¡Lo! ¡Devuelvas!

—Que no puedo. He cerrado la puerta por dentro para que nadie robe nada que de verdad merezca la pena, como la medalla de oro de St. Christopher que colgaba del retrovisor. Venga, vamos. Me estás fastidiando el momento.

Ella sabía por qué lo había cogido: no porque fuera un ladrón, sino porque tenía gracia, o la tendría cuando se lo contara a sus amigos. Cuando les contara lo de los PEO, el CD sería su prueba de que no se lo estaba inventando. Colson necesitaba contar historias tanto como una pistola necesitaba sus balas, y por la misma razón: para matar, aunque fuera de risa.

Pero Aisha también sabía que existían las huellas digitales y que era cuestión de tiempo que la policía fuera a detenerlo por hurto mayor de los Spin Doctors. Y entonces no iría a Londres ni sería Hamlet, y arruinaría tanto su vida como la de ella.

El chico la agarró de la mano, y juntos doblaron la esquina y recorrieron un callejón torcido en condiciones incluso peores que el aparcamiento principal. La condujo hasta la esquina trasera de la explanada, se internaron en las malas hierbas y llegaron a la alambrada medio caída y medio ahogada por las hierbas altas y la maleza. Para entonces, Aisha ya estaba llorando en silencio mientras dejaba escapar temblorosos suspiros entrecortados.

Colson se agachó para ayudarla a trepar la valla... y pareció sorprenderse de verdad al verle las lágrimas chorreándole barbilla abajo.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, Pies Ligeros?

—¡Deberías! ¡Devolverlo! —le gritó ella en la cara, apenas consciente de lo alto que hablaba.

Él retrocedió como un arbusto en un vendaval y abrió mucho los ojos.

—¡Oye, oye, Godzilla! ¡No puedo! Te lo he dicho. He cerrado el coche de ese tío.

Ella abrió la boca para gritarle algo más, pero le salió un sollozo. Colson

la sujetó por el hombro y la sostuvo así mientras la chica se estremecía y dejaba escapar desgarradores aullidos de tristeza. Le limpió la cara con su camiseta. Cuando se le aclaró la vista de nuevo, Aisha vio que Colson sonreía, algo desconcertado. No hacía falta más que verlo sonreír para comprender por qué Julieta estaba dispuesta a morir por él.

—A nadie le importa un CD de los Spin Doctors —dijo él, aunque ella ya sabía que había ganado, así que logró recuperar el aliento y contener el siguiente sollozo—. Joder, chica, vas a fastidiarme una historia muy buena, ¿sabes? Eres como la policía de las bromas. ¿Me vas a poner una multa por pillarme en flagrante gracia? ¿Y si vuelvo y dejo el CD en el techo del coche? ¿Te sentirías mejor?

Ella asintió, no se atrevía a hablar. Lo achuchó para hacerle saber que se alegraba; le agarró el cuello con sus enjutos brazos de diez años. Durante mucho tiempo después de aquello, al cerrar los ojos recordaba perfectamente aquel abrazo: lo que había sentido, la risa de Colson, su mano entre sus omóplatos. Su abrazo de despedida.

El chico se levantó y la giró hacia la alambrada. Ella se agarró al metal. Colson le puso una mano bajo el culo para ayudarla a llegar arriba, y ella saltó al otro lado, entre la maleza más densa.

—Espérame ahí —le dijo, y le dio una palmada a la valla.

Se marchó, todavía con la mochila de la Sirenita a un hombro y el CD colgado del índice de la mano derecha. El disco lanzaba destellos plateados en la oscuridad, tan brillantes como el estilete de Romeo. No tardó ni un segundo en desaparecer por la esquina.

Aisha esperó envuelta en la oscuridad aterciopelada mientras una orquesta nocturna de insectos tocaba su soñolienta nana entre los matojos.

Cuando Colson regresó, lo hizo a un trote que aceleró a carrera al chillar alguien. Sólo había pasado fuera unos segundos, medio minuto, como mucho. Corría a lo largo del callejón destrozado con la cabeza gacha y la mochila rebotándole en el hombro.

Un hombre corría detrás de él, un hombre que llevaba un cinturón pesado lleno de cosas que tintineaban y se agitaban. La noche se encendió con una lluvia de luces plateadas y azules, como una tormenta simulada en un teatro. El hombre del cinturón era lento, jadeaba.

—¡Suéltalo! —gritaba el hombre del cinturón ruidoso..., un agente de

policía, un chico blanco; Aisha vio que no era mucho mayor que Colson—. ¡Que lo sueltes! ¡Que lo sueltes!

Colson se estrelló tan fuerte contra la alambrada metálica que Aisha dio unos pasos atrás sin darse cuenta, aún más oculta en la penumbra de la maleza. Colson subió hasta la mitad de la valla y se quedó allí enganchado.

La mochila de la Sirenita (más adelante, el agente Reb Mooney afirmaría que había creído que se trataba del bolso de Hermès robado en el lugar del apuñalamiento aquella misma noche) se le había deslizado del hombro al correr y, al llegar a la alambrada, ya sólo lo sujetaba por un tirante. Un gancho torcido de viejo acero del pie de la valla había pescado la tela y, al subir Colson, la mochila le voló de la mano.

El chico la miró, hizo una mueca, se lo pensó un instante y volvió a bajar. Cayó sobre una rodilla para recoger la mochila de Aisha del suelo.

El agente se detuvo, tambaleante, a dos metros y pico. Fue cuando Aisha por fin vio la pistola que llevaba en la mano derecha. Mooney, un chaval pecoso y grandote que pensaba casarse dentro de dos semanas con su novia del instituto, intentaba recuperar el aliento, rojo. Entonces, un coche patrulla dobló la esquina del Mercantile, con las luces encendidas.

—¡Al suelo! —gritó Mooney, que se acercaba con la pistola en alto—. ¡Manos arriba!

Colson levantó la mirada y empezó a alzar las manos. Todavía llevaba el CD agarrado de aquella forma tan ridícula en la punta del dedo. El crío policía apoyó la bota en el hombro de Colson y empujó. Colson se golpeó contra la valla, gruñó y rebotó en la alambrada con tanta fuerza que casi parecía que se abalanzaba sobre el agente. El CD le brilló en la mano.

El arma se disparó. La primera bala aplastó de nuevo a Colson Withers contra la alambrada. Mooney disparó seis veces en total. Las últimas tres balas le acertaron en la espalda, cuando ya estaba tirado bocabajo en el suelo. Más adelante, tanto Mooney como su compañero, Paul Haddenfield, contaron al jurado que creían que el CD era un cuchillo.

Cuando todo acabó, cuando los ecos de aquellos disparos todavía retumbaban en la noche, ninguno de los dos agentes oyó a Aisha Lanternglass huir a la Maraña.

El verano siguiente, el grupo de teatro de St. Possenti dedicaría a Colson la obra de Shakespeare que interpretaban ese año en el parque. Era *Hamlet*.

El protagonista era un chico blanco.

Septiembre 2012 - diciembre 2012

Becki y Rog siempre se reunían en el campo de tiro. Primero descargaban unos cuantos cientos de balas sobre los blancos y después él se descargaba dentro de ella en su Lamborghini color cereza.

La primera vez que dispararon juntos, se turnaron con la Glock de él y vaciaron el cargador de treinta y tres balas en una silueta humana.

—Joder —dijo Becki—. Pero ¿ese pedazo de cargador es legal en este estado?

—Cielo, estamos en Florida —respondió Rog—. No sé si follarte será legal o no, pero ya te digo yo que la pistola sí.

Como si ella todavía estuviera en el instituto en vez de asistir a clases de administración de empresas en la universidad.

Se colocó detrás de Becki, con la entrepierna contra su culo y el brazo rodeándola. Rog olía bien, a limones, sándalo y mar, y cuando la rodeó, ella pensó en yates y aguas color esmeralda. Quería bucear con él en busca de tesoros y después limpiarle el agua del Atlántico de la piel en una ducha caliente.

—Una mano sujeta la otra —le explicó Rog—. Junta los pulgares. Abre las piernas. Así. No, no tanto.

—Ya estoy mojada —le susurró ella.

Descargó treinta y tres balas en el blanco, fingiendo que se trataba de las enormes tetas falsas de la mujer de Rog. Después, todo el cuerpo le vibraba con una agradable sensación posorgásmica. Para ellos, eran los preliminares.

Tenía dieciséis años cuando conoció a Roger Lewis. Su padre la había llevado al centro comercial, a Devotion Diamonds, para que escogiera una cadenita con un candado dorado, un regalo que debía llevar a su pacto de pureza en la iglesia aquel domingo. Rog la ayudó a probarse un par de cosas, y ella se miró por un lado y por el otro en un espejito que había sobre el mostrador, encantada con el brillo que le adornaba el cuello.

—Estás preciosa —le dijo Rog—. Inmaculada.

—Inmaculada —repitió Becki. No sabía bien por qué, pero aquella palabra la cautivó.

—Este verano vamos a contratar dependientas. Si vendes un candado como ese a una amiga, te quedas con el diez por ciento del precio de venta, además de tu salario.

Becki le echó un vistazo a la etiqueta de la cadenita y dejó que el peso del candado volviera a caerle sobre el esternón. El diez por ciento de lo que llevaba puesto era más de lo que había ganado llenando bolsas en el Walmart toda la semana.

Salió de la tienda con el colgante puesto y una solicitud de empleo guardada en el bolso. Aquel domingo juró a sus padres, a sus abuelos, a sus hermanas pequeñas y a toda la iglesia que no habría ningún hombre en su vida hasta el matrimonio, salvo su padre y Jesús.

Becki todavía llevaba puesto aquel mismo candado la primera vez que Rog la acarició por encima de las bragas en el despacho de la trastienda. Para entonces ya había salido del instituto y ganaba casi quinientos dólares al mes sólo en comisiones.

Las primeras veces que fueron juntos al campo de tiro, se limitaron a la Glock. Ella se recogía el pelo con un pañuelo como un pirata para apartárselo de la cara y sentirse más malota. A Rog le parecía bien, aunque la primera vez que intentó disparar en plan gángster (con la pistola de lado, el brazo extendido y la muñeca un poco girada hacia abajo, como había visto hacer en las películas) la sujetó por el antebrazo después de disparar la primera bala. Después la obligó a apuntar al suelo.

—¿Qué mierda es esa? ¿Como has vaciado unos cuantos cargadores en un campo de tiro ahora te crees Ice Cube? No serías más blanca ni ahogándote en una cuba llena de helado de nata. No vuelvas a hacerlo. No quiero que nadie te vea disparar así, me dejas en mal lugar.

Así que siguió disparando como él le indicaba: con las piernas un poco abiertas, un pie algo adelantado y el otro algo retrasado, y los brazos estirados, pero no del todo. Becki apuntaba al centro de masas porque Rog le había dicho que si acertaba en el pecho saldría mierda de la buena. No tardó en concentrar todos sus disparos en el área del corazón a una distancia de treinta metros.

Después de eso, él cambió la dinámica y empezó a reunirse con ella en el campo de tiro con su SCAR 7,62 mm, cargada con balas blindadas de 149 grains. Becki las disparaba en ráfagas, bap-bap-bap, bap-bap-bap. Le gustaba el olor del propelente más incluso que el de la colonia de Rog, le gustaba oler la pólvora en la ropa de su amante, en su pelo ralo.

—Parece una metralleta —comentó.

—Lo es —respondió él, y se la quitó de las manos para mover un interruptor.

Después se encajó la larga culata en el hombro izquierdo, entornó los ojos y apretó el gatillo, y el arma desató un furioso estruendo que a la chica le recordó a alguien tecleando con rabia en una antigua máquina de escribir. Rog partió la silueta por la mitad. Becki estaba tan ansiosa por probar que estuvo a punto de quitarle la metralleta de las manos. Ni siquiera entendía por qué la gente esnifaba cocaína cuando podía disparar un arma.

—¿No necesitas un permiso especial para liarte a tiros con una automática? —le preguntó ella.

—Lo único que necesitas es munición y un motivo. Puede que no sea mala idea tener un permiso, no sé. Nunca lo he mirado.

Era muy vanidoso con su pelo, siempre se lo estaba atusando para asegurarse de que aquel fino remolino rubio le cubría la calva. Tenía profundas patas de gallo, aunque su cuerpo era rosado y limpio como el de un chaval, con delicado vello dorado en el pecho. A ella le gustaba jugar con aquella pelusilla, le gustaba su tacto sedoso. La seda y el oro siempre le venían a la cabeza cuando estaba estirado a su lado, desnudo. Seda, oro y plomo.

Diez días antes de Navidad se subió al Lamborghini después del trabajo, suponiendo que pensaba llevarla al campo de tiro. Pero condujo hasta el Coconut Milk Bar and Inn, que se encontraba a treinta y dos kilómetros de St. Possenti. Tenían una suite en la primera planta a nombre de Clyde Barrow y Bonnie Parker; se imaginó que era una de las bromas de Rog. A Becki se le daba bien esbozar sonrisas tontas y benévolas para que él pensara que no había captado la referencia. Rog siempre salpicaba sus conversaciones de citas de películas y canciones que ella no conocía: *Harry el Sucio*, Nirvana y *The Real World*, de la MTV... Chorradas antiguas de ese estilo que ni siquiera merecía la pena buscar en Google.

Llevaba con él una bolsa negra de Teflon con las asas acolchadas y unidas. Aunque Becki había visto transportar joyas en bolsas de aquel tipo, no preguntó.

La anciana de detrás del mostrador miró a Becki, después a Rog, repitió el gesto y puso cara de haber chupado un limón. La chica se enfrentó a su mala leche con absoluta indiferencia.

—¿No es día lectivo? —preguntó cuando les puso la llave delante.

Becki se enganchó del hombro de Rog.

—Me parece maravillo que en estos establecimientos contraten a ancianos para que tengan algo que hacer, en vez de pasarse el día jugando al bingo en un centro de la tercera edad.

Rog dejó escapar su ronca risa de fumador y le dio una palmada a Becki en el trasero. A la anciana del pelo teñido de naranja le dijo:

—Tiene suerte de que no la haya mordido. Todavía no le he puesto sus vacunas. A saber lo que podría pillar.

Becki pegó un bocado al aire, dedicado a la vieja zorra de detrás del mostrador de recepción. Rog la tomó por el codo y la dirigió por el pasillo, que estaba cubierto por una gruesa moqueta blanca que parecía no haberse pisado nunca. Pasaron por debajo de los arcos de ladrillo que daban al patio exterior y rodeaban tres piscinas, cada una con una terraza y cascadas entre ellas. Había parejas sentadas en sillones de mimbre flanqueados por altos calefactores de exterior, una especie de columnas de fuego enjaulado. Las palmeras estaban adornadas para las fiestas, y entre sus hojas colgaban luces navideñas de color esmeralda, así que parecían fuegos artificiales congelados para siempre en pleno estallido espectacular. Becki cerró los ojos para oír mejor el tintineo del hielo en los vasos. No era necesario beber para emborracharse: aquel sonido la embriagaba por sí solo. No miró a su alrededor hasta que Rog se detuvo en la puerta de su suite.

Las sábanas eran de seda resbaladiza o de algo similar a la seda, del color del glaseado de vainilla. La bañera del enorme cuarto de baño era un pedazo de roca volcánica tallada. Mientras ella se sentaba al borde de la cama de dos metros, él le echó la cadena a la puerta.

Después llevó la bolsa a la cama.

—Esto es para esta noche, nada más. Lo devolveré todo mañana por la mañana.

Abrió el cierre y los alambres de la bolsa, y dejó caer un tesoro entero: aros dorados y perlas de agua dulce en cadenas de plata, pulseras con diamantes engarzados y collares con brillantes. Fue como si derramara una bolsa llena de luz sobre las sábanas iridiscentes. También había polvo blanco en una botella de cristal, como las que guardan perfume. Podría pensarse que se trataba de polvo de diamantes. Rog le había enseñado a esnifar algo de coca antes del sexo. Hacía que se sintiera bien y sucia, como una degenerada que pretendía cometer un acto delictivo.

Ver esas gemas, todos aquellos hilos relucientes, la había dejado casi sin aliento.

—¿Cuánto...?

—Más o menos medio millón de dólares. Venga. Póntelo. Todo. Quiero verte envuelta en cadenas, como la concubina de un sultán. Como si te hubiera comprado con todo esto.

Becki no conocía a nadie que supiera usar las palabras tan bien como Rog. A veces sonaba como un amante en una película antigua y lanzaba diálogos poéticos con indiferencia, como si fuera lo más normal del mundo hablar así.

Entre la pila de joyas había un conjunto de bragas y sujetador de tirantes de oro salpicados de diamantes falsos. También una caja larga envuelta en papel dorado metalizado y decorada con un lazo de color plata.

—El botín tiene que regresar a la tienda mañana por la mañana —dijo Rog mientras empujaba el regalo hacia ella—. Pero esto es para ti.

Ella agarró la gran caja resbaladiza. A Becki le encantaban los regalos. Si por ella fuera, celebrarían la Navidad todos los días del año.

—¿Qué es?

—No puedes llevar encima tanta joya si no sabes cómo protegerlas.

Ella arrancó el papel y el lazo, y abrió la caja: era una Smith & Wesson calibre .357 con una culata blanco satén que parecía de nácar y un cañón con acabado de acero inoxidable en el que habían grabado una flor de lis y florituras de hiedra.

Entonces le lanzó algo, una red de correas y hebillas de cuero negro, y por un instante se preguntó si aquella noche tocaba plan *bondage*.

—Esto es para tu pierna. Si llevas la pistola en la cara interior del muslo, puedes ir por ahí con una falda de tubo, que nadie se va a enterar de que estás armada. Voy a ducharme. ¿Y tú?

—Puede que luego —respondió ella, y se levantó para ponerse de puntillas y besarlo.

Después se mordió el labio inferior, y él la agarró por la parte de delante de sus ajustados pantalones negros de vestir y tiró de ella para pegársela al cuerpo. Se hacía el interesante, cuando lo cierto era que ya se le había puesto dura y le abultaba la ropa.

La ducha estuvo funcionando quince minutos, el tiempo justo para quitarse la ropa y envolverse en una pequeña fortuna. La pistola fue lo último. Le gustaba la forma en que la correa de cuero le ceñía la parte superior del muslo, le gustaban las hebillas plateadas y las líneas negras contra la piel. Se arrodilló en la cama, envuelta en cadenas, con diamantes relucientes entre los pechos y una gargantilla de plata al cuello, y practicó a apuntar con la pistola ante el espejo.

Estaba esperando cuando él salió con una toalla y el pecho reluciente de perlas de agua. Ella alzó la pistola con ambas manos.

—Suelta esa toalla —dijo Becki—. Y haz exactamente lo que yo te ordene si quieres seguir con vida.

—Apunta hacia otro lado.

—No está cargada —se quejó ella con un mohín.

—Eso es lo que piensa todo el mundo hasta que el arma se dispara y le vuela la polla a alguien.

Ella abrió el cilindro y le dio vueltas al tambor, clac, clac, clac, para que comprobara por sí mismo que estaba vacío. Después volvió a meterlo en su sitio y apuntó de nuevo hacia él.

—Desnúdate —le ordenó.

Aun así, a Rog no le gustaba que lo apuntara con la S&W (Becki lo notaba); pero verla con los pechos decorados de relucientes diamantes le estaba afectando. Soltó la toalla, y la polla flacucha empezó a botarle delante (una imagen tan graciosa como excitante); después se arrastró por la cama hacia ella. La besó, saboreó su labio superior con la lengua, y ella empezó a perder la compostura y la personalidad con aquel subidón de deseo que ya conocía tan bien.

Rog la echó sobre la cama sujetándola por la cadena de oro y un puñado de pelo, a la fuerza, pero sin pasarse. Consiguió meter la pistola en la pistolera justo antes de abrirle las piernas con la rodilla. La correa no debía

de estar demasiado apretada, porque el muslo de Rog le aplastó la culata de la pistola contra la entrepierna.

Lo cierto era que nunca se había corrido tanto como en esos primeros minutos en los que Rog la besaba mientras la goma dura y moldeable de la culata nacarada de la .357 le frotaba el clítoris. Se disparó como una pistola. El resto del acto sexual no fue más que el retroceso.

12 de abril de 2013

Al final de su turno, Randall Kellaway entró en la oficina de seguridad y se encontró a la ayudante del sheriff esperándolo; era una latina sonriente que vestía uno de aquellos feos trajes pantalón estilo Hillary Clinton y lucía una Glock en sus anchas caderas. Ya no se veían polis blancos; ahora no les importaba nada más que la diversidad. Después de Irak, Kellaway había intentado entrar en la policía estatal, la policía local, la oficina del sheriff y el FBI, pero no había conseguido ni una entrevista. Los polis estatales le dijeron que era demasiado viejo; la oficina del sheriff no lo quería contratar porque lo habían echado del ejército; los federales le respondieron que los resultados del examen psíquico no eran óptimos; los polis locales no tenían vacantes y le recordaron que les debía novecientos dólares en multas por exceso de velocidad. Al final todo se resumía en que preferían contratar a un tío negro que hablaba como un pandillero, siempre que hubiera ido al instituto y no hubiera tiroteado a nadie desde un coche. Para que se plantearan contratar a un blanco tenía que ser alguien matriculado en Yale y que encima trabajara de voluntario con niños huérfanos enfermos de SIDA.

Cuando Kellaway entró en la oficina, estaba en el lado del mostrador al que se acercaban los clientes, con la agente Chiquita Banana. La recepcionista, Joanie, se encontraba al otro lado de la ventana de Plexiglas, sentada en su cochambrosa silla de oficina con ruedas. Había otro vigilante de seguridad por allí, Eddie Dowling, que se estaba quitando el cinturón para colgarlo en su taquilla. Era muy propio de Ed decidir dar la noche por concluida cuando todavía faltaban diez minutos para el final del día.

—Aquí está, agente Acosta. Ya le dije que no sale ni un minuto antes de

que acabe su turno. El señor Kellaway es muy puntual. Randy, esta es la agente Acosta, del departamento del sheriff...

—Sé de dónde viene, Joan. He reconocido el uniforme.

La gente del departamento de policía y de la oficina del sheriff se pasaba por allí muy a menudo. En enero fue para enseñarle la foto policial de un delincuente en busca y captura que estaba prometido con una chica que trabajaba en la zona de restauración. En marzo, para advertirle que había un pedófilo calle abajo y pedirle que estuviera pendiente.

Estaba pensando que quizá tuviera algo que ver con el chico negro que acababa de empezar a trabajar en el Boost Yer Game. La semana anterior, Kellaway lo había visto sacando cajas por la puerta de servicio de la tienda para cargarlas en un Ford Fiesta oxidado de mala muerte. El vigilante le había pedido que se pusiera contra el coche y apoyara las manos en el tejado porque creía que el chaval estaba birlando zapatos de la tienda. Faltaba una hora para abrir, el chico no llevaba puesto el uniforme y a Kellaway no le sonaba su cara, no sabía que lo acababan de contratar ni que le habían pedido que llevara unas Nikes de lujo a la sucursal de Daytona Beach. Como es natural, ahora parecía que Kellaway era un racista y no un tipo que había cometido un error inocente.

Si es que de verdad había sido un error. El crío tenía una pegatina en el parachoques que decía «Legalización de la marihuana gay», lo que era como hacerle un corte de mangas a las normas de la sociedad civilizada. Kellaway albergaba la esperanza de que Acosta hubiera ido a decirle que el chaval era un pandillero y quería registrar su Ford Fiesta en busca de crack y armas. Por otro lado, ¿por qué la mayoría de las empresas automovilísticas de los Estados Unidos llamaban a uno de sus vehículos Fiesta, en español, como si fuera una comida de oferta en el Taco Bell? Aunque era probable que la fábrica de los coches estuviera en Tijuana, así que, en realidad, el nombre les pegaba.

No obstante, justo antes de que Acosta hablara, el vigilante se fijó en el rostro pálido de Ed Dowling y en que Joanie, para no mirarlo a la cara, fingía interés en algo que aparecía en la pantalla de su anticuado Dell; Joanie, que se metía en medio de todas las conversaciones y no soportara que ningún visitante escapara sin obligarlo a responder una docena de preguntas absurdas sobre su trabajo, su procedencia o si habían visto el episodio de la semana

anterior de *Dr. Phil*. Kellaway sintió un breve recelo, una chispa lúgubre, el equivalente psicológico a un relámpago lejano y silencioso.

—Adelante, dispare —le dijo.

—Aquí tiene, querido —respondió Acosta, y le dejó unos papeles doblados en las manos.

Su mirada saltó por los bloques de texto: «Orden de alejamiento cautelar por violencia doméstica, y aviso de citación para comparecer y prestar declaración en el juzgado».

—El estado de Florida le ordena no acercarse a Holly Kellaway, ya sea en su lugar de residencia actual en el 1419 de Tortola Way o en su lugar de trabajo de Tropic Lights Cable Network, en el 5040 de Kitts Avenue, ni acercarse al hijo de la demandante...

—A nuestro hijo.

—... George Kellaway, en el Buchwick Montessori de Topaz Avenue. Si se le encuentra a menos de quinientos metros de su lugar de residencia, su lugar de trabajo o el colegio de su hijo, se procederá a su detención por violar esta orden de alejamiento. ¿Entendido?

—¿Con qué base legal?

—Tendrá que preguntárselo al juez cuando preste declaración, lo que será el día...

—Se lo estoy preguntando a usted. ¿Qué base legal tiene el estado de Florida para decidir alejarme de mi propio hijo?

—¿De verdad quiere hacer esto delante de sus compañeros de trabajo, señor Kellaway?

—Jamás le he puesto una mano encima a esa zorra histérica. Ni al chico. Si dice lo contrario, miente.

—¿Alguna vez la ha apuntado con una pistola, señor Kellaway? —le preguntó Acosta.

Él no contestó.

Joanie dejó escapar una especie de bufido, como el de un caballo cansado, y se puso a teclear a toda prisa con la mirada fija en la pantalla del ordenador.

—Sentirá el impulso de llamarla por teléfono —le dijo Acosta—. No lo haga. Se le prohíbe entrar en contacto directo con ella. Si quiere decirle algo, búsquese un abogado y que él lo haga. De todos modos, va a necesitarlo para

el juicio.

—Entonces, si llamo a mi hijo de seis años para darle las buenas noches, ¿alguien me va a detener? ¿Debería contratar a un abogado para que llame todas las noches y le lea un cuento?

Acosta siguió hablando como si no lo escuchara:

—Se le ha citado para presentarse ante el juez. La fecha y la hora están en la orden. Si no comparece, la orden de alejamiento seguirá en vigor de manera indefinida. Puede acudir al juzgado con su abogado o puede comportarse como un idiota, usted decide. Bien, es probable que lleve comiendo platos precocinados desde que se fue su esposa y quizá se haya hartado de ellos. Pues déjeme que le diga que son mejores que los menús de la cárcel del condado. Hágame caso: no se acerque a su mujer ni en pintura hasta que la vea en la comparecencia, ¿me entiende?

A Kellaway se le revolvió el estómago. Quería sacar la linterna de mango cromado y aplastarle la cara de tortillera a aquella gorda. Porque tenía corte de pelo de bollera, muy apropiado para entrar en los marines.

—¿Eso es todo? ¿Ha acabado?

—No.

No le gustó la forma en que lo dijo, no le gustó lo contenta que sonaba.

—¿Qué más?

—¿Tiene algún arma aquí o en su coche?

—¿Qué coño le importa?

—El estado de Florida le ordena entregar todas sus armas de fuego al departamento del sheriff hasta que un juez decida si resulta seguro que las posea.

—Soy un vigilante de seguridad.

—¿Van armados los guardias de seguridad de los centros comerciales? Su compañero no llevaba pistola cuando ha entrado. —Como Kellaway no contestaba, Acosta miró a Joanie y a Ed a través de la ventana—. ¿Se les exige ir armados en el trabajo?

Un silencio forzado se adueñó de la habitación. La máquina expendedora se puso a funcionar con un suave golpeteo y un zumbido.

—No, señora —respondió al final Eddie Dowling mientras miraba a Kellaway con una mueca de disculpa.

—Ya puestos, ¿tienen permiso para ir armados? —preguntó la ayudante.

—No el primer año, señora —respondió Ed—. Pero después no está prohibido si la llevas con discreción, señora.

—De acuerdo —dijo ella, y miró de nuevo a Kellaway—. ¿Va armado ahora?

Kellaway notaba que le palpitaba la vena del centro de la frente. La mujer lo examinó, le miró el cinturón (al que no llevaba enganchado nada más que el walkie-talkie y la linterna), le recorrió el cuerpo con los ojos hasta los pies y de nuevo hacia arriba.

—¿Qué lleva en el tobillo? —preguntó—. ¿El Colt Python o la SIG?

—¿Cómo sabe...? —empezó a preguntar, pero después apretó los dientes. Holly. Aquella endeble estúpida le había dado al departamento del sheriff una lista con todas sus armas.

—Señor Kellaway, por favor, entregue su arma. Le daré un recibo a cambio.

Se pasó un buen rato mirándola con rabia mientras ella le sonreía, muy tranquila. Al final puso el pie encima del sofá de dos piezas de color mostaza que había contra la pared, el de los cojines parchados, y se subió de un tirón la pernera.

—Como si se pudiera llevar un puto Colt Python en una pistolera de tobillo. ¿Alguna vez ha visto uno? —preguntó mientras desabrochaba la pistolera al completo, la soltaba y la sacaba.

—Sería un coñazo si se tratara de un Python de cañón largo, pero podría hacerse si es el de cañón corto. Su ex no estaba segura de cuál era el suyo.

Le dio la SIG. Ella sacó rápidamente el cargador, accionó la corredera y se asomó a la recámara para asegurarse de que estuviera vacía. Una vez convencida de que era seguro, la metió en una gran bolsa de plástico transparente y la dejó en el mostrador de fórmica. Rebuscó en su cartera de cuero, sacó una tira de papel y la miró entornando los ojos.

—Entonces, ¿el Colt está en su taquilla?

—¿Tiene una orden para averiguarlo?

—No la necesito para eso. Tengo permiso de Russ Dorr, el gerente de Sunbelt Marketplace, la empresa propietaria de este centro comercial. Puede llamarlo usted mismo y preguntárselo, si tiene alguna duda. Esa taquilla no es

suya, señor Kellaway. Es de la empresa.

—¿Qué va a hacer si no está ahí? ¿Seguirme hasta mi casa? Será mejor que tenga una orden para eso.

—No necesitamos ir a su casa, señor Kellaway. Ya hemos estado allí. Su mujer nos dio una llave y permiso para entrar en ella. Está en su derecho porque aparece como copropietaria en la hipoteca. Pero no hemos encontrado el Colt ni la SIG. —Examinó el papel—. Ni tampoco el Uzi. ¿En serio? ¿Un Uzi? Esa mierda es puro Rambo, señor Kellaway. Por su bien, espero que no la haya modificado.

—Es una herencia. De 1984, exenta. Si sus chicos hubieran registrado mi archivo, habrían encontrado todo el papeleo. Es legal.

—No debe de haberle salido barato. Supongo que aquí pagan bien, ¿no? Se saca una pasta vigilando a la gente para que no robe la bollería, ¿eh?

Kellaway abrió su taquilla, sacó el Colt y se lo dio con la culata por delante y el tambor abierto. Ella sacudió el arma para que le cayeran las balas en la palma de la mano, giró el tambor y lo volvió a meter en el armazón con un ágil movimiento de muñeca. Fue a parar a la bolsa de plástico con la SIG. Acosta le escribió un recibo en un cuaderno parecido al de las camareras. En realidad, eso era lo que Acosta debería estar haciendo: servir mesas en una cafetería perdida de la mano de Dios.

—¿El Uzi está en el coche? —preguntó.

Iba a preguntarle si tenía una orden, pero cuando abrió la boca ella alzó la vista y lo miró a los ojos con tal calma beatífica que no pudo soportarlo. Claro que la tenía. Estaba esperando a que se lo preguntara para poder enseñársela y humillarlo de nuevo.

Lo siguió por el largo pasillo, salieron por la puerta metálica y llegaron al aparcamiento. El sol de última hora de la tarde siempre le sorprendía después de pasar el día metido en el centro comercial: la nítida claridad del mundo y el sabor del mar en el aire. Los abanicos de hojas de palmera se agitaban con un crujido seco. El sol se ponía por el oeste, y el cielo estaba inyectado de neblinosa luz dorada.

Acosta lo siguió por el asfalto. Cuando vio el coche, se rio.

—¿En serio? —le preguntó—. Esto no me lo esperaba.

Él no la miró. Su coche era un Prius rojo chillón. Lo había comprado por el niño, porque a George le preocupaban los pingüinos. Iban a verlos casi

todos los fines de semana al acuario. George podría haberse pasado el día observándolos nadar.

Abrió el maletero. El Uzi estaba metido en un maletín negro. Introdujo el código, abrió los candados y retrocedió para que ella le echara un vistazo sin sacarlo de su recortado lecho de espuma negra. Odiaba a la hispana y su corte de pelo de bollera, aunque, a pesar de todo, le sorprendió sentir una pizca de placer al permitir que examinara el arma, que comprobara que cada pieza estaba lubricada y tan limpia como si fuera nueva.

Pero ella no se dejó impresionar. Al hablar lo hizo sin inflexión en la voz, casi como si no se lo creyera:

—¿Lleva un Uzi automático en el coche?

—El percutor está en la taquilla. ¿Lo quiere? Tendré que volver a entrar para recogerlo.

Ella cerró de golpe el maletín de plástico, sacó su cuaderno de camarera y se puso a escribir otra vez.

—Lea la orden de alejamiento, señor Kellaway —respondió mientras arrancaba el recibo y se lo entregaba—. Y si hay algo que no entienda, búsquese a un abogado que se lo explique.

—Quiero hablar con mi hijo.

—El juez lo arreglará, estoy segura; dentro de quince días.

—Quiero llamar a mi chico y decirle que estoy bien. No quiero que se asuste.

—Ni nosotros tampoco. Por eso le acabo de entregar una orden de alejamiento. Buenas tardes, señor Kellaway.

Cuando ella se alejó con el maletín de plástico negro, él le lanzó la orden de alejamiento, no pudo reprimirse. Era la gota que colmaba el vaso, saber que aquella mujer consideraba que su trabajo consistía en proteger al niño... de su padre. Los papeles le acertaron entre los omóplatos, como un dardo. Acosta se puso rígida y se paró donde estaba, de espaldas a él. Entonces dejó con cuidado el maletín del Uzi en el asfalto.

Cuando se volvió para mirarlo, su sonrisa era enorme. Kellaway no sabía qué pasaría, lo que sería capaz de hacer, si la mujer se sacaba las esposas del pantalón. Pero ella se limitó a agacharse para recoger los papeles y dar un paso hacia él. De cerca (cuando la tuvo a un par de centímetros de distancia) al vigilante le sorprendió su volumen. Poseía la constitución compacta y

fornida de un peso medio. Le metió los papeles en el bolsillo de la camisa con mucha delicadeza, y allí se quedaron, junto con la herramienta multiusos dentro de su estuchito de cuero.

—Bueno, cielo, será mejor que no pierdas esos papeles si pretendes enseñárselos a tu abogado. Si quieres derechos de visita con tu hijo o, en general, que te dejen verlo alguna vez, será mejor que sepas a qué te enfrentas. Estás perdido en el bosque, y esto es lo más parecido que tienes a una brújula. ¿Me entiendes?

—Ya.

—Y será mejor que evites atacar, amenazar o acosar a los agentes del estado de Florida si no quieres que te metan de culo en la cárcel y te dejen en evidencia delante de tus colegas, los viandantes, Dios y todos los demás. Será mejor que evites molestar a los y las representantes de la ley que pueden pasarse por tu comparecencia para contar que les tiras cosas y no sabes controlar tus emociones. ¿Me captas?

—Sí, lo capto. ¿Alguna otra pregunta?

—No —respondió ella mientras recogía el maletín de la Uzi y se detenía un instante para mirarlo a los ojos—. En realidad sí, una. Te pregunté si alguna vez habías apuntado a tu mujer con una pistola y no me respondiste.

—No, ni te responderé.

—Vale. Aunque también le estaba dando vueltas a otra cosa.

—¿A qué?

—¿Y a tu hijo? ¿Alguna vez has apuntado con un arma a tu hijo mientras le decías a su madre que si intentaba quitártelo le volarías la tapa de los sesos?

Las entrañas se le revolvían de náuseas, rebosantes de ácido. Quería lanzar algo más, tirarle algo a la cara, reventarle el labio, ver sangre. Quería ir a la cárcel... Pero, si ella lo encerraba, perdería sus derechos parentales con George para siempre. No se movió. No contestó.

Aunque pareciera imposible, la sonrisa de Acosta se ensanchó más aún.

—Sólo era por curiosidad, cielo. No te metas en líos, ¿me oyes? Porque, por mucho que no quiera volver a verte, menos vas a querer verme tú a mí.

1 de julio de 2013

El día del cumpleaños de Jim Hirst, Kellaway salió de St. Possenti y se internó en el humo con un regalo para su viejo colega en el asiento del pasajero.

El humo volaba por la autopista en forma de bruma gris ácida y llevaba consigo el hedor a incendio de vertedero. Habían sido los críos: empezaron las celebraciones del cuatro de julio unos días antes y lanzaron unos petardos Black Cat en los matorrales que había detrás de su parque de caravanas. El incendio resultante abarcaba ya unos doce kilómetros cuadrados. El Bosque Nacional de Ocala había prendido como un montón de paja.

La granja de Jim Hirst estaba a medio kilómetro autopista arriba, al final de un camino de grava, y rodeada a ambos lados de manglar negro y terreno pantanoso. Era de una única planta, el tejado se hundía por algunas zonas y estaba cubierto de moho y musgo, y las hojas caídas atascaban las canaletas. Unas sábanas de plástico cubrían la mitad de la casa, allí donde habían arrancado el enlucido y extraído las ventanas como si fueran dientes que dejaran cavidades huecas detrás. Así estaba desde hacía tres años. Jim había reunido algo de dinero para iniciar las reformas, pero no lo bastante para terminarlas. No se veían luces encendidas ni tampoco la furgoneta adaptada para sillas de ruedas, así que, de no haber oído tiros en la parte de atrás, Kellaway quizás hubiera pensado que no había nadie en casa.

Rodeó la parte sin terminar de la vivienda. Las enormes sábanas de plástico aleteaban de vez en cuando con la brisa. El arma disparaba con el ritmo metódico de un metrónomo al compás de cuatro por cuatro. Los tiros pararon justo cuando doblaba la esquina y entraba en el patio.

Jim Hirst estaba en su silla de ruedas eléctrica con un paquete de seis latas de cerveza al lado, dos de ellas ya vacías y tiradas en la hierba. Tenía el arma en el regazo, una automática pequeña con una mirilla muy sofisticada y el cargador fuera. También había un fusil AR apoyado en la silla de ruedas. Jim tenía muchas armas. Pero que muchas armas. Había una ametralladora ligera M249 automática en el garaje, oculta bajo las tablas del suelo sobre las que estaba el banco de trabajo. Era idéntica a la que estaba montada en el Humvee que habían compartido durante seis meses en el Golfo. Sin embargo, Kellaway no iba dentro cuando pasó por encima de una mina terrestre rusa que estuvo a

punto de partir por la mitad tanto el vehículo como a Jim Hirst. Para entonces ya habían trasladado a Kellaway a la policía militar, y lo único que le estalló entre las manos fue su futuro en el ejército.

—No he visto la furgoneta. Creía que se te había olvidado que venía y te habías largado —le dijo a Hirst—. Feliz cumpleaños.

Jim se volvió y alargó la mano. Kellaway le lanzó una botella, un Bowmore Single Malt de veintinueve años. El whisky escocés era de un suave color dorado, como si alguien hubiera encontrado el modo de destilar un amanecer. Jim agarró la botella por el cuello y la admiró.

—Gracias, tío. Mary me trajo una tarta de limón del supermercado. Córdete un trozo y ven a probar mi juguete nuevo.

Levantó la pistola que tenía en el regazo. Era una Webley & Scott gris con una mira láser, como sacada de una peli de espías. Tenía una caja de balas Starfire calibre .95 junto a la cadera, con puntas huecas que se abrirían como hongos venenosos al dar contra tejido blando.

—¿Te la ha regalado Mary? Eso sí que es amor.

—No, tío, me la he regalado yo. Ella me ha masajado la próstata, esa ha sido su muestra de amor.

—¿Es lo del dedo por el culo? —preguntó Kellaway, aunque intentó ocultar su asco.

—Tiene un vibrador. Eso y una bomba de vacío en la polla, y funciona. Eso es amor. Sobre todo porque para ella, más que sexo, es desatascar una cañería. —Se echó a reír, pero acabo siendo una tos basta y sorda—. Dios, el puto humo.

Kellaway recogió la botella de whisky del regazo de Jim.

—Voy a por vasos.

Abrió la puerta de malla de un empujón y vio a Mary en la cocina, sentada a la mesa. Era una mujer delgada y huesuda, con profundas arrugas alrededor de los labios y un cabello que antes era de un color chocolate reluciente, pero que había acabado destiñéndose hasta adquirir un tono castaño apagado. Estaba escribiendo mensajes y no levantó la mirada. El cubo de la basura estaba lleno hasta arriba, con un pañal para adultos en la cima, y la habitación olía a mierda. Las moscas zumbaban alrededor de la basura y de la tarta de limón que esperaba sobre la mesa.

—Te cambio un vaso de whisky por un trozo de tarta.

—Hecho.

Kellaway rebuscó en el armario de la cocina y dio con unas cuantas tazas de café. Le sirvió un par de centímetros de whisky a Mary y le puso la taza al lado. Cuando se inclinó hacia delante, vio que ella le estaba enviando una serie de corazones a alguien.

—¿Dónde está la furgoneta? —preguntó.

—Se la han llevado.

—¿Qué quieres decir?

—Llevábamos seis meses sin pagar las letras.

—¿Y el cheque del departamento de veteranos?

—Lo gastó en otras necesidades.

—¿Qué otras necesidades?

—Ahora mismo está ahí fuera disparando una de ellas. —El arma empezó a sonar otra vez. Los dos escucharon hasta que cesaron los tiros—. Prefiere usar el dedo con ese gatillo antes que conmigo.

—Preciosa imagen, Mary, gracias por metérmela en la cabeza.

—Bueno, quizá si vendiera un par de armas ahora tendríamos ventanas en el salón, en vez de agujeros en las paredes. Estaría bien. Vivir en una casa con ventanas.

Kellaway cortó dos pedazos de tarta. Mientras lo hacía, se asomó para echar otro vistazo al móvil. Ella no levantó la mirada, aunque le dio la vuelta al aparato para que no viera la pantalla.

—Jim ya se ha tomado un pedazo esta mañana. No necesita otro.

—¿No?

—Tiene sobrepeso y diabetes, y tampoco tenía que haberse comido el primer trozo.

Parecía cansada, tenía oscuras ojeras.

—¿Cómo te las apañas para salir sin la furgoneta? —le preguntó él.

—Tengo amigos del trabajo a los que no les importa echarme una mano.

—¿Amigos como ese con el que estás chateando?

—¿Qué tal le va a tu hijo? ¿Se ha acostumbrado a ver a su padre en las visitas supervisadas por el tribunal? Seguro que es muy raro para los dos. Como las visitas familiares a la cárcel.

Kellaway puso un trozo de tarta en un plato para Jim y otro trozo en un

plato para él, y salió con las tazas bajo un brazo y el whisky bajo el otro.

Puso en equilibrio uno de los platos en la rodilla izquierda de Jim y le quitó la pistola. Kellaway empezó a meter balas en el cargador mientras Jim se comía la tarta con los dedos. Ya en el ejército, Jim era un tío grande, pero en los viejos tiempos el volumen se le acumulaba en el pecho y los hombros. Ahora lo llevaba alrededor de la cintura, y su cara gorda y redonda parecía acanalada, salpicada de pequeños hoyuelos.

Al fondo del patio había una valla de madera astillada y torcida con dianas pinchadas a todo lo largo: una versión zombi de Barack Obama, una versión zombi de Osama bin Laden y una fotografía ampliada de Dick Cheney. En política, a Jim Herst le gustaba repartir su desprecio por igual entre todos los partidos.

—¿Te la has comprado para ti? —preguntó Kellaway mientras sopesaba el arma—. Parece una pistola de agua. ¿Qué le pasa a la culata?

—¿Por qué no la pruebas antes de criticarla?

La pistola era tan pequeña que casi le desaparecía dentro de la mano. Kellaway la levantó, se asomó a la mira y vio un punto verde flotando sobre la frente de Barack Obama.

—¿Desde cuándo te gusta esta mierda de James Bond?

—Siempre me ha gustado la mierda de James Bond. Miras láser, balas incendiarias... Estoy deseando que llegue un futuro con armas inteligentes, si la NRA no la caga. Quiero una pistola que sepa mi nombre y cómo me gusta el café. Y ¿quién no?

—Yo —respondió Kellaway, y disparó. Le metió una bala en el ojo izquierdo a Obama, una en la frente y otra en el cuello; después disparó otra a la boca del bin Laden zombi y dos al marcapasos de Dick Cheney—. Prefiero mil veces a Bruce Willis antes que a Roger Moore. No quiero una pistola con rayo láser y tener acento británico. Quiero una pistola que hable como yo y parezca fabricada para abrir agujeros en autobuses escolares.

—¿Y para qué quieres disparar a un autobús escolar?

—Si conocieras a los hijos de mi vecino, lo entenderías.

Cambió la pistola por una taza de whisky y se lo bebió de un trago. Sabía a vainilla dulce y bajaba como el queroseno, le quemaba las paredes de la garganta y conseguía que se sintiera como un explosivo a la espera de que alguien tirara del pasador.

—Mary está de mal humor —dijo.

—Mary siempre está de mal humor —repuso Jim mientras espantaba la neblina del aire, entre parpadeos de sus ojos rojos y toses débiles. Kellaway se preguntó si era sólo por el humo o se estaba resfriando—. Se largó el sábado por la noche, y mi bolsa de los meados estaba tan llena que se reventó un tubo y me empapó los pantalones.

—¿No puedes cambiarte la bolsa de los meados tú solo? —preguntó Kellaway sin demasiada compasión.

—Se me olvida comprobarlo. Mary lo hace siempre. Pero había salido para emborracharse en el TGI Fridays con sus amigas. Les gusta salir el fin de semana y soltar mierda sobre sus maridos. Supongo que Mary tiene más mierda que soltar que las demás. Puede que sus amigas le cuenten que no follan lo suficiente, pero ninguno de sus maridos necesita un dispositivo hidráulico para que se le ponga dura treinta segundos. —Volvió a cargar el arma con aire metódico—. Estaba allí sentado, encharcado en orina, y ella llega a casa y se pone a quejarse del dinero, de que le han rechazado la tarjeta de crédito. Como si no se me hubieran meado encima lo suficiente.

—Ya. Me lo estaba contando dentro. Quiere que vendas algunas de tus armas.

—Como si fueran a darme algo por ellas. Todo el mundo vende armas por Internet. Son más baratas que el acero del que están hechas.

—¿Tienes algo de lo que te quieras deshacer? Algo que no me avergüence como americano que soy, no una de esas pistolas que hay que disparar con el meñique tieso, como si fuera una taza de té y estuvieras tomando bollitos con la reina.

Jim levantó la taza de whisky y la dejó bajo los labios, sin beber.

—Si quieres sentirte como un pistolero, tengo una SuperMag calibre .44 que abriría agujeros del tamaño de coles en el desafortunado blanco que elijas.

—Puede que algo más pequeño.

Jim le dio un buen trago al whisky y dejó escapar una tos de perro dentro del puño.

—Tengo unas cuantas cosas. Supongo que podríamos hablarlo. Si te llevaras una de las armas más viejas por unos pavos, me quitarías a Mary de encima.

—Jim, no superaría una comprobación de antecedentes. Tengo esa orden de alejamiento encima. La zorra que contrató mi mujer me destrozó en el juicio.

—Oye, ni me lo contaste ni te lo pregunté. No pienso comprobar tus antecedentes. No me dedico a la venta de armas, no me meteré en un lío. Puede que tú sí, pero yo no.

Jim tocó el mando del reposabrazos derecho de la silla de ruedas. La silla se giró con un zumbido de los servomotores. Después se paró y le echó una mirada funesta, casi beligerante, a Kellaway.

—Pero, si te vendo un arma, tienes que prometerme algo.

—¿Sí? ¿El qué?

—Que si alguna vez decides liarte a pegar tiros por ahí, empieces conmigo —le pidió Jim Hirst.

3 de julio de 2013

9:38 h

Rog le envió un mensaje para preguntar si podía pasarse por el trabajo media hora antes de abrir. Becki le respondió: «Yo tb te necesito. MUCHO». Pero él no contestó.

En el coche se puso un pintalabios pálido que le dejaba un brillo escarchado, como si alguien se le hubiese corrido en la boca. Se recolocó la rebeca de modo que el encaje de arriba del sujetador negro y esmeralda le asomara un poco, y después de pensárselo un momento se metió la mano por debajo de la falda y se quitó las bragas. Las dejó en la guantera, al lado del regalo que llevaba allí desde Navidad.

El centro comercial Miracle Falls guardaba silencio a aquellas horas, no había apenas nadie, casi todas las tiendas estaban cerradas y las persianas de acero tapaban las entradas principales. Aunque la persiana de Boost Yer Game estaba subida, los dos tíos que tenían turno de mañana estaban haciendo el tonto, tirando de tres puntos a la canasta del centro de la tienda. Sus gritos de

felicidad y los chirridos de sus deportivas retumbaban por el pasillo hasta el patio central.

Becki no vio a nadie más durante el resto del camino hasta Devotion Diamonds, salvo a Kellaway, el poli del centro comercial; aunque, claro, no era un poli de verdad. Rog decía que los polis de verdad no lo querían, que se había metido en una mierda muy fea en Irak, en plan Abu Ghraib, y lo habían echado sin contemplaciones. Rog decía que Kellaway seguía a los críos negros que entraban en el centro comercial mientras acariciaba su enorme linterna, como si buscara un motivo para reventarle la cabeza a alguien. Becki y Kellaway iban en la misma dirección, pero ella se rezagó unos pasos para que él la adelantara y subiera por las escaleras centrales. Tenía unos extraños ojos incoloros que resultaban inquietantes porque parecían ciegos. Eran del tono del agua muy fría sobre una piedra muy pálida.

Devotion Diamonds se encontraba en lo alto de las escaleras, y las puertas de Plexiglas estaban entornadas. Se puso de lado para meterse entre ellas.

La zona de expositores siempre le había oído a dinero, como el interior de un coche nuevo. Todavía no habían sacado las joyas, que seguían guardadas bajo llave en sus cajones.

Cuando se cerraba, la puerta del despacho se camuflaba con el falso revestimiento de cerezo del fondo de la tienda, pero en aquel momento estaba algo abierta y se veía el cubo de luz fluorescente del interior.

La empujó para abrirla del todo. Rog estaba detrás del escritorio, vestido con una camisa amarilla y una corbata ancha de punto marrón. Fumaba, lo que le sorprendió. Nunca lo había visto fumar por la mañana. La gran ventana del fondo estaba abierta, seguramente para ventilar el olor del cigarrillo, lo que no dejaba de tener su gracia: en realidad entraba más humo del que salía, ya que la bruma del incendio de Ocala proporcionaba al aire una textura casi sólida. Rog escribió algo en su iMac plateado, pulsó una tecla y giró la silla de cuero para mirarla. Lanzó el cigarrillo por la ventana abierta sin tan siquiera mirar dónde caía. Sus gestos eran espasmódicos, abruptos, muy impropios de él, y eso la puso nerviosa.

—Hola, guapa.

—¿Qué pasa?

Que la hubiera llamado «guapa» le inquietaba más todavía. Así la llamaba antes de que empezaran a follar. También llamaba así a las otras chicas que

trabajaban para él, era un término cariñoso, familiar.

Él se pellizcó el puente de la nariz.

—Que una de las amigas de mi mujer le ha dicho que mire tu cuenta de Instagram.

Ella notó que se le revolvía el estómago, aunque procuró que no se le notara en la cara.

—¿Sí? ¿Y qué? No salimos juntos en ninguna foto.

—Hay una foto tuya en mi barco.

—No se puede saber que es tu barco.

Entornó los ojos e intentó recordar lo que había en la foto. Era un *selfie* en el que salía sonriendo al móvil con un *appletini* en una mano, una bebida que iba a juego con el top verde lima de su bikini. El pie de foto decía algo así como: «¡Hasta que vayamos al sur de Francia, el único sitio en el que puedo tomar el sol desnuda es el yate de mi bae! LOL».

—Podría ser el yate de cualquiera —añadió.

—¿Crees que mi mujer no reconoce mi barco cuando lo ve?

—Bueno... Pues dile que te lo pedí prestado. Que estaba con mi novio. —Apoyó las manos en el borde de la mesa y usó los brazos para juntar los pechos mientras se inclinaba para besarlo—. Ni siquiera sería mentira —le susurró.

Él retrocedió en la silla para ponerse fuera de su alcance.

—Ya le he contado otra historia.

Ella se enderezó y se abrazó.

—¿Qué le has contado?

—Que te llevaste las llaves de mi escritorio sin pedirme permiso. Que te lo llevarías para correrte una juerga. Me preguntó si te iba a despedir. Le dije que no estarías cuando abriéramos. —Empujó una cajita de cartón hacia ella. Becki no la había visto hasta que él la tocó—. Tenía algunas cosas tuyas en mi coche. Y tú tenías algunos artículos personales en tu casillero. Creo que ahí está todo.

—Bueno, joder, supongo que habrá que ir con más cuidado. Es una mierda que me despidas, eso sí. Ya tenía planes para mis próximos cheques. También es una mierda que tu primer instinto fuera mentir a tu mujer para hacerme parecer una zorra.

—Guapa, no me arrepiento de nada. De nada. Pero lo haré si seguimos juntos.

Allí estaba, claro como el agua.

Le dio otro empujoncito a la caja.

—También hay algo más para ti ahí dentro. Una muestra de mi aprecio.

Becki retiró una solapa y sacó una cajita de terciopelo negro que estaba encima del revoltijo. En ella había una pulsera de plata con la forma de un pentagrama en una partitura, con una nota sol de diamantes falsos engarzada. Una baratija que no habían logrado vender.

—Eras la música de mis días, niña.

Aquello también sonaba barato. Una frase cursi para una tarjeta de pésame.

Dejó caer la cajita de terciopelo negro en el escritorio.

—No quiero esa mierda. ¿Qué te crees que haces?

—Ya sabes lo que hago. No me lo pongas más difícil. Bastante me está costando.

—¿Cómo puedes elegirla a ella en vez de a mí? —A Becki le costaba respirar. La habitación apestaba a triste fogata de campamento, el hedor del incendio de Ocala, y era imposible respirar bien—. ¡Pero si la odias! Me dijiste que no soportabas su voz. Te pasas el día entero intentando evitarla. Además, ¿qué puedes perder? Me dijiste que tenías un prenupcial. —Caer en aquello le parecía muy adulto, sobre todo lo de llamarlo «prenupcial».

—Y lo tengo. Bueno, ella lo tiene. Becki, estas tiendas son todas tuyas. Si se larga, no me quedaría ni la camisa que llevo puesta. Creía que lo entendías. —Miró la hora en su reloj—. Va a llamarme dentro de diez minutos para ver cómo ha ido. Además, tengo que abrir. Será mejor que repasemos las normas: no intentes reunirme conmigo; no vuelvas por la tienda; te enviaré por correo el último cheque; no me mandes mensajes.

A ella se le formó un nudo en la garganta; fue por la eficiencia cortante, casi impersonal con la que hablaba. Como si discutiera la política de la tienda con un empleado nuevo.

—Esto es una gilipollez —respondió—. ¿De verdad piensas que puedes cortar así conmigo? Estas como una puta cabra si crees que vas a tirarme como un condón usado.

—Eh, tranquila.

—Como un objeto en el que te has corrido y que ya no necesitas ver más.

—No hagas esto. Guapa...

—No vuelvas a llamarme así.

—Becki. —Entrelazó los dedos y se miró con cansancio el recipiente que formaban las palmas de las manos—. Las cosas se acaban. Quédate con lo bueno.

—Y vete a la mierda. Con mi asquerosa pulsera de saldo.

—¡Baja la voz! —ladró él—. A saber quién anda por ahí. Anne Malamud, de Bath & Body Works, es amiga de mi mujer. Personalmente, creo que Anne es la que le ha dicho que mire tu Instagram. Debe de habernos visto juntos, enrollándonos en el Lamborghini o algo así. A saber qué le habrá dicho Anne a mi mujer.

—A saber qué le podría decir yo.

—¿Qué quieres decir?

—Sería una buena lección, ¿no?

Lo que quería decir era que, si su mujer se enteraba de lo suyo, no habría motivo alguno para romper. Si había que decidir entre el coño de cuarenta y ocho años de su esposa y el suyo, tenía una idea bastante aproximada de cuál elegiría Rog.

—No sigas por ahí.

—¿Por qué?

—Porque quiero que acabemos bien, como amigos. Estoy intentando protegernos a los dos. Si vas a verla con una historia sobre nuestra aventura, pensará que eres una empleada que quiere vengarse porque la han pillado.

—Yo no te robé el barco, gilipollas. ¿De verdad crees que se va a tragar ese rollo si habla conmigo?

—Lo que creo es que se tragaría que saliste de aquí con unos pendientes de diamantes de ochocientos dólares, puesto que usaste tu tarjeta para sacarlos de la tienda en diciembre y nunca regresaron.

—¿De qué coño hablas? Jamás he robado unos pendientes de ochocientos dólares.

—Navidades. El hotel.

—¿El hotel?

No lo entendía... Hasta que lo hizo: recordó la noche que le había regalado la pistola de culata de marfil, la noche en que se había envuelto en joyas por valor de casi medio millón de dólares, sólo para él.

—Cuando saqué toda esa mercancía de la tienda para jugar, usé tu tarjeta de seguridad, no la mía. Supongo que se nos perdieron los pendientes cuando limpiamos la habitación. Un error inocente. Estábamos los dos bastante pasados. El caso es que desaparecieron después de que tú los sacaras.

Tardó un momento en asimilar aquella idea y todo lo que implicaba.

—Ya en diciembre sabías que ibas a romper conmigo —dijo en voz baja, incrédula, más para ella que para él—. Hace medio año. Ya sabías que ibas a darme la patada, así que tramaste un plan para que pareciera una ladrona. Planeaste este chantaje de mierda hace medio año.

No se tragaba ni por un segundo que aquellos pendientes se hubieran quedado en el hotel por un descuido. No eran un accidente, sino un seguro.

Él negó con la cabeza.

—No, guapa, y es terrible que lo pienses siquiera.

—¿Qué has hecho con ellos? ¿Con los pendientes?

—No sé qué ha pasado con ellos. De verdad que no. Lo único que sé es que no regresaron. Venga. Me sabe mal tener que decir todo esto. Mi matrimonio es más viejo que tú, y no voy a permitir que una cría histérica y vengativa me destruya la vida sólo porque quiere algo que no puede tener.

Estaba helada, temblaba, tenía tanto frío que no le habría sorprendido ver su aliento convertido en una nube de vaho.

—No puedes hacerle esto a nadie. No está bien.

Él se echó atrás en la silla, se giró un poco, estiró las piernas y cruzó los tobillos. Por primera vez, Becki se fijó en que tenía una barriguilla cervecera, un rollo de grasa que le colgaba sobre el cinturón.

—Quiero que te vayas a casa, niña. Estás enfadada. Necesitas pasar un tiempo a solas para sentir lo que tengas que sentir. Te lo creas o no, yo también lo lamento. No eres la única que ha perdido algo.

—¿Qué has perdido tú? No has perdido nada. Tienes lo mismo que has tenido siempre.

—No te tengo a ti. Esa es la pérdida que lamento. —Entornó los párpados y la miró a través de las pestañas—. Vete. Sé buena. No intentes ponerte en

contacto conmigo y, por amor de Dios, no intentes ponerte en contacto con mi mujer. No seas estúpida. Sólo quiero lo mejor para los dos.

—¿Que tú lo lamentas? ¿Que tú lamentas mi puta pérdida?

—Te lo creas o no, así es. Me pone malo que no podamos romper con un ánimo más... positivo.

Becki se estremeció. Pasaba de sentirse febril a temer congelarse. Estaba convencida de que iba a vomitar.

—No lamento tu pérdida —dijo—. Ni nadie más lo hará.

Él la miró con curiosidad, con el ceño fruncido, pero ella no añadió nada más. No se dio cuenta de que retrocedía hasta que se golpeó la cadera contra el borde de la puerta abierta. El impacto la giró un poco, apartándola de él, y ella permitió el movimiento, se giró del todo y se metió en la tienda. No corrió. Caminó muy rígida, sin doblar las piernas, sin prisa.

Estuvo unos treinta minutos fuera.

10:03 h

Becki no lloró.

Se pasó un buen rato agarrada al volante con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos, a pesar de que no iba a ninguna parte. Se limitó a quedarse allí sentada, en el aparcamiento, contemplando el juego de puertas de Plexiglas negro que conducían al centro comercial. En algunos momentos, la rabia parecía presionarle todo el cuerpo, como si fuera una astronauta experimentando la gravedad de un mundo más grande, más denso, más terrible. Se sentía aplastada; alguien la exprimía para dejarla sin aire.

Cuando salía del trabajo, Rog solía hacerlo por aquel lado del centro. Si lo veía en ese momento, si atravesaba las relucientes puertas negras con ojos entornados para protegerse del sol de la mañana, pensaba arrancar el coche, pisar el acelerador y abalanzarse sobre él con su pequeño VW. La idea de atropellarlo (del golpe, el chillido, el crujido de los neumáticos al pasarle por encima) le emocionó, y eso la ayudó a plantar cara a esa cruel gravedad alienígena.

Había estando follándosela varios meses mientras le daba vueltas a cómo librarse de ella. Se le había corrido en la cara, en el pelo, y ella había fingido

que le gustaba, había batido las pestañas y había ronroneado, y de repente se dio cuenta de que él la consideraba un ser lamentable e infantil, y tenía razón. Le entraron ganas de gritar hasta quedarse ronca. La gravedad se multiplicó por dos. Por tres. Le aplastaba los órganos.

La enfurecía lo sencillo que le había resultado pisotearla, apabullarla. La había arrinconado con una eficiencia metódica. Lo más probable era que en aquel instante estuviera al teléfono con su mujer para contarle el cuento de su enfrentamiento con ella, de lo difícil que le había resultado despedirla mientras la chica suplicaba, lloraba y ponía excusas. Su esposa estaría consolándolo, como si él fuera el que había sufrido una experiencia horrible. No estaba bien.

—No. Está. Bien —dijo entre dientes mientras pisaba sin darse cuenta el acelerador para enfatizar cada palabra. El coche no estaba en marcha, pero ella pisó el pedal de todos modos—. No. Está. Bien.

Necesitaba algo para tranquilizarse, así que abrió la guantera, rebuscó en ella y dio con una botella de cocaína de Putumayo, una sustancia de la mejor calidad que Rog había adquirido en Colombia, cuando fue a comprar esmeraldas. La coca le entró en el cerebro como una bala.

Becki localizó sus bragas de encaje negro arrugadas en la guantera abierta. Verlas le resultó algo humillante, así que las recuperó para ponérselas. Se habían enredado en la culata de su pistola de Navidad, y con ella salieron. La .357 estaba metida en su pistolera del muslo con las correas y las hebillas, aunque nunca se la había puesto para ir a ninguna parte.

Verla fue como respirar hondo. La cogió, la sostuvo en las manos y se quedó inmóvil.

De niña, durante los días anteriores a Navidad, a veces cogía su globo de nieve favorito (el que tenía un pequeño estanque y gente con ropa del siglo xix patinando entre la purpurina) y giraba la llave de la base para escuchar la música del villancico mientras se contaba historias sobre la gente que vivía bajo el cristal.

De repente se encontró haciendo lo mismo, salvo que con la pistola, en vez de con un globo de nieve. Se quedó mirando el cañón de plata grabada y se imaginó entrando en Devotion Diamonds con él. En su imaginación, Rog seguía en el despacho, al teléfono con su mujer, y no se daba cuenta de que ella entraba en la tienda. Becki flotaba hasta el teléfono del rincón de encargos

a medida y levantaba el auricular.

—¿Señora Lewis? —decía en un tono de voz muy agradable—. Hola, soy Becki. Sólo quería que supiera que lo que le ha contado Roger sobre mí es falso. No quiere que sepa que estaba follando conmigo. Me dijo que si intentaba contarle a usted la verdad sobre nosotros, lo arreglaría para que pareciera que le había robado cosas de la tienda y conseguiría que me detuvieran. Pero sé que no sobreviviría ni un día en la cárcel, ni siquiera una noche, y me revuelve el estómago haber cometido el pecado de adulterio con él. Nunca podré compensárselo, pero me disculpo. Lo siento mucho, señora Lewis. No sabe usted hasta qué punto.

Y entonces se pegaba un tiro allí mismo, en la tienda, al lado del teléfono. Eso le pasaría factura a Rog. Lo dejaría con un cadáver y sangre por toda la moqueta blanca afelpada.

O puede que entrara en su despacho, se pegara el cañón a la sien y apretara el gatillo delante de él. Quería oírlo gritar antes de hacerlo. Ella llevaba casi media hora gritando la palabra «¡no!» dentro de su cabeza. Ahora le tocaba a él. Creía que si lo oía gritar una única vez («¡No!») casi habría merecido la pena volarse la tapa de los sesos. Necesitaba ver el horror en su rostro, necesitaba que supiera que no lo controlaba todo.

Aunque, si de verdad quería verlo horrorizarse, mejor sería apuntarlo a él con la pistola. A su polla. Ver si suplicaba como había suplicado ella. U obligarlo a enviarle un mensaje a su mujer con la verdad. Obligarlo a comerse diez mil dólares en diamantes. Obligarlo a escribir un correo electrónico a todo el personal de Devotion Diamonds para disculparse personalmente por haber deshonrado a su mujer y a Dios al tirarse a una empleada de veintiún años. Las posibilidades le daban vueltas en la cabeza como relucientes copos blancos en un globo de nieve, como relucientes copos diamantinos de cocaína de Putumayo.

En cierto momento se volvió a meter las bragas. Entonces se sintió menos sucia. El sol ya se había alzado sobre los árboles, así que en el coche hacía calor, y de pronto tuvo que salir al aire del exterior. Se llevó la pistola consigo.

La brumosa claridad de última hora de la mañana le provocó dolor de cabeza. Volvió a asomarse al coche para sacar sus baratas gafas de sol de color rosa. Mejor. Así también ocultaría los ojos inyectados en sangre. No

sabía bien qué iba a hacer, pero sí que quería tener buen aspecto al entrar. Se metió otra vez en el coche, recogió el pañuelo de flores que llevaba al campo de tiro y se envolvió con él el pelo para apartárselo de la cara. Después se levantó la falda y se abrochó la pistolera en el muslo.

Todavía era temprano y no había demasiado bullicio en el centro comercial. Algunas personas paseaban entre las tiendas. Los tacones de Becki restallaban en el mármol como disparos. Con cada paso que daba sentía que dejaba atrás todo pensamiento, toda ansiedad.

Subió las escaleras del patio central por segunda vez aquella mañana. Estaba a medio camino cuando la pistolera se le empezó a resbalar por la pierna. Apenas fue consciente de que sucedía hasta que, de repente, le cayó sobre la rodilla. Tiró de ella hacia arriba con torpeza, sin frenar. No miraba por dónde iba, así que le dio con el hombro a un tío que pasó junto a ella al bajar las escaleras. Era el chaval negro y delgaducho que trabajaba en el Boost Yer Game, cargado con un par de cafés helados. Ella no lo miró a los ojos ni volvió la vista atrás mientras se recolocaba la pistolera. Le dio la sensación de que el chico se paraba para observarla.

No sentía ninguna emoción. Era un ser de cristal, tan inanimado como uno de los patinadores de su viejo globo de nieve. Así que se sorprendió cuando, al llegar a lo alto de las escaleras, se le torció el tobillo y se tambaleó: no se había percatado de que le temblaban las piernas. Un gordo de pelo rizado salió de ninguna parte para sujetarla por el hombro y evitar que cayera. Llevaba un taco de desayuno en la mano libre. Los huevos revueltos se le derramaron y se esparcieron por el suelo.

—¿Está bien? —le preguntó a Becki. Era un chaval con la cara redonda llena de granos, vestido con un polo de rayas que le quedaba estrecho y se le pegaba a las tetillas. Olía a salsa picante y virginidad.

—Suéltame, coño —le dijo ella mientras se zafaba de su blanda mano. El contacto con otra persona le resultaba horrible.

El chico se apartó de un salto, y ella siguió su camino, taconeando, pero la pistolera se le había vuelto a deslizar hasta la rodilla, la muy puta. No se había apretado lo suficiente las correas. Becki dejó escapar una palabrota, tiró de las hebillas, se arrancó la pistolera y se apretó todo el amasijo contra la barriga. Si alguien la veía, pensaría que era un bolso.

Devotion Diamonds era un laberinto de expositores de cristal o, más bien,

ataúdes a prueba de balas en los que se desplegaban con mucho arte las pulseras, los anillos, las cruces y los medallones. Rog estaba en la esquina del fondo, en el centro de encargos a medida, en plena transacción con una guapa señora de piel oscura que lucía una capa o un vestido de color gris paloma y uno de aquellos pañuelos para la cabeza que llevaban las árabes. Hijab, así se llamaba. Becki se sentía vagamente orgullosa por saberlo. No era tan ignorante como Rog se creía.

Rog anotaba el pedido de la musulmana con aire sereno, y el tono amable y alentador que empleaba cuando alguien estaba a punto de darle dinero. Había dejado abierta la puerta camuflada que daba al despacho trasero, y Becki fue hacia allí con las manos abajo y la pistola oculta por la altura de los expositores. Miró a Rog a los ojos por el camino y le hizo un gesto para que la siguiera.

El hombre apretó la mandíbula. La musulmana notó el cambio de expresión y miró a su alrededor. Becki se percató de que llevaba un bebé en una BabyBjörn pegada al pecho. La criatura estaba de cara a su madre y dormía protegida por un gorro de rayas azules. La madre tenía unas enormes pestañas sobre sus ojos oscuros y era muy guapa. Becki se preguntó si se habría probado algo y si Rog le habría asegurado que estaba inmaculada.

Pasó junto a ambos, entró en el despacho y entrecerró la puerta. Temblaba por culpa de la adrenalina. No se le había ocurrido pensar que habría más gente. La ventana que daba al aparcamiento trasero seguía abierta de par en par, así que se fue hacia ella con la esperanza de que otra bocanada de aire del exterior la calmase.

Desde donde estaba ahora podía ver lo que había en la pantalla del iMac de Rog; se quedó inmóvil. Dejó las gafas de sol en el escritorio y parpadeó, sin dejar de mirar la pantalla.

—Un momento, señora —decía Rog a su cliente en aquel tono sereno, aunque Becki lo conocía lo suficiente para distinguir las prisas mal disimuladas que bullían bajo la superficie—. Enseguida vuelvo con usted.

—¿Hay algún problema?

—No, en absoluto. En un segundo lo tendremos todo anotado. Gracias. Muchas gracias.

Becki lo oyó murmurar, pero apenas se dio cuenta. No era más que ruido de fondo, como el susurro de las rejillas del aire acondicionado.

En el gran iMac había un programa de mensajería abierto. Rog había estado intercambiando mensajes con alguien llamado Bo. El más reciente era una foto de Becki de rodillas, con unas impecables bragas plateadas, la boca abierta, el aire en la cara, inclinada hacia delante para recibir una polla. Bajo la imagen estaba el mensaje más reciente de Rog: «Por lo menos siempre me quedará esto para recordarla. Además, le ENCANTABA que se la metiera por el culo. Ni siquiera se lo tuve que preguntar. En la segunda cita».

Y la respuesta de Bo: «Joder, tío, te odio. ¿Por qué a mí nunca me pasan cosas buenas?».

Al entrar en el despacho, la vio mirando el ordenador y se desinfló.

—Vale, lo reconozco, eso ha sido una falta de consideración. No debería haberle enseñado esa foto a nadie. Estaba deprimido e intentaba animarme siendo cruel y desagradable. Sí, tengo sentimientos, ¿qué hago? ¿Me pego un tiro?

Becki prorrumpió en carcajadas.

10:37 h

Cuando oyó el primer disparo, Kellaway derramó el café. No reaccionó al segundo tiro, se limitó a quedarse plantado en medio de la zona de restauración con la cabeza ladeada, escuchando. Las celebraciones del Día de la Independencia habían terminado hacía muy poco, así que se le ocurrió que podría tratarse de unos críos jodiendo la marrana con los petardos. Se había abrasado la puta mano, pero no se movió para analizar bien el ruido. Cuando la pistola disparó por tercera vez, lanzó el vaso a la papelera. No acertó (el recipiente se estrelló contra el borde y reventó), aunque no se quedó para ver salir el café volando por los aires. Para entonces ya corría, medio agachado, hacia el origen del ruido.

Pasó corriendo por delante de Spencer Gifts, Sunglass Hut y Lids, y vio a unas cuantas mujeres con sus críos agachadas detrás de las columnas y los expositores; el corazón le latía en los oídos. Todo el mundo sabía lo que había que hacer, lo habían visto en la tele: tirarse al suelo y prepararse para huir si veían al tirador. El walkie-talkie de Kellaway cobró vida con un estrépito de ruidos, voces asustadas y acoples.

—¿Qué es eso, chicos? ¿Chicos? ¿Chicos? ¿Sabe alguien...?

—¡Mierda! ¡Son disparos! ¡Eso son disparos! ¡La hostia!

—Estoy en Sears... ¿Lo cerramos? ¿Puede decirme alguien si estamos en cierre de emergencia o si tengo que enviar a la gente a las salidas? ¿O...?

—¿Señor Kellaway? Señor Kellaway, soy Ed Dowling. ¿Cuál es su situación? Repito, ¿cuál es su...?

Kellaway apagó el walkie.

Un veinteañero gordo, un crío que se parecía al actor Jonah Hill, estaba tirado bocabajo en el reluciente suelo de piedra, justo a la entrada de Devotion Diamonds. Oyó a Kellaway acercarse, miró atrás y empezó a gesticular con la mano como diciendo: «¡Al suelo, al suelo!». Llevaba un rollito o un burrito en la otra mano.

El vigilante hincó una rodilla en el suelo y pensó que debía de tratarse de un atraco a mano armada. Se imaginaba a unos hombres con pasamontañas y mazos destrozando las vitrinas y sacando las joyas a puñados. Se llevó la mano derecha a la pesada arma que llevaba en el tobillo izquierdo.

El crío gordo intentaba recuperar el aliento, le costaba hablar. Agitó una mano en dirección a la tienda.

—Dime lo que sabes —le susurró Kellaway—. ¿Quién hay dentro?

—Tiradora musulmana. Y el propietario, está muerto, creo.

Al vigilante también le faltaba el aliento y respiraba deprisa. Así que se trataba de la puta Al Qaeda. Creía haber dejado en Irak los velos negros y los terroristas suicidas, pero allí estaban otra vez. Se levantó la pernera del pantalón y soltó la Ruger Federal que Jim Hirst le había vendido por ciento veinte pavos. Tiró de ella para sacarla de la tobillera; su peso le reconfortó.

Corrió hasta una columna de espejos a la entrada de la tienda, se pegó a ella tanto que el vaho empañó el cristal. Después se asomó muy deprisa. Los expositores dividían la tienda en pasillos en zigzag. La puerta camuflada que daba al despacho privado del fondo estaba abierta. El globo teñido de negro del techo ocultaba la cámara que vigilaba el interior. No se trataba de una de las cámaras del centro comercial, puesto que esas únicamente monitorizaban las zonas comunes, sino de la seguridad privada del Devotion Diamonds. Kellaway no veía a nadie en la tienda, ni un alma.

Avanzó, se puso a cuatro patas y así entró en el local. El aire olía a pólvora. Entonces oyó un movimiento a su derecha, en la esquina, cerca del rincón de pedidos a medida. Como no tenía un buen ángulo desde donde

estaba, siguió hasta el final de una de las vitrinas con forma de zeta. La puerta abierta del despacho estaba a un metro. Era el momento. Quizá el último que tuviera. Cerró los ojos. Pensó en su hijo, pensó en George, y lo vio con claridad, abrazado a un pingüino de peluche que después le ofrecía a su papá para que le diera un beso.

Abrió los ojos y se puso en pie para lanzarse contra la pared que estaba a un lado de la puerta. Alzó el arma y pivotó para cubrir el mostrador de los pedidos. La mujer se levantó a la vez, una musulmana pequeña, casi élfica, con el hijab, la túnica y una bomba amarrada al pecho a reventar de explosivos; llevaba un detonador plateado en la mano. Le metió una bala en el centro de masas. En cuanto lo hizo, se dio cuenta de que también había agujereado el chaleco con los explosivos. Esperó la chispa y el fogonazo, salir volando en una restallido de luz. Sin embargo, no detonó. La mujer cayó. La bala la había atravesado y se había empotrado en el espejo que tenía detrás, que quedó astillado como una tela de araña roja.

Algo sonó en el despacho, a su izquierda. Vio movimiento por el rabillo del ojo, miró y vio a otra mujer. También llevaba un hijab, aunque este era bonito, con flores, de una tela fina. La terrorista llevaba una pistola plateada con unas filigranas muy elegantes. Era blanca, pero eso no le sorprendía: se les daba bien usar Internet para convertir a chicas blancas en soldados de Alá.

Había un cadáver en el suelo, entre los dos, a sus pies: Roger Lewis, el dueño del local. Estaba bocabajo y tenía la camisa empapada de sangre. Daba la impresión de haberse derrumbado sobre el escritorio, quizá se hubiera agarrado a su gran iMac para no caer, pero después se había desplomado y rodado hasta acabar con la cara contra el suelo. Había estado a punto de llevarse con él el ordenador. El enorme monitor plateado estaba en precario equilibrio en la esquina de atrás y podía caer en cualquier momento.

Tenía a la conversa tan cerca que podría haberla agarrado con una mano. Se le habían soltado unos mechones rubios del pañuelo de la cabeza. Uno de ellos se le había pegado a la mejilla, que estaba húmeda y enrojecida. Lo miró con la boca abierta y después miró a la habitación de al lado, aunque desde donde estaba no veía el cadáver del mostrador.

—Tu compañera ha caído —le dijo él—. Baja el arma.

—No debería haber hecho eso —respondió ella con toda la calma del mundo.

Su pistola se disparó con un crujido, un estallido y un relampagazo. Él le devolvió el disparo por instinto y le voló la mayor parte del pulmón derecho, que se le desparramó por el escritorio.

Kellaway notó un cosquilleo en el cuero cabelludo. El cañón de la .357 de la mujer todavía apuntaba al suelo. Si él había recibido un tiro, no lo notaba, al menos por el momento. Ella lo miraba con cara de pasmo. Cuando intentó hablar, borboteó la sangre. La mano derecha empezó a levantarse con el arma, pero él le agarró la mano y le quitó la pistola, y entonces fue cuando vio que el iMac se había volcado y caído al suelo. Volvió a repetirse mentalmente la secuencia de sonidos y el estallido de luz, pero apartó la idea antes de que se formara por completo. No. Había oído un tiro. Estaba seguro de que había sido un tiro y no el ruido de un ordenador al estrellarse contra el suelo. Incluso recordaba que la bala le había pasado tan cerca que creía haber visto ondularse la tela de su camisa.

La conversa se desplomó. Estuvo a punto de dar un paso para frenarla, pero en el último momento la apartó con el brazo izquierdo para que no se le cayera encima. Ya no era una persona, sino una prueba. Se derrumbó encima de Roger Lewis y se quedó quieta.

A Kellaway le pitaban los oídos, no sabía por qué. El mundo se dilataba y ganaba luminosidad a su alrededor, y por un momento se le ocurrió la ridícula idea de que iba a desmayarse.

La pólvora había teñido el aire de azul. Salió del despacho de espaldas para alejarse de la pila de cadáveres.

Vio a la otra radical bocarriba, mirando al techo, todavía aferrada al detonador de la bomba. Dio un paso más hacia ella para apartarle el botón de la mano con el pie. ¿Qué clase de explosivos se habría metido en el chaleco, que parecía una especie de BabyBjörn modificada?

Entonces, Kellaway se fijó en unos puñitos oscuros diminutos aferrados al vestido de la terrorista, pero al principio no le encontró sentido a la imagen. Después observó el detonador de la mano derecha de la mujer y vio que se trataba de un abrecartas de plata con un ópalo en el mango, en vez de un botón negro. Frunció el ceño. Miró de nuevo el chaleco explosivo. El gorro que cubría la cabeza del bebé se había soltado. Veía un par de centímetros de cuero cabelludo cubierto de una suave pelusa morena.

—Me cago en la leche, tío —dijo una voz a su derecha.

Miró hacia allí y vio al chaval gordo que se parecía a Jonah Hill. Se había colocado detrás de Kellaway, había entrado sin más, todavía con el burrito en la mano. Contempló los cadáveres amontonados en el despacho y después a la mujer muerta con su bebé muerto.

—¿Por qué le has disparado? —preguntó el crío gordo—. Estaba escondida, tío.

—Te pregunté quién había en la tienda. Me dijiste que una tiradora musulmana.

—¡No, tío! Me preguntaste quién había dentro y respondí: «Tiradora, musulmana y el propietario». Hostia puta. ¡Creía que ibas a salvarla, no a agujerearla como un demente!

—No la he agujereado yo —respondió Kellaway en un tono opaco y plomizo—. La puta loca del despacho la mató. ¿Lo entiendes? No he sido yo, ha sido ella. Dime que lo entiendes.

El chaval gordo se rio, no sin algo de histeria. No lo entendía. No lo entendía en absoluto. Agitó una mano para señalar la pared de espejo en la que se había empotrado la bala tras atravesar a la mujer árabe y a su bebé. Una red rosa plata de grietas partía del punto de impacto.

—Tío, te he visto disparar. Te he visto. Además, van a sacar la bala de la pared. Los forenses. —Meneó la cabeza—. Se te había ido la puta cabeza. Creía que ibas a detener una matanza, no a cometerla. ¡Has matado a más gente que ella! Dios, ¡menos mal que no me has metido un tiro a mí!

—Ah —dijo Kellaway.

—¿Qué?

—Pues ahora que lo mencionas...

El vigilante levantó la elegante arma de culata grabada.

10:59 h

Harbaugh fue el primero en subir por las escaleras, arrastrándose por ellas cargado con casi treinta kilos de chaleco de teflón negro. A medio camino pisó algo carnoso y oyó un grito: un crío negro delgado estaba tirado en las escaleras, y Harbaugh acababa de aplastarle la mano con el talón de la bota. Siguió avanzando sin disculparse. Cuando estabas en medio de un tiroteo, los

modales eran lo primero que se perdía.

Al llegar arriba, apoyó la espalda en una columna redonda de yeso y se asomó a la segunda planta. Era una puta estampa apocalíptica: ocho mil metros cuadrados de suelo de mármol pulido, bien iluminados, con tan sólo unas cuantas personas desperdigadas por allí, todas escondidas detrás de macetas o despatarradas bocabajo en el suelo. Como en aquella película en la que los muertos vivientes se apoderaban de un centro comercial. Por los altavoces se oía a Matchbox Twenty.

Harbaugh se puso en movimiento: corrió por el pasillo con los otros dos miembros de su equipo justo detrás de él, Slaughter y Velasquez. No apartó la vista de su mira en ningún momento. Entre ellos lo llamaban «momento Xbox», el de cazar y disparar.

Llegó hasta la pared de un lado de la entrada de la tienda y asomó la cabeza, protegida por un casco. No obstante, después del primer vistazo bajó el arma unos centímetros. Vio a un único vigilante de seguridad en una esquina, de cara a un espejo destrozado. El tío estaba en trance, conmocionado, y metía el dedo en el agujero de bala del centro del cristal. No llevaba ningún arma, aunque había un par de pistolas sobre uno de los expositores, a su lado.

—Eh —lo llamó Harbaugh en voz baja—. Policía.

El tipo pareció despertar, sacudió la cabeza y se alejó del espejo.

—Puede bajar el arma. Ya se ha acabado todo —le dijo al policía.

El poli del centro comercial era un cuarentón musculoso de grandes brazos, con un cuello ancho y fuerte, y corte de pelo a lo marine.

—¿Cuántas víctimas? —le preguntó Harbaugh.

—La tiradora está en el despacho, encima de una de las víctimas —respondió el vigilante—. Los dos están muertos. Aquí tengo a tres más. Uno es un bebé.

Aunque no se le rompió la voz con la última palabra, sí que tuvo que aclararse la garganta.

A Harbaugh se le soltaron un poco las tripas al oírlo. Él tenía un crío de nueve meses y no quería ver a un bebé con el cráneo reventado como un huevo rosa. Aun así, entró en la tienda; casi en silencio, puesto que la gruesa moqueta amortiguaba el ruido de las botas.

Un chaval gordo de unos veinte años estaba tirado sobre una de las

vitricas con un agujero de bala perfectamente ubicado entre los ojos. Tenía la boca abierta, como si pretendiera protestar. Harbaugh atisbó a una chica muerta con un pañuelo en la cabeza en el despacho, encima de un hombre blanco.

—¿Está herido? —le preguntó al vigilante, que negó con la cabeza.

—No... Pero... puede que necesite sentarme.

—Señor, debería salir de aquí. Mis colegas lo acompañarán al exterior.

—Preferiría quedarme un momento. Con la mujer. Quiero sentarme con ella un momento para decirle que lo siento.

El vigilante miraba a sus pies. Harbaugh miró más allá de sus tobillos y vio a una mujer con una túnica de color gris paloma que miraba sin ver el techo falso. El pequeño estaba metido dentro de una mochila portabebés, inmóvil, con el rostro contra el pecho de su madre.

El vigilante apoyó una mano en el mostrador y se agachó con cuidado para sentarse en la moqueta, al lado de la mujer. La tomó de la mano, le colocó los dedos sobre los nudillos, se los llevó a los labios y los besó.

—Esta mujer y su bebé no deberían estar muertos —dijo—. Vacilé, y esa zorra loca del despacho la mató. Los mató, a ella y al bebé. Un disparo. ¿Cómo voy a vivir con eso?

—La única culpable es la persona que apretó el gatillo —repuso Harbaugh—. Recuérdelo.

El poli del centro comercial se lo pensó y asintió con la cabeza, despacio, aunque sus ojos incoloros miraban al vacío.

—Lo intentaré.

11:11 h

El agente de la unidad de emergencias llamado Harbaugh ayudó a Kellaway a levantarse y le echó un brazo sobre los hombros para salir al pasillo. Dejaron atrás tanto las armas como a los muertos.

Harbaugh acompañó a Kellaway a un banco de acero inoxidable del vestíbulo y lo sentó en él. Un par de técnicos de emergencias pasaron junto a ellos con una camilla. El policía le dijo al vigilante que se quedara allí sentado y se alejó.

El lugar empezaba a llenarse de gente. Aparecieron los policías de uniforme. Kellaway vio a un grupo de críos indios (indios de la India, no indios americanos) de pie a unos diez metros de allí, y dos de ellos lo estaban grabando todo con los móviles. Alguien chilló que apartaran a los mirones. Un par de agentes se acercaron con un caballete.

Ed Dowling, del equipo de seguridad del centro comercial, apareció en un extremo del banco. Era un hombre de aspecto ridículo, como de cigüeña, con una nuez prominente e incapaz de mirar a nadie a los ojos.

—¿Está bien? —le preguntó mientras se miraba los pies.

—No —respondió Kellaway.

—¿Quiere agua? —preguntó Dowling—. Puedo traerle agua.

—Quiero estar solo un minuto.

—Ah, vale, sí, lo entiendo.

Empezó a alejarse arrastrando los pies, moviéndose de lado, como un hombre que camina por un saliente alto y estrecho.

—Espera, ayúdame, Edward. Creo que voy a vomitar y no quiero que salga en YouTube —le pidió, y señaló con la cabeza al grupo de quinceañeros hindúes o lo que fueran.

—Ah, sí, claro, señor Kellaway. Vamos al Lids. Tienen un váter en el almacén del fondo.

Cogió a Kellaway por el antebrazo y lo ayudó a levantarse.

Cruzaron al Lids, que estaba al lado del Devotion Diamonds, y pasaron por delante de las baldas llenas de gorras de béisbol. Una docena de Kellaways caminaba junto a ellos, reflejada en las paredes de espejos: un hombre grande y cansado con ojeras y sangre en la cadera del uniforme. No estaba seguro de cómo había llegado hasta allí. Dowling usó su llavero para abrir un espejo que también era la puerta del almacén. Justo antes de entrar, Kellaway oyó gritar a alguien.

—¡Eh! —los llamó un agente uniformado de rostro regordete y rosa. Al vigilante no dejaba de asombrarle que el cuerpo de policía aceptara a aquellos tipos blandengues con cuerpo de padre provinciano en baja forma, pero a él no—. Eh, esperad. Tiene que quedarse aquí. Es un testigo.

—Es un hombre a punto de vomitar —respondió Dowling con una firmeza que sorprendió a Kellaway—. No va a potar ahí fuera para que lo grabe un

grupo de imbéciles. Han estado a punto de matarlo por impedir un tiroteo. Lo más decente es que le den treinta segundos para recuperar la compostura. — Después le dio un empujoncito a Kellaway para que entrara en el almacén, se volvió y se quedó en el umbral con la intención, al parecer, de impedir físicamente que lo siguieran—. Adelante, señor Kellaway, tómese un momento.

—Gracias, Edward.

Había polvorientas estanterías de acero contra ambas paredes, y cajas en ellas. Un sofá mugriento, parchado con cinta adhesiva, ocupaba la esquina del fondo, al lado de un mostrador manchado con una máquina de café encima. Una puerta muy estrecha daba a un cuarto de baño sucio. Una cadena colgaba del tubo fluorescente que estaba encima del lavabo. Había un grafiti en la pared por encima del váter, aunque no lo leyó.

Cerró la puerta y corrió el pestillo. Hincó una rodilla en el suelo, rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó la bala de plomo deformada que había sacado de la pared de detrás del espejo roto. Había salido fácilmente después de trastear un poco con su pequeña herramienta multiusos. La tiró al váter.

Tenía su historia muy clara. Le contaría a la policía que había oído disparos y se había acercado a Devotion Diamonds para evaluar la situación. Había distinguido tres disparos, pero en su declaración diría que habían sido cuatro. Daba igual lo que dijeran los demás. Cuando la gente se deja llevar por el pánico, los detalles acaban por ser mutables. Tres disparos o cuatro... ¿Quién podía asegurar cuántos había oído?

Había entrado y había descubierto los cadáveres: la mujer musulmana, su bebé y Roger Lewis. Después se había encontrado con la tiradora y habían intercambiado unas palabras. Aunque ella había intentado dispararle, él se le había adelantado y disparado dos veces. El primer tiro la había alcanzado, no así el segundo. Pensarían que el tiro errado habría salido por la ventana abierta. Por último, el chaval gordo que se parecía a Jonah Hill había entrado en la tienda, y la tiradora, con su último aliento, le había metido una bala en su boba cara de gordo. En realidad, Kellaway había disparado el arma dos veces: una contra el chaval y otra por la ventana. Cuando los forenses echaran cuentas, los casquillos vacíos encajarían: tres para Lewis, uno para la mujer árabe y su bebé, y uno para el gordinflón.

Tiró de la cadena, que no funcionó. Frunció el ceño y probó de nuevo.

Nada. La bala seguía al fondo del váter como una mierdecilla aplastada.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Señor Kellaway? —preguntó una voz que no conocía—. ¿Se encuentra bien?

Él se aclaró la garganta.

—Un minuto.

Su mirada vagó hasta la pared y, por primera vez, leyó lo que habían garabateado con un rotulador: «El váter está jodido, use el baño público».

—Señor Kellaway, ahí fuera hay un técnico de emergencias que quiere examinarlo.

—No necesito asistencia médica.

—Ya, pero quiero echarle un vistazo de todos modos. Ha pasado por lo que se considera una experiencia traumática.

—Un minuto —repitió.

Kellaway se desabrochó el puño izquierdo y se subió la manga hasta el codo; después metió la mano en el agua, pescó la bala que había matado a Yasmin Haswar y a su hijo, Ibrahim, y la dejó en el suelo.

—Señor Kellaway, si puedo hacer algo por ayudarlo...

—No, gracias.

Levantó la pesada tapa de la cisterna del váter y la dejó sobre el asiento con mucho cuidado. Le chorreaba la mano izquierda. Recogió la bala y la hundió en el agua de la cisterna. Después levantó de nuevo la tapa y la volvió a colocar en su sitio. Ya tendría tiempo al cabo de un par de días (una semana, como mucho), de regresar para recuperar la bala y librarse de ella para siempre.

—Señor Kellaway —dijo la voz del otro lado de la puerta—, tiene que permitir que alguien le eche un vistazo. A mí me gustaría echarle un vistazo, por favor.

El vigilante abrió el grifo, se lavó y enjabonó las manos, y se echó agua en la cara. Fue a coger una toalla de papel, pero no quedaba ninguna en el dispensador. Como siempre, ¿no? Tampoco había papel higiénico. Cuando abrió la puerta, aún tenía la cara mojada y le goteaba el agua de las cejas y las pestañas.

El hombre del otro lado era unos treinta centímetros más bajo que él y

llevaba una gorra azul de béisbol en la que se leía: «Policía de St. Possenti». Su cabeza era un cilindro casi perfecto, un efecto exagerado por lo corto que llevaba el pálido pelo rubio. Su rostro era de un rojo lustroso, con la intensa quemadura solar típica de los hombres de ascendencia alemana que pasaban algún tiempo viviendo en los trópicos. Le brillaban los ojos con una mezcla de sentimiento e inspiración.

—Aquí estoy —dijo Kellaway—. ¿Qué quería ver?

El hombre de la gorra apretó los labios, abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla. Parecía a punto de llorar.

—Bueno, señor, mis dos nietos estaban en el centro comercial esta mañana, con su madre..., mi hija. Y todos siguen con vida, igual que otro buen puñado de personas. Así que supongo que sólo quería saber qué aspecto tiene un héroe.

Y tras aquellas palabras, el jefe de policía de St. Possenti, Jay Rickles, envolvió a Kellaway en un gran abrazo.

11:28 h

Lanternglass vio las luces, oyó el aullido de las sirenas y ya iba de camino al centro comercial antes de que Tim Chen la llamara para preguntarle si estaba ocupada.

—Estoy a punto de estarlo. Voy hacia allí en estos momentos.

—¿El centro comercial?

—Ajá. ¿Qué dicen en la radio de la poli?

—Disparos. Todas las unidades. Varios homicidios.

—Mierda —fue su meditada respuesta—. ¿Tiroteo?

—Parece que nos toca. ¿Cómo ha ido el incendio?

Lanternglass se había pasado la mañana subida a un helicóptero que zumbaba arriba y abajo siguiendo el incendio que asolaba el Bosque Nacional de Ocala. El humo era una sucia pared de nubes marrones que alcanzaba los tres kilómetros de altura y palpitaba con una febril luz ocre. Su acompañante era un oficial del Servicio de Parques Nacionales que tenía que gritar para hacerse oír por encima del constante golpeteo de las palas del rotor. Chillaba inquietantes trivialidades sobre los recortes estatales a los servicios de

emergencia, los recortes federales a los equipos de gestión de desastres y la buena suerte que habían tenido hasta entonces con el viento.

—¿Buena suerte? ¿Qué quiere decir con que hemos tenido «buena suerte» con el viento? —le había preguntado Lanternglass—. ¿No decía que estamos perdiendo cuatrocientas hectáreas al día?

—Sí, pero al menos sopla hacia el norte —respondió el hombre del Servicio de Parques—. Empuja el fuego hacia la maleza sin habitar. Si se desvía al este, podríamos tener el incendio en St. Possenti en cuestión de tres días.

De vuelta al presente, Lanternglass le decía a su editor:

—El incendio era un incendio. Caliente. Codicioso. Imposible de satisfacer.

—Caliente. Codicioso. Imposible de satisfacer —repitió Tim muy despacio, sopesando cada uno de aquellos calificativos—. ¿Cómo se satisface un incendio?

—Timmy, te lo he puesto en bandeja, por favor. Tendrías que haber respondido: «Suena a mi exmujer». Sígueme el rollo, hombre. Cuando te doy un pie perfecto como ese, tienes que aprovecharlo.

—No tengo exmujer. Estoy felizmente casado.

—Lo que resulta sorprendente, teniendo en cuenta que eres el hombre menos gracioso y más literal de todo el periodismo estadounidense. ¿Por qué se queda contigo?

—Bueno, supongo que los niños ejercen algo de presión para seguir juntos.

Aisha Lanternglass dejó escapar un zumbido, como si hubiera dado la respuesta incorrecta en un concurso de la tele.

—¡Error! Error. Inténtalo de nuevo, Timmy. Eres el hombre menos gracioso del periodismo estadounidense, así que ¿por qué se queda tu mujer contigo? Piénsalo detenidamente. Puede ser otro pie magistral.

—Porque... —Dejó la frase en el aire, vacilante.

—Puedes hacerlo. Sé que puedes hacerlo.

—¿Por mi enorme pene sin circuncidar?

Lanternglass lo vitoreó.

—¡Eso es! Mucho mejor. Sabía que eras capaz.

Para entonces ya había entrado en el aparcamiento del centro comercial y veía caballetes amarillos, ambulancias y media docena de coches de policía. Las luces estroboscópicas azules y plateadas seguían con su débil parpadeo, envueltas en aquel calor casi ecuatorial. No era del todo mediodía, pero ya tenía serias dudas de que fuera a llegar al Departamento de Parques y Jardines a tiempo de recoger a su hija del campamento de tenis.

—Tengo que dejarte, Tim. Hay que descubrir quién ha matado a quién.

Aparcó, salió y se metió entre la gente hasta llegar a la hilera de caballetes frente a la entrada del patio interior del centro comercial. Las furgonetas de la televisión ya estaban llegando; eran los tipos locales, los canales Cinco y Siete. Supuso que sólo habría tres o cuatro muertos, no los bastantes para captar la atención de las cadenas por cable nacionales. Al otro lado de los caballetes se desplegaba el típico caos del lugar del delito. Polis por todas partes. Los walkie-talkies pitaban y crepitaban.

No reconoció a ninguno de los agentes de uniforme, y al cabo de un rato se sentó a esperar en el capó de su Passat de doce años. El aparcamiento ardía, el calor se alzaba como una bruma del asfalto blando, así que no tardó nada en volver a levantarse porque las posaderas se le calentaban demasiado al contacto con el acero del coche. Toda clase de gente se había acercado para ver lo que sucedía, o quizá lo hubieran hecho para comprar y después se quedarán para averiguar a qué venía tanto lío. Un camión de perritos calientes estaba aparcado a distancia discreta, junto a una tienda de suministros para fiestas que había al otro lado de la carretera que rodeaba el centro.

La hija de ocho años de Lanternglass, Dorothy, se había hecho vegetariana tres semanas antes. No quería comer nada que hubiera albergado sentimientos. Su madre había hecho lo posible por seguirle la corriente, y habían comido pasta, macedonias y burritos de frijoles, pero el olor de los perritos calientes empezaba a despertar sentimientos en ella, y no precisamente de los empáticos.

Se dirigía a comprarse una comida de la que después se arrepentiría cuando pasó junto a unas chicas negras que se encontraban junto a un cochecito deportivo de color rosa chicle y oyó a una comentar:

—Okello lo vio en primera fila. Los técnicos de emergencias le están mirando la mano porque uno de los agentes especiales se la pisó. El tío le pasó por encima con la metralleta y todo.

Aquello era interesante, pero Aisha Lanternglass siguió adelante, no podía pegar la oreja sin que se dieran cuenta. El camión de los perritos se especializaba en fusión asiática, así que acabó con una salchicha tamaño extragrande envuelta en col, con salsa de ciruela. Así podía decirle a Dorothy que había comido col y fruta, y ni siquiera sería mentira... Simplemente se habría guardado algunos detalles.

Deambuló de vuelta a la aglomeración, aunque frenó y se detuvo para tragarse el perrito cerca del guardabarros trasero del automóvil rosa chicle, que en vez de matrícula de OHIO tenía matrícula de OOHYUM. Tres chicas que debían de haberse graduado del instituto en el pasado reciente y que vestían unos vaqueros tan ajustados que a ninguna le cabía el móvil en el bolsillo de atrás estaban dando vueltas frente al coche. Con un Audi como aquel, seguro que no eran del Negro y Azul. Lo más probable era que vivieran en los bulevares del norte de la ciudad, donde todas las casas tenían su caminito de conchas blancas machacadas y, casi todas, una fuente con una sirena de cobre dentro.

La chica que había hablado sobre el agente especial escribió algo en su móvil y después les dijo a las otras dos:

—Okello está esperando para ver si le dejan recoger sus cosas y ponerse la ropa de calle. No soporta ese uniforme del Boost Yer Game. Quitárselo es la mejor parte de su día.

—Creía que era la mejor parte de tu día —repuso otra de las chicas, y todas dejaron escapar unas risitas lujuriosas.

Lanternglass vio que las cámaras se agolpaban frente a uno de los caballetes como palomas que cargaban contra unas migas de pan recién esparcidas, así que tuvo que acercarse. Terminó su perrito a toda prisa y se metió entre los periodistas de la tele local. Era la única prensa escrita del grupo, la única que usaría el móvil para grabar lo que dijeran. Estaba acostumbrada. El *St. Possenti Digest* contaba con ocho personas a tiempo completo, y dos de ellas estaban en la sección de deportes; diez años atrás, eran treinta y dos empleados. Algunos días, Lanternglass llegaba a firmar cinco artículos.

El jefe Rickles salió del centro comercial seguido de un grupito de agentes uniformados y alguien de la oficina del fiscal del distrito, un latino delgado y guapo ataviado con un sombrero de vaquero. Rickles tenía cuerpo de boca de

incendios y no era mucho más alto que una. Su pelo rubio era tan claro que las cejas le desaparecían, camufladas contra su pálida piel germánica. Cruzó el pavimento, se acercó a las cámaras, se detuvo frente a ellas y se quitó la gorra de béisbol. Lanternglass había logrado colocarse casi sus narices, aunque él no parecía verla, sino que miraba a un punto perdido en el horizonte, más allá del hombro izquierdo de la periodista.

—Soy el jefe Jay Rickles, de la policía de St. Possenti, y voy a emitir un breve comunicado sobre el incidente ocurrido aquí en el día de hoy. Aproximadamente a las diez y media de esta mañana, poco después de la apertura del centro comercial, se oyeron disparos en la zona común de la planta superior y cuatro personas fallecieron en un tiroteo. Uno de los guardias de seguridad se presentó en el lugar del crimen y derribó a la persona responsable antes de que esta lograra llegar a la abarrotada zona de restauración. Hablo de una única persona porque, en estos momentos, no sabemos de la existencia de más. Se la declaró muerta en el lugar de los hechos a las once y dieciséis. El heroico individuo que eliminó la amenaza mientras se producía el tiroteo está en buen estado de salud, pero no se siente preparado para hacer una declaración en estos momentos. —Bajó la barbilla, se rascó el rosado cuero cabelludo, y Lanternglass, sorprendida, comprendió que el jefe intentaba reprimir la emoción. Cuando alzó la cabeza, había lágrimas de alegría en sus ojos azules—. Entrando en el terreno personal, dos de mis nietos estaban hoy en el centro comercial con su madre (mi hija) montados en los caballitos de la zona de restauración, a menos de trescientos metros del tiroteo. No eran más que tres de los muchos niños, madres y compradores que quizá sigan con vida gracias a la ayuda desinteresada del hombre que dio un paso al frente para detener la masacre antes de que fuera a más. He tenido la oportunidad de expresarle mi gratitud personalmente hace unos minutos. Seguro que no seré más que el primero de muchos. Ahora atenderé a algunas de sus preguntas.

Todos empezaron a gritar a la vez, incluida Lanternglass. El jefe de policía estaba justo delante de ella, pero siguió sin mirarla. No le sorprendía. La historia entre Rickles y Lanternglass era complicada.

—Ha dicho cuatro víctimas, además de la persona responsable. ¿Cuántos heridos? —chilló la mujer del Canal Cinco.

—Hay varias personas recibiendo tratamiento por la conmoción y heridas

leves, tanto aquí como en el hospital de St. Possenti.

Más gritos.

—No hay comentarios, por el momento. —Más gritos—. Todavía es pronto para saberlo.

A Lanternglass la empujaron de un lado a otro mientras los micrófonos le volaban por encima. Le daba la sensación de que Rickles pasaba de ella adrede, pero entonces le gritó algo que lo obligó a mover la cabeza hacia ella y clavarle su reluciente, graciosa y cariñosa mirada.

Lo que le había gritado era:

—¿Conocían las fuerzas de seguridad al presunto tirador? ¿Tenía antecedentes penales?

—Yo no he dicho que el responsable fuera un hombre —respondió él.

No sonreía, aunque le brillaban los ojos. Le gustaba soltar información inesperada delante de las cámaras. Y quizá también le había gustado pillar a Lanternglass dando algo por sentado sobre el culpable de un delito.

La multitud que la rodeaba se volvió tarumba. A los otros periodistas les encantó el detalle. Rickles retrocedió y alzó la mano con la palma hacia fuera para pedir paz mientras anunciaba que aquello era todo por el momento. Mientras se marchaba, alguien gritó para preguntar los nombres de sus nietos, y él se volvió para decir que se llamaban Merritt y Goldie. Alguien le preguntó si al menos podía confirmar la edad y el género del responsable, y él frunció el ceño y respondió:

—Vamos a concentrarnos en los fallecidos. Los medios deberían estar pensando en ellos y no en glorificar los actos de una persona enajenada para aumentar sus cuotas de audiencia.

Otro rugido; eso también les encantó. Todos los periodistas que conocía Lanternglass adoraban recibir unos azotes en público.

El jefe de policía empezaba a darles de nuevo la espalda. Lantern-glass medio esperaba que algo lo atrajera. A Rickles le entusiasmaba hacer declaraciones, disfrutaba de su papel de tipo ingenioso, regañón, moralista y pensador legal. En cierto modo le recordaba un poco a Donald Rumsfeld, gran aficionado a jugar con la prensa y soltar frases dignas de ser citadas. A la periodista se le ocurrió una idea un poco cruel: que era probable que Rickles se alegrara de que sus nietos hubieran estado en el lugar de los hechos porque así tenía la oportunidad de interpretar dos personajes a la vez, tanto el del

firme defensor de la ley como el del padre de familia aliviado y agradecido.

No obstante, a ella le daba igual que regresara y añadiera algo. No iba a informar de nada más que mereciera la pena; si respondía más preguntas, sería porque le convenía a él, no a los periodistas. Además..., un relámpago rosa le había llamado la atención por el rabillo del ojo. Cuando se puso de puntillas y estiró el cuello, vio a las chicas alejarse en el coche de color chicle, no en dirección a la autovía, sino hacia la parte de atrás del centro comercial.

Lanternglass las siguió.

14:11 h

La fachada nororiental del centro era una larga superficie de ladrillo de arenisca sin ventanas con unas puertas anodinas pintadas de marrón mate y unas plataformas de carga. Por aquel lado sólo entraban los empleados. El aparcamiento era estrecho y daba a una valla metálica de menos de medio metro de altura con malas hierbas descuidadas al otro lado. Aquella clase de lugares inquietaban a Lanternglass. Le recordaban al día en que había visto a un poli de veinticuatro años llamado Reb meterle seis balas en el cuerpo a Colson Withers.

Un par de coches patrulla delimitaban el aparcamiento, uno en cada extremo. La periodista frenó su vehículo cuando llegó a un policía grandote y barbilampiño con gafas de espejo. El hombre no se apartó de su camino hasta que ella se detuvo, y entonces rodeó el coche para acercarse a la ventanilla del lado del conductor y le hizo un gesto circular con una mano para que la bajara.

—Sólo familia de los empleados, señora. ¿Es usted familia?

—Sí, señor —mintió ella—. Mi hijo, Okello, trabaja en el Boost Yer Game. Estaba en el edificio cuando sucedió. Voy con esas chicas que acaba de dejar pasar.

Señaló al OOHYUM, que acababa de meterse en una plaza que estaba casi en el centro del aparcamiento.

Pero el hombre había dejado de prestarle atención en cuanto oyó el nombre; estaba gesticulando con la mano para que avanzara mientras se apartaba de su camino.

Cuando aparcó, las tres chicas ya habían salido desparramadas de su Audi

de color batido de fresa y la conductora estaba de puntillas para abrazar a un chico negro desgarrado. Entre los coches esperaba una pequeña multitud, empleados evacuados del edificio que se quedaban por allí, histéricos, contando y recontando sus historias de cómo habían escapado por los pelos. Quizá porque recordaba a Colson, tan a gusto en un escenario, el enjambre de mirones alterados y alegres le evocaba el ajetreo entre bambalinas después de una buena representación: una tragedia con mucha sangre, por ejemplo.

Aparcó y salió justo cuando el chico y su novia se separaban. Los interceptó cuando regresaban al coche rosa.

—¿Estabas ahí dentro cuando pasó? —le preguntó al chico sin más preámbulos, con el móvil listo para grabar—. Me encantaría oír tu historia.

El chaval frenó y una arruga mediatruda le frunció el entrecejo. No era simplemente negro, sino negro, negro, como una playa volcánica. La luz desaparecía en su interior. Guapo, por supuesto, aunque eso era un requisito indispensable para que te contrataran en Boost Yer Game. Juventud, salud y cultura negra era lo que más vendían... a una clientela en su mayoría blanca y de los barrios de las afueras. Todavía llevaba el uniforme de la tienda; al parecer, los polis no le habían permitido cambiarse.

—Sí, estaba allí. He sido la única persona que estaba cerca y no ha recibido un tiro. Sin contar al señor Kellaway.

Las tres chicas miraron a Lanternglass con una mezcla de cautela y curiosidad. La novia, que era la más guapa (nariz respingona, cuello esbelto y cabello alisado en un bob), preguntó:

—¿Por qué lo pregunta?

—Trabajo para el periódico, el *St. Possenti Digest*. Me encantaría saber cómo ha sido estar a tres pasos de una bala. La historia desde dentro. Cómo has logrado sobrevivir —respondió ella a la chica, aunque mirando al chaval.

—¿Mi foto en el periódico?

—Por supuesto. La gente te buscará para pedirte autógrafos.

Él sonrió, pero la novia dijo:

—Son cien dólares.

Y se puso delante de él como si pretendiera bloquear a la periodista para que no se acercara más.

—Si llevara cien dólares en el monedero, podría pagarme una niñera. Pero

no puedo, lo que significa que dentro de media hora tengo que salir corriendo para recoger a mi niña del campamento de verano municipal.

—Mierda —repuso la chica—. Si quiere conocer su historia, ya la verá en *Dateline*. Seguro que no les cuesta pagar mil pavos.

Lanternglass suponía que una muchacha con un Audi rosa nuevecito tendría un límite de crédito más alto que ella en la tarjeta. Le dio la impresión de que sacaba el tema del dinero como una pose, como una *performance* espontánea. Quizás el novio fuera del Negro y Azul, y la novia de los bulevares, y ahora intentara impresionarlo con sus modales callejeros.

—No estoy segura de que vaya a llamar *Dateline*. Por otro lado, si lo hacen, ¿no te gustaría que hablaran con tu novio en vez de con otra de las cien personas que estaban hoy en el centro comercial? La persona que cuenta la historia primero suele ser la única persona que consigue contarla. Además —añadió, mirando ahora fijamente a la novia—, me gustaría mucho hablar con los dos. Me gustaría escuchar qué sentiste al oír lo del tiroteo, sabiendo que tu novio estaba en el edificio, y si temiste no volver a verlo.

Eso la ablandó. Miró a su chico, Okello, que no había dicho nada de dinero y que observaba a Lanternglass con calma e interés.

—Le contaré lo que ha pasado —dijo—. No tiene que pagarme.

—¿Puedo grabarlo? —preguntó ella mientras señalaba el móvil.

Él asintió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, porque era un buen lugar para empezar, aunque ya conociera la respuesta.

—Okello Fisher. Como Othello, pero con una k.

En la mente de Aisha Lanternglass, Colson murió de nuevo. Moría tres o cuatro veces al día, incluso entonces. Bocabajo en un charco de sangre. De no haber muerto desangrado, se habría ahogado en ella.

—¿De dónde viene el nombre de Okello?

Él se encogió de hombros sin esfuerzo.

—Mi madre es muy fan de la historia africana. Me preparó una tarta de carisa cuando cumplí los diez años y me regaló un tambor tribal. Y yo, a ver, ¿qué tiene de malo la tarta de chocolate y una PlayStation?

A Lanternglass le gustaba aquel chico y sabía que le iba a dar unas cuantas citas de calidad. La chica se llamaba Sarah. Para contentar a todo el mundo,

también apuntó los nombres de las amigas: Katie y Madison. Nombres de barrio rico, los tres.

—¿Cuándo te diste cuenta de que algo iba mal?

—Pues cuando vi la pistola.

—¿Viste a la tiradora?

—El centro comercial acababa de abrir. Subí a la zona de restaurantes a pillar unos frappuccinos para Irving y para mí. Irving y yo teníamos el turno de mañana en el BYG. No sé por qué trabaja ahí, su familia tiene bastante pasta. Supongo que su madre quiere que experimente lo que es tener un trabajo. —La duda se paseó por sus enormes ojos sensibles y añadió—: Será mejor que no ponga que he dicho eso. Irving es buen tío. He cenado alguna vez en su casa.

—No publicaré nada que no quieras que publique.

—En fin, el caso es que en el BYG hay una canasta y jugamos un uno contra uno. El que pierde tiene que pagar un frappuccino al ganador, pero el ganador tiene que ir a por ellos.

—¿Cuándo fue la última vez que te tocó pagar a ti? —le preguntó la novia, Sarah, en tono bromista pero orgulloso.

—Irving es buen tío. Tengo que pagar de vez en cuando. Pero no se le da muy bien tirar desde la izquierda. Bueno... Sí, normalmente paga él y yo voy a comprarlos.

—Tampoco publicaré que has dicho eso —le prometió Lanternglass—. No quiero desvelar tu estrategia secreta.

Él sonrió otra vez, y a la periodista le cayó aún mejor. De nuevo pensó que era del Negro y Azul, no porque sonara a chico del barrio, sino porque no lo hacía. Hablaba sin esfuerzo, aunque construía sus frases con cuidado. Lanternglass conocía el impulso de elegir las palabras con precisión. Manaba de la certeza ansiosa de que un único error verbal te haría sonar como el camello de la esquina. Ella había estudiado periodismo en Inglaterra un año; allí había hecho algunas de las cosas que Colson no había podido hacer y, mientras estaba en el país, había leído un ensayo sobre el sistema de clases inglés. Los ingleses, según leyó, llevaban su origen marcado en la lengua. Sabías si alguien era pijo o escoria en cuanto abría la boca y hablaba. Ser negro en Estados Unidos era igual, sólo que peor: la gente decidía quién eras en cuanto decías hola, sólo por tu forma de decirlo.

Okello siguió hablando:

—Cuando volvía al Boost Yer Game, ella pasó por mi lado. Nos cruzamos en las escaleras grandes del patio central. Yo bajaba, ella subía. Tuve que mirarla dos veces porque estaba toqueteando algo que llevaba en el muslo. Al principio pensé que se tiraba de las medias. Pero era una pistolera. Una pistolera para el muslo. Se la quitó justo cuando pasé junto a ella. Y había estado llorando. Aunque llevaba gafas de sol, le vi las manchas de rímel bajo los ojos.

—¿Cómo la describirías?

—Menuda. Rubia. Muy guapa. Creo que se llamaba Becki. ¿O era Betty? No. Estoy bastante seguro de que era Becki.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Trabajaba en el Devotion Diamonds, el sitio en el que disparó. El centro comercial entero celebra un día en honor de los empleados la mañana del último sábado de cada mes, antes de abrir. Rog Lewis (el dueño de la tienda) le dio un premio una vez. La empleada del mes o algo así. Es el primero que ha caído. Al menos, creo que eso es lo que ha pasado. Lo oí gritar justo antes del primer disparo. Sé que está muerto. He visto que lo sacaban en una camilla.

—Retrocede. Pasó junto a ti por las escaleras. Tenía un arma. ¿Y después?

—Me volví para mirarla alejarse. Creo que incluso empecé a acercarme a ella. Para ver si estaba... ¡Ay!

Su novia le había dado un puñetazo en el hombro.

—Serás tonto. ¡Tenía una pistola, O. K.! —Le dio otro golpe.

Él se restregó el hombro y, cuando habló de nuevo, se dirigió tanto a Sarah como a Lanternglass:

—No la seguí muy de cerca. Al cabo de un momento empecé a pensar que debía ir a buscar a algún vigilante. Acababa de empezar a bajar otra vez los escalones cuando oí al señor Lewis gritar y después el tiro. Me tiré bocabajo en las escaleras y me quedé inmóvil. Entonces oír gritar al señor Kellaway (es el jefe de seguridad) y más disparos.

—¿Recuerdas cuántos?

Okello cerró un ojo y miró al cielo con el otro.

—Tres, al principio. Es cuando la chica mató a Roger Lewis. Un minuto o así después, otro disparo y un ruido como de algo al caer, y un quinto disparo.

Y unos cinco minutos después, dos más.

—¿Estás seguro de eso? ¿Cinco minutos enteros entre el quinto disparo y los dos últimos? En un incidente con mucho estrés resulta fácil perder la noción del tiempo.

Él negó con la cabeza.

—Ajá. Cuatro, cinco minutos. Lo sé porque estaba intercambiando mensajes con Sarah, así que veía la hora en el móvil.

Lanternglass asintió, aunque lo dudaba. Los testigos convertían sus recuerdos en historias con mucha facilidad, y las historias siempre son en parte invenciones, interpretaciones teatrales de hechos a medio recordar.

Okello se encogió de hombros otra vez más.

—Eso es todo. Me quedé allí quieto un par de minutos hasta que la policía cargó escaleras arriba con sus chalecos blindados y sus metralletas, lista para enfrentarse a ISIS. La única víctima fue mi mano. Uno de ellos me la pisó al subir corriendo. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. También puede omitir esa parte. Entraron a salvar vidas. Por lo que sabían, podrían haberse encontrado con una tormenta de balas. No quiero meterme con ellos. Los técnicos de emergencias le echaron un vistazo a mi mano mientras declaraba. No hay huesos rotos.

—Y has salido y estás O. K. —dijo Sarah, que se puso de puntillas para besarlo en la mejilla—. Y ni se te ocurra decirlo o te retuerzo un pezón.

Okello sonrió, sus labios encontraron los de ella y, a pesar de sus prejuicios iniciales, Lanternglass decidió que OOHYUM no estaba tan mal.

—¿Que no diga el qué? —le preguntó.

—Que él siempre está O. K. —respondió Sarah, con cara de exasperación—. Son sus estúpidos chistecitos de abuelo.

—En realidad estoy muy bien, mejor que nunca. Bueno, salvo por el bebé muerto, claro...

—¿El bebé?

El chico bajó la vista, y de repente parecía asustado y triste.

—Sí, señora. Ha muerto con su madre. Una mujer con hijab, su bebé, un tipo gordito y el señor Lewis. Esas son las cuatro víctimas, todos los que han muerto... sin contar a la asesina. Pero entonces me acuerdo de lo que ha ocurrido en otros sitios como Aurora o Columbine y me alegro de que no haya

sido peor. Seguro que los polis también se alegran de no haber tenido que disparar a nadie. —Entonces se rio, un ruido desgarrador, duro y nada alegre—. Y apuesto lo que sea a que el señor Kellaway se alegra de haberle metido por fin un tiro a alguien.

Lanternglass estaba pensando que debía terminar la entrevista, elegir un par de citas de las chicas aunque no pensara usarlas y largarse. Si no se iba pronto, llegaría tarde para recoger a la niña del campamento. Todavía recordaba con claridad su sensación de soledad y malestar cuando era pequeña y la última en irse a casa; se recordaba mirando por la ventana salpicada de lluvia de su clase de baile moderno mientras se preguntaba si alguien aparecería para recogerla. Aun así, no había forma de escapar de aquella última frase que le había llamado la atención para después acapararla por completo.

—¿A qué te refieres con que se alegrará de haberle metido por fin un tiro a alguien?

Okello perdió la sonrisa, casi voraz, que esbozaba.

—Bueno, será mejor que tampoco ponga eso.

Ella paró la grabadora.

—No publicaré nada que te pueda meter en problemas por aquí, Okello. Es que siento curiosidad. ¿De qué va lo de Kellaway?

El chico la miró con un súbito escalofrío en sus ojos color Misisipi.

—El viejo nazi cabrón me puso una pistola en el cuello cuando llevaba tres días en el trabajo.

—¿Que... qué?

—El señor Boston, el gerente de planta del Boost Yer Game, me preguntó si podía usar mi coche para llevar unos artículos a Daytona Beach. Me había puesto a hacer recados porque todavía no había llegado mi uniforme. —Se tiró de la estúpida camiseta dorada de béisbol en la que ponía «Boost Yer Game» y se veía una mano negra agarrada a un bate naranja en llamas—. Estaba aquí fuera metiendo las cajas en el maletero del coche cuando Kellaway me apareció por detrás y me apoyó el cañón de una pistola en el cuello. Y va y me dice: «La cárcel o el depósito: tú eliges. A mí me da igual».

—No me lo puedo creer —dijo Lanternglass, aunque sí que se lo creía, y por su tono lo dejaba bien claro.

Sarah tenía la mandíbula tensa, los labios convertidos en una fina línea, y

le apretaba con fuerza los dedos a su novio. Ya conocía la historia, resultaba evidente.

—Se lo juro con la mano en el corazón —insistió Okello, tocándose el pecho—. Sacó la radio y dijo que tenía a alguien llevándose unas cajas en la plataforma de carga detrás del Boost Yer Game. Incluso dijo que yo llevaba un cúter y una pistola. Pero, antes de que su oficina llamara a los polis, el señor Boston vio lo que sucedía y salió corriendo para asegurarme que yo era legal. Que era un empleado.

—¿Tenías una pistola?

—Tenía una pistola de cinta adhesiva. Para sellar un par de cajas. El mango me asomaba por el bolsillo de la sudadera. En lo del cúter sí acertó. Ese lo llevaba en el bolsillo trasero de los pantalones.

«El sospechoso se levantó y le vi algo brillante en la mano. Saltó. Creía que se abalanzaba sobre mí con un cuchillo, así que disparé mi arma para defenderme...». Eso era lo que había declarado el agente Mooney ante el gran jurado. Lanternglass había leído su intervención completa unos años atrás. Bastaba con algo de imaginación, un poco de pánico y muchos prejuicios para convertir un CD en un cuchillo o una pistola de cinta adhesiva en una .45.

—Tienes suerte de que no te disparara —dijo—. ¿Por qué no lo despidieron?

Okello esbozó una de sus medias sonrisas de estrella de cine, aunque ahora con un cinismo que le resultó deprimente.

—El señor Boston se pasó una hora con temblores. Estaba tan pálido como si tuviera gripe. Me dijo que iba a llamar al teléfono de quejas de la empresa que gestiona la seguridad del centro comercial, pero cuando lo intentó estaba desconectado. Les escribió un correo electrónico que el servidor le devolvió rebotado. Son una gran compañía del sur... ¿Falcon Security? Suministran vigilantes de seguridad a un montón de centros comerciales. Cabría esperar que fuese sencillo hablar con ellos. El señor Boston preguntó si quería ir a los polis para poner una denuncia, pero supuse que no serviría de nada, así que le dije que lo dejara.

—¿Por qué no dimitiste?

—Porque con mi cara bonita no me basta para pagar la universidad.

—¿Se disculpó Kellaway?

—Sí, allí mismo, y también al día siguiente, en su despacho. Me dio un

vale de veinticinco dólares válido en cualquier tienda del recinto.

—Joder. Qué amable por su parte. Veinticinco dólares, nada menos. ¿En qué te los gastaste?

—Todavía lo tengo —respondió Okello—. Voy a guardármelo hasta que alguien empiece a vender chalecos antibalas baratos en el centro comercial. Estoy dispuesto a comprarme uno.

17:15 h

Lanternglass estuvo viendo la conferencia de prensa en la tele con Dorothy.

Dorothy estaba de rodillas frente al televisor, a unos treinta centímetros de la pantalla, su lugar favorito. Era una niña negra de ocho años con un cuello muy largo, unas piernas kilométricas y una gorra rosa chillón con orejas de conejo. Estaba pasando por una fase de sombreros, tenía un cajón lleno. Sacarla de casa por las mañanas era una angustia diaria; podía tardar hasta veinte minutos en encontrar el sombrero perfecto.

—Me estoy perdiendo *Kim Possible* —dijo Dorothy; era su serie favorita del Disney Channel.

Las noticias locales acababan de conectar con una sala de juntas anónima con la promesa de que la policía de St. Possenti estaba a punto de hablar sobre el tiroteo en el centro comercial Miracle Falls y, quizás, identificar al heroico guardia de seguridad que había detenido a la asesina antes de que siguiera con la matanza.

—Mamá tiene que ver esto por trabajo —respondió Lanternglass desde la mesa de la cocina, donde tecleaba en su portátil dos mil palabras sobre el incendio de Ocala.

No le costaba nada meterse en el tema: se olía el humo allí mismo, en su sala de estar, a pesar de encontrarse a varios kilómetros del foco. ¿Estaría cambiando la dirección del viento?

—Quiero un trabajo en el que pueda ver la tele y montar en helicóptero.

—La próxima vez que veas al señor Chen, le preguntas si tiene algún puesto libre. En esta casa no nos vendría mal otro sueldo.

El padre de Dorothy no iba a sacarlas de pobres. Llevaba desaparecido

desde que nació la niña, ya que decidió que no iba a permitir que un bebé le jodiera la carrera musical. Lo último que sabía de él era que estaba en Nueva York, en Queens, donde tenía dos hijas de otra mujer, y que su carrera musical consistía en aporrear tubos de plástico en Times Square por los dólares que le dejaran en el sombrero.

Las cámaras disparaban sus *flashes*. Se oyó un murmullo como el del viento al agitar unos árboles cargados de hojas, el ruido de un público invisible que murmuraba y se acomodaba. El jefe Jay Rickles y el esbelto cubano de la oficina del fiscal del distrito se sentaron detrás de una mesa plegable equipada con micrófonos. Los seguía un tercer hombre con una sudadera holgada en la que se leía «SeaWorld» y se veía una orca en pleno salto. El tercer hombre era un cuarentón, un tipo con un bigote canoso y corte de pelo militar. Tenía el grueso cuello de un marine o un boxeador y manos grandes y huesudas, y miraba a las cámaras con unos extraños ojos incoloros que expresaban indiferencia.

El jefe Jay Rickles esperó a que todos se callaran y después esperó un poco más porque le gustaban los largos silencios teatrales. Dorothy se acercó un poco más al televisor.

—Estás demasiado cerca, ratita —le dijo Lanternglass.

—Me gusta pegarme a la pantalla para ver si alguien miente.

—Tu sombrero me tapa la vista.

Dorothy retrocedió un imperceptible centímetro.

—Hola y buenas tardes —empezó Rickles—. Soy el jefe de policía Jay Rickles y voy a iniciar esta comparecencia con una breve declaración en la que resumiré los sucesos de esta mañana en el centro comercial Miracle Falls. Aproximadamente a las diez y media de la mañana se produjo un tiroteo en Devotion Diamonds, que se encuentra en la planta de arriba. Ya hemos identificado a la responsable. Se trata de Rebeca Kolbert, de veinte años, residente de St. Possenti, que trabajaba de comercial en la tienda. Creemos que la señorita Kolbert entró en el establecimiento y que allí abrió fuego contra Roger Lewis, de cuarenta y siete años, gerente de la cadena de tiendas Devotion Diamonds; Yasmin Haswar, una cliente; y su bebé, Ibrahim. A continuación, Randall Kellaway, jefe de seguridad del centro comercial, empleado de la empresa Falcon Security y antiguo policía militar del ejército de los EE.UU., se enfrentó a la señorita Kolbert. —Tras aquellas palabras,

Rickles se inclinó hacia delante y lanzó una mirada de admiración hacia el hombretón de la sudadera, que también estaba a la mesa—. El señor Kellaway ordenó a la señorita Kolbert que soltara el arma. Aun así, ella alzó la pistola para volver a usarla, de modo que el señor Kellaway respondió con un disparo. Con la certeza de haberla matado, acudió junto a la señora Haswar para ofrecerle asistencia médica. Otro hombre, Robert Lutz, entró en la tienda para intentar ayudar y recibió un disparo de la señorita Kolbert. El señor Kellaway desarmó a la asesina. Poco después, los agentes de las fuerzas especiales y los servicios de emergencia llegaron al lugar de los hechos. La muerte de la señorita Kolbert se confirmó a las once y dieciséis de la mañana. —El jefe tenía las manos delante de él, con los dedos entrelazados, y el semblante sereno de un hombre que admira la puesta de sol sentado en su porche con una lata de cerveza—. Algunos de ustedes ya saben que mi hija y sus dos niñas estaban en el centro comercial en el momento de los hechos. No existe razón alguna para creer que corrieran peligro físico. Tampoco hay nada que nos confirme lo contrario. La señorita Kolbert acabó con varias vidas inocentes de manera indiscriminada, así que no podemos asegurar cuáles eran sus intenciones. Sin duda, estaba dispuesta a matar hasta exhalar su último aliento. No quiero pensar en lo que habría sucedido si el señor Kellaway no hubiera reaccionado con tanta rapidez y decisión. No les quepa duda: se trata de una tragedia incalificable. En cuestión de pocos minutos hemos perdido a un querido empresario local, a un testigo inocente que entró en la tienda en un acto de valerosa compasión, y a una madre y a su bebé. Su bebé. Un niño precioso que formaba parte de la comunidad de patriotas musulmanes de St. Possenti. Tardaremos días, semanas y meses en asimilar tanto dolor. Pero hoy hemos descubierto lo que pasa cuando una mala persona armada se enfrenta a una buena persona armada. Hoy, la gratitud contrarresta la tristeza, toleramos el sufrimiento gracias a nuestro orgullo. —Hizo una pausa, se inclinó hacia delante y miró al ayudante del fiscal—. ¿Señor Lopez? ¿Le gustaría añadir algo más?

—¿Por qué disparar a un bebé? —preguntó Dorothy—. ¿Eso pasó de verdad?

—Pasó de verdad, ratita —respondió Lanternglass.

—Creo que es una estupidez.

—Yo también.

En la tele, Lopez imitó el gesto de inclinarse hacia delante y dijo:

—La oficina del fiscal del distrito del condado de Flagler está usando todos sus recursos, incluidos nuestros dos investigadores a tiempo completo, para determinar el motivo que se esconde tras los atroces sucesos de hoy y su trágico resultado, y averiguar si la señorita Kolbert actuó sola o contaba con el apoyo de algún cómplice.

Siguió hablando durante otro medio minuto para recitar el discurso estándar: que si alguien podía ofrecer información que bla, bla, bla, que no se iban a presentar cargos por el momento, bla, bla, bla, técnicas forenses de última generación, y tal y cual. Cuando terminó, Rickles volvió a echarse hacia delante.

—¿Rand? ¿Le gustaría decir algo? —preguntó mientras se asomaba mesa abajo para mirar al hombretón de la sudadera de SeaWorld.

Una nueva ronda de *flashes* bombardeó la habitación.

Kellaway estaba sentado con las manos en el regazo y la cabeza gacha, con aspecto de estar turbado y algo atormentado. Se quedó pensativo un instante, y después se echó hacia delante y se acercó al micrófono.

—Si mi hijo me está viendo, sólo quiero que sepa que papá está bien.

La multitud allí congregada respondió con un suave arrullo que a Lanternglass le recordaba a las palomas.

—No es tan bueno como parece —afirmó Dorothy.

—Detuvo a una loca con una pistola.

—Pero también va a SeaWorld —repuso la niña, y señaló su sudadera—. Tienen prisioneras a las orcas en unos tanques diminutos. Es como si alguien te encerrara en un armario y te obligara a quedarte dentro todo el día. Nadie debería ir a SeaWorld.

—Sí —añadió Jay Rickles amablemente, casi temblando de placer—. Papá está bien. Papá está bien, amigos. Papá está perfectamente.

Un espasmo final de furiosos *flashes* de cámaras se apoderó de la sala. Con aquella luz parpadeante, casi cegadora, la pálida piel de Kellaway adquiriría un tono azulado, casi plomizo.

21:18 h

Seguían allí fuera: las furgonetas de las noticias y los equipos de televisión se agolpaban en la calle frente a su casa. Estaba sentado en la otomana del centro del salón, con el teléfono fijo en el regazo. La policía se había llevado su móvil. Veía las furgonetas a través de una rendija entre las cortinas, que había cerrado para tapar el ventanal. CNN. Fox. Tenía encendido el televisor, la única luz de la habitación, con el volumen apagado. Estaban emitiendo una y otra vez la misma grabación de Jay Rickles diciendo lo de la mala persona armada que se enfrenta a la buena persona armada.

El mismo Kellaway se sentía como una bala en una pistola, cargado y listo para disparar, para salir volando hacia un último impacto. Con todo el potencial de abrir un agujero en lo que todos creían saber de él. Cuando un arma se disparaba, la gente volvía la cabeza para mirar y a él también iban a mirarlo. A él, en vez de a través de él o por encima de él.

Imaginaba que sonaría el teléfono, y así fue. Levantó el auricular para llevárselo a la oreja.

Holly estaba sin aliento y hablaba en voz baja.

—Estás en casa. No estaba segura. Te he visto en la tele.

—Lo grabaron hace horas. ¿Lo estás viendo ahora?

—S-sí. Ahora mismo. ¿Estás bien? ¿Estás herido?

—No, amor —respondió a su mujer. Todavía era su mujer, incluso entonces. Al menos sobre el papel.

Ella contuvo el aliento.

—No deberías llamarme así.

—¿Amor?

—Sí. Ni siquiera deberías pensarlo.

—Lo habría estado pensando si me hubiera matado. Si esa mujer me hubiera disparado hoy, ese habría sido mi último pensamiento.

Otra respiración entrecortada. Estaba intentando no llorar. Lloraba con facilidad: con los finales de los telefilmes sobre la Navidad, con los anuncios contra la crueldad con los animales, cuando moría una estrella de cine. Siempre estaba envuelta en el vestido de terciopelo puro de sus emociones, una tela que se movía con cada paso que daba en el mundo y se pegaba a ella allá donde iba.

—No deberías haber entrado ahí. Deberías haber esperado a la policía. ¿Y

si te hubiera disparado? Tu hijo necesita un padre —le dijo ella.

—Tu abogada no opina lo mismo. A tu abogada le pareció perfecto que viera a George una vez al mes, con un acompañante para espiarme.

Su mujer se sorbió los mocos, y eso le dejó claro que ya sí que estaba llorando. Pasaron varios segundos antes de que pudiera volver a hablar, y cuando lo hizo la voz le temblaba de emoción.

—Mi abogada no sólo te mangoneó a ti. A mí también. Me amenazó con dejar mi caso si intentaba negociar contigo. Me hizo sentir estúpida cuando le dije que sabía que nunca nos harías daño, que nunca...

La hermana de Holly graznó en alguna parte, un sonido duro e ininteligible que le recordó a los adultos que hablaban en los dibujos de Charlie Brown. Holly no sabía defenderse sola. Las expectativas de los demás eran como un vendaval, y ella, como una hoja de periódico que volaba a un lado y otro bajo su influencia. Rand Kellaway pensaba que la hermana de Holly, Frances, era una lesbiana oculta, y que lo más probable era que su marido fuera un marica. El tío vestía camisas chillonas de colores sospechosos (mandarina, verde azulado) y le entusiasmaba ver el patinaje sobre hielo en la tele.

—¿Qué dice Frances? —preguntó.

Sintió que algo se le encendía dentro: una cerilla de la que brotaba una llama.

Pero Holly ya no lo escuchaba, sino que prestaba atención a su hermana.

—Sí —dijo, y se oyeron más graznidos—. ¡No! —Y de nuevo—: ¡No! —en tono de súplica, quejumbroso.

—Dile que se meta en sus asuntos —le pidió Kellaway. Notaba que Holly se le iba, se le escapaba, y eso le enloquecía—. No le hagas caso. Sea lo que sea lo que te esté diciendo, no importa.

Holly volvió al teléfono, aunque con voz aturullada, tartamudeante de emoción.

—G-George quiere hablar contigo, Rand. Voy a ponértelo. Fran dice que no puedo seguir hablando contigo.

Cuando vivían juntos, las reglas de Kellaway dejaban claro que Holly sólo podía hablar con Frances cuando él estaba presente, y era justo por esa razón. No le había permitido a su mujer tener móvil porque existía el peligro de que Frances le enviara mensajes de texto. Se había negado a que Holly se comprara uno, pero entonces la puta compañía para la que trabajaba le había

dado uno, había insistido en que lo llevara encima.

—Dile a esa zorra peluda que... —empezó, pero oyó un ruido en el teléfono y se puso su hijo.

—¡Papi! —exclamó el niño. Tenía la misma voz rápida, apasionada y excitable de su madre, el mismo deje dulce y suave—. ¡Papi, te he visto en la tele!

—Lo sé —respondió. Tuvo que emplear una enorme fuerza de voluntad para hablar con temple e insuflar algo de calidez en su voz—. Me he pasado toda la tarde en Telelandia, que es donde vive la gente de la tele. Lo más difícil es llegar allí. Tienen que encogerte hasta que eres muy, muy pequeño y cabes dentro del televisor.

George se rio. Era un sonido tan maravilloso que a Kellaway le dolía. Quería sentar a su hijo en su regazo y abrazarlo tan fuerte que gritara e intentara liberarse. Quería llevarse a George a la playa y que lo viera disparar a las botellas. George apretaría los puños y bailarían cada vez que acertara a una. Kellaway sería capaz de aplastar el mundo con tal de ver a George bailar.

—Eso no es verdad —dijo el crío.

—Sí que lo es. Primero te hacen muy, muy pequeñito y después te dan un billete y vas a Telelandia en la locomotora Thomas. Me senté al lado de uno de los Teletubbies.

—Mentira.

—Verdad. En serio.

—¿Cuál?

—El amarillo. Olía a mostaza.

George se rio otra vez.

—¡Mamá dice que has salvado a mucha gente! Dice que había una persona mala y que tú la mataste, ¡pum!, de un disparo. ¿Eso es lo que pasó?

—Eso es lo que pasó. Justo así.

—Vale. Eso es bueno. Me alegro de que dispararas a esa persona mala. — Los graznidos de fondo volvieron al ataque, Fran de nuevo. George la escuchó y dijo—: Tengo que comerme mi gofre y acostarme.

—Muy bien. Venga, vete. Te quiero, George.

—Yo también te quiero.

—Pon otra vez a tu madre.

—La tía Fran quiere hablar contigo.

Antes de poder responder, se oyeron más ruidos. Entonces, alguien nuevo se puso al otro lado de la línea. Hasta su respiración era desagradable: lenta, silenciosa y deliberada.

—Hola, Randy —lo saludó Frances—. Hay una orden judicial que dice que no puedes hablar con mi hermana.

—Me ha llamado ella —respondió él con paciencia—. No hay ninguna orden judicial que diga que no puedo responder al teléfono.

—Esa misma orden dice que no puedes tener armas.

—El arma estaba detrás del mostrador del restaurante vietnamita de la zona de restauración, y la pedí. Era del señor Nguyen. Y los polis no van a contar esa parte en las noticias, no para protegerme a mí, sino para protegerlo a él. Está aquí con un visado, y tener esa pistola podría meterlo en un buen lío con inmigración. Pero adelante, monta un pollo. Obliga a la policía a deportar a un tío que me dio el arma que necesitaba para evitar una masacre. Vas a ser una heroína. Quiero hablar con mi mujer.

Había inventado aquella mentira con mucho cuidado, y le daba la impresión de que Frances no lograría tumbársela con sus limitadas armas.

Y estaba en lo cierto: ni siquiera lo intentó. Decidió optar por el ataque más sencillo:

—Ya no es tu mujer.

—Lo es hasta que vea los papeles del divorcio.

Frances tomó aire. Se la imaginaba a la perfección, con las rendijas de sus fosas nasales estrechándose al final de aquella nariz larga y torcida. Sus rasgos eran los mismos de Holly, aunque sutilmente deformados, de modo que no poseía ni un ápice de la belleza de su hermana. Holly tenía una boca suave y dócil, y unos ojos que brillaban de emoción y rebosaban un deseo innato por agradar. Los ojos de Frances eran opacos y se veían cansados, y unas profundas arrugas le enmarcaban los labios. Holly era de abrazo fácil. Nadie le pediría un abrazo a Frances; seguro que las puntas de acero de sus duras tetitas dejaban moratones.

—A lo mejor estás pensando en usar esto para recuperarlos —añadió Frances—. Pero no va a pasar. No va a volver, ni tampoco él. No después de lo que les hiciste.

—Lo que he hecho hoy es salvar vidas. Lo que he hecho hoy es disparar a

una loca para evitar una masacre.

—Tendrás que disparar a otra loca si quieres acercarte a ellos. Porque vas a tener que matarme para llevártelos.

—Bueno, eso sería un punto extra, ¿no?

Y colgó.

No esperaba que volviera a llamar, pero el teléfono se estremeció en su mano un instante después, antes incluso de poder colgar el auricular. Frances no soportaba que otra persona tuviera la última palabra.

—Deja de mover ya la lengua, que después la necesitarás para comer coños —le soltó.

Se hizo un momento de silencio incómodo al otro lado del teléfono. Entonces, un joven dijo:

—¿Señor Kellaway? Me llamo Stanley Roth, soy productor de *Historias contadas*, de la NBC. Buf, no ha sido fácil conseguir su número. Porque estoy hablando con Randall Kellaway, ¿no?

Tardó un momento en recalibrar.

—Sí, veo su programa. Dedicaron un episodio a las sandías llenas de metanfetamina del condado de Orange, ¿no?

—Sí, efectivamente. La verdad es que es nuestro episodio más conocido. Además, le hemos puesto Sandía Dopada a nuestro equipo de *softball*. Ganamos a la gente de *20/20* el verano pasado y nos llevamos la liga, y espero volver a ganarles... con los datos de audiencia de este fin de semana. Seguro que están intentando ponerse en contacto con usted para invitarlo a su programa y que hable sobre lo que ha sucedido hoy. Me haría muy feliz conseguir hablar con usted primero.

Stanley Roth le había dejado caer encima un eufórico torrente de palabras, así que Kellaway tuvo que retroceder mentalmente para comprender que el tío le estaba haciendo una oferta.

—¿Quiere que salga en su programa?

—Sí, señor, eso es. Para que cuente su historia. La historia de la buena persona armada. Es usted Clint Eastwood, pero de verdad.

—Clint Eastwood es de verdad, ¿no?

—Sí, bueno... Sí. Pero a él le pagan para fingir ser lo que usted es de verdad: alguien que sabe defenderse. La gente se siente impotente la mayor

parte del tiempo, abrumada por las fuerzas que conspiran contra ellos. Necesitan estas historias como necesitan el comer. Son historias de gente que tomó la mejor decisión, la más valiente, cuando lo sencillo habría sido doblar la rodilla. Gente que marcó la puta diferencia. Espero que perdone mi lenguaje, señor, pero es que me altero con estas cosas.

—¿Tendría que desplazarme a Nueva York?

—No, lo haría desde ahí. Podemos alquilar un estudio local y grabar la entrevista a distancia. Por si ayuda a inclinar la balanza, añado que el jefe de policía Jay Rickles ya ha accedido a hablar con nosotros y se uniría a usted ante las cámaras. Ese tío lo adora. Creo que quiere adoptarlo. O casarlo con una de sus hijas. O puede que casarse él mismo con usted. El caso es que habla del señor Kellaway como mi hijo habla de Batman.

—Sería mejor que contara sólo con él. Parece saber lo que se hace cuando habla con la prensa. Yo no sé hablar en público. Nunca he salido en la tele.

—No tiene que haber hablado antes en público. Sólo tiene que ser usted mismo. No es nada, siempre que no piense en los tres millones de personas que lo estarán observando, pendientes de cada palabra que diga. Aun así, eso tiene que dar menos miedo que entrar en una tienda en la que hay una mujer matando gente indiscriminadamente.

—No daba miedo. No hubo tiempo para eso. Me agaché y me puse en movimiento.

—Perfecto. Dios mío. Eso es perfecto. Pues prepárese para agacharse de nuevo, porque las mujeres le van a lanzar las bragas a la cara.

—Estoy casado —repuso él, un poco picado—. Y tengo un hijo pequeño. Un niño maravilloso de seis años.

Tras una pausa respetuosa, Stan respondió:

—¿Pensó en si volvería a verlo?

—La verdad es que no. Pero aquí sigo. Sigo aquí y nunca lo dejaré marchar.

Estuvo otros veinte minutos al teléfono para lo que Stan llamaba «entrevista preliminar» y para que el productor le explicara cómo sería el debate. Lo grabarían la tarde del día diez y lo emitirían aquella misma noche.

«Las noticias se pasan de moda en un abrir y cerrar de ojos», dijo Stan unas cuantas veces. También le dio unos cuantos consejos para dar bien en cámara, aunque a Kellaway la información le entró por un oído y le salió por

el otro. Cuando colgó, lo único que recordaba era la orden de no comer moras porque las semillas se le meterían entre los dientes y daría la impresión de ser un tío que nunca se pasaba el hilo dental.

El teléfono sonó de nuevo en cuanto colgó. Creyó que sería otra vez Stan, que lo llamaba para alguna trivialidad urgente que se la había olvidado. O tal vez alguien de la ABC o la NBC que esperaba conseguir una entrevista para alguno de sus programas.

Pero ni era Stan ni era la CNN ni era Frances. Era Jim Hirst. La llamada se oía mal por la estática y su voz sonaba lejos, como si llamara desde la otra punta del mundo o, quizá, desde la otra cara de la luna.

—Mira quién se ha hecho famoso hoy —dijo Jim, y se le escapó una tos seca de perro.

—Más bien quién ha tenido suerte —contestó Kellaway—. Pensé que si alguien me iba a volar la cabeza sería con los putos marines, no en un centro comercial.

—Sí, bueno, parece que una zorra loca se buscó problemas en la tienda equivocada. Lo pagó caro, ¿eh? —Tosió otra vez. A Kellaway le dio la impresión de que estaba un poco borracho.

—¿Le has estado dando al whisky que te di?

—Sí. Puede que le haya dado un par de tragos. Brindo por ti, hermano. También me alegro de que tú estés vivo y ella esté muerta, y no al revés. Quiero darte un abrazo, tío. Si te hubiera matado, me habría matado a mí también, ¿sabes lo que te digo?

Kellaway no estaba acostumbrado a las emociones intensas, así que el picor de los ojos lo pilló por sorpresa.

—Ojalá valiera la mitad de lo que crees que valgo.

Cerró los ojos, aunque sólo un instante. Cuando lo hizo, vio a la mujer, Yasmin Haswar, saliendo de detrás del mostrador de cristal con los ojos muy abiertos y asustados, y se volvió y disparó de nuevo. Justo a través del bebé que llevaba pegado al pecho.

—No te subestimes. No te atrevas. Hoy has salvado un montonazo de vidas. Y has conseguido que me sienta orgulloso de ti. Que, por una vez, me alegre de haber sobrevivido y haber vuelto a casa. Te diré una cosa, tío: de pequeño no soñaba con pasarme cincuenta o sesenta años siendo una inútil carga para la sociedad. Pero hoy he estado pensando que a lo mejor no soy un

inútil total. Cuando mi mejor amigo, Rand Kellaway, me pidió una pistola... Bueno. Hoy no has entrado ahí con las manos vacías, y yo formo parte de ello. Es mi pequeño momento de gloria.

—Cierto. Me cubriste las espaldas esta tarde. Aunque nadie lo sepa nunca.

—Aunque nadie lo sepa nunca —repitió Jim.

—¿Estás bien? Pareces enfermo.

—Ah, es el puto humo. Esta noche lo tenemos encima de la casa. Me quema los ojos, tío. Dicen que el incendio sigue a tres kilómetros de distancia, pero apenas veo el final del pasillo.

—Deberías irte a dormir.

—Pronto, tío, pronto. Quiero quedarme despierto para ver las noticias en bucle otra vez. Así puedo brindar por ti de nuevo.

—Ponme con Mary. La voy a obligar a mandarte a la cama. No necesito más brindis. Lo que necesito es que te cuides. Ponme con ella.

Y la voz de Jim cambió, de repente se volvió taciturna y llorona:

—No puedo, tío. No está.

—¿Y dónde está?

—Ni puta idea. Seguro que la volveré a ver tarde o temprano, ¡porque se ha dejado todas sus cosas!

Y se rio... hasta que la risa se convirtió en la tos rota y seca de un hombre que se ahogaba en sangre tumbado en su lecho de muerte.

8 de julio

8:51 h

En primer lugar, Lanternglass fue a hablar con la familia Lutz. Cuando tenías un trabajo difícil, lo mejor era quitárselo de encima lo antes posible. Odiaba llamar a la familia de un fallecido. Se sentía como un cuervo que arranca las tripas de un animal atropellado.

La familia Lutz no aparecía en la guía de teléfonos, pero Bob Lutz, que había muerto con tan sólo veintitrés años, había sido profesor privado de piano para niños en el colegio de primaria Bush, según su página web. Resultó que el subdirector del colegio era un tal Brian Lutz. Lanternglass llamó al número de su oficina y le respondió una grabación que decía que comprobaría sus mensajes durante las vacaciones de verano, pero que si era urgente podían ponerse en contacto con él a través de su móvil, al que procedió a indicar.

Llamó desde la acera de enfrente de un Starbucks, en la misma calle en la que estaba el parque infantil Orgullo de Possenti, donde Dorothy asistía al campamento de tenis. Lanternglass tenía un café helado tan frío que se le puso la carne de gallina al darle el primer trago. Estaba demasiado nerviosa para beber café, no necesitaba la cafeína para espabilarse más. No tenía motivos para pensar que Brian Lutz respondería al teléfono, pero lo hizo, a la segunda llamada, como, por el motivo que fuera, ella suponía.

La periodista se presentó en un tono de voz tranquilo y amable, le dijo que trabajaba para el *St. Possenti Digest* y le preguntó cómo se encontraba.

El hombre tenía una voz profunda, de barítono, apenas rota.

—Hace dos días que dispararon a mi hermano en la cara, así que no demasiado bien. ¿Y usted?

No contestó, sino que le dijo que lo lamentaba mucho, que odiaba importunarle en aquella situación tan triste.

—Pero aquí está, importunando de todos modos —repuso él, y se rio.

Lanternglass quería contarle lo de Colson. Quería asegurarle que lo

entendía, que había estado en su misma situación. Los días posteriores a la muerte de Colson, los periodistas aparcaron frente a la casa de dos familias en la que Aisha vivía con su madre y esperaron a que salieran. Cuando la madre de Aisha, Grace, la llevó a clase a pie por la mañana, la prensa se arremolinó a su alrededor, agitando las grabadoras. Grace agarró la mano de su hija, clavó la mirada al frente y lo único que contestó fue un: «¡Nmm-nm!». Aquel sonido parecía decir: «No os veo y no os oigo, y mi hija tampoco». Ahora, Lanternglass sabía que su madre había estado muerta de miedo, que temía la atención, que temía que las examinaran demasiado de cerca. Grace había estado tres veces en la cárcel (de hecho, estaba embarazada de Aisha la segunda vez que cumplió condena en la cárcel del condado), así que temía que los periodistas publicaran algo que la llevara de vuelta entre rejas. Aisha, por su parte, quería que todos supieran lo que había sucedido de verdad. Creía que debía contarles a los periodistas cómo habían matado a Colson y que él NO HABÍA HECHO NADA más que llevarse un estúpido CD. Quería explicarles que Colson tenía que haber viajado a Londres para conocer a Jane Seymour y aparecer en *Hamlet*. Quería que el mundo entero lo supiese.

«¿No te basta con haberlo perdido? —le preguntó Grace—. ¿También quieres perderme a mí? ¿Quieres que me encierren otra vez? ¿Crees que la policía no va a venir a buscarnos si intentamos dejarlos en mal lugar?».

Al final, Aisha Lanternglass ni siquiera tuvo que contárselo al mundo, sólo limitarse a esperar quince años. El *St. Possenti Digest* había publicado la historia de Colson en cinco entregas a lo largo de una semana. Aquellas historias habían sido nominadas a un Pulitzer en periodismo local y por eso Lanternglass todavía tenía trabajo, mientras que casi todos los demás periodistas a tiempo completo del *Digest* habían acabado en la calle durante la recesión.

Pero no le contó a Brian Lutz lo de Colson porque tiempo atrás se había prometido no usar nunca su muerte para conseguir una historia. Incluso después de perder a alguien seguías manteniendo una relación con esa persona, una relación que había que cuidar igual que las relaciones con cualquier amigo o pariente vivo. Todavía quería a Colson y no tenía intención de abusar de él.

Así que respondió:

—Sólo quería preguntarle si su familia tenía alguna foto de Bob que

deseara compartir. No quiero contribuir a su sufrimiento, que ya es grande. Su hermano hizo algo muy especial, ¿sabe? Mucha gente habría corrido en dirección contraria, pero él entró en Devotion Diamonds para intentar ayudar a los demás. Me gustaría dejar constancia de su valentía cuando escriba sobre lo sucedido. También quiero respetar los sentimientos de su familia y hacer lo correcto, pero lo dejaré en paz ahora mismo si no quiere tratar con una periodista entrometida. No me pagan lo suficiente para aprovecharme del dolor emocional de una persona en pleno proceso de duelo.

El hombre guardó silencio un buen rato. Después se rio, un sonido roto y corrosivo.

—¿Que quiere dejar constancia de su valentía? Menudo chiste. Ni se lo imagina. Sólo conozco a otra persona más cobarde que Bob, y ese soy yo. Una vez, nuestro tío nos obligó a montar en una montaña rusa para bebés, un cacharro para críos pequeñitos en una feria del condado, cuando yo tenía trece años y Bob, ocho, y los dos nos pasamos toda la puta vuelta llorando. Había niños de cinco años en esa atracción que nos miraban con vergüenza ajena. No sé por qué coño entraría en esa tienda. No le pega en absoluto.

—Creía que había terminado el tiroteo —explicó Lanternglass.

—Tendría que haber estado pero que muy seguro, joder —repuso Brian Lutz, y cuando volvió a reírse sonó más a sollozo—. ¡Lloramos en aquella montañita rusa! ¡Incluso me meé un poco encima! Cuando bajamos, nuestro tío ni siquiera era capaz de mirarnos a la cara. Nos llevó directamente a casa. Le diré una cosa sobre mi hermano pequeño: se habría muerto antes que entrar en un sitio en el que supiera que podían matarlo. Se habría muerto, joder.

9:38 h

Lanternglass tenía dos correos electrónicos de parte de Alyona Le-wis, la mujer de Roger Lewis. El primero le llegó a través de su abogado a las 9:38. La periodista lo leyó en su escritorio, que se encontraba en la oficina diáfana del *Digest*.

«Hoy, Alyona Lewis llora la pérdida de su amado esposo tras veintiún años de matrimonio, Roger Lewis, asesinado en el brutal tiroteo del centro comercial Miracle Falls; Margot y Peter Lewis lloran la pérdida de su amado hijo; y St. Possenti llora la pérdida de un miembro de la comunidad que

destacaba por su energía, su buen humor y su generosidad».

El correo seguía así otras ochocientas palabras, todo formal y nada memorable. Alyona y Roger habían abierto su primera joyería en Miami, en 1994; asistían a la Iglesia Baptista del Siguiendo Nivel; eran propietarios de tres grifones de Bruselas; y donaban importantes cheques a Special Olympics. Las flores podían enviarse a la funeraria Lawrence. Se trataba de una declaración pública profesional y no había ninguna cita interesante que entresacar.

22:03 h

El segundo correo era de Alyona, media hora después de que Lanternglass se fuera a la cama, aunque siguiera despierta, tumbada bajo una sábana y mirando al techo. El móvil sonó, y ella se puso de lado para echar un vistazo. La dirección de correo personal de Alyona era Alyo_Lewis_Gems@aol.com, y su mensaje consistía en una única frase:

Seguro que se la estaba tirando.

Aquello tampoco iba a dar para una buena cita.

9 de julio

5:28 h

Rashid Haswar no tenía un número fijo en la guía telefónica; no tenía perfil ni en Twitter ni en Instagram; el Facebook de su mujer era privado. Trabajaba en la Flagler-Atlantic Natural Gas Corporation, en el departamento de contabilidad, pero la recepcionista se negó a darle a Lanternglass su número de móvil.

—Si quisiera hablar con usted, con cualquiera de ustedes, los de la prensa, la habría llamado —le dijo la mujer, indignada—. Pero no lo ha hecho porque

no quiere.

No obstante, Lanternglass tenía otra idea, así que el martes por la mañana despertó a Dorothy antes de que amaneciera y la llevó al coche. La niña todavía estaba medio dormida y con los ojos entornados cuando cruzaron el césped empapado de rocío de la entrada. Se quedó dormida otra vez dentro del coche, por el camino.

El Centro Islámico se encontraba en el Negro y Azul, en un edificio bajo y feo que estaba frente a una plaza comercial en la que había un Honey Dew Donuts, un fiador judicial y una zapatería de ocasión. Los últimos fieles estaban entrando para las oraciones de la mañana, las mujeres a través de una puerta en el lateral del edificio y los hombres a través de las puertas dobles de la fachada principal. Muchos de ellos eran hermanos de color con dashikis y kufis, aunque había algunos hombres de Oriente Medio entre ellos. Lanternglass aparcó en el Honey Dew y eligió unos asientos en la barra de la ventana para poder vigilar la calle. Dorothy se subió a un taburete a su lado, con la mirada vidriosa y una gran botella de leche, pero sólo dio un bocado antes de apoyar la cabeza en la barra. En el exterior, el cielo era de color púrpura imperial y las nubes tenían reflejos dorados. El viento empezaba a refrescar y las palmeras agitaban sus frondas.

Lanternglass llevaba unos diez minutos observando la mezquita cuando se fijó en un hombre esbelto y nervudo con gorra de béisbol y los brazos cruzados sobre el pecho que estaba justo a la entrada del local de los donuts. También vigilaba la calle. La primera vez que lo miró, vio que tenía ojeras bajo los ojos inyectados en sangre. Daba la impresión de llevar varios días sin dormir. Lo que la impulsó a volver a mirarlo fueron las palabras «Flagler-Atlantic NGC» bordadas en el bolsillo del pecho de su camisa vaquera azul. Lanternglass le dio un beso a Dorothy en la mejilla (ella no pareció darse cuenta) y se sentó tres taburetes a su derecha con el donut y el café hasta quedar casi al lado del desconocido.

—¿Señor Haswar? —le preguntó con amabilidad.

Él dio un respingo, como si acabaran de darle un chispazo de electricidad estática, y miró a su alrededor con cara de sorpresa, un poco asustado. La periodista temía que fuera a salir corriendo y se alejara de ella, pero no lo hizo, se quedó donde estaba y se abrazó muy fuerte.

—¿Sí? —preguntó sin ningún acento distinguible.

—¿No reza?

Él parpadeó. Cuando volvió a hablar, no lo hizo con ira, ni tampoco estaba a la defensiva; sentía curiosidad.

—¿Es de la prensa?

—Me temo que sí. Soy Aisha Lanternglass, del *Digest*. Hemos estado intentando ponernos en contacto con usted. Esperábamos que pudiera darnos una foto de su mujer y el bebé. Nos gustaría hacer todo lo posible por honrar su memoria. Lamentamos mucho su pérdida, la pérdida de su familia. Es horrible.

Le dio la impresión de que nunca había sonado tan falsa.

Él parpadeó de nuevo, giró la cabeza y volvió a mirar hacia la mezquita.

—Leí su artículo sobre la matanza.

No añadió nada más sobre el asunto; al parecer, no sentía la necesidad de hacerlo.

—¿Señor Haswar? ¿Sabe por qué estaba allí su mujer esa mañana?

—Por mí —respondió sin mirarla—. Le pedí que fuera. Mi jefa, la señora Oakley, se iba a jubilar. A mí me ascendían para ocupar su puesto. Yasmin corrió al centro comercial a elegir un regalo para que yo se lo diera a la señora Oakley en la fiesta. Yasmin... siempre se emocionaba cuando tenía la oportunidad de comprar algo para otra persona. Regalar era lo que más le gustaba en el mundo. Estaba deseando que Ibrahim se hiciera mayor por los regalos del Eid. ¿Sabe lo que es el Eid al-Fitr?

—Sí, cuando acaba el Ramadán.

—Exacto. Y ¿sabe que hoy es el primer día del Ramadán? —Dejó escapar un bufido de risa, aunque no se tratara de una risa alegre, y añadió—: Claro que lo sabe. Por eso está apostada al lado de la mezquita. —No lo dijo con enfado, como una acusación. En cierto modo, su tibieza era peor. La periodista no sabía bien cómo reaccionar ante ella. Todavía estaba pensando qué decir cuando el hombre agregó—: He venido para acompañar a la madre de Yasmin. Está dentro, con las demás mujeres. No sabe que yo no estoy rezando, porque los hombres y las mujeres oran en habitaciones distintas. ¿Eso lo sabía?

Ella asintió con la cabeza.

—El padre de Yasmin no podía acompañarla a la oración del alba. Está en el hospital, en observación. Se ha desmayado varias veces desde que se enteró

de lo sucedido. Estamos todos muertos de miedo por él. El año pasado le hicieron un *bypass*. —Se dio unos golpecitos en el pecho con el pulgar—. Era hija única. —Se restregó el esternón con el borde del pulgar, el lugar en el que su mujer había recibido el disparo. Miró sin ver el templo y, al final, añadió —: ¿Cree que es porque era musulmana?

—¿Qué?

—El disparo. Que les dispararan a los dos.

—No lo sé. Quizá no lo sepamos nunca.

—Bien. No quiero saberlo. Anoche soñé que mi hijo decía su primera palabra. Era «tarta». Decía: «¡Mmm, ¡tarta!»». Es posible que no sea una primera palabra muy realista. Todavía no he soñado con Yasmin. Aunque la verdad es que tampoco estoy durmiendo mucho. No se está comiendo su donut.

—Odio estas porquerías —respondió ella mientras lo apartaba—. No sé por qué lo he pedido.

—Es una pena malgastarlo. Huele muy bien —respondió él, y cogió la rosquilla de su plato sin pedir permiso y, mirándola a los ojos fijamente, le dio un buen bocado—. Mmmm. Tarta.

10 de julio

17:40 h

Después de grabar la entrevista para *Historias contadas*, Jay Rickles le dijo que por qué no cenaba con ellos en casa. Quería que Kellaway conociera a su familia. Se beberían unas cervezas y verían juntos el programa cuando lo pusieran, a las nueve. Kellaway no tenía nada mejor que hacer.

Rickles vivía en Kiwi Boulevard. No era una mansión. No había fuente delante ni un muro de estuco blanco rodeando la propiedad, ni siquiera una piscina. Pero sí que era bastante agradable, una casa amplia con tejado rojo estilo español y un patio enorme con suelo de conchas blancas machacadas. Los escalones de la entrada estaban flanqueados por un par de carpas de bronce verde del tamaño de corgis galeses.

En el interior, la casa era como un restaurante tex-mex con lazos de vaquero y cráneos blanqueados de vacas tejanas con enormes cuernos colgados de las paredes. Además, estaba abarrotado; por todas partes veía mujeres gráciles ataviadas con botas de cuero repujado, faldas vaqueras y escuadrones de niños que corrían de una habitación a otra. Al principio, Kellaway pensó que Rickles había decidido montar una fiesta y había invitado a medio barrio. Tardó casi una hora en darse cuenta poco a poco de que las chicas de cabellos dorados eran sus hijas y los niños, sus nietos.

Se aposentaron en un sofá del tamaño de un Cadillac adornado con motivos tribales frente a un televisor tan grande como el capó del mismo coche. Ya había preparado un gran cubo de acero lleno de hielo y Coronas en la mesa de centro, al lado de un plato con sal y un cuenco con rodajas de lima. Rickles agarró una botella con una mano, mientras que la otra rodeaba como una serpiente las caderas de una mujer alta de piernas eternas que llevaba unos Wranglers tan ajustados que casi resultaban obscenos. A primera vista creyó que le estaba dando una palmada en el culo a una de sus hijas, pero un examen más detallado le desveló que la mujer que había junto a Rickles debía de rondar los sesenta años, y que se cubría con una buena capa de maquillaje las arrugas más finas que le rodeaban la boca y los ojos; el amarillo del pelo era, sin duda, de bote. Lucía la belleza torneada de alguien como Christie Brinkley, una mujer que siempre había sido bella y siempre lo sería, que era bella casi por costumbre.

—¿Este es el señor Kellaway? —preguntó—. ¿Nuestro... ayudante Kellaway?

Rickles le dio una buena palmada en el trasero, y ella se alejó entre risas mientras se lo restregaba.

—Calla, mujer, que me lo fastidias todo.

—Fastidiar los planes de los hombres es mi misión en la vida —respondió ella, y se alejó meneando las caderas en plan provocativo. O quizá fuera su forma de caminar.

Cuando se marchó, Kellaway miró a Rickles y preguntó:

—¿Ayudante?

Al jefe de policía le brillaban los ojos de la emoción.

—Se suponía que era una sorpresa. Te íbamos a nombrar ayudante honorífico el mes que viene. Y también te íbamos a dar una llave de la ciudad.

Una gran ceremonia. Cuando lo anunciemos, intenta fingir que no lo sabías.

—¿Tendré mi propia placa?

—Ya te digo —respondió Rickles, y dejó escapar una ronca risa cervecera

—. ¿Cómo es que no eres un ayudante de verdad?

—Lo intenté. Me rechazaron.

—¿Yo? —Rickles se llevó la mano al pecho y abrió mucho los ojos, incrédulo y pasmado.

—Bueno, el departamento, al menos.

—¿No serviste en Irak?

—Ajá.

—¿Y te rechazamos? ¿Por qué?

—Una plaza, cincuenta solicitudes y yo no tenía la melanina suficiente.

—¿No es lo que pasa siempre? —repuso Rickles con un triste gesto de cabeza—. Aunque por mucho que hagas para demostrar que te importa la diversidad, nunca es suficiente. ¿Leíste ese artículo que publicó el *Digest*, el del estudiante de teatro? ¿No? Bueno, pues hace veinte años nos llega el aviso de que un afroamericano loco con un cuchillo ha rajado a una pareja blanca y le ha robado su Miata y un bolso de Hermès lleno de pasta. La mujer murió, el marido sobrevivió. Los polis siguieron el rastro del Miata hasta un aparcamiento del Negro y Azul, y vieron a un tío que encajaba en la descripción y que se alejaba de él con un cuchillo en la mano y un bolso al hombro. Le ordenaron que se tirara al suelo bocabajo, pero él echó a correr. Dobló la esquina de una pequeña plaza comercial... y entonces se arrepiente y se vuelve hacia ellos. Cuando los polis doblan la esquina, se lo encuentran de frente. Creen que va a atacarlos, así que uno de ellos le mete un tiro al negro. Bueno, pues resulta que no llevaba un cuchillo. Era un CD. Y ¿el bolso de Hermès que llevaba al hombro? Era la mochila de *La Sirenita* de su prima. Se trataba de un gamberro de diecisiete años que hacía teatro en verano y había solicitado su admisión en la Academia de Arte Dramático de Londres. Huyó porque había estado dando vueltas por los coches, cogiendo cosas, pequeños hurtos. Básicamente, murió por su conciencia culpable.

Kellaway se vio de nuevo disparando a la musulmana. Se enfadaba cuando pensaba en ella e intentaba averiguar por qué la muy zorra se había levantado, por qué no se había quedado quieta. No le perdonaba que lo hubiera obligado a dispararle.

—La adrenalina se dispara —dijo—. Está oscuro. Sabes que el tío al que persigues ya ha matado a alguien, que está loco. No se puede culpar a los polis por disparar.

—Efectivamente, y eso opinó el jurado. Aun así, fue un escándalo y una tristeza. El poli que disparó al chaval acabó con problemas de drogas y alcohol, pobre, y después tuvimos que despedirlo por violencia doméstica. En fin. La prima de la mochila de *La Sirenita* fue testigo del tiroteo. Quince años después trabaja para el *St. Possenti Digest* y escribe una gran investigación periodística sobre el tema. Todo iba sobre el racismo sistémico en la policía de Florida y en el reflejo de proteger a los agentes que abusan de su puesto. En fin. Me senté con ella, le concedí una entrevista, le dije todo lo que tenía que decir. Presumí de nuestra política de contratación de minorías, le conté que 1993 era, literalmente, el siglo pasado, y que nuestro trabajo consiste en asegurarnos de que la comunidad negra nos vea como aliados, no como la ocupación. Procuré que no hubiera más que caras negras en secretaría cuando la conduje a mi despacho. Incluso pedí a nuestro informático que se sentara a la mesa de uno de los inspectores. En otra senté al que nos limpia las ventanas. Era todo tan negro que parecía que había entrado en un concierto de Luthen Vandross en vez de en una comisaría de policía. Cuando haces una entrevista de ese tipo, tienes dos opciones: o dices lo que quieren que digas o la prensa te machaca por tu forma de pensar. No me gustó hacerlo, pero pasé por el aro. Será mejor que lo recuerdes cuando se ponga en contacto contigo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Amigo, la tienes pegada al culo. Aisha Lanternglass. La chica que escribió la historia del estudiante de teatro muerto y que consiguió que todo mi departamento pareciera la sección local del KKK. La han puesto a cubrir la historia del centro comercial. Ten cuidado con ella, Kellaway. Odia a los blanquitos.

Kellaway bebió de su Corona y meditó al respecto.

—¿Atraparon al tío que rajó a la pareja? —preguntó al final—. ¿Al negro del cuchillo?

Rickles negó con la cabeza, triste.

—No había ningún negro con cuchillo. Al final resultó que el maridito tenía una novia. El tipo asesinó a su esposa y le pidió a su amante que lo apuñalara unas cuantas veces para que pareciera que lo habían atacado.

Después le pidió que se llevara el Miata y lo aparcara en el Negro y Azul. Vimos a la novia en una cámara de seguridad, saliendo del coche en el aparcamiento. —Suspiró—. Mierda, ojalá tuviéramos más grabaciones de seguridad de lo del Devotion Diamonds. Se grabó la entrada de la chica, pero nada de lo que pasó en el interior. Ojalá lo tuviéramos. Seguro que a *Historias contadas* le encantaría verlo, joder.

—Entonces, ¿no pueden sacarlo del ordenador de Roger Lewis?

Las grabaciones de seguridad del Devotion Diamonds iban directas al gran iMac del despacho de Lewis, y en algún momento el ordenador había caído del escritorio. Kellaway se había asegurado de que no volviera a encenderse dándole unas cuantas patadas.

Rickles movió la mano en un gesto que quería decir que tal vez sí, tal vez no.

—Los técnicos creen que quizá puedan rescatar el disco duro, aunque no me lo creeré hasta que lo vea. —Bebió de su cerveza y añadió—: Si lo salvamos, quizás *Historias contadas* quiera hablar otra vez con nosotros.

Si los técnicos rescataban el disco duro, verían a Kellaway meterle una bala a un bebé de seis meses y a su madre, y después usar la pistola de Becki Kolbert para matar a Booby Lutz. El vigilante esperaba tener otra pistola a mano si tal cosa llegaba a pasar. Se imaginaba sentado con mucha calma en el váter de su dormitorio principal y llevándose la chata boca de una .38 al cielo de la boca mientras los polis le gritaban desde la habitación de al lado. Podía hacerlo. Sabía que podía hacerlo..., podía tragarse una bala. Mejor morir así que vivir soportando el escarnio en la prensa amarilla, el odio de la gente y la separación de su hijo. Por no hablar de lo que le sucedería si acabara en la cárcel.

La idea de sentarse en el váter le recordó otra cosa, y dijo:

—¿Cuándo crees que podré volver al centro comercial? Me gustaría recoger algunas de mis cosas y quizá, no sé, volver al lugar de los hechos.

—Dale una semana. Después de que abran otra vez. Recorreremos juntos la escena, si quieres. Me gustaría. Verlo de nuevo a través de tus ojos.

Kellaway se preguntó si Rickles pretendía irse a vivir con él, si debería comprar una litera.

Cuando miró a su alrededor, tenía un diez perfecto frente a él, una rubia de al menos metro ochenta que vestía una falda de tubo de flores y una blusa

satinada de seda blanca con un sombrero de vaquera, aunque de paja. Llevaba dos niños pequeños de la mano, uno a cada lado. Una era una niña gorda y rematadamente fea con una nariz respingona de cerdito y una camiseta rosa de Hannah Montana que se le subía para dejar al descubierto la abultada tripa. El niño era como la versión en miniatura de Jay Rickles: pelo rubio claro, estrechos ojos azules y cara de cabezota. Su madre era tan alta que los dos tenían que estirar los brazos para llegar a sus manos.

—Señor Kellaway —dijo el diez—, soy Maryanne Winslow, la hija de Jay, y a mis hijos les gustaría decirle algo.

—Gracias —recitaron los críos al unísono.

—¿Por qué? —les urgió la madre, para lo que tiró primero del brazo de la una y después del brazo del otro.

La niña de los rasgos porcinos contestó:

—Por salvarnos la vida.

Y acto seguido se hurgó la nariz.

El niño dijo:

—Por disparar a los malos.

—Estaban en el centro comercial —explicó Rickles, que miró a Kellaway con aquella mirada llorosa suya, mezcla de asombro y gratitud—. Las balas volaron a cincuenta metros de ellos. Estaban en los caballitos.

—Venga, papá —dijo Maryanne—. Ni siquiera llegamos a entrar. Íbamos a montar en los caballitos, pero cuando estábamos a las puertas del centro un vigilante de seguridad nos envió de vuelta al coche. Ya había terminado todo. Nos perdimos la acción por diez minutos.

—Pero fue un milagro —le dijo Rickles a Kellaway, y alzó la botella. Los dos brindaron.

—¿Con qué le disparaste? —preguntó el niño pequeño.

Maryanne le tiró del brazo.

—¡Merritt! ¡No seas maleducado!

—Con una .327. Ruger Federal —respondió Kellaway—. ¿Sabes de armas?

—Teno una Browning Buck Mark calibre .22.

—¡Merritt! No *tenes* una Browning Buck Mark.

—¡Que sí!

—*Tienes* una Browning Buck Mark —lo corrigió su madre, exasperada por la falta de interés de su hijo por la lengua.

—¿Te gustan las armas? —preguntó Kellaway, que se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

Merritt asintió con la cabeza.

—Yo tengo un hijo un poquito más pequeño que tú. A él también le gustan. A veces vamos a pescar juntos, y después paseamos por la playa y buscamos botellas para usarlas de blanco. Una vez encontramos unas botas apestosas y disparamos contra ellas. Estábamos intentando que bailaran.

—¿Bailaron?

—Pues no. Sólo las derribamos.

Merritt lo observó otro momento con sus ojos azul intenso, como si estuviera en trance, y después levantó la cabeza y miró a su madre.

—¿Ya puedo jugar con la Xbox?

—¡Merritt Winslow! ¡No seas tan maleducado!

—No pasa nada, los mayores somos aburridos —intervino Kellaway—. Mi enano me lo dijo una vez.

Maryanne Winslow le dio las gracias moviendo los labios en silencio y se alejó con los niños todavía cogidos de la mano, de modo que no les quedaba más remedio que dar saltitos y caminar deprisa para no caerse.

Rickles suspiró y se recostó en el sofá. Estaba mirando la tele con aire ausente cuando comentó:

—Siempre se me olvida preguntarte por la pistola.

—¿Hm? —repuso Kellaway. Se le erizó el vello de la nuca.

—Acabo de hacer una búsqueda y no aparecen armas registradas a tu nombre en este estado. —Rickles se rascó una ceja, sin mirarlo—. Puede que sea un problema.

—Ah. Está registrada a nombre de Falcon Security. Es suya. ¿Quiere que mire a ver si alguien me encuentra los papeles? La sede está en Texas. Quizás esté registrada allí o...

Pero a Rickles no le importaba y había dejado de escucharlo. Le dio un manotazo de alegría en el hombro y se echó hacia delante: en la tele se veía una imagen de Miracle Falls, con la entrada al aparcamiento bloqueada por un coche patrulla.

—Se ha convertido en la nueva realidad nacional —recitaba una voz masculina—. Ya conocen la historia. Una empleada vengativa entra en su lugar de trabajo con un arma y el corazón podrido, y empieza a matar. Pero lo que sucedió a continuación en este centro comercial de St. Possenti, en el estado de Florida, les sorprenderá e inspirará.

—Allá vamos —comentó Rickles—. Te diré una cosa, chico: me gusta verme en la tele. Oye, ¿te ha llamado la gente de Bill O'Reilly?

—Sí, y 20/20.

—¿También vamos a ir a esos?

—Supongo.

—Bien —respondió el jefe de policía, y suspiró—. Algunos días pienso en la posibilidad de morir estando de servicio y ¿sabes lo que me obsesiona? La idea de que me perderé esa cobertura tan hermosa y desgarradora sobre mi muerte.

—¿Y si muere en su cama a los setenta y cinco después de un polvo mañanero?

—Prefiero que me maten de un tiro —respondió Rickles, y le dio otro trago a la cerveza—. Preferiría morir siendo una leyenda, aunque dudo que tenga esa suerte.

—Cruzaré los dedos —repuso Kellaway.

11 de julio

10:00 h

Cuando Jay Rickles le contó a Kellaway que una vez había llenado su oficina de caras negras para que una periodista se relajara, exageraba un poco. En realidad no había puesto a su limpiacristales a un escritorio para que fingiera ser inspector. El hombre era camboyano y ni siquiera trabajaba aquel día.

No obstante, era cierto que Shane Wolff, un informático de Atlantic Datastream, estaba en la oficina la mañana que Lanternglass llegó para la

entrevista al jefe Rickles sobre la trágica muerte de un joven negro desarmado en el año 1993, a manos de la policía. Shane solía ir dos o tres días a la semana al departamento de policía de St. Possenti para reconstruir la red de su oficina, que, aunque pareciera increíble, seguía funcionando con Windows XP. Y también era cierto que Rickles había plantado a Shane en el escritorio vacío de un inspector, cerca de la puerta principal, para que Aisha Lanternglass viera a un hombre negro con corbata nada más entrar allí.

Aquel día, la periodista había saludado a Wolff con la cabeza, él había imitado el gesto con aire ausente y ambos se habían esforzado mucho por no hacerse caso. Supo quién era de inmediato, por supuesto, lo habría reconocido aunque no se encargara también de los ordenadores del *Digest*, porque Wolff y Colson habían ido juntos al instituto y habían salido con algunas de las mismas chicas. Pero no les convenía anunciarlo. Resulta que sus frecuentes trabajos para la policía de St. Possenti eran los mejor pagados: primero le pagaban los polis... y después Aisha, siempre que diera con algo que pudiera usar.

El jueves, Wolff apareció en el *Digest* justo cuando la periodista estaba terminando sus ejercicios matutinos. Corría por las escaleras, dos tramos arriba y vuelta abajo, cuarenta y ocho escalones en un circuito completo. Guardaba las mancuernas en la zona en sombra bajo la escalera. No tenía espacio para ellas en el piso de cuatro habitaciones que compartía con Dorothy, y a Tim Chen no le importaba.

—¿Cuántas veces subes y bajas? —le preguntó Shane, y su voz rebotó en el hormigón del hueco de la escalera.

Ella trotó hasta el pie de los escalones.

—Cincuenta rotaciones. Casi he terminado. Me quedan cinco. ¿Estás llorando?

Shane Wolff se apoyó en la puerta de metal abierta que daba al aparcamiento. No tenía aspecto de empollón informático. Medía metro noventa, pesaría unos noventa kilos y tenía el cuello más grueso que la cabeza. Se le veían los ojos inyectados en sangre, llorosos y trágicos.

—Es el humo. He atravesado una nube enorme cuando venía de camino. Es la primera vez que uso los limpiaparabrisas para apartar chispas. Me llamaron del departamento ayer para limpiar los discos duros de Antivicio. Una vez a la semana se ponen a buscar porno *online* y, en vez de eso, dan con malware ruso. En fin, que mientras estaba por allí vi el informe de balística de lo del

centro comercial.

Ella volvió a correr escaleras arriba. Le palpitaban las pantorrillas.

—Quédate con esa idea, que ahora vuelvo.

—Oye, ¿eso es bueno para los glúteos? ¿Tantas escaleras? Seguro que sí.

Lanternglass vaciló y estuvo a punto de saltarse un escalón, pero siguió adelante sin responder.

Tim Chen la estaba esperando al llegar arriba. Había abierto la puerta cortafuegos de la oficina del *Digest* y estaba sentado en el rellano, apoyado en ella, con el maltrecho MacBook de Aisha en el regazo. Estaba corrigiendo su artículo.

—Tengo que cortar estos dos párrafos del final.

Ella frenó al llegar al rellano, se llevó las manos a las rodillas y respiró hondo. Después estiró el cuello para ver lo que quería cortar.

—Venga ya, Tim. No quites eso. ¿Por qué quieres quitarlo?

—Suenas como si hubieran echado a Kellaway del ejército. No lo echaron. Sirvió a su país durante un turno completo en Irak. Después regresó a casa y evitó una masacre.

—Estaba «apartado administrativamente», lo que en lenguaje militar significa que lo echaron.

—¿No estabas torturando a tu pobre cuerpo? —le preguntó Tim.

—Joder —respondió ella, y bajó trotando los escalones.

Wolff la vio acercarse, todavía lloroso. Parecía un doliente al pie de una tumba.

—Vale —dijo Lanternglass—, dime: «Fuentes cercanas a la investigación afirman que...».

—Becki Kolbert disparó a Roger Lewis tres veces con una Mag .357. La primera bala le acertó en el pecho mientras él estaba de cara a ella. Después se volvió para salir corriendo, y ella le dio en la espalda y en el cachete izquierdo. A continuación, lo más probable es que Becki Kolbert intentara salir del despacho y la sorprendiera la señora Haswar. Da la impresión de que sesgó las vidas del bebé y de Yasmin de un único tiro, justo en el centro de masas.

—¿«Sesgó sus vidas»? Te ha quedado muy lírico. Deberías dedicarte a la escritura.

—Poco después de que Kolbert matara a los Haswar, el señor Kellaway entró en Devotion Diamonds. Ella retrocedió hasta el despacho, intercambiaron algunas palabras, pum, pum, él efectúa dos disparos. Uno falla, el otro le acierta en el pulmón izquierdo. Ella cae, y él se aleja para asistir a la señora Haswar. Bob Lutz entra y se acerca a la asesina para comprobar si sigue con vida. Por desgracia para él, así era. Becki Kolbert le disparó entre los ojos con precisión militar. Entonces, Kellaway la desarmó, aunque ya había acabado todo. Cuando llegaron los servicios de emergencia al lugar de los hechos, la tiradora se había desangrado.

Lanternglass ya estaba corriendo escaleras arriba y no le quedaba aliento para responder. Subió los veinticuatro escalones que la separaban de su editor, que seguía sentado en el rellano de hormigón.

—¿Has terminado ya? —preguntó Chen—. Me canso sólo de verte.

—¿Por qué quieres cortar lo de su servicio militar? —preguntó, medio ahogada.

Chan le leyó su propio artículo:

—«Puede que Kellaway perdiese la oportunidad de recibir una condecoración en el Golfo (su turno de servicio fue tumultuoso y no se licenció con honores), pero después de los acontecimientos en el Miracle Falls por fin se le homenajeará por su trabajo». ¿Por qué has escrito eso? Su expediente militar de hace una década no es relevante. Le estás poniendo un toque final malicioso muy raro a una historia completamente satisfactoria, de las que te levantan el ánimo.

—¿Malicioso?

—Iba a decir que estabas siendo un poco zorra, pero no es políticamente correcto.

—Lo echaron del ejército por uso excesivo de la fuerza cuando estaba en la policía militar. No dejaba de sacar su arma en situaciones en las que no había peligro alguno y una vez le metió un puñetazo a un prisionero esposado. Mira el historial. Ese tío no es un héroe de guerra, por mucho que lo pintaran así la otra noche en *Historias contadas*.

—Por curiosidad —dijo Tim Chen—, el tío al que Kellaway le dio el puñetazo cuando era policía militar, el prisionero esposado, ¿era negro?

—Venga, no me jodas —repuso ella, y corrió escaleras abajo, de vuelta con Wolff.

El informático se restregaba los rabillos de los ojos con un pañuelo blanco.

—Te puedo enseñar unos estiramientos muy buenos.

—¿Para qué?

—Para los glúteos. Vas a necesitar estirarlos después de tratarlos tan mal. Ella frenó otra vez al llegar al pie de las escaleras.

—Me has dicho algo curioso antes: «Da la impresión de que segó las vidas del bebé y de Yasmin de un único tiro».

—Sí, y te has burlado de mí.

—No, espera. ¿A qué te refieres con «da la impresión»?

Él se restregó la zona por debajo de los ojos.

—Es la única teoría que encaja en los hechos. Siguen buscando la bala. Atravesó un espejo y la pared de yeso de detrás, y desapareció en las entrañas del centro comercial Miracle Falls.

—Segar. Entrañas. Glúteos. Estás repleto de palabras interesantes, Shane. ¿Te puedo sugerir algo?

Empezó de nuevo a correr escaleras arriba.

—¿El qué?

—Admirar verbalmente los glúteos de una mujer no es la mejor forma de romper el hielo para invitarla a salir. Mejor comenta algo sobre su risa.

Llevaba ya veinte escalones cuando él le gritó desde abajo:

—¡Para eso tendrías que reírte! Trabajo con lo que me das.

Chen seguía sentado al final del tramo.

—Sí. Vale —dijo Lanternglass—. Cuando estaba en la policía militar, Kellaway esposó a un soldado negro delante de su novia y le pegó un puñetazo. Y el año pasado amenazó con una pistola a un adolescente negro porque creía que estaba robando el centro comercial. Resultó que el crío era un empleado sin uniforme que estaba trasladando material de una tienda a otra. Y lo que importa aquí no es que ambos fuesen negros. Lo que importa es la tendencia de Kellaway a convertirse en Rambo y actuar con violencia sin pensar.

—En el artículo no dice nada sobre el acoso a otros empleados.

Ella siguió trotando sin moverse del sitio, frente a él.

—No. Mi fuente me pidió que no publicara esa historia. El asunto es que

no creo que sea malo para este periódico insinuar la posibilidad de que Randall Kellaway esté predispuesto a excederse en el uso de la fuerza. Por si los polis recuperan la grabación de seguridad del iMac que se rompió tan oportunamente y descubrimos que disparó a Becki Kolbert cuando intentaba entregarse.

—¿Igual que Colson?

Lanternglass dejó de correr, se agarró las rodillas y agachó la cabeza. Cuando tomó aire fue como tener un cactus en el pecho, en lugar del corazón; las espinas le pinchaban los pulmones.

—Joder, Tim, eso ha sido un golpe bajo.

—¿Ah, sí? —dijo él, muy tranquilo—. Te cuentan que Randall Kellaway acosó a un chaval negro. Oyes que atacó a un soldado negro en el ejército. Ahora es un héroe, y Jay Rickles lo abraza en la tele y dice que es una buena persona armada. Si la historia de Kellaway se desmonta, podrías humillarlos a los dos. Podrías matar dos pájaros de un tiro.

—No, Tim. Las palabras no son balas. Cuando Yasmin Haswar y su bebé cayeron al suelo, eso sí que fue matar dos pájaros de un tiro.

Tim Chen martilleaba dos teclas con ganas. Una era la de Suprimir.

—Dame una buena razón para echar mierda sobre su expediente militar y lo pondremos en la siguiente historia. Pero tus asuntos personales no cuentan como razón.

Le sorprendió sentir una repentina puñalada de dolor en el estómago. Tenía el «que te den» en la punta de la lengua, pero no lo dijo. Tenía en la punta de la lengua decir «estás siendo injusto, Tim», pero eso tampoco lo dijo. Se volvió y salió corriendo escaleras abajo porque se estaba formando la idea en su cabeza de que no era injusto en absoluto, y quizá si se movía lo bastante deprisa dejaría atrás la vergüenza, en el rellano de arriba, con su amigo y editor.

Cuando llegó al pie de las escaleras, Shane Wolff le dijo:

—El humo también te está afectando a ti, ¿eh?

—¿Qué?

—Tus ojos —respondió, señalándolos—. Tú también estás llorando. ¿Quieres mi pañuelo?

Ella se lo quitó con un gesto brusco y se limpió la cara.

—Gracias.

—Conozco un bar bastante bueno que tiene terraza en la azotea. Son cinco plantas. Yo subo en ascensor y tú corriendo, si quieres, y nos encontramos arriba para tomar una cerveza. Sería un ejercicio estupendo.

—Cuesta salir cuando tienes una niña de ocho años —respondió ella—. Puedo permitirme pagarte por el informe de balística o pagar a una niñera, pero no las dos cosas.

—¿Y? Yo invito al informe. Y a las cervezas.

Ella le dio un cariñoso puñetazo en el pecho. Y le dio la espalda. Y empezó a subir de nuevo por las escaleras.

—Es muy amable por tu parte, Shane, pero no quiero aprovecharme. Y deja de mirarme los glúteos.

Lanternglass llevaba doce escalones cuando se detuvo para mirar atrás. Shane Wolff estaba en la puerta abierta que daba al aparcamiento y se cubría los ojos para protegerlos de la visión de sus glúteos.

—Entonces... Espera —le gritó desde arriba. Dejó de correr y se quedó allí, con los puños apoyados en las caderas—. Cuatro disparos cuando la chica mató a Lewis y a los Haswar. Una pausa. Después dos más cuando Kellaway entra en la tienda y le dispara a ella. Otra pausa. Y otro más cuando Becki Kolbert ejecuta a Bob Lutz. Siete disparos en... ¿cuánto? ¿Cinco minutos?

—Más o menos, sí.

—Ajá —respondió ella, y se volvió para seguir subiendo.

Cuando llegó arriba, Tim Chen seguía allí sentado, de espaldas a la puerta cortafuegos abierta y con el portátil en el regazo.

—Quiero disculparme por lo que te he dicho hace un minuto —dijo él.

—No te disculpes. Pero vuelve a meter lo que has borrado.

Él dejó escapar un profundo suspiro.

—No se me ocurre nada que justifique jugar con la idea de difamar al hombre.

—¿Qué me dices de esto? Los polis afirman que Kolbert disparó cuatro veces, tres contra Rog Lewis y una contra Yasmin y el bebé. Un minuto después entra Kellaway en la tienda y dispara dos veces, acierta una vez en la asesina y falla otra. Por último, un minuto después, hay un último tiro, el que

mata a Bob Lutz. Es lo que pone en el informe forense.

—Vale.

—Pero hay un testigo (no ocular, sino más bien «auditivo») que lo oyó todo. Y dice que fueron tres disparos, una pausa, después dos, una pausa y después dos más.

—¿Y? Tu testigo auditivo estaba muerto de miedo y se equivocó. Pasa mucho.

—Estaba escribiendo mensajes a su novia. Le envió uno después de cada ráfaga de disparos. Estaba seguro: tres, dos, dos. No cuatro, dos, uno.

—Ni siquiera sé lo que significa eso.

—Significa que hubo otro disparo más después del que mató a Bob Lutz. Explícame eso.

Tim Chen no podía. Se quedó allí sentado tamborileando con un dedo en el borde del portátil.

—¿Te enseñó tu testigo los mensajes que demuestran lo que dice que oyó y cuándo lo oyó? ¿Viste el código de la hora?

—No —reconoció ella—. Tenía que recoger a Dorothy del campamento de tenis y no me dio tiempo a mirar los mensajes. Pero estoy segura de que me los enseñaría si se lo pidiese.

Tim asintió y repuso:

—Vale. Bien. Eso podría resultar interesante. Pero no entiendo qué tiene que ver con el lamentable expediente militar de Randall Kellaway.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué denigrar su tiempo de servicio? ¿Aunque sea de pasada?

—Para darle por culo y ver qué pasa. Se pueden averiguar muchas cosas de alguien cuando le das por culo.

—¿Ah, sí? ¿Eso te lo enseñaron en la facultad de periodismo, Aisha?

—Eso no es de la facultad de periodismo, hermano. Es de la universidad de la vida.

12 de julio

18:13 h

Grabaron para el programa *The O'Reilly Factor* en el mismo estudio en el que habían estado para *Historias contadas* y *20/20*. Cuando Rickles y Kellaway salieron a la cálida y ahumada noche, Aisha Lanternglass estaba esperándolos. Los interceptó antes de que llegaran a la ranchera de Rickles.

—Hola, chicos —los saludó—. ¿Qué les parece concederle diez minutos a su periódico local? ¿O necesito un programa de la tele para que hablen conmigo?

Sonrió para deslumbrarlos con sus dientes blanquísimos, de guasa, no era más que una de ellos. Estaba en forma y llevaba unos vaqueros azules, un top negro sin mangas y sandalias de tiras. Se había llevado a su hija, lo que era una manipulación barata, en opinión de Kellaway. La niña estaba sentada en el capó del Passat más cutre del mundo, y llevaba un gorro de ganchillo con la cara de un gato y orejas de gato que sobresalían. La cría no hacía ni caso a los adultos y se dedicaba a hojear un libro ilustrado.

Jay Rickles esbozó una sonrisa de oreja a oreja que le marcó más los surcos de su cara arrugada. Se subió el cinturón.

—¡Aisha! Recibí tu mensaje de voz. Tenía como prioridad responderte desde hace tres días. ¿Quieres que te llame mi secretaria para si ver si podemos encajarte en algún hueco?

—Sería estupendo —respondió ella—. Si pudieran concederme diez minutos ahora mismo y después organizar una reunión de seguimiento dentro de un par de días, más tranquilos, sería perfecto.

Rickles miró a Kellaway.

—Será mejor que le demos esos diez minutos. Me da miedo que me plaque si intento ir para el coche.

Al vigilante le costaba mirarla directamente a la cara. Tenía las entrañas ardiendo, revueltas. Se había enterado de todo lo de su artículo, que había tirado por los suelos su servicio militar a primera hora de la mañana. Lo habían sacado en las noticias matutinas.

«Han surgido nuevos detalles sobre Rand Kellaway, el héroe del tiroteo de la semana pasada en Miracle Falls —anunció el chaval, un crío que debería haber estado ayudando a llenar bolsas en el supermercado, no chismorreando en la tele—. El *St. Possenti Digest* informa de que al señor Kellaway lo

echaron del ejército de los Estados Unidos en 2003, después de varias acusaciones de uso excesivo de la fuerza durante su etapa en la policía militar. Los activistas que abogan por el control de las armas ya han utilizado el artículo para argumentar que Kellaway empeoró la situación al entrar con un arma...».

Más tarde, el vigilante encontró un ejemplar arrugado del *Digest* en la habitación verde del estudio de televisión y lo leyó. No había nada nuevo en toda la historia hasta llegar al último par de párrafos, en el que lo pintaban como a un torturador del Tercer Mundo, en vez de como a un soldado. Una fotografía de Aisha Lanternglass, del tamaño de un sello, acompañaba la noticia; en ella sonreía igual que les estaba sonriendo ahora.

Lo primero que pensó fue que George se iba a enterar de todo. Holly le había enviado un correo electrónico un par de días antes para decirle que el niño ya nunca se perdía las noticias locales, que las veía todas las mañanas antes de ir al colegio y por las noches, durante la cena, para ver lo que contaban sobre su padre. Así que George oiría que el ejército le había dado la patada a su padre porque no sabía controlar su genio. Oiría que su padre no era lo bastante bueno para servir a su país. A Kellaway le había costado mucho mantener la compostura en el programa de Bill O'Reilly.

El aparcamiento del estudio local era una amplia extensión de asfalto nuevo, blando por el calor acumulado durante el día. El sol seguía en el cielo, aunque era imposible verlo. El horizonte se había convertido en un nimbo de humo ocre. Lanternglass sacó el móvil para grabar la conversación y apuntó a Kellaway con él como si fuera un cuchillo.

—Señor Kellaway, ya ha transcurrido casi una semana desde el tiroteo. Creo que lo que la mayoría de nuestros lectores desea saber es: ¿cómo se encuentra?

—Pues muy bien. No me cuesta dormir por las noches. Listo para volver al trabajo.

—¿Cuándo cree que será eso?

—El centro comercial abre mañana. Estaré allí para el primer turno.

—¿Qué dedicación.

—Se llama ética laboral.

—¿Ha tenido oportunidad de hablar con los familiares de los fallecidos? ¿Ha estado en contacto con el señor Haswar, el marido de Yasmin? ¿Y con los

padres de Bob Lutz?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Para decirles que lamento no haber salvado a sus seres queridos? —Se mordió un poco la lengua.

Jay Rickles le dio una palmadita en el hombro.

—Ya habrá tiempo de hablar con ellos, seguro. Puede que cuando hayan tenido tiempo para iniciar el proceso de curación... y cuando el señor Kellaway lo haya tenido, también.

Al vigilante le dio la impresión de que la palmadita de Rickles tenía algo de advertencia, como si él fuera su perro: «Tranquilo, chico». Se encogió de hombros para que el jefe dejara de hacerlo.

—Seguro que, después de todo por lo que ha pasado, su familia ha sido un punto de apoyo —dijo Lanternglass—. Tiene un hijo, ¿no?

—Sí.

—¿Y vive con su madre? ¿Dónde? Me encantaría saber algo más sobre la situación de su familia. Entiendo que están separados. ¿Van a divorciarse? He consultado los archivos del condado...

—¿Ah, sí? ¿Buscando más chismes? ¿Quién le ha pedido que investigue la separación?

La niña, que seguía en el capó del coche, alzó la barbilla y los miró, alertada por el aumento de volumen.

—Nadie. Siempre hablamos con la familia después de algo como esto.

—Pues esta vez no. Aléjese de mi esposa y de mi hijo.

—¿Mamá? —la llamó la niña del Passat con voz quejumbrosa e inquieta.

Lanternglass volvió la cabeza para mirarla y la saludó con la mano.

—Un minuto más, Dorothy. —Después se concentró en el vigilante y le dedicó una especie de sonrisa de desconcierto antes de decir en voz baja—: Eh, que aquí todos somos colegas. Mejor dejamos los gritos, que no quiero asustar a mi niña.

—¿Y no le preocupó asustar a mi niño cuando desprestigió mi expediente militar en su artículo de esta mañana? ¿Se le pasó eso por la cabeza en algún momento?

Rickles ya no sonreía. Le dio unas palmaditas en el hombro de nuevo y dijo:

—Venga, tranquilo. Tranquilo. Rand se encuentra bajo mucha presión.

Aisha, por favor, demuestra algo de consideración y trátalo con más delicadeza.

Ella asintió y dio un paso atrás. También había dejado de sonreír.

—Vale, lo siento. Sé que ha sido una semana agotadora. Jay, que su oficina me llame. Concertaremos una cita para hablar de la respuesta de la policía.

—De acuerdo —contestó Rickles.

Tenía a Kellaway agarrado del brazo, justo por encima del codo, y empezaba a conducirlo hacia la camioneta.

—Ah, eh —los llamó Lanternglass—. Otra cosa más, ya que están aquí. El departamento de seguridad del Miracle Falls no tiene armas. El arma de fuego que llevaba ¿era de su propiedad?

Kellaway sabía reconocer una trampa cuando la veía, sabía que quería grabarlo reconociendo que tenía una pistola, con lo que estaría violando la orden judicial.

—Eso le gustaría, ¿no?

El estómago le dolía como un cáncer.

Cuando los dos hombres salieron con la ranchera del aparcamiento, pasaron junto a Lanternglass, que estaba sentada en el capó del Passat acariciándole la espalda a su hija mientras los observaba. Tenía los ojos entornados, cavilando. Rickles la dejó atrás tan deprisa que los neumáticos traseros escupieron guijarros. Aceleró en dirección norte por la autopista, hacia St. Possenti.

—¿De qué coño iba todo eso, colega? —preguntó el jefe de policía. Por primera vez desde que se conocían, sonaba brusco y algo enfadado.

—Mi hijo ve las noticias de la mañana, de la tarde y de la noche para enterarse de lo que dicen sobre su viejo. Ella ha hecho que parezca que me echaron del ejército de una patada en el culo, y él lo va a oír.

—También va a oír muy pronto que te han nombrado ayudante especial. Lanternglass es una periodista de mala muerte de un periódico local de mala muerte. Lo que escribe suele usarse para rellenar el espacio entre la publicidad y los anuncios de bodas. Pero si echas mucho humo, va a pensar que hay un fuego. Hablando de lo cual... —añadió con el ceño fruncido.

Se metieron en una espesa nube algodonosa. Los ojos de Kellaway le picaban por culpa del humo.

Avanzaron casi un kilómetro, y Rickles añadió:

—¿Hay algo que deba saber sobre esa pistola?

—Sí —respondió el vigilante—. Si no la hubiera tenido, habría muchos más muertos.

El jefe de policía no contestó. Siguieron guardando un incómodo silencio otro minuto más, después dos y, al final, Rickles soltó una obscenidad entre dientes y encendió la radio. Escucharon las noticias durante todo el camino de vuelta, sin decirse palabra. Bombas en Irak. Sanciones contra Irán. Y malas noticias para los bomberos que intentaban apagar el incendio de Ocala: el viento cambiaba de dirección, hacia el este. Como se esperaban vendavales moderados, ahora corrían peligro los hogares y negocios del extremo occidental de St. Possenti.

El presentador prometió seguir informando al respecto en tiempo real.

18:27 h

—¿Nos vamos ya? —preguntó Dorothy—. ¿O nos vamos a quedar aquí sentadas?

—Quédate ahí sentada un momento. Mamá necesita llamar a alguien.

Dejaron el coche en punto muerto frente al estudio de televisión, con las ventanas bajadas y la música baja. Lanternglass lo repasó todo mentalmente otra vez, reproduciendo lo que le había dicho Kellaway y cómo lo había dicho.

El vigilante no quería mirarla, pero cuando lo hizo, cuando la miró a los ojos, percibió que la odiaba. Su intención era picarlo para ver cómo reaccionaba. Ahora lo sabía.

Le recordaba a una pistola: una gran pistola amartillada, como las que llevaba Wyatt Earp. En su cabeza, se imaginó un enorme cañón con el percutor hacia atrás en el asiento del pasajero de un coche que aceleraba por una carretera de tierra llena de baches. Cada vez que el coche daba un salto, la pistola brillaba y se deslizaba un poco más hacia el borde del asiento. Cualquiera se daría cuenta de lo que sucedería si caía: se dispararía. Se le ocurrió la desagradable idea de que, si Kellaway caía, se dispararía del mismo modo.

Le había preguntado si el arma era suya, y él había respondido: «Eso le gustaría, ¿no?». ¿Por qué iba a gustarle?

—¡Mamá! ¡Tengo que hacer pis!

—Siempre tienes que hacer pis. Tienes una vejiga del tamaño de una nuez —respondió la periodista, y cogió el móvil para llamar a Richard Watkins, de la policía del estado.

Watkins respondió al segundo timbrado.

—Departamento del sheriff del condado de Flagler, Richard Watkins al habla, servicios de atención a las víctimas, ¿en qué puedo ayudarle?

—¡Richard Watkins! Soy Aisha Lanternglass, del *St. Possenti Digest*.

Había escrito un artículo sobre Watkins el año anterior, cuando el hombre estrenó su grupo de apoyo a niños víctimas de traumas; llevaba en autobús a los críos hasta Orlando para que nadaran con los delfines. A Aisha le pareció muy dulce (y un *clickbait* descomunal), pero Dorothy no lo aprobaba porque decía que seguro que los delfines necesitaban su propio grupo de apoyo, puesto que eran prisioneros que tenían que entretener a los turistas si querían comer.

—Hola —respondió él—. Si llamas por lo del tiroteo en el centro comercial, mejor que hables con la policía de St. Possenti. Ellos llevan el tema. Y si llamas por el incendio, cuelga, ve a tu despacho y recoge toda tu mierda antes de que arda. El incendio va hacia vosotros. Puede que tengamos una orden de evacuación para mañana por la mañana.

—¿En serio?

—En serio.

—Mierda.

Dorothy le dio una patada al respaldo de su asiento.

—¡Mamá!

—Oye, Watkins —dijo Lanternglass al teléfono—, la verdad es que te llamo para ver si sabes quién se encarga de entregar los papeles del juzgado en el departamento del sheriff. Divorcios, citaciones, esas cosas.

—Tenemos a unas cuantas personas para eso, pero Lauren Acosta es la jefa del equipo. Si quieres saber algo sobre quién ha recibido papeles del juzgado, o lo ha hecho ella o te puede decir quién lo ha hecho.

—Genial. ¿Puedo hablar con ella?

—Te puedo dar su número de móvil. No sé si te responderá. Está en Alaska, de crucero con sus hermanas. Sacan fotos de icebergs, renos y otras mierdas, sólo de pensarlo te congelas. Es una fetichista del Polo Norte. En diciembre entrega las citas con un gorro de Papá Noel.

—Vaya —repuso ella—. No hay nada que despierte más el espíritu navideño que una mujer con gorro de Papá Noel entregándote los papeles del divorcio. Sí, por favor, pásame su número. Quiero hablar un minuto con ella, si está disponible.

Dorothy le dio otra patada al asiento de su madre justo cuando ella le daba las gracias a Watkins y colgaba.

—¿Quieres parar de una vez? —le dijo a su hija.

—¿Quieres que te llene de pis el coche?

—Hay un McDonald's calle arriba. Podemos ir allí al servicio.

Metió la marcha del Passat y dio un giro de ciento ochenta grados para que el coche apuntara al sur.

—En otro sitio —respondió la niña mientras se tiraba de una de las orejas del gorro de gatito—. El McDonald's no está a la altura de mi código ético. La carne es muerte.

—Si quieres saber lo que es la muerte, vuelve a meterle otra patada a mi asiento.

20:11 h

Rickles lo llevó a su bungalow de Kiwi Boulevard, donde Kellaway había dejado el coche. El jefe de policía le dijo que volviera por allí al día siguiente, justo antes de las once, y así irían juntos al centro comercial.

—Puedo reunirme allí contigo —repuso Kellaway—. Será lo más fácil.

Bajó de la ranchera, y las conchas marinas crujieron bajo sus zapatos.

—Es mejor que vayamos juntos. Por la ceremonia de las velas. Los periodistas querrán fotografiar tu regreso al trabajo.

Habían organizado una ceremonia de encendido de velas en la zona de restauración, frente a los caballitos, en honor a los caídos. Después, el centro comercial celebraría un Día de Conmemoración con descuentos del veinte al cuarenta por ciento en artículos seleccionados de todas las tiendas.

—¿A quién le importa lo que quieran los periodistas? —preguntó Kellaway, que estaba de pie en el patio, con el rostro alzado para mirar al interior de la camioneta de Rickles.

El jefe de policía apoyó un brazo en el volante y se echó sobre el asiento del copiloto para acercarse más al vigilante. Sonreía, aunque su mirada era fría, casi hostil.

—Pues debería importarte a ti. Lanternglass es una activista muy pesada, la clase de persona que cree que todos los polis están deseando enchufarle un manguerazo de agua a una multitud negra. Pero no es tonta, y prácticamente acabas de suplicarle que escarbe en tu pasado. No sé qué mierdas embarazosas habrás hecho, pero seguro que leeré todo al respecto para el final de la semana, si no antes. Si te queda algo de sentido común, te afeitarás a primera hora de la mañana, te echarás tu mejor colonia y estarás listo para encender velas conmigo a las once. La prensa es vaga. Si les sirves una historia bonita en bandeja de plata, se la comerán. Y te conviene alimentarlos bien. De lo contrario, puede que te coman a ti, *¿capisce?*

Kellaway no quería volver al centro comercial con Rickles. Quería llegar antes que él, antes que todos, lo bastante como para visitar el pequeño baño para empleados de detrás del Lids. Quería discutir con él, decirle (y era cierto) que nunca había llegado tan tarde al trabajo. Pero volvió a fijarse en la mirada de hielo que le echaba el jefe de policía, rematada por una sonrisa apretada que ya no era amistosa, y asintió con la cabeza.

—Suenan bien —añadió, y cerró la puerta de la ranchera.

Salió de allí con el Prius y torció a la izquierda en vez de a la derecha. No quería ir a casa, no quería ver las furgonetas de la tele aparcadas frente a ella, no quería que la gente de la tele lo viera a él. Así que salió de la ciudad, directo al humo y la noche creciente.

La granja de Jim Hirst estaba a oscuras, era un conjunto de cajas negras recortadas contra un cielo del color de las cenizas. La única luz procedía de un televisor que proyectaba un resplandor azul enfermizo a través de los agujeros en los que faltaban ventanas, en la fachada occidental de la casa. Las grandes sábanas de plástico colgadas sobre ese lateral del edificio ondeaban con el viento, y el aleteo era un ruido lento y siniestro.

Kellaway salió del coche, se puso al lado y prestó atención al susurro creciente del viento. No oía la tele. Habían apagado el sonido.

Se dirigió a la casa, acompañado por el crujido de la grava..., y se detuvo, paralizado, para escuchar mejor. Había oído pasos, estaba casi seguro. Le daba la impresión de que había un hombre al otro lado de su coche. Lo veía con el rabillo del ojo. Se percató de que le daba miedo mirarlo directamente, de que no conseguía obligarse a girar la cabeza.

Era Jim Hirst; Jim, que llevaba más de una década sin caminar. Jim paseando sin problemas en plena noche, a tres metros de él, al otro lado del coche. Habría sido capaz de reconocerlo en cualquier parte, lo distinguía por el modo en que le colgaban los brazos. Lo distinguía por la curva de su cráneo desnudo contra la noche llena de humo.

—¡Jim! —lo llamó Kellaway con una voz que apenas reconocía como suya —. Jim, ¿eres tú?

Jim dio un paso, lento y pesado, hacia él, y Kellaway tuvo que cerrar los ojos, no soportaba ver al hombre en la oscuridad del borde de la carretera. El miedo le robó el aliento. No se había sentido ni la mitad de asustado al entrar en Devotion Diamonds hacia una mujer armada.

Oyó a Jim dar otro paso hacia él y se obligó a abrir los ojos.

La vista ya se le había acostumbrado a la oscuridad, así que enseguida vio que lo que él había tomado por un hombre era un manglar negro enano. Lo que creía que era la curva del cráneo de Jim Hirst, en realidad no era más que el nudo liso de una rama que se había roto tiempo atrás.

La cortina de plástico que colgaba de la casa volvió a moverse: sonaba como un hombre que daba pasos lentos y pesados.

Kellaway dejó escapar el aire. Qué locura, haber pensado que Jim estaba caminando con él en la oscuridad. Aun así, mientras seguía avanzando hacia la casa, no se quitaba de encima la sensación de no estar solo. La noche era un movimiento incansable, las ramas se lanzaban con frenesí adelante y atrás. La hierba susurraba. El viento arreciaba.

Llamó al marco de la puerta y dijo el nombre de Jim, después el de Mary, pero no le sorprendió comprobar que nadie respondía. Por el motivo que fuera, imaginaba que sería así. Entró.

Por debajo del olor a fogata que lo impregnaba todo, le llegó un hedor a rancio, cerveza sin gas y orina. Encendió la luz del vestíbulo.

—¿Hola?

Miró en la sala de estar. En la tele, unos *monster trucks* corrían por

encima de enormes colinas embarradas. No había nadie.

—¿Jim? —llamó de nuevo. Se asomó a la cocina. Vacía.

Para entonces ya sabía lo que iba a encontrarse antes de encontrarlo. No habría sabido decir por qué. Quizá lo había sabido ya en el exterior, cuando había percibido la presencia de Jim a su lado, en la oscuridad. No quería mirar en el dormitorio principal, pero no pudo evitarlo.

Las luces estaban apagadas. Jim estaba tumbado en la cama, con la silla de ruedas aparcada al lado. Kellaway encendió la luz, aunque sólo un momento. No quería mirar. Pulsó de nuevo el interruptor y volvió la oscuridad.

Al cabo de un momento, se acercó a la cama y se sentó en la silla de ruedas. La habitación apestaba al cobre ocre de la sangre. Era un lugar mugriento para morir: pañales metidos en una papelera de plástico, latas de cerveza por el suelo, frascos naranjas de pastillas y revistas pornográficas en la mesita de noche. A pocos metros de la cama había un armario. Kellaway encendió la bombilla de dentro. Eso le permitía ver y, a la vez, mantener al hombre de debajo de la sábana a media luz.

Jim Hirst con una .44 en la boca y los sesos esparcidos por el cabecero de la cama.

Había muerto cuando todavía le quedaba algo de whisky de su cumpleaños, un cuarto de la botella. La había dejado en la almohada, a su lado, como si supiera que Kellaway llegaría después y querría que se la devolviera. Se había vestido con la chaqueta de su uniforme de gala, con el Corazón Púrpura prendido en el pecho. A pesar de ello, no se había molestado en ponerse camisa, y tenía las sábanas subidas justo hasta por debajo de la gran pendiente de su tripa.

Cuando pasó por encima del cadáver de Jim para llegar al whisky, rozó con la manga una hoja de papel rayado. Lo cogió, se sentó en la silla y lo levantó para verlo a la luz del armario. No le sorprendió comprobar que la nota estaba dirigida a él.

Rand:

Hola, hermano. Si eres el que me encuentra (y espero que así sea), siento el espectáculo. Es que ya no lo soportaba más.

Hace unos tres meses pasé por el médico para una revisión rutinaria, y no le gustó cómo me sonaba el pecho. En la radiografía

descubrió una sombra en mi pulmón derecho. Me dijo que teníamos que realizar un seguimiento. Le respondí que me lo pensaría.

Y me lo pensé, y lo que pensé fue esto: «A la mierda». Ya no soporto el olor de mis meados, no hay nada bueno en la tele y Mary se ha ido. En cierto modo, llevaba un año en otra parte. Todavía pasaba los días conmigo, para cuidar de mí, pero se largaba a la hora de dormir para visitar a un tío que había conocido en el trabajo. Se pasa casi todas las noches con él y, cuando vuelve a casa, lo huelo en su piel. Huelo que se lo ha estado follando. Hace un par de días lo hizo oficial, me dijo que había llegado el momento de mudarse.

Nadie debería vivir así. A veces me meto la pistola en la boca y me sorprende lo bien que siento. Lo mucho que me gusta su sabor. Le he comido el coño a Mary mil veces, y te juro que prefiero chupar una .44.

Es como ese chiste para burlarse de los vegetarianos: si Dios no quisiera que comiéramos animales, no estarían tan ricos. Si Colt no quisiera que nos comiéramos una pistola, el lubricante para armas no estaría tan rico.

Creo que lo que por fin me dio el valor suficiente para hacerlo fue lo que pasó en el centro comercial. A la hora de la verdad, tuviste los huevos de dar un paso al frente y meter un balazo donde era necesario. Estuviste dispuesto a morir por evitar algo que era necesario evitar. Y eso es lo que yo siento, tío. No puedo seguir viviendo así. Tengo que parar, y tengo que ser lo bastante valiente como para pararlo. Para meter un balazo donde es necesario.

No podría hacerlo si tuviera que averiguar cómo colgarme o si tuviera que cortarme las venas y desangrarme poco a poco. Sé que no podría. Perdería el valor en el último minuto. Mi cerebro es mi enemigo. Gracias a Dios que hay un modo de apagarlo deprisa.

Ah, oye, si quieres alguna de mis armas, son todas tuyas. Sé que las valorarás como se merecen y que te ocuparás de ellas. Ja, ja, ja, ¿por qué no las pruebas con Mary? Que parezca que la maté en un asesinato-suicidio, y tú y yo montaremos una boda gay en el cielo.

Pero no estoy siendo nada gay cuando digo que te quiero, Rand. Has sido la única persona que ha venido a visitarme. La única a la que

le importaba. Hemos tenido nuestros momentos, ¿verdad?

Un abrazo,

Jim Hirst

Antes, cuando estaba fuera, le había dado la impresión de que Jim estaba cerca, de que su viejo amigo, aunque pareciera imposible, caminaba junto a él. Ahora sintió lo mismo. No estaba en la cama. Aquello no era más que carne podrida y sangre fría coagulándose. Kellaway creía ver a Jim con el rabillo del ojo, justo al otro lado del umbral, convertido en una enorme forma oscura que acechaba en el pasillo.

En el patio, se había asustado pensando que tenía al lado a Jim, pero ahora la idea no le molestaba en absoluto. Todo lo contrario: era un consuelo.

—No pasa nada, hermano —le dijo—. Ahora todo irá bien.

Dobló la nota y se la metió en el bolsillo. Descorchó la botella y se bebió un trago. Lo quemó por dentro.

Por primera vez desde la mañana del tiroteo en el centro comercial, se sentía tranquilo y centrado. Estaba convencido de que, si se hubiera encontrado en el pellejo de Jim, se habría pegado un tiro muchos años antes, aunque se alegraba de que su amigo hubiera llegado por fin a aquella conclusión.

Pensó que no era buena idea que la gente supiera que había descubierto el cadáver. Que Mary lo encontrara. O la hermana de Jim. O quien fuera. Si la prensa lo relacionaba con otra víctima de arma de fuego... Bueno, ¿qué le había contado Rickles? Lo devorarían, sin duda.

Pero Kellaway no tenía prisa por marcharse. Nadie iba a pasar por casa de Jim Hirst a las diez de la noche. Nadie les iba a molestar. Era whisky del bueno, y no era la primera vez que Kellaway dormía en el sofá de Jim.

Además: antes de salir por la mañana podría ir al garaje y echarle un vistazo a las armas de su amigo.

9:32 h

Oyó que sonaba el móvil y le dio un beso a Dorothy en la nariz, salió del dormitorio a oscuras de su hija y llegó al pasillo. Respondió a la tercera llamada, aunque no reconoció el número.

—Lanternglass —dijo—. *Possenti Digest*. ¿Dígame?

—¡No sé qué decirle! —respondió una voz alegre con un leve acento latino a través del siseo de la señal que rebotaba en un satélite en la otra punta del mundo—. Me llamó usted. Lauren Acosta, departamento del sheriff. ¡Hala!

El «hala» no parecía dirigido a ella. Había más gente exclamando lo mismo de fondo.

—Gracias por devolverme la llamada. ¿Está en Alaska?

—¡Sí! ¡Estamos viendo a las ballenas salir a la superficie! ¡Hala!

Al otro lado del teléfono, en el círculo polar ártico, Lanternglass oyó gritos, aplausos y un ruido como de alguien tocando mal una tuba.

—Perdóneme por interrumpir sus vacaciones. ¿Quiere seguir viendo sus ballenas y llamarme en otro momento?

—No, puedo hablar mientras contemplo a un animal de treinta toneladas muy sexy que da volteretas hacia atrás.

—¿Qué clase de ballenas son? —preguntó Dorothy.

Había salido de la cama con mucho sigilo y estaba en su puerta, mirando hacia el pasillo con unos ojos que brillaban desde sus dos pozos oscuros. Llevaba un gorro de dormir de rayas rojas y blancas, como si se lo hubiera afanado a Wally.

—No es asunto tuyo —respondió Lanternglass—. Vuelve a la cama.

—¿Qué dice? —preguntó Acosta.

—Lo siento, estaba hablando con mi hija. Está emocionada con sus ballenas. ¿De qué clase son?

—Ballenas jorobadas. Un grupo de dieciocho.

—Ballenas jorobadas —repitió la periodista—. Ahora, a la cama.

—Tengo que hacer pis —anunció Dorothy con remilgo mientras pasaba junto a su madre y se alejaba por el pasillo de camino al cuarto de baño. Cerró la puerta al entrar.

—Lauren, la llamo por Randall Kellaway. Seguro que habrá oído...

—Ah, ese tío.

Lanternglass se tensó, notó un curioso cosquilleo a lo largo de la espina dorsal, como si alguien le hubiera echado el aliento en la nuca.

—¿Lo conoce? ¿Le entregó usted algunos papeles del juzgado?

—Sí, la orden de alejamiento. Tuve que recoger la mitad de su arsenal. Mi

colega, Paulie, recuperó el resto de su casa. El tío tenía un Uzi automático. ¡Y lo llevaba en el coche! ¿Sabe qué clase de persona lleva un Uzi en el coche? El secuaz del malo de las pelis de James Bond. ¿Qué pasa con Kellaway? Espero que no haya disparado a nadie.

Lanternglass se apoyó en la pared.

—Mierda, no lo sabe.

—¿Que no sé el qué? Oh, no —dijo Acosta, que acababa de perder toda la alegría de la voz. De fondo, alguien volvía a tocar aquella horrible nota en la tuba—. Por favor, dígame que no ha matado a su mujer. Ni al niño.

—¿Por qué...? ¿Por qué se le ha ocurrido eso?

—Porque por eso le quitamos las armas. Tenía la mala costumbre de apuntar con ellas a los miembros de su familia. Una vez, su mujer se llevó al crío a casa de su hermana para ver una película. Le dejó una nota al marido, pero la nota se cayó del frigo, así que Kellaway no la encontró cuando volvió del trabajo. Empezó a pensar que se había largado con el niño. Cuando por fin llegaron a casa, Kellaway sentó al niño en su regazo y le preguntó a la mujer si sabía lo que haría si alguna vez lo abandonaban de verdad. Entonces apuntó con su pistola a la cabeza de su hijo y dijo: «Bang». Después apuntó hacia ella y le guiñó un ojo. Es un puto psicópata de primer orden. El crío no estará muerto, ¿no?

—No, no es eso.

La periodista le contó lo del centro comercial.

Cuando terminó, Dorothy ya había salido del baño y estaba apoyada en la pared, a su lado, con la mejilla contra su cadera.

—A la cama —repitió su madre moviendo los labios en silencio. La niña no se movió, fingió no enterarse.

—Vaya —dijo Acosta.

—¿Existía alguna excepción a la orden que le permitiera llevar un arma a su lugar de trabajo? ¿Por sus obligaciones?

—No para un poli de centro comercial. De haber sido un poli de verdad, puede. O un soldado. No lo sé. Tendría que buscar las transcripciones de su vista.

—He examinado la página web de los registros públicos y no había nada sobre una orden de divorcio.

—No, no la habrá porque no se divorciaron. La mujer es muy asustadiza, es un caso claro de síndrome de Estocolmo. Se pasó años sin dejarla tener móvil propio. Ni cuenta de correo electrónico. La única razón por la que lo abandonó fue que tiene más miedo de su hermana que de su marido. Y las órdenes de alejamiento se procesan en el juzgado. Tienen que sacarse *online*. Puedo pedirle a alguien que le envíe una copia por correo electrónico, si quiere. ¿Mañana, pasado mañana?

Lanternglass guardó silencio, estaba medítándolo. Necesitaba ver una transcripción del juicio para que Tim le permitiera imprimir que Kellaway había apuntado con una pistola a su mujer y a su hijo. Pero al menos podría meter algo en la edición del día siguiente sobre la orden de alejamiento, decir que le habían prohibido llevar armas de fuego después de... ¿qué? ¿Amenazar a su mujer y a su hijo? «Amenazar» era un verbo seguro. Quizá Tim se lo permitiera.

—Sí —respondió—. Se lo agradecería. Aunque, si le parece bien, me gustaría meter algo sobre todo esto en la edición de mañana. «Una fuente del departamento del sheriff nos informa de que...».

—A la mierda, use mi nombre completo. Mejor aún, mire a ver si encuentra una foto mía. Me encantaría ver mi cara en el periódico.

—¿Le parece bien que la mencione directamente?

—Por supuesto. Kellaway y yo nos caímos de miedo cuando nos conocimos. Seguro que le encantará comprobar que todavía pienso en él.

La tuba gimió.

—¿Es eso una bocina de niebla?

—¡Es una ballena! —chilló Acosta. Se oían más vítores de fondo—. ¡Nos están cantando una serenata!

La periodista no sabía cómo Dorothy había conseguido oír lo que decía Acosta, pero, de repente, estaba dando saltitos.

—¿Puedo oírlo? ¿Puedo escucharlo?

—¿Señora Acosta? Mi hija me pregunta si podría levantar el teléfono para oír a las ballenas.

—¡Póngamela!

Lanternglass bajó el móvil y lo pegó a la oreja de Dorothy. Después se enderezó y observó a su hija. Ocho años. Ojos enormes, rostro tranquilo,

atento. Escuchando la canción del mundo.

13 de julio

8:42 h

Kellaway se despertó antes de las nueve, se despegó del sofá y fue al baño arrastrando los pies para echar una meada. Cuando regresó diez minutos después con tostadas y café, vio su enorme rostro impasible y rasposo en la tele, por encima de un rótulo que decía: «¿En la línea de fuego?». Se había desmayado con la televisión puesta y el volumen bajado, había dormido profundamente con el parpadeo silencioso de aquella extraña luz. Se sentía mejor ahora que volvía a llevar pistola, así que se había quedado frito con la Webley & Scott británica de Jim en el suelo, a su lado.

Se sentó al borde del sofá; sin darse cuenta, sujetaba la pistola en una mano y el mando en la otra. Subió el volumen.

—... después de la historia sobre el despido de Randall Kellaway del ejército tras las *acusaciones* de uso excesivo de la *fuerzadurante* su servicio en la policía militar —dijo el presentador de las noticias matutinas. Hablaba con el estilo popularizado por Wolf Blitzer: en frases segmentadas, poniendo el énfasis en cualquier palabra que resultara medianamente dramática—. Ahora, el *St. Possenti Digest* publica un *sorprendente artículo* en el que se afirma que Kellaway tiene *prohibida* la posesión de *armas* de fuego por haber amenazado a su mujer y a su hijo pequeño. La sargento del departamento del sheriff, Lauren Acosta, *confirma* al *Digest* que Kellaway no contaba con un permiso especial para llevar armas por su trabajo como vigilante de seguridad del centro comercial y que la posesión de la .327 constituiría una clara *violación* de la orden contra él. Todavía no sabemos por qué la señora Kellaway pidió tal orden ni la naturaleza de las *amenazas* que sufrió por parte de su marido. El señor Kellaway y la policía de St. Possenti todavía no han respondido a nuestras llamadas, pero esperamos que el jefe de policía Rickles haga una declaración hoy mismo, cuando llegue al Miracle Falls a las once de la mañana para la ceremonia de encendido de velas en memoria de las

víctimas del reciente ataque. Está previsto que Randall Kellaway encienda la primera vela, y quizá realice alguna declaración, no lo sabemos, pero allí estaremos, en directo, para cubrir...

Era ella, por supuesto. Era la negra, Lanternglass, la que había aparecido la noche anterior para emboscarlo al salir del estudio de televisión local. No podía dejarlo en paz. Le daba igual que no volviera a ver a su hijo. Para ella no era más que un personaje en una historia desagradable que podía usar para vender periódicos.

No se había atrevido a reconocer hasta esa momento que parte de él empezaba a creer que podía aprovecharse de aquella fama inesperada para recuperarlo todo: a Holly y a George, claro, pero también algo más. «Sus derechos» eran las palabras que se le ocurrieron, aunque no era del todo eso. No era su derecho a tener pistola o no sólo su derecho a tenerla. Había más. Le daba la impresión de que aquella América en la que una latina sonriente podía alejarlo de su hijo tenía algo de obscena. Daba igual que él trabajara cincuenta horas a la semana, daba igual que se hubiera sacrificado como soldado para representar a su nación en una tierra extraña y hostil. La idea de la negra diminuta sonriéndole mientras le pegaba el móvil a la cara y lo acribillaba a preguntas con doble sentido lo ponía malo. Era grotesco que viviera en una sociedad en la que alguien como ella se ganaba la vida humillando a alguien como él. A ella le daba igual que George oyera en la tele que su padre era un hombre enfermo que amenazaba con un arma a su propia familia. Le daba igual lo que los otros niños le dijeran a George en el colegio, que se burlaran de él y lo acosaran. Lanternglass había decidido que era un delincuente en cuanto le puso los ojos encima. Era hombre y blanco, así que, obviamente, era un criminal.

Kellaway apagó el televisor.

Oyó neumáticos sobre la grava de fuera.

Se levantó, apartó la cortina un poco y vio a Mary entrando en el camino con un RAV4 de color plátano que no le sonaba. De lo alto de las palmeras brotaban volutas de humo que se convertían en espuma dorada bajo la luz de primera hora de la mañana.

Kellaway dejó la Webley en el sofá y abrió la puerta cuando Mary detuvo el coche y salió del RAV.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber ella.

—Podría preguntarte lo mismo.

Se colocó delante del RAV, tan delgaducha y musculosa como siempre, con unos vaqueros cortados y una camisa de franela de hombre. Se llevó una mano a los ojos como si pretendiera protegerlos del sol, a pesar de que no pegaba mucho.

—Tengo que recoger un par de cosas. ¿Te lo ha contado?

—Me he enterado. Disfrutaste de la buena vida con el dinero de su seguro hasta que se acabó y después abandonaste el barco, ¿no?

—Si te parece que cambiarle los pañales y bombearle la polla todas las noches era la buena vida, hazlo tú un tiempcito.

—No sé nada de cambiarle los pañales, pero ¿puedes venir aquí y decirme dónde están las bolsas de orina? La que tiene está a reventar y hay meados por todas partes.

—Dios mío. Dios mío. ¿Cuánto le dejaste beber anoche?

—Demasiado, supongo.

—Y luego dicen que hay que contratar a los putos discapacitados. Deja, yo lo arreglo.

—Gracias —respondió él mientras entraba en la casa—. Me reuniré contigo en el dormitorio.

9:38 h

Cuando terminó y ella estuvo en el suelo con un agujero de bala en el ojo derecho, Kellaway le puso la .44 de Jim en la mano. Se quedó sentado al borde de la cama un rato, con las muñecas sobre las rodillas. El eco del disparo le palpitaba en el cuerpo, seguía reverberando a pesar de que ya debería haber parado. Era como si se hubiera apagado por dentro. Estaba en blanco. Mary había llorado al mirar el cañón de la pistola. Mientras le caían los mocos de la nariz, se había ofrecido a chuparle la polla. Las lágrimas y los mocos irían bien. Así parecería que había estado llorando antes de dispararse.

¿Cómo lo entenderían los polis? Quizá supondrían que, después de descubrir el cadáver de su antiguo amante, había decidido unirse a él en la otra vida, una Julieta andrajosa que corría detrás de su Romeo discapacitado y diabético. Por otro lado, puede que su novio no fuera capaz de asegurar que

había estado en la cama con ella toda la noche. Quizá le colgaran a Mary el asesinato de Jim. Evidentemente, no iban a encontrar la nota de suicidio. Kellaway se la llevaría y se desharía de ella en alguna parte.

O puede que la policía se oliera un montaje, pero ¿qué mierda importaba? Que intentaran demostrar algo. Que intentaran pescarlo. Se había librado del anzuelo en el centro comercial y se libraría de este.

Necesitaba aire fresco, así que salió para buscarlo. Salvo que no lo había. El día apestaba a cenicero. Casi se estaba mejor dentro.

Los pensamientos de Kellaway daban vueltas como las chispas que se alzaban de un fuego al desplomarse. Estaba esperando a que se asentaran cuando oyó (casi sintió) un débil latido en el aire. Las finas partículas de humo temblaron a su alrededor. La mañana estaba repleta de extrañas vibraciones y estremecimientos. Ladeó la cabeza y escuchó, y oyó la música lejana de su móvil.

Caminó pesadamente hasta su coche y recuperó el móvil del asiento del copiloto. Tenía siete llamadas perdidas, casi todas de Jay Rickles. El que llamaba en ese momento también era él.

—¿Sí? —respondió.

—¿Dónde coño llevas toda la mañana? —El jefe de policía sonaba mosqueado.

—He salido a dar un paseo. Necesitaba aclararme las ideas.

—¿Ya las tienes claras?

—Supongo.

—Bien, porque tienes un buen lío entre manos. Dentro de una hora, todas las cadenas de noticias del estado van a emitir la historia de que apuntaste con una pistola a tu niño pequeño y amenazaste a tu mujer con matarlo si te abandonaba. ¿Sabes cómo te deja eso?

—¿De dónde has sacado esa historia?

—¿De dónde crees que la he sacado, ¿eh? Leí la puta transcripción de tu puta vista hace dos horas. Llegué a ella antes de que lo hiciera nadie más para saber a qué me enfrentaba. En todo este tiempo, ¿no se te ha ocurrido mencionármelo?

—¿Por qué iba a mencionar algo tan humillante?

—Porque iba a salir de todos modos. Porque te sentaste a mi lado en la

tele mientras le contaba al mundo que eras un gran héroe por cargarte a una asesina con una pistola que no tenías permiso para llevar.

—Piensa en que ha sido una suerte que no cumpliera la orden. Becki Kolbert acababa de empezar la matanza cuando llegué.

Rickles respiró hondo, con el aliento entrecortado.

—Regresé de Irak con síndrome de estrés postraumático —añadió Kellaway—. No tomé antidepresivos porque no quería resolver mis problemas con medicación. Jamás he apuntado con una pistola a mi hijo, aunque sí que he hecho cosas de las que me arrepiento. Cosas que me gustaría poder deshacer. De no haberlas hecho, mi hijo seguiría viviendo conmigo.

Gran parte de aquello era cierto. Había apuntado a George con una pistola, una vez, para dejarle algo claro a Holly, pero no estaba cargada. Y, por lo que sabía, era muy posible que sufriera síndrome de estrés postraumático. Total, casi todos los que regresaban de Irak lo tenían. No mentía al decir que nunca había tomado antidepresivos. No se los habían ofrecido.

Rickles guardó silencio un buen rato. Cuando habló, su voz seguía empañada de emoción, aunque Kellaway notó que se había tranquilizado:

—Y eso es lo que le vas a contar a la prensa hoy, en lo de las velas. Se lo vas a decir con esas mismas palabras.

—Ya sabes que es esa periodista, que intenta remover la mierda —repuso el vigilante—. La negra. La misma que intentó dejar mal a tu departamento. La gente no se cree que los negros también puedan ser racistas, pero sí que pueden. Me fijé en su forma de mirarme. Soy un blanco con un arma, y para ellos somos todos nazis. A ti te miró igual.

Rickles se rio.

—Vaya que sí. Da igual que haya llevado un montón de juguetes a los negritos con mamis que viven de los cupones de comida y papis que duermen en la cárcel. Los negros se sienten mal por todo lo que no tienen, así que están resentidos con la gente que ha conseguido abrirse camino en la vida. Para ellos, no es el trabajo duro lo que te lleva a donde estás, sino el sistema racista.

—¿Seguro que quieres que vaya a lo de las velas? —le preguntó Kellaway—. Quizá sea mejor para ti que no te relacionen mucho conmigo.

—A la mierda —respondió el jefe de policía; se rio de nuevo y Kellaway supo que estaba todo arreglado—. Ya es tarde, además. Hemos salido juntos

en la tele por cable todas las noches durante toda la semana. Todavía no lo sabes, pero recibí un correo de un tío importante de la NRA, y quieren que demos el discurso de inauguración juntos en Las Vegas, el año que viene. Habitaciones de hotel, todo pagado, diez mil dólares por la charla. Les conté lo de la orden de alejamiento y no les importó. Por lo que a ellos respecta, no es más que otra prueba de que el estado pone en peligro a la gente cuando decide arrebatarnos sus derechos. —Suspiró y añadió—: Lo superaremos. Sigues siendo el bueno. Pero... se acabaron las sorpresas, Kellaway. ¿De acuerdo?

—Se acabaron —repitió él—. Nos vemos en tu casa dentro de media hora.

Colgó, respiró el aroma a chamusquina y piñas crepitantes, y se irguió entre el humo de un mundo en llamas. Al cabo de un momento volvió a tirar el móvil al asiento del copiloto. Se le ocurrió que antes de salir a la carretera podía recoger la Webley y meterla en el maletero. Jim ya no la necesitaba.

Tampoco necesitaba las armas del garaje. Kellaway decidió tomarse un minuto para echar un vistazo y comprobar si le gustaba alguna. Jim le había dicho que se llevara lo que quisiera.

9:44 h

—Aquí —dijo Okello, señalándose los pies.

Estaban a medio camino de las grandes escaleras de caracol del centro de Miracle Falls, en un profundo pozo de luz solar, bajo un techo inclinado de claraboyas.

—Me agaché y me quedé aquí —indicó Okello—. Sarah me tenía enviándole mensajes cada treinta segundos porque quería asegurarse de que seguía vivo.

—Sobre eso quería preguntarte, precisamente —repuso Lantern-glass—. Vamos a terminar de subir. Quiero echarle un vistazo a Devotion Diamonds.

Llegaron a lo alto de las escaleras, los tres: Okello, Lanternglass y Dorothy. La periodista había llamado al chico a la hora del desayuno para preguntarle si podía leer y, a ser posible, incluir citas de sus mensajes de texto a Sarah. No mencionó que quería echarles un vistazo a las marcas de tiempo de los mensajes para comprobar si desvelaban el momento en el que se produjo cada uno de los disparos. Okello se había ofrecido a algo mejor.

—El centro comercial vuelve a abrirse esta mañana. Hay una ceremonia de encendido de velas a las once.

—Lo sé —había respondido Lanternglass—. Pensaba ir para cubrir la noticia.

—Pues venga a las nueve y media, antes de que abran las tiendas. Reúnase conmigo a la entrada del Boost Yer Game. Puedo enseñarle los mensajes y repasar con usted por dónde pasé y lo que oí.

—¿No te supone un problema?

—¿Me toma el pelo? Mis hermanas pequeñas se van a volver locas cuando me vean en el periódico. Incluso los desconocidos me paran por la calle para hacerse *selfies* conmigo. Me está empezando a gustar esto de la fama. Creo que me pega.

Ella había sonreído, aunque también sintió un pellizco en el pecho. En aquel instante, Okello le sonó casi igual que Colson.

La entrada al Devotion Diamonds todavía estaba bloqueada por una cinta amarilla de la policía. Al otro lado, las puertas estaban cerradas con llave. El resto de las tiendas de la galería estaban ocupadas con las preparaciones para la ceremonia de las once y la llegada de una multitud de curiosos. Se oían gritos que rebotaban en el gran espacio vacío del patio central. La persiana del Lids, la tienda de sombreros de al lado del Devotion Diamonds, estaba subida, y un porrero con cara de dormido y frondosa melena rubia hasta los hombros usaba una etiquetadora para poner pegatinas indicando el veinte por ciento de descuento en las gorras de béisbol.

—¡Sombreros! —exclamó Dorothy mientras le apretaba la mano a su madre. Ella llevaba un sombrero peludo amarillo con forma de cabeza de pollo, atado bajo la barbilla—. ¡Sombreros! ¡Mamá!

—Mm-hm —respondió Lanternglass. Después estiró el cuello y alzó la voz para que la oyera el porrero—: Oye, ¿te importa que mi hija eche un vistazo?

—¿Qué? No, claro, adelante —respondió él, y Dorothy le apretó de nuevo los dedos a su madre antes de salir corriendo por los pasillos del Lids.

—Lo siento, la verdad es que no hay mucho que ver —comentó Okello—. Pero ¿quiere echarle un vistazo a mi móvil? —Se lo ofreció—. He buscado mis mensajes de ese día. Estooo, no retroceda más, ¿vale?

—¿Fotos? —preguntó ella.

—Ya sabe —respondió Okello con una sonrisa.

—Ya ha terminado el instituto, ¿no?

Okello frunció el ceño y puso cara de ofendido.

—¡Es un año mayor que yo!

—¿Has terminado tú el instituto?

—Ya le dije que estoy en la universidad. Por eso trabajo aquí. Los libros no se pagan solos.

—Al final son ellos los que te pagan a ti, si no los sueltas —repuso la periodista, y aceptó su móvil.

Me cago en la puta, la chica acaba de entrar
en Devotion Diamonds y está
disparando.

10:37

De verdad. Tres disparos.

10:37

QUÉ??? Dónde estás?
Estás bien?

10:37

En las escaleras grandes, a medio
camino. Estoy tirado en los escalones.
Casi lo veo todo desde aquí.

10:38

NO TE LEVANTES. Puedes irte?
OMG OMGOMG Me estoy
poniend omala

10:38

Si bajo las escaleras me va a ver cualquiera que esté en el pasillo de arriba.

10:39

Te quiero.

10:39

Yo también te quiero.

10:39

No te muevas. Quédate donde estás. Dios mío. Estoy rezando como una loca.

10:39

Dices que la de la pistola es una chica, la has visto?

10:40

Otro dispositivo.

10:40

“disparo” no “dispositivo”

10:40

Dios Dios Dios por favor
por favor no quiero qu te disparen

10:40

A mí tampoco me haría gracia

10:40

idiota te quiero

10:40

Se ha caído algo y después
se ha oído otro disparo.

10:41

estás bien? no me has escrito

10:42

Estoy bien

10:42

por qué no has escrito

10:42

Sólo ha pasado un minuto.

10:42

Mehas asustado
sigue escribiendo

10:42

Estoy bien.

10:42

Sigo bien.

10:44

Mierda. Otro disparo.

10:45

Dios mío. Dios mío

10:45

No sé bien qué pasa.

10:46

Y otro disparo.

10:46

Vale, y si sales
corriendo?

10:46

Estoy bien. No quiero dejar los
frappachinos.

10:47

EL QUÉ CAPULLO?

10:47

Tengo frappachinos. No puedo
salir corriendo con ellos.
Se van a derramar.

10:48

Te odio. Mucho.

10:49

Había más, pero Okello no volvía a mencionar más disparos. Después llegaron los polis y le pisaron la mano a las 10:52, menos de veinte minutos después del primer disparo, pero demasiado tarde para cambiar lo sucedido.

Por lo que decía la policía de St. Possenti, Becki Kolbert le había metido tres balazos a su jefe y uno a la señora Haswar y su bebé. Kellaway había entrado, había disparado dos veces, había acertado una vez a Kolbert y había fallado la segunda. Después, un último tiro cuando Kolbert se levantó de nuevo para disparar a Bob Lutz. Siete en total.

Sin embargo, en las marcas de tiempo, los disparos estaban agrupados de

otro modo, mal. Tres, después dos un poco más tarde (y cayó algo, ¿el qué? ¿El ordenador, quizá?), después otro y a continuación el último. Lanternglass tenía unas cuantas ideas sobre lo que aquello significaba, aunque no era algo que pudiera llevar a imprenta. Ni siquiera estaba segura de que Tim Chen fuera a dejarle publicar la discrepancia entre los mensajes de Okello y el informe oficial.

Le devolvió el móvil al chico y se sacó el suyo del bolsillo.

—Si quiere capturas de pantalla de esto, no hay problema —se ofreció él.

—Quizá. Deja que hable con mi editor y le comente un par de posibilidades.

Dorothy llegó dando saltitos a la entrada del Lids y se detuvo junto a la barrera de seguridad con un gorro de mapache con patitas de mapache y cara de mapache. No estilo Davy Crockett, sino más bien como una marioneta de mano que encajaba en la cabeza de una persona.

—No —dijo su madre, y la sonrisa de la niña se evaporó para dar paso a un feo ceño.

—Está al veinte por ciento de descuento.

—Que no. Déjala en su sitio —insistió Lanternglass mientras llamaba a la oficina.

—Tengo que hacer pis —repuso Dorothy.

—Dentro de un minuto.

—Es probable que tengan un baño para empleados en el Lids —sugirió Okello, que hizo un gesto de cabeza en dirección al porrero del pelazo—. Oye, hermano, ¿te importa que la enana use vuestro baño?

El porrero parpadeó despacio y respondió:

—Claro que no, tío. Adelante.

Dorothy empezó a corretear de vuelta al interior del Lids.

—No, espera —la llamó el porrero en tono soñoliento. Era como si acabara de despertarse—. Porrás. Los de mantenimiento están dentro. Llevamos tres meses pidiéndoles que arreglen la cadena. Hemos necesitado un tiroteo para que por fin tengan un hueco.

Dorothy le echó a su madre una mirada de desconcierto con los ojos muy abiertos: «¿Y ahora qué?».

—Espera —siseó Lanternglass justo cuando Tim Chen respondió al

teléfono.

—Aisha —dijo él sin preámbulos—. ¿Te has enterado?

—¿De qué?

—De la orden de evacuación. —Tim sonaba tranquilo, casi apacible—. El cuerpo de bomberos del Servicio de Parques llamó hace cuarenta minutos y lo hizo oficial: tenemos que abandonar la oficina antes de las diez de mañana por la mañana.

—Y una mierda, me tomas el pelo.

—Yo no hago de eso —contestó Tim.

—Cierto. Eres el tío más estreñido que conozco.

—Necesito que vuelvas por aquí. Va a venir todo el mundo, y tengo a Shane Wolff a punto de llegar para empaquetar los ordenadores. Hay árboles en llamas a menos de un kilómetro, y el viento empieza a arreciar.

—¿Vamos a perder el edificio? —preguntó ella.

Le sorprendía su propia calma, aunque notaba la ansiedad como un peso liso y duro en la boca del estómago, como si se hubiera tragado una piedra.

—Digamos que no nos prometen nada.

—¿Y la ceremonia de las velas?

—La cubrirán en la tele. Podemos verla cuando tengamos tiempo.

—¿Vamos a poder sacar la edición de mañana?

Cuando Tim Chen respondió, lo hizo en tono enérgico, casi duro. Nunca lo había oído hablar así.

—Por mis cojones que la saquemos. Este periódico lleva saliendo todos los días desde 1937, y no pienso ser el primer editor que decepcione al equipo.

—Regresaré en cuanto pueda salir de aquí —le prometió Lantern-glass, y colgó para buscar a su hija.

Esperaba encontrarla en Lids otra vez, escarbando entre los sombreros, pero la niña estaba sentada con Okello en un banco de acero del final del pasillo, los dos plantados en el mismo lugar que había ocupado Randall Kellaway justo una semana antes, después del tiroteo en Devotion Diamonds.

Pero en Lids había aparecido otra persona: un anciano asiático delgaducho con un mono de mantenimiento sucio. Llevaba una llave inglesa chorreando en una mano y la agitaba frente al porrero mientras mascullaba con voz grave, casi enfadada.

—¿Va todo bien? —le preguntó la periodista.

El de mantenimiento guardó silencio y clavó su adusta mirada en ella. El porrero se encogió de hombros en dirección a Lanternglass, avergonzado.

—Le diré lo que le he dicho a él. La última persona que usó ese váter dejó algo dentro —explicó el hombre de mantenimiento agitando la llave—. Creo que alguien debería echar un vistazo.

El porrero levantó una mano para tranquilizarlo.

—Y como le he dicho yo: tío, sea lo que sea, no he sido yo. Se lo juro por Dios. Yo nunca cago en el centro comercial.

10:28 h

Cuando Kellaway entró con su Prius en el patio de conchas blancas machacadas, Jay Rickles ya estaba en la cabina de su ranchera, sentado en la puerta abierta con los pies sobre el estribo cromado. Kellaway salió de su coche y subió al del jefe de policía.

—¿Es lo mismo que llevabas puesto anoche? —preguntó Rickles mientras cerraba su puerta y arrancaba la camioneta.

Él llevaba un uniforme de gala immaculado: chaqueta azul con doble fila de botones de latón, pantalones azules con una raya negra en los laterales, la Glock en la cadera derecha, dentro de una pistolera de cuero negro que parecía recién engrasada. Kellaway vestía una americana azul arrugada y un polo.

—Es lo único que tengo para salir en la tele.

Rickles gruñó. Aquel día ya no era el abuelo sonriente y agradecido de ojos llorosos, sino que estaba quemado e irritable. Salieron con un acelerón cabreado.

—Se suponía que era la bienvenida de un héroe —dijo el jefe—. ¿Sabías que la idea era que colocáramos juntos una corona de rosas blancas?

—Creía que íbamos a encender una vela cada uno y ya está.

—A los de relaciones públicas les pareció que quedaría bonito. Y el presidente de Sunbelt Marketplace, el tío que dirige el centro comercial Miracle Falls...

—Sí. Lo conozco. ¿Russ Dorr?

—Sí, él. Iba a regalarte un Rolex. No sé si todavía piensa hacerlo. A la gente no le gusta demasiado colgarles medallas a los maltratadores.

—Jamás he tocado a Holly. Ni una vez en toda mi vida —le aseguró Kellaway.

Y era cierto. El vigilante creía que, si tenías que recurrir a los nudillos con una mujer, es que ya habías perdido el control de la situación hasta límites bochornosos.

Rickles se hundió un poco en el asiento.

—Lo siento —dijo—. Lo retiro. Ha sido un ataque innecesario. —Después de unos segundos, añadió—: Yo nunca he apuntado con un arma a mi mujer, aunque sí que usé el cinturón con mi hija mayor, cuando tenía siete años. Había escrito su nombre con ceras por todas las paredes, y se me fue la cabeza. Le pegué con el cinturón, y la hebilla le dio en la mano y le rompió tres dedos. Fue hace más de dos décadas, pero todavía lo tengo muy presente. Estaba borracho. ¿Estabas tú borracho?

—¿Qué? ¿Cuando la amenacé? No. Tan sobrio como tú ahora mismo.

—Habría sido mejor si hubieras estado bebiendo. —Rickles se puso a tamborilear con el dedo en el volante. La radio de la policía crepitó bajo el salpicadero, y oyeron voces de hombres hablando, repitiendo códigos en tono perezoso y lacónico—. Daría lo que fuera por volver atrás en el tiempo y evitarlo... Lo que le hice a la mano de ni niña, me refiero. Fue horrible. Estaba jodido y me autocompadecía. Me retrasé con un préstamo. Me quitaron el coche. Malos tiempos. ¿Vas a misa?

—No.

—Pues piénsatelo. Parte de mí siempre tendrá el corazón herido por lo que hice. Aun así, me redimió la gracia de Cristo y, al final, encontré la fuerza suficiente para perdonarme y seguir adelante. Y ahora tengo un montón de nietos maravillosos y...

—¿Jefe? —lo llamó una voz desde la radio—. Jefe, ¿está ahí?

El jefe agarró el micro.

—Aquí Rickles. Adelante, Martin.

—Es sobre lo del centro comercial. ¿Ha recogido ya a Kellaway?

Rickles se prendió el micrófono en el pecho y miró al vigilante de soslayo.

—Me va a decir que no te van a dar el Rolex. ¿Quieres estar presente o

no?

—Supongo que mejor le dices que todavía no me has visto. Si te dice que no me van a regalar un reloj caro, te prometo que procuraré no llorar de fondo.

Rickles se rio, una fina red de arrugas le apareció en las patas de gallo y, por un momento, volvió a ser el de siempre.

—Me caes bien, Rand. Siempre me has caído bien, desde la primera vez que te vi. Espero que lo sepas. —Sacudió la cabeza, apenas capaz de controlar la risa, y pulsó el micro—. No, el muy hijo de puta todavía no ha aparecido. ¿Qué pasa?

Circulaban por la autopista, a través de una niebla de humo azul pálido, a unos diez minutos del centro comercial. El viento agitaba la alta ranchera y la zarandeaba de un lado a otro.

—Fiu —dijo Martin—. Bien. Escuche, tenemos un problema de los gordos. Un tío de mantenimiento estaba arreglando un váter de empleados del Lids, la tienda de al lado del Devotion Diamonds, y no se va a creer lo que ha encontrado en la cisterna. Una bala de plomo. Tiene toda la pinta de ser la que no encontrábamos, la que acabó con la señora Haswar y su bebé. Corto.

—¿Cómo coño ha acabado en un váter? Corto.

—Bueno, pues alguien la habrá tenido que meter. La cosa se pone peor, jefe. Esa periodista, Lanternglass, estaba allí mismo y se ha enterado de todo. ¿Qué se apuesta a que sale en todas las noticias para mediodía? Corto.

Mientras Martin parloteaba, Kellaway se echó sobre el asiento del conductor y desabrochó la pistolera del jefe. Rickles bajó la vista cuando el vigilante sacó la Glock y le clavó el cañón en las costillas.

—Dile que vaya a mi casa y que te reunirás allí con él; después cuelga.

Rickles sostenía el micrófono en la mano; sus ojos azul claro contemplaban con sorpresa la pistola.

—Y no apartes los ojos de la carretera —añadió Kellaway mientras el jefe levantaba la vista y frenaba a fondo para no estrellarse contra la parte de atrás de un Caprice que se arrastraba a través del humo.

Rickles pulsó el micrófono.

—Dios, vale, qué puto lío. Será mejor... Será mejor que nos reunamos en la casa de Kellaway. Todavía no ha aparecido por la mía, así que seguramente seguirá allí. Que los agentes que lleguen primero lo retengan. Pongo las luces

de fiesta y voy para allá. Corto y cierro.

Soltó el micrófono y lo colgó en la radio.

—Para en esa gasolinera —le ordenó Kellaway—. La Shell de la derecha. Te voy a dejar salir para que te largues... porque tú también me caes bien, Jay. Siempre has sido muy generoso conmigo.

Rickles activó el intermitente y empezó a frenar. Tenía el rostro tenso, impasible.

—¿Yasmin Haswar? ¿Y el niño, Ibrahim? ¿Fuiste tú?

—No era mi intención ni en un millón de años —respondió Kellaway—. Dicen que las armas no matan gente, que la gente es la que mata. Pero me da la impresión de que la pistola los quería a los dos. De verdad que sí. Yasmin Haswar salió de ninguna parte, como si supiera que había una bala esperándola. A veces son las armas las que matan a la gente.

La camioneta paró en un aparcamiento con ocho hileras de surtidores y una pequeña tienda central. A aquellas horas de la mañana la mayoría de las bombas estaban vacías. Una película de humo azul flotaba por el lugar y se deslizaba por el tejado del diminuto supermercado. La luz intermitente de la ranchera seguía con su clic, clic, clic.

—Qué montón de mierda —dijo Rickles—. Eres un gilipollas. Un gilipollas descuidado. Las pistolas no se disparan sin más.

—¿Ah, no? —le preguntó Kellaway, y le disparó.

10:41 h

Le desabrochó el cinturón de seguridad a Rickles y tiró de él para que el corpulento hombrecillo se quedara tumbado sobre el asiento del conductor y el copiloto. Después, Kellaway salió, rodeó el coche hasta el lado del conductor y se colocó al volante. La ventana estaba manchada de sangre y tejidos, como si alguien hubiera lanzado una gran bola de *slime* rosa contra el cristal.

Empujó a Rickles para tener más sitio, y el hombre resbaló y cayó al estribo del lado del copiloto. Solo los pies se le quedaron enredados en el asiento.

Un tío acababa de salir de la tienda, un cincuentón de largo pelo gris con una camiseta de Lynyrd Skynyrd debajo de una camisa de franela sin abrochar.

Kellaway lo saludó con la mano, como si nada, y el tío le devolvió el saludo con la cabeza y se metió un cigarrillo entre los labios. Quizás hubiera oído el disparo y salido a echar un vistazo. Quizá quisiera fumar. Nadie más se fijó en la ranchera. No fue como en la tele. La gente no se percataba de lo que oía, no procesaba lo que veía. Un vagabundo muerto podía pasarse varias horas tirado en la calle sin que los apurados peatones se dieran cuenta de que no estaba dormido.

Kellaway regresó a la casa de Jay y se alejó de la vida que había vivido durante los últimos quince años. Creía que sus oportunidades de huir eran muy limitadas, aunque tenía unas cuantas cosas a su favor. Esas cosas estaban en su Prius. Una de ellas, con un cargador automático.

Entró en el patio de la propiedad de Rickles y aparcó la camioneta. Al bajar se abrió la puerta principal y el crío rubio llamado Merritt se quedó allí parado, mirándolo. El vigilante asintió con la cabeza («¿Cómo te va?») y caminó muy tieso hasta su Prius sin soltar la Glock de Rickles. La lanzó al asiento del copiloto de su coche y salió de allí. Cuando miró por el retrovisor, el crío había girado la cabeza para observar la camioneta de su abuelo. Quizá se preguntara por qué la ventana del lado del conductor estaba llena de mierda por dentro.

Una ráfaga de viento intentó sacar al Prius de su carril y tirarlo a la cuneta, y Kellaway tuvo que forcejear con el volante para mantenerse sobre el asfalto. El humo se agitaba a su alrededor en su camino al oeste.

Si avanzaba deprisa y no vacilaba, creía tener tiempo de alejar a George de Holly y de su cuñada. Tenía un barco de dieciocho metros de eslora con motor fueraborda; en los buenos tiempos a veces se llevaba a su hijo a pescar en él. Se le ocurrió llevárselo y huir a las Bahamas. Se esconderían en las rocas junto a Pequeña Ábaco y puede que al final llegaran hasta Cuba. Había más de trescientos kilómetros de Freeport a la isla Gran Bahama, y dudaba haber recorrido alguna vez más de cinco kilómetros seguidos en el barco, pero no temía el oleaje en alta mar ni desviarse del rumbo y asarse a fuego lento hasta morir bajo el sol ecuatorial, ni volcar y ahogarse con su hijo. Le parecía mucho más probable que la Guardia Costera lo encontrara en el agua y que un francotirador le volara los sesos desde un helicóptero con George de testigo.

Si podían darle desde el helicóptero. Si no los derribaba él primero.

Además, quizá mantuvieran las distancias si no estaban seguros de lo que

pensaba hacer con el crío. Nunca apuntaría con un arma cargada a su hijo, pero, desde el aire, ¿cómo iban a saber si estaba cargada o no?

Los bulevares eran amplios y abiertos, aunque cuanto más se alejaba, menos imponentes eran las casas. Los modestos bungalós de una planta salían flotando de entre la niebla y volvían a desaparecer en ella. Resultaba imposible identificar las marcas de los demás vehículos en aquella bruma sucia. Los faros asomaban por encima de la sopa y seguían navegando, unidos a las sombras. En las películas, un hombre con licencia para matar pulsaba un botón y liberaba una nube de humo por la parte de atrás de su Aston Martin para cegar a sus perseguidores y huir. Kellaway tenía que conformarse con un Prius en vez de con un deportivo británico, pero su humo era mucho más efectivo.

La furgoneta BMW plateada de Frances estaba en el camino de entrada, aparcada con el morro en dirección al garaje, así que pudo leer la pegatina de «COEXISTIR» que llevaba atrás. Se colocó justo detrás para bloquearla y salió. El viento atravesaba el césped, y los ojos le picaban con el humo. Llevaba la Glock en una mano. Abrió el portón trasero del Prius y tiró al suelo la bolsa de dormir con la que tapaba las armas que había sacado del garaje de Jim Hirst. Consideró la posibilidad de usar el Bushmaster, el Wembley y la .45, pero después cogió la Mosberg con un solo cañón y culata de pistola. La cargó con munición PDX1, cinco en el cañón, una en la recámara. El acabado mate del arma era de un negro impoluto. Daba la impresión de no haberse disparado nunca.

Kellaway cruzó el patio delantero en dirección a la puerta. El bungaló de Frances era de color verde guacamole y paredes de estuco basto y puntiagudo. Tenía cactus plantados en los arriates, y al vigilante le parecía que encajaban a la perfección con su personalidad. A ambos lados de la puerta principal había unas cristalerías verticales muy estrechas y altas vestidas con estores blancos baratos.

Al acercarse vio que una de las cortinas se agitaba. No sabía quién lo estaría observando, si Holly o Frances, pero justo cuando se acercaba a la puerta oyó que se corría el cerrojo. Tenía casi gracia que aquella mujer pensara que podía impedirle el paso.

Bajó la Mossberg y apretó el gatillo, de modo que la escopeta se disparó con un estruendo espectacular y abrió un agujero a través de la cerradura y la

madera que la rodeaba. Después plantó la bota en el centro de la puerta y empujó; la puerta salió volando, y él entró detrás y estuvo a punto de pisar a George.

Junto con un pedazo de madera del tamaño de un puño, la Mossberg había reventado la mitad superior derecha del rostro de George y buena parte de su cráneo. Una astilla del tamaño de un cuchillo de cocina le había atravesado el ojo izquierdo. El niño abría y cerraba la boca mientras emitía un extraño gorgoteo. Kellaway le veía el cerebro, que tenía un brillo rosado. Parecía palpar, latir como un corazón. George intentó decir algo, aunque sólo logró producir sonidos húmedos, chasquidos.

Kellaway lo miró, perplejo. Era como una ilusión óptica, algo a lo que la vista no encontraba sentido.

Holly se encontraba a menos de dos metros de ellos, con el móvil pegado a la mejilla. Llevaba pantalones blancos, una blusa verde sin mangas y el pelo recogido en una toalla retorcida como un turbante. Al igual que George, abría y cerraba la boca sin emitir sonidos.

El disparo pareció sonar una y otra vez dentro de Kellaway, en su cabeza. Llevaba un rato gritando antes de darse cuenta de que lo hacía. No sabía cuándo había hincado una rodilla en el suelo. No sabía cuándo había dejado la Glock para poner una mano sobre el pecho de su hijo, con mucha delicadeza. El tiempo daba saltos hacia delante, y Holly estaba arrodillada junto a la cabeza del niño y sostenía entre las manos el amasijo rojo en que se había convertido su cráneo. Los chorros de sangre le manchaban los pantalones blancos. George había dejado de intentar hablar. Holly había soltado el móvil al lado de su rodilla y, al otro lado, alguien decía:

—¿Hola? ¿Señorita? ¿Hola?

Una operadora del 911 que los llamaba desde otra galaxia.

Kellaway respiró hondo de nuevo y se dio cuenta de que había dejado de gritar. Tenía la garganta dolorida. Seguía con la mano sobre el pecho de su hijo, la había deslizado por debajo de la camiseta para colocar la palma contra su piel caliente. Notó el acelerado latido del corazón del niño, un martilleo furioso y asustado en su pecho. También el momento en que se paró.

Holly lloraba, las lágrimas salpicaban la cara de George, cuyo rostro sorprendido había dejado de expresar nada más.

—Le pediste que cerrara la puerta —le dijo Kellaway.

Le parecía mentira que su hijo hubiera estado vivo y entero hacía menos de dos minutos, y que ahora, de repente, estuviera muerto, sin cara. Era demasiado repentino para que tuviera sentido.

—No —dijo Frances.

La mujer estaba de pie en el salón, al otro lado de un muro a media altura. Llevaba un jarrón en la mano. Supuso que se le había ocurrido la heroica idea de estrellárselo en la cabeza, pero parecía incapaz de moverse. Todos ellos se habían quedado paralizados en el sitio, conmocionados por el sinsentido de que George hubiera muerto de un solo disparo.

—Te vio venir antes que nadie. Te vio venir y le dio miedo —dijo Frances, que temblaba—. Tenías un arma.

—Todavía la tengo, puta estúpida —repuso Kellaway.

Al final resultó que el marica del marido de Frances, Elijah, estaba escondido en el dormitorio. Cuando Kellaway lo encontró, la escopeta ya estaba sin balas. Le había metido tres a Frances y dos a Holly cuando esta intentó huir por la puerta. Pero todavía quedaban catorce más en la Glock, y sólo necesitó una para terminar el trabajo.

11:03 h

Podría haberse quedado junto a George para siempre.

Lo repasó mentalmente una y otra vez, lo que debería haber pasado.

En su cabeza, Kellaway cruzaba el patio en dirección a la puerta, abría un agujero en la cerradura, empujaba la puerta y George estaba allí, pero bien, agachado, con las manos sobre la cabeza. Su padre lo recogía con un brazo y, sin dejar de apuntar a Holly con la escopeta, retrocedía hacia la puerta. «Tú ya has tenido tu oportunidad con él. Ahora me toca a mí».

O prueba con esto: cruza el patio hasta la puerta, y abre un agujero en la cerradura y en el vientre de Frances, todo a la vez. Ella era la que estaba de pie al otro lado de la puerta, no George. ¿Por qué iba a ser George? No tenía ningún sentido. ¿Por qué iba a tenerle miedo George?

Se imaginaba cruzando el patio hacia la puerta principal, y al niño abriéndola antes de que pudiera llegar y echando a correr hacia él mientras gritaba «¡papá!» con los brazos abiertos. Así era cuando George y Holly

todavía vivían con él: George gritaba «¡papá!» siempre que volvía del trabajo, como si llevara meses sin verlo en vez de unas cuantas horas, y siempre corría a sus brazos.

Lo que puso en pie a Kellaway y lo sacó de su ensimismamiento fue el sonido de alguien que decía su nombre en la habitación de al lado, con voz grave y distante. ¿Seguiría Frances viva? No podía ser, sus tripas estaban desparramadas sobre la moqueta. Dos disparos de la escopeta la habían dejado prácticamente partida por la mitad, justo por encima de la cintura.

El vigilante todavía sujetaba la manita de George (ya estaba fría, las extremidades se enfriaban muy deprisa una vez que se cortaba la circulación), así que la colocó sobre el estrecho pecho del niño y se levantó. Frances estaba tiraba bocarriba al otro lado del muro bajo. En vez de barriga, tenía una masa roja y negra de intestinos mutilados. Un tercer disparo le había abierto un agujero en el lateral izquierdo del cuello. Era como si un animal le hubiera desgarrado la garganta. Suponía que, en cierto modo, eso era justo lo que había sucedido y que él era el animal.

Tampoco era Holly la que repetía su nombre. Holly había huido a la cocina, donde ahora estaba tumbada bocabajo, con los brazos estirados por encima de la cabeza, como una niña que intentaba volar. Le había acertado en el corazón, que también era donde le había acertado ella a él.

La voz que había oído procedía del televisor. Un presentador serio, de pelo oscuro, decía que habían encontrado una bala oculta en un baño, y que ese hallazgo proyectaba serias dudas sobre la historia de Randall Kellaway. El periodista anunció que se había cancelado la ceremonia de encendido de velas sin ninguna explicación. Que una reportera del *Digest* había confirmado aquella noticia tan inquietante. El presentador dio el nombre de la reportera... y Kellaway lo repitió en voz muy baja.

¿Por qué le tenía miedo George? Porque Aisha Lanternglass le dijo que lo tuviera. Llevaba días contándole al mundo que Kellaway era un hombre peligroso. Puede que no de forma explícita, pero sí que lo insinuaba en cada línea que escribía, en cada alegre insinuación. Cuando la conoció en el aparcamiento y ella esbozó su enorme sonrisa, sus relucientes ojos le habían dicho: «Voy a por ti, cabrón. Voy a por ti con todo». La idea le alegraba; se lo veía en la cara.

Le dio un beso de despedida a George, a lo que quedaba de su frente, antes

de irse.

11:26 h

Lanternglass condujo a velocidad de caracol durante el último medio kilómetro que la separaba de la oficina, a las afueras occidentales de la ciudad. El humo flotaba por la carretera en forma de ardientes colinas amarillas que los faros apenas lograban penetrar. El viento tironeaba de su viejo Passat y lo zarandeaba de un lado a otro. En cierto momento atravesó un remolino de chispas que se desperdigaron y murieron sobre el capó y el parabrisas.

—¡Mamá, mamá, mira! —le gritaba Dorothy desde el asiento de atrás mientras señalaba, y Lanternglass vio un pino de casi veinte metros de altura envuelto en una mortaja de llamas rojas a la izquierda de la carretera. No había nada más ardiendo por allí, que ella viera, sólo aquel árbol.

—¿Dónde están los camiones de bomberos? —preguntó Dorothy.

—Luchando contra el incendio —respondió ella.

—¡Acabamos de pasar por el incendio! ¿Es que no has visto el árbol?

—El incendio es mucho peor carretera abajo. Ahí es donde intentan frenarlo. Quieren evitar que se salte la autovía.

No añadió: «Y que baje por las colinas hasta meterse en St. Possenti».

Justo antes de llegar a la oficina, el humo se levantó un poco. El *Digest* era un edificio de ladrillos rojos de dos plantas sin nada digno de mención; lo compartían con un estudio de yoga y una sucursal de Merrill Lynch. El aparcamiento estaba medio lleno, y Lanternglass vio a gente que conocía, otros empleados, cargados con cajas de camino a sus coches.

Salió y se dirigió a la puerta cortafuegos, y entonces el viento la empujó por detrás. Vio más chispas flotando en las altas corrientes termales. Le lagrimeaban los ojos. El aire de la mañana hedía a quemado. Lanternglass cogió a su hija de la mano. Llegaron a las escaleras medio corriendo, medio empujadas por el viento.

Subieron los escalones de cemento de tres en tres, casi a la carrera, como tantas otras veces. No iba a tener tiempo de recoger sus pesas, que seguían guardadas en el hueco de la escalera. Si el edificio ardía, se fundirían hasta

volver a ser lingotes de hierro puro.

La puerta cortafuegos que daba a la redacción estaba sujeta con un ladrillo para que no se cerrara. Era un espacio de oficina modesto con seis escritorios de la peor calidad y tableros de aglomerado bajos entre ellos. En el otro extremo de la sala había una partición de cristal que iba del suelo al techo y que daba al único despacho privado del *Digest*, el de Tim Chen. Tim estaba junto a la puerta, cargado con un archivador de cartón lleno de fotos enmarcadas y varias tazas de café en equilibrio.

Shane Wolff también estaba allí, sentado a un escritorio al lado de la puerta cortafuegos, desmontando un PC cuyos componentes iba colocando con cuidado en una caja. Ya se habían llevado unos cuantos ordenadores. Una becaria, una chica delgadita y nerviosa de diecinueve años llamada Julia, estaba sacando los cajones de acero del mueble archivador que ocupaba una pared casi entera para apilarlos en una carretilla. Un periodista deportivo bajo pero macizo llamado Don Quigley usaba una cuerda elástica para amarrarlos. Todo el mundo trabajaba en silencio y con prisa.

—Lanternglass —dijo Tim, y señaló con la cabeza su escritorio, que era el más cercano a su despacho.

—Estoy en ello. Puedo recoger todas mis cosas en diez minutos.

—No recojas. Escribe.

—Estarás de coña.

—Creo que ambos somos conscientes de mi famosa falta de humor. Puse una alerta en la página web sobre la bala. Las noticias de la tele ya están contándolo. Quiero la historia completa subida al servidor para mediodía. Después puedes recoger —dijo mientras pasaba a paso ligero junto a ella, con su caja.

—Mi coche está abierto —dijo la periodista—. ¿Me subes el portátil? Está en el asiento de atrás.

Él movió la cabeza en un gesto que parecía indicarle que sí y se fue escaleras abajo con su archivador.

Lanternglass frenó al lado de Shane Wolff.

—Voy a echar de menos este sitio si arde. Algunas de las horas más mediocres de mi vida las he pasado en esta misma sala. ¿Tú vas a echar algo de menos?

—Verte subir y bajar corriendo las escaleras. Eso no tiene nada de

mediocre.

—Puaj —dijo Dorothy—. Mamá, está ligando contigo.

—¿Y tú qué sabes? A lo mejor soy un loco del deporte. Quizá sólo esté admirando a alguien que demuestra tanta pasión por mantenerse en forma.

Dorothy entornó los ojos hasta tenerlos casi cerrados y respondió:

—Estás ligando con ella.

—Buf, mira, no te metas conmigo, que eres tú la que lleva la cabeza metida en el culo de un pollo.

Dorothy tocó su sombrero de pollo y se rio, y la periodista le tiró de la mano y la llevó hasta su escritorio.

En el ventanal que daba al despacho de Tim Chen había apoyada una pila de cajas de cartón aplanadas. Lanternglass montó una, y Dorothy y ella empezaron a vaciar el escritorio. La caja estaba medio llena cuando Tim apareció con su portátil.

Encendió su MacBook entrado en años y abrió un documento nuevo mientras Dorothy seguía llenando la caja. Empezó a escribir, empezando por su titular: «Un nuevo descubrimiento en el lugar de los hechos suscita preguntas». Mierda, sonaba fatal. Demasiado general, demasiado vago. Lo borró y probó con otro: «Cagada con una bala: se descubre...». Joder, no, eso era peor aún.

Le costaba pensar. Le daba la sensación de que el mundo se desmoronaba a su alrededor, de que se combaba y reventaba por las costuras. En su despacho, Tim Chen lanzaba pilas de carpetas en una caja. Shane Wolff estaba al otro lado de la sala y había retirado parte de la moqueta para arrancar el largo cable Ethernet de debajo y enrollarlo. Un archivador con todos los cajones abiertos y colgando perdió el equilibrio y cayó con estrépito. La becaria delgadita gritó. El periodista de deportes se rio.

Detrás de ella, Lanternglass oía el viento estrellarse contra las ventanas, y de repente Dorothy se puso en pie de un salto y miró afuera con los ojos muy abiertos.

—Vaya, mamá, está soplando muy fuerte.

La periodista giró su silla de oficina para echar un vistazo. Por un momento, todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se quedaron quietos para mirar por las ventanas. La niebla hervía y espumeaba al otro lado del cristal, a punto de tapar por completo el aparcamiento de abajo. El viento

rugía y empujaba la nube, y el humo era de un venenoso tono amarillento. Las chispas se arremolinaban. Por primera vez, Aisha Lanternglass se preguntó si había sido buena idea llevarse a su hija con ella a la oficina, donde cabía la posibilidad de que las llamas superaran a los bomberos y llegaran al edificio mientras ellos todavía estaban dentro. Pero no, eso era absurdo. Ni siquiera tenían que abandonarlo hasta el día siguiente por la mañana. El Servicio de Parques no les habría dado tanto tiempo para evacuar si existiera un peligro real. En el aparcamiento vislumbró un Prius rojo chillón que entraba desde la autovía. Después la niebla se cerró y lo perdió de vista.

—Venga —dijo—, termina, cielo. En cuanto haga esto, nos vamos.

Empezó a escribir de nuevo, un título distinto: «Una sola bala lo cambia todo». Ahora sí, eso sí tenía gancho de sobra. Cualquiera que lo leyera querría pasar a la siguiente línea. Fuera la que fuera. Necesitaría otro segundo para entrar en la historia. Entornó los ojos y miró la pantalla como una francotiradora al apuntar.

—¿Qué coño? —exclamó el periodista deportivo con una voz más aguda de la cuenta.

Estaba de pie en la puerta que daba a la escalera, listo para bajar con cuidado la carretilla. Lanternglass lo oyó pero no miró, estaba enfrascada en su artículo, formando la siguiente oración en su cabeza.

No levantó la vista hasta que el AR-15 dejó escapar un tiro ensordecedor, seguido de otro y de otro. Miró a su alrededor a tiempo de ver la cabeza del periodista salir disparada hacia atrás mientras regaba de sangre el techo de aglomerado y todo lo que tenía detrás de él. Cayó de espaldas, la carretilla se le desplomó encima y las cajas sujetas por las cuerdas elásticas se desparramaron por el suelo.

Kellaway entró y pasó por encima del cadáver con el Bushmaster justo por encima de la cadera, colgado de su hombro por la correa. Un hombre grande con un polo de color gris paloma manchado de sangre. Shane Wolff, en la otra esquina del cuarto, se levantó cuan largo era cargado con varios rollos de cable Ethernet. Levantó la mano libre con la palma hacia fuera.

—Eh, no sé qué quiere, pero... —dijo, y Kellaway le pegó un tiró que le acertó en el vientre y en el pecho, y que lo lanzó contra la ventana de detrás. Los hombros de Shane golpearon tan fuerte el cristal que lo agrietaron.

Lanternglass empujó su silla hacia atrás con la espalda e hincó una rodilla

en el suelo. Dorothy se había levantado para ver qué pasaba, pero su madre le agarró de la muñeca y tiró de ella para arrodillarla. Después la rodeó con los brazos y la arrastró bajo el escritorio.

El Bushmaster disparó de nuevo, otro de aquellos tiros sordos. Así sonaba el asesinato de Julia, la becaria. Desde donde estaba, en el hueco bajo el escritorio, Lanternglass veía las ventanas que daban al aparcamiento y parte del despacho privado de Tim Chen a través de la enorme cristalera que le servía de pared. Tim estaba detrás de su escritorio, mirando hacia la oficina con ojos como platos.

Más allá de las ventanas, el humo volaba y hervía, empujado por el viento. Otra rueda de chispas pasó volando. Dorothy se estremeció, y Lanternglass apoyó la cabeza de su hija contra su pecho mientras le besaba con fuerza el pelo. Respiró el intenso aroma de su cabeza, del champú de crema de coco de Dorothy. Los enjutos brazos de la niña le rodeaban la cintura. Y Lanternglass pensó: «Que no nos haya visto. Por favor, Señor, que no nos haya visto. Por favor, Señor, permite que mi niña viva».

Lanternglass perdió de vista a Tim Chen, que avanzaba hacia la puerta de su despacho. Había cogido un sujetalibros de mármol, un bloque de piedra rosa y blanca, lo único que había encontrado que parecía útil para luchar. La periodista lo oyó gritar, un grito inarticulado de horror y rabia, y el Bushmaster sonó de nuevo: pam, pam, pam, pam. A menos de tres metros de distancia, justo al otro lado del escritorio. El suelo tembló al caer Tim Chen.

Notaba un pitido extraño en los oídos. Nunca había apretujado a su hija tan fuerte, no podría haberla aplastado más sin romperle algo. Lanternglass tomó un diminuto trago de aire porque temía que, si respiraba demasiado fuerte, Kellaway la oiría. Pero era probable que tampoco oyera mucho después de tantos disparos. Quizá con tanto tiro le resultara imposible oír ya los ruiditos que emitían una niña temblorosa y su madre, que intentaba respirar en silencio.

El viento rugió, cada vez subía más de volumen. La periodista contempló las ventanas, el humo, y con sorprendido horror vio una cuerda de llamas retorcida, de casi cien metros de altura, en la penumbra: una copa incendiaria que daba vueltas por el centro de la autovía. Un esbelto tornado de fuego que se alzó hacia el asfixiante cielo blanco y desapareció. Si se volvía hacia el edificio, quizá lo golpeará, arrancara los ladrillos y se llevara a su hija, Dorothy, a un Oz dorado, ardiente, terrible y, a la vez, maravilloso. Quizá se

las llevara a las dos. Al verlo, el pecho de Aisha Lanternglass se llenó de una fascinación que era como aire, que le hinchó los pulmones y el corazón. La belleza del mundo y el horror del mundo entrelazados como el viento y las llamas. El humo ascendió, asqueroso y oscuro, y empujó el cristal, pero después amainó y, de repente, aquella escalera en llamas que subía hasta las nubes desapareció.

Y una bota de combate apareció frente a su escondite, bajo el escritorio. Dorothy tenía los ojos bien cerrados. No veía nada. Lanternglass miró por encima de la cabeza de su hija y contuvo el aliento. Llegó la otra bota. Estaba de pie justo frente al escritorio.

Despacio, despacio, Kellaway se agachó para mirarlas. Llevaba la culata del Bushmaster bajo la axila derecha. Observó a Lanternglass y a su niña con una expresión serena en sus ojos azul pálido, casi blancos.

—Piense en una cosa. De haber tenido una pistola, esta historia quizás hubiera acabado de un modo muy distinto.



EN EL AIRE

1

Odiaba estar en la parte de atrás del avioncito, apretujado con los demás. Odiaba el hedor a gasolina, lona mohosa y sus propios pedos rancios, y para cuando alcanzaron los mil ochocientos metros, Aubrey Griffin decidió que no podía continuar.

—Siento hacerte esto, colega... —empezó a decir tras volver la cabeza en dirección al tío al que había bautizado como Axe.

El nombre de su instructor de salto se le había escapado en cuanto se presentó. En aquel momento a Aubrey le costaba retener incluso la información más básica. En la media hora anterior a subir a bordo del Cessna monomotor, el pánico le producía un rugido de estática que le llenaba la cabeza. La gente lo miraba a la cara y le decía cosas (las gritaba, en realidad, todo el mundo estaba hasta arriba de adrenalina), pero lo único que él oía era un ruido ininteligible. Captaba alguna obscenidad suelta, nada más.

Así que Aubrey empezó a llamarlo Axe mentalmente, diminutivo de Desodorante Axe, porque el tío parecía recién sacado del plató de un anuncio con cochazos, explosiones y modelos en ropa interior en plena lucha de almohadas. El instructor de salto estaba en forma y era larguirucho, de pelo corto entre rojizo y dorado y peinado hacia atrás en capas; además, aquella energía suya, como si fuera puesto de coca, no hacía más que amplificar el terror de Aubrey, en vez de calmarlo. ¿Cómo se le habría ocurrido poner su vida en manos de alguien de quien desconocía hasta su nombre de pila?

—¿Cómo dices? —chilló Axe.

No debería haberle costado tanto hacerse oír, y menos por un tío que estaba amarrado a su culo. Estaban en el mismo arnés, Aubrey sentado en el regazo de Axe como un niño de charleta con un Papá Noel de centro comercial.

—¡Que no puedo hacerlo! Esperaba poder hacerlo. De verdad creía que...
Axe negó con la cabeza.

—¡Es normal! ¡Le pasa a todo el mundo!

Iba a obligarlo a suplicar. Aubrey no quería suplicar, no delante de Harriet. Consternado, soltó otra serie de pedos grasientos. No se oían por encima del zumbido del motor, pero ardían y apestaban. Axe debía de estar saboreándolos todos.

Era horrible dar un espectáculo tan lamentable delante de Harriet Cornell. Daba igual que Harriet y él nunca fueran a salir juntos, que nunca fueran a enamorarse ni a tumbarse desnudos bajo las frescas sábanas de St. Barts, con las puertas de la terraza abiertas y el sonido de las olas contra los arrecifes de música de fondo. Todavía debía proteger sus fantasías. Le destrozaba pensar que este sería el recuerdo que Harriet se llevaría con ella a África.

Tanto para Harriet como para Aubrey era su primer salto. O quizá fuera más preciso decir que era el primer salto de Harriet, porque Aubrey había descubierto en el último segundo que no saltaría. Iban en tándem, lo que significaba que cada uno de ellos estaba atado a un instructor, hombres que hacían eso todos los días. Brad y Ronnie Morris también estaban en el avión. No obstante, para ellos era pan comido, ya que ambos eran paracaidistas experimentados.

June Morris estaba muerta, y habían decidido saltar en su honor: sus hermanos, Brad y Ronnie; Harriet, que había sido su mejor amiga; y Aubrey. June llevaba muerta seis semanas, un cáncer se la había llevado por delante con veintitrés años. En opinión de Aubrey, aquella mierda iba contra todo pronóstico. Le daba la impresión de que había las mismas probabilidades de convertirse en estrella del rock que de morir joven de algo como un linfoma.

—¡No tiene nada de normal! —gritó Aubrey en el presente—. Soy un medica cagón diagnosticado. En serio, si me obligas a saltar voy a llenarme los pantalones de mierda calentita y cremosa, tío...

En ese momento, el ruido cayó en picado dentro de aquella rugiente cápsula hueca de acero inoxidable de la aeronave ligera, y su voz recorrió el vehículo de cabo a rabo. Aubrey se percató de que Brad y Ronnie se giraban para mirarlo. Los dos tenían cámaras GoPro atornilladas a los cascos. Cabía suponer que todo aquello acabaría en YouTube.

—La primera regla del paracaidismo: no te cagues encima del instructor —respondió Axe.

El trueno mecánico volvió a subir de tono. Brad y Ronnie apartaron la vista.

Aubrey no quería mirar hacia Harriet, pero no pudo contenerse.

Ella no lo observaba, aunque le pareció ver que acababa de girar la cabeza hacía un segundo. Se abrazaba a un caballito de peluche morado al que le sobresalía de la frente un cuerno de color plata y, de detrás de las patas delanteras, unas diminutas alas iridiscentes: el junicornio. Harriet y el junicornio estaban de cara a la puerta, una escotilla grande, suelta y traqueteante de plástico transparente. Cada vez que el avión se inclinaba hacia la izquierda, Aubrey tenía la espeluznante sensación de que la puerta se iba a abrir y él caería por ella mientras Desodorante Axe dejaba escapar una risa maníaca de colocado. Joder, era como si nada mantuviera cerrado el agujero, absolutamente nada.

Que Harriet procurara no mirarlo resultaba casi tan desagradable como que lo mirara con una mezcla de lástima y decepción. Aubrey no necesitaba que Axe le diera permiso para quedarse en el avión. Su opinión no contaba. Lo que quería era que Harriet le dijera que no pasaba nada.

No. Lo que quería era saltar del avión con ella... o antes que ella. Pero para eso tendría que ser otra persona. Quizás eso fuera lo que más odiaba: no su estómago revuelto ni sus pedos asquerosos ni perder los nervios. Quizá lo que más despreciaba era que lo hubiesen descubierto. ¿Había algo más desgarrador que ser desenmascarado por la persona que deseas que te ame?

Se inclinó hacia delante y le dio un golpe en el casco con el suyo para llamar su atención.

Harriet se volvió para mirarlo y, por primera vez, se dio cuenta de que estaba pálida y demacrada, con los labios tan apretados que habían perdido todo el color. Comprendió, aliviado, que ella también estaba aterrada. Se aferró a aquella idea con una esperanza casi frenética: ¿quizá se quedara en el avión con él! Si eran cobardes juntos, la situación ya no sería embarazosa y trágica, sino lo más gracioso del mundo.

Estaba a punto de decirle que se echaba para atrás cuando, asaltado por aquella nueva idea, gritó:

—¿Cómo te encuentras?

Estaba preparado para consolarla. Lo estaba deseando, en realidad.

—Pues a puntito de vomitar.

—¡Yo también! —gritó Aubrey, puede que con más entusiasmo de la cuenta.

—Estoy temblando como una hoja.

—Dios. Me alegro de no ser el único.

—No quiero estar aquí —añadió ella con el casco contra el de Aubrey, sus narices casi pegadas. Los ojos de Harriet, del frío marrón verdoso de un pantano helado, estaban muy abiertos y no ocultaban su ansiedad.

—¡Joder! ¡Yo tampoco! ¡¡Yo tampoco!!

Estaba a punto de echarse a llorar, de cogerle la mano.

Entonces, Harriet miró de nuevo hacia la puerta de plástico transparente que no dejaba de hacer ruido.

—No quiero seguir sentada ni un segundo más en este avión. Sólo quiero estar ahí fuera y hacerlo. Es como esperar en la cola de la montaña rusa: la espera te mata. El miedo crece cada vez más, pero después, cuando estás montada en ella, piensas: «¿De qué tenía tanto miedo? ¡Quiero repetir!».

A Aubrey se le escapó un débil pedo grasiento de pura decepción. El entusiasmo, el dulce valor que le animaba la voz, a él le producía un grado de desesperación digno del grunge de Seattle.

Ella abrió mucho los ojos. Señaló la puerta traqueteante y gritó con una emoción casi infantil:

—¡Eh! ¡Eh, chicos! ¡Una nave espacial!

—¿Cómo dices? —gritó el hombretón lumbersexual que hacía la cucharilla con ella.

Harriet estaba amarrada a un tipo robusto con la clase de barba tupida que insinúa la posesión de un armario lleno de camisas de franela y un segundo trabajo sirviendo expresos de comercio justo en una cafetería pija. Cuando llegó el momento de emparejarse con un instructor, Aubrey había elegido a Desodorante Axe a toda velocidad. No quería que Harriet saltara de un avión con él, con su culo contra la muy probable erección del otro durante todo el descenso. El wookiee se había emparejado con Harriet. Por desgracia (y como era de esperar), el gordo peludo y ella no habían dejado de reírse juntos desde el primer segundo. Para la hora de comer estaban los dos cantando a cappella «*Total Eclipse of the Heart*»; su rollizo instructor se encargaba de las partes masculinas en un tono grave y cálido, sorprendentemente conmovedor. Aubrey lo aborrecía. Él era el que tenía que ser conmovedor y sorprender a Harriet con risas. Odiaba a todos los hombres gordos y honrados que conseguían engatusar a Harriet para disfrutar de sus abrazos espontáneos.

—¡Ahí! —gritó ella—. ¡Ahí, ahí! ¡Aubrey! ¿Lo ves?

—¿El qué? —chilló su wookiee, a pesar de que no hablaba con él.

—¡Esa nube! ¡Mira esa nube tan rara! ¡Parece un OVNI!

Aubrey no quería mirar. No quería acercarse ni a un kilómetro de la puerta. Pero no pudo evitarlo... Axe se estaba acercando para ver qué señalaba, y se llevaba con él a Aubrey.

La chica apuntaba a una nube que tenía la forma de un platillo volante sacado de una peli de invasiones alienígenas de los años cincuenta. Era ancho y circular, y en el centro lo coronaba una cúpula algodonosa.

—¡Un poco grande para un OVNI! —gritó el imitador de Chewbacca. Tenía razón: la nube debía de medir kilómetro y medio de lado a lado.

—¡Es la nave nodriza! —exclamó ella con alborozo.

—Una vez vi una que parecía un rosco —comentó Axe—. Como si Dios hubiese hecho un anillo de humo. Tenía un gran agujero en el centro. Aquí arriba estamos mucho más cerca de lo sobrenatural. Todo se vuelve muy surrealista cuando caes desde tres mil quinientos metros de altura. ¡La realidad se convierte en algo tan endeble como la seda de un paracaídas, y tu mente se abre a nuevas posibilidades!

«Venga ya, que te den a ti y a tu endeble realidad de seda de paracaídas», eso es lo que pensaba Aubrey. A la mierda él y su promesa de que la experiencia abriría nuevas posibilidades ante Harriet (como, por ejemplo, un trío después del salto con Axe y el instructor peludo).

Ella negó con la cabeza, satisfecha.

—A June le habría encantado esa nube. Creía que «ellos» caminan entre nosotros. Los hombres grises. Los visitantes.

—La veremos más de cerca dentro de un momento —comentó Gordo y Peludo—. Ya casi hemos alcanzado la altitud para el salto.

Aubrey sintió una nueva punzada de temor, como el pinchazo de una aguja, pero por un momento, por lo menos, el salto había quedado relegado al segundo puesto de sus prioridades mentales. Se inclinó hacia delante, apenas consciente de que lo hacía, y sorprendió a Axe, que tuvo que inclinarse con él. El arnés que los unía crujió.

Contempló la nube durante medio minuto mientras subían y empezaban a girar hacia ella... Iban a pasar justo por encima en un par de segundos.

Entonces miró más allá de Harriet, al tío de la barba.

—¡Sí! —dijo Aubrey—. Sí, tío, Harriet tiene razón: esa nube es la caña. Mírala bien.

El instructor de Harriet respondió:

—Es un interesante espécimen de cumulonimbo. Muy guay.

—No, qué va. No es guay. Es rara —añadió con intención.

El wookie le lanzó una mirada mezcla de aburrimiento y desdén. Aubrey sacudió la cabeza, cabreado porque el tío no lo pillara, y señaló de nuevo la nube.

—Va en esa dirección —insistió, apuntando con un dedo al norte.

—¿Y qué? —preguntó Brad Morris. Por segunda vez en los últimos minutos, todos miraban a Aubrey.

—¡Que todas las nubes van en dirección contraria! —chilló él, señalando al sur—. No va en el sentido correcto.

2

La nube captó su atención durante un momento de respetuoso silencio compartido antes de que el instructor rollizo explicara:

—Se llama caja de aire. Es un patrón de flujo circular. El aire empuja en una dirección en una altitud, después regresa y lo empuja todo en dirección contraria a una altitud distinta. Cuando subes en un globo de aire caliente, una corriente así significa que te puedes alejar flotando de tu punto de despegue, descender unos seiscientos metros y regresar al lugar exacto del que habías salido.

El instructor rollizo también llevaba a la gente en globo y se había ofrecido a darle un paseo gratis a Harriet... Era una sugerencia malvada en lo que concernía a Aubrey, equivalente a invitarla a un club sexual para una noche relajada de cocaína y pajas. Suponía que la mayoría de los tíos que se lanzaban en paracaídas, volaban en globo y se embarcaban en cualquier otro tipo de perversidades a gran altura lo hacía por los coños. Había muchas oportunidades para ponerles arneses de seguridad a las chicas, meterles mano

al consolarlas en un momento de nervios o ganarse su admiración con alegres demostraciones de audacia. Por supuesto, tenía que reconocer que impresionar a Harriet había sido su único motivo para subir al avión.

—Ah —dijo ella, encogiéndose de hombros mientras fingía decepción—. Qué pena. Creía que estábamos a punto de entrar en contacto.

Axe levantó dos dedos, como Churchill al declarar la victoria en Europa.

—¡Dos minutos!

Harriet golpeó su casco contra el de Aubrey y lo miró a los ojos.

—¿Sí?

Aubrey intentó sonreír, aunque más bien le salió una mueca.

—No, no puedo.

—¡Pero sí que puedes! —le gritó Axe, que por fin había decidido dejar de fingir que no oía nada—. ¡De eso va esta experiencia, de la fuerza que te da «poder»!

Aubrey no le hizo caso. Desodorante Axe no importaba. Lo único que le preocupaba era cómo se lo tomara Harriet.

—De verdad que quería hacerlo —le dijo.

Ella asintió y le dio la mano.

—Yo tengo que hacerlo. Se lo prometí a June.

Evidentemente, él también se lo había prometido a June. Cuando Harriet le dijo que saltaría, Aubrey había jurado que él bajaría gritando a su lado. En aquel momento, June se moría, así que parecía lo correcto.

—Me siento como una mierda... —empezó a decir él.

—¡No te preocupes! —le chilló ella—. ¡Creo que es la caña que hayas llegado tan lejos!

—¡Me tomé dosis doble de ansiolíticos y todo! —respondió mientras se regañaba mentalmente por no ser capaz de dejar de justificarse.

—¡Un minuto! —chilló Axe.

—No pasa nada, Aubrey —le aseguró ella con una sonrisa pícar—. Oye, será mejor que me prepare, ¿vale?

—Vale —coincidió él, asintiendo como loco.

—¡Estoy listo para saltar! —gritó Ronnie Morris—. Me va a venir bien respirar aire fresco.

Brad Morris se rio, y los dos chocaron las palmas de las manos. A Aubrey

le dolía que se burlaran de los pedos de cobarde que apestaban la cabina. Su lamentable estado de terror era malo de por sí, aunque peor aún sentaba que su propio cuerpo lo traicionara y que después lo ridiculizaran por ello.

Aubrey miró a Harriet, pero ella tenía los ojos clavados en la puerta de plástico transparente. Lo había apartado de sus pensamientos. La sensación era peor de lo que se había imaginado. Esperaba decepcionarla, y no había sido así: había reaccionado con indiferencia. Él se había convencido de que tenía que hacer aquello, de que tenía que estar allí por June y por Harriet, cuando lo cierto era que daba igual que estuviera o no presente.

Y ahora que estaba seguro de que no saltaría, se sentía apático y desinflado. Harriet sostenía el junicornio y le susurraba mientras señalaba la enorme nube con forma de OVNI justo cuando el Cessna se ladeaba hacia ella.

Axe toqueteaba la cámara de su casco.

—Eh, mira, Aubrey, tío. —Era un pequeño placer amargo que el instructor tampoco conociera su nombre—. Si has tomado una decisión, estás en tu derecho de echarte atrás. Pero deberías saber que te va a costar lo mismo saltes o no. No puedo devolverte el dinero de tu DVD.

—Siento haberle arruinado el momento a todo el mundo —anunció Aubrey, aunque lo realmente triste era que no se lo había arruinado a ninguno de ellos. Ni siquiera le prestaban atención.

El avión se inclinó aún más.

—Vamos a dar la vuelta y pasar por encima de la pista de aterrizaje... —estaba explicando Axe cuando, de repente, todo se apagó.

El propulsor del morro del pequeño Cessna gimió y traqueteó, y después dejó de girar de repente. El viento silbaba bajo las alas, y aquel suave bramido ocupó el súbito silencio. Las luces de navegación del interior del compartimento de salto también se apagaron.

A Aubrey, aquel enorme silencio le sorprendió, más que asustarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Harriet.

—¡Lenny! —gritó Axe al piloto—. ¿Qué coño pasa, tío? ¿Se te ha calado?

El piloto, un tipo de pelo rizado que llevaba puestos unos cascos acolchados, activó un interruptor, tiró de un largo palo de acero que sobresalía del salpicadero y pulsó un botón.

El Cessna flotaba como una hoja de papel de periódico sobre una rejilla

de ventilación del metro.

Lenny el piloto volvió la cabeza hacia ellos y se encogió de hombros. Llevaba una camiseta con la mascota del Kool-Aid, esa jarra de zumo rojo con sonrisa bobalicona. Se arrancó los cascos y se los dejó colgando del cuello.

—¡No lo sé! —chilló. No sonaba preocupado, sino molesto—. ¡Quizá! ¡Pero no me funcionan los aparatos eléctricos! Se ha muerto todo. Como si hubiera una conexión suelta en la batería.

El Cessna se estremeció, las alas se inclinaban a un lado y a otro.

—Por mí no hay problema, estaba a punto de salir de aquí ahora mismo, de todos modos —dijo Brad.

—Sí —coincidió Ronnie—. Estaba pensando en estirar las piernas.

—¡Adelante! —dijo Lenny—. ¡Saltad! Cuando salga todo el mundo, descenderé y le meteré caña. Si eso no funciona, tendré que aterrizar planeando. Espero acertar en la pista. Si no, la cosa va a estar movidita.

—¡Venga ya! —gritó Aubrey—. ¡Venga ya, me estáis tomando el pelo! No me creo ni una palabra.

Brad corrió a la puerta y giró los cierres de acero inoxidable que la mantenían cerrada, uno detrás de otro. La levantó para apartarla. La abertura era más o menos del ancho de una portería de fútbol. Puso un pie en la tubería que pasaba por debajo de la puerta.

—Aubrey, amigo mío —dijo Axe en tono amable.

—¡No! —gritó él—. ¡No tiene gracia! ¡Dile que arranque el avión! ¡No podéis obligar a saltar a la gente!

—Nos vemos en tierra —dijo Brad.

Después se agarró al lateral del avión, de cara a ellos, con una mano sujeta a la barra de arriba. Con la mano libre los saludó alegremente («gilipollas»), salió del avión y se lo tragó el cielo.

—¡Aubrey! ¡Aubrey, respira! —le pidió Axe—. Nadie te está tomando el pelo. Tenemos un problema con el avión. —Hablaba muy despacio y pronunciaba cada palabra con esmero—. Jamás pararíamos un avión para asustarte y obligarte a saltar. En serio. Mucha gente se arrepiente en el último minuto. A mí me da igual, me pagan de todos modos.

—¿Y por qué ha dejado de funcionar sin más?

—No lo sé. Pero, créeme, no es buena idea quedarse dentro cuando intente

arrancarlo otra vez.

—¿Por qué no?

—Porque va a apuntar con el morro al suelo.

Ron Morris corrió hasta el borde de la puerta abierta, preparado para seguir a su hermano. Se sentó un momento con los pies en la barra que recorría el exterior y los codos sobre las rodillas para disfrutar de la vista. Las ráfagas de viento le ondulaban la piel, le deformaban la carne suelta de su rollizo rostro. Poco a poco, casi como un hombre que se queda dormido, se inclinó hacia delante, cayó de cabeza y desapareció.

—¡Daos prisa ahí atrás! —gritó Lenny desde el único asiento de los controles.

Harriet, que había estado sentada hasta entonces entre las piernas de su instructor, miraba por turnos a Aubrey, Axe y el piloto con temerosa fascinación. Apretaba al junicornio contra el pecho, como si le preocupara que alguien intentara arrebatárselo. El peluche era el sustituto de June, y Harriet había recibido órdenes estrictas de cuidar de él y llevarlo con ella cada vez que hiciera las cosas que June nunca podría hacer: ver las pirámides, surfear en África, lanzarse en paracaídas. Aubrey tenía la absurda sensación de que tanto la chica como el muñeco lo miraban.

—Aubrey —dijo ella—, creo que deberíamos saltar. Ahora mismo. Los dos. —Después miró más allá de él, hacia Axe—. ¿Podemos hacerlo juntos? ¿Cogidos de la mano o algo así?

Axe negó con la cabeza.

—Estaremos tres segundos detrás de vosotros.

—Por favor, estaría muy bien saltar de la mano. Mi amigo está asustado, pero sé que podrá conseguirlo si lo hacemos juntos —insistió Harriet, y Aubrey la quiso tanto que estuvo a punto de echarse a llorar.

Deseaba decirle en ese mismo instante lo enamorado que estaba de ella, pero eso le resultaba incluso más difícil que tirarse de un avión a más de tres mil quinientos metros de altura.

—No es buena idea en un primer salto. Nuestros paracaídas de frenado podrían enredarse. Harriet, vete, por favor. Nosotros iremos detrás.

El instructor rollizo empezó a arrastrarse de culo por el suelo de acero, alejando a Harriet de él y acercándola a la puerta.

—¿Audrey? —preguntó Axe. Procuraba hablar con calma, resultar tranquilizador y razonable—. Si no saltamos ahora, estarás arriesgando tanto tu vida como la mía. Quiero salir mientras estemos a tiempo. Preferiría hacerlo con tu consentimiento.

—Dios mío.

—¡Cierra los ojos!

—Dios mío. Ay, Dios mío. Esto es una mierda.

Harriet y su instructor habían llegado hasta la escotilla abierta. Las piernas de Harriet colgaban en el aire. Volvió la vista para echarle una última mirada de súplica a Aubrey. Después le dio la mano a su instructor y desaparecieron.

—Tendrás tierra firme bajo los pies antes de que te des cuenta —dijo Axe. Aubrey cerró los ojos y asintió para dar su consentimiento.

—Siento ser tan cagón —dijo.

Axe lo llevó por el acero desnudo, se deslizó con él hacia la abertura poco a poco. Aubrey pensó, de repente, que se alegraba de que Harriet no fuera sentada en el regazo de Axe, notando sus movimientos de cadera contra el culo.

—¿Alguna vez has saltado con alguien peor que yo?

—La verdad es que no —respondió Axe, y los empujó a los dos al exterior.

Quedaban más de tres kilómetros para llegar al suelo, un minuto en caída libre y unos cuatro minutos de lento descenso colgados del paracaídas. Sin embargo, Aubrey Griffin y su instructor de salto sólo cayeron el equivalente a unas cuatro plantas antes de golpearse contra el borde de la nave con forma de OVNI que, en realidad, no era en absoluto una nave, y dejar de caer.

3

El miedo espesa el tiempo, lo vuelve lento y viscoso. Un segundo de terror intenso dura más que diez segundos normales. La caída de Aubrey fue sólo un instante, pero aquel instante duró más que toda la larga subida en círculos a bordo del Cessna.

Cuando atravesaron la puerta, justo cuando Axe tiraba de ellos hacia fuera, intentó volverse, quedarse en el avión, pero no pudo evitar caer hacia atrás, con el instructor debajo de él. Aubrey se desplomó con un enorme escalofrío de emoción que le recorrió desde los huevos hasta la garganta, mientras un único pensamiento lo llenaba todo:

«SIGO VIVO SIGO VIVO SIGO VIVO SIGO...».

... y entonces se estrellaron.

Pero aquello no parecía en absoluto tierra firme, sino más bien masa de pan cruda. Era algo grueso, gomoso y frío, y de haber descendido tan sólo unos tres o cuatro metros, el aterrizaje habría sido suave y mullido. No obstante, habían caído unos doce metros, así que Axe absorbió toda la fuerza del impacto. Los frágiles aros de su pelvis se rompieron por tres partes. La parte superior del fémur izquierdo se partió con un crujido. El casco de Aubrey le dio en la cara y le destrozó la nariz como si fuera de cristal.

Aubrey tampoco resultó ileso. Axe le dio un rodillazo en la cadera que le dejaría un moratón espantoso. También se golpeó en el hueso de la risa tan fuerte que perdió la sensibilidad en la mano derecha.

Un humo seco y frío brotó a su alrededor como una gran calada. Tenía un olor intenso, como a virutas de lápiz, como a las ruedas de un tren, como a relámpagos.

—Eh —dijo Aubrey con voz temblorosa—. Eh, ¿qué ha pasado?

—¡Aaah! —gritó Axe—. ¡Aaah!

—¿Estás bien?

—¡Aaah! Dios, ay, joder.

El impacto le había arrebatado a Aubrey aquella sensación tan potente y clara del descenso. También todos sus pensamientos. Agitó brazos y piernas con los movimientos impotentes de un escarabajo bocarriba. Contempló el cielo azul. Todavía veía el avión, del tamaño de un juguete, por encima de ellos, aunque inclinándose hacia el este. Era gracioso lo lejos que estaba ya.

Axe sollozaba.

El ruido fue tan inesperado, tan temible, que sacó a Aubrey de su conmoción y su sorpresa. Cerró la mano derecha en un puño e intentó recuperar la sensibilidad.

—¿Puedes soltarme? —preguntó.

—¿No lo sé! —respondió Axe—. Tío, creo que estoy bien jodido.

—¿Qué hemos golpeado? —preguntó Aubrey. Parecía una nube, lo que no tenía ningún sentido—. ¿Sobre qué estamos?

Axe jadeaba de un modo frenético, horrible. A Aubrey le dio la sensación de que reunía energía para otro sollozo.

—Tienes que soltarme —le dijo.

Axe tanteó los costados de Aubrey. Primero soltó un mosquetón, luego otro, el tercero y, por fin, el cuarto, y Aubrey se lo quitó de encima rodando, consiguió sentarse y miró a su alrededor.

Estaba sentado en la nube, en una isla de nata batida que vagaba por una inmensidad de plácido azul. Se encontraban en un extremo de una masa de kilómetro y medio de largo con un gran bulto central con forma de cúpula. Le recordaba a la catedral de San Pablo, en Londres.

Las náuseas le hacían cosquillas en la garganta. La cabeza le daba vueltas.

Apretó la mano dormida contra la nube. Al principio se encontró con una nube de vapor fresco, pero al seguir aplicando su peso la niebla se... endureció hasta volverse sólida, con la consistencia de la crema de queso o del puré de patatas o, más bien, de la plastilina. Cuando Aubrey levantó la mano, la nube volvió a fundirse en niebla.

—Joder —exclamó. Por el momento era la respuesta más sofisticada que se le ocurría.

—Tío. Dios. Tengo algo roto dentro.

Aubrey, pasmado, se volvió para mirar al otro hombre, que se retorció débilmente sobre el humo inquieto. Daba patadas a la niebla con los talones y dejaba surcos en aquella extraña crema semisólida. Las gafas protectoras de aspecto deportivo de Axe (cuyas lentes eran del rojo cobrizo de una puesta de sol en Cabo Cod) estaban destrozadas. Lo más probable era que no viera nada, estaba palpando a ciegas con una mano. La cámara GoPro que tenía montada en el casco miraba a Aubrey, inexpresiva y estúpida.

—¿He abierto el paracaídas? —preguntó Axe—. Imagino, ¿no?, si estamos en el suelo. ¿Qué ha pasado? ¿Me he golpeado la cabeza contra la puerta al salir del avión?

Hablaba con dificultad por culpa del dolor. No sabía dónde estaban. No entendía lo que les había pasado.

Aubrey tampoco entendía lo que les había pasado. Le costaba pensar. Habían sucedido muchas cosas demasiado deprisa, y ninguna parecía real ni tenía sentido.

Axe no había abierto el paracaídas, aunque el paracaídas de frenado se había desplegado automáticamente. Se trataba de un paracaídas secundario muy pequeño, una cestita de seda roja y amarilla con el tamaño justo para envolver un pavo de Acción de Gracias. El viento había tirado de ella hacia atrás, así que en aquel momento flotaba como una cometa junto al borde de la nube, virando de un lado a otro. Aubrey no sabía bien para qué servía aquello. Axe se lo había intentado explicar, pero el otro joven estaba demasiado nervioso para retener la información.

Entonces se dio cuenta de que, en realidad, el instructor no se retorció. Tampoco estaba dando patadas. Estaba completamente inmóvil, con un brazo sobre el torso y la otra mano pegada a la cadera. Sus talones dejaban marcas poco profundas en la pasta lechosa de la nube porque el paracaídas de frenado lo estaba arrastrando, lento pero seguro, hacia el borde.

—Eh —le dijo Aubrey—. Eh, tío, ten cuidado.

Agarró el arnés que rodeaba el pecho de Axe y tiró, y el instructor chilló de dolor, un sonido tan agudo que de inmediato el otro lo soltó y retrocedió.

—¡Mi pecho! ¡Mi puto pecho! ¿Qué estás haciendo?

—Sólo quería apartarte del borde —dijo Aubrey, y fue a sujetar de nuevo el arnés, pero Axe le apartó la mano de un codazo.

—¡No se mueve a la víctima de un accidente, gilipollas neurótico! ¿Es que no sabes nada?

—Lo siento.

El otro jadeó para recuperar el aliento. Tenía las mejillas manchadas de lágrimas.

—¿Del borde de qué? —preguntó por fin en un tono angustiado, casi infantil.

En aquel momento se levantó la brisa y agitó la leche nubosa que los rodeaba. El paracaídas de frenado se infló, se elevó y, de pronto, tiró hacia atrás, en dirección al reluciente cielo azul. El viento tensó todas las cuerdas del paracaídas y sentó a Axe. El instructor gritó de nuevo. Sus botas se arrastraban por la sustancia de algodón gomoso de la nube y dejaban zanjas de quince centímetros de profundidad. Aubrey pensó de nuevo en pan sin hornear,

en alguien que hundía los dedos en masa cruda elástica.

Agarró una de las botas que se alejaban, la atrapó con la mano todavía medio dormida. Aun así, no había recuperado la sensibilidad en los dedos, así que sólo logró asirla un instante antes de que se le escapara.

—¿El borde de qué? —gritó Axe mientras se alejaba.

El viento succionó el paracaídas hacia arriba y atrás, y lo tiró del borde de la nube con una sacudida repentina, como una doncella al arrancar las sábanas de la cama de un hotel. Axe chilló y se agarró a las cuerdas del paracaídas que se alzaban sobre él. Salió volando cielo arriba, unos dos o tres metros. Entonces el viento amainó, y él empezó a caer, dejó la nube atrás y se perdió de vista.

4

El viento cantaba en un tono estridente y burlón, aunque apenas audible.

Aubrey contemplaba el punto por el que había desaparecido Axe, como si fuera a volver.

Al cabo de un rato descubrió que temblaba sin control, por mucho que hubiera dejado su pánico atrás, en el avión. Lo que ahora sentía era mucho más grande que el impulso de luchar o huir. Quizá fuera la conmoción.

O quizá fuera el frío. En el mundo de abajo era el tres de agosto, una tarde de calor seco y abrasador. Coches cubiertos de polen con una capa de suciedad de color mostaza. Los abejorros zumbaban su somnolienta letanía entre la hierba cocida. Pese a ello, allí arriba hacía una fresca mañana de principios de octubre, fría y dulce como el primer bocado a una manzana madura.

«Esto no está pasando», pensó.

«Estaba tan asustado que he perdido la cabeza», pensó.

«Me la he golpeado contra el borde del avión y esta es mi última fantasía demencial antes de morir de una fractura de cráneo», pensó.

Aubrey barajó estas posibilidades como si fueran naipes, pero de un modo remoto, apenas consciente, sin creérselas del todo.

No se podía rebatir ni el frío del aire ni el silbido del viento, que tocaba una nota mi clara y aguda.

Se quedó un buen rato a cuatro patas, asomado al filo de la nube, preguntándose si podría moverse. ¿Se atrevería? Le daba la impresión de que, si se movía, la gravedad se percataría de su presencia y lo dejaría caer a través de la nube.

Le dio unas palmaditas a la sustancia que tenía delante, la acarició como si fuera un gato. La niebla se endureció y formó una masa grumosa y flexible en cuanto la tocó.

Aubrey se arrastró con muslos temblorosos. Era como avanzar por una superficie de arcilla blanda. Después de recorrer aproximadamente un metro, volvió la vista atrás; el sendero que abría en la nube se fundía después de atravesarlo y se transformaba de nuevo en una niebla lenta y cuajada.

Cuando se encontraba a metro y medio del irregular borde meridional de la nube, se dejó caer bocabajo. Se arrastró un poco más en esa postura, aunque el pulso le iba tan deprisa que el día se iluminaba y oscurecía con cada latido del corazón. Siempre le habían dado miedo las alturas. Era una buena pregunta: ¿por qué un hombre que evitaba volar siempre que podía había accedido a saltar de un avión? La respuesta, por supuesto, era tan sencilla como enloquecedora: Harriet.

La nube se estrechaba al llegar al borde..., aunque no cedía. El extremo mismo de la nube, a pesar de no tener más que un par de centímetros de grosor, era la zona más firme y resistente de las que había visto hasta el momento, dura como el hormigón; no cedía en absoluto.

Aubrey se asomó por el borde.

Ohio se extendía a sus pies, una extensión de llanura casi perfecta compuesta por cuadrados multicolores en distintos tonos esmeralda, pajizos, marrones intensos y ámbar pálido. Eran las famosas olas de cereales que se mencionaban con tanta admiración en la canción «America the Beautiful». Cintas de asfalto, rectas como reglas, bisecaban los campos. Una ranchera roja se deslizaba por uno de aquellos hilos oscuros como una cuenta de acero reluciente en un ábaco.

Al sur y al oeste vio la pista de aterrizaje de tierra roja prensada, detrás del hangar de Aventuras Paracaidísticas Nube 9. Y allí estaba el Cessna, en pleno aterrizaje. O Lenny había conseguido arrancar de nuevo el avión o había

hecho un gran trabajo al descender planeando.

Un instante después distinguió un paracaídas, una enorme tienda tensa de brillante seda blanca. Vio que caía al suelo y se aposentaba sobre un campo con algo plantado: hileras verdes separadas por tierra oscura. El paracaídas se desinfló. Así que Axe estaba en el suelo. Estaba en el suelo y lo bastante consciente como para haber tirado de la cuerda de apertura. El instructor estaba abajo, de manera que no tardarían en ir a recibirlo, y él les contaría...

... algo. Aubrey ni siquiera se imaginaba el qué. ¿«He dejado a mi cliente en una nube»?

Abajo, el paracaídas corría por el campo, hinchándose y encogiéndose como un pulmón.

Cuando Axe les contara lo sucedido, iban a tomarlo por un histérico. A un hombre ensangrentado y malherido que afirmaba haber aterrizado en una nube lo recibirían con preocupación y palabras de consuelo, pero no lo creerían. Buscarían la explicación que tuviera más sentido. Supondrían que Aubrey se había desenganchado en algún extraño accidente, seguramente después de golpearse contra el avión (lo que también explicaría las heridas de Axe), y que había muerto al estrellarse contra el suelo. Incluso a él le parecía una historia más verosímil que lo que había sucedido en realidad, y eso que estaba en la nube, mirando al suelo.

Era una idea horrible, aunque tenía un punto débil. Intentó localizarlo; dar con el fallo era tan complicado como intentar encontrar a un mosquito que te zumba junto al oído y desaparece cada vez que intentas girarte para cazarlo. Casi tuvo que dejar de buscarla, de pensar. Tuvo que dejar que se le desenfocara la vista.

Se le empezaba a formar un dolor seco y palpitante detrás de las sienes.

Revisó en su mente el último vistazo al Desodorante Axe antes de que el paracaídas de frenado tirara de él hacia el vacío... y entonces lo vio. Su ojo mental se concentró en la estúpida lente abierta de la GoPro montada encima del casco de su instructor. Estaba todo grabado en vídeo. No era necesario que nadie creyera en la palabra de Axe: lo único que tenían que hacer era examinar la grabación. Entonces lo sabrían.

Entonces irían a buscarlo.

5

Un poco más tarde se arrodilló y miró a su alrededor.

La gran rueda de la nube todavía tenía la forma de un OVNI tipo platillo volante, con aquella gran cúpula que se erigía en el mismo centro y constituía su rasgo más característico. El resto era de todo menos liso; la superficie burbujaba, se rizaba formando dunas y lomas.

Aubrey examinó el cielo azul hasta que se mareó y tuvo que bajar la vista. Cuando la cabeza dejó de darle vueltas, se percató de que seguía al borde, lo que no era muy buena idea. Se deslizó hacia el interior sobre el trasero para poner distancia entre el precipicio y él.

Al final decidió que iba a arriesgarse a ponerse de pie. Y eso hizo, todavía con las piernas temblando.

Aubrey Griffin se levantó, solo, en su isla de nubes.

Se dio cuenta poco a poco de que el arnés era incómodo. Las correas le dibujaban una dolorosa uve en la entrepierna y le apretaban las pelotas. Otra correa le cruzaba el pecho y le impedía respirar con tranquilidad. ¿O era por el poco oxígeno en el aire?

Se desbrochó el arnés y se lo quitó. Iba a soltarlo en la nube cuando descubrió el perchero.

Estaba a su izquierda, lo veía por el rabillo del ojo: un perchero anticuado provisto de ocho ganchos en curva y fabricado con nube esculpida.

Lo examinó con atención y la garganta seca, consciente de que su corazón latía muy deprisa, demasiado.

—¿Qué coño es eso? —preguntó al aire.

Por supuesto, la respuesta era obvia. Cualquiera con ojos en la cara habría visto lo que era. Se dijo que en realidad no era un perchero, sino una deformidad de la nube. Lo rodeó para inspeccionarlo desde todos los ángulos. Se pusiera donde se pusiera, seguía pareciendo un perchero; un perchero de tejido de nube, pero un perchero al fin y al cabo.

Probó a colgar el arnés de color verde oliva en uno de los ganchos. Debería haber caído entre hilillos de niebla.

Pero ahí se quedó, colgado del gancho, meciéndose con la brisa.

—¡Ja! —exclamó Aubrey.

Más que una risa era una palabra, un sonido de sorpresa, no de hilaridad. En realidad no existía razón alguna para sorprenderse. La nube lo estaba sosteniendo, y él pesaba setenta y nueve kilos. ¿Por qué no iba a aguantar un arnés de lona que no debía de pesar ni un kilo? Se desabrochó el casco y lo colgó de otro gancho.

El dolor que le había empezado detrás de las sienes ya era un pincho ensartado entre la izquierda y la derecha. Pensó que era la fractura de cráneo, la que se había hecho al estrellarse de cabeza contra el lateral del avión. Eso era todo aquello: la vívida fantasía de un cerebro claveteado de astillas de hueso.

Aunque debajo de esa ocurrencia había una idea muy distinta. Otro de aquellos mosquitos mentales le zumbaba por la cabeza; por dentro, en vez de por fuera. Pensaba: «¿Cómo sabe una nube el aspecto que tiene un perchero?». Una idea tan absurda que sonaba a pie de una viñeta del *New Yorker*.

Respiró hondo el aire fresco y poco oxigenado y, por primera vez, se preguntó a qué temperatura estaría dentro de seis horas, cuando se pusiera el sol.

Para entonces ya habría salido en la CNN. Sería la noticia más importante del mundo entero. Habría un enjambre de helicópteros de las noticias revoloteando por allí para obtener la grabación en directo del hombre que caminó por las nubes. El vídeo de GoPro aparecería en todos los canales en cuestión de una hora, estaría por todo Internet.

Deseó no haber sufrido un ataque de pánico tan estridente y lamentable en el Cessna. De haber sabido que saldría en un vídeo que se vería en todo el mundo, al menos habría intentado fingir valor.

Aubrey se había alejado unos cuantos pasos del perchero, vagando sin prestar demasiada atención. Se detuvo y miró atrás. El perchero seguía allí. El perchero significaba algo, seguro. Era más que un perchero. Pero con su dolor de cabeza no conseguía descifrar el alcance de su importancia.

Siguió caminando.

Al principio caminaba como un hombre que sospecha pisar hielo quebradizo. Deslizaba un pie hacia delante para asegurarse de que la nube permaneciera sólida bajo él, y el movimiento levantaba nubecillas de niebla. La superficie resistía y, al cabo de un ratito, sin tan siquiera percatarse de que lo hacía, empezó a caminar como siempre.

Procuraba permanecer al menos a metro y medio del borde, aunque al principio no se acercó al bulto del centro de la nube, sino que se encontró circunnavegando su isla desierta del cielo. Examinó la inmensidad azul en busca de aviones y se detuvo al ver uno: un reactor que dibujó una línea de humo blanco. Estaba a varios kilómetros de distancia, y al cabo de un momento dejó de prestar atención. Entendía que tenía las mismas posibilidades de ser visto que cuando un avión le pasaba por encima al caminar por el campus del Cleveland Institute of Music, donde había estudiado la carrera.

Estaba algo mareado y se detenía de vez en cuando para recuperar el aliento. La tercera vez que lo hizo, inclinó la cabeza, se sujetó las rodillas y respiró hondo hasta que se le pasó la vertiginosa sensación de estar a punto de caer. Cuando se enderezó, se apoderó de él una certeza repentina y muy razonable.

Allí arriba no había suficiente aire.

O, al menos, no la cantidad a la que estaba acostumbrado. ¿A qué altura se hallaba? Recordó que Axe les había avisado que estaban a tres kilómetros y medio de altura justo antes de que el Cessna se quedara parado. ¿Acaso se podía respirar a tres kilómetros del suelo? Evidentemente sí. Estaba respirando. Una frase, «mal de altura», ascendió al primer puesto de la lista de sus pensamientos.

Se pasó un buen rato dando vueltas alrededor de su gran bandeja de niebla. En su mayor parte era llana: algo grumosa por aquí, algo de pendiente por allá. Se subió a alguna que otra duna y descendió unas cuantas zanjas poco profundas. Se perdió un rato en una desconcertante serie de hondonadas del borde oriental y vagó por unas estrechas fisuras de algodón blanco. Al norte se detuvo para admirar una masa de cantos rodados nubosos que se parecían mucho a la cabeza de un bulldog. En el lado occidental de la nube cruzó una serie de tres bultos que parecían enormes badenes. Sin embargo, al final caminó durante casi una hora y se sorprendió de lo monótona que era en realidad su isla con forma de tapacubos.

Para cuando regresó al perchero, estaba mareado, débil y harto del frío. Necesitaba un trago. Le dolía al tragar.

Por experiencia propia, Aubrey sabía que los sueños tienen la costumbre de dar saltos improbables. Primero estás en un ascensor con la mejor amiga de

tu hermana; luego te la estás tirando en la azotea delante de tu familia y tus amigos; a continuación, el edificio empieza a balancearse azotado por un viento peligroso; después, los ciclones arrasan Cleveland. Pero allí, en la nube, no había ninguna narrativa, y menos un remolino de incidentes oníricos frenéticos. Un momento daba tambaleante paso al siguiente. No podía salir de la nube soñando para llegar a otro sitio mejor.

Contempló el perchero deseando poder enviarle una foto del mueble a Harriet. Siempre que veía algo bonito o inverosímil, su primer impulso era sacarle una fotografía y enviársela con un mensaje. Por supuesto, si empezaba a recibir fotos de nubes de su amigo desaparecido y presuntamente muerto, seguro que creería que le escribía desde el otro mundo y empezaría a gritar...

Y, en aquel momento, Aubrey Griffin recordó que estaba en el siglo veintiuno y que llevaba un móvil inteligente en el bolsillo.

Lo llevaba en sus pantalones cargo, debajo del mono. Lo había apagado cuando el avión rodaba por la pista de aterrizaje para despegar, como en cualquier vuelo, pero todavía lo tenía. Ahora que se paraba a pensarlo, de hecho, se le estaba clavando en el muslo.

No necesitaba esperar a que descargaran la grabación de la GoPro de Axe: él mismo podía llamarlos directamente. Si la cobertura era lo bastante buena, incluso podía abrirles un chat de vídeo.

Tiró de la cremallera de su mono. El aire frío le entró como un cuchillo por la abertura y le atravesó la camiseta que vestía debajo. Aubrey sacó como pudo el móvil del bolsillo... y se le cayó de la mano sudorosa.

Gritó, convencido de que caería a través de la nube y desaparecería. Pero no lo hizo, sino que aterrizó en una taza de niebla endurecida que casi tenía la forma de una jabonera.

Lo recogió, presa de un temblor incontrolable fruto de la repentina chispa de esperanza. Pulsó el botón para encenderlo mientras sus pensamientos ya iban a por el siguiente paso: llamaría a Harriet; le contaría que estaba vivo; ella sollozaría de alivio e incredulidad; él también lloraría; los dos llorarían de felicidad, juntos; y ella diría: «Oh, Dios mío, Aubrey, ¿dónde estás?»; y él respondería: «Bueno, nena, no te lo vas a creer, pero...».

La pantalla del móvil se empeñó en seguir negra y vacía. Volvió a pulsar el botón de encendido.

Como seguía sin activarse, lo presionó con todas sus ganas, apretando los

dientes como si se tratara de una actividad que exigiera la fuerza bruta... Como si soltara la tuerca oxidada de un neumático pinchado, por ejemplo.

Nada.

—Pero... ¿qué... coño...? —dijo, sin dejar de apretar hasta que le dolió la mano.

Su teléfono muerto no le ofreció explicación alguna.

No tenía sentido. Estaba convencido de que lo había dejado al máximo de carga o casi. Probó a forzar el reinicio. Nada.

Se llevó la superficie de cristal a la frente y le suplicó físicamente que fuera bueno con él, que recordara lo bien que lo había tratado a lo largo de los años. Después, con paciencia, probó de nuevo.

No.

Se quedó mirándolo con los ojos secos y doloridos, odiando a Steve Jobs, odiando a su operador de telefonía móvil.

—Esto no es justo —le dijo al inútil ladrillo de cristal negro que sostenía en la mano derecha—. No puedes morirte sin más. ¿Por qué has dejado de funcionar ahora?

La respuesta que oyó en su cabeza no la recibió con su propia voz, sino con la de su instructor, Axe: «¿Qué coño pasa, tío? ¿Se te ha calado?». Y la respuesta de Lenny, el piloto: «¡No lo sé! Se ha muerto todo».

Una idea muy desagradable empezó a tomar forma. Aubrey tenía un reloj Shinola, un regalo de Navidad de su madre, un artilugio con correa de cuero y manecillas de las de verdad de la buena. No incluía ninguna aplicación, no se conectaba al teléfono y no hacía nada más que tener buena pinta y darle la hora. Se subió la manga del mono para mirarlo. Las agujas indicaban las 4:23. La de los segundos no se movía. Contempló la esfera del reloj sin parpadear hasta que se convenció de que la manecilla de los minutos tampoco se movía.

La nube le había hecho algo al Cessna al sobrevolarla. Emitía una especie de fuerza electromagnética capaz de cargarse la batería de una aeronave ligera, un reloj o un móvil inteligente.

O de una cámara GoPro.

La idea era tan terrible que quiso gritar de desesperación. Lo único que lo detenía era la fatiga. Gritar allí, en el aire frío y seco, le suponía mucho más esfuerzo de lo que podía soportar.

De repente, lo vio todo claro: nadie iba a subir un vídeo de él perdido en una isla de nubes, como un Robinson Crusoe del cielo. No iba a convertirse en algo viral. Los helicópteros de las noticias no rodearían al hombre que caminaba por los cielos. Si se acercaban, sus cámaras no grabarían nada y los helicópteros caerían como bloques de cemento. No obstante, nadie iba a acudir porque la cámara del casco de su instructor de salto se había frito junto con la batería de debajo del capó del avión. Quizás el vídeo hubiera grabado algunos desagradables minutos en los que se apreciaba la creciente ansiedad de Aubrey, pero sin duda había perdido la alimentación mucho antes de saltar.

Era tan injusto que se vino abajo. Se dejó caer de culo, con los brazos cruzados sobre las rodillas. Incluso estar sentado le exigía demasiado esfuerzo. Se acurrucó de lado, en posición fetal. Las nubes se levantaron y posaron a su alrededor. Decidió cerrar los ojos y esperar un rato. Tal vez al abrirlos descubriera que se había desmayado antes de subir al avión. Tal vez si respiraba hondo y descansaba, cuando levantara la cabeza se encontraría con la hierba bajo el cuerpo, rodeado de caras preocupadas, entre ellas la de Harriet.

Hacía el frío justo para que estuviera un poco incómodo. En cierto momento, encogido en su nido elástico de tejido de nube, alargó una mano, dio con la esquina de una manta, se tapó con una gruesa colcha de revuelto humo blanco y se durmió.

6

Justo al despertar hubo un momento maravilloso en el que no recordaba nada.

Contempló el cielo brillante y limpio, y sintió que el mundo era un lugar amable. Sus pensamientos regresaron de manera natural a Harriet, como solían hacerlo al despertarse. Le gustaba imaginar que rodaba en la cama y la encontraba a su lado. Le gustaba imaginar su espalda desnuda, las líneas perfiladas de sus omóplatos y de su columna dorsal. Era su pensamiento favorito de todas las mañanas.

Rodó y se encontró con una nube vacía.

La conmoción le recorrió por completo y le arrebató de golpe aquella sensación perezosa y descansada de no tener prisa por levantarse. Se sentó y descubrió que estaba tumbado en una gran cama con dosel hecha de algodón blanco. Las mantas de humo cremoso se le habían bajado hasta la cintura. Almohadas de natillas se amontonaban bajo su cabeza.

El perchero seguía con su solitaria vigila a pocos metros de allí, con el casco y el arnés colgando tal y como los había dejado.

Se acercaba el crepúsculo. El carbón rojo del sol destacaba al oeste, casi a su altura. La sombra de Aubrey se alargaba hacia el otro extremo de la isla de nubes. Era más complicado ver la sombra del mueble; una sombra proyectada por un fantasma.

No pensó demasiado en la cama, no entonces. Era como el perchero, salvo que a mayor escala, y en aquel momento estaba demasiado atontado para asombrarse. Salió de entre las sábanas y cruzó la isla hasta llegar a metro y pico del borde trasero.

El terreno que tenía debajo estaba anegado en un resplandor carmesí. Los campos verdes se tornaban negros. No veía la pista de aterrizaje, no reconocía nada de lo que tenía debajo. ¿A qué velocidad iba la nube? Lo bastante deprisa para haber dejado muy atrás la sede de Aventuras Paracaídas Nube 9. Se sorprendió, y también le sorprendió su sorpresa.

Aubrey examinó el mapa de Ohio, cada vez más oscuro, que se desplegaba bajo él. O, al menos, suponía que seguía siendo Ohio. Vio bosques. Vio rectángulos rojizos de tierra abrasada por el sol. Vio tejados de aluminio que reflejaban la moribunda luz de la fragua del día. Distinguió la ancha franja negra de una carretera nacional justo debajo, pero a saber cuál.

Creía que todavía avanzaba hacia el noreste, al menos si tenía en cuenta la posición de la puesta de sol. ¿Qué le esperaba más adelante? ¿Canton? Quizás hubieran rodeado Canton mientras él dormitaba. Ni siquiera sabía por dónde empezar a estimar la velocidad a la que se movía la nube, no sin algún modo de controlar el paso del tiempo.

Se ponía nervioso al asomarse al borde. Con la ayuda de una terapeuta, la doctora Wan, había progresado bastante, sentía que había dejado atrás su miedo a las alturas, que no era más que una de las muchas ansiedades neuróticas en las que habían estado trabajando juntos. Al final de sus sesiones, abría la ventana de su despacho y los dos asomaban la cabeza para contemplar

la acera, seis plantas más abajo. Durante mucho tiempo no fue capaz de hacerlo sin sufrir un ataque de vértigo, pero al final llegó un momento en que podía inclinarse sobre el alféizar como si nada y silbar canciones de Louis Armstrong al espacio vacío. La doctora Wan era una firme defensora de «poner a prueba la ansiedad», de modo que trataba de reducir su poder enfrentándolo a ella. Pero un despacho de una sexta planta era una cosa, y una plataforma de humo a casi tres kilómetros del suelo era otra muy distinta.

¿Qué pensaría la doctora Wan de su plan de probar el paracaidismo? No se lo había contado porque sospechaba que desconfiaría de que fuera capaz de hacerlo, y él no quería enfrentarse a su escepticismo. Además, de haberle contado que pensaba saltar de un avión, ella le habría preguntado por qué; entonces él habría tenido que hablarle de Harriet, y en lo referente a la terapia, sus fantasías con ella estaban superadas.

Se volvió y meditó sobre su cama con dosel hecha de nube, su perchero y su destino más probable.

No le servía de nada poner en duda su situación, discutir con sus circunstancias. Estaba allí, y aceptaba que seguiría allí por mucho que intentara convencerse para negar la realidad que lo rodeaba.

Y eso estaba bien y no pasaba nada. Aubrey era un músico, no un físico ni un periodista. No sabía si creía en fantasmas, pero le gustaba la idea. Una vez había participado con entusiasmo en una sesión espiritista con June y Harriet (¡la pudo coger de la mano durante media hora!). Estaba bastante seguro de que Stonehenge era una pista de aterrizaje para los alienígenas. No era propio de Aubrey cuestionar implacablemente la realidad ni decir que cualquier idea sin probar o cualquier esperanza improbable era mentira. La aceptación era su estado natural. Dejarse llevar por la situación era la primera regla de un buen concierto improvisado.

Notaba la garganta seca y dolorida, y tragar lo estaba matando. La fatiga regresaba, y deseó tener un lugar cómodo en el que sentarse a pensar. ¿Podría ser su agotamiento debido al mal de altura y nada más? Su cabeza, que tenía un don para generar los peores casos posibles, dio con una nueva idea: estaba de pie en una nube de radiación más ligera que el aire. Lo que había matado la electricidad del avión y su móvil pronto barrería los impulsos eléctricos que regían el latido de su corazón. La nube podía estar produciendo tanto veneno atómico como los reactores sobrecalentados de Fukushima, que habían dejado

inhóspita para la vida humana una superficie de unas cuantas decenas de kilómetros en Japón.

La ocurrencia convirtió sus riñones en fría agua estancada. De repente, las piernas se le doblaron y tuvo que alargar la mano sin pensar para agarrarse a algo que evitara su caída. Y la mano dio con el reposabrazos de un mullido sillón reclinable.

Había brotado de la nube, detrás de él, mientras no prestaba atención. Era un gran trono de aspecto cómodo, teñido de un suave color coral por los últimos rayos solares del día.

Lo examinó con interés y suspicacia, olvidadas por un momento todas las dosis letales de radiación. Se sentó despacio en él. Casi esperaba atravesarlo, pero, por supuesto, no fue así. Era el sillón suave y rollizo que todos los sillones soñaban con ser.

Un perchero, una cama, un sillón. Lo que necesitaba, cuando lo necesitaba. Cuando lo pensaba.

Retuvo esa idea en la cabeza y le dio vueltas, la meditó.

Aquello no era una nube. Tenía que dejar de pensar en ella así. Era... ¿qué? ¿Un dispositivo? ¿Una máquina? De algún tipo, sí. Lo que lo llevaba a la siguiente pregunta: ¿qué tenía debajo del capó? ¿Dónde coño estaba el capó?

Su mirada vagó, inquieta, hasta el enorme montículo central, la única parte de la isla que no había explorado. Iría a echar un vistazo. Aunque todavía no. No estaba seguro de si le fallaban las fuerzas o el valor. Tal vez ambas cosas. Había dormido una hora, como mínimo, pero seguía exhausto y ver aquella gran cúpula de color blanco nata lo angustiaba, por el motivo que fuera.

Levantó la cabeza en busca de su siguiente iluminación y vio un cielo de color cereza salpicado de las primeras estrellas. La asombrosa claridad de esa noche incipiente lo dejó pasmado. Por un momento sintió una pizca de algo peligrosamente similar a la gratitud. No estaba muerto, y las estrellas salían en toda su reluciente prodigalidad. Contempló el cielo que se apagaba y las constelaciones que cartografiaban la oscuridad.

Cuando la tapa de la noche ya se había cerrado sobre el Medio Oeste, se dio cuenta de que tenía mucho frío. Todavía no resultaba insoportable, pero era lo bastante incómodo como para volver a concentrarse en los problemas más inmediatos de la supervivencia.

Le pareció importante hacer inventario. Llevaba un mono y una zapatilla Converse de caña alta. Le habían dicho que dejara su zapato derecho en tierra, pero ya no recordaba por qué. Ahora le parecía una estupidez. ¿Por qué saltar con un solo zapato?

Bajo el mono vestía unas bermudas cargo hasta la rodilla y una camiseta hecha de gruesos cordones de algodón tejido. Era su camiseta favorita porque Harriet la había acariciado una vez y le había dicho que le encantaba la tela.

Tenía hambre, aunque era una sensación distraída. Al menos eso podía soportarlo, por ahora. Recordaba haber guardado una barra de cereales en los pantalones aquella mañana, quería llevar algo de comer por si le bajaba el azúcar. Allí seguía. La sed iba a ser lo más problemático. Tenía tanta sed que le dolía la garganta, y en aquel momento no sabía qué hacer al respecto.

De vuelta al inventario. Tenía su arnés y el casco. Se bajó la cremallera del mono y tembló al notar el contacto del viento. Se metió las manos en los bolsillos para repasar sus contenidos.

El móvil: un trozo de metal y cristal, muerto.

Su cartera: un rectángulo de cuero con unas cuantas tarjetas metidas en sus ranuras y su carné de estudiante. Se alegraba de llevar identificación. Si salía volando de la nube o si sus milagrosos poderes de repente cedían, la masa aplastada de su cuerpo tendría nombre. Eso sí que daría un susto de la hostia a más de uno, que su cadáver convertido en tortita apareciera en el noreste de Ohio (¡o en el sur de Pensilvania!), a más de ciento cincuenta kilómetros de donde se le había visto por última vez al saltar de un avión. Se sacó la cartera y el móvil, y los dejó sobre la mesita.

En otro bolsillo tenía...

... volvió de golpe la cabeza para mirar la mesita.

En la oscuridad veraniega, la nube era toda plata y nácar, brillante a la luz de un trocito de luna. Después del perchero, la cama y el sillón, no le sorprendía demasiado que le hubieran ofrecido una mesita en respuesta a un deseo sin expresar, aunque no dejaba de impresionarlo el sigilo con el que había aparecido. Pero lo que más le interesaba era que conocía aquella mesita. Había una exactamente igual entre el sofá en el que se estiraba su madre y el sillón en el que él se sentaba cuando veían la tele juntos (normalmente algo como *Sherlock* o *Downtown Abbey* en PBS). Era donde ponían las palomitas.

Se imaginó a Harriet llamando a su madre para decirle que su hijo había

muerto en un accidente de paracaidismo, pero de inmediato se lo quitó de la cabeza; era demasiado. Ver a su madre gritando y derrumbándose entre sollozos agónicos era más de lo que podía soportar en aquel momento.

No. Lo que le resultaba interesante era que la mesita (que tenía una amplia superficie circular y una larga columna con cuentas) era la hermana gemela de la mesita que recordaba de su infancia. La única diferencia era que estaba hecha de nube, en vez de madera de cerezo. Y eso significaba algo..., ¿no?

Todavía tenía la mano metida en uno de los bolsillos de los pantalones, y sus dedos dieron con unos pequeños bloques de cera. Sacó uno y lo examinó a la luz opalescente. Cuando se percató de lo que era, su cuerpo respondió con un latido de placer y necesidad.

En el mostrador de la pequeña oficina del hangar de los aviones tenían un plato de cristal lleno de caramelos masticables Starburst con envoltorios individuales. Se había dedicado a rebuscar entre ellos con aire furtivo para sacar todos los de fresa, que eran de color rosa pálido. Sentía debilidad por ellos y supuso que le serían útiles; si le entraba el pánico en el avión, podía meterse uno en la boca y dejar que su dulzura le infundiera ánimos. Además, con la boca llena era menos probable que dijera algo cobarde o desesperado.

Pero, por supuesto, los Starbursts estaban en el bolsillo de los pantalones, bajo el mono y el arnés, donde no podía acceder a ellos y, además, para cuando subieron al cielo, tres horas más tarde, estaba tan distraído por su propio susto que se había olvidado de ellos.

¿Cuántos tenía? Tres. Antes eran cinco, pero se había comido dos para calmar los nervios mientras leía los folletos previos al vuelo.

La garganta le dolía de ganas de comerse uno, y le temblaron los dedos al desenvolverlo y metérselo en la boca. Se estremeció de puro placer físico. No era tan bueno como una botella de agua, pero serviría para mantener la sed a raya por el momento, y le quedaban otros dos para después.

Si su reino de nubes podía proporcionarle un sillón y una mesita, ¿podría darle también una jarra de agua?

No, no lo creía. De haberlo podido hacer, ya lo habría hecho. Respondía a sus necesidades inmediatas y se las proporcionaba en cuanto las pensaba. Entonces, era... ¿Qué? ¿Telepática? Bueno, claro. Si no, ¿cómo iba a saber qué aspecto tenía una mesita auxiliar? Y no le había ofrecido un mueble cualquiera, sino el ideal platónico de mesita de Aubrey. Eso significaba que,

de algún modo, era capaz de leer sus recuerdos y creencias como si fueran un manual de uso: *La vida entre los humanos*.

Entonces, se preguntó mientras chupaba con aire pensativo el último trocito de Starburst, ¿por qué no podía darle agua? ¿No estaban las nubes compuestas por agua en forma de gas?

Quizá..., pero no aquella nube. Cuando se endurecía para formar una cama o un sillón, no se convertía en nieve.

En la sala de espera de la doctora Wan había revistas sobre la mesa de centro: *The New Yorker*, *Fine Cooking*, *Scientific American*. Los pensamientos de Aubrey se detuvieron en una foto que había visto en un número de la *Scientific*: lo que parecía ser el fantasma de un ladrillo, un cubo semitransparente del azul más pálido que descansaba, al filo de lo improbable, sobre unas briznas de hierba. Era de un material llamado aerogel, un bloque de materia sólida más ligero que el aire. A Aubrey se le ocurrió que la sustancia que tenía debajo era de una composición similar, aunque muy superior.

El último pedazo de su caramelo masticable de fruta se fundió y le dejó la boca pegajosa y dulce. Tenía más sed que nunca.

Pensó que debería intentar visualizar una jarra de agua de todos modos, antes de descartarlo. Bien sabía Dios que le iba a resultar fácil imaginar un recipiente lleno de agua fresca, con cubitos de hielo entrechocándose dentro del cristal perlado de gotitas. Sin embargo, antes incluso de cerrar los ojos y concentrarse, se dio cuenta de que ya estaba allí, encima de la mesita. Se había formado mientras él pensaba en otra cosa: era una jarra perfecta de niebla, no de cristal, con un vaso justo al lado.

Levantó la jarra por el asa y la inclinó: un burbujeante chorro de vapor y cubitos de hielo endurecido se derramó despacio, como en un sueño, dentro del vaso.

—Bueno, esto es una puta maravilla, muchas gracias —dijo, en un tono resentido que le sorprendió.

La jarra, avergonzada, se le derritió en la mano y se alejó flotando. El vaso se convirtió en un charco de niebla y fue formando espuma hasta caer en silencio de la mesita para volver a unirse a la nube.

Aubrey se estremeció, toqueteó el espacio a sus pies y sacó una manta de humo inflado para taparse las piernas. Había perdido el hilo de sus pensamientos, así que intentó recordar de dónde había salido y adónde iba.

Un inventario. Estaba haciendo inventario. Había terminado su examen de los suministros físicos. Ahora concentró su atención en los recursos psicológicos, fueran los que fueran.

Él era Aubrey Langdon Griffin, hombre soltero, hijo único, de veintidós años a punto de cumplir los veintitrés. Patinador experto, era capaz de hablar con fluidez sobre la liga de béisbol y la NBA, y era una puta máquina tocando el chelo.

Nunca jamás, en toda su vida, se había enfrentado cara a cara con su absoluta falta de técnicas de supervivencia. En el colegio tenía un amigo, Irwin Ozick, que era capaz de fabricar una brújula con una aguja y un vaso de agua, aunque en aquel momento si Aubrey hubiera tenido un vaso de agua se lo habría bebido y, además, ¿de qué coño le iba a servir una brújula? ¿Acaso importaba en qué dirección se moviera? Al fin y al cabo, no podía conducir aquella puñetera nube.

—¿O sí? —se preguntó en voz alta.

Le había ofrecido una cama cuando estaba cansado. Le había proporcionado un perchero cuando necesitaba colgar algo. Le había... respondido.

¿Podía conseguir que diera media vuelta y regresara a Cleveland?

En cuanto se le ocurrió esa idea, otra, más emocionante, asomó: ¿podría cerrar los ojos y concentrarse en descender? ¿Por qué no desear simplemente que bajara?

Cerró los ojos, respiró hondo el aire helado y, con todo su corazón, le pidió a la nube que...

Pero, antes de terminar de anunciar mentalmente lo que quería, sintió que algo retrocedía. Era más una sensación física que una impresión psicológica. De repente, su mente estaba llena a la fuerza de la imagen de una lisa masa negra, cristalina y densa. Se le metió en la cabeza y le aplastó las ideas como el talón de una bota lo haría con una lata de cerveza.

Reculó en su sillón y se llevó las manos a la frente. Por un momento se quedó ciego. Por un momento no hubo nada más en su cerebro que el bloque negro («no, no es un bloque, sino una... perla»). Se le taponaron los oídos por la presión. Un cosquilleo desagradable se le disparó por las terminaciones nerviosas, una erupción de calor punzante.

Cuando se le aclaró la vista, estaba de nuevo de pie. No recordaba

haberse levantado. Había perdido un pedazo de tiempo. No mucho, creía. Segundos, no minutos.

El bloque oscuro que aplastaba pensamientos (la perla) se había retirado, pero lo había dejado exhausto y aturdido. Se acercó a la cama dando tumbos y se metió bajo las gruesas mantas nevadas. El cielo era un círculo de cristal negro (una perla) que lo oprimía, que lo apisonaba.

Cerró los ojos y cayó, cayó, cayó en la oscuridad sin fondo del inconsciente.

7

Harriet y June actuaban en la noche de micro abierto de los sábados en un pub llamado Slithy Toves. Consistía, básicamente, en compartir un micrófono para tocar el ukelele juntas y estar guapas con sus jerséis, sus faldas plisadas y sus sombreros monos. June se ponía una chistera de terciopelo morado con un pequeño pájaro carpintero marrón disecado asomándose por el borde. Harriet llevaba un bombín de cuadros chillón hasta decir basta. Tocaban versiones de Belle & Sebastian y Vampire Weekend, mezcladas con sus propias melodías. De vez en cuando, June corría a sentarse al piano y tocaba.

Aubrey las vio actuar un montón de veces. Él estaba en un grupo que hacía música de cámara con bandas sonoras de videojuegos, y también tocaban en el Slithy Toves.

Una noche, su grupo (se llamaban Burgher Time, un chiste que no pillaba absolutamente nadie) tenía que tocar justo después del dúo de Harriet y June, Unicorn (un chiste que pillaba todo el mundo; el apellido de Harriet era Cornell). Estaba a oscuras, al borde del escenario, y ya había sacado su violonchelo para aplicarle la resina al arco. Unicorn ponía el punto final a la peor actuación de su vida. Harriet la había cagado al inicio de «Oxford Comma», y aquello se había convertido en un lío incoherente. Más que terminar, fue dando traspiés hasta detenerse. Después mantuvieron una pequeña pelea entre susurros cuando quedó claro que a Harriet se le había olvidado su banjo, que necesitaban para su número estrella (tocaban una versión de «Always Look on the Bright Side of Life» de los Monthly Python y

convencían al público para que se uniera a ellas). Había una audiencia importante, pero nadie escuchaba. Harriet tenía las mejillas rojas de ira e intentaba no restregarse los ojos, no quería que nadie viera lo mucho que se esforzaba por no llorar. Cuando June terminó de regañarla con un susurro que seguro que se había oído hasta en la calle, se sentó al piano, incapaz de mirar ni a su amiga ni al público. Sin mirarse a los ojos, discutieron sobre qué tocar, con Harriet siseándole detrás. Un borracho empezó a aullarles sugerencias desde el público.

—¡Tocad algo de Kiss! —gritó—. ¡«Lick It Up»! ¡Eh, chicas! ¡Chicas! ¡«Let's Putt he X in Sex»! ¡Venga!

Al final, Harriet y June se decidieron por «Wonderwall». El ruido de la gente se redujo a un breve arrullo y, en aquel momento de silencio casi absoluto, todos los que estaban cerca del escenario pudieron oír a June decir:

—¡Fa sostenido! Fa, ¡Fa!, con efe de «no la fastidies».

Los que lo oyeron soltaron unas risitas nerviosas.

Harriet empezó a tocar una guitarra acústica mientras June encontraba la melodía en las teclas. Cantaron, y las dos sonaron frágiles y con el corazón roto, pero el público en realidad no las escuchó hasta que Aubrey empezó a tocar fuera del escenario, frotando las cuerdas con el arco, dándole profundidad a la melodía con un sonido de anhelo que era como la marea. Las chicas no se dieron cuenta al principio, no se percataron de que se habían convertido en trío. A pesar de ello, sí notaron que recuperaban a su público, y se irguieron, sus voces reforzadas y entretejidas. La cháchara cesó, y la canción se hizo con la sala. El borracho gimió:

—¡Dadme algo de Kiss, coño! ¡«Lick It Uuuuuuup»!

Pero alguien lo silenció diciendo:

—Como no cierres la puta boca, te vamos a dar algo, pero bien.

Cuando cantaron el coro final, sus voces eran valientes y felices, y sabían que las habían salvado, y fue entonces cuando Harriet oyó el violonchelo. Giró la cabeza y vio a Aubrey entre bastidores. Abrió mucho los ojos, sus cejas volaron hacia la frente y puso cara de querer echarse a reír. Al terminar la canción, mientras la gente las vitoreaba, no se quedó para disfrutar del aplauso, sino que salió del escenario, se quitó el bombín y se lo puso a Aubrey en la cabeza. Después le plantó un feroz beso en la mejilla.

—Seas quien seas, quiero que sepas que te amaré para siempre. Puede que

más —le dijo.

June tocó tres compases de «Lick It Up», se puso en pie de un salto, se deslizó por el piano como un poli en una película de acción de los ochenta sobre el capó de un Ferrari y gritó:

—Eh, ¿a quién le apetece un trío?

Y le plantó un beso a Aubrey en la otra mejilla.

Lo decía en broma, aunque lo más gracioso era que, para el verano, estaban metidos en uno. En mayo, Aubrey rechazó un puesto en la orquesta de Cleveland para poder tocar en los bolos de Unicorn por la Costa Este.

8

Cuando despertó, corría un viento frío y racheado, y el hambre le provocaba calambres en la tripa. Cada vez que tragaba, una puñalada de dolor le atravesaba la garganta.

Aubrey se acurrucó, mareado y débil, bajo el pelo de oveja de sus mantas de nubes. Eran suaves como plumas al tacto y formaban una cápsula de acogedora calidez. Pero tenía la cabeza expuesta a los elementos, y las orejas le dolían una barbaridad por culpa del frío.

Encontró su barrita de cereales, le quitó el envoltorio y le dio un mordisco: coco pegajoso y almendras saladas, todo sellado con dulce chocolate. Le embargó un deseo frenético de engullir el resto, pero la volvió a meter en el envoltorio, se la guardó en el bolsillo y se cerró la cremallera del mono para poner otra barrera más entre la barrita y él. Quizás al menos le quedara una última técnica de supervivencia: su control, que había pulido a lo largo del centenar de noches pasadas en el asiento de atrás del coche de June con Harriet. A veces, Harriet se dormía con la cabeza sobre el muslo de Aubrey mientras murmuraba: «Buenas noches, mi marioneta». Con la boca casi contra su vientre. El autocontrol de Aubrey no tenía parangón. Por mucho que quisiera comer, más había querido a Harriet, pero jamás la había besado, jamás le había acariciado la cara y sólo la cogía de la mano cuando ella se la ofrecía. Salvo por aquella ocasión en Sugarloaf, claro, y había sido ella la que

inició el tocamiento y los besos, no él.

Se puso a chupar otro Starburst para meterse algo de líquido por la garganta. Consiguió que durara mucho tiempo, mientras se despertaba y recuperaba el buen juicio. El cielo estaba nublado, convertido en un arrugado paisaje argento de colinas de plomo y valles de peltre.

Cuando echó a un lado las mantas y se levantó, el viento le dio un empujón y sus débiles piernas estuvieron a punto de ceder. Las ráfagas le tiraban del pelo en todas direcciones. Se acercó dando tumbos al extremo de popa de la nube.

Bajo él se extendían grandes masas de colinas y árboles. Distinguió el hilo marrón pálido de un pequeño arroyo. Parches verdes, cuadrados de tierras de cultivo. Algunas carreteras desperdigadas. A saber qué coño estaba viendo: ¿Maryland? ¿Pensilvania? ¿Canadá, incluso? No, Canadá no era probable. No creía posible haber pasado por encima de la amplia extensión del lago Eerie mientras dormía. Costaba saber a qué velocidad volaba, pero era más lento que los coches que veía deslizarse por las carreteras de abajo.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó, temblando, algo febril.

Casi esperaba que la oscuridad cristalina (la perla) le pisoteara de nuevo la mente, aunque no ocurrió tal cosa.

¿Qué había sido eso? Pero ya lo sabía. Había sido una respuesta, un no enfático. Era una negación en el idioma psíquico de la nube.

El naufrago contempló su isla, medio atontado. No tardó en volver a fijarse en el montículo central, tan grande como la catedral de San Pablo y más o menos con la misma forma.

Sacó una mullida bata de niebla del humo a sus pies y también una bufanda, una cinta de bruma de unos tres metros de largo. Barrió la nube con una mano y recogió un gorro. Una vez que estuvo bien abrigado, se dirigió al centro de la nube, como un muñeco de nieve que hubiera cobrado vida.

Recorrió un enorme prado de nata en el que reinaban una tranquilidad y una paz absolutas. El silencio le ponía nervioso. Uno no se daba cuenta de cuánto ruido y alboroto había en el mundo hasta que se encontraba a varios kilómetros de él, lejos de los demás humanos.

Aubrey acababa de llegar a la cúpula de color blanco lechoso del centro de la nube cuando un relámpago negro le estalló en la cabeza y le hizo trastabillar. Una mano le voló a la cabeza y apoyó una rodilla en el lateral de

la cúpula. El dolor (la perla) disminuyó y le dejó un espacio dolorido en la mente. Esperó con las sienes palpitantes a que llegara otra explosión psíquica, como un bolo humano preparado para que aquella perla rodante de obsidiana lo derribara. Nada.

Aubrey creía saber lo que ocurriría si seguía adelante. Empezó a subir por el lateral de la cúpula. Era una pendiente escarpada, y tenía que clavar las manos y los dedos de los pies en la nube en sí. La textura era fría y húmeda, pastosa. Como escalar un montículo de pudín semisólido.

Tras recorrer unos dos metros, lo golpeó otro puño negro pulverizador. Igual que si una rama se le hubiera estrellado en la cara. Le lagrimearon los ojos. Se detuvo, se quedó quieto. Aquel estallido mental que lo anulaba todo era peor que la inconsciencia. Era el no ser. Por un instante, Aubrey desapareció.

—¿Qué es lo que no quieres que vea ahí arriba? —preguntó.

La nube no respondió.

Decidió seguir trepando sólo por ver lo que sucedería, lo empeñada que estaba la nube en destruirlo físicamente si insistía. Se asió más arriba y más arriba y



Un peso negro le cayó sobre la mente consciente como una lámpara de araña.

Sin embargo, cuando se le aclararon los ojos llorosos, descubrió que había seguido ascendiendo, incluso en esos momentos vacíos en los que parecía haber cesado de existir. Estaba a medio camino de la cúspide, y más que trepar se arrastraba a cuatro patas a medida que la curva se hacía más suave. La cima debía de estar a otros diez minutos de trabajosa subida, suponiendo que su anfitriona no decidiera aplastarle la mente como quien espachurra una garrapata entre el pulgar y el índice.

Cerró los ojos y descansó con el rostro húmedo por el esfuerzo de arrastrarse por la pendiente.

Entonces, lo sintió. Algo en el mismo centro de la nube (la perla), igual que una canica dentro de la boca. Zumbaba un poco, un ruido grave ahogado, aunque Aubrey lo detectó a la primera. Quizá fuera otra de sus técnicas de supervivencia: tenía un oído muy fino y sensible, podía distinguir un violín desafinado en una sección de cuerda de cincuenta personas. Y con aquel leve zumbido percibió una especie de... dolor. ¿Podía una persona sentir el dolor de otra? Se apoderó de él una idea absurda y desconcertante. Estaba delante de la puerta cerrada con llave de una casa oscura. Una familia lloraba dentro la pérdida de alguien. Un abuelo muerto yacía rígido entre las sábanas de su cama.

Aubrey se preguntó si se atrevería a llamar a esa puerta para preguntar cómo se llegaba a su casa.

Creía que si seguía trepando acabaría recibiendo otro golpe negro, esta vez quizá tan grande como el que lo había barrido la noche anterior al pedirle a la nube que lo llevara a casa. Se volvió y se sentó en la ladera para contemplar sus dominios, un gran feudo blanco de nube yerma y mullida. Desde allí, unas cuatro plantas por encima del resto de su isla (aunque todavía lejos de la cima de la cúpula), ya no veía su cama de cumulonimbo, su sillón y su perchero. Se perdían contra el fondo pálido, resultaba imposible distinguirlos del resto de las irregularidades de la nube.

El naufrago se quedó allí sentado mientras la gélida brisa le enfriaba el sudor de la cara.

A un kilómetro y medio, más o menos, vislumbró un 747 que subía hacia el techo nuboso que lo cubría. Se levantó de un salto y agitó los brazos inútilmente. Era tan visible para ellos como su cama para él. A pesar de todo, chilló y saltó.

Al tercer salto, perdió pie y resbaló colina abajo, de culo. Al llegar a los pies de la cúpula, cayó de cara sobre la palidez flotante. Su rostro se golpeó contra algo blando, aunque no se trataba de la misma esponjosidad mullida de la nube.

Palpó a su alrededor para buscarlo, con el ceño fruncido; lo encontró y lo sacó de la bruma... Era un caballo de peluche morado con un cuerno de plata y diminutas alas detrás de las patas traseras. Harriet había saltado del avión

con él, pero no había logrado sujetarlo, así que, al final, resultó que no estaba solo en la nube.

También estaba el junicornio.

9

Los junicornios habían sido idea de Harriet, algo que vender junto con las camisetas y su CD de producción local, y demostró ser una decisión empresarial muy acertada. Los tíos los compraban para sus novias; las chicas los compraban para ellas; los padres los compraban para sus hijos. Vendieron tanto caballo que, como decía June, eran prácticamente traficantes de heroína.

Aubrey estaba en el conservatorio del Cleveland Institute of Music y había logrado acceso al estudio de grabación. En la hojita de créditos del disco se indicaba que Harriet había compuesto una canción, y June, dos. Había un par de versiones. Todo lo demás era Cornell-Griffin-Morris. Aubrey traía las melodías, se inventaba los arreglos y trabajaba los coros, pero para él las letras adicionales de Harriet y las piezas de piano de June bastaban para compartir créditos. Se le daba muy bien convencerse de que trabajaban las canciones en colaboración. En cierto modo, se lo creía más que nadie.

«¿Soy la única a la que le parece una estupidez llamarnos Unicorn si Aubrey es el genio musical del grupo? —preguntó Harriet un día que estaban grabando en el espacioso estudio de bastas vigas de madera al aire—. Deberíamos llamarnos Griffin. Y podríamos vender grifos de peluche».

«No le des ideas», respondió June, y tocó algunas notas de una de sus canciones, «I Hallucinate You», en el piano. O esa o «Princess of China», de Coldplay. Todas las canciones de June sonaban a otras canciones. Una de ellas sonaba tanto a *Shadowboxer* que una vez la chica se puso en evidencia en el escenario al olvidársele su propia letra y cantar la de Fiona Apple. En el público no hubo nadie que se percatara, y Harriet y Aubrey también fingieron no darse cuenta.

Iban a los bolos en el viejo Volvo cochambroso de June, aunque las cajas de junicornios iban detrás de ellos, en una deprimente Ford Econoline roja que

conducía Ronnie Morris. Los hermanos Morris los acompañaban a todos los bolos como encargados del equipo, y eran ellos los que descargaban los instrumentos y el *merchandising*. Habían aprendido que si estaban con la banda a menudo les ofrecían cerveza gratis y que siempre había altas probabilidades de conocer chicas con ganas de juerga. Además de los instrumentos, los junicornios y las cajas de camisetas, Ronnie y Brad casi siempre se llevaban al Cartitas.

El Cartitas era el mote que le había puesto mentalmente Aubrey al novio de Harriet. Cuando Harriet tenía nueve años, su padre se la había llevado a San Diego para un viaje de negocios que estiró para que durase todo el fin de semana y poder llevarla a un partido de béisbol y al zoo. La última mañana, su padre y ella salieron de paseo por el paseo marítimo y él le compró un refresco. Cuando se acabó la Coca-Cola, Harriet metió una nota en la botella con su dirección en Cleveland, un billete de un dólar y la promesa de que habría más dinero si el que encontraba la botella se convertía en su amigo por correspondencia. Su padre lanzó la botella sellada unos treinta metros mar adentro.

Dos meses después recibió un sobre de alguien llamado Chris Tybalt. Le devolvía su dólar e incluía una foto suya y una nota con información. Chris tenía once años y era aficionado a construir y lanzar maquetas de cohetes. Había ido a Imperial Beach, al sur de San Diego, para lanzar su nuevo cohete CATO, y la botella de Coca-Cola asomaba por la arena. Le contó que su presidente americano favorito era JFK, su número de la suerte era el sesenta y tres, y que sólo tenía cuatro dedos en el pie derecho (un accidente con un petardo). La foto, de las típicas del colegio, con un fondo azul nuboso, mostraba a un niño con pelo rubio rojizo, hoyuelos y aparato en los dientes.

Mantuvieron correspondencia durante otros tres años antes de conocerse en persona, cuando el Cartitas se encontraba cruzando el país con su abuela. Tybalt se pasó un fin de semana en casa de Harriet, durmiendo con su abuela en el dormitorio de invitados. Harriet y él lanzaron juntos un cohete, un Estes AstroCam que les sacó una foto desde casi dos metros de altura: dos puntos pálidos en un campo verde, con un evocador tallo de humo rosa que les bajaba hasta los pies. Cuando Harriet llegó a su segundo año de instituto, ya estaban «saliendo», se habían pasado al correo electrónico y habían acordado que se querían. Él solicitó plaza en el programa de aeronáutica de Kent State para

estar cerca de ella.

Aubrey pensaba que el Cartitas parecía un joven investigador pecoso recién sacado de una novela juvenil, aunque ya pasaba de los veinte. Jugaba al golf con una elegancia inquietante, daba la impresión de no haber sufrido nunca los estragos del acné y solía encontrar pájaros heridos para curarlos hasta que se recuperaban. Los hermanos de June lo adoraban porque era fácil emborracharlo y, cuando estaba borracho, intentaba besarlos; decía que eran besos de hermano. Aubrey deseaba desesperadamente que resultara ser un caso de homosexual dentro del armario. Por desgracia, no era más que californiano. Cuando Harriet y el Cartitas hablaban sobre los nombres que les pondrían a sus hijos (Jet si era niño y Kennedy si era niña), Aubrey sentía que su vida no tenía ningún sentido.

En la furgoneta de Ronnie Morris había sitio para Harriet, pero ella siempre iba a las actuaciones con June y Aubrey en el Volvo. El Cartitas insistía.

—Chris dice que tengo que hacerlo —le contó a Aubrey en uno de aquellos viajes—. Dice que no quiere ser nuestra Yoko Ono.

—Ah. Así que estamos separando a los amantes. Ir en el asiento de atrás conmigo es casi un castigo.

—Hmmm —respondió ella, cerrando los ojos mientras su cabeza rodaba por su regazo para ponerse cómoda—. Como un azote semanal en el trasero.

June se aclaró la garganta desde el asiento delantero, un gesto raro, y al cabo de un momento Harriet dejó escapar un gruñido de descontento, se sentó y se tumbó del otro lado. Tenía un junicornio, así que se hizo con él una almohada y se quedó dormida con treinta centímetros de espacio entre Aubrey y ella.

10

A última hora de la tarde, el viento arreció y azotó la superficie de la isla imposible en una serie de intensas ondículas. Su isla, como un cúter, se lanzaba contra cada golpe dando bordadas a uno y otro lado. Olía a lluvia.

Su navío algodonoso se abrió paso hacia unas feas nubes bajas, directo a un aguacero que era como una bufanda negra de varios kilómetros de largo. Los primeros perdigones tintineantes acertaron a Aubrey de lado y rasgaron su abrigo de vapor. Dio un respingo y se abrazó a su junicornio con aire protector, como una madre que protege a su bebé de la lluvia. Retrocedió en busca de cobijo. Un mango de paraguas de bruma blanca sobresalía de un cubo de nube, junto al perchero. Lo agarró y lo abrió, y una amplia lona de nube dura se extendió por encima de él.

De vez en cuando apartaba el paraguas para cerrar los ojos y abrir la boca. Los balines helados de agua le pinchaban los labios; el sabor era frío y delicioso, igual que lamer la hoja de un cuchillo.

Más lluvia cayó dentro de una bañera con patas esculpida en densa nube. Una gran piscina de agua suspendida en un cáliz de hielo. Un charco profundo flotando sobre el humo.

Pasaron tres horas bajo el intenso aguacero antes de que su gran barco blanco se desviara al este y se alejara a toda prisa de la tormenta. Aubrey estaba tumbado bajo el último resplandor de sol del día, con la cabeza colgando del borde de la nube para contemplar la kilométrica sombra de su isla celestial al correr sobre el mapa verde del mundo inferior.

Para entonces le dolía la barriga de tanto beber de un cucharón tan grande como su cabeza, con el que había recogido la lluvia de su bañera. Para entonces había echado una meada de casi treinta segundos por el borde de la isla, una parábola dorada que se dirigía al fulgor de la tarde. Para entonces, Aubrey Griffin había olvidado que las alturas le aterraban. Por el momento, se le había borrado de la cabeza.

11

La única vez que cayó entre sus brazos fue la noche que tocaron en Sugarloaf Mountain, en Maine, un bolo en un gastropub justo al lado de las pistas de esquí. El Cartitas no estaba esa vez. Harriet les dijo que tenía que quedarse en la facultad para estudiar, pero Aubrey supo por June que se habían peleado: horribles sollozos, feas palabras, portazos. Harriet había encontrado unos

correos electrónicos de una novia de la Costa Oeste que el Cartitas nunca había tenido a bien mencionar. Le juró que no seguían juntos, pero no había creído necesario deshacerse de las fotos. Los selfies medio desnudos no eran las peores. La que de verdad le había revuelto el estómago a Harriet era una fotografía de Imperial Beach desde ciento cincuenta metros de altura, tomada desde una AstroCam, con el Cartitas y su Sally de la Costa Oeste mirando hacia arriba juntos. La Sally de la Costa Oeste lo llamaba «Cohete» en sus mensajes.

Aubrey se puso malo al enterarse..., malo de los nervios. Tres semanas después debía volar al aeropuerto de Heathrow, puesto que iba a estudiar un semestre en la Royal Academy of Music justo después de las vacaciones de Navidad. Ya había invertido medio año de ahorros en el piso que iba a alquilar, dinero que no podía recuperar, aunque se le ocurrió la loca idea de quedarse, de saltar al vacío, de intentar pasar un momento con Harriet.

Ella estuvo rígida y poco comunicativa las doce horas de viaje en coche hasta el lugar de la actuación, donde eran teloneros de Nils Lofgren. En privado, Aubrey calculaba que las ganancias no terminarían de cubrir el dinero de la gasolina, pero tenían alojamiento gratis en el complejo turístico, además de los vales de comida y los billetes del remonte. En tiempos más felices, Harriet y el Cartitas habían planeado un día entero de esquí. Daba una idea del estado de la situación el que Harriet, al final, ni siquiera se hubiera llevado los esquís con la excusa de un tirón.

—En realidad, el que lo ha tirado todo por la borda es Cohete, ¿no? —le preguntó mientras cargaban el coche. Harriet contestó cerrando el maletero de un portazo.

Se pasó todo el camino masticándose la uña del pulgar mientras contemplaba con rabia las cumbres blancas y los abetos cargados de nieve. La semana anterior había nevado con ganas, así que era como conducir a través de un túnel de nubes con precipicios blancos alzándose a ambos lados de la carretera.

Aquella noche tocaron en una sala abarrotada hasta los topes de gente mayor y más rica que ellos, que buscaba ruido del bueno para la noche del sábado después de un duro día de esquí y levantamiento de tarjeta de crédito. Hacía calor y apestaba a lúpulo, lana mojada, pelo mojado y humo de chimenea. Harriet llevaba unos vaqueros azules de cintura baja y, cuando se

inclinaba sobre su guitarra acústica, Aubrey le veía la parte de arriba del tanga color esmeralda. Tuvo una actuación fantástica, despreocupada y divertida, con una agradable ronquera en vez de su voz clara habitual, como si se estuviera recuperando de un resfriado. Tocaron y bebieron, cerveza belga con un elefante rosa dibujado en la etiqueta. Aubrey iba por la cuarta y se notaba mareado cuando descubrió que la cerveza tenía 8,5 grados.

En el diminuto ascensor no había sitio para todos ellos y el violonchelo de Aubrey, así que Harriet y él subieron juntos y dejaron atrás a June con sus hermanos. Cuando llegaron a la tercera planta, la chica miró a un lado, después al otro, con los ojos entornados para leer los números blancos de las puertas. Se balanceó en el sitio y se agarró al brazo de Aubrey.

—¿Dónde está mi habitación? —preguntó—. ¿Te acuerdas?

Aubrey le pidió ver la llave de tarjeta, pero no era más que un rectángulo negro sin ninguna marca, así que no desvelaba nada.

—Llamaremos desde mi cuarto —le propuso, aunque no llegaron a hacerlo.

12

Salieron las estrellas, un enjambre de chispas brillantes en la ventosa oscuridad. Allí arriba, a tres kilómetros y medio de la tierra, parecía invierno. Aubrey se comió la última barrita de cereales y se acurrucó bajo su pila de mantas con el junicornio pegado a la cara para intentar oler a Harriet en él mientras recordaba el aroma de su pelo aquella noche en Maine: a pino, a enebro.

Al pensar en Maine, en la forma en que se arrancaron la ropa el uno al otro entre besos casi desesperados, Aubrey sintió que necesitaba a Harriet tanto como antes el agua. Y en lo más profundo de la noche, ella retiró las mantas y se metió en su cama con cuidado, casi con timidez: una Harriet hecha de nube con algodanosos pechos blancos, fresca seda a modo de pelo, labios de niebla seca y lengua de frío vapor.

Aubrey sollozó de gratitud, la apretó contra él y cayó dentro de ella; un

largo y dulce descenso sin paracaídas.

13

De haberse despertado él primero, creía que toda su vida habría tomado un rumbo muy distinto. No sabía cómo habría sido despertarse bañado por la luz del sol, entre almohadas y pilas de sábanas blancas, con Harriet desnuda a su lado. Cómo le habría gustado ver la luz sobre su espalda desnuda. Cómo desearía haberla despertado con un beso en el hombro.

No obstante, cuando consiguió salir a rastras del sueño, Harriet ya se había ido. No respondió cuando llamó a la puerta de su habitación de hotel. No estaba en el bufé del desayuno. No la vio durante el resto del tiempo que pasaron en Sugarloaf, salvo una vez, brevemente: estaba en el patio delantero del complejo, temblando de frío con una chaqueta vaquera demasiado fina y el rostro surcado de lágrimas mientras hablaba por teléfono con alguien. Aubrey estaba seguro de que se trataba del novio y sintió una chispa de esperanza: «Están rompiendo —pensó—. Está rompiendo con él y ahora será nuestro momento».

Estaba observando a través de las ventanas tintadas del vestíbulo del hotel y había ido a buscarla; quería estar cerca de ella por si necesitaba ayuda, por si su presencia silenciosa la ayudaba a superarlo. Pero había llegado allí con June, que estaba muy dolorida. Sufría unos calambres horribles, según decía, quizás una reacción a algo que hubiera comido. Estaba colgada del brazo de Aubrey y, después de contemplar juntos la escena del patio durante un momento, June tiró de él hacia el mostrador de recepción.

—Déjala tranquila. Yo te necesito más que ella. Estoy sangrando tanto que, más que la menstruación, parece que acabo de parir. Si me salieran más cosas de dentro, tendría que ponerle nombre y comprarle pañales.

June estaba tan mal que le pidió a Aubrey que condujera él. Para cuando bajó su violonchelo, Harriet ya se había ido con los hermanos Morris. June le dijo que era porque Harriet tenía un dolor de cabeza espantoso y quería dormir en la cama de la parte de atrás de la furgoneta, pero él estaba inquieto. Más que marcharse, le daba la sensación de que Harriet huía.

—Creo que esa mierda del elefante rosa que bebimos anoche me ha empeorado la regla —dijo June—. Lo que está claro es que no ayuda. Bebimos demasiado. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo. Seguro que Harriet opina lo mismo. Como dijo Reagan: se han cometido errores.

Aubrey quería preguntarle qué quería decir con eso, quería saber lo que sabía June, si hablaba sobre algo más que la cerveza, pero le falló el valor, y la chica se durmió al poco tiempo y se puso a roncar de forma muy poco atractiva.

Cuando regresó a su piso, le envió al menos diez mensajes de texto a Harriet, empezando por: **Madre mía. Así que PASÓ de verdad...** Seguido por: **Me gustaría mucho darle a lo nuestro una oportunidad.** Y terminando con: **¿Estás ahí? ¿Estás bien?** Ella no contestó, y su silencio lo mató de miedo. No dormía, ni siquiera era capaz de meterse en la cama. Daba vueltas por su pequeño dormitorio con el estómago revuelto y jugaba en el móvil para no tener que pensar. Al final se quedó frito en su andrajoso sofá de segunda mano, que olía un poco a pizza rancia.

Su móvil por fin sonó con un mensaje a las cuatro y cuarto de la mañana:

Soy una persona horrible, lo siento mucho. No debería haberlo hecho, no ha sido justo para ti. Necesito estar sola un tiempo. He tenido a un chico en mi vida desde los nueve años y ahora quiero averiguar quién soy sin uno. No me odies, por favor. Por favor, no me odies nunca, Aubrey, amigo mío.

Bajo el texto había un emoticono de un corazón partido por la mitad.

Tres semanas después, estaba dejando las bolsas de la compra en un piso del East End londinense. No supo nada más de Harriet hasta marzo, y fue a través de otro mensaje de texto:

June está muy, muy enferma. ¿Me puedes llamar?

Creía que su Harriet de nubes habría desaparecido cuando despertara, pero estaba acurrucada contra su pecho; era el espectro de gasa de una chica con los rasgos suaves y ciegos de una estatua clásica. El pelo, plumas de seda blanca, le ondeaba con la brisa. Aubrey tenía la polla agrietada. Había sido como follarse un cubo lleno de gachas frías.

Pero no le dijo eso. Le gustaba pensar que era un caballero, por lo que prefirió comentarle:

—Besas bien.

Ella lo miró con cara de adoración.

—¿Me entiendes?

La chica se arrodilló en la cama, con las manos en los muslos, y lo examinó con una devoción entregada y ligeramente idiota.

Le tomó las manos de nubes y se las apretó, con lo que se las deformó un poquito.

—Tengo que bajar al suelo. Aquí arriba me moriré de hambre.

Las manos de la Harriet de nubes eran agua que se le escurría entre los dedos. Pareció desanimada y desinflada por un breve instante. Los hombros hundidos daban a entender que Aubrey era un aguafiestas.

—Creo que te preocupas por mí —probó de nuevo—. Si no, me habrías dejado caer. Pero, compréndelo, me moriré si me quedo aquí arriba. Congelado o de hambre.

La Harriet de nubes le dedicó una mirada ciega y rebosante de preocupación; después se volvió y bajó las esbeltas piernas de la cama. Echó un astuto vistazo atrás, acompañado de un gesto de cabeza para incitarlo a mirar al otro lado de la nube, para desviar su atención hacia lo que allí le esperaba.

Un palacio de nubes, como algo salido de *Las mil y una noches*, se alzaba en el horizonte: una altísima masa de minaretes y arcos, patios y senderos, escaleras y rampas. La magnífica estructura se elevaba en dirección al cielo, y a la luz de la primera hora de la mañana deslumbraba con la opalescencia de una perla (¡la perla!). Había brotado de la noche a la mañana, y rodeaba la enorme cúpula del centro de su isla flotante.

Se levantó para seguirla, pero se tambaleó y estuvo a punto de caer de rodillas. Estaba débil, se sentía tan ligero como la nube. Estaba lejos de la muerte (para eso harían falta varias semanas), pero el hambre lo había dejado

mareado y, cuando se movía demasiado deprisa, le daba vueltas la cabeza.

Ella lo tomó de la mano y no tardaron en llegar a un foso. El corazón le dio un salto. Un círculo de cielo abierto rodeaba el castillo. Veía pliegues de tierra verde tres kilómetros más abajo, barrancos y pendientes en sombras, cubiertos de abetos. Ella le tiró del brazo y lo condujo por un ancho puente levadizo de humo para después atravesar las puertas del palacio.

Cuando llegaron al otro lado, se zafó de ella y giró en un lento círculo para observarlo todo. Habían entrado en un gran salón con altos techos abovedados del color de la nieve. Era como encontrarse bajo el vestido de novia de un gigante.

Al dar vueltas se mareó tanto que estuvo a punto de caer de nuevo. Harriet lo sujetó por el codo y lo guio a un inmenso trono blanco. Aubrey se sentó, agradecido de no tener que seguir dependiendo de sus temblorosas piernas, y ella se dejó caer en su regazo, un frío compendio de esbelta figura y caderas redondas. Aubrey cerró los ojos y apoyó la cabeza en su fresco y reconfortante hombro. Al menos era un alivio que alguien lo sostuviera.

Pero, cuando abrió los ojos, descubrió que abrazaba un violonchelo de nubes. Su culo suave y perfecto, su esbelta cintura y su pálido pecho se habían transformado en el cuerpo del instrumento.

Su Harriet de la troposfera ahora estaba sentada a un metro de distancia, con un pálido vestido de seda, y lo observaba con la adoración de un perro que mira a un hombre con una hamburguesa.

Aubrey metió la mano en la nube que tenía a sus pies y sacó un arco fino como el papel y del blanco translúcido de una raspa. Estaba hambriento, y desde la primera nota tocó la música del hambre: Mahler, su Quinta Sinfonía, la tercera parte, una meditación sobre la escasez, sobre darse cuenta de lo que no era y lo que no podía ser. El violonchelo de nubes no sonaba como uno de madera. Tenía el sonido grave e hipnótico del viento bajo los aleros, de una tempestad soplando sobre la boca de una jarra vacía, aunque, a pesar de todo, la canción se distinguía con claridad.

La Harriet celestial se levantó de su taburete para balancearse y girar. Le recordó a un alga marina empujada por la marea, y cuando tragó tenía la boca seca.

Daba vueltas a imagen y semejanza de una bailarina en una caja de música, una chica vegetal con cutis de suavidad sobrenatural. Le dio la impresión de

que la hacía girar él mismo, como si la chica fuera un torno empujado por la canción. Se elevó sobre la nube y extendió unas alas de belleza alucinatoria con las que voló en círculos a su alrededor.

Estaba en tal trance que se le olvidó tocar. Daba igual: el violonchelo siguió tocando sin él, de pie ante sus rodillas mientras el arco flotaba frotando cuerdas que Aubrey había podido palpar, pero no ver del todo.

Verla lo puso en pie. Retrocedió y levantó los brazos hacia ella. Quería que lo sostuviera... Quería volar.

Ella se inclinó, lo tomó de la mano y tiró de él hacia las grandes alturas bajo el techo del palacio. Aubrey dejó su estómago atrás. El aire silbó, el chelo gimió, y él gritó y la abrazó contra su cuerpo, con las caderas de Harriet contra las suyas. Cayeron, bajaron en picado, remontaron otra vez, y notaba la sangre pesada y la cabeza ligera. Ya se le había puesto dura.

Su Harriet de las nieblas lo llevó a un rellano en lo alto de unas escaleras de altura vertiginosa. Se derrumbaron juntos sobre él. Las alas se convirtieron en sábanas de luna de miel, y él la tomó de nuevo mientras el violonchelo tocaba una libidinosa melodía de cabaret.

15

June mejoró, June empeoró. Hubo un mes bueno en el que iba por ahí con unas muletas de aluminio y la cabeza envuelta en una bufanda, y hablaba de adaptarse a su nueva realidad. Después dejó de hablar de adaptarse y la ingresaron en el ala de oncología. Aubrey le llevó un ukelele, aunque nunca se movió de su sitio, junto a las macetas de cintas del alféizar.

Un día que Aubrey y June se quedaron a solas (Harriet y los hermanos de June habían bajado a la tienda de regalos a comprar chokolatinas), June dijo:

—Cuando terminemos con esto, quiero que sigas adelante con tu vida lo más deprisa que puedas.

—¿Por qué no dejas que me preocupe yo por mis sentimientos? —repuso él—. Puede que te sorprenda, pero no puedo... terminar contigo sin más. Como si fueras un paraguas que me he olvidado en un hotel.

—No estoy hablando de mí, atontado. Espero que me llores al menos una década. Quiero un periodo prolongado de lúgubre desconsuelo y, como mínimo, algún que otro llanto poco varonil en público.

—Entonces, ¿a qué te...?

—A ella. A Harriet. No va a pasar, tío. Tocaste en nuestro grupo de mierda durante casi dos años con la esperanza de que ocurriera.

—Y ocurrió.

June apartó la vista y miró hacia más allá de su polvoriento ukelele, por la ventana que daba al aparcamiento. La lluvia picoteaba el cristal.

—Ah, eso —respondió con un suspiro—. No le daría demasiadas vueltas, Aubrey. Tenía una semana muy mala, y tú eras una opción segura.

—¿Por qué era una opción segura?

June lo miró con el rostro inexpresivo, como si la respuesta saltara a la vista. Y quizá fuera así.

—Ibas a pasar seis meses fuera. No inicias una relación con alguien que tiene las maletas hechas y un pie en la puerta. Eras una opción segura, y ella sabía que no la odiarías te hiciera lo que te hiciera.

Desde que a June le habían diagnosticado el linfoma, se había dedicado a regalar pequeñas perlas de sabiduría fingiendo ser Judi Dench o Whoopi Goldberg en el papel de la mentora trágica en una peli reconfortante sobre lo que de verdad importa en la vida. A Aubrey el tema le cansaba.

—Deberías intentar dormir.

—Me cabreé con ella, ¿sabes? —le dijo June como si él no hubiera hablado.

—¿Porque nos emborrachamos y nos liamos?

—¡No! No por eso. Por todo lo que hubo antes. Por todas esas noches en las que apoyó la cabeza en tu regazo durante esos largos viajes a oscuras en coche. Que te presentara a la gente como su marioneta. Esas cosas no se hacen. Corres el riesgo de que se enamoren de ti.

—Está bien —respondió él en un tono que decía lo contrario.

—No, no está bien. Fue muy injusta contigo.

—Algunas de las mejores conversaciones de mi vida, de las más importantes, las he mantenido con Harriet.

—De tu vida. No de la de ella. Escribiste esa canción sobre intercambiar

vuestros jerséis favoritos y ella la cantó, pero Aubrey... ¡Aubrey! La letra era tuya. No suya. Ella no hacía más que cantar las palabras que le escribiste. Tienes que romper con ella.

—No estamos saliendo.

—Sí, en tu cabeza. Tienes que romper con tu Harriet imaginaria y enamorarte de alguien que te corresponda. No de la Harriet real que no te quiere. De verdad que no te quiere de ese modo.

—¿Y dónde coño está la Harriet de verdad? —estalló él—. Parece que haya ido hasta la fábrica de Hershey en Pensilvania para comprar esa chocolatina.

Siempre emprendía aquellas búsquedas con los hermanos de June, decidida a encontrarle a su amiga algún chocolate raro, algún refresco raro o alguna camiseta rara para mitigar la tristeza de otro día con cáncer.

June dejó escapar un suspiro muy cansado y miró de nuevo por la ventana.

—¿Por qué hay tantas canciones románticas sobre la primavera? Odio la primavera. La nieve se derrite y todo huele a mierda de perro a medio descongelar. Ni se te ocurra escribir canciones románticas sobre la primavera, Aubrey. Eso me mataría, y bastante tengo con morirme una vez.

16

Después, se pasó un buen rato tumbado, jadeando, exhausto pero feliz y resbaladizo de sudor frío. La cabeza le daba vueltas por culpa de la mezcla de hambre y cansancio, aunque no era una sensación del todo desagradable, ya que iba acompañada del mismo subidón de endorfinas de un paseo en una atracción de feria.

Ella se le había escapado entre los dedos (se le había derretido en las manos cuando él llegó al orgasmo) y se había derramado por el suelo convertida en una temblorosa manta de niebla. Le gustaba pensar que la chica de nubes también lo había disfrutado. Cuando la buscó con la mirada, la vio esperándolo al otro lado de una alta arcada, sentada a una mesa de color fantasmal.

Aubrey se puso su mono y se metió en el grandioso comedor. Contempló la inmensidad de la mesa, que estaba dispuesta con copas espectrales, un pavo blanco de aspecto algodonoso y un cuenco de fruta de nubes.

Tenía hambre (más que eso, prácticamente temblaba de hambre), pero la comida de humo no parecía prometedora. No podía olerla. Era escultura, no cena.

Ella le cortó una loncha de nada y se la puso en un plato de cielo al lado de una fruta de nubes. Después lo miró con un deseo casi infantil de agradar.

—Gracias. Tiene un aspecto delicioso.

Aubrey usó un cuchillo pálido para cortar una larga rodaja con forma de canoa de la fruta de nubes. Después la ensartó con el tenedor y la examinó a la tenue luz del comedor antes de decidir que, a la mierda todo, le iba a dar un bocado.

Crujió y se astilló, un poco como los caramelos duros. Sabía a lluvia, cobriza y fría. Se había equivocado. De cerca, sí que despedía un aroma. Olía vagamente a tormenta.

Se dispuso a engullirlo todo.

17

Empezó a dolerle cuando iba por la segunda porción de pechuga de pavo fantasma: un puñal que le atravesaba el abdomen. Gruñó, apretó los dientes y se dobló sobre su silla de humo.

Le quedaba un residuo sedoso en la boca, un mal sabor, como si hubiera estado chupando un puñado de monedas mugrientas. Otra aguja de coser se le clavó en los intestinos. Gritó.

La Harriet celestial, que estaba sentada en diagonal a él, le cogió una mano, asustada. Con la mano libre le pasó una copa de humo blanco. Él se bebió la espuma con gesto desesperado, dos grandes tragos antes de darse cuenta de que no era más que Dios sabía qué sustancia tóxica. Lanzó la copa por los aires.

Unos abejorros frenéticos se le arrastraban por los intestinos y le picaban

por todas partes.

Se levantó de un salto y, sin querer, le desgarró la mano a la Harriet celestial. A ella no pareció importarle. Aubrey llegó corriendo a la arcada justo cuando lo atravesó otro estallido de dolor. Un retortijón en las tripas. Dios mío.

Bajó por las escaleras en una especie de caída controlada, entre veloces trompicones temerarios, sin saber muy bien adónde iba. Parecía que sus intestinos estaban enrollados en una bobina de acero que los estrangulaba y aumentaba la presión con cada segundo que pasaba. Nunca había tenido tanto miedo de hacérselo en los pantalones. Era como perder un pulso, sólo que contra su esfínter.

Se lanzó al otro lado de las puertas y corrió por el puente que cruzaba el foso. Un váter lo esperaba junto a su cama tamaño Cadillac. Corrió los últimos cinco pasos con el mono bajado hasta las rodillas, cual grilletes. Se sentó.

Se produjo una erupción. Gruñó. Fue como si echara fuera una masa de astillas de cristal. Las tripas se le comprimieron de nuevo, y sintió la oleada de dolor hasta las rodillas. Los pies le cosquilleaban, se le quedaban sin circulación. Al tercer espasmo estomacal, sintió una puñalada detrás del esternón. Un dolor intenso se le propagó por el pecho.

Su Harriet de las alturas lo observaba a unos metros de distancia, con una expresión de extraordinario lamento en su rostro de diosa griega.

—¡Perdona, por favor! —gritó mientras intentaba expulsar otra masa de astillas de acero inoxidable. Lo que de verdad quería gritarle era: «¡Aléjate de mí, coño!». O puede que: «Me acabas de matar, zorra». Pero no tenía valor para ser cruel, él no era así—. Necesito estar solo. Estoy enfermo.

Ella se deshizo en cintas de gasa, en una cascada de seda que absorbió la nube a sus pies.

18

Menuda petición, que lo dejara solo. No había forma de estar solo. Por lo que

sabía, ella tampoco existía. Sólo la nube. Desde la primera vez que la miró a la cara, supo que ella no le devolvía la mirada. Al menos, no con sus propios ojos.

Quizás, en cierto modo, toda la nube le estuviera devolviendo la mirada. Si es que «mirada» era el término correcto. Puede que fuese más preciso decir que lo estaba «vigilando». Vigilaba lo que hacía Aubrey, aunque también, no sabía cómo, lo que pensaba. Si no, ¿cómo sabía qué aspecto tenía una mesita para él? ¿O una amante? ¿Su amante ideal?

Y cuando él hablaba para sí en el idioma del pensamiento consciente, ¿lo entendía la nube?

La idea le generaba una ansiedad desagradable. Sin embargo, no estaba seguro de que la nube lo hiciera, de que pudiera interpretarlo de verdad con tanta precisión. Se le ocurría que la nube repasaba sus pensamientos como un niño analfabeto hojea las páginas de una revista con muchas fotos. Se preguntó si sería posible guardarse algo para él, si sería capaz de, en caso necesario, sacar de su cabeza al ojo psíquico de la nube. Mucho podría depender de la respuesta a esa pregunta.

El dolor cedía, aunque sentía las entrañas desgarradas y en carne viva. Dudaba que lo que había comido fuera a matarlo directamente. De haberse tratado de alguna especie de veneno concentrado, ni siquiera habría logrado salir del palacio. Pero tampoco era comida, y no podía permitirse el lujo de repetir la situación. No podía permitirse que lo destrozaran desde dentro, no cuando se había quedado débil y agotado tras un recorrido de diez pasos. Cualquier cosa que exigiera un esfuerzo físico le costaba calorías que no podía perder.

Lo que lo devolvió a la visita nocturna de la Harriet celestial y a su segundo encuentro, más enérgico, antes del banquete de cristales rotos. ¿Estaba ella...? Se recordó que «ella» no existía y se obligó a empezar de nuevo. ¿Estaba la nube intentando agotarlo adrede? ¿Pretendía gastarlo, arrebatarse las reservas de combustible que le permitían funcionar? Pero, si quería acabar con él, habría sido mucho más sencillo convertirse en humo insustancial y dejarlo caer, ¿no?

No. No creía que la nube le deseara ningún mal. Lo que deseaba era que tuviera cosas que lo alegraran, que lo consolaran y lo calmaran. Haría todo lo posible por darle todo aquello que anhelaba, salvo por un único deseo: no

permitiría que se marchase.

Quizá ni siquiera pudiera evitar responder a sus deseos inconscientes. La prueba de aquella hipótesis la tenía al alcance de la mano, en un sentido bastante literal. Mientras no prestaba atención, un rollo de papel higiénico blanco algodónoso se había materializado en una barra que había brotado de la nube. Recogió un puñado, se limpió y echó un vistazo. Sangre. El puñado de humo estaba empapado de ella.

Se limpió lo mejor que pudo. Tenía sangre en la cara interior de los muslos, había empezado a sangrar incluso antes de llegar al váter. La única nota positiva: por mucho papel que usaba, el rollo nunca disminuía de tamaño. Cuando terminó, arrancó otro trozo de algodón de nube y se lo metió en los calzoncillos antes de cerrarse el mono.

Aubrey se fue cojeando hasta la cama y se metió dentro. Al intentar taparse, su mano dio con el junicornio de peluche. Se lo pegó a la cara. Lo sostuvo contra la nariz, y olió el detergente, el polvo y el poliéster. El junicornio estaba desgastado y zarrapastroso, lo que lo convertía en un objeto mucho máspreciado. Agradecía cualquier cosa que no fuera la perfección y la suavidad de los artículos que creaba la nube, agradecía cualquier cosa a la que aferrarse que fuera real. Lo real se reconocía no por sus cualidades, sino por sus imperfecciones.

Se quedó mirando con ojos llorosos el gran huevo blanco que se alzaba del suelo del centro del palacio y analizó aquella única característica constante e improbable de su isla de nubes. Al menos, la única que había descubierto. De repente, la incertidumbre se apoderó de él. Le daba la impresión de que, como mínimo, había otra irregularidad que no era lo bastante irregular como para ser del todo aleatoria, pero por más que se empeñaba no conseguía recordar lo que era.

Bueno. Déjalo estar. Prueba más tarde.

Por el momento se dedicó a meditar sobre la cúpula, la perla que estaba en el corazón del palacio. Al intentar trepar por ella, la nube lo había golpeado con un mazo de cristal negro, tan fuerte que le había arrancado todos los pensamientos de la cabeza. Se había rendido, había bajado y ¿qué había pasado entonces? Había creado a una chica al soñarla. La chica a la que quería más que a ninguna otra persona en toda su vida.

Sin palabras, la nube le había dicho: «No deberíamos pelearnos. Mira,

deja que me quede mis secretos y tú puedes quedarte con Harriet. Que lo que está enterrado permanezca enterrado y...».

La cabeza de Aubrey se quedó enganchada en esa última idea. Su carne reaccionó poniéndole de punta el vello de los brazos. Se preguntó de nuevo si había visto algo en la isla que no pareciera del todo aleatorio y dio con una idea, con una idea muy mala.

Sabía que tenía que subir la gran colina blanca del centro de la nube. No había forma de evitarlo. Cuando ocurriera, la nube intentaría echarlo como antes, lo atacaría con lo que tuviera.

Y ¿sabía ya la nube que estaba planificando otra subida? ¿Se lo vería en la mente? Redirigió sus pensamientos hacia la primera imagen que se le ocurrió: el junicornio que tenía en las manos, su junicornio de peluche morado con el cuerno torcido y las alitas diminutas. Le inquietaba lo de ocultar sus pensamientos, incluso a sí mismo.

Cerró los ojos y enterró la cabeza en las almohadas. No estaba preparado para enfrentarse a la colina en aquel momento. Estaba demasiado frágil, demasiado exhausto, tenía que recuperar algo de energía. De no haber sentido que algo le rozaba la mejilla, quizá se hubiera dormido. Abrió los ojos de golpe y se encontró delante la cabeza de un caballo enorme, hecho de nube.

Aubrey gritó, y el caballo dio un paso atrás, nervioso. No. No era un caballo. Un cuerno le brotaba del centro de la cabeza y unas alitas absurdas le aleteaban detrás de las patas traseras. La expresión de su rostro ciego era hosca, estúpida y tímida. Un junicornio.

Se sentó e hizo una mueca cuando las agujas de dolor le pincharon el estómago. El junicornio estaba al lado de la cama y lo observaba con ojos vacilantes. Le acarició un flanco de alabastro. Era frío y suave, como un caballo de yeso. Se había concentrado en un junicornio, y ahora, como cabía esperar, uno esperaba sus órdenes.

Siempre que no le ordenara que lo llevara volando de vuelta a la tierra o que lo subiera hasta la cima de la gran cúpula blanca. Ya sabía que esa mierda no funcionaría. Pero quizá pudiera usarlo de todos modos. Aunque estaba demasiado débil para caminar, quizá fuera capaz de montar, y el junicornio ya estaba ensillado.

Metió un pie en el estribo y se impulsó. Sus entrañas desgarradas chillaron. Ahogó un grito y cayó sobre el cuello del animal. El sudor le hacía

cosquillas en las mejillas sonrojadas. Palpó para buscar las riendas, las encontró colgando y tiró de ellas. Hacía unos cuantos años que no montaba, pero por su lado materno eran todos ganaderos, así que estaba familiarizado.

El junicornio se giró y trotó por el borde de la nube, y Aubrey rebotó en la silla. Al principio, era difícil. Cada sacudida le llenaba el estómago y los intestinos de alfileres de dolor, como si tuviera las tripas llenas de virutas de acero. Aun así, no tardó en descubrir que, si se levantaba sobre los estribos, no estaba tan mal. Las palpitaciones de su abdomen se redujeron a un débil latido, y empezó a respirar mejor.

Cabalgó por las orillas de la isla, sobre dunas bajas y por encima de playas yermas. Todo le resultaba familiar y completamente nuevo, a la vez. El viento reconfiguraba el paisaje, que de algún modo seguía siendo el mismo: metros y metros cuadrados de puré de patatas.

La última vez que había recorrido la circunferencia de su pequeño feudo se perdió en un laberinto de riscos y barrancos por el este, pero ya no estaban y la tierra era casi llana. Recordaba unos esponjosos cantos rodados que parecían un bulldog. Tampoco estaban.

No vio nada que recordara de su anterior viaje hasta que hubieron recorrido tres cuartos de la circunferencia de la isla. Estaba medio dormido sobre la silla para entonces, porque el balanceo del junicornio tenía un efecto soporífero natural. Una repentina sacudida lo sacó de su trance, y el dolor le estalló dentro de las encogidas entrañas. Miró a su alrededor y vio que acababan de bajar de un bulto nevado con la forma exacta de un badén. Estaban a punto de pasar por encima de otro y más adelante había un tercero. Tres montículos con forma de losa en filas paralelas. Hizo una mueca, tiró de las riendas y detuvo a la yegua.

Despacio, con cuidado, se deslizó por la silla y bajó al suelo. Se apoyó en el caballo para recuperar el equilibrio y esperó a que el mundo dejara de dar vueltas. Cuando lo hizo, respiró hondo y analizó dónde se encontraba.

Se había perdido aquel hito en el anterior paseo: un gran bloque cuadrado, ladeado, en la cabecera del montículo central. No tenía un RIP grabado en la monótona superficie en blanco, pero supuso que cumplía adecuadamente la función de lápida. Ahora que estaba de pie y miraba a su alrededor, costaba imaginarse por qué no se había percatado desde el principio de que aquello era un lugar de sepultura. Por otro lado, sabía que a menudo era culpable de

intentar no ver lo que tenía delante de las narices.

Se arrodilló, y metió los dedos en la fría pasta rígida de la primera tumba. Estaba cansado y no quería excavar con las manos. Habría resultado más sencillo con una pala. Cerró los ojos, inclinó la cabeza e intentó imaginarse una, una pala perfecta de treinta centímetros. Sin embargo, al abrir los ojos no había ninguna herramienta a mano y el junicornio se había apartado unos cuantos metros para contemplarlo con inconfundible desdén. Aubrey pensó que era la primera vez que la nube le negaba algo. Casi se alegró. Lo tomó por una señal de que había encontrado algo que merecía la pena hacer.

Tiró de la cremallera de su mono. Su móvil estaba en uno de los bolsillos de las bermudas. Más que una pala, se trataba de una palita de jardín con el filo romo, pero era mejor que nada. Cortó y cavó. Los trozos de la nube caían a su alrededor mientras otros acudían para rellenar los agujeros, como lodo fluyendo al interior de una zanja en un día de lluvia. Pero, aun así, la materia de la nube parecía necesitar medio segundo para llegar a su sitio y asentarse, así que no era capaz de seguirle el ritmo a Aubrey. Mientras trabajaba, se libraba de su fatiga. El continuo agujijoneo del dolor del abdomen lo mantenía concentrado.

Soltó un montón de blanda roca blanca y dejó al descubierto un trozo de algodón negro desvaído y una reluciente seda amarilla... Y en ese momento la nube se rindió ante él. El túmulo se desmoronó y se esparció por todas partes, y un cadáver surgió de la niebla. Las cuencas vacías dejaron escapar volutas de vapor blanco.

El esqueleto vestía un elegante traje antiguo, uno de tres piezas con frac. Llevaba un pañuelo de color amarillo huevo muy bien doblado en el bolsillo del pecho. El color chillón fue una sorpresa, además de refrescarlo tanto como cuando había metido la cabeza en agua fría. En el mundo de la nube, todo era del blanco de los monumentos, del mármol, del hueso. Aquellos pliegues amarillos eran un grito de risa infantil en un mausoleo.

No costaba entender por qué había muerto aquel hombre. Le habían hundido el cráneo por un lado con un golpe de gran fuerza. El muerto no parecía demasiado disgustado al respecto. Sonreía a Aubrey con unos dientecitos grises tan delicados como granos de maíz. Una mano esquelética agarraba el ala de un sombrero de copa.

Aubrey se giró para pasar a la siguiente tumba, pero el humo ya se había

derretido; la nube entregaba a sus muertos. Una mujer. La habían enterrado con su parasol. Unas diminutas botas de cuero negro asomaban por debajo del vestido y las enaguas. El puente de hueso entre los ojos se había derrumbado. Aubrey no sabía si era el resultado de la descomposición natural o una lesión.

Al otro lado de la mujer había un segundo hombre. En vida debía de haber sido gordo. Sus huesos nadaban en un voluminoso traje negro. En una mano tenía una Biblia del Rey Jacobo. En la otra, una pistola con enormes cañones de hierro. Al parecer, se la había metido en la boca antes de disparar. Era lo único que explicaba el gran agujero en lo alto del cráneo.

Empezó a respirar más despacio. Le dolía la cabeza, le ardían las entrañas y quería tumbarse con aquellos tres esqueletos y descansar. Pese a ello, lo que hizo fue arrastrarse hasta el gordo y quitarle la Biblia. Se abrió por un lugar del principio, señalado por una antigua cinta de color bermellón.

En el reverso se leía: «Para Marshall y Nell el día de su boda, 4 de febrero de 1859. El amor nunca fracasa, Corintios. Con cariño, la tía Gail».

Las palabras del folio recto estaban escritas con tinta marrón oscuro y mano temblorosa.

«Me iban a abandonar (el aeronauta y Nell), así que los maté a los dos. ¡Ahora esto es lo más cerca que estaré del cielo! Aunque ya no creo en Nuestro Señor. Ni una sola palabra de este estúpido libro es cierta. Dios no existe, y los cielos pertenecen al Diablo».

La Biblia pesaba mucho en la mano de Aubrey; era un ladrillo, no un libro. Lo dejó sobre el pecho del gordo.

Asesinato y suicidio. Marshall había disparado al del sombrero de copa (el aeronauta, sin duda) y después a su novia antes de suicidarse. Sus cadáveres llevaban desde entonces flotando en esa nube, casi ciento sesenta años, a juzgar por la fecha en la Biblia. Nell no iba de blanco, así que no habían subido al globo el día de su boda, aunque quizás hubieran decidido dar un paseo romántico en algún momento del viaje de novios. Aubrey se volvió hacia la otra mano de Marshall, la que agarraba la pistola, para echarle un vistazo a su alianza, que era una sencilla sortija de oro que había perdido el lustre con el paso del tiempo.

Sacó el arma de su nido de huesos. No tenía uno ni dos, sino cuatro cañones con grabados de espirales y plumas, y una culata curva de nogal negro. Las palabras «Charles Lancaster New Bond Street Londres» estaban

estampadas en la ranura entre los dos cañones superiores. New Bond Street. Aubrey había pasado por allí casi todos los días cuando salía de la Royal Academy of Music para buscar algo de comer a mediodía. Le sorprendió encontrar un trocito del mundo que conocía allí arriba, en el desconcertante país del cielo.

Abrió la pistola. Los cartuchos, más que munición normal, parecían de escopeta. Sacó las balas. Tres de las carcasas de cobre estaban usadas, pero en la cuarta había una bala del tamaño de un huevo de arrendajo azul, tan grande que casi daba risa. Casi, pero no del todo.

«Te he dejado una para ti, chaval», se imaginó que le decía el gordo. El cráneo de Marshall sonreía con sus dientecitos afilados y torcidos. «Podría resultarte útil. Nunca se sabe. Dentro de un par de días, cuando estés demasiado débil para ponerte de pie, quizá sea tu mejor medicina. Tómese una según proceda y no vuelva a pedirme cita».

Cuando Aubrey se puso de pie, toda la sangre se le fue de golpe de la cabeza y la tarde se oscureció. Se tambaleó y estuvo a punto de sentarse de nuevo. «Cama —pensó—. Descansa». Ya meditaría sobre el trágico destino del aeronauta cuando se sintiera mejor. Incluso dio un paso hacia el junicornio, que estaba piafando inquieto en el mullido suelo, antes de darse cuenta de que todavía llevaba la pistola de cuatro cañones. Eso le provocó otro escalofrío. Era como si hubiera tomado una decisión sin ser consciente de ello. No había razón alguna para llevarse el arma con él si, en el fondo, no estuviera dispuesto a usarla.

Se volvió y pensó en dejarla donde la había encontrado. Los cadáveres yacían expuestos al día; la cabeza de la chica estaba al pie de la enorme lápida rectangular.

Aubrey hizo entonces una rápida serie de asociaciones de ideas que ensartaban media docena de perlitras triviales en un solo collar reluciente.

Habían llegado allí, se habían quedado varados y habían muerto, pero lo importante era que habían llegado, y no en paracaídas, sino en globo. De algún modo habían acabado en la nube, y al menos dos de ellos pensaban marcharse, así que ¿cómo pretendían hacerlo? ¿No era raro que la nube le hubiera desenterrado los cadáveres, pero que la lápida siguiera allí, aquel gran bloque cuadrado sin ninguna marca? Eso le parecía. También se percató, por primera vez, de que el monumento no tenía una forma adaptada a lo que él consideraba

una tumba tradicional, ni tampoco a la tumba tradicional de nadie. Cuando la nube generaba algo (una cama, una mesita, una amante) siempre trabajaba a partir de una plantilla extraída de las mentes de sus huéspedes, pero aquello no era una plantilla de nada. Era camuflaje, y no demasiado bueno.

Aubrey caminó con paso tambaleante entre los esqueletos y se colocó ante la lápida que no era una lápida. Le dio una patada, dos, cada vez más fuerte. Los fragmentos marfileños de sustancia de nube salieron volando. Cuando vio que no bastaba con eso, se arrodilló y la arrancó con las manos. No tardó mucho.

En el centro del extraño monumento con forma de cubo había una cesta de mimbre lo bastante grande para acomodar a una familia de cinco miembros. Estaba llena hasta arriba de una seda con los colores de la bandera de Estados Unidos. El material de la cesta era tan viejo y estaba tan seco que había perdido casi todo el color. La seda estaba igual de mal: desgastada y decolorada, el azul más pálido que el del cielo y el blanco más pálido que el de la nube.

Sacó aquella gran masa temblorosa. Aquella pila de seda (recordaba que los aeronautas la llamaban envoltura) ya no estaba unida a la cesta ni al quemador oxidado que habían doblado adrede para guardarlo. Una docena de cuerdas finas salían de los aros para rodear la falda de seda del globo, aunque estaban recogidos en un ordenado rollo, con todas las anillas en D juntas.

Sin la seda, Aubrey veía que la cesta estaba muy deteriorada. Habían arrancado el fondo de cuajo. La cesta en sí era cuadrada, pero el ratán se había soltado en una esquina, así que nada la unía. Había recibido un golpe salvaje, y de repente se le apareció la imagen mental del globo al estrellarse contra la nube dura a alta velocidad y arrastrarse por ella unos doscientos metros mientras el mimbre se desprendía con una serie de estruendosos crujidos.

«Me iban a abandonar», escribió Marshall, desolado, pero nadie habría podido despegar en aquella ruina de globo aerostático. De haber intentado encender el quemador, el globo lo habría arrancado de lo poco que quedaba de la cesta.

Aubrey pellizcó entre los dedos parte de la resbaladiza seda vieja y la restregó. La desdobló con cuidado y la desplegó ante él. Era consciente del arduo esfuerzo por mantener la mente en blanco, por dejar la cabeza tan limpia

y vacía como el alto cielo azul. Tardó casi veinte minutos en extenderla por completo; era una inmensa envoltura de seda, lo bastante grande para cubrir una casita de una sola planta. En varios lugares a lo largo de los pliegues estaba deshilachada. En otros, la tela era tan fina como un ensueño. Por fin se sentó con la madeja de cuerdas en el regazo, las cuerdas que alguien había desenganchado del globo adrede. Una vez estiradas frente a él, le hizo gracia lo mucho que le recordaba a un paracaídas.

«Me iban a abandonar».

Aubrey estaba demasiado cansado para volver a subirse al junicornio, pero daba igual. Cuando miró a su alrededor, su montura había desaparecido.

Se arrastró entre el acicalado aeronauta y la mujer muerta. Podría haber sacado una cómoda manta del humo que tenía bajo él, pero estaba harto de niebla y bruma, así que se echó encima la seda del globo, se tapó bien con ella y aferró el haz de cuerdas contra su pecho. La pistola se le clavaba en la pierna, pero no le dolía lo suficiente como para abrir la cremallera del mono y sacarla.

«¿Cuánto tiempo aguantará una bala?», se preguntó.

19

—Morirse parece mucho trabajo —dijo Harriet en la reunión tras el funeral; estaba muy elegante con su blusa blanca y su chaqueta gris entallada—. Cuando estás sano crees que, pase lo que pase, vas a querer seguir luchando. Aprovechar hasta la última gota de vida. Pero, tío, el cáncer... Esa mierda te jode viva. Debe de ser un alivio dejar que te lleve de una vez. Como la mejor siesta del mundo.

Estaban en casa de los Morris, bebiendo Pabst Blue Ribbon en el porche de atrás con los hermanos de June.

El más grande, Brad, estaba apoyado en una de las mosquiteras, con el resplandor de la tarde sobre los hombros. Ronnie se había dejado caer en una de las profundas tumbonas, con lo que había levantado una nube de polvo y polen que se arremolinaba y centelleaba en un rayo de luz dorada. Harriet

estaba encaramada a uno de los reposabrazos de la tumbona.

—No tiene ningún sentido —dijo Aubrey desde otra de las tumbonas—. Que una persona llegue a vivir una vida plena y otra no.

Ronnie ya estaba borracho. Aubrey le olía la cerveza que se había bebido desde un metro de distancia, se la olía en el sudor.

—Ella hacía más en un día, sin abandonar la cama del hospital, que alguna gente que vive tres veces más. —Ronnie se dio unos golpecitos en la sien con el dedo—. Lo hacía aquí dentro, donde el tiempo es más elástico. Lo que piensas es lo único que sabrás del mundo en toda tu vida. Así que si te imaginas algo, es como si lo vivieras. Una vez me dijo que desde los quince años tenía una aventura con Sting. Aquí dentro. —Le dio otro golpecito profundo a su sien—. Recordaba las habitaciones de hotel. Recordaba haber estado sentados en la terraza de una cafetería de Niza y que empezó a llover. Ese era su don. Estaba predispuesta a dos cosas: la imaginación y el cáncer.

Aubrey sabía que se trataba de una asociación de ideas discordante, la clásica sabiduría que sólo se oye en boca de los borrachos. La imaginación era un cáncer del corazón. Todas esas vidas que llevabas dentro de la cabeza y que nunca llegarías a vivir... te llenaban hasta impedirte respirar. Cuando pensaba en que Harriet se marcharía para vivir el resto de sus días sin él, no podía respirar.

—¿Y su lista? —preguntó Harriet—. ¿Qué pasa con todas esas cosas que quiere que haga por ella? ¿Saltar de un avión, surfear por la costa de África? —Harriet estaba llorando de nuevo. Apenas era consciente de hacerlo. Lloraba con facilidad y suma belleza—. ¿Qué pasa con esta lista de oportunidades perdidas con la que me ha dejado?

Ronnie y Brad negaron con la cabeza. Harriet los miró con los ojos abiertos de esperanza, como si estuvieran a punto de revelarles una sorprendente herencia que June le había legado a su querida mejor amiga.

—No son cosas que le habría gustado hacer a ella —dijo Ronnie—. Son cosas que quiere que hagas tú porque se divirtió mucho haciéndolas ella. En su mente.

Se dio de nuevo en la sien. Si no acababa con dolor de cabeza por la cerveza, sería por los golpecitos.

—¿Qué vamos a hacer primero? —preguntó Aubrey.

Harriet lo miró sin expresión en el rostro. Tuvo la desagradable sensación

de que la chica se había olvidado de su presencia por un segundo.

—Vamos a saltar por ella —dijo Brad—. Ya he llamado para reservar.

—Vamos a saltar... con ella —lo corrigió Harriet mientras acariciaba el unicornio que había llevado encima todo el día.

—¿Cuándo? —preguntó Aubrey.

—Ay, Aubrey —respondió Harriet—. No tienes que hacerlo. Te dan miedo las alturas.

—No he pensado en alturas ni una vez desde que me recetaron los medicamentos para la ansiedad. Gracias a Dios. No quiero estar demasiado asustado para compartir lo más importante con la gente más importante de mi vida.

—Ya has hecho mucho por June —repuso Harriet—. Conseguiste que mereciera la pena escuchar a nuestra banda. Te adoraba, ya lo sabes. —Se inclinó sobre el espacio que los separaba para darle con los nudillos en el muslo—. Me lo decía constantemente estos dos últimos meses.

—Ella sentía lo mismo por ti. Eras su tema de conversación preferido.

Harriet le dedicó una sonrisa distraída y preguntó:

—¿De qué más hablasteis June y tú?

A Aubrey le daba la sensación de que intentaba conducir la conversación a alguna parte, pero no veía adónde.

—Hablamos de que quería que siguiera con mi vida. Y es lo que quiero yo también. Quiero ir directo al primer punto de su lista.

—Buen chico —dijo Ronnie—. Saltamos dentro de seis semanas.

Aubrey alzó la barbilla en un tibio gesto de aceptación, aunque se le encogió el estómago de la tensión nerviosa. Seis semanas era demasiado pronto. Quizá se le notara la inquietud en el rostro a pesar de sus esfuerzos. Harriet lo observaba con preocupación, mirada llorosa y... ¿Qué coño? ¿Cómo había acabado sentada en la rodilla de Ronnie?

Verla casi sobre el regazo de borracho de Ronnie le molestó y sacó su lado más rencoroso, algo poco habitual en él.

—Aunque, claro, también podríamos saltar todos en paracaídas con nuestra imaginación —comentó jovialmente—. Y ahorrar dinero.

Ronnie frunció el ceño.

—Y ser unos gallinas.

—Creía que habías dicho que si te imaginas algo es igual que vivirlo.

—Joder, tío —masculló Ronnie antes de echarse a llorar—. Acabo de perder a mi hermana, ¿de verdad te vas a poner a discutir gilipolleces conmigo?

20

Cuando Aubrey despertó, casi once horas después, supo algo que debería haber comprendido hacía meses. June no le había dicho que necesitaba superar lo de Harriet porque se preocupara por él. June se lo había dicho porque se preocupaba por Harriet, y Harriet era demasiado dulce (o le faltaba asertividad, como se prefiera) para decirle a Aubrey que saliera de una puta vez de su vida. Eso era a lo que quería llegar el día del funeral. «¿De qué más hablasteis June y tú?».

Era probable que June y ella hubieran estado a pocos segundos de acabar para siempre con su gracioso numerito folk cuando él se lo secuestró aquella noche, en el Slithy Toves. Lo había convertido en algo más serio de lo que debía ser y de lo que ellas habían deseado. Las chicas le habían hecho sitio en sus vidas, pero porque él se había abierto paso a codazos y había impuesto sus deseos por encima de la diversión inofensiva que ellas pretendían.

De hecho, no quedaba nadie en tierra, aparte de su madre, a quien le fuera a costar recuperarse de su inexplicable desaparición. No había ninguna vida esperándolo abajo porque nunca se había molestado en construir una. Había dejado tan poca huella en el mundo como la sombra de una nube al pasar por encima de un campo; una idea que le enfurecía y lo empujaba más que nunca a volver.

Dobló la seda del globo tal y como la había encontrado, siguiendo los pliegues desgastados por el transcurso del tiempo. Mientras trabajaba, se fijó en que la habían reconfigurado para que se abriera más de lo que lo haría un globo normal, aunque las cuerdas todavía podían recogerse en un único punto estrecho, más o menos del ancho de la cintura de un hombre.

Aubrey caminó pesadamente por las tenues colinas nebulosas con la gran

masa de seda bajo un brazo y el puñado de cuerdas bajo el otro. Al respirar, soltaba vaho. Se estremeció, aunque no sabía si por culpa del frío o de la indignación. Le avergonzaba haber anhelado de aquel modo a Harriet cuando resultaba evidente que ella no lo quería, le avergonzaba haber intentado arrepentirse del salto en paracaídas, le avergonzaba tener veinticuatro años y no haber empezado todavía a vivir. Se aferró a su vergüenza como si fuera otra clase de arma, quizás una de mayor valor que la pistola.

La cama, el váter y el perchero seguían donde los había dejado. Colgó las pilas de seda en el perchero, al lado de su arnés de paracaidista. Si tenía algún sentido guardarlo... Bueno, prefería no pensar demasiado en él. Todavía. No cuando tenía la pistola. La última vez habían usado el arma para un suicidio, pero Aubrey creía que ofrecía la posibilidad de una forma de huir distinta y más satisfactoria. La tela de seda y las cuerdas, por otro lado, servirían igual de bien más adelante, si todo lo demás fallaba y de verdad estuviera decidido a matarse.

Recogió el casco y se lo colocó en la cabeza (siguiendo la teoría de que no se marcha a la batalla sin armadura) y se giró en dirección al palacio. Los capiteles y las altas almenas se alzaban hacia las profundidades del cielo, con la cúpula central presidiendo sobre el conjunto. Ya había intentado escalar una vez la cúpula y lo habían echado. Le daba la impresión de que había llegado el momento de averiguar de dónde lo estaban echando. La nube protegía algo allí arriba, y si tenía algo que proteger... es que tenía algo con lo que amenazarla.

Se dirigió a las puertas del castillo. Se preguntó qué descubriría si lograba llegar a la cima de aquel globo blanco como la nata. Se le había ocurrido la idea, quizás algo histérica, de que allí habría un cuadro de mandos, una escotilla que diera a una cabina oculta. Se imaginaba un asiento de cuero negro en una cápsula diminuta llena de luces parpadeantes y una palanca rojo brillante con las palabras «ARRIBA» y «ABAJO» estampadas en ella. La idea era tan adorablemente ridícula que tuvo que reírse.

Todavía se reía de sí mismo cuando llegó a la fosa que rodeaba el palacio y descubrió que habían subido el puente. Casi medio metro de cielo abierto lo separaba de las grandes puertas que se abrían al patio.

Eso le cerró la boca.

21

Los verdes campos entrecruzados de abajo brillaban con el suave color dorado de la primera luz de la mañana. Las colinas proyectaban vastos lagos de sombras sobre los valles. Distinguió una granja roja y un granero plateado, un campo verde pálido arado en irregulares surcos y unos botones amarillos que seguramente serían almiares.

Su Harriet del cielo lo observaba desde el otro lado del foso mientras se retorció el vestido, nerviosa. Su rostro de estatua griega parecía indefenso y asustado.

El pulso de Aubrey era una mano tocando un tambor bárbaro.

—¿Qué harás si doy un paso al frente? ¿Me dejarás caer? Si pudieras dejarme caer, ¿no lo habrías hecho ya? —le preguntó—. Va contra las normas... Eso es lo que creo.

No estaba seguro de creerlo, pero la nube se había aferrado a los aeronautas incluso después de muertos, se los había guardado durante todos aquellos años, cuando bien podría haber flotado hasta el lago Erie y haberlos soltado allí sin que nadie se percatara. Lo que atrapaba, se lo quedaba. Cuando comprendió que iba a poner a prueba su hipótesis, sus maltratadas entrañas le dieron un lento vuelco.

—Nada de lo que me has enseñado hasta ahora era real, y eso incluye tu foso.

Cerró los ojos y levantó un pie. Los pulmones se le encogieron en el pecho. Las pelotas se le pegaron tanto al cuerpo que le dolieron los testículos.

Dio un paso adelante.

Y cayó. Abrió los ojos de golpe mientras caía de cabeza.

La nube empezó a lanzar su espuma hacia delante, se derramó ante él. De un segundo a otro, pasó de zambullirse de cabeza en el cielo a acabar a cuatro patas sobre una niebla viva que había aparecido debajo de su cuerpo para frenarlo.

La masa de vapor siguió extendiéndose sobre el foso hasta formar un fino puente que cruzaba el vacío. Miró a su alrededor en busca de la Harriet celestial, pero se había derretido.

Aubrey se puso en pie, inestable. Una verja levadiza de niebla había

tapado el arco de entrada. Se fue directo hacia ella con la cabeza inclinada.

Las bandas de nube se estiraron como cuerda elástica, tensas contra la superficie redonda de su casco. Empujó contra ella, primero un paso, después otro. La verja se dobló y deformó como si fuera de lana, y de repente se desgarró y lo lanzó de bruces contra el patio.

Se levantó de nuevo y marchó hacia el gran salón.

Allí lo esperaba un harén: dos docenas de esbeltas muchachas con la piel del blanco más puro, flexibles perfecciones de mármol, algunas vestidas con seda opalescente y otras desnudas. Habían llenado el espacio abierto de sofás y camas, y las chicas se enredaban sobre ellos, se retorcían las unas en brazos de las otras, las unas entre las piernas de las otras.

Algunas se deslizaban hacia él con sus ojos ciegos, desesperadas por agradar. Una mujer a la que no veía lo había agarrado por detrás y sus pechos mullidos se apretaban con fuerza contra su espalda mientras le besaba el cuello. La Harriet celestial ya estaba de rodillas frente a él, buscando el tirador de la cremallera de su mono.

Le apartó la cabeza de un revés. Después se zafó con tanta fuerza de los brazos de la mujer que lo sujetaba por detrás que la mano de la chica se deshizo en hilos de vapor. Aubrey se abrió paso entre los cuerpos desnudos. Todas las mujeres con las que había fantaseado para masturbarse estaban allí, desde su primera profesora de chelo hasta Jennifer Lawrence, e intentaron caer sobre él. No se dejó frenar, siguió reduciéndolas a banderolas rotas de niebla nacarada.

Subió los escalones. En el comedor esperaban unos guerreros: hinchados hombres de nube de azúcar que medían más de tres metros y blandían porras algodonosas e inmensos martillos de vapor. Estaban menos formados que las chicas del salón inferior. Tenían manos de plastilina y brazos con bultos que recordaban más a la anatomía de los cómics que a los cuerpos humanos reales.

Aubrey Griffin, que no se había metido en una pelea desde los nueve años, les dio la bienvenida. Respiraba deprisa, con la sangre alterada.

Un guerrero alzó su mazo de nube (la cabeza del martillo era tan grande como un pavo de Acción de Gracias) y le golpeó en el pecho. A él le sorprendió lo mucho que dolía y el eco del impacto que le recorrió el torso. Sin embargo, agarró el extremo del mazo cuando le dio en el cuerpo y no lo soltó, sino que pivotó, retorciendo y tirando del martillo con él.

Aquellas cosas, las formas de nube dura, eran débiles en las articulaciones. Tenían que serlo para poder doblarse y moverse. Le arrebató el mazo a su atacante y le arrancó un brazo con él. Dio la vuelta completa y soltó el martillo, que se estrelló contra la masa de gigantes que se acercaba. A uno lo partió por la mitad, a la altura de la cintura, y la parte superior de su cuerpo cayó al suelo dando tumbos. El mazo estaba trazando un arco ascendente que le arrancó la cabeza al que venía detrás.

Los gladiadores de nubes lo rodearon con puños y porras.

Arrancó otro brazo cercano y lo usó de guadaña, de modo que segó la primera oleada como un niño que usa un palo para golpear las malas hierbas. Se imaginó atravesando un mar de natillas que le llegaba a la cintura, y así se abrió paso.

Empezaron a alejarse de él, a retroceder no por sus puños, sino por su jubilosa furia, por el modo en que enseñaba los dientes. A la nube le faltaba el valor de sus propias convicciones, estaba tan poco dispuesta a hacerle daño como a permitirle caer. Por el contrario, Aubrey no compartía aquella reticencia. Ya estaba jadeando cuando llegó a la mitad del salón, sudando a pesar del frío, y solo.

Siguió avanzando por el castillo, aunque no había mucho que ver. Tras diseñar la entrada y el salón de banquetes, al parecer la nube se había quedado sin ideas. Atravesó la siguiente arcada y se encontró de nuevo a los pies de la cúpula.

La cima estaba muy lejos, a decenas de metros de altura. Se mareó un poco al mirar arriba; y también sintió algo peor: el fantasma de una perla negra de cristal que acechaba al filo de sus pensamientos.

Respiró profundamente, despacio, e inició el ascenso.

22

La orden de parar le golpeó tan fuerte que fue algo casi físico, tanto que le echó la cabeza hacia atrás. Aun así, cuando sus pensamientos volvieron a él, ya había recorrido seis metros. Parpadeó para espantar las lágrimas, levantó

una mano y la metió en la fachada rocosa de la nube.

Ella lo atacó, igual que quien pisa una avispa herida para que deje de arrastrarse.

Pero no dejó de arrastrarse. Respondió.

«¡No!», rugió, aunque sin sonido. Era un pensamiento reflexivo y feo.

Le lagrimearon de nuevo los ojos. La cima del deslumbrante globo blanco se le emborronó y duplicó, pero después la imagen volvió a enfocarse. Seguía trepando, llevaba veintipico metros.

Lo que le enviaba aquellos ataques psíquicos empezó a vacilar. Quizá no estuviera acostumbrado a que le gritaran. Aubrey avanzó otros doce metros y llegó a un punto en el que le pareció que la pendiente era lo bastante redondeada para que fuera seguro intentar levantarse. Estaba poniéndose en pie sobre sus temblorosas piernas cuando la perla negra probó con un golpe bajo y atacó. Se tambaleó, perdió el equilibrio por un momento y un talón le resbaló en el suelo. De haber caído de espaldas, habría bajado dando tumbos desde más de treinta metros de altura hasta la base, pero cayó bocabajo y se quedó sin aire en los pulmones. Con los brazos y las piernas estirados en forma de cruz contra el suelo curvo de la nube.

—Serás zorra —dijo, y se obligó a ponerse de rodillas y después de pie.

Siguió adelante. El aire helado le desgarraba los pulmones con cada sibilante aliento. Poco a poco fue de nuevo consciente de un zumbido galvánico que se sentía tanto como se oía, justo debajo de los pies. Era como estar sobre una plataforma de acero cuando se acercaba un tren. El sonido aumentó a medida que subía hasta convertirse en una vibración intensa y mecánica que recordaba a la única nota de acople que abría el «I Feel Fine» de los Beatles.

Dejó de andar a cincuenta pasos de la cima de la cúpula y se balanceó sobre los talones. Le palpitaba la cabeza. También las orejas.

Por primera vez vio que estaba encima de algo que no era la nube. Era del color de la nube, eso sí, de un tono gris mate, pero más duro que el resto, y estaba justo allí, oculto debajo de una alfombra de vapor de menos de tres centímetros de grosor.

Se arrodilló y abanicó el humo para apartarlo. Parecía faltarle la voluntad o la densidad para ganar más densidad en aquel punto. Debajo encontró la curva de lo que podría haber sido la perla más grande del mundo, una perla

del tamaño de un edificio de diez plantas. No era negra, sino más bien una esfera de hielo pulido. Salvo que el hielo era frío, mientras que la perla era cálida y vibraba como un transformador.

Y algo más. Veía algo dentro. Una forma tenue. Parecía una anguila congelada en aquel hielo de mentira.

Se arrastró y se puso a barrer la nube para apartarla. El vapor no se le resistía. Aubrey dejó al descubierto algo similar a un cable de oro, fino como un cabello, que recorría el exterior del cristal nublado. Unos tres metros más tarde, encontró otro filamento dorado. Pronto descubrió un tercero y un cuarto. Todos los cables de oro subían hacia la parte superior del orbe para envolverlo en una frágil red.

Al pasar la mano por encima de uno de ellos, sintió un frío aliento contra la palma. Aubrey se detuvo, se acercó más y vio que los cables estaban cubiertos de miles de diminutas perforaciones que dejaban escapar volutas de bruma blanca.

Al parecer, la sustancia imposible de la nube emanaba de allí. La perla llevaba un abrigo de hilos dorados que producía la nube a modo de disfraz al expulsar un humo más ligero que el aire, pero tan duro como la piel humana. No era magia, sino maquinaria.

Tras aquella idea, Aubrey tuvo otra: ya no lo avasallaban. No había sentido el impacto psíquico del mazo negro de cristal desde que encontrara el primer hilo dorado.

«Estoy dentro de sus defensas —pensó, convencido aunque sin saber por qué—. Aquí no puede luchar contra mí. Ni tampoco esconderse».

Miró más allá de la red de oro, a la sustancia que no era hielo, y distinguió una segunda anguila helada, gruesa como el muslo de un hombre. La siguió en su ascenso para ver adónde conducía, apartando la fina niebla a su paso.

Por fin llegó a la verdadera cima. Frunció los labios y sopló una capa de humo hasta que logró ver lo que había estado oyendo durante los últimos quince minutos. El orbe estaba coronado por lo que parecía ser un plato al revés de precioso papel dorado. Cientos de líneas relucientes irradiaban de él; parecían los rayos del centro de una rueda. El plato producía un constante zumbido eléctrico que notaba en el delicado vello de los brazos, en la superficie de la piel y en los empastes.

Aubrey se levantó y se pasó un brazo por la frente. Pasó a concentrarse en

lo que había debajo de la copa dorada, en la gran bola de cristal falso. Tardó un momento en comprender lo que estaba mirando y, cuando por fin encajó las piezas, lo barrió un mareo abrumador.

Era un rostro. La suave esfera gris contenía una... cabeza más grande que la de un cachalote. Aubrey vio un único ojo cerrado levantado hacia él, un ojo del diámetro aproximado de una sauna. Más abajo había una barba de tentáculos (las anguilas que había visto antes), y todos aquellos fibrosos apéndices eran más gruesos que una manguera. Costaba distinguir el color de la criatura. El contenido entero de la esfera había adoptado el tono gris verdoso de un moco frío y viejo.

En algún momento cayó de rodillas. La bandeja dorada que había encima de la perla vibraba sin parar. Se le ocurrió que la criatura del interior estaba muerta o en un estado de coma muy similar a la muerte, pero que la maquinaria que la ocultaba seguía viva y coleando.

Con el rabillo del ojo vio que se movía algo, así que volvió la cabeza. La Harriet celestial esperaba a unos cuantos metros y se retorció las manos, nerviosa. El dobladillo de su pálido vestido, ideal para una boda, barría el cristal falso color acero que tenía debajo.

Él señaló la cara de la esfera.

—¿Qué es eso? ¿Eres tú? —le preguntó—. ¿Esa eres tú de verdad?

No estaba seguro de que lo comprendiera, y pensó de nuevo en un niño analfabeto repasando una revista llena de fotos. Pero en ese momento la chica negó con la cabeza, casi desesperada, y se abrazó.

No. No, no lo creía. Pensó de nuevo (esperaba acertar más esta vez) que lo que había allí dentro estaba muerto. Ella (la nube) era más bien... ¿Qué? ¿Un dron de seguridad? ¿Una mascota?

Estaba un poco inclinado hacia delante y apoyó una mano en el plato de aluminio dorado.

Fue como meter el dedo en un enchufe: una descarga tan intensa que todo el cuerpo se le puso rígido, entrechocó los dientes y, por un instante, sólo vio una nevisca de luces plateadas, como si una docena de bombillas se le encendieran a la vez en plena cara. Salvo que lo que lo galvanizó no era electricidad, sino una descarga de quinientos mil voltios de... soledad, una sensación tan intensa que podía matar.

Apartó la mano de un tirón. Cuando parpadeó para librarse del resplandor

borroso de las luces parpadeantes, su Harriet de los cielos lo miraba; parecía asustada.

Aubrey se llevó la mano izquierda al pecho. Sentía alfileretazos de dolor.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho por ti. Pero no puedes impedir que me vaya. Me estás matando. Siento que estés sola, pero tienes que dejarme marchar. No..., no quiero seguir contigo.

Ella lo observó sin comprender nada.

Más que sorprenderse, se sintió decepcionado y muy cansado. Una forma de vida inteligente y empática compuesta de humo había llegado a su mundo hacía una cantidad indeterminada de tiempo con un único propósito: ocultar y proteger una cabeza dentro de una bola. Una criatura monstruosa y silenciosa que quizá ni siquiera hubiera sobrevivido al viaje.

La consciencia de la nube vivía regida por una única ley: evitar que descubrieran su carga. No había forma de bajar. Y no podía liberar a nadie que pudiera poner en peligro a la criatura de la esfera, una cabeza decapitada del tamaño de una casa. El humo vivo había guardado a los aeronautas (y, sin duda, había intentado satisfacer sus deseos) para no estar solo y lo retenía a él por la misma razón. No entendía que aquel alivio temporal para su atroz soledad eterna le costaría a Aubrey la única vida que tenía.

Quizá no entendiera del todo la muerte. Quizá creyera que los aeronautas seguían allí, salvo que muy tranquilos y en silencio, como la criatura de la esfera. Al fin y al cabo, ¿hasta dónde llegaban los conocimientos de la nube viva? ¿Cuánto podía saber? La cabeza del interior de la esfera debía de tener un cerebro del tamaño de un garaje con espacio para dos coches, pero el humo que pensaba y sentía... No era más que circuitos atrapados dentro de un platito dorado.

—Tengo que bajar —dijo—. Quiero que me dejes en alguna parte. Déjame en la cima de una montaña y te prometo que nunca le contaré a nadie nada de esto. Puedes confiar en mí. Puedes examinar mis pensamientos para comprobar que lo digo en serio.

Ella negó con la cabeza, muy triste y muy seria.

—No lo entiendes. No te lo estoy pidiendo. Esto no es una solicitud amable. Es una oferta —explicó—. Por favor. Déjame en tierra y no tendré que usar esto.

Y sacó la pistola del bolsillo.

Ella ladeó la cabeza, un poco como un perro cuando oye un ruido lejano que le interesa. Si sabía lo que hacía la pistola (y tenía que saberlo, sin duda había estado presente la última vez que se había usado), no dio muestras de ello. Aun así, Aubrey se sintió en la obligación de explicarlo.

—Esto es una pistola. Puedo provocar muchos daños. No quiero herirte ni a ti ni a tu amigo de aquí dentro. Pero lo haré si no me dejas sano y salvo en tierra.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo. Que. Bajar.

Puntuó las tras palabras golpeando el plato con la pistola, cada vez más fuerte. Pum, pum, pum.

Al tercer golpe, su cuerpo de niebla pareció ondularse como un papel aleteando con una suave brisa. Retrocedió un paso. Aubrey ni siquiera estaba seguro de que pudiera acercarse más, puesto que allí era donde menos niebla había. Apenas para cubrir la cúpula.

Lo iba a obligar a disparar. Pensaba que no llegaría a eso. Creía que bastaría con subir hasta allí y apuntar con el arma a lo que la nube escondía. Ni siquiera estaba seguro de que una bala de un siglo de antigüedad funcionase y, si lo hacía, era poco probable que penetrara la materia sobre la que estaba sentado. No le cabía duda de que la enorme perla era de Muy Lejos y de que se había fabricado para soportar cosas peores que un proyectil de una elegante cerbatana del siglo xix.

¿Sabía ella que, como mucho, dispararía una vez? «No», pensó, no con certeza, sino con una especie de desesperación necesitada. No, tenía que seguir con el juego hasta sus últimas consecuencias. No estaba seguro de si al final dispararía al aire para demostrar que el arma funcionaba o si se atrevería a disparar a la bola o al plato dorado. Para tener éxito, no debía vacilar, tenía que estar dispuesto a apretar el gatillo.

—No me obligues a hacerlo —suplicó—. Si tengo que disparar, lo haré. Por favor.

Ella lo miró con cara de expectación salvaje, absurda.

La pistola tenía cuatro percutores esbeltos y elegantes bien juntos, uno

para cada cañón. Se imaginó echando los cuatro atrás con un único y asombroso clac, como el renegado Josey Wales al disponerse a impartir justicia entre las plantas rodadoras. Le sorprendió que, cuando tiró de ellos con el pulgar, no se movieran. Bajó la pistola para observarlos. Una delicada capa de óxido los mantenía pegados, así que tenía que levantarlos uno a uno. Apretó los dientes y forcejeó con el primero. Durante casi un ridículo minuto, no pasó nada. Tiró y tiró, mientras sentía que el efecto dramático de su amenaza se perdía con cada segundo que pasaba.

Entonces, de repente, se colocó en su sitio con un satisfactorio crujido mecánico y las astillas de óxido salieron volando. Le palpitaba la mano, se le había quedado amoratada del esfuerzo y tenía una profunda marca azul oscuro en la palma. Sujetó el siguiente percutor y tiró de él con los dos pulgares con toda la fuerza que logró reunir. Era como intentar abrir un bote de pepinillos más frustrante de la cuenta. De repente, como la vez anterior, se movió hasta la posición de disparo. Suspiró, recuperó parte de la confianza perdida y agarró el tercer percutor con ambos pulgares, listo para tirar con todas sus fuerzas.

Salvo que el tercer percutor se soltó a la primera, se echó hacia atrás de un modo tan inesperado que lo soltó, se le cayó, y la pistola se disparó con un relámpago caliente de luz y una tos ronca, como el petardeo de un coche muy viejo.

El azufre lo cegó, le quemó las fosas nasales. Los cañones ya no apuntaban a la copa dorada, sino en ángulo hacia la superficie curva del suave orbe gris. La bala agrietó la esfera y cortó uno de los finos cables de oro. El cable roto empezó a rociar lo que parecían ser un millón de relucientes copos de nieve. Una fina grieta se extendió por la esfera de abajo, donde había acertado la bala.

Aquel continuo zumbido grave pareció cambiar, adoptó una vibrante nota de tensión.

Aubrey retrocedió para alejarse del cambio de sonido, de la siseante lluvia de pequeñas partículas, de la grieta de la curva de la esfera de cristal falso. Miró la pistola y la lanzó a un lado, horrorizado. Sabía que era el primer impulso de cualquier asesino: librarse del arma. Rebotó en la esfera, se deslizó por la pendiente y se perdió de vista entre el humo, que ahora parecía agitado.

Miró a su alrededor en busca de su Harriet del cielo. Se alejaba dando

tumbos mientras se fundía con el humo, algo parecido al final de *El mago de Oz*. Se hundió en la niebla burbujeante y se disolvió hasta las caderas. Los brazos ya no estaban, así que se parecía más que nunca a una estatua griega.

Aubrey se volvió en círculo. Desde donde estaba veía toda la isla. Contempló los minaretes y las torres. Se hundían. Mientras observaba, una de las torres se estremeció y se derrumbó en una enorme pila temblorosa de nata montada blanca. Otra se dobló por la mitad y adoptó la postura de un hombre agachado para mirarse la bragueta. Más allá del palacio, el resto de la nube estaba envuelto en un tumulto azotado por el viento. La superficie era un mar embravecido y las ráfagas se estrellaban contra las olas y lanzaban el humo como si fuera espuma.

El susto lo había pegado al sitio. Lo que le puso en movimiento no fue el palacio que se disolvía, la nube alborotada ni la ducha de lo que probablemente fueran partículas tóxicas que surgía del cable roto. No encontró la voluntad suficiente para moverse hasta que miró entre sus pies.

Justo bajo ellos, el párpado de aquella cara grotesca y gigantesca se entreabrió. El globo ocular de debajo era rojo y estaba veteado de motas negras, como una pelota llena de sangre y moscas muertas. Se movía aletargado, despacio, de un lado a otro, hasta que pareció fijar la vista: en él.

Corrió. No era una elección ni tampoco algo a lo que dedicara pensamiento alguno. Sus piernas funcionaban sin más («pies, no me falléis ahora») para alejarlo de la cima de la perla, de la cara horrenda, del zumbido del disco dorado, cada vez más parecido al de una avispa.

Aubrey bajó corriendo por la curva de la esfera hasta el humo alborotado hasta que, de pronto, la dura superficie que tenía debajo se transformó en una rampa empinada y perdió pie. Cayó de culo y se deslizó casi tres metros hasta poder rodar y frenar. Siguió bajando otros tres metros en una serie de caídas controladas, agarrándose a la nube, colgándose, soltándose, agarrándose al siguiente asidero, haciendo el chimpancé hasta llegar al fondo.

Después saltó de la ladera y cayó los últimos cuatro metros. Esperaba un impacto en superficie elástica, pero, por un espantoso momento, atravesó el suelo como si fuera una nube cualquiera.

Cuando se detuvo, fue porque el vapor pareció espesarse y sujetarlo; era una sensación similar a la de estar enterrado hasta la cintura en arena mojada. Una vez medio enterrado, tuvo tiempo para examinar lo que quedaba de la sala

de banquetes. Se había desplomado, ahora eran las ruinas tras la caída de una bomba. Paredes irregulares y destrozadas se alzaban a ambos lados de Aubrey. El suelo era una masa revuelta de cantos rodados mullidos.

Se liberó y empezó a trepar por los escombros. Incluso entonces le daba la sensación de que los montículos y bultos de humo semisólido que tenía debajo se movían con la rápida corriente de una inundación. Daba la impresión de que en cualquier instante rodarían y lo expulsarían de la hirviente palidez de vapor hacia la tierra sólida de abajo. La nube perdía consistencia, su capacidad de hacerse sólida, aunque él no lo veía como «consistencia». El término que le venía a la cabeza mientras escalaba frenéticamente por el lodo era *autoimagen*.

Bajó de tres en tres los escalones de la majestuosa escalera. Los últimos ocho peldaños burbujearon y se alejaron con la espuma antes de llegar a ellos, así que tropezó, trastabilló y acabó en el suelo, deslizándose a través de la nube como un niño que ha salido lanzado de su trineo a gran velocidad y está comiendo nieve.

Entonces se levantó y se puso de nuevo en movimiento, saltando por encima de las deformidades desperdigadas por el suelo del vestíbulo. Los cadáveres desechados de las amantes fantasmales levantaban las manos para atraparlo. Sus cabezas surgían de la sopa lechosa del suelo con los rostros destrozados presas del pánico. Pisó al menos una cara antes de salir por la puerta.

Se le ocurrió que quizá ya no estuviera el puente del foso. Atravesó dando manotazos los débiles hilos que quedaban de la verja, que estaba en plena disolución. Fue como meterse con la cara por delante en una telaraña fría y húmeda. Ya la había dejado atrás y corría a toda velocidad cuando vio que el alto arco del puente se había derrumbado por el centro. No sólo eso, sino que temblaba por cada extremo y empezaba a retroceder hacia ambos lados del foso. El corazón se le subió a la garganta como un globo aerostático al alejarse del mundo. Ni pensó ni frenó. Aceleró. Un paso, dos, llegó hasta el muñón fino y desgastado del puente y saltó.

Pasó por encima con un metro de sobra, se tambaleó y cayó. Al levantarse echó una mirada atrás, justo a tiempo para ver el palacio derrumbarse, aplastarse como un pabellón magnífico que cede sobre sí mismo. Le vino a la cabeza un recuerdo de estar en la cama con siete años y el cuerpo tenso de

placer mientras su padre sacudía una sábana en el aire y la dejaba caer flotando sobre él despacio, a modo de paracaídas.

El paracaídas (aquellos pliegues de seda que antes fueran un globo aerostático) seguía en el perchero, aunque el perchero en sí empezaba a doblarse con su peso. Más allá de él, la cama había perdido toda conciencia de sí misma y ahora parecía la nube de azúcar fundida más grande del mundo.

Aubrey recogió el arnés y se lo puso, apretándoselo por encima de las pelotas y colocándoselo sobre del mono. Estaba poniéndose las correas sobre los hombros cuando oyó el grito. Era un estallido de sonido, una mezcla de bocina y metro que entra con un rugido atronador en un túnel. Toda la nube pareció estremecerse. Pensó en aquel horrible rostro monstruoso y se apoderó de él una idea tan terrible como aterradora: «¡Está despierto! ¡El gigante está despierto! ¡Baja por el tallo de judías!».

Agarró la pila de seda justo cuando el perchero se volvió blando como un fideo cocido y se derrumbó. Empezó a correr hacia el borde de la nube. Mientras corría, descubrió que se hundía en la superficie. En cuestión de segundos estaba metido hasta las rodillas.

Encontró el ordenado haz de cuerdas y, a medida que avanzaba con dificultad hacia el cielo azul más allá de las orillas de la nube, empezó a enganchar las oxidadas anillas en D en los mosquetones del arnés. Lo que estaba a punto de hacer era casi un suicidio, un acto frenético de demencia que fracasaría con absoluta certeza. Entonces, se preguntó, ¿por qué parte de él se estremecía por el esfuerzo de contener la risa histérica?

En total, había una docena de viejas anillas. Enganchó cuatro a la parte delantera del arnés y cuatro a la trasera, y dejó colgando el resto. Todavía aferraba la tela contra el pecho. Cuando levantó la mirada, descubrió que su Harriet del cielo se interponía entre él y el borde mismo de la nube. Sujetaba el sucio junicornio de peluche entre sus brazos, como si fuera su bebé, como si pretendiera evitar que su amante traidor los abandonara a ambos.

Aubrey agachó la cabeza y pasó a través de ella. Dos pasos más tarde, estaba en el borde de la nube.

Cayó como un ladrillo.

24

Cayó en línea recta con los pies por delante. Voló casi doscientos cincuenta metros antes de acordarse de soltar la tela que llevaba en los brazos. No tenía ni idea de cómo soltarla, así que la lanzó lejos, sin más.

Y cayó, cayó y cayó. Descendió trazando un loco tirabuzón y arrastrando tras de sí una larga cuerda de seda enredada.

La tierra giraba sin parar bajo él: rectángulos de bellos campos verdes cultivados, montículos jorobados de colinas boscosas, una pequeña aldea con forma de pulpo aplastado. Vio tres agujas blancas con bastante claridad, las lanzas de hueso finamente tallado que distinguían a las iglesias. A lo lejos oteó un amplio horizonte de color azul lechoso. Tardó varios segundos en reconocerlo como uno de los Grandes Lagos o, quizás, el océano Atlántico.

El viento le cortó la respiración. La piel de la cara se le ondulaba contra el cráneo. Caía cada vez más deprisa. Las cuerdas chasqueaban al tensarse. El viento agitaba y sacudía el enredo de seda que se arrastraba tras él, como un chiste. Qué locura pensar que sería capaz de frenar su caída, que un aeronauta de hacía ciento cincuenta años le había dejado un modo de escapar de aquella solitaria isla del cielo.

No obstante, por muy inútil que resultara su chapucera colcha de seda antigua, sintió que él mismo se abría como un paracaídas; que se henchía con una alegría cada vez mayor. Se inclinó hacia delante, y extendió brazos y piernas en la postura que su instructor de salto había llamado aerofrenado.

Cal. Así se llamaba el tío. El nombre apareció de repente en la cabeza de Aubrey: una de Cal y otra de arena. ¿Cómo podía habersele olvidado?

Dejó de girar y cayó hacia el frondoso verde de la superficie. De no haber estado seguro de que moriría por el impacto, habría muerto de pura gloria. Mientras lloraba a mares, Aubrey Griffin empezó a sonreír.

25

Se encontraba a ciento ochenta metros del suelo cuando la larga cuerda de

seda que arrastraba se desplegó y se llenó. La envoltura estalló con un ruido sorprendente y se abrió como cuando un camarero lanza un mantel al aire. Tiró de Aubrey hacia arriba; de hecho, lo subió casi quince metros y él se dejó el estómago atrás, y después siguió descendiendo, aunque más despacio, con una calma repentina. Se sintió flotar como una semilla de diente de león en una suave brisa de agosto. Recuperó el calor: el sol en el rostro lo estaba asando poco a poco dentro del mono.

Echó la cabeza atrás y vio que sobre él se extendía una cúpula de seda roja y azul salpicada de enormes estrellas blancas. Los rayos del sol atravesaban las zonas más finas, ya que algunas partes de la tela no eran más que hilos sueltos.

El suelo se alzaba para recibirlo. Vio un pasto amarillento justo debajo, con pinos al fondo. Al este, el campo estaba bordeado por la franja negra de una carretera de dos carriles. Aubrey vio una ranchera roja que circulaba por ella, con un collie negro y blanco en la plataforma de atrás. El perro lo vio y ladró, y el sonido le llegó plano y diminuto, lejano. Al norte había una granja con un patio polvoriento detrás y un granero decrepito al lado. Aubrey cerró los ojos y olió el polen dorado, la tierra seca y el alquitrán caliente.

Cuando los abrió, el prado corría hacia él. Se le ocurrió que quizás el aterrizaje no fuera tan relajado como el lento descenso hasta el suelo. Entonces llegó, con los talones por delante, y sintió un impacto atroz que le subió hasta el coxis.

Se encontró corriendo por la basta hierba amarilla. Las mariposas huían a su paso, presas del pánico. El desastrado paracaídas todavía no había terminado con Aubrey: tiró de él otra vez hacia arriba, lo soltó, lo subió de nuevo y, en general, jugó con él al yoyó por todo el campo. Cada vez que recogía otra cucharada de aire de la superficie, chascaba con estruendo y se llenaba. Aubrey no sólo corría, es que no podía parar. Si paraba, el paracaídas lo arrastraría. Empezó a desabrochar los mosquetones y a pelearse con las duras cuerdas en tensión.

Vio la carretera más adelante, y una valla de postes de madera podrida con tres filas de alambre de púas oxidado entre ellas. El paracaídas se infló otra vez y lo alzó por el aire. Recogió las rodillas hasta casi pegarlas al pecho y pasó por encima del alambre.

Después tocó tierra con los pies en una zanja al otro lado, trastabilló, y la

tela siguió arrastrándolo sin piedad hacia la carretera. Echó una mano atrás para intentar llegar a los mosquetones traseros, frenético. Soltó uno, luego otro. La carretera le quemó las rodillas a través del mono. Dio un salto, brincó, encontró el tercer enganche y lo abrió. Giró la cintura para buscar el último, que se soltó de golpe, de modo que Aubrey salió lanzado con el pecho por delante hacia la línea amarilla de puntos.

Levantó la cabeza y vio que el aire había arrastrado la alegre ruina de su paracaídas hasta la copa de un enorme roble del otro lado de la calle. De inmediato, se desinfló y se plegó sobre las ramas.

Se volvió. Le dolía la parte baja de la espalda y las rodillas. Su garganta estaba seca como papel de lija. Miró hacia el reluciente cielo azul en busca de su nube. Y allí estaba: un gran tapacubos blanco, apenas distinguible de los demás gordos retazos algodonosos de nubes. Todavía parecía una nave nodriza, como había dicho Harriet. Harriet había dicho que era un OVNI, y estaba en lo cierto.

Sintió una inexplicable punzada de afecto por aquel lugar, por el hogar que su Harriet Celestial había intentado crear para él allí arriba. En cierto modo, todavía sentía que flotaba poco a poco hacia la tierra. Quizá siguiera flotando varios días.

Seguía tirado bocarriba en la carretera cuando un tío en un Cadillac negro se acercó por el norte, frenó al aproximarse y lo rodeó. Se detuvo justo al lado de Aubrey.

El conductor (un anciano de airados ojos azules bajo un matorral de cejas color tormenta) bajó la ventanilla.

—¿Qué coño haces en la carretera? ¡Que te van a atropellar, capullo!

Aubrey, sin ofenderse, se incorporó apoyándose en los codos.

—Oiga, señor, ¿dónde estoy? ¿En Pensilvania?

El otro le lanzó una mirada asesina y se le oscureció el rostro, como si Aubrey hubiera sido el que lo hubiera llamado capullo a él.

—¿Qué drogas te has metido? ¡Debería llamar a la policía!

—Así que no es Pensilvania, ¿no?

—¡Más bien Nuevo Hampshire!

—Vaya, no me diga.

No estaba seguro de ser capaz de salir de la carretera todavía. Se estaba

muy bien allí, con el alquitrán calentito bajo la espalda y el sol brillándole en la cara. No tenía ninguna prisa en llegar a lo que tuviera que venir después.

—¡Por amor de Dios! —exclamó el vejete, escupiendo saliva—. ¡Baja ya de tu nube!

—Acabo de hacerlo.

El anciano volvió a subir la ventanilla y salió de allí. Aubrey giró la cabeza para verlo marchar.

Cuando tuvo de nuevo la carretera para él solo, se levantó, se sacudió el polvo del trasero y empezó a caminar. Desde arriba había visto una granja no muy lejos. Si había alguien en casa, quizá le pidiera permiso para usar el teléfono. Supuso que a su madre le gustaría saber que seguía vivo.



LLUVIA

Cuando la lluvia cayó, casi todo el mundo estaba fuera, bajo ella.

Quizá te preguntes por qué murió tanta gente en aquel primer aguacero. Las personas que no estuvieron allí dicen: «¿Es que la gente de Boulder no sabe que tiene que meterse en casa cuando llueve?». Bueno, deja que te cuente algo: era el último viernes de agosto, ¿recuerdas?, y hacía calor, calor del bueno. ¿A las once de la mañana? No había ni una nube a la vista. El cielo estaba tan azul que dolía mirarlo demasiado tiempo, y nadie aguantaba en casa. Era un día tan glorioso como el primero del Edén.

Daba la impresión de que todos habían encontrado un motivo para salir. El señor Waldman, que fue el primero en morir, estaba en su tejado con un martillo, poniendo tejas nuevas. Se había quitado la camiseta, y su escuchimizada espalda de anciano estaba tan roja como un cangrejo cocido, aunque no parecía importarle. Martina, la *stripper* rusa que vivía en el piso de abajo, había salido a nuestro polvoriento patio de pena para tomar el sol con un bikini negro tan diminuto que sentías el impulso de echar monedas a una máquina para seguir mirándola. Las ventanas de la destartalada casa de estilo colonial de al lado estaban todas abiertas; allí vivía la gente de la secta del cometa: Elder Bent y su «familia» de pirados rotos. Tres de sus mujeres estaban fuera, vestidas con sus típicas túnicas plateadas y sus tapacubos ceremoniales en la cabeza. Una de ellas, una chica obesa con una cara de pomelo triste y vacía, estaba volteando salchichas en la barbacoa, y el humo azul bajaba por la calle y le daba hambre a todo el vecindario. Las otras dos estaban a la mesa de madera del patio, donde preparaban una macedonia; una de ellas cortaba piña mientras la otra extraía las semillas rojas de unas granadas.

Por mi parte, echaba el rato con Draculín y esperaba a la persona que más quería en el mundo entero. Yolanda venía de Denver con su madre. Yolanda se mudaba conmigo.

Draculín era un chico llamado Templeton Blake que vivía al otro extremo de la calle, en la puerta contigua a la del señor Waldman. Yolanda y yo a veces

cuidábamos de él a petición de su madre, Ursula, que se había quedado sola después de la muerte de su marido, el año anterior. Ursula intentaba pagarnos, pero normalmente conseguíamos convencerla de que preferíamos otro tipo de compensación: unas cuantas porciones de pizza o verdura fresca de su jardín. Me daban pena. Ursula era una dama esbelta, bajita y elegante que sufría una leve hafefobia. No soportaba que la tocaran, lo que te llevaba a preguntarte cómo era posible que tuviera un hijo. Su chaval de nueve años tenía el vocabulario de un sociólogo de cuarenta y casi nunca salía de casa; siempre estaba enfermo de algo y medicado con antibióticos o antihistamínicos. El día que cayó la primera lluvia lo estaban tratando por un estreptococo recurrente y no podía salir porque su tratamiento lo volvía hipersensible a la luz. Muchos niños sanos y fuertes murieron en Boulder ese día (los padres de la ciudad los echaban a la calle para que disfrutaran del último y más reluciente día del verano), mientras que Templeton sobrevivió porque estaba demasiado enfermo para divertirse. Piénsalo bien.

Como le habían dicho que se iba a freír si lo tocaba un mísero rayo de sol, el chaval estaba pasando por una fase de vampiro, e iba por ahí con una capa de seda negra y unos colmillos de plástico. Su madre estaba en casa, pero yo lo mantenía ocupado en las oscuras sombras de su garaje por puros nervios, nervios de los agradables. Yolanda estaba de camino. Había llamado justo antes de que su madre y ella salieran para recorrer la hora de coche que separaba Denver de Boulder.

Llevábamos juntas dieciocho meses y Yolanda se había pasado muchas tardes perezosas en mi piso de la calle Jackdaw, pero sólo llevaba un año fuera de casa de sus padres y quería concederles un tiempo para que se adaptaran a la idea antes de mudarse oficialmente conmigo. Y estaba en lo cierto, sí que necesitaron un tiempo para hacerse a la idea: unos cinco minutos, puede que diez. Sus padres la querían por encima de todo, no sé cómo a ella podía habersele pasado otra cosa por la cabeza. Lo sorprendente fue lo deprisa que decidieron que también me iban a querer a mí.

El doctor Rusted y su mujer eran de las Islas Vírgenes Británicas; el doctor Rusted, el padre de Yolanda, era pastor episcopal y doctor en psicología. Su madre era propietaria de una galería de arte en Denver. Con tan sólo echarle un vistazo a la pegatina del guardabarros de su Prius automático («VOTAR ES COMO CONDUCIR: R PARA MARCHA ATRÁS Y D PARA AVANZAR»)

sabía que todo iría bien. El día después de que su hija saliera del armario, el doctor Rusted quitó la bandera de las Islas Vírgenes Británicas que colgaba del poste de su porche y la sustituyó por la del arcoíris. La señora Rusted compró una nueva pegatina para el coche híbrido, un triángulo rosa con las palabras «El amor siempre es amor» escritas encima. Creo que, en secreto, se sintieron orgullosos cuando alguien lanzó huevos contra su casa, aunque fingieron cabrearse con el fanatismo de sus vecinos.

«No entiendo cómo pueden ser tan intolerantes —anunció el doctor Rusted con su voz atronadora—. ¡Yolanda ha cuidado de la mitad de los niños de la calle! Les ha cambiado los pañales y los ha dormido. Y ahora meten una nota anónima por debajo del limpiaparabrisas que dice que nuestra hija es una perversa y que deberíamos devolverles el dinero a los padres de los niños que ha cuidado».

Negó con la cabeza, como si estuviera asqueado, aunque en el brillo de los ojos se le notaba que le hacía gracia. Los buenos predicadores tienen una vena diabólica.

Yolanda y sus padres habían pasado el verano en las islas para visitar a su gran familia, y yo me había quedado muy sola: Honeysuckle Speck, la única lesbiana de veintitrés años con pinta de Joe Strummer que vivía en el edificio, estudiante de derecho en la Universidad de Colorado en Boulder, conservadora en temas fiscales, amante de los caballos y usuaria reformada de tabaco de mascar (la novia me obligó a dejarlo). Llevaba seis semanas sin tenerla entre mis brazos, y aquella mañana me había metido en el cuerpo tanta cafeína mientras las esperaba a su madre y a ella que me daba el tembleque.

Fue una suerte que tuviera a Draculín para jugar. En el garaje había una rejilla de acero para colgar las bicis, y a Templeton le gustaba que lo levantara y lo pusiera del revés para quedarse colgado por las rodillas como si fuese un murciélago. Decía que salía volando convertido en murciélago todas las noches en busca de nuevas víctimas. Podía bajar solo; yo había colocado un colchón debajo de la rejilla y, cuando estaba listo, saltaba con una voltereta inusualmente atlética y aterrizaba de pie. Pero no podía volver a subir sin alguien que lo subiera. Para cuando oí el primer trueno, tenía los brazos de goma de tanto levantarlo y colgarlo.

Aquel primer estruendo me pilló con la guardia baja. Supuse que un par de coches habían chocado en la carretera y corrí a la puerta abierta del garaje,

puesto que en mi inquieta imaginación ya veía a Yolanda y a su madre víctimas de un accidente de tráfico. Qué curioso lo mucho que deseamos enamorarnos, teniendo en cuenta la cantidad de ansiedad unida al fenómeno, como los impuestos cuando ganas la lotería.

Pero en la carretera no se había producido ningún accidente, y el cielo estaba igual de azul y reluciente que antes, al menos desde mi atalaya. Eso sí, corría un viento muy fuerte. Al otro lado de la calle, donde vivía la gente de la secta, la brisa recogió una pila de platos de papel y los desperdigó por la hierba y la calzada. Olía la lluvia en el aire... o, al menos, algo parecido a la lluvia. Era la fragancia de una cantera, el aroma de la roca pulverizada. Cuando asomé la cabeza y miré hacia los picos, lo vi: un gran yunque cumuliforme negro del tamaño de un portaaviones que se acercaba a toda velocidad por encima de las montañas de Flatirons, como ocurría a veces. Era tan negro que me sorprendió: negro con moratones de luz rosa, un adorable rosa similar al de las puestas de sol.

No me quedé mirándolo demasiado tiempo porque, en aquel preciso instante, Yolanda y su madre entraron en la calle Jackdaw con su Prius amarillo y un sillón de terciopelo atado a la parte de arriba. Pararon en la calle frente a mi casa y salí para recibirlos. Yolanda se bajó de un salto del asiento del copiloto y dejó escapar un grito enorme: era una chica negra desgarbada con unas caderas tan redondas que casi resultaban una parodia de la sexualidad femenina colocadas encima de unas delgaduchas piernas de cigüeña. Yolanda tenía tendencia a gritar cuando estaba contenta, además de hacer un bailecito muy gracioso dando saltos alrededor de alguien cuando se alegraba de verlo. Lo hizo a mi alrededor un par de veces antes de que la agarrara por la muñeca, tirara de ella hacia mí y... Bueno, y le diera un torpe abrazo y unas palmaditas en la espalda. Cómo lamentaría aquel gesto después: el no haberla agarrado por la cintura para apretarla contra mí y besarla en la boca. Pero me había criado en un pueblo. Cualquiera que me tuviera delante me habría reconocido por lo que era. Un simple vistazo a mi camiseta blanca sin mangas y al corte de pelo de camionera, y ya sabían que era una bollera machorra. Aun así, en un escenario público, perdía todo mi espíritu de «me importa todo una mierda» y me daba vergüenza tocar o besar; no quería atraer miradas ajenas ni ofender. Verla me alegraba tanto el corazón que dolía, pero abracé con más energía a su madre que a mi amada. No hubo un último abrazo.

Ni un beso final. Viviré con esa vergüenza el resto de mi vida.

Charlamos un minuto sobre el vuelo de vuelta de las Islas Vírgenes Británicas y bromeé con la chica sobre lo mucho que traía para la mudanza.

—¿Seguro que te has acordado de todo? Espero que no se te haya olvidado la cama elástica. ¿Y la canoa? ¿La tienes ahí metida por alguna parte?

Aunque no hablamos mucho porque oímos otro trueno ensordecedor, y Yolanda dio un salto y gritó de nuevo. A aquella chica le encantaban las tormentas.

—¡Yo-lan-da! —la llamó Martina desde su tumbona. Martina era la *stripper* rusa que vivía en el piso de abajo con Andropov. Mantenía una relación de bromitas y coqueteo con Yolanda que a mí no me gustaba, no porque estuviera celosa, sino porque creía que le gustaba ser simpática con las lesbianas de arriba para sacar de quicio a su novio. Andropov era un tipo hosco y con sobrepeso, un antiguo químico venido a menos que tenía que ganarse la vida llevando a la gente en Uber—. Yo-lan-da, esa cosita tuya tan mona se va a mojar.

—¿Qué has dicho, Martina? —preguntó Yolanda, tan despreocupada e inocente como una niña escuchando a su maestra.

—Sí, ¿nos lo repites? —añadí yo.

Martina me lanzó una mirada astuta y respondió:

—Tu sillón, se va a mojar. Nube grande y todo mojado. Mejor date prisa. Necesitas un sitio bonito para poner tu trasero.

Después me guiñó un ojo y recogió el móvil de la hierba. Un segundo después estaba hablando con alguien en ruso, entre risas.

Me irritaba que soltara guarrerías y fingiera no saber qué decía porque el ruso era su lengua materna. Aunque no tuve tiempo de darle más vueltas porque alguien me tiró de la manga y, al mirar, vi que Draculín se nos había unido en la calle. Templeton tenía la capa sobre la cabeza para protegerse el rostro de sol y se asomaba por debajo de los resbaladizos pliegues negros para mirarme. A él también le caía bien Yolanda y no quería quedarse fuera de nuestra fiesta de bienvenida.

—Hola, Temp —lo saludé—. Como tu madre te vea fuera, no vas a tener que fingir dormir en un ataúd.

Justo entonces su madre gritó:

—¡¡Templeton Blake!! —Había aparecido de repente en el escalón de entrada de su bonita casa de color mantequilla—. ¡¡Adentro!! ¡¡Ahora!! ¡¡Honeysuckle!!

Esto último iba dirigido a mí, como si el crío hubiera salido por mi culpa. Estaba casi temblando (no se tomaba la salud de su hijo a la ligera), y al final su preocupación por su bienestar también me salvó a mí la vida.

—Lo tengo —respondí.

—Nosotras meteremos el sillón dentro —me dijo la madre de Yolanda.

—Dejadlo, que ahora mismo vuelvo —les aseguré... Fue lo último que les dije a ambas.

Acompañé a Templeton al otro lado de la calle. Se notaba que nadie sabía si entrar en casa o quedarse fuera. La nube de tormenta era un Everest de oscuridad solitario en la inmensidad del cielo. Estaba muy claro que dejaría caer un chaparrón durante seis minutos y que después volvería a hacer calor y sol. Sin embargo, con el siguiente trueno, el *flash* azul de un relámpago se encendió dentro de la nube, y eso puso a la gente en movimiento, más o menos. El señor Waldman, que estaba arreglando las tejas, se colgó el martillo del cinturón y empezó a bajar por la pendiente inclinada de su tejado hacia la escalera. Martina colgó el móvil y se quedó en el porche con la tumbona plegada para observar con una mezcla de curiosidad y emoción el cielo que se oscurecía. Allí estaba cuando Andropov entró a toda velocidad en la calle con su Chrysler negro, pisó los frenos, saltó del coche y cerró la puerta detrás de él. Ella le dedicó una sonrisa burlona cuando se acercó echando humo al pequeño patio. Tenía la cara tan roja que parecía que alguien le había enseñado una foto de su madre en pleno acto sexual con un payaso.

Asentí con la cabeza en dirección a Ursula para tranquilizarla, aunque ella respondió sacudiendo la cabeza porque no aprobaba la situación (siempre se ponía nerviosa cuando Templeton olvidaba comportarse como un inválido) y desapareció dentro de la casa. Conduje a Templeton hasta el garaje, lo levanté y lo senté en el taburete del banco de trabajo de su padre. El padre ya no estaba (se había salido de la carretera y había caído al cañón de Sunshine por conducir borracho), pero había dejado atrás una máquina de escribir manual a la que le faltaban la hache y la e, y Templeton estaba escribiendo con ella su historia de vampiros. Ya llevaba seis páginas y les había chupado la sangre a casi todas las muchachas de Transilvania. Le pedí que escribiera algo bueno y

sangriento, le alboroté el pelo, y miré hacia Yolanda y su madre. Nunca llegué hasta ellas.

Yolanda estaba encima del parachoques trasero del Prius forcejeando con una cuerda elástica. Su madre estaba en la calzada, con las manos sobre las caderas, para ofrecerle un bienintencionado apoyo moral. Una de las viejas de la secta del cometa estaba en la calle, recogiendo platos de papel. La chica gorda que se encargaba de la barbacoa entornó los ojos para mirar hacia la nube con cara de triste resignación. El señor Waldman estaba encaramado en el peldaño superior de la escalera. Andropov agarró a Martina por la muñeca, se la retorció y la arrastró hacia su piso. Eso es lo que estaban haciendo todos cuando estalló la tormenta.

Di un paso hacia la entrada y algo me picó en el brazo. Sentí un latigazo de dolor y después se me durmieron los dedos, como cuando te pinchan con una jeringa. Lo primero que pensé fue que me había picado un tábano. Después me miré el hombro al aire y vi una brillante gota de sangre y algo que me sobresalía de la piel: una espina dorada. Contuve el aliento, la saqué y me quedé mirándola. Tenía unos cinco centímetros de largo y parecía un alfiler de cristal ambarino tan afilado como una cuchilla. Era bonito, como una gema, sobre todo cubierto de rojo gracias a mi sangre. No entendía de dónde había salido. Además, estaba duro, duro como el cuarzo. Le di vueltas en la mano, y reflejó la extraña luz rosa de la tormenta.

El señor Waldman gritó, y me volví a tiempo de verlo darse un manotazo en la nuca, como si el mismo tábano que me había picado a mí acabara de picarle a él.

Para entonces ya oía llegar la lluvia, un furioso traqueteo que aumentaba de volumen. Era un ruido muy fuerte, un rugido similar al de mil chinchetas al caer en un cubo de acero. Saltó la alarma de un coche, y la bocina sonó sin parar en algún lugar colina arriba. Fue como si el suelo temblara bajo mis pies.

Una cosa es asustarse y otra muy distinta lo que se apoderó de mí en aquel momento. Tuve la repentina premonición de un desastre, el estómago se me revolvió de náuseas. Grité el nombre de Yolanda, pero no estoy segura de que me oyera con tanto ruido de lluvia. Seguía encima del parachoques trasero. Alzó la barbilla y miró al cielo.

Templeton me llamó, y la ansiedad de su voz lo volvió a convertir en el

niño pequeño que en realidad era. Me volví y vi que se había acercado a la entrada del garaje, atraído por el estruendo de la lluvia que se aproximaba. Le puse la mano en el pecho y lo empujé de vuelta al garaje, y por eso sobrevivió, y por eso sobreviví yo también.

Miré al exterior justo cuando por fin empezó a llover. Crujía al golpear el asfalto y tintineaba al golpear los coches, y parte de mí pensó que se trataba de granizo, mientras que otra parte de mí sabía que no lo era.

La mujer de la secta, la que estaba recogiendo platos de papel en la calle, arqueó la espalda de repente y abrió mucho los ojos, como si alguien le hubiera pellizcado el trasero. Veía los alfileres caer en la calzada y rociarlo todo: agujas de plata y oro.

Encima de su escalera, el señor Waldman se quedó rígido como una tabla. Ya tenía una mano en la nuca. La otra voló a la parte baja de su espalda. Inició un baile inconsciente encima de la escalera mientras recibía un impacto tras otro. El pie derecho bajó para buscar el siguiente escalón, falló y cayó, se golpeó contra la escalera y dio una voltereta de camino al suelo.

La lluvia ya caía con fuerza. La mujer regordeta de la barbacoa todavía tenía el rostro vuelto hacia arriba (fue la única que no corrió) y vi cómo la destrozaba el chaparrón de clavos de acero. La arrugada túnica plateada se agitaba de un lado a otro de su cuerpo, igual que si unos perros invisibles lucharan por ella. Levantó las manos, era una mujer que se rendía ante el ejército invasor, y le vi las palmas y los antebrazos claveteados de agujas; parecía un pálido cactus rosa.

La señora Rusted se volvió en redondo, con la cabeza gacha, dio dos pasos hacia el coche, cambió de idea y regresó. Tanteó a ciegas y encontró el cierre. Tenía los brazos cubiertos de agujas. Los hombros. El cuello. Forcejeó con la puerta del conductor, la abrió y empezó a arrastrarse al interior. Pero cuando ya estaba medio dentro, casi detrás del volante, el parabrisas estalló sobre ella. Se derrumbó y no volvió a moverse; las piernas se le quedaron colgando del coche. La cara trasera de sus muslos generosos y redondos se había convertido en un tupido matorral de agujas.

Yolanda saltó del parachoques trasero y se volvió hacia mí. Corrió hacia el garaje. La oí gritar mi nombre. Di dos pasos hacia ella, pero Templeton me tenía agarrada por la muñeca y no me soltaba. No podía permitir que saliera y no podía salir sin llevarlo pegado a mí. Cuando volví la vista atrás, mi chica

había caído de rodillas, y Yolanda... Yolanda...

Yolanda.

La lluvia no duró mucho. Puede que unos ocho o diez minutos antes de amainar. Para entonces todo estaba cubierto de una manta de astillas cristalinas que reflejaron la luz del sol cuando este salió de nuevo. Las ventanas de la calle estaban destrozadas. Parecía que mil martillitos habían golpeado el Prius de la señora Rusted por mil sitios, distintos. Yolanda estaba de rodillas, con la frente apoyada en la carretera y los brazos sobre la cabeza. Arrodillada en una turbia bruma rosa. Mi amor era una pila de ropa ensangrentada.

Una última llovizna con algunos chasquidos y campanilleos, como si alguien tocara una armónica de cristal. Cuando el ruido paró, otros sonidos ocuparon su lugar: alguien gritaba; una sirena de policía gemía; las alarmas de los coches ululaban.

En algún momento, Templeton tuvo que soltarme la muñeca y, al mirar a mi alrededor, vi que su madre estaba de pie a nuestro lado en el garaje y lo rodeaba con un brazo. Su rostro delgado e inteligente se había quedado rígido por la conmoción, y tenía los ojos muy abiertos detrás de las gafas. Los dejé sin decir palabra y salí a la entrada. Lo primero que hice fue pisar algunas agujas y gritar de dolor. Levanté un pie y vi que los alfileres me sobresalían de la suela de la deportiva. Los saqué y examiné uno de ellos. No era de acero, sino de una especie de cristal; al mirarlo más de cerca vi que tenía caras diminutas, como una gema, aunque donde acababa en punta era fino como un pelo. Intenté partirlo por la mitad y no pude.

Salí a la calzada procurando arrastrar los pies un poco para empujar con ellos las agujas y evitar que me volvieran a apuñalar. Yolanda estaba en el suelo del camino de entrada. Me arrodillé sin hacer caso del dolor al caer mi peso sobre todos aquellos clavos relucientes. Clavos. El cielo se había abierto y habían llovido clavos. La idea por fin me calaba.

Yolanda se había abrazado la cabeza con los brazos para protegerse del aguacero de cristal. No le sirvió de nada. Estaba destrozada, igual que las demás personas que no habían logrado encontrar refugio. Tenía la espalda tan plagada de agujas que parecía vestir un abrigo de erizo.

Quería abrazarla, pero no era fácil, ya que se había convertido en un

montón de relucientes espinas. Lo único que logré fue acercar mi rostro al suyo hasta estar casi mejilla contra mejilla.

Estar allí agachada con Yolanda era como encontrarme en una habitación de la que ella acababa de salir. Olía su dulce aroma a jojoba y cáñamo, los productos que usaba para los brillantes látigos de sus rastas; sentía que su luz, que su energía vital acababa de pasar por allí, pero que la chica en sí estaba en otra parte. Le cogí la mano. No lloré, aunque la verdad es que nunca he sido demasiado llorona. A veces creo que parte de mí está rota.

De repente, el resto del mundo empezó a llenarse a mi alrededor. El ruido de las alarmas de los coches. Gritos y llantos. Tintineo de cristal. Lo que le había sucedido a Yolanda también había ocurrido de un extremo a otro de la calle. Le había ocurrido a todo Boulder.

Encontré un hueco de Yolanda que podía besar (no tenía astillas en la sien izquierda) y pegué mis labios a su piel. Después la dejé para ir a ver a su madre. La señora Rusted estaba bocabajo, enterrada por una avalancha de cristal de seguridad azul, atravesada por una piel de puercoespín de brillantes clavos. Tenía el rostro vuelto hacia un lado, y había clavos en la mejilla y uno que le atravesaba el labio inferior. Tenía los ojos muy abiertos, saltones, en una grotesca parodia de sorpresa. De la espalda, a la altura de la cadera, también sobresalían clavos.

El llavero colgaba del contacto y, siguiendo un impulso, giré la llave para arrancar. La radio cobró vida. Un presentador hablaba con voz rápida y sin aliento. Decía que Denver estaba experimentando un extraño fenómeno meteorológico y que caían agujas del cielo, así que los habitantes debían permanecer dentro de sus casas. Decía que no sabía si se trataba de un accidente industrial o de algún tipo de supergranizo o suceso volcánico, pero que la gente que estuviera fuera corría peligro de muerte. Añadió que los periodistas estaban informando de incendios y muertos por toda la ciudad, y concluyó con: «Elaine, por favor, llámame al móvil para que sepa que las niñas y tú estáis a cubierto y a salvo». Después se echó a llorar, allí mismo, en la FM. Lo escuché sollozar casi un minuto antes de volver a apagar el motor.

Fui al maletero del Prius, lo abrí y rebusqué hasta encontrar una colcha que la abuela de Yolanda había cosido para su nieta. Volví con mi amor y la envolví en ella mientras los agujas crujían bajo mis pies. Pretendía subirla escaleras arriba hasta mi piso, pero en cuanto terminé de envolverla en su

sudario Ursula Blake apareció junto a nosotras.

—Vamos a llevarla a mi casa, cielo —dijo—. Te ayudo.

Su calma tranquila y enérgica, junto a su modo, casi brusco, de cuidar de Yolanda y de mí, fue lo único que estuvo a punto de hacerme llorar aquella tarde. El pecho se me contrajo de la emoción y, por un instante, me costó respirar.

Asentí y la levantamos juntas. Ursula la cogió por la cabeza, y yo, por los pies, y la trasladamos de vuelta a la casa de los Blake, aquel bungalow de color mantequilla con su ordenado patio. O con su antes ordenado patio. Los lirios de día y los claveles estaban hechos pedazos.

Dejamos a Yolanda en el oscuro vestíbulo mientras Templeton nos observaba a unos pasos de distancia. Se le habían caído los colmillos y estaba chupándose el pulgar, algo que probablemente llevaba años sin hacer. Ursula desapareció por el pasillo y regresó con otra colcha, con la que salimos para recoger a la señora Rusted.

Las pusimos a las dos juntas en el vestíbulo, y Ursula me tocó el codo, apenas un roce, para conducirme al salón y sentarme en el sofá. Se fue a preparar té y me dejó mirando un televisor que no funcionaba. No había electricidad en todo Boulder. Cuando regresó, tenía una taza de Irish Breakfast para mí y su portátil, al que todavía le quedaba batería. El módem no servía, pero consiguió conectarse a Internet a través de la señal del móvil. Dejó el ordenador en la mesa de centro que estaba frente a mí. No me moví hasta después de que oscureciera.

Bueno, ya sabes cómo fue el resto del día, estuvieras en Colorado o no. Seguro que viste las mismas cosas en la tele que yo vi en el portátil negro de marca blanca de Ursula. Los periodistas estaban en la calle pateando agujas y grabando los daños. La tormenta se había abierto camino a lo largo de un recorrido de casi siete kilómetros de ancho desde la montaña, a través de Boulder hasta llegar a Denver. Había un rascacielos con todas las ventanas de la cara norte rotas y la gente mirando afuera desde la planta cuarenta. Los coches abandonados abarrotaban las calles sin orden ni concierto, todos ellos listos para el desguace. Los habitantes de Colorado, aturdidos, vagaban por la calzada con manteles, cortinas, abrigos y cualquier cosa que pudieran encontrar para cubrir los cadáveres de las aceras. Recuerdo que un periodista estaba parloteando a cámara, y un hombre conmocionado y cubierto de

alfileres se colocó detrás de él con un yorkie muerto en la mano. Parecía una fregona ensangrentada con ojos. El rostro del tío era una máscara vacía manchada de rojo. Debía de tener clavados más de cien clavos.

La teoría con la que se trabajaba (a falta de cualquier otra explicación creíble) era el terrorismo. El presidente había desaparecido para resguardarse en una ubicación segura, aunque había respondido con toda la fuerza de su cuenta de Twitter. En ella había publicado: «¡¡Nuestros enemigos no saben lo que han empezado!! ¡¡La venganza será terrible!! ¡¡#Denver #Colorado #America!!». El vicepresidente había prometido rezar de rodillas con toda su alma todo el día y toda la noche. Resultaba reconfortante saber que nuestros líderes nacionales usaban todos los recursos a su alcance para ayudar a los desesperados: las redes sociales y Jesús.

Esa misma tarde, una periodista encontró a un tipo sentado en una acera con las piernas cruzadas y un cuadrado de terciopelo negro extendido delante de él, en el que había expuesto delicados clavos de todos los colores. A primera vista parecía uno de esos tíos que venden relojes en la calle. Estaba estudiando su colección de alfileres con lupa de joyero, primero uno y después otro. La periodista le preguntó por lo que estaba haciendo, y él contestó que era geólogo y que analizaba los clavos. Explicó que estaba bastante seguro de que eran un tipo de fulgurita; ella le preguntó qué era eso, y él respondió que un cristal. Por la noche, todas las cadenas de cable tenían expertos que afirmaban más o menos lo mismo, y hablaban de análisis espectrográficos y cristalogénesis.

No era la primera vez que la fulgurita se formaba en las nubes. Ocurría cuando los volcanes entraban en erupción. Los relámpagos cocían al instante los copos de ceniza y los convertían en colmillos de cristal. Pero no había esa clase de actividad volcánica en las Rocosas desde hacía más de cuatro mil años, y la fulgurita nunca antes había adoptado una forma de agujas tan perfectas. Los químicos y los geólogos no lograban encontrar ningún fenómeno natural que explicara lo sucedido... Lo que significaba que debía de ser el resultado de un fenómeno antinatural: alguien había averiguado cómo envenenar el cielo.

Así que sabían lo que nos había golpeado pero no cómo había sucedido. Wolf Blitzer preguntó a un químico si podía tratarse de un accidente industrial, y el tío dijo que claro, aunque por su cara, entre nervioso y asustado, se notaba

que no tenía ni idea.

Además, estaban los accidentes de avión. Doscientas setenta personas murieron sólo en uno, después de atravesar la nube. Había cuerpos asados en sus asientos, con el cinturón de seguridad puesto, asomando como corchos a la superficie del lago Barr. Toda la sección de cola estaba sentada a unos cuantos metros de allí, en el carril de sentido norte de la I-76, despidiendo humo negro. Vehículos aéreos se habían estrellado por todo Denver y decoraban un radio de ciento treinta kilómetros alrededor del aeropuerto.

En algún momento salí de mi estupor (el trance profundo que provocaban las escenas de la catástrofe ante mis ojos, el mismo hechizo que nos atrapó el 11S) y caí en que mis padres quizá quisieran saber que seguía viva. Después llegó otro pensamiento: que alguien debía contarle al doctor Rusted lo que les había sucedido a su mujer y a su hija, y que ese alguien iba a tener que ser yo. Era sábado por la mañana, así que no las había acompañado a Boulder, sino que se había quedado en casa para escribir el sermón del oficio nocturno. No me explicaba que todavía no hubiera llamado. Lo medité y decidí que no me gustaba demasiado lo que pudiera significar.

Primero probé con mi madre. Daba igual que no nos lleváramos bien. Da igual quién seas: buscar a tu madre cuando te has desollado las rodillas, cuando a tu perro lo ha atropellado un coche o cuando llueven clavos del cielo es un instinto humano básico. Sin embargo, no conseguía localizarla, no recibía nada más que un irritante graznido. ¡Aunque también habría sido un irritante graznido de haberme respondido al teléfono!

Probé con mi padre, que estaba en Utah con su tercera mujer, pero tampoco respondía... Sólo oía un largo siseo de estática. No me sorprendió que la red móvil estuviera saturada, ya que todos llamaban a alguien, y seguro que las torres de retransmisión habían sufrido muchos daños. La verdad es que me sorprendía que Ursula hubiera conseguido mantenernos conectados.

Para cuando probé con el doctor Rusted, no esperaba dar con él. No lo había logrado con los demás. No obstante, tras ocho segundos de aire muerto, empezó a sonar y me encontré rezando por que no respondiera. Todavía me siento fatal por eso. Aun así, la idea de contarle que había perdido a su mujer y a su hija me hacía temblar de miedo.

Sonó y sonó, y entonces oí su voz, dulce, feliz y amable, pidiendo que dejara un mensaje y que estaría encantado de saber de mí.

—Hola, doctor Rusted. Será mejor que me llame en cuanto pueda. Soy Honeysuckle. Tengo que contarle... Mejor llámeme.

Porque no podía permitir que descubriera lo sucedido a través de una grabación en el contestador.

Dejé el móvil en la mesita y esperé a que llamara, cosa que nunca hizo.

Vimos vídeos en *streaming* hasta entrada la noche, Ursula y yo. A veces se fragmentaban y se quedaban congelados (una vez durante casi veinte minutos), pero siempre volvían. Aunque podría haberme quedado viéndolos hasta agotar la batería del portátil, el caso es que el *stream* de la CNN dio paso al vídeo de un autobús escolar volcado lleno de críos de seis y siete años, y entonces fue cuando Ursula se levantó, cerró el navegador y apagó el portátil. Nos habíamos pasado casi todo el día sentadas en el sofá, bebiendo té y compartiendo una manta sobre las rodillas.

En algún momento le había dado la mano sin percatarme de ello, y me lo permitió un rato, lo que no debió de resultarle fácil. Quizá fuera distinta antes de la muerte de su marido, pero desde que la conocía apenas soportaba el contacto físico de cualquier persona que no fuera su hijo. Le gustaban más las plantas, tenía un grado en ciencia agrícola, y la veía muy capaz de cultivar tomates hasta en la luna. No era demasiado buena conversadora, a no ser que quisieras pasar el rato hablando sobre los mejores fertilizantes o sobre cuándo rociar los campos. Pero, a su modo, era una persona reconfortante; dulce, incluso.

Cogió la manta que habíamos tenido sobre las rodillas, me la echó por encima como si ya hubiéramos acordado que me quedaba a dormir en su sofá, y me arropó como si fuera una semilla en un cálido y aromático lecho de tierra. Hacía años que nadie me arropaba así. Mi padre era un borracho inútil que me robaba el dinero que ganaba repartiendo periódicos y se lo gastaba en mujeres de afecto negociable; casi nunca estaba en casa cuando me iba a dormir. Mi madre se pasaba la vida enfadada conmigo porque me vestía como un chico y me decía que, si quería ser un hombrecito en vez de una mujercita, tendría que taparme yo sola por las noches. Pero Ursula Blake me envolvió en aquella manta como si yo fuera su propia hija; fue tan cariñosa que no me habría extrañado que me diera un beso de buenas noches, aunque no lo hizo.

Lo que sí hizo fue decir:

—Siento mucho lo de Yolanda, Honeysuckle. Sé que la querías mucho.

Nosotros también.

Eso fue todo. Nada más. No esa noche.

Fue muy amable por su parte ofrecerme el sofá, aunque, cuando se fue, cogí mi colcha y la llevé al vestíbulo. Recé un momento, arrodillada al lado de las dos mujeres muertas que habíamos dejado allí. No me importa reconocer que le dediqué un par de comentarios muy coloridos al Gran Hombre. Le dije que me daba igual lo que fuera mal en el mundo porque había mucha gente buena en él, como Yolanda y la señora Rusted, y que si pensaba que asesinarlas con un granizo de clavos servía a algún propósito justo, yo le iba a revelar un par de cositas. Le dije que estaba convencida de que en el mundo se cometían pecados horrendos, pero que librarse de un grupo de críos que iban de campamento de verano no iba a solucionar nada de eso. Le dije que estaba decepcionada con su actuación durante las últimas veinticuatro horas y que, si quería compensármelo, sería mejor que se diera prisa en aniquilar al que nos hubiera soltado encima la tormenta de clavos. Le dije que el doctor Rusted había dedicado su vida a difundir la Buena Nueva y a contarle a la gente cómo encontrar el perdón y vivir la vida que Cristo habría querido para ella, así que lo menos que Dios podía hacer era permitirle seguir vivo y cuidar de él en aquel momento tan triste. Informé a Nuestro Padre de que creía que era muy injusto haberse llevado a los seres queridos del pastor. ¡Menuda forma de demostrarle lo mucho que agradecía sus servicios! Lo bueno de ser una lesbiana machorra es que ya sabes que vas directa al infierno, así que puedes permitirte soltarle a Dios un par de verdades si te apetece hacerlo.

Después de hartarme de maldecir al Señor, mi fatiga pudo conmigo y me tumbé entre Yolanda y la señora Rusted. Me tapé con la colcha y rodeé la cintura de Yolanda con un brazo. Es curioso lo cansada que estaba, a pesar de que lo único que había hecho en todo el día era mirar la pantalla del ordenador. La tristeza es dura. Te agota como si te hubieras pasado el día cavando zanjas. O tumbas, supongo.

En fin, que mantuve una buena conversación soñolienta con Yolanda, acurrucada junto a ella en el suelo. Le conté que le estaría en deuda el resto de mi vida por compartir su familia conmigo. Le dije que me dolía en el alma no volver a hacer más tonterías juntas. Le dije que su risa, tan desvergonzada y

libre, siempre me había hecho sentir bien, y que algún día esperaba aprender a reírme así. Después me callé y la abracé lo mejor que supe. No podía hacer la cuchara con ella; a pesar de estar envuelta en su colcha, los centenares de espinas de su espalda lo impedían. Pero sí que le eché un brazo por encima y pegué mis muslos a la cara posterior de sus piernas, y así me quedé por fin dormida.

Transcurrieron tan sólo un par de horas antes de despertar. Algo había cambiado, pero no sabía el qué. Miré a mi alrededor con los ojos empañados y descubrí a Templeton de pie junto a mi cabeza, con la capa de Drácula echada sobre los hombros y el pulgar en la boca. Llevaba días sin salir, así que su rostro a oscuras era pálido como el de un cadáver. El señor de los vampiros que visitaba a su colonia de los muertos. Al principio pensé que él era el que me había despertado, pero había algo más, y un instante después me lo explicó.

—Están cantando —dijo.

—¿Quiénes? —pregunté, aunque cuando me callé y presté atención, los oí yo misma.

Una docena de dulces voces flotaban por la cálida noche de agosto, todas ellas entonando la canción de Phil Collins «Take Me Home». Llevaban un rato cantando. Había sido ese sonido, y no Templeton, lo que me despertó.

Me asomé por la gruesa ventana cuadrada del centro de la puerta. Parecía que toda la Iglesia del Séptimo Cristo Dimensional había salido en plena noche, vestida con sus túnicas y sus capuchas plateadas, y portando velas dentro de farolillos de papel. Habían reunido a sus muertas, las tres mujeres que preparaban la comida, y las habían enrollado en mortajas de plástico de burbujas metalizado, así que los cuerpos parecían monstruosos burritos envueltos en papel de aluminio. La congregación se había reunido en un par de anillos concéntricos, con los cadáveres en el centro. El círculo interior caminaba en el sentido de las agujas del reloj; el otro, en sentido contrario. Era casi bonito, siempre que no tuvieras en cuenta lo locos que estaban todos.

Cogí a Templeton en brazos y lo llevé por el pasillo de vuelta a su dormitorio, donde lo metí en la cama y lo tapé de nuevo. Su ventana estaba un poco abierta, y la canción de la secta del cometa llegaba con claridad, en todo su esplendor. Para ser una manada de lamentables haraganes alucinados, sabían entonar.

Me tumbé al lado de Templeton un rato para ver si conseguía que se calmara. Me preguntó si el alma de Yolanda había subido a las nubes. Le respondí que se había ido a alguna parte, porque ya no estaba en su cuerpo. Templeton repuso que su madre le había contado que su padre estaba en las nubes y lo observaba desde allí. También me dijo que cuando se convertía en murciélago siempre buscaba a su padre por el cielo. Le pregunté si volaba muy a menudo, y me respondió que todas las noches, aunque todavía no había localizado a su padre. Le di un beso en la ceja, en lo que Yolanda llamaba su punto débil, y él me lo agradeció con un débil estremecimiento de felicidad. Le avisé de que nada de volar aquella noche, que era hora de dormir, y él asintió con aire solemne y me aseguró que no volvería a volar nunca más. Que ahora el cielo estaba lleno de clavos y que no era seguro para un murciélago decente. Después me preguntó si creía que volvería a llover así, y le contesté que no creía, porque ¿quién iba a pensar que seguiría ocurriendo? De haber sabido aquella noche todo por lo que íbamos a pasar, no sé si habría sido capaz de sobrevivir.

Le dije a Templeton que no pensara más y me levanté para cerrarle la ventana antes de darle las buenas noches. Sólo fui capaz de sonreír hasta que salí al pasillo. Rodeé los cadáveres de mis seres queridos, y salí a la húmeda y perfumada noche de verano.

Pensaba pedirles que reservaran sus cánticos para una hora en la que la gente no estuviera intentando dormir, pero, al acercarme, vi algo que me irritó aún más que su coro. Tres jóvenes robustos estaban al borde del césped con el señor Waldman, al que habían arrastrado desde el otro lado de la calle. Estaban envolviéndolo en aquella tela de plata brillante. Elder Bent los observaba unos pasos más allá. Su cabeza calva tenía tatuado un mapa fluorescente del sistema solar. Mercurio y Venus, la Tierra y Marte, Saturno y Neptuno despedían un brillo espectral de color gris azulado en su cráneo, mientras que unas líneas de puntos fosforitos enseñaban el camino que seguirían alrededor de un sol de color duende. Había oído que en una vida anterior había sido trapealista, y tenía el físico suficiente para volver a serlo: esbelto y musculoso, con brazos nervudos. Llevaba una túnica plateada, como los demás. También le colgaba de una cadena de oro al cuello un gran astrolabio dorado, algo que sólo los hombres de la secta tenían permitido lucir.

Los he llamado la secta del cometa, aunque eso no es más que una pulla poco trabajada y en realidad no sirve para resumir sus creencias. La mayoría era gente de mediana edad y con claros problemas mentales. Había una que había perdido a sus tres hijos en el incendio de su casa y que te decía con una sonrisa que no habían muerto, sino que habían cruzado a una nueva forma de existencia en siete dimensiones. Otro hombre a veces se metía una pila de nueve voltios en la boca para recibir «transmisiones» de distintas figuras religiosas que, según él, emitían desde Neptuno. No oía sus voces. Lo que hacía era «saborear» sus consejos e ideas en el picotazo de cobre de la batería. Una feligresa tenía un ojo vago y tendencia a ataques de nervios en los que no podía parar de escupir, como si se le hubiera metido un bicho en la boca. Otro devoto tenía cicatrices con caritas sonrientes por todos los brazos, resultado de sus propios cortes.

Entristecía hablar con ellos, por las tonterías en las que creían y los comportamientos embarazosos que demostraban. Todos ellos estaban esperando a que acabara el mundo y, mientras tanto, Elder Bent les enseñaba a preparar sus almas para la existencia heptadimensional que los esperaba más allá de la muerte. Los mantenía ocupados estudiando cartas estelares y arreglando radios (que vendían en los mercados callejeros de los sábados). Todos creían que el último Testamento del Señor no se escribiría con palabras, sino como el diagrama de un circuito. No puedo fingir comprenderlo todo. Yolanda tenía más paciencia con los pirados de Elder Bent que yo, siempre habían sido sociable con ellos cuando se los encontraba por la calle. En ese sentido, era mejor que yo. Sentía lástima de la gente que a mí más me cabreaba.

Entonces estaba cabreada y no tenía a Yolanda a mano para calmarme. Crucé la calle hasta llegar al filo de su patio, donde los tres chicos estaban a punto de enrollar al señor Waldman en su tela de embalaje plateada, y pisé el borde antes de que pudieran echársela encima.

Los tipos que lo estaban envolviendo en aquella mortaja de ciencia ficción alzaron la vista para mirarme, sorprendidos. Eran los más jóvenes de la tropa de Elder Bent. El primero era esbelto y alto, con una barba dorada y el pelo hasta los hombros... Podría haber interpretado a Nuestro Señor en una representación de *Jesucristo Super-star*. El segundo era un chico suave y regordete, de esos que nada más verlos sabes que van a tener unas manitas

húmedas y calientes. El tercero era un tío negro con vitiligo, de modo que tenía la cara salpicada de manchas de piel de un rosa casi sorprendente. Todos habían abierto la boca, como si se prepararan para hablar, aunque ninguno decía nada. Elder Bent levantó una mano para pedir silencio.

—¡Honeysuckle Speck! ¿Qué te trae hasta nosotros en esta gloriosa noche?

—No sé qué tiene de glorioso que entre seis mil y siete mil personas hayan acabado hechas pedazos entre Boulder y Denver.

—Entre seis mil y siete mil personas han abandonado estos lamentables contenedores del espíritu —repuso él, señalando a sus muertos— y han completado la transición a la siguiente fase. ¡Ahora son libres! Están por todas partes, en las siete dimensiones, y su energía es el crepitar de fondo de la realidad, la materia oscura que mantiene unido al universo. Preparan el camino para la siguiente gran transmisión.

—Lo que me gustaría saber es por qué el señor Waldman ha iniciado la transición a vuestro patio. ¿Qué te hace pensar que querría que lo envolvieran en papel de aluminio como si fuera las sobras de la comida?

—¡Es uno de los precursores! Marca el camino, junto con tantos otros. No hay mal alguno en honrar su sacrificio.

—No se ha sacrificado para la gente como tú. El señor Waldman no formaba parte de tu secta. Pertenece a una sinagoga, no a una casa de locos, y si van a honrarlo, debería ser siguiendo los preceptos de su fe, no de la vuestra. ¿Por qué no lo dejas en paz? Vete por ahí a beber Kool-Aid envenenado y a cabalgar sobre un cometa, buitres. No sabes una puta mierda.

Me sonrió, aquel tío raro, alto y delgado, con su cabeza que brillaba en la oscuridad. Daba igual cuánto lo insultaras, siempre te sonreía como si fueras una gamberra encantadora.

—¡Pero sí que lo sé! —exclamó—. Y lo que sé es una puta mierda, sí: el planeta está condenado. ¡Lo sé! Dije que el mundo acabaría el veintitrés de noviembre de este mismo año a las cinco de la mañana, y ya ves..., ¡ha empezado!

—¿Y qué me dices de cuando anunciaste que acabaría en octubre, hace un par de años?

—Dije que el apocalipsis llegaría el veintitrés de octubre de hace dos años, y así fue. Pero se ha estado desarrollando despacio. Pocos observadores estaban lo bastante atentos para distinguir las señales.

—También anunciaste que se acabaría en el año 2008, ¿no?

Por fin me miró con cara de sentirse decepcionado.

—Se consiguió desviar el asteroide que se dirigía hacia nosotros gracias a la voluntad conjunta de miles de plegarias, para que tuviéramos tiempo de perfeccionar nuestras mentes antes de abandonar el mundo tridimensional. ¡Pero el día y la hora ya casi han llegado! Y esta vez no retrasaremos el final. Le daremos la bienvenida con una alegre canción en los labios. Cantaremos mientras cae el telón sobre esta vida. Ya llevamos algún tiempo cantando el final.

—Pues mejor lo cantáis por la mañana, porque algunos estamos intentando dormir. Y, ya que estáis, ¿tiene que ser Phil Collins? ¿No hemos sufrido ya suficiente por hoy?

—¡Las palabras no importan! ¡Sólo el júbilo que produce la canción! Lo almacenamos como baterías. ¡Ya casi estamos cargados del todo y listos para partir! ¿Verdad? —preguntó a los suyos.

—¡Listos para partir! —le gritaron a modo de respuesta mientras se balanceaban un poco y contemplaban el paisaje estelar de su calva cabeza huesuda.

—Listos para partir —repitió Elder Bent plácidamente mientras enlazaba los dedos sobre su plano vientre.

Los tatuajes de la cabeza brillaban en la oscuridad, pero las estrellas de sus nudillos se las había pintado con tinta negra normal cuando estaba en la cárcel. Había cumplido dos años por lo que les había hecho a su mujer y sus hijastras. Las había mantenido encerradas en el desván durante un verano casi entero; les daba una cucharada de agua a repartir entre todas por la mañana y una oblea Nilla por la noche, y las obligaba a dedicar el día entero a trazar órbitas planetarias. Si alguna de ellas le rechistaba o no participaba en sus «estudios», las demás tenían órdenes de patearla hasta que obedecía. Una noche, la mujer escapó cuando él permitió que la familia saliera al exterior para observar las estrellas. La policía lo enchironó, aunque no pasó entre rejas demasiado tiempo. Lo soltaron cuando apeló a la primera enmienda, que le garantizaba el derecho a practicar su religión; religión que, al parecer, incluía matar de hambre y maltratar a aquellos seguidores que no cantaran sus himnos con la entonación correcta. Peor todavía: las hijastras se unieron a él en cuanto lo liberaron. Ahora eran devotas hermanas de la fe. Estaban justo detrás de él,

esbeltas y guapas bajo sus sombreros de tapacubos, y ambas me miraban con cara de asco.

Mientras Bent parloteaba, yo había dejado de prestar atención a los tres atontados que seguían agachados alrededor del señor Waldman. Ellos habían aprovechado la oportunidad para seguir envolviéndolo. Oí el crujido del papel de aluminio y volví a pisar la tela antes de que pudieran terminar de taparlo.

—Chicos, como sigáis con eso, el apocalipsis va a caer sobre vosotros antes de lo que pensáis —les advertí.

Ellos miraron a Elder Bent, nerviosos, y al cabo de un momento él les hizo un gesto con una de sus manos de largos dedos. Los tres jóvenes se levantaron y se apartaron del cadáver.

—¿Crees que alguien va a sentarse con él a celebrar el shivah, Honeysuckle? La mujer del señor Waldman está muerta. Su hijo es un marine de misión en algún otro país del mundo y quién sabe cuándo se enterará de la muerte de su padre, dada la crisis actual.

Y cuando le den la noticia (¡si es que se la dan!), quizá ni siquiera regrese a Boulder. Las lluvias acaban de empezar. Vienen más, ¡te lo aseguro!

—Vienen más —repitió el chico que se parecía a Cristo. Se tocó el collar del astrolabio—. Y somos los únicos preparados para ellas. Somos los únicos que saben lo que va...

Pero Elder Bent lo silenció con un brusco movimiento de la mano.

—¿Acaso no debería haber alguien que honrara su vida? —siguió Bent—. ¿No es mejor tener esta ceremonia que no tener ninguna? ¿Qué mal hace? Si su hijo regresa a Boulder, la carne desechada seguirá aquí para que lllore por ella como considere oportuno. —Hizo una pausa y después añadió—: O te lo podrías llevar tú. Y ¿qué ceremonia piensas dedicarle, Honeysuckle? ¿Vas a hacer tú el shivah? ¿Sabes cómo se hace?

Ahí me había pillado. Por mucho que no me gustara reconocerlo, tenía que atender a mis propias muertas.

—Bueno..., al menos no hagáis tanto ruido —respondí sin mucha convicción—. Al otro lado de la calle hay un niño que intenta dormir.

—¡Canta con nosotros! Esta noche no deberías estar sola, Honeysuckle. Ven a sentarte. No te quedes aislada. No tengas miedo. El miedo es peor que el dolor, ¿sabes? Suelta el tuyo. Tu miedo a la lluvia. Tu miedo a nosotros. Tu

miedo a la extinción. No es tarde para que nos amemos los unos a los otros y seamos felices... mientras se escribe el último capítulo de la humanidad.

—No, gracias. Si nos vamos a la mierda todos, quiero acabar mi vida cuerda, no vestida con una falda metálica mientras canto los grandes éxitos de Phil Collins. Prefiero morir con dignidad.

Me dedicó una triste sonrisa compasiva y juntó las puntas de los dedos en un gesto que me recordó a Spock, y pensar en Spock me entristeció de nuevo. Para Yolanda y para mí, Zachary Quinto era nuestro amor platónico lésbico.

Elder Bent me saludó con la cabeza y me dio la espalda con un frufú de su túnica de plata. Costaba tomarse en serio a un líder espiritual que iba por ahí con un vestido de graduación hecho de papel de aluminio Reynolds. El chaval regordete y el del vitiligo regresaron junto al cadáver del señor Waldman, pero el que parecía Jesucristo se pasó los dedos por la melena amarilla y dio medio paso hacia mí.

—Si supieras lo que sabemos nosotros —susurró—, nos suplicarías unirme a la secta. Éramos los únicos preparados para lo que ha sucedido hoy. Si fueras lista, lo meditarías bien. Si fueras lista, te preguntarías qué más sabemos... que tú no sabes.

Sonaba agorero, aunque cuando se volvió con un giro teatral pisó un clavo y chilló con una voz tan aguda que fastidió todo el efecto. Lo vi alejarse arrastrando los pies... y después vi que se movía algo, un destello de luz por el rabillo del ojo que me llamó la atención y me impulsó a mirar a mi alrededor.

Era Andropov en su piso de la primera planta. Estaba de pie detrás del cristal con una lámpara de aceite y nos miraba con odio. Me miraba con odio. Me miraba de tal modo que noté algo raro en el estómago.

Después colocó una plancha de contrachapado en la ventana y desapareció detrás de ella, y oí que empezaba a martillear. Estaba sellando su casa, aislándose con Martina del resto del mundo.

Cuando me desperté en el sofá de Ursula, la habitación delantera estaba iluminada por la clara luz del sol, y olía a café y cálido jarabe de arce. Templeton estaba de pie junto a mí bebiendo expreso en una tacita, con la capa de Drácula echada alegremente sobre un hombro.

—Han sido los terroristas —dijo sin más preámbulo—. Y dicen que hay

un sesenta por ciento de probabilidades de que caigan clavos en Wichita. ¿Quieres nueces en tu gofre?

Ursula llevaba un pijama de franela y manejaba una gofrera sobre la cocina de gas. Tenía de nuevo las noticias en *streaming* en el portátil. Ya sabes lo que salía en las noticias aquella mañana, seguro que también lo viste. En el *Denver Times*, el *New York Times* y el *Drudge Report* habían recibido unas cartas, así que las enseñaron y dedicaron la mañana a analizarlas y menospreciarlas:

«Saludos:

Así acaba todo. Una borrasca tan magnífica como la furia d Alá. Las casas pintadas d rojo. Las tumbas abarrotarán los campos, pasto d gusanos. Un millón d clavos castigarán los robos al Islam y las normas contra nosotros d la nación racista. Cuando ocurra, no abrá comparación con la tranquilidad dl 11S».

La lista de colegios e iglesias aparecía al final de la pantalla, como cuando se cancela todo por una gran nevada. Al principio creí que era eso: una lista de cancelaciones. Mientras me comía el primer gofre, me di cuenta de que era una lista de lugares a los que llevar a los muertos.

Decían que al menos siete mil quinientas personas habían fallecido en el área metropolitana de Denver, aunque las fuerzas del orden esperaban que el número aumentara considerablemente al final del día. Enseñaron una boda con la novia envuelta en un vestido rojo cubierto de agujas. Gemía y abrazaba lo que quedaba de su marido, que estaba destrozado: la había protegido con su cuerpo. Habían estado casados menos de una hora. Bailaban en una carpa exterior cuando empezó la lluvia. La novia había perdido a su marido, a ambas hermanas, a sus padres, a sus abuelos y a sus sobrinas.

En la CNN tenían a un químico en su programa *The Situation Room*. Empezó repitiendo lo que ya sabíamos: que la lluvia asesina dejaba caer fulgurita de cristal, a veces también llamada «rayos petrificados». Dijo que la fulgurita blanca podía producirse de manera natural, pero que los cristales que habían caído sobre Boulder y Denver eran algo nuevo. Se trataba de una forma artificial de fulgurita que tenía que haberse diseñado en un laboratorio. Nada más explicaba la perfección casi industrial de los clavos que habían asolado Colorado. Le dijo a Wolf Blitzer que era posible, incluso probable, que

alguien los hubiera plantado en una nube, quizá mediante un avión fumigador, lo que respaldaba la hipótesis del terrorismo.

Añadió que la lluvia asesina hacía cosas que ninguna fulgurita había hecho antes. En vez de caer mezclada con la lluvia, absorbía el agua y usaba toda la humedad que podía para aumentar su crecimiento. No necesitaba relámpagos para convertirse en cristal; bastaba con la electricidad estática corriente y moliente.

Wolf Blitzer comentó que llovían clavos a las afueras de Wichita y le preguntó a su químico invitado si se trataba de la misma nube de Boulder. El hombre negó con la cabeza. Respondió que podría haber millones de granos de aquella materia en la estratosfera superior y que se acumularían en las nubes como cualquier clase de polvo. Algunos caerían en forma de agujas y alfileres. Otros crecerían un poco, se fragmentarían y se romperían para crear nuevos granos de cristal con los que infectar futuros sistemas nubosos. Wolf le preguntó qué significaba eso en términos sencillos. El químico se subió las gafas y respondió que, a efectos prácticos, aquello podía convertirse en una parte permanente del ciclo meteorológico global. Aquella fulgurita de cristal sintética se autopropetaba y estaba en la atmósfera. Tendrían que realizar algunos modelos, pero era posible que convirtiera todas las nubes de lluvia de la Tierra en granjas de cristales. Lo llamaba «la hipótesis Vonnegut»: que, al cabo de un tiempo, la lluvia acabara por ser algo del pasado.

Fue entonces cuando a Wolf pareció olvidársele que lo enfocaban las cámaras. Se quedó allí plantado con cara de sentir náuseas. Al cabo de un momento, balbuceó que pasaban a informar sobre los acontecimientos que se desarrollaban en Wichita y advirtió a los padres que no permitieran a sus hijos ver las imágenes.

Hasta entonces, Ursula había estado inclinada sobre el fregadero restregando con brío tazas y sartenes para ponerlos a secar en el escurridor. Pero cuando oyó aquello me dijo en voz baja que quizá fuera mejor apagar el portátil para ahorrar batería, y comprendí que quería ahorrarle a Templeton ver otra masacre.

Me uní a ella en el fregadero y empecé a secar los vasos mojados.

—Elder Bent dice que el mundo se acabará este otoño —le comenté en voz baja—. Creo que el científico de la CNN acaba de darle la razón. Tengo el estómago revuelto. Todo es horrible y no sé qué hacer.

Ella guardó silencio un instante mientras pasaba el estropajo por la plancha de los gofres. Después contestó:

—Nunca me he sentido tan sola ni tan asustada ni tan impotente como los días posteriores a la muerte de Charlie. Nada te hace sentir peor que la impotencia. Estaba muy enfadada por no haber podido evitarlo. No podía recuperarlo. No podía arreglarlo. No podía rebobinar lo sucedido y cambiarlo. Entiendo cómo te sientes, Honeysuckle. Ya he visitado ese lugar perdido y solitario al final del mundo, y lo único que sé es que para seguir adelante tienes que hacer las cosas que tus seres queridos hubieran querido que hicieras. Intenta imaginar en qué habría deseado Yolanda que invirtieras el tiempo que te queda. Así seguirá a tu lado. Si tienes miedo, te sientes mal y no sabes cómo vas a seguir viva por ti misma, intenta averiguar cómo seguir viva por ella. Dejarás de sentirte impotente y sabrás qué hacer.

Cuando se quedó sin palabras, me dio una palmadita temblorosa en la cabeza, como quien acaricia a un perro grande y desconocido que podría morderle en cualquier momento. Era un gesto de cariño lamentable, pero yo sabía que el mero hecho de intentarlo ya era un logro para ella, y se lo agradecí. Además, se había abierto a mí lo suficiente como para dejarme atisbar su dolor, y un acto como aquel requiere más valor que dar un abrazo.

Me preguntó si me importaba cuidar un ratito de Templeton mientras ella barría los clavos del patio. Me senté en el garaje y observé al crío, que estaba de pie sobre un cubo de sal de roca pulsando las teclas de la gran máquina de escribir de hierro, la única herencia que le había dejado su padre. Me senté bajo el diploma de doctorado enmarcado de Charlie; Templeton era el descendiente directo de unos genios nerviosos y pálidos, gente más cómoda con los microbios en portaobjetos de cristal que con otros seres humanos. Yo no tenía claro si Charlie Blake había muerto por accidente o adrede cuando estrelló su coche contra un guardarraíl y cayó por un barranco después de un par de copas. Yolanda había acompañado a Ursula para identificar el cadáver mientras yo me quedaba en casa con Templeton. Después, Yolanda me contó que acababan de despedir a Charlie. Su empresa se trasladaba al sur, y se llevaba con ella su investigación y sus mejores ideas, pero no a él. Lo único que sacó de una década de trabajo fue un apretón de manos y un iPad dorado. El accidente le había aplastado el cráneo contra el cerebro, aunque el iPad había salido indemne, sin un solo arañazo. Ursula se lo regaló a Yolanda; no

soportaba ni mirarlo.

Me senté mientras el chico martilleaba las teclas e intenté pensar en lo que Yolanda habría querido que hiciera. Me quedaba una carga de un treinta por ciento, más o menos, en el móvil, y la usé para llamar de nuevo a su padre. Esta vez ni siquiera saltó el buzón de voz. Me acerqué a la puerta abierta del garaje. Un kilómetro y medio de cielo azul se extendía por encima de las Rocosas; lo único que lo interrumpía eran unas cuantas islas de nubes rechonchas.

Ursula estaba en medio de su jardín, inclinada sobre el rastrillo, y me examinaba. A sus pies había un montoncito de relucientes fragmentos de cristal.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—¿Crees que va a llover?

—Quizá llovizne más tarde —respondió con cautela.

—Estaba pensando que debería ir a ver al doctor Rusted. Es el padre de Yolanda. Alguien tiene que contarle lo que le ha sucedido a su hija. Es más fácil que vaya yo a buscarlo que al revés. Tiene sesenta y cuatro años, y no es lo que se dice un triatleta.

—¿Dónde vive?

—En Denver.

—¿Cómo piensas llegar hasta allí?

—Supongo que tendré que ir andando. Nadie me va a llevar a ninguna parte. Las carreteras están cubiertas de clavos.

—Sabes que son casi cincuenta kilómetros, ¿no?

—Sí, señora. Por eso estaba pensando que, si voy a ir, será mejor que lo haga pronto. Si salgo antes de una hora, podría estar de vuelta mañana por la noche.

—También podrías estar muerta para mañana por la noche si te pilla fuera otro chaparrón.

Me rasqué el cuello.

—Bueno. Procuraré vigilar el cielo y ponerme a cubierto si se oscurece.

Ursula se aferró al mango del rastrillo y se lo pensó un momento, con el ceño fruncido.

—No soy tu madre —dijo al final—, así que no puedo prohibirte que

vayas. Pero quiero que me envíes mensajes cada cierto tiempo y que me mantengas informada de cómo avanzas. Y cuando regreses, ven aquí directamente para que Templeton vea que estás bien y no se preocupe por ti.

—Sí, señora.

—Ojalá tuviera un arma para ti.

—¿Por qué? —pregunté, sorprendida de verdad.

—Porque las autoridades estarán desbordadas, y ahí fuera hay una ciudad entera llena de gente aterrada. Hoy se han despertado en un mundo envenenado, y habrá quien no vea por qué tiene que contenerse para no hacer las barbaridades con las que siempre ha soñado. —Lo meditó un momento y arqueó las cejas—. Tengo un machete enorme que podrías llevarte, aunque esté un poco oxidado. Lo uso para cortar los arbustos.

—No, señora. Si me meto en una pelea, seguro que me lo acabo clavando en la rodilla en vez de acertarle a alguien. Será mejor que lo guarde usted. Procuraré no salirme de las calles principales. No creo que a plena luz del día corra mucho peligro.

Me volví y regresé al garaje. Templeton se había hartado de teclear y me dijo que estaba listo para ser un murciélago. Lo agarré por la cintura, lo alcé y lo enganché bocabajo de la rejilla de las bicicletas. Se quedó colgado por encima del asqueroso colchón que habíamos puesto debajo por si se resbalaba.

—Eh, chaval —empecé.

—Lo he oído todo. Te he oído hablar.

—No quiero que te preocupes por mí. Si llueve, me refugiaré. No me pasará nada. Tú quédate dentro de la casa o en el garaje cuando yo no esté.

—De todos modos, mi madre no me iba a dejar salir.

—No, y hace bien. Tus días de ir por ahí volando convertido en murciélago han acabado. Ahora que lo pienso, voy a pasarme por aviación cuando esté en Denver para contarles lo que has estado haciendo. Que sepan que ibas por ahí aleteando sin licencia. Puede que te corten las alas para siempre jamás.

—Será mejor que no lo hagas.

—Intenta detenerme.

El chico siseó como una serpiente y me enseñó los colmillos de plástico.

Le alboroté el pelo y le dije que lo vería pronto.

—No te preocupes por Yolanda y su madre —me respondió con aire solemne—. Si no vuelves, mi madre sabrá qué hacer con ellas. Seguramente las plantará en el jardín.

—Bien. Espero que crezca algo bonito sobre ellas. Creo que a Yolanda le gustaría la idea de regresar convertida en un puñado de tomates.

—A mi madre no le gusta abrazar a la gente —dijo Templeton, todavía colgado cabezabajo, con la capa casi rozando el suelo—. ¿Me abrazas?

—Claro que sí —respondí, y lo hice.

Sólo tuve que cruzar la calle para empezar a comprender lo difícil que sería el camino hasta Denver. La carretera estaba cubierta de una alfombra de agujas aceradas de centímetro y medio de grosor. Una de ellas me atravesó la suela blanda de la deportiva y se me clavó en el arco del pie derecho. Me senté en la acera para sacarlo, chillé y me levanté de un salto con otros tres clavos en mi estúpido trasero.

Subí por la escalera exterior para llegar a mi casa de la segunda planta. Debajo de mí, del piso de Andropov salía mucho ruido. Tenía puesta ópera rusa a todo volumen. Hacia la parte de atrás del edificio había una tele encendida al mismo volumen. Oía a Hugh Grant soltar comentarios ingeniosos con una voz astuta tan alta como la del mismo Dios. Recuerda que no había electricidad en todo Boulder; aquellos aparatos tenían que estar funcionando con baterías.

Había barrido y fregado el piso para recibir a Yolanda. Había abierto una botella de aceite de sándalo y salvia, y todo el lugar olía a la dulce fragancia de las montañas.

Sólo teníamos cuatro habitaciones. El salón fluía hacia la pequeña cocina. Había un dormitorio y un despachito en la parte de atrás. El suelo era de pino viejo, y el antiguo barniz había amarilleado hasta adquirir un tono ambarino. Apenas estaba amueblado, salvo por la cama y un futón barato bajo un póster de Eric Church. No parecía gran cosa, pero nos habíamos acurrucado en aquel futón, habíamos visto la tele allí, y alguna vez nos habíamos besado y abrazado en él. Yolanda guardaba su almohada favorita en mi piso, y cuando miré en el dormitorio la vi bien colocada en el cabecero: larga y aplastada, con su funda de color morado desvaído. Al verla perdí toda la energía para

salir de expedición y empecé a sentir de nuevo el corazón roto.

Me tumbé un rato y me abracé con fuerza a su almohada. Olía a ella. Cuando cerraba los ojos, casi era capaz de creer que estaba en la cama conmigo, que no se había tratado más que de una pausa en una de nuestras largas conversaciones soñolientas de primera hora de la mañana. Sabíamos convertir cualquier cosa en una discusión divertida: cuál de las dos lucía mejor los sombreros de vaquero, si era demasiado tarde para aprender a ser ninjas, si los caballos tenían alma...

No obstante, no conseguía alargar mi tristeza solitaria: en el piso de abajo hacían demasiado ruido. No sabía cómo podían escuchar un aria rusa en un cuarto y a Hugh Grant en el otro, todo ello convertido en un rugido de tamaño medio. Debían de estar peleándose, pensé, intentando volverse locos el uno al otro. No habría sido la primera vez que metían follón de ese tipo: sartenes volando, portazos y demás.

Salté de la cama y di unos cuantos pisotones en el suelo para decirles que se callaran, y de inmediato uno de ellos respondió dándole una patada a la pared. Le dio tan fuerte y durante tanto rato que tembló toda la casa. Yo repetí mi pataleo con más furia aún, para hacerle saber que no me asustaba, y Andropov le metió a la pared otra patada más fuerte todavía, y de repente me di cuenta de que me estaban liando en su juego infantil y paré.

Metí algunas botellas de agua en la mochila, un poco de queso y pan, el cargador del móvil por si encontraba donde usarlo, una herramienta multiusos y algunas otras chorradas que creía que querría. Me quité las zapatillas y me puse mis botas vaqueras, que eran negras con bordados plateados y puntera de acero. Cuando salí, dejé la puerta sin cerrar con llave. ¿Por qué no? La lluvia había roto las ventanas del rellano exterior. La policía estaría demasiado ocupada para preocuparse por algún que otro saqueo. Si llegaba alguien y quería mis cosas, que se las llevara.

El ruido del piso de Andropov me sacudía las entrañas y me zumbaba en la cabeza; aquello era más de lo que cualquier persona razonable podría soportar. Siguiendo un último impulso irritado, di media vuelta, me subí al porche y llamé a su puerta con la intención de preguntarle a qué venía tanto escándalo. Sin embargo, no respondió nadie, a pesar de que me quedé allí golpeando la puerta hasta que me dolió el puño. Hacían ruido, pero no tanto. Seguro que me oían.

Me fastidió que los dos pasaran de mí. Me acerqué a una de las ventanas, después a la otra, pero las dos estaban cubiertas por dentro con contrachapado. Los cristales ni siquiera estaban rotos, no al abrigo del porche principal.

Bajé los escalones y rodeé la cara este de la casa. Los clavos habían llegado desde el oeste, inclinados, así que las ventanas de aquel lado del edificio seguían intactas, como las de delante. Andropov también había sellado aquellas ventanas por dentro. La primera estaba completamente bloqueada, aunque cuando llegué a la segunda vi que había un espacio irregular de un par de centímetros de ancho entre los dos tablones. Me puse de puntillas y me asomé.

Vi un vestíbulo oscuro y una puerta abierta que daba a un cuarto de baño mugriento. Una tubería de plástico salía de la bañera e iba hasta el lavabo. En el váter había una matraz de cristal, al lado de una jarra llena de alguna clase de fluido; podría haber sido agua, pero parecía más probable que se tratara de amoníaco o de algún otro producto químico transparente.

Me alcé algo más sobre las puntas de los dedos para intentar ver lo que había en el suelo del baño. Me golpeé la frente con el cristal. Un instante después, los ojos de Andropov aparecieron en la grieta, desorbitados, inyectados en sangre y locos de furia o terror. Tenía las tupidas cejas negras y desbocadas. Le veía los poros de la abultada nariz. Soltó algo en un ruso airado, entre escupitajos, y corrió una cortina negra sobre el cristal.

Estaba cruzando el campus de la Universidad de Colorado en Boulder cuando vi a un tío en un árbol, a doce metros del suelo: un hombre con un chubasquero oscuro y una corbata roja, casi del revés, con una rama atravesándole el estómago. Pasé justo por debajo. Tenía ambos brazos extendidos y los ojos muy abiertos, como si estuviera a punto de pedir ayuda para bajar. No conseguí descubrir cómo había acabado allí arriba.

Bajo los grandes robles frondosos del Norlin Quadrangle hacía una mañana fresca y a la sombra, pero no era como cualquier otra mañana de domingo, claro. Una chica pasó corriendo junto a mí con una camiseta de John Ritter empapada de sangre, sollozando. ¿Cómo saber de dónde venía o adónde iba? Ni la causa de su tristeza. Ni el consuelo que buscaba ni si lo encontraría alguna vez.

En los senderos había relucientes clavos del cristal más fino, ventanas rotas en todas las residencias de estudiantes y palomas muertas sobre el cristal. El aire debería haber olido a finales de verano: hierba quemada y pícea azul. Pero a lo queapestaba era a combustible de avión.

No vi el helicóptero hasta que llegué a un callejón oscuro entre los edificios y me asomé a través de un arco de piedra que daba a un teatro al aire libre, en el que representaban a Shakespeare y demás. Un helicóptero de la televisión se había estrellado contra el pavimento. La cabina era un nido aplastado de acero, fragmentos de cristal y sangre. Era como si hubiesen acribillado el aparato, y tenía agujeros, abolladuras y marcas por todas partes. Así que de allí había salido el tío del árbol: había intentado saltar cuando vio que se estrellaba. Quizá se imaginara que el roble frenaría la caída. Y así había sido.

Salí a Broadway, que tiene cuatro carriles de ancho y atraviesa esa zona de Boulder en línea recta. Cuando llegué a la calle, entendí por primera vez la verdadera magnitud del problema. Había coches abandonados hasta que se perdía la vista, coches con los parabrisas destrozados y la carrocería machacada, cubiertos de abolladuras y agujereados. Había vehículos que se habían salido de la calzada para acabar en las cunetas. Vi un descapotable de capota de tela hecha jirones y una ranchera aparcada en el vestíbulo de una oficina inmobiliaria: había atravesado el ventanal de cristal para escapar de la tormenta. Alguien había estrellado su Lincoln Continental contra una parada de autobús; había aplastado la caseta de Plexiglas en la que la gente se protegía de la lluvia. Había sangre por todas partes, pero al menos se habían llevado los cadáveres.

Dos manzanas más adelante, calle abajo, había un autobús Grey-hound repleto de agujeros. La puerta estaba abierta, y vi a un tío sentado en el último escalón, con los pies en la calle. Se trataba de un tipo latino larguirucho con una camisa vaquera abrochada a la altura del cuello, aunque el resto de los botones estaban desabrochados y le dejaban el pecho al aire. Se había metido un puño en la boca como si quisiera ahogar una tos. Creía que era él el que maullaba, pero no: era el gato.

Un horrible gato esquelético y sin pelo estaba en la calle; era una de esas criaturas todo arrugas y enormes orejas de murciélago. Se arrastraba usando las patas delanteras, en lentos círculos, intentando encontrar algún modo de

encontrarse más cómodo. Tenía un clavo atravesándole las patas traseras y otro en el cuello.

El tipo grande, con el rostro enmarcado por largos mechones de pelo grasiento, lloraba casi en silencio. En silencio y amargamente. Le habían roto la nariz más de una vez y tenía los rabillos de los ojos arrugados de cicatrices. Daba la impresión de haberse metido en cien peleas de bar y de haber perdido noventa de ellas. Por el pelo oscuro y el tono rojizo oscuro de la piel (como el de la teca pulida), tenía bastante de vaquero mexicano.

Frené y me agaché al lado del gato, que me dedicó una mirada perpleja e impotente con aquellos ojos tan verdes. No soy fan de la raza de felinos lampiños, pero era inevitable sentirse fatal por la criaturita.

—Pobrecito —dije.

—Es mío —me dijo el hombretón.

—Ay, Dios, lo siento mucho. ¿Cómo se llama?

—Roswell —respondió con voz ahogada—. Me he pasado la mañana buscándolo, llamándolo. Estaba debajo del autobús. Casi habría preferido no encontrarlo.

—No lo dices en serio. Es una suerte. Ahora tienes la oportunidad de despedirte de él. Es más de lo que puede decir la mayoría. Se alegra de verte, por mucho dolor que sienta.

—Tienes una idea muy puta de lo que es la buena suerte —me respondió, mirándome mal.

—No me gusta ese lenguaje, pero te lo perdono porque estás triste. ¿Cómo te llamas?

—Marc Ado.

—Eso no es un nombre de verdad.

—Es mi nombre de guerra —respondió, y se abrió un poco la camisa para enseñarme la equis gótica negra tatuada sobre los pectorales y el vientre, con el punto de cruce justo sobre el esternón—. Soy luchador profesional de artes marciales mixtas. Ahora mismo he ganado cinco combates y he perdido siete, pero llevo cuatro victorias consecutivas. ¿Quién eres tú?

—Honeysuckle Speck.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—Pues mi nombre de guerra.

Se me quedó mirando, desconcertado, un momento, sin separar demasiado el puño de la boca. Después la tristeza pudo con él y los hombros se le estremecieron con otro sollozo, acompañado de mocos y saliva. Cuando las estrellas de cine lloran en el trágico tercer acto de una historia de amor, siempre consiguen que los lamentos parezcan mucho más bellos de lo que en realidad son.

Roswell miró a Marc y después a mí, y maulló con una voz temblorosa y débil. Tenía escalofríos. Le acaricié el suave flanco. Nunca había visto a una criatura que pidiera tan claramente que lo librasen del dolor.

—No sé qué hacer por él —dijo Marc.

—Sólo hay una cosa que puedas hacer por él.

—¡No puedo! —exclamó, y dejó escapar otro sollozo—. De ninguna manera. Somos amigos desde hace diez años.

—Diez años es una buena vida para un gato.

—Ha estado conmigo desde Tucumcari a Spokane. Ya estaba a mi lado cuando no tenía nada más que la camiseta que llevaba puesta. No puedo hacerlo.

—No, claro que no puedes. Venga, acarícialo. Necesita consuelo.

Él alargó una mano enorme y nudosa, y le rascó la cabeza a Roswell con toda la ternura de un hombre que acaricia el rostro de un recién nacido. Roswell cerró los ojos y apretó el cráneo contra la palma de Marc mientras dejaba escapar un suave ronroneo. Estaba estirado en un pegajoso charco de sangre, pero tenía la luz del sol sobre el costado y la mano de su compañero en la frente.

—Ay, Roswell. No se puede pedir un colega mejor.

Se llevó la mano a la boca entre nuevas lágrimas y cerró los ojos. Supuse que era tan buen momento como cualquier otro, así que cogí la cabeza de Roswell con una mano y su cuello con la otra, y se la retorcí de un tirón firme, como habría hecho con un pollo en la vieja granja de mi padre.

Marc Ado abrió los ojos de golpe. Se tensó, se puso rígido de la conmoción.

—¿Qué has hecho? —preguntó, como si no lo supiera.

—Se acabó. Estaba sufriendo.

—¡No! —gritó, aunque creo que no me gritaba a mí ni por lo que había

hecho. Le gritaba a Dios por llevarse a su gato. Le gritaba a su corazón destrozado—. ¡Mierda! ¡Ay, mierda, Roswell!

Se bajó del escalón del bus y se arrodilló. Roswell estaba acurrucado de lado sobre un charco rojo de sangre. Marc Ado recogió su cadáver inerte y, con ambas manos, lo pegó contra su cuerpo para abrazarlo.

Le toqué un brazo, y él me apartó la mano con el codo.

—¡Aléjate de mí de una puta vez! —me gritó—. ¡No te he pedido que lo hicieras! ¡No tenías derecho!

—Lo siento. Pero es lo mejor. El gato estaba sufriendo un dolor atroz.

—¿Y quién te lo ha pedido? ¿Te lo he pedido yo?

—Era imposible salvar a Roswell.

—Como no muevas el culo, bollera de mierda, a ti sí que no te va a salvar nadie.

No me lo tomé a mal. Estaba dolido. Como todo el mundo.

Metí la mano en mi mochila y le ofrecí un botellín de agua. Ni miró la botella ni me miró a mí, así que la dejé en la calzada, al lado de su cadera. De cerca era más joven de lo que al principio había creído. Quizás incluso de mi edad. Me compadecí de él, a pesar de tener la boca muy sucia y comportarse como un crío. Yo también estaba sola en el mundo.

Me levanté y continué mi camino, aunque al cabo de otras tres manzanas se me ocurrió mirar atrás y descubrí que Marc Ado me seguía. Se tambaleaba como un borracho a unos treinta metros de mí y, cuando lo miré, se volvió a toda prisa y fingió contemplar una ventana destrozada que daba al interior de una tienda de electrodomésticos de segunda mano a oscuras. Había sacado de alguna parte un sombrero de paja blanca, y con aquello en la cabeza y una bandana roja al cuello parecía más que nunca un joven vaquero.

Verlo detrás de mí me inquietó. En nuestro breve encuentro me había parecido una persona víctima de sus emociones, impulsiva e inmadura. En aquel momento se me ocurrió que tal vez hubiera decidido que yo era una sádica rompecorazones y asesina de felinos, y que me perseguía para expresar su desagrado con el puño. O que quizá buscaba el modo de conseguir su sexta victoria dándole una paliza a una lesbiana solitaria que, por desgracia, se parecía a Squig-gy, el de *Laverne and Shirley*.

De todos modos, no paré, y tras recorrer otra manzana pude respirar hondo: de haber querido atacarme, había perdido su oportunidad. A medida

que Broadway descendía hacia Lower Chautauqua, aumentaban los transeúntes. Oí un estruendo, y un enorme volquete con cadenas en los neumáticos dobló la esquina frente a mí. Los relucientes clavos de cristal implosionaban bajo las ruedas. Un tipo grandote con un mugriento mono amarillo y guantes de goma hasta los codos conducía en el extremo trasero. Detrás de él, la plataforma del camión cargaba con tres capas de cadáveres.

El camión esquivaba los coches abandonados y, cuando no había sitio para pasar, se abría paso a través, estrellándose contra ellos. Se unió a una lenta caravana de volquetes que estaban alineados para entrar en un campo de fútbol americano, detrás del instituto.

Al parecer, medio Boulder estaba allí, moviéndose como sonámbulos: manadas de niños con caras sucias y ancianas en bata. Cuando me acerqué, vi gente muerta en fila en las marcas del campo, desde los postes de un arco hasta los del otro. Los camiones recogían a los muertos, y los miembros de su familia los seguían para asegurarse de que trataran bien los restos de sus seres queridos.

Cabría esperar que estuvieran todos llorando, que el campo se hubiera convertido en un coro griego de gemidos y gritos, pero la gente se comportaba mejor que eso. Los del corazón de EE.UU. somos así, no armamos escándalo. Nos parece de mala educación. Me imagino que muchos de los presentes estarían demasiado desvelados y conmocionados para eso. A lo mejor les parecía grosero ponerse a rasgarse las vestiduras y mesarse los cabellos con tanta gente triste alrededor.

Dos equipos se encargaban de un puesto con mesas plegables a un extremo del campo: había un grupo de la papelería Staples y otro de críos del McDonald's. Los del McDonald's tenían encendidos unos cuantos braseros de carbón. Por debajo del hedor a diésel de los camiones me llegó el alegre perfume a grasa de los McMuffins y las hamburguesas.

Una cola de unas veinte personas llegaba hasta las mesas. No sé por qué me puse en ella. Quizá fuera por el olor, que daba hambre, o porque pensaba preguntar si allí había sitio para Yolanda y para su madre. Quizá sólo esperaba que Marc Ado perdiera interés y decidiera dejar de seguirme ahora que estábamos en medio de una multitud. Seguía allí, aunque fingía no mirarme y permanecía en los márgenes de la acción.

Esperé mi turno y, cuando llegué a la mesa, una chica alta y desgarbada

con unas gafas gigantescas y una camiseta roja de Staples me preguntó:

—¿Buscas a alguien o traes a alguien?

Frente a ella tenía un archivo de fichas giratorias y una bolsa llena de etiquetas marrones.

—Ninguna de las dos cosas, todavía. ¿Cómo funciona?

—Staples etiqueta a tu ser querido y anota su ubicación en el campo de fútbol para futura referencia. Si tiene una cuenta de puntos de Staples, hasta podemos enviarte un correo electrónico con toda la información del entierro. Todo gratis, para demostrar nuestro compromiso con la reconstrucción de la zona de Boulder a través del esfuerzo conjunto de los voluntarios locales y de los grandes productos y servicios de Staples.

La chica recitó sus frases sin cambiar de entonación.

—Puede que traiga a mi amiga y a su madre. Todavía no lo sé. Están muy lejos para cargar con ellas.

—También estamos organizando recogidas, aunque podría tardar de tres a cuatro días.

—¿Quedará algún espacio libre para entonces?

—Sí, por supuesto. Vamos a enterrar al primer lote a la una de la tarde. Se rezarán plegarias de seis religiones distintas, y Sizzler ofrecerá el catering. — Señaló algunos de los camiones bajo los postes, llenos hasta arriba de tierra y piedras—. Después de cubrirlos, me temo que será necesario enterrar a otro grupo encima de ellos. Esperamos lograr meter a tres por hueco.

—Me lo pensaré —respondí, y ella asintió, y después un adolescente que había a su lado me preguntó si quería las patatas grandes o un McMuffin de huevo, y me dio el pésame de parte de McDonald's. Era el fin del mundo, pero todavía podías pasar a recoger tu comida con el coche de camino al olvido.

Por supuesto, fue bonito por su parte hacer todo aquello, ayudar a la gente a dar descanso eterno a sus seres queridos y asegurarse de que estuviera alimentada. Cuando el cielo empieza a escupirte clavos, se averigua muy deprisa cuáles son las partes más resistentes de tu cultura, y si hay algo que se les da bien a los estadounidenses es la producción en cadena. Hacía menos de veinticuatro horas que unos cuantos miles de personas habían fallecido desgarradas por culpa de las agujas de lluvia, y allí estábamos, enterrando a nuestros muertos con la eficiencia de quien prepara un Happy Meal.

Salí de allí mientras me comía las patatas fritas. Quizá pienses que no es

posible tener hambre cuando pasas junto a una alfombra de cadáveres de varios cientos de metros de longitud, pero el primer plano no tarda mucho en convertirse en paisaje. Cualquier patrón repetido una y otra vez acaba por transformarse en fondo de pantalla, ya sean flores o muertos.

Después de comerme las patatas y chuparme la sabrosa grasa de los dedos, me bebí media botella de agua a toda prisa para enjuagar el sabor a sal. En aquellos momentos empezaba a ver débiles chispitas y relámpagos de luz con el rabillo del ojo, lo que quizá se debiera al sol que se reflejaba en los clavos desperdigados por todas partes o al mareo. No creía haber caminado tanto como para desmayarme, pero también era cierto que la noche anterior no había dormido mucho.

Antes de andar mucho localicé de nuevo a Marc Ado, más o menos a una manzana de distancia. Bajó la vista de inmediato y fingió estar interesado en el campo de fútbol, aunque supe que continuaba siguiéndome. Giré hacia un Starbucks de la esquina, como si quisiera comprar un café para bajar las patatas. La puerta estaba cerrada, por supuesto (cualquier idiota se habría imaginado que no estaría abierto), pero le di un buen tirón al pomo de todos modos, como si no me lo esperara. Me asomé a través del cristal tintado para que pareciera que intentaba ver si había alguien dentro. En realidad, las luces estaban apagadas y había un cartel pegado en la puerta: «Cerrado por el fin de la raza humana». Aun así, hice la señal del pulgar hacia arriba y asentí como si alguien me hubiera pedido que usara la puerta lateral.

Doblé la esquina del edificio y eché a correr todo lo deprisa que me permitieron mis botacas de vaquero. Había una amplia zona de aparcamiento al otro lado del Starbucks cubierta de miles de agujas de cristal que brillaban y creaban sus propios halos. Era como si hubieran tirado todos los tesoros de Aladino enfrente del supermercado.

Recorrí corriendo la mitad de la explanada y me agaché detrás de un Kia de color uva. Vigilé el Starbucks a través del espacio entre el bastidor y el asfalto. Efectivamente, Marc no tardó en doblar la esquina asomándose a uno y otro lado, en mi busca. Después volvió la vista atrás, como si alguien lo siguiera a él. Al cabo de un momento de indecisión, dio media vuelta y regresó por donde había venido.

Me senté y conté uno-Misisipi, dos-Misisipi hasta llegar a cien. Me levanté y recorrí el aparcamiento aplastando agujas, bajé por Baseline y me

metí en la rampa que llevaba hasta la autopista.

Creía que me encontraría con caballetes impidiendo el paso, pero estaba abierta, salvo por un cochecito de tres puertas al que alguien había prendido fuego hasta el chasis. Una vez que llegué a la carretera, vi a la primera que nadie me detendría si pensaba pasear hasta Denver por la línea de puntos amarillos. Cuando cayó la lluvia, eran las diez de la mañana de un bonito lunes de agosto. En la autopista, los coches iban a ciento diez por hora. Debí de ser como conducir bajo el fuego antiaéreo. Vi un Corvette negro abierto como una lata, con el techo retorcido hacia atrás y los asientos de cuero rojo picados cual carne de hamburguesa. Después miré de nuevo y vi que no era cuero rojo, qué va. Los asientos eran blancos; lo que los había pintado de rojo era lo sucedido a las personas que los ocupaban.

Había más gente caminando por allí, rebuscando entre los coches accidentados. Una señora de mediana edad llevaba un carro de la compra. La vi pararse junto a un Mercedes para hurgar en la guantera. Aparentaba unos cuarenta años, llevaba un pañuelo rosa de flores sobre el pelo canoso y tenía toda la pinta de una madre perfecta y bien arreglada. Registró el monedero manchado de sangre de alguien, encontró algunos billetes, una pulsera de oro y un ejemplar de *Cincuenta sombras liberadas*, y procedió a echarlo todo en el carro antes de seguir adelante.

Kilómetro y medio más allá, al otro lado de la carretera, vislumbré a un grupo vestido con monos de color naranja haciendo algún tipo de trabajo. Estaban demasiado lejos para distinguir cuál.

Bueno, hacía una bonita mañana para caminar siempre que no prestaras atención a la gente muerta y hecha trizas dentro de sus coches. No me quedaba nada más que un veinticinco por ciento de batería en el móvil, pero estaba deseando oír otra voz humana, así que me metí los auriculares en las orejas para escuchar las noticias.

Por eso no los oí acercarse: los chicos del cometa. Por eso me atraparon.

Lo que oí en las noticias fue que las pruebas preliminares indicaban que los terroristas culpables de la lluvia de clavos podrían tener su base en una zona alrededor del mar Negro. Había una empresa en esa región que había probado un catalizador capaz de producir rápidamente fulgurita sintética en condiciones de laboratorio. El presidente había corrido a Twitter para

prometer una «¡RESPUESTA BÍBLICA!» y una «GUERRA SANTA», y juraba que los islamistas estaban a punto de averiguar que «¡SI QUIEREN *LLUBIA*, LA TENDRÁN!!». Decía que no tardaríamos en descargar sobre ellos nuestro propio aguacero, salvo que no serían cuatro cristalitos de nada, sino cortamargaritas.

Después salió una historia sobre un feroz chaparrón en Pueblo, todo clavos, que perforó unos tanques de gas natural y provocó una explosión tan tremenda que en Colorado Springs creyeron que se trataba de un terremoto. Decían que el incendio se había tragado la mitad de la ciudad y que los camiones de bomberos no podían acercarse lo suficiente para extinguirlo porque era imposible circular por las carreteras tachonadas de clavos. Un meteorólogo afirmaba que los pinchos de cristal de Pueblo eran más grandes que los de Denver, y que algunos dardos eran del largo de su pulgar. Un ingeniero químico estaba a punto de explicar lo que significaba eso, aunque no oí lo que tenía que decir porque fue entonces cuando alguien me dio un porrazo en la cabeza.

Caí tan deprisa que ni siquiera recuerdo dar con mis huesos en el suelo. No estaba inconsciente, fue más bien como cuando las luces de casa parpadean un momento. Hubo un pequeño parpadeo mental y, cuando se me aclararon las ideas, estaba a cuatro patas y veía las estrellas. No es una forma de hablar, sino algo literal: estaba mirando un disco de cobre del tamaño de un plato en el que habían grabado las constelaciones y que tenía el borde manchado de mi sangre.

Los críos del cometa salían de la alta hierba amarilla a un lado de la calzada y se movían deprisa con sus túnicas de aluminio. Eran los tres que habían envuelto al señor Waldman. El que se parecía a Cristo me había tirado su astrolabio a la cabeza. Los otros dos se los habían sacado del cuello y estaban haciéndolos girar como hondas, en amplios círculos. Los medallones voladores zumbaban como un par de didgeridoos.

Me había destrozado las manos y las rodillas con la caída. La carretera estaba cubierta de relucientes chinchetas. Me toqué la coronilla, y un centelleo de luz azul apareció ante mis ojos. Sentí un latido de dolor agudo, como si me hubieran golpeado con la traviesa de una vía. Cuando recuperé la vista, mi mano derecha tenía diez dedos en vez de cinco, y todos estaban húmedos de sangre. Todavía tenía uno de los auriculares en la oreja, y oí a alguien en las

noticias que murmuraba con un extraño tono submarino: «Es que naaaadie se creeeee que el cieeeelo pueda caeeerte sobre la cabeeeeza, pero, mira tú por dóooonde, lo está hacieeeeendo».

No entendía por qué querían pelear conmigo y no me pareció buena idea quedarme para preguntárselo. Me levanté e intenté correr, pero estaba demasiado mareada y tambaleante por culpa del porrazo en la cabeza. Caminé haciendo eses hasta que otro de los cometas soltó su astrolabio, y esta vez me acertó en la parte baja de la espalda. Fue como una puñalada. Se me doblaron las rodillas y caí de nuevo. Me di de bruces contra el suelo y un puñado de espinas de fulgurita se me clavaron en la barbilla. Por suerte, para entonces ya había llegado al borde de la carretera y caí en la hierba en vez de en el duro asfalto, y una vez allí rodé cuesta abajo.

Me sentí como supongo que se sentirá una oruga cuando se encierra en la peluda mortaja de su capullo. Oía y veía un poco (aunque todo estaba borroso y desenfocado), pero no sentía las extremidades, que estaban entumecidas y flojas. Se me había quedado la mente en blanco. Ni siquiera notaba dolor, propiamente dicho; no me quedaba sensibilidad suficiente para eso.

Se acercaban. También veía más allá de ellos. La actividad había llamado la atención de la madre perfecta con su carrito de la compra. Estiró el cuello para cotillear lo que sucedía, algo nerviosa, aunque también emocionada.

El chico gordo la vio mirar y dijo entre dientes:

—Ay, tío, mierda, no deberíamos haberlo hecho aquí fuera, Sean, que la gente nos ve...

—Calla, Pat —respondió el que parecía Jesucristo. Por supuesto que el gordo se llamaba Pat. Como una mascota. El nombre más apropiado del mundo.

Sean (el Cristo con túnica de papel de aluminio) miró desde el terraplén hacia la madre.

—Es por su propio bien —le explicó—. Está loca. Nos la llevamos a casa para cuidar de ella. ¿Verdad, Randy?

El chico negro con vitiligo asintió con entusiasmo frenético.

—Se pone así cuando deja de tomar la medicación. ¡Cree que todo el mundo la persigue!

—No sé de dónde habrá sacado esa idea —respondió ella.

—¿Quiere su iPhone? —graznó Randy. Tenía una voz chillona y nerviosa.

Recogió mi móvil del suelo, lo sacudió y se lo ofreció—. Es el nuevo.

—¿El 7?

—¡El 7 Plus! Lléveselo. No queremos problemas.

—Es verdad —añadió Sean—. Hacemos lo mejor para ella... y para nosotros. Igual que usted hace lo que es mejor para usted, aunque quizá la policía no lo vea de ese modo. Un poli podría pensar que está saqueando esos coches, cuando en realidad lo que hace es sobrevivir, ¿verdad?

Se le ensombreció un poco el rostro.

—La gente a la que saqueo no va a protestar.

—No. Y esta chica es mentalmente débil, una histérica, y necesita que su familia la cuide. Pero habrá quien diga que estamos abusando de ella por llevárnosla así a casa. Es más sencillo que cada uno se ocupe de sus propios asuntos, ¿no cree?

La mujer guardó silencio un instante, sin dejar de mirar el móvil que Randy tenía en la mano.

—Siempre he querido probar el grande. Pero seguro que no puedes desbloquearlo.

—Seguro que sí. Es de los que funcionan con la huella dactilar —le aseguró Sean, que hizo un gesto a Randy con la cabeza.

Randy se agachó, me agarró la mano y me apretó el pulgar contra el sensor. El móvil se desbloqueó con un clic.

El chico le lanzó el teléfono a la madre perfecta, que lo atrapó con ambas manos. Con su voz nerviosa y agitaba, Randy dijo:

—Será mejor que cambie la configuración de seguridad ahora mismo, antes de que vuelva a bloquearse.

—Que lo disfrute —añadió Sean—. Piensa diferente... ¡Nosotros lo hacemos!

—¡Ya lo veo! —respondió ella entre risas—. Cuidad de esa pobre chica.

Se dio media vuelta y se alejó distraída, jugueteando con mi móvil.

Perderlo me dolió en el alma. Dentro estaban todos los mensajes de texto que me había enviado Yolanda. Me mandaba fotos del cielo, grandes cielos azules occidentales con grumitos de nubes blancas, y me escribía: «La nube del centro es mi unicornio doméstico». O: «Esa nube que se ve sobre las montañas eres tú escondida debajo de la sábana». Una vez me envió una

fotografía de un estanque de montaña con una nube reflejada en él como si se tratara de un espejo de kilómetro y medio de ancho, y me escribió: «Quiero abrazarte igual que el agua abraza al cielo».

Ver a aquella mujer alejarse con mi teléfono fue peor que el golpe en la cabeza con el astrolabio. Fue como envolver de nuevo a Yolanda en su mortaja.

Randy, Pat y Sean la observaron con ojos pícaros y atormentados. No se podría imaginar una manada de comadreas más lunática. Intenté moverme (levantarme a cuatro patas), aunque sólo la idea del esfuerzo necesario me arrancó un sonido, algo entre un sollozo y un gruñido. Eso llamó su atención. Me rodearon otra vez.

—¿Sabéis qué sería lo mejor, chicos? ¿Chicos? —preguntó Pat. Era uno de esos chavales picajosos y jadeantes a los que nadie escucha—. ¿Chicos? Creo que lo mejor sería matar a esta zorra. Podríamos meterle un clavo en la sien. Nadie se daría cuenta de que no murió en la lluvia.

—Los Descubridores lo sabrían —dijo Sean—. Los Descubridores leerían el homicidio en tu mente y dejarían que tu energía cuántica se disolviera con la de todos los demás que no están preparados.

O algo así. Nunca había entendido bien su demencial teoría. ¿Los Descubridores eran una raza de inteligencia superior o algo así? Y supongo que el alma es la energía cuántica, ¿no? Cuesta creer que alguien se tragara la chapucera historia de *Flash Gordon* que contaba Elder Bent. Pero los humanos somos animales gregarios por naturaleza y la mayoría aceptará lo que tenga que aceptar (sin reservas, con entusiasmo) con tal de conservar un lugar de honor en su tribu. Si le das a alguien a elegir entre la realidad y la soledad por un lado y la fantasía y la comunidad por otro, siempre elegirá tener amigos.

—No sólo debemos preocuparnos por los Descubridores —dijo Randy mientras se pasaba una mano por la nariz y se sorbía los mocos—. Se llevó a Yolanda y a la madre de Yolanda a la casa del otro lado de la calle. Ya sabéis, donde vive el niño vampiro.

—Sí, los Blake —repuso Sean—. ¿Qué más da?

—Bueno, ¿no se preocupará esa mujer si no vuelve a saber nada de Honeysuckle? Seguro que está esperando que se ponga en contacto con ella.

—Si Ursula Blake y el raro de su hijo se convierten en un problema, nos encargaremos de ellos como nos vamos a encargar de ella —le aseguró Sean

—. No nos van a encerrar en ninguna parte. La humanidad se extinguirá antes de que acabe el año. No hay cárcel en el mundo que pueda retenernos, chicos. ¡Contamos con un túnel para huir que nos llevará directos a la séptima dimensión!

Es curioso: el mundo se las apaña para atraparte, incluso cuando estás convencida de que te has librado de sus yugos. Después de envolver a Yolanda y despedirme de ella, creía haberme desconectado de la carga emocional que nos permite avanzar un día tras otro. Era como una placa base que se había soltado de la gran máquina viva de la sociedad humana. No servía a nadie; no resolvía nada; no tenía funciones útiles que ofrecer. Sin Yolanda, no era más que software obsoleto.

Entonces Sean se puso a parlotear sobre ir a por Ursula y Templeton..., que me habían acogido en su casa cuando yo estaba conmocionada, que me habían alimentado y cuidado..., y sentí un desagradable escalofrío de alarma que por fin me devolvió algo de fuerza a las extremidades. No lo bastante para hacerme ningún bien, claro. Intenté ponerme a cuatro patas, y Sean me apoyó la bota en el culo y me empujó contra el suelo. Cuando estaba allí tumbada, con la nariz llena de polvo y las agujas clavadas en el pecho, fui consciente de que si a Ursula y a su hijo les ocurría algo por mi culpa no sería capaz de soportarlo.

—¡Eso es, Sean! ¡Ya llega el Gran Relámpago! —exclamó Randy—. Dentro de diez semanas Ursula Blake, su crío, Honeysuckle... serán carne muerta, junto con el resto de los desorganizados, ¡y nosotros estaremos con los Descubridores!

—Aprendiendo a crear nuestros propios universos —susurró Pat en tono reverencial.

—Entonces..., entonces, ¿qué decidimos? —preguntó Randy, y se humedeció los labios secos con una lengua de papel de lija—. ¿El clavo?

—No. Mejor: la salvación —dijo Sean—. La llevaremos de vuelta con Elder Bent y la obligaremos a despertar. Venga. Vamos a envolverla.

Sacó de la mochila un gran cuadrado plegado de aquel material arrugado que parecía aluminio y lo extendió en el suelo a mi lado. Los otros dos me enrollaron dentro de él como si fuera una alfombra. Intenté soltarme a patadas, pero estaba demasiado débil para forcejear en condiciones, así que en un minuto me tenían atrapada, con los brazos pegados a los costados y aquella

basta tela reluciente pegada al cuerpo desde los tobillos al cuello. Sean había hincado una rodilla en el suelo y estaba sujetándome mi capa dorada al cuerpo con un rollo de cinta aislante negra cuando le escupí una flema bien gorda en el ojo.

Dio un respingo.

—¡Qué asco! —gritó Pat.

Sean se limpió el ojo y me miró con rabia.

—Yo de ti me reservaba la saliva. Elder Bent cree que el sufrimiento físico prepara tus energías espirituales para dejar el cuerpo atrás. Es probable que no bebas demasiado durante los dos próximos meses.

—Si el sufrimiento físico es bueno para desarrollar la energía espiritual —dijo alguien desde más arriba, en la carretera—, estoy a punto de cargaros las baterías a base de bien. Preparaos para una paliza de alta tensión, hijos de puta.

Todos volvimos la vista atrás, y allí estaba Marc Ado, al que yo creía haber despistado en el Starbucks. Su rostro pétreo miraba al frente bajo el ala de su tocado vaquero. La camisa se le abrió para dejar a la vista la magnífica equis negra tatuada en su pecho de color bronce rojizo. Tenía la mano derecha cerrada en un puño. Unos cuantos clavos le sobresalían entre los dedos.

Los Tres Chiflados se reunieron a mi alrededor y tuvieron un instante para quedarse boquiabiertos antes de que cayera sobre ellos tan deprisa que perdió el sombrero por el camino. Randy era el único que todavía llevaba un astrolabio para luchar. Estaba quitandoselo del cuello cuando Ado llegó hasta él y le arreó un puñetazo en la cara con todo su peso. El golpe fue tan fuerte que los dos acabaron en el suelo. Randy tenía un lado de la cara arañado como si alguien le hubiese pegado con un rastrillo. El puño tachonado de clavos de Ado le abrió unos surcos profundos en la mejilla que la atravesaron hasta la boca.

El que se llamaba Pat gritó, dio media vuelta y huyó, pero tropezó conmigo con ambos pies y cayó al suelo. Bueno, así perdió su única oportunidad de escapar. Para entonces, Marc Ado ya se había levantado gruñendo como un perro con insolación. Alcanzó a Pat y le dio una patada en el culo que lo tiró de nuevo al suelo. Pat mordió el polvo con una tos. Marc lo agarró por el cuello de la túnica y le tiró de la cabeza hacia atrás. Después le sujetó la nariz y se la retorció con ganas. Dejó escapar un crujido horrible, igual que cuando

pisas un plato de porcelana. A día de hoy no he vuelto a oír un sonido tan desagradable. Soltó a Pat, y el chico regordete empezó a retorcerse en el suelo como si sufriera una especie de espasmos.

Durante todo ese tiempo, Sean, el doble de Cristo, no se había movido. Estaba paralizado, con los ojos muy abiertos y el rostro rígido. Aun así, cuando oyó el crujido de la nariz de Pat salió de su parálisis y se giró para salir corriendo. Supongo que ser un pelota cobarde que abandona a sus compañeros en el fango no es malo para la energía cuántica.

Ado lo alcanzó de tres zancadas, lo agarró por la espalda de su túnica de papel de aluminio y lo tiró al suelo. Mientras Sean caía hacia atrás, Ado levantó la rodilla derecha y le dio en la base del cráneo. Si en el cuadrilátero luchaba igual, llegué a la conclusión de que prefería no tener que enfrentarme nunca a los hombres que lo habían derrotado.

Sean alzó la vista para mirarlo; sus ojos daban vueltas como los de un caballo aterrado. Marc estaba a punto de pisarle la cara cuando aullé:

—¡Espera!

Ado me miró con el ceño fruncido, quizá pensando que me iba a poner blanda y femenil con él. Me balanceé primero a la izquierda y después a la derecha, y por fin fui capaz de rodar por la pendiente hasta acabar al lado de Sean.

Estábamos tumbados codo con codo, yo envuelta en mi mortaja plateada y él entre los matojos, con la bota de Marc sobre el pecho.

Miré al luchador a la cara y dije:

—¿Me estaban siguiendo?

Él me devolvió la mirada, sin dejar de fruncir el ceño.

—Te han seguido toda la mañana. Estaba sentado allí con Roswell cuando los vi por primera vez. Iban dos manzanas por detrás de ti. La cosa no tenía buena pinta, así que pensé que sería mejor seguirlos y ver qué querían de ti. Es lo menos que podía hacer. Cuando tuve un momento para recuperarme, empecé a pensar que te debía una.

Cruzamos miradas, aunque sólo un momento, porque se ruborizó y apartó la vista.

Retorcí la cabeza para examinar el rostro asustado y aturdido de Sean.

—¿Por qué coño los cabezas huecas de tus amigos y tú me habéis seguido

durante ocho kilómetros sólo para tenderme una emboscada, tres contra uno? ¿Qué os he hecho yo, aparte de burlarme de la forma en que vestís y habláis, y de vuestras estúpidas ideas de locos?

Cuando habló, lo hizo con voz oxidada y débil:

—¡Lo ibas a contar! ¡Ibas a Denver para reunirte con el FBI y contarles lo que hemos estado haciendo! ¡Les ibas a contar que Elder Bent sabía que llegarían las lluvias! ¡Lo sabía! ¡Se lo anunciaron!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que sabía lo que iba a pasar. Sabía la hora y el día en que se barrería a los ignorantes para dejar tan sólo a los preparados. ¡A nosotros!

Lo medité un instante y después pregunté:

—Y ¿por qué se le ocurrió a Elder Bent que yo iba al FBI? ¿Se lo advirtió uno de sus contactos en la séptima dimensión?

Sean se mordió el labio inferior como si temiera haber hablado demasiado. Marc Ado dejó caer su peso sobre el pie izquierdo para presionar el pecho de Sean, y el aire salió de golpe del crío.

—¡El ruso! ¡Dejó un mensaje! ¡Decía que sabías lo que tramábamos y que, si no te deteníamos, el FBI se llevaría a Elder Bent! ¡Por lo que sabía sobre las lluvias!

—¿Andropov os dejó un mensaje?

Sean dejó escapar una risita jadeante.

—Sí. —Y con un acento ruso atroz añadió—: «¡Parad a *Onysuck*! Va a llamar al FBI». ¡Creo que a él tampoco le gusta la idea de tener a la poli husmeando por el barrio!

—¿Quién habló con él? ¿Quién recibió el mensaje? ¿Dijo algo más?

Pero, al parecer, la conversación había terminado.

Durante todo aquel tiempo, el que se llamaba Randy se había estado alejando a rastras entre la hierba alta sin que nos percatáramos. Cuando llegó al borde de la carretera, se levantó y salió corriendo. Ado lo vio huir, así que agarró uno de los grandes astrolabios con los que me habían derribado y, sin molestarse con la cadena, lo lanzó como un Frisbee. Acertó a Randy en la cabeza con un ruido metálico que habría tenido su gracia en unos dibujos animados. Randy se derrumbó.

Mientras sucedía todo esto, Sean logró ponerse de rodillas. Una hoja

reflejó la luz del sol en una de sus manos. La reconocí de inmediato: era mi navaja, parte de la pequeña herramienta multiusos que había guardado en mi mochila. Antes de que pudiera clavársela a Marc en los riñones, me retorcí, estiré las piernas y le golpeé las suyas para tirarlo. Sean cayó de espaldas por el terraplén y se dio en la cabeza contra la pequeña zanja revestida de hormigón del fondo; el crujido me revolvió el estómago.

Le grité a Marc que echara un vistazo y se asegurara de que no acababa de asesinarlo. Él se arrodilló a su lado, al pie de la cuesta, le tomó el pulso y le miró los ojos. Después levantó la vista; se le notaba la decepción y la pena en su rostro magullado.

—Mala suerte. Creo que está bien. Inconsciente, nada más.

Regresó conmigo de un par de largas zancadas y se agachó para arrancar la cinta.

—Casi me pierdes en el Starbucks —comentó.

—Pero no a ellos, supongo. Me siento muy estúpida por no haberme dado cuenta de que me seguían. Con esas pintas que llevan deberían haber llamado la atención como si fueran luces intermitentes.

—Es más fácil seguir a una persona entre tres. Además —levantó un artilugio compuesto por varios cilindros de latón conectados—, podían verte desde lejos. Tu novio, el de ahí abajo, tenía un catalejo.

Para entonces ya estaba liberándome de la mortaja plateada. Aunque parecía papel de aluminio, era tan resistente como la lona. Me deslumbraba el sol reflejado en ella, y en ese momento caí en que quizá sí que los había visto. Recordaba alguna que otra chispa, como un brillo captado con el rabillo del ojo, y haberme preguntado si me iría a desmayar. Eran ellos, rezagándose, escondiéndose en los umbrales, tras mis pasos desde lejos.

Marc se estaba poniendo taciturno y evitaba mirarme a los ojos mientras doblaba y desdoblaba la gran sábana de tela de embalaje metálica. Creí saber lo que le sucedía.

—Ya puedes dejar de preocuparte por lo que me dijiste cuando estabas tan abatido —lo tranquilicé—. Estamos en paz. Más que en paz. Siento muchísimo lo que tuve que hacerle a Roswell.

—Sí, bueno.

—¿Cuál es tu nombre de verdad? Marc Ado es la típica broma que le haría gracia a un niño de cinco años.

Primero me lanzó una mirada de cabreo, pero después respondió:

—DeSoto. Ese nombre no da pasta. —Después miró a su alrededor, a los payasos del cometa—. ¿Has entendido algo de lo que ha dicho?

Me senté y me estiré. Parte del parloteo de Sean era la habitual basura cósmica que solía soltar la gente de Elder Bent. Sin embargo, me había parecido distinguir fragmentos de algo importante mezclados con las chorradas de cadete del espacio. Necesitaba tiempo para desenredar la madeja y ver si lograba encontrarle sentido.

Como no respondía, Marc murmuró, inquieto:

—Dijo que ese Elder Bent... sabía lo que iba a suceder. Que se estaban preparando para ello. ¿Crees que es posible que...?

Dejó la frase en el aire.

No lo sabía y no respondí.

—Una vieja pájara me entregó a estos esclavistas blancos de aquí sólo para conseguir mi iPhone Plus. Se marchó sin mirar atrás.

—¿La del carro de la compra? La he visto.

Recogió su sombrero del suelo y se lo colocó en la cabeza.

—Supongo que perder el móvil no es lo peor que podía pasarme. Si no fuera por ti, ahora mismo estaría de camino a una celda húmeda en el sótano de la casa de una secta de creyentes en el fin del mundo que me habrían obligado a hacer quién sabe qué con tal de satisfacer sus deseos dementes. — Sentí el impulso de levantarme y liarme a patadas en la cabeza con los chavales del cometa. Pero hacía calor y me quedaba un largo camino por delante—. ¿Se te ocurre algún modo de evitar que se levanten y me persigan otra vez? ¿O a ti?

Abrió el catalejo de Sean y apuntó a la calzada.

—Esos de ahí son presos que trabajan en la autopista barriendo los clavos, vigilados por la policía estatal. ¿Por qué no te acercas por allí y les dices que tienes a tres más que deberían llevar grilletes? Yo te los envuelvo en sus vestidos relucientes, igual que ellos a ti, y así no se largan.

Me ofreció una mano y la acepté. Me ayudó a levantarme. Juntos guardamos un silencio cansado, de camaradas, durante un momento. Escudriñó el cielo azul.

—¿Crees que esos chicos tienen razón? ¿Crees que es el final de los

tiempos? Tenía una tía que decía que estaba claro que este sería el último siglo de la humanidad. Que cualquiera que comprendiera el Apocalipsis de San Juan vería que se acercaba el Juicio Final.

—Odio la idea de que estos zopencos tengan razón en algo —repuse—. Pero te diré una cosa: si el apocalipsis se espera otro par de días, ¿por qué no te pasas por la casa blanca de la calle Jackdaw, la que tiene la escalera por fuera del edificio? O, si no, me buscas en la casa de enfrente, el bungalow de color mantequilla, que es donde viven mi amiga Ursula y su hijo. Nos tomamos unas cervezas e intentamos encontrarte un nombre de guerra mejor que Marc Ado.

Sonrió y se abrió la camisa vaquera azul.

—Demasiado tarde. Una vez que tienes una gran equis pintada en el pecho, ¿qué otro nombre te vas a poner? Estoy marcado, literalmente.

—Podrías ser... ¿El X-Terminador?

—Pensé en XXX, pero vienen muchos críos a las peleas. Tampoco es cuestión de que sus padres se hagan la idea que no es.

—Gracias por rescatarme, amigo —le dije—. Procura que no te llueva encima.

—Igualmente.

Entonces me dio un apretón de manos, se volvió y bajó la colina hacia Sean. Me quedé allí lo bastante para verlo pelearse con su túnica, meterle los brazos dentro y envolverlo bien en ella. Creía que no volvería a ver a Marc Ado y deseé decirle algo más, pero daba la impresión de que ya nos habíamos contado todo lo que importaba. Hay personas a las que jamás puedes darles las gracias lo suficiente, así que es mejor dárselas una única vez, puesto que demasiada gratitud las abochorna.

Me di la vuelta, aplastando los alfileres de cristal bajo las botas, y continué mi camino a la luz del mediodía. Detrás de mí oí a Marc Ado arrancar un trozo de cinta aislante.

Fue una media hora polvorienta y ardiente de vuelta al punto de la carretera en el que estaban los presos encadenados. Al acercarme, un poli del estado que hasta entonces había estado apoyado en un Audi rojo sin dueño se enderezó y me observó a través de sus gafas de sol polarizadas.

Detrás de él había unos treinta presos encadenados y vestidos con monos

de color naranja que ponían SUPERMAX en la espalda. La mayoría llevaba escobas y barría los clavos de la calzada. Otros seis o así trabajaban por parejas para sacar los cadáveres de los vehículos y lanzarlos a un semirremolque de plataforma abierta enganchado a un monstruoso tractor John Deere que estaba sobre la hierba. El tractor llevaba unas gruesas cadenas sobre los neumáticos, pero no estoy segura de que las necesitara. Las ruedas en sí eran grandes como puertas, tan gordas y enormes que dudo que los dardos de cristal, por muy afilados que estuvieran, las hubieran atravesado.

Otro par de polis estaban arrancando los coches que podían arrancarse para llevarlos hasta la isla central entre el carril que iba al este y el que iba al oeste. Habían limpiado la autopista hasta Denver, y la carretera estaba abierta, vacía y en silencio. Los rascacielos de la ciudad se alzaban celestes y distantes bajo nosotros.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó el poli que había estado medio sentado en el Audi mientras se recolocaba el fusil para elefantes en el hombro.

Varios de los presos se habían detenido para levantar la vista de su trabajo. Llevaban con ello toda la mañana y olían en consecuencia. Era un apestoso hedor a hombre mezclado con el olor a carne podrida de la sangre que se cocía en la tapicería de los coches abandonados. Cien mil moscas habían nacido de un día para otro. El aire parecía vibrar con su zumbido de colmena.

—Hay tres chicos ahí atrás con los que quizá debiera charlar un rato. Me han tendido una emboscada cuando me dirigía de Boulder a Denver y han intentado secuestrarme para llevarme a su secta del fin del mundo. Lo habrían conseguido de no haberme rescatado un buen samaritano que les ha dado una paliza. Los ha dejado envueltos en las túnicas plateadas que llevaban puestas. Además, hay por ahí una mujer con un carro de la compra que ha preferido dejar que me secuestraran a cambio de mi iPhone Plus. Pero no hace falta que se preocupe por ella. Un móvil parece poca cosa en medio de una crisis nacional.

—Tiene sangre en el pelo —repuso el poli de las gafas de aviador.

—Sí, señor. Uno de ellos me golpeó con una cadena.

No quería contarle que me habían atacado con instrumentos astronómicos porque me daba la impresión de que eso no haría mi historia más creíble, precisamente.

—Deje que le eche un vistazo.

Agaché la cabeza y le señalé el punto del golpe. Él me metió unos cuantos dedos callosos entre el pelo, retiró la mano y se la limpió en la cadera del uniforme.

—Esto necesita puntos.

Tenía la entonación cortante e indiferente de Yul Brynner, aunque lo cierto era que había examinado mi herida con delicadeza y que no le había importado mancharse las manos de sangre. En el Oeste se encuentran hombres así, tipos con manos amables y voces monótonas y duras. Los caballos y los perros son fieles por instinto a estos tipos, mientras que los gallinas y los esquivos los temen por instinto. Son maridos mediocres, buenos agentes del orden y magníficos ladrones de bancos. El policía se volvió a medias y gritó:

—¡Dillet! ¿Puedes darle un par de puntos a la señora?

Había un tipo flacucho con uniforme de policía del estado, un tío que era todo rodillas y nuez, de pie dentro del remolque que iba enganchado al tractor, recolocando los cadáveres con una horquilla. Se detuvo y agitó su sombrero scout de fieltro gris para avisar de que lo había oído.

El jefe de los guardias me miró a la cara y dijo:

—De todos modos, no debería caminar por esta carretera. Estamos en estado de emergencia. A no ser que alguien se vaya a morir, no debería encontrarse a cielo descubierto.

—No se va a morir nadie, ya se ha muerto. Mi novia y su madre fallecieron en la tormenta, así que me dirijo a Denver para contárselo a su padre.

Apartó la vista y sacudió la cabeza, como si su equipo hubiera fallado una gran oportunidad en el último minuto. No me dio el pésame, pero sí que dijo:

—¿Y piensa ir andando desde Boulder hasta Denver? ¿Y si vuelve a llover?

—Supongo que me esconderé debajo de un coche.

—A veces cuesta distinguir la diferencia entre bondad y estupidez. No sé bien a qué lado de esa línea se encuentra usted. En cualquier caso, me llevaré a dos de mis chicos donde dice y, si me encuentro con esa banda de secuestradores, avisaré por radio. El agente Dillett la llevará hasta Denver en el John Deere de su padre. De todos modos tiene que llevar el cargamento de gente muerta a la ciudad. Allí tendrá que declarar ante las autoridades.

—Sí, señor. Y ¿qué van a hacer ustedes si llueve? ¿Qué van a hacer... todos ustedes?

—Ponernos a cubierto y seguir barriendo cuando acabe. Si las carreteras no están despejadas, ¿de qué sirven? Si un Gobierno no puede mantener las carreteras abiertas, ¿de qué sirve? —Eché un triste vistazo al cielo y añadió —: ¿No sería un epitafio lamentable para el mundo? «La democracia se canceló por culpa de la lluvia. La estación humana quedará suspendida hasta nuevo aviso».

Si era consciente de que acababa de recitar poesía, su curtido rostro de Yul Brynner no dio señales de ello.

—Sí, señor. Esperemos que siga brillando el sol.

—E intentaremos no preocuparnos por cómo vamos a cultivar cuando las nubes escupan rocas en vez de agua.

—Sí, señor.

Caminé por encima de la grava suelta de mil agujas relucientes como diamantes y saludé a Dillet, el flacucho del remolque. Me pidió que subiera al parachoques para echarle un vistazo a mi cabeza.

Aunque resulte extraño, fue la mejor parte de aquel horrible fin de semana de pesadilla. Dillet me dejó embelesada; era tan desgarbado y larguirucho como el espantapájaros de *El mago de Oz*, e igual de amistoso. Se puso unos guantes de látex y me cosió la herida del cuero cabelludo con un cuidado y una delicadeza tales que no me dolió nada y ni me di cuenta cuando acabó. Después me preguntó si quería un refresco de naranja y un sándwich de ensalada de pollo. Me los tomé ambos, sentada en el parachoques del remolque con la luz del sol en la cara. El pan calentito era de centeno con semillas, y el refresco estaba en una lata que sudaba gotas de agua fría; por un momento volví a sentirme casi humana.

Un preso (cuya gordura llegaba a la obesidad mórbida) estaba sentado en el remolque con los cadáveres. Se había quitado la bota derecha y tenía el pie envuelto en vendajes. Capté su nombre (Teasdale), aunque no me enteré de mucho más sobre él, no entonces. No hablamos hasta después.

Justo cuando me acabé el último trago dulce y efervescente de refresco, una voz monótona y rodeada de estática brotó del walkie-talkie que llevaba Dillet a la cadera. Era Yul Brynner.

—Dillet, ¿está ahí? ¿Cambio?

—Recibido.

—Tengo aquí a tres hombres con unos vestidos de plata brillante que afirman haber caído en la emboscada de la dama que está con usted y su novio demente, el señor X. Los voy a detener. Si no logramos que salgan adelante los cargos por secuestro, al menos los tenemos por delitos contra la moda. Recoja y lleve el remolque hasta Denver. Le recuerdo que salga a la altura de la avenida Uptown y lleve el cargamento al Ice Centre. Si esta noche sale alguna foto en la CNN de lo que lleva en el remolque, mucha suerte tendrá si acaba de guardia de cruce escolar. La orden viene del gobernador, ¿entiende? Cambio.

—Recibido —contestó Dillett. Me percaté de que ninguno de los dos usaba la palabra *cadáver* en la radio.

Dillet y Teasdale se pasaron unos cuantos minutos colocando una lona naranja arrugada sobre su cosecha de muertos y sujetando los cuerpos con cuerdas elásticas. Después, los tres nos subimos a la cabina del John Deere, con el corpulento preso sentado en el centro. Dillett esposó una de las muñecas de Teasdale a la barra de acero bajo el salpicadero.

El tractor era del tamaño de una cabaña sobre ruedas, así que al subir a la cabina descubrí que estaba a casi tres metros sobre la carretera. No se trataba de un pequeño tractor familiar. Cuando arrancó, el motor hizo tanto ruido que temí que me saltaran los dientes de las encías.

—¿Qué te pasó? —le pregunté a Teasdale.

—Le corté la cabeza a mi casero con una sierra de arco —respondió con voz alegre—. Fue en defensa propia, pero no existe ni un solo jurado imparcial con la gente con problemas de peso.

—No, me refiero a tu pie.

—Ah. Pisé un clavo de veinte centímetros. Me atravesó la suela de la bota y se me metió en el talón. Échele la culpa a mi gran tamaño. Casi siempre que me ha sucedido algo malo, la obesidad ha tenido la culpa.

—¡Ay! ¿Veinte centímetros? ¿Me tomas el pelo?

—No —respondió Dillett por él—. Se lo saqué yo mismo. Era más o menos del tamaño de un diente de morsa.

—No sabía que los clavos pudieran ser tan grandes.

—No sabe lo de Enid —comentó Teasdale.

A Dillet se le ensombreció el rostro y asintió con aire lúgubre.

—¿Qué pasa con Enid? —pregunté—. ¿Enid, en Oklahoma?

—Ya no existe —respondió Dillet—. Cayeron pinchos tan grandes como zanahorias. ¡Mataron a la gente que estaba dentro de su casa! La tormenta duró veinte minutos escasos, y dicen que ha acabado con la mitad de la población de la ciudad. Las tormentas se abren paso hacia el este y empeoran a medida que avanzan. El polvo de chispas (lo que después se convierte en cristal) sigue los vientos del oeste que cruzan el país.

—Y mira que nos lo advirtieron —nos dijo Teasdale, satisfecho.

—¿Cuándo nos advirtieron de que quizá llovieran clavos? —le preguntó Dillet—. ¿Salió en la previsión meteorológica y me lo perdí?

—Es el cambio climático global. Llevan años hablando del tema. Al Gore. Bill Nye. Lo que pasa es que no quisimos escucharlos.

Por la cara de pasmo de Dillet, cabría pensar que Teasdale había soltado una paloma por la boca.

—¿El cambio climático? ¡Y una mierda! ¡Esto no es el cambio climático!

—Bueno, pues a ver cómo lo vamos a llamar si no. Antes llovía agua. Ahora llueven cuchillas de plata y oro. Eso es un cambio de clima sí o sí. —Teasdale se restregó la barbilla con un pulgar—. Lo siguiente son los fantasmas.

—¿Crees que van a llover fantasmas?

—Creo que tendremos fantasmas en vez de niebla. La niebla llevará los rostros de los fallecidos, de todos los que hemos perdido.

—Pues entonces será mejor que reces para que haga buen tiempo —replicó Dillett—. Como venga una niebla de fantasmas, a lo mejor se te aparece tu casero para que le pagues los meses de alquiler atrasados.

—Doy gracias por vivir en un clima seco de montaña —me dijo Teasdale con aire afable—. Me enfrentaré a lo que traiga el viento. Quizá nos sople ráfagas de tristeza pura en vez de aire y nos obligue a todos a resguardarnos de la pena. Quizás el mismo tiempo del reloj suba y baje, en vez de la temperatura. Quizá tengamos un siglo xix en vez de invierno. Por lo que sabemos, puede que estemos ya en el futuro sin saberlo.

—Sigue soñando, Teasdale —contestó Dillett—. No habrá fantasmas ni aguaceros de emociones. Estamos tratando con una guerra química, pura y

dura. Los árabes que estuvieron detrás del 11S están también detrás de esto. Nuestro presidente sabe que fue un error dejarlos entrar aquí, porque esto es lo que pasa. La Agencia de Seguridad Nacional acaba de asegurar que la empresa que inventó la tecnología de la lluvia asesina se financió con dinero árabe. Desarrollaron la ciencia con investigadores americanos y después se llevaron la tecnología a su sede en la antigua Persia. El Congreso está preparando una declaración de guerra para esta noche. Creen que han desatado una tormenta, pero no saben lo que les espera. El presidente ya ha prometido usar armas nucleares. ¡Ellos sí que van a tener un tiempo extraño! Dudo que hayan visto mucho la nieve en Irán, ¡así que una lluvia radiactiva debería refrescarlos un poco!

Para entonces habíamos llegado a una intersección en trébol de entradas y salidas a las afueras de Denver. Dillet nos sacó de la autopista y entró en la US-287. Allí las cosas estaban muy mal. Habían tirado los coches a un lado de la carretera, pero el alquitrán estaba cubierto de vidrios rotos y fragmentos de cristal. De un restaurante Tastee-Freez brotaba una grasienta nube de humo negro, pero nadie apagaba el incendio.

Nos pasamos otros quince minutos camino del Ice Centre del paseo marítimo, una gran pista de hielo cubierta rodeada de varias hectáreas de asfalto. Una docena de coches negros con aspecto oficial estaban aparcados alrededor de los muelles de carga, además de varias ambulancias, un batiburrillo de coches patrulla, un par de vehículos blindados para transporte de presos y una flota de coches fúnebres. Dillet se acercó a una puerta de acero inoxidable como las de los garajes. Giró el tractor y echó marcha atrás con cuidado hasta que el remolque quedó pegado a la puerta enrollable cerrada.

—¿Ahí están metiendo a los muertos? —pregunté, con el estómago algo revuelto. Años atrás, cuando mis padres todavía estaban juntos, me habían llevado allí a ver *Disney sobre hielo*.

—Es para mantenerlos fríos —respondió Dillet.

Después tocó el claxon, y alguien abrió una puerta de tamaño normal en lo alto del muelle de carga.

Se trataba de otro policía estatal, un pelirrojo con pecas que se parecía a Archie, el de la serie *Riverdale*. Dillet bajó la ventanilla y le chilló que abriera la puerta del garaje que daba a la pista de hielo. El chaval que se

parecía a Archie negó con la cabeza y gritó algo sobre una pulidora, pero costaba entender lo que chillaba por encima del rugido del tractor, que sonaba como una trilladora. Empezaron una conversación a voces en la que ninguno de los dos entendía al otro y, al final, Dillett abrió su puerta y salió al estribo.

En cuanto se enderezó, Teasdale sacó el pie izquierdo (¡el vendado!) y le dio una patada en el culo. El policía agitó los brazos y quedó como un estúpido durante unos segundos antes de caer al asfalto.

El preso cerró su puerta y se puso tras el volante. Después arrancó el tractor. Con la mano derecha esposada no llegaba al volante, pero era el lugar perfecto para manejar el cambio de marcha. El tractor empezó a retumbar por el aparcamiento.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le pregunté.

—Intento recuperar mi libertad. No irán a por mí con todo lo que está pasando, y tengo familia en Canadá.

—¿Piensas conducir hasta allí este John Deere cargado con ochenta cadáveres?

—Bueno, paso a paso —respondió muy tranquilo.

Archie saltó al estribo. Había cruzado el aparcamiento a toda velocidad para alcanzarnos antes de que llegáramos a la carretera. Teasdale abrió la puerta de golpe y lo tiró al suelo.

Seguimos adelante, cada vez más deprisa. Íbamos casi a cincuenta kilómetros por hora cuando, al torcer hacia la carretera, se comió parte del bordillo. Las cuerdas elásticas saltaron y varios cadáveres salieron volando por el aire y rodaron por la acera como troncos.

—¿Vas a dejarme bajar o piensas llevarme en tu loca huida al Yukón?

—Puede saltar cuando quieras, aunque me temo que ahora mismo no me conviene frenar.

—Esperaré.

—Supongo que si pasamos por una ferretería no me harías el favor de entrar a por una sierra para quitarme las esposas, ¿no? Después te llevaría a ver a ese tipo al que buscas, aunque tenga que desviarme del camino.

—Teniendo en cuenta para qué usaste una sierra la última vez, prefiero que te busques a otra persona para hacerte la compra.

Él asintió, comprensivo.

—Me parece justo. Reconozco que no tengo un historial demasiado brillante con las herramientas domésticas. Se me olvidó mencionar que también atacué con un martillo a la mujer de mi casero. ¡Pero no la maté! ¡Está bien! Según tengo entendido, recuperó por completo el uso de las piernas hace poco.

Yo no recuperé por completo el uso de las piernas hasta transcurridos quince minutos. Siguió adelante sin parar, tomando las curvas a lo bruto, de modo que los cadáveres salían despedidos con cada volantazo. No me molesté en comentarle que estaba dejando un rastro que podría seguir hasta el más tonto de los tontos. Un hombre que roba un John Deere de diez toneladas no pretende pasar desapercibido.

Por fin llegamos a una intersección bloqueada por un camión articulado doblado por la mitad, así que la única forma de rodearlo era subirse a la acera y cruzar un parque frente a un banco. Para circular por el nuevo terreno era necesario frenar hasta ir casi parados. Teasdale me echó una mirada amistosa.

—¿Qué tal aquí? —preguntó.

—Mejor que Canadá —respondí, y abrí la puerta—. Bueno, cuídate y no asesines a nadie más.

—Lo intentaré —respondió. Después probó a asomarse por el retrovisor para examinar la fila de picos montañosos que teníamos detrás—. No pierdas de vista el cielo. Creo que se está nublando.

Tenía razón. Una cordillera de nubes de aspecto helado flotaba sobre las montañas. No eran yunques cumuliformes, sino más bien una gran masa de vapor que prometía una larga llovizna constante.

Teasdale volvió a meterle velocidad al tractor en cuanto estuve en el estribo. Salté y lo observé alejarse.

En cuanto dejé de verlo, busqué mi móvil para llamar a la policía e informar de sus planes. Tuve que rebuscar dos veces en los bolsillos de mis vaqueros para recordar que ya no tenía teléfono. Tampoco tenía ni idea de dónde encontrar al poli más cercano, aunque sí que sabía cómo llegar a la casa del doctor Rusted, y allí me dirigí.

Mientras recorría el centro, el viento empezó a soplar a mi espalda a través de las profundas zanjas entre los rascacielos. Olía a lluvia.

Al entrar en el centro de Denver, lo que más me impresionó fue el silencio.

No había tráfico ni tiendas abiertas. En Glenarm Place, a través de una ventana abierta en una tercera planta, oí sollozar a una mujer. El sonido alcanzaba varias manzanas a la redonda. Los clavos estaban esparcidos por todas las calles y despedían reflejos plateados y rosados a la luz de la última hora de la tarde.

La tormenta había lacerado el alto cartel vertical que había frente al teatro Paramount, así que sólo ponía R OUT T. Las otras letras se habían soltado y caído en la calle.

Una chica vagaba por allí con un vestido de novia que no era de su talla y una tiara casera de alambre dorado y agujas de cristal. Llevaba guantes de seda hasta los codos y un saco de arpillera de aspecto pesado. De cerca se veía que el vestido estaba andrajoso y que ella llevaba las mejillas manchadas de rímel. Caminó junto a mí durante un rato. Me dijo que era la Reina del Apocalipsis y que si la besaba y le juraba lealtad me pagaría diez mil dólares. Después abrió el saco para demostrar que tenía el dinero. Estaba hasta arriba de fajos de billetes.

Le respondí que tendría que prescindir del beso: la informé de que estaba enamorada y no pensaba engañar a mi pareja. Le sugerí que usara parte del dinero para salir de la calle y meterse en una habitación de hotel. Iba a llover. Ella respondió que no le daba miedo el mal tiempo. Que era capaz de caminar entre las gotas de lluvia. Le contesté que yo no, y al doblar la siguiente esquina nuestros caminos se separaron.

Tampoco es que la ciudad entera fuera un erial tras la llegada del Arrebatamiento, ni quiero que te hagas esa idea. La Guardia Nacional había despejado kilómetro y medio de East Colfax e instalado puestos de primeros auxilios en los escaparates. También contaban con una oficina y centro de información muy activo en el auditorio Fillmore. La marquesina prometía «Agua embotellada Primeros auxilios Refugio Información». Los generadores rugían con estruendo y varios lugares tenían las luces encendidas. La valla de hierro forjado del exterior estaba repleta de fotocopias con rostros sobre los nombres y las palabras: «Desaparecido tras la tormenta. Avise, por favor».

Pero los soldados que vi estaban enrojecidos y asustados, y gritaban a la gente que se pusiera a cubierto. Un Humvee recorría la avenida, arriba y abajo, con unos altavoces encima para informar sobre las predicciones del tiempo del Servicio Nacional de Meteorología. Una mujer dijo que una

borrasca se estaba formando en la región metropolitana de Boulder-Denver y que se esperaban lluvias en menos de una hora. No especificó de qué tipo de lluvia se trataba, ni falta que hacía.

Me dirigí a la East Twenty-third y al City Park, la última parte de mi larga caminata. Era el lugar más tranquilo de los que había visitado hasta entonces y también el más triste. Frené al acercarme al zoo.

En la carretera había aparcado un camión articulado con una jirafa adulta tirada sobre la plataforma abierta de detrás, con las patas asomando por el lateral y el largo cuello torcido, de modo que la cabeza le tocaba el pecho. Un tío con casco controlaba una pequeña grúa cercana que aplastaba con los gruesos neumáticos las astillas de cristal a su paso. Se paró al lado del camión. El sistema hidráulico gimió, y el operario de la grúa bajó una red con un bebé de jirafa dentro. Lo colocó con cuidado entre las patas de su madre. Ambas estaban manchadas de sangre y suciedad, y verlas me rompió el corazón más que nada de lo que vi aquel día.

El aire hedía y a mi izquierda, en un amplio prado verde, dispuestos en parejas, estaban los leones muertos, las morsas muertas y las gacelas muertas. Era como un horrible desfile que conducía a una cruel parodia del arca de Noé, un barco para todo lo que había desa-parecido y jamás regresaría, para todo lo que no se salvaría. Había una pila de pingüinos de casi tres metros de altura. Apestanaban a pescado podrido.

Arrastré los pies durante el último medio kilómetro de pesadilla bajo el cielo plomizo, envuelta en un extraño crepúsculo perlado. Me palpitaban los puntos de la cabeza, y ese dolor me estaba provocando náuseas. Cuanto más me acercaba a la casa del doctor Rusted, menos quería llegar. Después de todo lo que había visto, era imposible imaginar que me encontraría algo bueno. Parecía infantil esperar algo de compasión a aquellas alturas.

El doctor Rusted y su familia vivían en una bonita casa estilo Tudor al este del parque, un lugar con la fachada cubierta de hiedra entre las ventanas divididas con parteluces. C. S. Lewis podría haberse reunido allí con J. R. R. Tolkien para tomarse un whisky escocés y charlar sobre sus poemas germánicos favoritos. Incluso tenía una modesta torre a un lado. Yolanda dormía en la habitación redonda de arriba y, siempre que la visitaba, le chillaba desde fuera: «¡Oye, Rapunzel!, ¿me echas una trenza?».

Frené al acercarme al patio delantero. Las hojas temblaban en los álamos

que había a ambos lados de la casa. No sabría decir por qué la oscuridad y el silencio del lugar me inquietaron tanto. Casi todas las casas de la calle estaban igual.

Al otro lado de la calzada, un hombrecito ordenado y compacto barría los clavos de su camino de hormigón. No obstante, dejó lo que estaba haciendo para mirarme. Lo había visto por allí: un cincuentón con gafas de montura cuadrada, corte de pelo conservador y aire de frío desagrado. Estaba embutido en un chándal de un verde reluciente y violento que recordaba a la radiactividad, al Gigante Verde y a Flubber.

Llamé dos veces a la puerta y, al no responder nadie, giré el pomo y asomé la cabeza.

—¿Doctor Rusted? ¿Está bien, Doc? ¡Soy yo, Honeysuckle Speck!

Pensaba volver a llamarlo, pero entonces vi una sombra que no me gustó cerca del pie de las escaleras y entré.

El doctor Rusted estaba tirado en el suelo a medio camino de la cocina, bocabajo. Llevaba un chaleco gris, una camisa Oxford blanca y pantalones antracita con la raya bien planchada. Ni calcetines negros ni zapatos. Tenía una mejilla contra la madera oscura del suelo, y el rostro parecía desnudo y perplejo sin sus gafas doradas. Las manos estaban envueltas en vendas, y la camisa Oxford desgarrada y salpicada de sangre, aunque no había muerto por esas heridas. Daba la impresión de que lo había matado la caída por las escaleras. Le toqué el cuello y estaba hinchado. Puede que roto.

Había recorrido un largo camino para llevar un mensaje que no quería comunicar, y ahora resultaba que no había nadie para recibirlo. Estaba cansada y mareada, y me dolía el corazón. Tras salir del armario con mis padres, mi padre me escribió una carta en la que decía que tener una hija lesbiana era peor que descubrir que a su hija la habían violado hasta matarla. Mi madre simplemente se negó a reconocer que yo era gay, y ni miró ni habló con ninguna de mis novias. Cuando estaba en la misma habitación que Yolanda, fingía no verla.

Pero al doctor Rusted le gustaba tenerme cerca o, si no era así, se esforzaba en que lo pareciera. Bebíamos cerveza y veíamos el béisbol juntos. Durante la cena criticábamos a los mismos políticos de derechas y nos pinchábamos a ver cuál de los dos lograba insultarlos de un modo más creativo sin llegar a lo obsceno, hasta que Yolanda y la señora Rusted nos

suplicaban que habláramos de otra cosa. ¿Queda raro decir que me gustaba su olor? Me sentía cómoda y satisfecha cuando me llegaba el perfume de su anticuado aftershave y el débil olorcillo a la pipa que se suponía que no fumaba. Olía a civilización; a honradez.

El teléfono estaba muerto, lo que no era de extrañar. Vagué de un cuarto a otro, por el museo de la difunta familia Rusted. Mientras estaba en ello, tuve la certeza de que nadie volvería a vivir allí. Nadie se dejaría caer en el gran sofá de rayas para ver los últimos éxitos británicos de importación, *The Great British Baking Show* y *Los asesinatos de Midsomer*, la clase de programas que más le gustaban a la señora Rusted. Nadie rebuscaría entre las latas de té de la cocina para intentar decidirse entre el London Londonderry y el Crème of Earl Grey. Subí las escaleras de la torre hasta el dormitorio de Yolanda, y ya tenía el nudo de tristeza en la garganta incluso antes de abrir la puerta para mirarlo por última vez.

Su habitación redonda estaba decorada en tonos rosa y amarillo, como una tarta de cumpleaños hueca. La había dejado tan desordenada como siempre: una pila de ropa sucia en una esquina, una sola deportiva en el centro del escritorio, la mitad de los cajones abiertos y un reloj con la correa de cuero rota en medio del suelo. Su bisutería estaba tirada encima de la cómoda en vez de dentro del joyero y había colgado a secar unas medias a los pies de la cama. Recogí una manta y me la llevé a la cara para inhalar el leve olor a Yolanda. Cuando salí del cuarto, me eché la manta sobre los hombros como si fuera una capa. Fuera era agosto, pero dentro parecía finales de otoño.

Bajé las escaleras y me asomé al dormitorio principal. Las gafas doradas del señor Rusted seguían en la mesita, y en la colcha todavía se veía la huella del cuerpo de un hombre grande. Sus zapatos con borlas asomaban un poco por debajo de la cama. Una foto enmarcada en la que salíamos todos (el doctor Rusted, la señora Rusted, Yolanda y yo, en un viaje que hicimos a Estes Park) estaba bocarriba en el centro de la cama. Quizá hubiera pasado una mala noche, preocupado por su mujer y su hija, y se hubiera acabado durmiendo con la foto de la familia acunada contra el pecho.

Podría haber abrazado cualquiera de las miles de fotografías que tenía de Yolanda y la señora Rusted, pero que hubiera elegido una en la que también estaba yo casi me hace aullar de pena. Nunca jamás había deseado tanto gustarle a alguien como deseaba gustarles a los padres de Yolanda.

Entiéndelo: no estaba enamorada sólo de ella, sino de toda su familia. Al principio me desconcertaba lo a menudo que se daban besos y abrazos, que se reían y disfrutaban juntos, y nunca parecían encontrarse defectos. No me habían importado una mierda los crucigramas hasta que descubrí que al doctor Rusted le gustaban, y entonces empecé a hacerlos todos los días en mi iPad. Ayudaba a la señora Rusted a preparar galletas de jengibre porque me gustaba estar a su lado y oírla murmurar para sí con su lírico acento isleño.

Dejé la manta con la foto y salí. Me quedé frente a la bandera del arcoíris que colgaba de un poste en ángulo atornillado a una de las columnas de ladrillo que flanqueaban los escalones de la entrada. Flubber se había retirado hasta la puerta de su garaje, y una hija había aparecido en su lugar. Debía de tener unos catorce años, una chica delgada como un junco hasta el límite de la bulimia, con mejillas hundidas y ojeras. También llevaba chándal, uno negro con ribetes morados y la palabra «JUICY» en el trasero. Me pregunté qué clase de padre permitía a su hija de catorce años llevar un pantalón que dice que su culo es sabroso.

—¿Sabía que hay un hombre muerto ahí dentro? —pregunté.

—Hay gente muerta por todas partes —contestó él.

—A este lo han asesinado.

La chica de catorce años dio un respingo y se tiró de la pulsera plateada que llevaba en la muñeca, nerviosa.

—¿Qué quieres decir? Pues claro que sí. Ayer asesinaron a unas diez mil personas. Todos los que estaban fuera, incluido un cuarto de la población de esta calle.

El hombre hablaba con calma, sin aflicción ni tampoco demasiado interés.

—No lo mató la lluvia. Alguien lo sorprendió y lo empujó por las escaleras, y se rompió el cuello. ¿Ha oído algo?

—Claro que sí. La gente lleva todo el día gritando, llorando y cargando cosas. Jill y John Porter recorrieron la calle esta mañana, cada uno con una de sus gemelas de diez años en brazos, destrozadas. Los Porter se habían pasado toda la noche buscándolas. Recé por que las encontraran, aunque quizá fuera mala idea, teniendo en cuenta el estado en el que se encontraban las niñas. Se habían escondido juntas bajo un carro volcado, pero estaba demasiado oxidado para detener los clavos. Su madre, Jill, sollozó y gritó que sus bebés estaban muertas hasta que John le dio una bofetada y le cerró la boca. Después

de eso decidí que ya había aguantado suficientes horrores por un día y no he prestado atención a los gritos desde entonces. —Le echó un perezoso vistazo al interior de su muñeca y después me miró de nuevo—. Ha sido un juicio, por supuesto. Tengo suerte de que hayan perdonado a mi hija. Todos los de la calle dejaban que tu novia cuidara de sus hijos.

Sentí que un frío pegajoso me bajaba por la espalda.

—¿Me quiere explicar eso un poco mejor?

—Lo que pasó ayer ya ha pasado antes, en Sodoma y Gomorra —me informó—. Permitimos que los de tu calaña se mezclaran con nosotros, como si no supiéramos que habría que pagar por ello. Como si no nos lo hubieran advertido. Ese de ahí afirmaba ser un hombre de Dios —añadió, señalando la casa con la cabeza—. Deberíamos haberlo sabido.

—Papá —dijo la adolescente con voz frágil y asustada. Me había visto la cara.

—Sigue hablando, amigo —repuse—, y no tendrás que volver a preocuparte por la venganza celestial. La tendrás aquí mismo, en la tierra.

Él se volvió, cogió a su hija por el codo y la condujo al garaje, más allá de un Mercedes gris con una pegatina que decía que en algún lugar de Kenia a un pueblo le faltaba un idiota. Estaba subiendo los escalones con su hija, hacia la puerta que daba al interior de la casa, cuando lo llamé otra vez:

—Eh, colega, ¿tienes hora?

Se echó un vistazo a la muñeca desnuda, pero después se contuvo y se metió la mano en el bolsillo. A continuación le dio una palmada en el culo a su hija y la urgió a entrar. Después vaciló y me lanzó una mirada asesina mientras pensaba el insulto definitivo para espantarme. No le salió nada. Tembloroso, dio dos últimos pasos rápidos para entrar en la casa y cerró de un portazo.

Regresé a la casa de los Rusted. El silencio casi se sentía como una presión barométrica, como si el interior de la casa Tudor de ladrillo existiera en una altitud distinta y tuviera un clima única propio. Quizá Teasdale estuviera en lo cierto y, a partir de entonces, las emociones se interpretaran como tiempo meteorológico, como cambios atmosféricos. La luz era gris plata, igual que el humor. La temperatura oscilaba un poco por debajo de la soledad.

Me acurruqué en la cama grande del dormitorio principal, bajo la manta de Yolanda, agarrada a la foto de los cuatro juntos en Estes Park. Habría llorado

de haber podido, pero, como he dicho antes, nunca he sido lo que se dice una llorona. Cuando mi madre lloraba, era manipulación. Cuando mi padre lloraba, era porque estaba borracho y se daba lástima. Nunca había sentido nada más que desprecio por la gente que lloraba, hasta la primera vez que vi llorar a Yolanda y se me encogió el corazón. Puede que, de haber pasado más tiempo juntas, me hubiera enseñado a llorar. Puede que, de haber pasado más tiempo juntas, yo hubiera aprendido a lavar mis partes infectadas con un buen chorro de sanas lágrimas.

Sin embargo, las cosas eran como eran, de manera que me tumbé allí y dormité un rato; y, al despertar, llovía otra vez.

Era un suave tictac contra el tejado, no como gotas de agua, sino más agudo, más fuerte, una especie de crujido. Salí del dormitorio y deambulé hasta la puerta abierta para asomarme afuera. La lluvia que caía era una llovizna de agujas relucientes, del tamaño de los alfileres de un sastre. Rebotaban al dar con las losetas del suelo y hacían un ruidito tintineante muy agradable. Era un sonido tan dulce que saqué la mano, con la palma hacia arriba, como quien prueba una cálida lluvia de verano. ¡Ay! En un segundo tenía la mano convertida en un cactus de carne. Reconozco que, después de eso, ya no me sonó tan bien.

Me arranqué los pinchos uno a uno mientras me comía un burrito de huevo, queso y frijoles. Los Rusted tenían gas natural, así que pude encender la cocina. Era reconfortante llenarse la tripa de comida caliente. Comí en el dormitorio principal, directamente de la sartén de hierro fundido.

Cuando terminé, saqué algunas mantas de embalar del garaje, llevé al doctor Rusted al dormitorio, lo tumbé y lo tapé. Dejé la foto de la familia en sus brazos. Después le di las gracias por compartir a su hija y su hogar conmigo, le di un beso de buenas noches y me acosté.

La lluvia cesó sobre las dos de la mañana, y cuando Flubber, el del otro lado de la calle, se coló en el dormitorio principal, yo ya estaba despierta y esperándolo. No me moví mientras rodeaba el cuerpo del suelo, bajo las mantas, y se acercaba a la cama. Fue a coger una almohada y apoyó la rodilla en el borde del colchón. Estaba nervioso, tembloroso por la tensión, con las piernas flojas, cuando apartó la manta y apretó la almohada contra el rostro de la persona dormida.

Estaba de espaldas a mí en el momento en que aparté las mantas de embalar y me levanté del suelo. Sin embargo, para cuando cogí la sartén de hierro, Flubber ya se había dado cuenta de que la persona bajo la almohada no se defendía, de modo que la apartó y se quedó mirando embobado el rostro inmóvil y tranquilo del doctor Rusted. Tuvo tiempo de dejar escapar un chillido y volverse a medias antes de que lo golpeará.

Yo también estaba como un flan, así que lo golpeé más fuerte de lo que pretendía. La sartén le acertó con un resonante tañido metálico, y él cayó sin fuerzas, las extremidades volando en todas direcciones y la cabeza a un lado. Fue como si hubiera estrellado la sartén contra un tronco. Le rompí las gafas, la nariz y varios dientes. Se derrumbó como si hubiera estado de pie en el patíbulo y el verdugo hubiera abierto la trampa de la horca.

Lo agarré por un pie y lo arrastré hasta el pasillo. Después lo llevé a través de la puerta del extremo, hasta el garaje para dos coches. Había tres escalones para bajar, y su cabeza rebotó en todos ellos. Ni me inmuté. El gran Crown Vic negro del doctor estaba en la plaza más cercana. Abrí el maletero, recogí a Flubber y lo eché dentro. Después cerré el portón.

Tardé unos diez minutos a la luz de una vela en encontrar el taladro sin cable del doctor Rusted. Apreté el gatillo y abrí una docena de orificios para respirar en el maletero. Si al día siguiente no hacía demasiado calor, Flubber estaría bien al menos hasta mediodía.

Es imposible dormir tranquilamente después de darle una paliza con una sartén a un intruso; al amanecer estaba lista para largarme. Salí por el garaje, con la mochila al hombro y cargada de botellas llenas de agua y una comida ligera para el camino. Habría sido pero que muy satisfactorio oír a Flubber dando patadas y gimiendo para que lo sacara antes de irme, pero del maletero no brotó ni un ruidito. Quizás estuviera muerto, no podría jurar lo contrario.

La lluvia de la noche había restregado bien el cielo hasta dejarlo azul y reluciente, y el día titilaba, igual que los nuevos clavos que adornaban la calle.

La hija del vecino estaba al pie del camino de entrada a su casa y me miraba con ojos muy abiertos y asustados. Llevaba el mismo chándal negro con ribetes morados y la misma pulsera que el día anterior. No pensaba hablar con ella (me parecía importante evitar prestarle atención, tanto por su seguridad como por la mía), pero entonces dio un paso nervioso hacia mí y me

gritó:

—¿Has visto a mi padre?

Me detuve en el camino, sobre los crujientes clavos.

—Sí. Aunque él no me vio a mí. Por desgracia para él.

Ella retrocedió un paso y se llevó los dedos de una mano al pecho. Después de recorrer unos cuantos metros más calle abajo, no pude evitarlo: regresé. La chica se puso rígida. Me di cuenta de que lo único que le impedía salir corriendo era el miedo. Una arteria le latía en el esbelto cuello.

Agarré la pulsera que llevaba en la muñeca y se la arranqué: era de plata con medialunas grabadas. Me la puse en el brazo.

—Esto no es tuyo —le dije—. No sé cómo eres capaz de llevarla.

—Mi padre... me dijo... —Contuvo el aliento y después siguió hablando con voz débil y respiración entrecortada—: Me dijo que había pagado a Yolanda mil dólares a lo largo de los años por cu-cuidar de mí, y que sus papadres tenían que de-devolverlo. Que no deberían haber per-permitido que a-alguien como ella..., como tú..., cuidara de niños. —Al decir la última parte de la frase, la cara se le deformó de un modo muy feo—. Decía que nos lo debían.

—A tu padre se le debía algo, en efecto. Y se lo he dado —respondí, y me marché de allí.

Esta vez rodeé el parque. No quería ver un montón de pingüinos muertos, ni tampoco olerlos.

La Seventeenth limita con el borde sur del City Park, y allí habían desplegado a un escuadrón de la Guardia Nacional para encargarse de la limpieza. Un par de tíos usaban un Humvee para sacar los coches accidentados de la calzada. Otros barrían el asfalto para apartar la última y reluciente alfombra de clavos. Pero todos ellos trabajaban con desánimo, sin entusiasmo, como cuando sabes que te han asignado una labor inútil. Era como intentar achicar el Titanic con una taza de té. Denver se había hundido, y ellos lo sabían.

En cualquier caso, aquel grupo era afortunado. Algunos de los otros soldados se encargaban de meter los cadáveres en bolsas y alinearlos en la acera, igual que el Departamento de Parques y Jardines solía dejar las bolsas de basura para que las recogieran los camiones.

Justo cuando la Seventeenth se cruza con Fillmore hay una bonita entrada al parque: una pared de reluciente piedra rosa con forma de acogedora medialuna que se abre a una zona verde tan suave como la superficie de una mesa de billar. Habían colocado un par de elegantes bancos de cable de acero a ambos lados de la entrada. Una pareja de ancianos se había intentado resguardar bajo ellos de la llovizna de la noche anterior, pero no les había servido de nada: los clavos habían atravesado el cable.

Un cuervo los había encontrado y estaba debajo del banco, picoteando la cara de la señora. Un soldado de camuflaje se acercó, se agachó y chilló al pájaro mientras daba palmadas. El cuervo dio un bote, asustado, y salió de debajo del banco con algo en la boca. A varios metros de distancia parecía un tembloroso huevo pasado por agua. Al acercarme vi que se trataba de un globo ocular. El pájaro se alejó por la acera con su gordo premio nacarado dejando unas huellas sangrientas tras de sí. El soldado dio tres enérgicos pasos hasta la acera y vomitó delante de mí, una tos seca seguida de una salpicadura húmeda, una porquería que olía a bilis y huevos.

Frené a tiempo para evitar que me cayera algo. El soldado, un chico negro de altura media y pelusilla en el bigote, vomitó de nuevo, tosió y escupió. Le ofrecí una botella de agua. Él la aceptó, bebió un poco y escupió otra vez. Después siguió bebiendo despacio, a largos tragos.

—Gracias. ¿Has visto por dónde se ha ido ese pájaro?

—¿Por qué?

—Porque creo que voy a dispararle por ser un cerdo en vez de un cuervo. Le entra más por los ojos que por la boca.

—Querrá decir que le entran más ojos por la boca.

—Ja —respondió él, y se estremeció un poco—. Me gustaría disparar a algo, lo que sea. Ni te imaginas las ganas que tengo de meter una bala donde haga algún bien. Ojalá estuviera con los soldados de verdad. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que nuestra infantería esté en Georgia para mañana al alba. La cosa va a ponerse seria.

—¿Georgia? —pregunté—. ¿Creen que el cantante Charlie Daniels tiene algo que ver con esto?

—Es más o menos lo que pensé yo cuando lo oí —contestó con una sonrisa triste—. No esa Georgia. Esta es un charco de mierda entre Irak y Rusia en el que todo es Al-putistán y El-tontistán.

—¿Ha dicho que está al lado de Rusia?

—Creo que Georgia formaba parte del país. Los químicos que han inventado esta mierda (las nubes que sueltan clavos) trabajan para una empresa de allí. Una compañía que antes era americana, aunque parezca mentira. El Estado Mayor quiere atacar con una docena de escuadrones. No se ha visto una operación en tierra tan grande desde el Día D.

—¿Y dice que hay un cincuenta por ciento de probabilidades?

—El presidente ha estado al teléfono con Rusia para ver si les parece bien que suelte un par de armas nucleares tácticas en el Cáucaso. Sus deditos regordetes están deseando pulsar el botón.

Después de todo lo que había visto en las últimas cuarenta y ocho horas, la idea de aplastar a nuestros enemigos con unos cuantos cientos de megatonnes de dolor debería haberme satisfecho..., pero sólo sirvió para inquietarme. Tenía la desazonante impresión de que debía estar en alguna parte, de que tenía que hacer algo; como cuando estás lejos de casa y, de repente, te preocupa haberte dejado encendido un quemador de la cocina. Aun así, por más vueltas que le daba, no lograba identificar lo que debía hacer para apaciguar mi ansiedad.

—Si necesita darle una paliza a una mala persona, no tiene que irse al otro lado del mundo. Le puedo decir dónde hay una aquí mismo, en Denver.

Me miró con cansancio y respondió:

—No te puedo ayudar con los saqueadores. Quizá puedas poner una queja en la policía de Denver.

—¿Y con un asesino? ¿Tiene tiempo para encargarse de eso?

Parte del agotamiento le desapareció del rostro, y su postura también mejoró un poco.

—¿Qué asesino?

—Ayer vine a pie desde Boulder para ver al padre de mi novia, el doctor James Rusted. Me lo encontré muerto en la entrada de su casa. Cayó por las escaleras y se rompió el cuello.

Mi soldado se ablandó un poco y dejó caer los hombros.

—Y sabes que fue un asesinato... ¿por?

—Al doctor Rusted le pilló la lluvia fuera, como a muchos otros, pero fue capaz de entrar antes de sufrir heridas graves. Se vendó, y se tumbó para descansar y recuperarse en su dormitorio. Creo que lo despertó el ruido de

alguien que se movía por el cuarto de su hija, arriba. Estaba tan sorprendido que ni siquiera se molestó en ponerse las gafas, sino que fue directo a ver de quién se trataba. Quizá pensara que su hija había regresado a casa. Pero, cuando llegó, vio a un saqueador. Hubo una pelea. Sólo Dios y el que atacó al doctor saben lo que pasó después, aunque creo que, durante el forcejeo, el doctor Rusted se cayó por las escaleras y sufrió una herida mortal.

El soldado se rascó la parte de atrás de la cabeza.

—No es buena idea llevar a la Guardia Nacional a la escena de un crimen, sino a alguien que conozca el arte de la detección.

—No hay nada que detectar. El hombre que lo mató está encerrado en el maletero del Crown Victoria del doctor. Visitó la casa anoche para matarme a mí también, pero estaba preparada y lo dejé *K.O.* con una sartén. No se ahogará porque he abierto algunos agujeros en el portón del maletero. Pero, por otro lado, puede que pase pero que mucho calor, así que le recomendaría que fuera para allá de inmediato.

Tras decirle aquello, al soldado casi se le salen los ojos de la cara.

—¿Por qué intentó matarte a ti también?

—Sabía que había descubierto que era el culpable del asesinato del doctor Rusted. El tío del maletero se la tenía guardada a toda la familia. Yolanda Rusted, la hija del doctor y mi novia, había sido niñera de la hija de este tipo. Se quedó horrorizado cuando descubrió que Yolanda era gay y le exigió al doctor la devolución de cada céntimo que le había pagado a su hija por su trabajo. El doctor se negó, como es natural. Bueno, pues, después de la lluvia, este vecino se percató de que faltaba un coche del garaje, supuso que la casa estaba vacía y decidió que era un buen momento para robar algo y saldar la deuda. Estoy segura de que creía que estaba justificado saquear el joyero de Yolanda, aunque el doctor no era de la misma opinión. Mientras forcejeaban, el intruso perdió su reloj. Más tarde, cuando le pregunté si había oído alboroto en la casa, lo vi mirarse la muñeca desnuda, como si fuera a consultar la hora.

—¿Supusiste que había matado al padre de tu novia sólo porque se miró la muñeca?

—Bueno, no ayudó que su hija llevara puesta una de las pulseras de Yolanda. La reconocí a la primera. —Alcé mi muñeca para enseñarle la joya de plata—. Esta mañana le he pedido que me la devolviera. Además, si quedaba alguna duda de su culpabilidad, la despejó cuando entró en la casa a

las dos de la mañana para asfixiarme con una almohada.

Me examinó un momento, y después volvió la cabeza y llamó a un par de sus compadres, los que estaban barriendo la calle.

—Chicos, ¿os apetece dejar la limpieza un rato?

—¿Para hacer qué? —preguntó uno.

—Para ir a por un homófobo asesino de mierda y encerrarlo en la trena.

Los dos soldados se miraron. El que estaba apoyado en la escoba dijo:

—Coño, ¿por qué no? Así tendremos algo que hacer mientras esperamos a que se acabe el mundo.

A lo que mi soldado respondió:

—Venga, vamos. Sube con nosotros al Humvee.

—No, señor, no puedo. Me temo que tendrán que volver a la casa del doctor Rusted sin mí.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? Si llevamos a ese tío a la policía de Denver, van a querer que hagas una declaración.

—Y la haré, pero tendrán que ponerse en contacto conmigo en mi casa de la calle Jackdaw. Dejé a la hija del doctor Rusted en Boulder. Tengo que volver con ella.

—Oh —respondió, y apartó la vista—. Sí, vale. Supongo que querrá saber lo de su viejo.

No le conté que la chica con la que quería regresar no esperaba noticias sobre su padre, puesto que estaba tan muerta como él. No me importó que el soldado así lo creyera, siempre que yo pudiera seguir mi camino. Estaba inquieta y nerviosa, y no soportaba la idea de regresar a la casa del doctor Rusted y, quizá, perder otro día en Denver.

Le conté dónde podían encontrar al doctor y a su atacante, y dónde podían localizarme a mí en Boulder para que declarara.

—Si quieren que declares. Si es que esto llega a un juez. —Mi soldado lanzó una mirada de preocupación al cielo—. Si sigue lloviendo, creo que dentro de unos meses los juicios con jurado serán un bonito recuerdo. No tardaremos en volver a la justicia del Salvaje Oeste. A colgar a la gente de los árboles. Ahorra tiempo y molestias.

—¿Ojo por ojo?

—Exacto —me respondió, y lanzó otra mirada asesina al cuervo—.

Espero que estés prestando atención, bestia inmundada.

El cuervo, que se encontraba ya a una manzana de distancia, nos graznó, recogió su premio, abrió las alas y alzó el vuelo con dificultad... aprovechándose de la situación mientras podía.

Ya casi había llegado a la autopista cuando me encontré con el John Deere de Dillett, que había atravesado una valla de esbeltos postes de madera y estaba tirado en una parcela polvorienta justo a lado de un puente que cruzaba el ruidoso caudal del río South Platte. El parabrisas estaba cubierto de una docena de grietas de telaraña por culpa de la lluvia de la noche. La puerta del lado del conductor estaba abierta, y dentro, oscuro.

Me subí al estribo para asomarme al interior. Estaba vacío, salvo por un puñado de billetes de cien dólares manchados de sangre. Las esposas colgaban de la barra de acero bajo el salpicadero del vehículo. Alguien había dejado en el asiento del conductor lo que, en un principio, parecía ser una salchicha sucia y cruda. Me acerqué más, entorné los ojos para intentar averiguar lo que era, y entonces me percaté de que se trataba de un pulgar y retrocedí tan deprisa que estuve a punto de caerme al suelo. Se me revolvió el estómago. Alguien le había cortado el dedo a Teasdale para que pudiera librarse de las esposas y después aquel cómplice misterioso había intentado parar la hemorragia con billetes. Había algunas tiras de seda blanca ensangrentada en el suelo y algo que brillaba en el hueco para los pies del copiloto. Me agaché y lo cogí: una tiara de oro falso.

No sé con certeza si Teasdale conoció a la Reina del Apocalipsis o no. No podría jurar que ella le cercenara parte de la mano para permitirle escapar ni que lo vendara con jirones de su vestido de novia y usara los billetes de su bolsa de viaje a modo de gasas. Tampoco sabría decir si los dos huyeron juntos a Canadá. Aunque quizá lo hicieran.

Quizás ella le enseñara a caminar entre las gotas de lluvia.

Dejé atrás el John Deere y seguí caminando. No era una ladrona de tractores y, de todos modos, me faltaba la confianza suficiente para intentar conducir un vehículo del tamaño de un Tyrannosaurus rex. Aunque sí que echaba de menos contar con un medio de transporte. Fueron siete horas de resoplidos por la hierba seca y caliente que iba en paralelo a la autovía

Denver-Boulder. Caminé hasta que me dolieron los pies y me caía de agotamiento, y después caminé todavía más.

Los policías estatales y los presos del Supermax no estaban en ninguno de los ocho carriles de la autopista. Puede que después de la huida del día anterior se decidiera que era demasiado arriesgado usar a los criminales para limpiar las carreteras. O (y esto me pareció más probable) quizá decidieran que no tenía sentido. Después de la lluvia de la noche, la calzada volvía a ser un canal lleno de pinchos cobrizos de afiladísimo cristal. Tanto barrer no había servido para nada.

No estaba sola en la carretera. Vi a mucha gente rebuscando entre los coches abandonados en busca de botín. Sin embargo, esta vez no me molestó nadie. Fue un paseo tranquilo, sin coches en circulación ni aviones en el cielo, sin nadie con quien hablar, apenas sonido alguno salvo el zumbido de las moscas. A día de hoy puede que haya más moscas dándose un festín entre los vehículos de esos treinta kilómetros de autopista que personas en todo Colorado.

Mientras bajaba por la rampa de la salida de Boulder, oí un estruendo que me paró el corazón. A veces, la gente compara los truenos con cañonazos. Pues esto no fue como oír un cañonazo, sino más bien lo que oirías si te disparan a ti de un cañón. El cielo era una interminable bruma azul lechoso. Al principio daba la impresión de no tener ni una nube. Entonces entreví lo que parecía el fantasma de una nube, un enorme montículo azul tan grande que habría conseguido que un portaaviones pareciera un kayak. Salvo que apenas estaba allí. Era como el borrador perezoso de una nube dibujado con desgana sobre los picos. El calor de la tarde aumentaba, eso sí, y pensé que volverían los clavos al final del día y con más fuerza que nunca. No fue tan sólo aquel único trueno ensordecedor lo que me hizo pensar que se aproximaba otra tormenta, sino una cualidad extraña de la tarde, como si faltara aire, la sensación de que, por muy hondo que intentara respirar, mi corazón y mis pulmones no obtenían una recarga completa de oxígeno.

Los empleados de Staples y McDonald's se habían ido, y el campo de fútbol estaba abandonado. Había unos cuantos vehículos de construcción desperdigados por allí, y el campo en sí estaba cubierto por una capa de tierra amarilla seca para ocultar a los muertos recientes. Se veían postes blancos con números en filas, las únicas lápidas que tenían. Seguro que había los

suficientes cadáveres en Boulder como para plantar aquel espacio tres veces más, pero parecían haber abandonado el proyecto. Toda la ciudad estaba en silencio y no había casi nadie por las aceras. Daba la terrible sensación de que el lugar se preparaba para el siguiente golpe, el peor.

Aquel aire de silencio atenazado siguió manzana tras manzana, aunque en la calle Jackdaw no había tranquilidad alguna. Andropov tenía la radio y el televisor a todo volumen, igual que antes de irme. Se oía desde la otra punta de la calle. Eso ya era bastante interesante de por sí. No había electricidad en toda la zona, pero él tenía su propia fuente de energía: un generador o muchísimas pilas.

No era lo único que se oía en la calle: alegres canciones estremecían la casa de Elder Bent. Cantaban lo que al principio parecía ser un himno religioso, pero, tras escuchar con más atención, resultó ser el «Glory of Love» de Peter Cetera. Qué extraño oír voces exultantes de júbilo después de pasarme un largo día de calor caminando con la idiota vibración de las moscas como único acompañamiento.

Al acercarme a la casa vi a Templeton observando desde la puerta abierta de su garaje. Se había acercado hasta el borde de las sombras, pero, como siempre, se había quedado allí porque sabía que la luz del sol lo enfermaría. Llevaba la capa sobre los hombros y, al verme llegar, extendió los brazos a ambos lados y me enseñó los colmillos. Yo hice el signo de la cruz con los dedos y él, obediente, retrocedió hacia la penumbra.

Me quedé en la calle mirando hacia la casa de Ursula, pensando en lo agradable que sería entrar allí, sentarme en el sofá y descansar los pies. Quizás ella me preparara un té helado. Más tarde, cuando refrescara, podría tumbarme con Yolanda, quitarme la pulsera de la muñeca y ponérsela a ella.

Entonces recordé las ventanas tapadas con tablas del piso de Andropov, que temblaban por culpa del ruido. Pensé en el ruso gordo y hosco que había llamado a la puerta de al lado para decirle a Elder Bent que la querida *Onysuck* iba a meterlos en líos con el FBI. Medité sobre la forma en que aquel antiguo químico había llegado a casa a toda pastilla la noche anterior a la primera tormenta, en que había agarrado a Martina del brazo para meterla a la fuerza en la casa mientras ella protestaba. También estaba lo que había visto en su baño al asomarme por la ventana del lateral de la casa: tubos de plástico, matraces de cristal, una jarra de una solución química transparente.

Me pregunté de qué parte de Rusia era; si habría emigrado desde algún lugar cercano a Georgia.

Entonces sonó otro trueno ensordecedor, tanto como para que temblara el aire. Si lo analizaba con tranquilidad, seguramente sería capaz de diseñar un astuto plan para sacarlo de su piso de la primera planta y colarme dentro cuando él no estuviera para echarle otro vistazo a su baño. Por otro lado, si esperaba otra noche y él se percataba de mi regreso, quizá fuera a por mí.

Decidí que los subterfugios estaban sobrevalorados y que era mejor seguir la (supuesta) orden del almirante lord Nelson: «¡Atacadlos de frente!». Hiné una rodilla en el suelo, saqué las botellas de agua de la mochila y las alineé en el bordillo. Después empecé a recoger puñados de clavos de cristal. Los apilé hasta llenar dos tercios de la bolsa, que ya era tan pesada como un saco de canicas. Cerré la cremallera, la levanté una vez para sopesarla y subí los escalones del porche de Andropov.

Le di una patada a la puerta, dos patadas, tres, lo bastante fuertes como para que se agitara en el marco.

—¡Inmigración, Iván, abre! —rugí—. ¡Donald Trump dice que vamos a arrastrar tu culo de vuelta a Siberia! ¡O nos dejas entrar o echamos la puerta abajo!

Me hice a un lado y me pegué a la pared.

La puerta se abrió de golpe, y Andropov asomó su cara gorda y fofa.

—Mi polla te va a inmigrar en el culo, lesbiana hija de... —empezó a decir, pero ahí se quedó.

Le pegué con el saco en lo alto de la cabeza con ambas manos, y cayó de rodillas, que era donde yo lo quería. Le metí un rodillazo en el centro de la cara y me recompensó con el crujido de una nariz rota. Gruñó y acabó a cuatro patas. Tenía una llave inglesa oxidada y enorme en la mano, y no pensaba darle la oportunidad de usarla. Le aplasté los nudillos con el talón de mis botas vaqueras y oí que esos huesos también se rompían. Gritó y soltó la llave.

La recogí y pasé por encima de él de camino al vestíbulo. Estaba a oscuras y vacío, y olía a rancio, a una mezcla de moho y sudor. El papel verde con flores de las paredes se estaba pelando y dejaba ver el yeso con manchas de humedad de debajo.

Torcí a la izquierda y llegué a una sala de estar sórdida. El sofá y las mesitas eran de las que la gente suele dejar en la calle al lado de un cartel que

diga: «Gratis». Había una cachimba fabricada con una botella de Coca-Cola Zero de dos litros en la que se veía un palmo de porquería marrón con toda la pinta de diarrea.

Tenía el iPod enchufado a una batería externa Mophie Powerstation, al lado de un enorme altavoz con Bluetooth. Una nerviosa base de sintetizadores en bucle sobre un constante bum-bum-bum. Arranqué el cable de su equipo de sonido, y eso acabó con la música electrónica de San Petersburgo. Pese a ello, todavía se oían ruidos estruendosos. En algún lugar de la parte de atrás, Hugh Grant gritaba por encima de una banda sonora de violines *in crescendo*. Y, por debajo, oí una serie de gritos de rabia ahogados.

Me metí en el corto pasillo en penumbra entre el salón y el dormitorio. Un enorme vibrador rosa chicle con forma de falo de caballo rodó bajo mi pie. Di un salto y me apoyé en una puerta a mi derecha, y la puerta se abrió para dejar al descubierto el mugriento baño que había vislumbrado anteriormente.

Se había montado un laboratorio. Yo no era experta en química, pero sin duda parecía tener el lavabo lleno de cristales, de fragmentos vidriosos de color blanco amarillento. Vi varias jarras marrones grandes etiquetadas como líquido de frenos (¿líquido de frenos?) en la bañera. Unos tubos de goma conectaban unos frascos de líquido ambarino. Todo el cuarto apestaba al fuerte aroma del esmalte de uñas.

Los gritos ahogados se oían más cerca. Retrocedí y entré en el dormitorio.

Martina estaba en la gran cama de metal, esposada y con las manos detrás de la espalda. Le habían puesto un brazalete de cuero negro en el tobillo derecho. En el brazalete habían enganchado el extremo de un alargador. El otro extremo estaba muy bien anudado a uno de los relucientes postes de latón de la cama.

Las sábanas se habían enredado debajo de su cuerpo huesudo y ligero. La chica se asomó por debajo de los retorcidos rizos estilo Debbie Harry de su pelo dorado, como un zorro de ojos relucientes que se atreve a sacar la cabeza de su escondite bajo las zarzas. Andropov le había tapado la boca con un trozo de cinta de embalar. En una cómoda cercana había un portátil abierto en el que había puesto *Notting Hill* a todo volumen.

Martina me lanzó una mirada asesina y se puso a dar patadas en la pared con el pie libre, igual que había hecho el día anterior... Era su único modo de pedir ayuda. Trató de arrodillarse, retorciéndose de un lado a otro mientras

alzaba los afilados bordes de sus caderas. Casi parecía porno: una *stripper* de veintidós años y piel de alabastro vestida con lencería barata y una camiseta ajustada de los Ramones que estaba tan gastada que apenas habría servido de trapo de limpiar. Lo que me frenó no fue mi sorpresa al verla prisionera en el dormitorio de Andropov, sino la pipa de cristal sobre la mesita, en la que había más fragmentos de cristal amarillo, un cristal que cada vez recordaba menos a la lluvia letal y más a ya-sabes-qué.

Estaba absorbiéndolo todo, esperando a que mi cerebro le siguiera el ritmo a mis ojos, cuando el ruso loco entró en el cuarto. Pasó dando tumbos junto a mí (estaba oscuro, y el suelo, cubierto de ropa sucia maloliente), se volvió y se colocó entre ella y yo. La parte inferior de su rostro estaba pegajosa de sangre y la mano izquierda rota le temblaba contra el pecho. Las lágrimas le caían por las rasposas mejillas.

—¡Aléjate de ella, lesbiana! ¡No va contigo!

La forma en que me llamaba lesbiana, como si fuera la palabra más sucia que conocía, me hizo perder los nervios. Le di una bofetada con la mano abierta. No tenía palabras, sólo el impulso incontrolable de machacarle esa cara suya, gorda, trágica e imbécil.

Lo rodeé y le quité a Martina la cinta de la boca. Si escribiera todas las palabrotas que le salieron del cuerpo, esta página entraría en combustión espontánea entre tus manos.

Cuando por fin empezó a decir algo con sentido, lo que soltó fue:

—¡Intenté irme y este loco hijo de puta me encerró aquí! ¡Ya llevo dos días! ¡Puto demente!

Y se estiró hacia él todo lo que pudo para escupirle en la cabeza.

—¡Dos días poniéndome *Notting Hill* una y otra vez, y sólo me soltaba para mear! ¡Se ha pasado fumando sus drogas de mierda!

Andropov se volvió para mirarla mientras se sujetaba la cabeza entre las manos y sollozaba miserablemente.

—¡Me dijiste que huías con esta lesbiana! ¡Me dijiste que me detenían y vivías con chicas para comerte coños, que me dejas por mujeres cuando se acaba el mundo!

—¡Lo dije y lo dije en serio! ¡Vas a ir a la cárcel un millón de años!

Él me miró con ojos suplicantes de lunático.

—Todos los días, todo el tiempo, se pasea casi desnuda para vosotras las lesbianas. ¡Siempre me llama para decir que se va a acostar con las dos! Dice que sólo se corre con mujeres, y se ríe de mí...

—Sí, me río de ti, me río de tu pene, siempre blando...

Y entonces empezaron a gritarse en ruso, y ella volvió a escupirle, y a mí me iba a reventar la cabeza por su comportamiento. Andropov echó un brazo atrás como si pensara darle un revés, y yo le golpeé en el estómago con la llave inglesa, no muy fuerte, lo justo para dejarlo sin aire y que se doblara. Se balanceó, cayó de rodillas y se acurrucó de lado entre sollozos. Jamás había visto algo tan lamentable.

Rodeé a Andropov y paré *Notting Hill*. Después vi una llave de cromo junto al portátil y se me ocurrió probarla con las esposas. Me senté en el borde de la cama con Martina, y las sujeciones se soltaron con un chasquido. Ella se frotó las magulladas muñecas.

—Asqueroso picha floja —le dijo, aunque en voz más baja, mientras temblaba.

Recogí la pipa con los cristalitos dentro.

—¿Qué es esto?

—La droga que me obliga a tomar para callarme —respondió ella—. Intenté dejarlo antes y me pegó, me asfixió. Usa lo que vende, es como un asesino loco. Me pega porque ¡ya no puede follarme! —añadió, dirigiéndose a él.

—¿Qué clase de droga?

—Cristal.

Se mordió el labio inferior y empezó a forcejear con el grillete del tobillo.

—Vale —respondí—. Dime otra cosa. No será de la zona de Georgia, ¿no?

—¿Qué? No, de Moscú —contestó con el ceño fruncido.

—Y supongo que no sabe cómo fabricar los cristales que caen del cielo, ¿no?

—¿A qué te refieres? No. No. —Dejó escapar una carcajada dura, fea—. Es un farmacéutico acabado, no un genio.

—Te quiero —le dijo él desde donde estaba, acurrucado en el suelo—. Si te vas, me mato.

Para entonces, ella se había soltado el tobillo. Bajó de la cama de un salto y empezó a patearlo.

—¡Bien! ¡Eso espero! ¡Yo compro las balas!

No intentó escapar de donde estaba, y ella no dejó de darle patadas en el culo.

Ya había oído todo lo que era capaz de soportar, así que tiré la llave inglesa en la cama y los dejé disfrutando de su mutua compañía.

Me quedé en el porche, apoyada en la barandilla, inhalando el aire limpio y claro que olía a montañas y a verano. Unos cuantos miembros de la secta habían oído el escándalo y habían salido a su porche, Elder Bent entre ellos, con sus hijastras a ambos lados. Eran unas bonitas veinteañeras de pelo castaño, y ambas llevaban tapacubos ceremoniales a juego en la cabeza. Sólo lo mejor para las niñas bonitas de Elder Bent: tapacubos dorados del Lancer del 59, con todo el aspecto de ovnis sacados de una película en blanco y negro.

Martina salió con unos vaqueros tan estrechos que me sorprendía que hubiera logrado metérselos sin lubricante. Se puso a mi lado y se apartó el pelo alborotado de la cara.

—¿Me haces un favor? —preguntó.

—Creo que acabo de hacértelo.

—No llames a polis por ahora —respondió, y me miró con cara de agobio—. Tengo mis problemas legales.

—Sí, vale —contesté, aunque me di cuenta de que era incapaz de mirarla, y el asco se me notaba en la voz.

Lo sentía por ella y me alegraba que estuviera a salvo, pero eso no significaba que me cayera bien. Se lo había pasado bien burlándose de Andropov, diciéndole que pensaba meterse en la cama con las bolleras de arriba, usándonos como un martillo con el que aporrear su masculinidad. Era lo que estaba haciendo el día que cayó la lluvia asesina. Por eso Andropov había llegado con tanta prisa a casa: no para adelantarse a la tormenta, sino para adelantarse a su novia. A su modo, no era mejor que Flubber, que odiaba a Yolanda por ser marica. Para Martina, no éramos personas. Nos veía como un manchurrón en el entorno local, algo que restregarle por la cara a su novio ignorante cuando necesitaba un subidón rápido.

Quizá se percató del desdén de mi tono. Se ablandó y dio un paso hacia mí con sus delicados pies.

—Lo siento por Yo-lin-da. Era muy especial. La vi morir por la ventana. —En su mirada azul aciano vi un destello de culpa y vergüenza, y añadió—: Siento las cosas que dije a Rudy. Que las dos me hicisteis lesbiana. Soy una mierda, ¿sabes? —Se encogió de hombros, y después sonrió y parpadeó para sacudirse las lágrimas de las largas pestañas—. Eres una zorra de cuidado, ¿eh? Hoy has salvado mi miserable vida. Eres como si la señorita Marple tuviera bebé con Rambo Balboa.

Se dio media vuelta, se metió las manos en los bolsillos de un ajustado abrigo de cuero que había encontrado en alguna parte y bajó los escalones, aplastando los clavos de cristal con los tacones.

—¿Adónde vas?

El aire pesaba, era tan denso que para respirar profundamente era necesario un extra de fuerza de voluntad. En los diez minutos que había pasado dentro, la impresión fantasmal de un yunque cumuliforme lejano se había oscurecido y rellenado hasta transformarse en una masa acechante, tan bonita como un tumor facial.

Martina se volvió y respondió encogiéndose de hombros.

—Puede que a universidad. Tengo amigos allí. —Se rio con amargura—. No. Es mentira. Tengo gente que me compra drogas allí.

—Entonces te recibirán con cariño. Ve. Pero no te desvíes. El tiempo está a punto de ponerse feo.

Ella alzó la vista por encima de sus cuidadas cejas, asintió y se fue. Me senté en el escalón superior y la observé alejarse, primero andando... y después prácticamente corriendo.

Acababa de doblar la esquina cuando la puerta se abrió de golpe detrás de mí y Andropov salió dando tumbos por ella. Se le habían secado la sangre y los mocos sobre el labio superior y tenía los ojos inyectados en sangre, como si llevara despierto veinticuatro horas con la única compañía de una botella de vodka.

—¡Martina! —gritó—. ¡Martina, vuelve! ¡Vuelve, lo siento!

—Olvidalo, hermano. Ese barco ya ha zarpado.

Él se acercó al borde del porche y se dejó caer para sentarse a mi lado mientras se agarraba la cabeza y lloraba de impotencia.

—¡Ahora no tengo a nadie! ¡Me han dado bien por culo! Todos mueren, y no tengo amigo ni mujer. —Abrió tanto la boca que le vi las muelas del fondo y sollozó con una voz atronadora—. ¡No tengo donde ir para no estar solo!

—Con nosotros tienes sitio —repuso Elder Bent en voz baja—. Tenemos trabajo para ti y secretos que contarte. Tu voz debe unirse a las nuestras, Rudolf Andropov. Para cantar mientras cae el telón del mundo.

Mientras estaba sumida en mis pensamientos y Andropov en su tristeza, Bent se había acercado al pie de los escalones del porche. Se quedó allí con las manos entrelazadas a la altura de la cintura y una sonrisa plácida. A la extraña luz vespertina de la tormenta que se avecinaba, los planetas de su cuero cabelludo parecían emitir un brillo enfermizo.

Sus hijas y una pequeña delegación de adoradores estaban detrás de él, con sus túnicas. Las chicas empezaron a tararear con los labios cerrados una melodía que reconocí aunque no lograba ubicar, algo empalagoso y casi triste.

Andropov me miró con los ojos muy abiertos y expresión de asombro.

Me habría gustado tener todavía la llave inglesa. Me levanté y retrocedí unos pasos para poner la barandilla entre los locos y yo.

—Toda esa práctica de cantar en coro os va a ir muy bien cuando estéis engrillados —les dije—. Si todavía no has sabido de la policía estatal, tienes suerte. Ya han detenido a los tres que me atacaron en la interestatal, y después vendrán a por ti.

—La policía vino y se fue —respondió Elder Bent, y sonrió a modo de disculpa—. Randy, Pat y Sean actuaron sin mi conocimiento. Ellos fueron los que vieron primero la nota que Andropov metió bajo la puerta y decidieron asaltarte sin consultar su plan conmigo. Creo que pensaban que me estaban protegiendo... ¡Como si tuviera alguna razón para temer a la ley! Sí, sabía que se aproximaban las tormentas, pero profecía no equivale a culpa. Cuando vi la nota y mis hijas me contaron lo que pretendían hacer Sean y sus amigos, me puse de inmediato en contacto con las autoridades para avisar sobre lo que sucedía. Siento de corazón que la policía no pudiera evitar que te atacaran, pero, por supuesto, los agentes del orden tienen las manos llenas estos días. No te hicieron daño, ¿no?

Andropov y yo hablamos casi a la vez:

—¿Qué nota? —preguntó el ruso.

—Espera —dije—, ¿que Andropov dejó una nota? Sean me dijo que

habían recibido un mensaje suyo, pero creía que se refería al buzón de voz o algo. ¿Cómo sabes que la nota era de Andropov? ¿La firmó?

Una de las comisuras de los labios de Elder Bent se alzó para esbozar una sonrisa irónica.

—Escribe tu nombre de forma fonética, de un modo bastante interesante. ¡*Onysuck!* No tiene pérdida.

—¿Que yo dejé una nota? —preguntó Andropov, que parecía desconcertado de verdad—. ¡Estaría muy colgado! No recuerdo esa nota.

—Bien —respondió Elder Bent—. Déjalo ir todo. La nota. Martina. Tu tristeza. La vida que has llevado hasta este momento. Otra nueva vida empieza ahora, hoy, si la quieres. Estás buscando una comunidad, un lugar en el que no estar solo. ¡Y nosotros te estábamos buscando a ti, Rudy! Si estás listo para realizar un trabajo que tenga un propósito y para encontrarte entre gente que te querrá y que sólo te pedirá que la quieras, estamos aquí para ti. Estamos listos para decirte hola.

Y, siguiendo su guion, las chicas que estaban detrás de él empezaron a cantar el «Hello» de Lionel Richie, como si le preguntaran a Andropov si eran ellas lo que estaba buscando. De no haber estado tan perpleja, habría sentido náuseas.

Pero el ruso los miraba como si aquello lo inspirase mientras las lágrimas se le secaban sobre las mejillas. Elder Bent le ofreció una mano, y Andropov la aceptó. El desgarrado monje calvo de la locura ayudó al otro a levantarse y lo condujo escalones abajo. Uno de los miembros de la secta se acercó, le colgó un astrolabio al cuello y lo besó en la mejilla. Andropov miraba el instrumento, maravillado, lo tocaba con fascinación.

—Un mapa de las estrellas —explicó Elder—. Llévalo contigo. Pronto estaremos allí. No queremos que te pierdas.

Cruzaron el patio, se reunieron alrededor de Andropov y cantaron con sus dulces voces inconscientes e inofensivas. A medida que entraban uno a uno en la casa de al lado, su música se apagaba y otro sonido ocupaba su lugar: unos chasquidos fuertes, metálicos, como alguien que amartillaba una pistola. Salvo que no era una pistola. Se repetía una y otra vez. Era una máquina de escribir mecánica.

Me volví y miré hacia la puerta abierta del garaje de Ursula. Desde donde estaba, sólo veía la oscuridad del interior.

Crucé la calle, destrozada por el calor, la caminata y la lucha contra el mal. Pero no era eso. Lo que de verdad me había destrozado del todo era pensar en todas las horas pasadas en aquel garaje, horas en las que lo veía todo y no observaba nada.

Templeton estaba de pie junto al banco de trabajo de su padre, con los pies plantados en un gran tubo de plástico blanco con sal de roca para llegar a las teclas de la antigua máquina.

—Hola, Templeton.

—Hola, Honeysuckle —respondió sin levantar la vista.

—¿Dónde está tu madre, chaval?

—Dentro. Tumbada. O puede que al ordenador. Se pasa mucho tiempo ahí, mirando el pronóstico del tiempo.

Me puse detrás de él y le alboroté el pelo.

—Oye, Temp, ¿recuerdas cuando me contaste que sales a volar todas las noches entre las nubes en busca de tu padre? ¿Es algo que haces en sueños?

—No. Voy con mamá. En el avión de fumigar. Finjo que soy un murciélago.

—Ajá.

Volví la vista hacia el diploma de doctorado enmarcado en la pared, sobre el banco de trabajo. Nunca me había preguntado de qué doctorado se trataría, pero no me sorprendió ver que el campo de estudio del padre de Templeton era la ingeniería química. Me pregunté si la empresa que lo despidió todavía tendría oficinas en alguna parte de los Estados Unidos o si se había trasladado por completo a Georgia. Yolanda me había contado que la empresa del señor Blake se había mudado al sur... Un error natural. Cuando oyes que alguien se muda a Georgia, no piensas en Rusia, sino en el estado americano.

—¿Puedo ver una cosa, Templeton? —le pregunté—. Baja un momento, ¿vale?

Él, obediente, bajó de un salto del tubo de plástico blanco. Levanté la tapa y examiné el reluciente polvo plateado. A primera vista cabría pensar que se trataba de sal, pero cuando metí un dedo dentro me pinchó como si fuera cristal roto. Me limpié la mano en la cadera y me levanté.

Templeton había retrocedido unos pasos para ceder su lugar en la máquina de escribir. Tiré de la palanca plateada de carro libre para empezar una nueva línea y me puse a escribir. Los pequeños martillos de acero cayeron, pum,

pum, pum... Todos excepto la hache y la e, que no funcionaban. Escribí «oneysuck» y lo dejé. Pensé en la carta del periódico. En esos «de» sin la e, en la palabra «habrá» escrita sin hache.

—¿Qué escribes, Hemingway? —preguntó alguien detrás de mí, una voz masculina.

Me volví con el corazón latiendo tan fuerte como las teclas de la máquina de Templeton.

Marc Ado había llegado en silencio hasta la entrada del garaje y estaba allí de pie, mirándome, el alto, delgaducho y musculoso hijo de puta con su sombrero de paja y su camisa vaquera azul abotonada tan sólo al cuello para que se le viera la elaborada equis del pecho.

—¡Marc! —grité—. ¿Por qué estás aquí?

Que no me importaba nada, claro. Jamás me había alegrado tanto de ver una cara amiga.

Él entró en el garaje en penumbra. En el exterior cada vez parecía más de noche.

—¿Por qué crees? Te estaba buscando.

—¿Aquí? ¿Cómo lo has sabido?

—Me lo dijiste tú, Sherlock. ¿Recuerdas? Me dijiste que si no estabas en la casa blanca grande del otro lado de la calle, tenía que buscarte en el bungaló color mantequilla. ¿Tienes algo para beber? He caminado medio día para devolverte esto, y durante el proceso me ha entrado bastante sed.

Se sacó del bolsillo de atrás un rectángulo de suave cristal negro.

—¡Mi móvil! ¿Cómo lo has conseguido?

Él se echó el sombrero hacia atrás con el pulgar.

—Bueno, alcancé a la señora que te lo había quitado y se lo pedí amablemente. El truco es usar la palabra mágica, que es «por favor». Y funciona mucho mejor cuando los tienes bocabajo y sujetos por los tobillos mientras la dices.

—Dámelo, por favor.

—Toma.

Me lo lanzó alto pero flojo, me rebotó en el pecho y me cayó justo entre las manos, y por un instante lo atrapé, pero se me escurrió entre mis dedos de mantequilla y golpeó el suelo con un crujido. Como toque final, le di una

patada sin querer y acabó bajo el banco de trabajo.

—¡Ay, leñe! —grité—. Dame tu móvil.

—Murió hace seis horas. ¿Qué prisa tienes?

Me agaché a cuatro patas y gateé bajo la oscuridad del banco, un espacio que hedía a ratones, polvo y óxido.

—Tengo que hablar con alguien. Con el FBI, quizá. ¿Ves esa máquina de escribir? No tiene e. ¡Ni tampoco hache!

—¿Y quieres que el FBI lo investigue? No creo que los crímenes contra el alfabeto entren en su jurisdicción.

Metí la cara en una telaraña y me la quité de la nariz. Apoyé la palma de la mano en el filo de un destornillador roñoso y siseé entre dientes.

—No veo nada.

—Puedo ayudarte a buscar —dijo Templeton, que se había puesto a cuatro patas y gateaba bajo el banco conmigo.

—Toma —me ofreció Ursula—, tengo una linterna. Puede que te sirva.

—Gracias, Ursula —respondí automáticamente, porque durante medio segundo olvidé a quién quería denunciar.

Entonces noté un dolor frío en las entrañas y me quedé inmóvil. Nos había oído hablar y se había colado en el garaje mientras yo rebuscaba bajo la mesa. Di la vuelta completa y me asomé para mirarlos a Marc y a ella.

—Gracias, señora —respondió Marc Ado mientras aceptaba la linterna y señalaba con ella bajo el banco para encenderla. Abrí la boca para gritar, pero no tenía aire. No se me llenaban los pulmones. Marc no había visto lo que llevaba en la otra mano. Se agachó para mirar bajo la mesa conmigo—. Pero, mira, chica, si vas a llamar a alguien, tampoco vas a poder con ese teléfono. También está descargado. Es como una ley de la naturaleza. Cuanto más necesitas algo, más probable es que caiga muerto.

—Muy cierto —repuso Ursula, y le clavó el machete en la espalda.

Sonó como cuando alguien sacude una alfombra con una escoba. Las piernas le temblaron, se le doblaron las rodillas. Ella tiró del arma con las dos manos y toda su fuerza para soltar la hoja. Marc dejó caer la linterna, que rodó un poco a la derecha y señaló con su haz la puerta del garaje, de modo que Templeton y yo nos quedamos a oscuras. Cuando el machete salió de entre sus omóplatos, Marc cayó de espaldas con un débil grito.

Correteé hasta meterme del todo bajo la mesa.

—Templeton —dijo Ursula, inclinándose hacia delante con un rostro sereno y tranquilo, como si no hubiera cortado prácticamente por la mitad a alguien—. Sal ya, Templeton. Ven con mamá.

Le ofreció la mano izquierda mientras sujetaba el machete ensangrentado con la derecha.

El niño no se movió, estaba paralizado por la conmoción. Le rodeé el cuello con un brazo y le puse la punta del destornillador oxidado bajo el ojo.

—Retrocede, Ursula.

Hasta aquel instante, su voz y su expresión habían sido muy plácidas. Sin embargo, en ese momento se le oscureció la cara hasta adoptar un tono rojo intenso y un tendón le sobresalió del cuello.

—¡¡No lo toques!! —gritó—. ¡¡Es un niño!!

—Las calles están llenos de ellos. Todos atravesados de clavos. Un niño muerto más no le va a importar a nadie. Salvo a ti.

Templeton se estremeció en mis brazos. Me dolía la cabeza y también a mí me temblaban las piernas, agachada bajo la mesa. Mi voz sonaba tan desagradable que casi me creí.

—No lo harás —dijo ella.

—¿Ah, no? No dudo que lo quieras más que a nada en el mundo. Entiendo lo que se siente. Era justo lo que yo sentía por Yolanda.

Ursula dio un paso atrás. Su aliento retumbó en la caverna de hormigón y aluminio del garaje. Un trueno detonó en la calle, y el suelo vibró.

Empecé a gatear hacia delante, sin soltar a Templeton.

—Él es inocente, Honeysuckle —me dijo ella; intentaba recuperar la calma, aunque era incapaz de evitar que le temblara la voz—. Por favor. Es lo único que tengo. Ya me han robado a su padre. No te lo puedes llevar también a él.

—No me hables de lo que has perdido. Colorado está lleno de gente que ha perdido a sus seres queridos, y todo porque tú no has sido capaz de llorar la muerte de tu marido de un modo razonable. ¿Es que no podías plantar un árbol en su memoria, como una persona normal?

—Este estado, esta nación entera le quitó la vida a mi marido. A un buen hombre. Un puñado de oligarcas georgianos le robaron el trabajo de toda su

vida (todas sus ideas, todas sus investigaciones), y este estado dijo que no se merecía ni un céntimo a cambio. Le robaron el futuro y no pudo soportarlo. Así que ahora yo les he robado el futuro. El presidente autorizó un ataque táctico nuclear. Hace tres horas que toda Georgia no es más que cenizas radiactivas. En cuanto a Colorado y el resto de este asqueroso país adorador del dinero... No reconocieron los derechos de mi marido. No apreciaron el poder de sus ideas. Bueno. Ahora están aprendiendo a apreciar su poder, ¿no?

Me golpeé la cabeza contra el borde del banco de trabajo al salir de debajo, y estuve a punto de quedarme bizca. Temp podría haberse escapado, pero creo que estaba demasiado aterrado. Mantuve la punta del destornillador a un centímetro de su ojo derecho.

—No entiendo por qué enviaste a la gente de Elder Bent detrás de mí.

—Templeton me contó que sabías que salíamos a volar todas las noches. Que ibas a contarle a aviación lo de nuestros viajes con el fumigador. Ni siquiera lo creía del todo, pero ¿no atrapan así siempre a la gente? Alguien roba un banco y lo descubren por un faro roto. Creía que no podía permitirme ese riesgo. Espero que sepas que no tengo nada contra ti, Honeysuckle.

Mantuve al chico entre Ursula y yo mientras giraba para darle la espalda al camino de entrada. Vi que Marc levantaba débilmente la mano, con los dedos medio cerrados, y lo oí gemir. Pensé que, si conseguíamos ayuda pronto, quizá viviera. Empecé a retroceder hacia la calle.

—¡No! —gritó Ursula—. ¡No puedes! ¡No puede salir!

—Y una mierda. No es más que otra mentira. No está tomando ningún medicamento que lo vuelva alérgico a la luz del sol. Era otro cuento para asegurarte de que no lo pillara fuera la lluvia si no estabas tú para vigilarlo. Sigue moviéndote, Temp.

—¡¡No!! ¡Está a punto de llover!

—Venga, vamos, Templeton, saldremos pitando.

Nos volvimos, y yo lo empujé delante de mí, por el camino de entrada, y en ese momento el mundo se convirtió en una imagen negativa de sí mismo con un relámpago seguido del devastador estallido de un trueno. Corrimos. Sujeté uno de sus hombros con la mano izquierda y el destornillador con la otra. Al cruzar la carretera noté que algo se me clavaba en el brazo; miré y vi que un clavo reluciente como un diamante me sobresalía del bíceps.

Oí un traqueteante rugido que aumentaba de volumen y fuerza al acercarse,

más parecido a una avalancha que a un aguacero. Vi que el otro extremo de la calle desaparecía en una veloz pared de blancura, una brillante cortina de gotas de cristal. Las Flatirons bailaban, desaparecían y resurgían como una imagen vislumbrada a través de un caleidoscopio.

No íbamos a llegar a la casa de Elder Bent. Un clavo me dio en la mano y la atravesó como una bala. Chillé y solté el destornillador.

Todavía tenía a Templeton por el cuello, así que lo empujé cuatro pasos más, hasta la parte de atrás del coche de la señora Rusted. Le puse una mano encima de la cabeza y empujé para arrodillarlo. Me dejé caer a su lado. Un clavo me pinchó el hombro izquierdo. Me metí debajo del parachoques y me arrastré por debajo del coche mientras tiraba de la capa de Templeton para pegarlo a mí. Por encima del rugido ensordecedor oí a Ursula gritar su nombre.

Creo que el niño no se dio cuenta de que había perdido el destornillador hasta que estuvimos debajo del coche. Yo estaba tumbada bocabajo, tan apretada entre el chasis y la calzada que apenas podía moverme. Él empezó a retorcerse. Agarré su capa, pero se le cayó.

Me abalancé sobre él para volver a atraparlo y me golpeé la cabeza contra el chasis. Era la segunda vez en el último minuto que me las apañaba para pegarme un porrazo en el cráneo, y esta vez acerté justo en los puntos. Una galaxia de soles negros estalló y se desvaneció ante mis ojos, con un mapa de las estrellas y de la séptima dimensión de Elder Bent visible en el otro extremo. Para cuando se me aclaró la vista, Templeton había salido de debajo del Prius de la señora Rusted.

—¡Mamá! —gritó.

Apenas lo oía por culpa del bramido de la lluvia. La carretera temblaba como si me hubiera tumbado sobre los raíles de un tren de mercancías que se acercaba.

Me volví y comprobé que corría de vuelta a su casa. Los clavos se le clavaban en la cara trasera del muslo, en un talón, en la parte superior de la espalda, y acabó tirado de cara a los pies del camino de entrada del bungalow. Fue entonces cuando su madre lo alcanzó.

Estaba intentando levantarse de nuevo sobre una rodilla. Ursula lo cubrió con su cuerpo, se encorvó sobre él y lo encerró entre sus brazos. Lo mantuvo en el suelo, bajo ella, mientras toda la fuerza de la lluvia caía por fin... La

destructora lluvia de agosto.

Y eso es todo lo que tengo que contar, creo.

A Templeton lo llevaron a un ala del hospital de Boulder. Un pincho de unos quince centímetros le perforó el pulmón justo antes de que su madre llegara hasta él, pero Ursula lo protegió de la peor parte, así que le dieron el alta dos semanas después, bajo la tutela del estado.

Me contaron que, al final, Ursula tenía 897 clavos en el cuerpo. Era una alfombra roja salpicada de cuchillas. Espero que muriera sabiendo que su hijo viviría, que lo había salvado. A pesar de que lo que nos hizo (lo que le hizo al mundo, al cielo) es imperdonable, preferiría que ninguna madre muriera pensando que no ha sido capaz de proteger a su hijo. La justicia y la crueldad no son lo mismo, y saber eso es lo que diferencia a los que están bien de la cabeza de los que son como Ursula Blake.

Todo esto fue hace cinco semanas y, como sabes, desde entonces el polvo de chispas ha cubierto toda la troposfera. La última lluvia que fue de agua y no de clavos cayó sobre la costa de Chile a mediados de septiembre. Después de esa precipitación sólo hemos visto las cenizas radiactivas. Nuestras fuerzas armadas bombardearon Georgia y borraron del mapa la empresa que había desarrollado la idea de la lluvia de cristal, inventada por Charlie Blake, aniquilando así a la mayoría de los científicos capaces de revertir el proceso. ISIS creyó las noticias falsas que afirmaban que la lluvia de cristal era obra de los científicos judíos, así que lanzó cohetes contra Israel. En respuesta, Israel lanzó media docena de misiles nucleares que acabó con Siria y, de paso, con Teherán. Rusia aprovechó el caos internacional para invadir Ucrania. En Yakarta llovieron clavos del tamaño de sables que mataron a casi tres millones de personas en una hora, lo que fue casi tan malo como una ojiva nuclear. El último movimiento del presidente ha sido ofrecer paraguas de hojalata en su página web, a 9,99 dólares cada uno, fabricados en China. Reconócelo, el tío sabe cómo sacar pasta.

No todo es una pesadilla, aunque algunos días lo parezca. Un colega de Charlie Blake, un investigador llamado Ali-Rubiyat, estaba en Londres cuando asaron Georgia a casi tres millones de grados centígrados. Aunque la generación de cristales no entraba en su campo de estudio, guardaba algunos archivos cruciales en su portátil, y los científicos de Cambridge han creado un

agente neutralizador que detiene el crecimiento de los cristales y quizá logre que la lluvia vuelva a ser normal. En laboratorio funciona un cincuenta por ciento de las veces, pero nadie está seguro de lo que hará al soltarlo en la naturaleza.

Recuerdo las fotos de nubes que me mandaba Yolanda, junto con la explicación de lo que veía al mirarlas. Esta era una isla paradisíaca para las dos, en la que viviríamos el resto de nuestros días ataviadas con faldas hawaianas mientras nos dábamos a comer trocitos de piña. Aquella era una enorme pistola humeante que usaríamos para disparar a la luna. Otra era la cámara de Dios, que nos sacaba fotos mientras nos besábamos. A partir de ahora, lo único que veré cuando mire a las nubes serán armas de destrucción masiva.

Y así llegamos hasta ahora: todos pendientes de Internet (de lo que queda de ella) para ser testigos del despegue de los drones desde Heathrow para dispersar el polvo neutralizador. Si es que consiguen despegar. Hay un sesenta por ciento de probabilidad de clavos para esta noche en esa zona del Reino Unido.

Yo también estaré pendiente, en el sofá, con Marc Ado, que se ha instalado en el piso de Andropov y a menudo sube cojeando las escaleras para ver cómo lo llevo. Estamos rodeados de media docena de ronroneantes felinos. Marc y yo nos hemos mantenido ocupados rescatando gatos. O, mejor dicho, yo los rescato y él los mimó y les pone nombres bobos, como Ton Tito o Mala Pata. Su movilidad no es lo que era, aunque me ha asegurado que dentro de nada estará a la caza de gatitas.

Menos de un cuarto del mundo tiene electricidad y acceso a la red, pero todos los que tienen estarán conectados esta noche para el experimento científico más observado desde que aterrizamos en la Luna. Seguro que la secta del cometa también estará atenta: Elder Bent, sus hijastras y Andropov, todos rezando para que no funcione la sustancia química. Tienen apuntado el fin del mundo en sus agendas para dentro de un par de semanas. No les gustaría nada equivocarse otra vez.

Por mi parte, cruzo los dedos y reboso ESPERANZA, con mayúsculas. Los meteorólogos predicen que una gran tormenta cruzará las Rocosas a finales de esta semana. Si la fórmula de Ali-Rubiyat funciona, lloverá a mares. Si fracasa, serán chuzos de punta.

Si conseguimos lluvia de verdad, saldré a bailar bajo ella. Saltaré en los charcos como una niña durante el resto de mis días.

Dicen que a todo el mundo le viene bien un jarro de agua fría de vez en cuando.

Dios mío, que así sea.

EPÍLOGO

Estas historias las escribí a mano a lo largo de cuatro años. Empecé la primera, que entonces se llamaba «Instantánea, 1988», en Oregón (Portland), en el año 2013, mientras estaba de gira con *NOS4A2*. Llené con ella dos cuadernos y la parte de atrás del mantelito de papel de uno de esos restaurantes temáticos de los años cincuenta. Cuando la terminé, sujeté los cuadernos y el mantel con una gomilla, lo dejé todo en un estante y más o menos me olvidé de su existencia.

Terminé mi cuarta novela, un libro muy largo titulado *Fuego*, en el otoño de 2014. También lo escribí a mano en unos gigantescos cuadernos Leuchtturm1917; acabó ocupando cuatro y medio. Eso me dejó con la mitad de un cuaderno enorme vacía. Odio malgastar tanto papel, así que usé las hojas que quedaban para escribir «En el aire». En aquel momento fue cuando se me ocurrió que estaba trabajando en una antología de novelas cortas.

Casi todas mis historias favoritas como lector tienen esa longitud. Las novelas cortas son todo grano, no hay paja. Ofrecen la economía de la historia corta y la profundidad de la caracterización que asociamos con las obras más largas. Las novelas pequeñas no son dispersos viajes de placer, sino carreras ilegales: pisas el acelerador a fondo y llevas tu narrativa hasta el mismo borde del precipicio. Vive deprisa y deja un bonito cadáver es un objetivo de mierda para un ser humano, pero un plan bastante bueno para una historia.

Mi novela favorita, *Valor de ley*, tiene poco más de doscientas páginas. La que quizá sea la mejor novela publicada en este siglo, *El atlas de las nubes*, de David Mitchell, consta de seis novelas cortas de ajustada construcción enlazadas temáticamente en una elegante telaraña. A la novela más perfecta de Neil Gaiman, *El océano al final del camino*, no le sobra ni una frase y tiene menos de doscientas páginas. Los cuentos de terror y fantasía, sobre todo, se

benefician de una longitud entre veinticinco mil y setenta y cinco mil palabras. Piensen en *La máquina del tiempo*, *La guerra de los mundos*, *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, la mayoría de las briosas novelas cortas de Richard Matheson y la genial *Mujer de negro* de Susan Hill (con la que no guardo parentesco). Todos queremos leer esas historias de una o dos sentadas. Queremos sentir las como una mano en la garganta.

En cuanto a mí, después de escribir un par de novelas de setecientas páginas seguidas, me parecía muy importante, en la medida de lo posible, evitar excesos. No tengo nada en contra de las novelas largas. Me encanta descubrir grandes mundos fantásticos, explorarlos y perderme en ellos. Sin embargo, si sólo escribes largas obras épicas, te arriesgas a convertirte en el más aburrido de la fiesta. Como dice el DJ Chris Carter: si te quedas demasiado, nunca te invitarán a quedarte.

Creo que «Lluvia» surge del deseo de burlarme de mí y de mi extensísima novela sobre el fin del mundo, *Fuego*. Creo firmemente en que es mejor reírse de uno mismo antes de que lo hagan los demás. La escribí a principios de 2016, en el momento más acalorado de la carrera por la presidencia, y en un primer momento el presidente de mi historia era una mujer cansada y perseguida pero competente. Además, el cuento tenía un final mucho más feliz. Tras las elecciones... las cosas cambiaron.

«Cargado» es la historia más antigua del libro, aunque la escribiera por fin en otoño de 2016. La llevo en la cabeza desde la masacre de veinte niños en Newtown (Connecticut). «Cargado» era mi intento de encontrarle sentido a nuestra erección nacional con *La Pistola*.

Dicho lo cual, mis ideas políticas son sólo mías. El teniente Myke Cole (teniente retirado de la Guardia Costera de los EE.UU.) leyó «Cargado» y me ayudó a que los detalles sobre las armas y el servicio militar fueran correctos. No se le puede culpar por mis posibles cagadas, y que nadie dé por sentado que comparte mi objetivo ni mi punto de vista. Myke es más que capaz de hablar por sí mismo, y lo hace, tanto en sus novelas como en su programa de televisión, *Hunted*, y en Twitter. Lo mismo puede decirse de Russ Dorr, que también verificó la precisión y me ofreció investigación de primera mano sobre la ley y el orden en Florida.

Cada una de las historias de esta colección cuentan con las ilustraciones de un artista distinto en la edición estadounidense. «Instantánea», con el arte

de Gabriel Rodríguez; Zach Howard armó «Cargado» con un par de bellas imágenes; Charles Paul Wilson III adornó «En el aire» con un par de dibujos; y el equipo de Renae De Liz y Ray Dillon se encargó del cristalino caramelo visual de «Lluvia».

HarperCollins ha producido un precioso audiolibro de *Tiempo extraño* que cuenta con los dones vocales de cuatro intérpretes estupendos: Dennis Boutsikaris, Wil Wheaton, Stephen Lang y Kate Mulgrew. Mi agradecimiento a todos ellos: gracias por ser mi voz.

Una versión anterior de «Instantánea» apareció en un número doble de la revista *Cemetery Dance*. Gracias a Brian Freeman y Richard Chizmar por darle a la historia su primer hogar y por cuidar de ella.

Bastantes personas han prestado su talento y su trabajo para que *Tiempo extraño* quede tan bien. Entre ellas, en los Estados Unidos tenemos a mi editora estrella, Jennifer Brehl, y a Owen Corrigan, Andrea Molitor, Kelly Rudolph, Tavia Kowalchuk, Priyanka Krishnan y Liate Stehlik. Maureen Sugden se ha encargado de la corrección de todos y cada uno de mis libros, y siempre consigue que mi prosa sea mucho más directa y clara. En el Reino Unido, este libro recibió el cariño y los cuidados de mi editor, Marcus Gripps, y de Craig Leyenaar, Jennifer McMenemy, Jennifer Breslin, Lauren Woosey, Jo Carpenter, Mark Stay, Hannah Methuen, Paul Stark, Paul Hussey, Jon Wood y Kate Espiner.

Mi madre y mi padre leyeron todas las historias mientras las escribía y me ofrecieron sus ánimos y sus sugerencias editoriales, como siempre. Mi hermano, el novelista Owen King, también le echó un vistazo al libro y me ofreció algunas observaciones muy astutas. Jill Bosa es un encanto por haber leído uno de los últimos borradores y haberme corregido las típicas tonterías que se cuelan cuando llevas demasiado tiempo viviendo en un libro y ya no ves los fallos que tienes delante de las narices. También le agradezco a mi agente, Laurel Choate, que haya cuidado de esta antología desde sus primeros pasos hasta el resultado final, y a Sean Daily por representar *Tiempo extraño* en los frentes del cine y la televisión. Mi agradecimiento al doctor Derek Stern por su apoyo, sus ideas y sus consejos.

Finalmente: gracias a mis tres hijos por compartir tanto los días de sol como los de tormenta. Y todo mi amor para Gillian, que es la mejor compañía y la mejor amiga, haga el tiempo que haga.

Joe Hill
Marzo de 2017
Exeter (Nuevo Hampshire)